



PENGUIN



CLÁSICOS



CHARLES DICKENS

Grandes esperanzas

Introducción de DAVID TROTTER



BIBLIOTECA MIDIRE

LEER ENSEÑA A IMAGINARNOS LA REALIDAD PRÓXIMA

Table of Contents

[Grandes esperanzas](#)

[Introducción](#)

[Cronología](#)

[Grandes esperanzas](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)
[XXXI](#)
[XXXII](#)
[XXXIII](#)
[XXXIV](#)
[XXXV](#)
[XXXVI](#)
[XXXVII](#)
[XXXVIII](#)
[XXXIX](#)
[XL](#)
[XLI](#)
[XLII](#)
[XLIII](#)
[XLIV](#)
[XLV](#)
[XLVI](#)
[XLVII](#)
[XLVIII](#)
[XLIX](#)
[L](#)
[LI](#)
[LII](#)
[LIII](#)
[LIV](#)
[LV](#)
[LVI](#)
[LVII](#)
[LVIII](#)
[LIX](#)

[Autor](#)
[Notas](#)

«Un alboroto viene y otro se va, Pip; así es la vida...»

Esta es la historia de Pip, un joven huérfano y miedoso cuyo humilde destino se ve agraciado por un benefactor inesperado que cambiará el sino de su vida y hará de él un caballero. *Grandes esperanzas* es una maravillosa novela de aprendizaje, con una inolvidable galería de protagonistas, que trazan un acabado retrato de época, y, a la vez, una honda reflexión sobre las constantes de la condición humana.

El catedrático emérito de la Universidad de Cambridge y eminente estudioso del mundo victoriano David Trotter firma la introducción que abre el volumen. La sigue la espléndida traducción de Jonio González, que acerca fielmente al lector a la que, para muchos, es la obra maestra de Charles Dickens.

Vladimir Nabokov dijo...

«Dickens es siempre profundo y sincero en su escritura».



Charles Dickens

Grandes esperanzas

Penguin Clásicos

Título original: *Great Expectations*

Charles Dickens, 1862

Traducción: Jonio González

Editor digital: Cronywell



INTRODUCCIÓN

(Se advierte a los lectores que esta introducción explicita detalles del argumento).

Grandes esperanzas es la obra más comedida de un escritor que no es precisamente conocido por ser comedido: Shaw la calificó de «concisamente perfecta», y sus virtudes vienen dadas por esta concisión. La novela aborda temas de suma importancia que perfilan todas sus facetas, dejando así su huella en cada detalle y en cada giro narrativo. Mientras leemos, seguimos el rastro en el interior, por así decirlo, de las formas que aquellos han moldeado desde fuera. Todo lo que la novela tiene que decir sobre la bondad, la culpa, el deseo y la naturaleza del capitalismo, asuntos que ninguna introducción puede permitirse pasar por alto, lo dice según recibe la presión externa de cada uno de ellos, según la distribución de su peso. Aun así, si tuviéramos la intención de buscar las incertidumbres y contradicciones propias de la novela y desarrollar los contextos donde las encontramos, deberíamos estar dispuestos a dejarlas como están. «Esta fue la última gran obra del autor —remarcó Swinburne—, sus defectos son tan imperceptibles como las manchas en el sol o las sombras en un mar resplandeciente^[1]».

A primera vista, *Grandes esperanzas* es una historia sobre la redención moral. El protagonista, un huérfano criado en un entorno humilde a principios del siglo XIX, toma posesión de cierta fortuna y reniega de la familia y las amistades. Cuando el dinero empieza a perder su encanto y después se evapora del todo, se enfrenta a su ingratitud y aprende a apreciar al hombre que lo hizo así y después lo destruyó. La historia la cuenta el mismo protagonista, y el desafío a que se tuvo que enfrentar Dickens al concebir este narrador en primera persona tiene una doble vertiente. Por un lado, debió asegurarse de que Pip sonara convincente cuando confiesa sus errores para que no pensemos que los admite simplemente para ganar nuestra simpatía; por otro, tuvo que probar la redención de Pip, y demostrar que esta no solo se traduce en palabras, sino también en hechos. En un análisis meticuloso del tono narrativo, Christopher Ricks ha señalado el éxito sobre ese desafío gracias a que es tan franco como se podía esperar, pero sin recrearse jamás en su franqueza^[2]. Su admirable dinamismo se puede apreciar, más que en cualquier otro pasaje, cuando Pip narra lo que siente mientras espera la visita de su viejo amigo y protector, el herrero Joe Gargery. «No fue con agrado, a pesar de que éramos buenos amigos, sino con perplejidad considerable, algo de mortificación y una intensa sensación de inconveniencia. Si hubiese podido alejarlo, pagando algo, lo habría hecho». La segunda frase, es cruel en su

justa medida sin ser una demostración exagerada de crueldad. Esta es una nota difícil de entonar y, como afirma Ricks, Dickens no siempre lo consigue. Pip se instala a veces en la automortificación y resulta demasiado empalagoso; otras, al contrario, parece desesperado por conseguir nuestra aprobación. Aun así, es duro consigo mismo en su justa medida (la que convence).

Hay numerosas pruebas de que la redención de Pip se basa más en hechos que en palabras: los actos secretos de bondad que aseguran a Herbert una colaboración en Clarricker's, así como que miss Havisham guarde una buena opinión del sufrido Matthew Pocket; que acabe rechazando el dinero de miss Havisham, o de Magwitch; y, lo más significativo, su amor por Magwitch. La última de estas buenas acciones, y la que entraña más dificultad al escritor para lograr que parezca verosímil, se vuelve intensamente vívida gracias a una sutil modificación de la técnica narrativa. Tiene lugar en el capítulo LIV, donde se cuenta el intento de ayudar a Magwitch para escapar Támesis abajo. Este es el único momento de la novela en que el narrador en primera persona deja de reflejar la forma de pensar de Pip sobre sí mismo, aunque sea honesta, y dirige su atención hacia los demás y los acontecimientos que están sucediendo^[3]. La incomodidad se propaga por todo el relato, en las descripciones de las dárseas y el río, pero se trata de una sensación de ansiedad generalizada, o un estado de alerta, en lugar del ensimismamiento, justificable o no, del que hasta ahora ha sido presa Pip. Este aprende a apreciar a Magwitch, después de que lo capturen, a causa de su humildad.

Es cierto que Pip debe expiar algunos pecados, en especial la ingratitud hacia Joe y Biddy, y la repulsión que siente al principio por Magwitch. Pero su sentimiento de culpabilidad parece excesivo para el agravio real que ha cometido: más bien una profunda y misteriosa afinidad con la conducta criminal y no un reconocimiento creciente del fracaso moral. Esta afinidad se hace explícita cuando, a la espera de la llegada de Estella en la estación de diligencias de Cheapside, acompaña a Wemmick a visitar la prisión de Newgate para matar el tiempo:

Consumí todo ese tiempo pensando en cuán extraño era que yo tuviese que verme en aquel ambiente de cárcel y crimen; que de niño, en nuestros pantanos, una tarde de invierno lo hubiera hallado por primera vez; que tuviese que reaparecer en dos ocasiones destacándose como una mancha que se había borrado en parte, sin desaparecer por completo; que de esta nueva manera impregnase mi fortuna y mi encumbramiento.

Pip no considera la criminalidad una falta moral, sino una predisposición psicológica, incluso genética: una mácula que le envuelve e impregna. Julian Moynahan ha sugerido que la mejor forma de abordar esta predisposición es mediante el análisis de la relación de Pip no ya con Magwitch, sino con Orlick, el asesino y aprendiz de Joe Gargery^[4].

Orlick es la otra cara de Pip. La primera vez que se nos habla de él está trabajando junto a Pip en la forja. Cuando Mrs. Gargery es atacada brutalmente, es Orlick quien la asalta, pero se podría decir que es Pip quien le proporciona el arma, un grillete. Pip es contratado para entretener a miss Havisham; Orlick, un poco después, para vigilar la entrada de su casa. Pip considera a Biddy como a una hermana; las intenciones de Orlick hacia ella son

menos honradas. Pip se asocia con Magwitch; Orlick con el enemigo acérrimo de Magwitch, Compeyson. Orlick, en pocas palabras, parece embarcado en sus propias grandes esperanzas, y sigue hoscamente los pasos de Pip en su medrar desde los pantanos hasta la casa de Satis y Londres. Pip no puede librarse de esta otra faceta siniestra.

En el capítulo LII, Orlick tiende una trampa a Pip para que se dirija a la casita de la acequia, con la intención no solo de matarlo sino de atormentarlo con acusaciones, pues cree que este siempre se ha interpuesto en su camino. Pero el suceso que le atribuye con mayor convicción es que Pip tiene la responsabilidad última de la muerte de Mrs. Gargery, aunque él hubiera dado el golpe fatal:

Pero el asesino no fue el viejo Orlick, sino tú. Tú eras el niño mimado y el viejo Orlick tenía que aguantar las reprimendas y los golpes. ¡El viejo Orlick insultado y vapuleado! Tú lo hiciste, y ahora me las pagarás todas juntas.

Orlick, que atacó por propia iniciativa a Mrs. Gargery, hace responsable a Pip, quien, sin saberlo, le proporcionó el arma. Esta inversión de las responsabilidades nos permite reconocer a Orlick como el doble de Pip. Dickens sabía que siempre hay obstáculos en el cumplimiento de las grandes esperanzas, y que estos deben vencerse, algunas veces, con violencia. Mrs. Gargery resultaba, en su negativa a ver absolutamente nada bueno en Pip, un obstáculo para sus grandes esperanzas. Tenía que desaparecer. Y aun así Pip, que de un modo pueril cree que el éxito y el estatus le serán concedidos sin el más mínimo esfuerzo, no es capaz de librarse de ella por él mismo. Orlick lleva a la práctica el deseo de venganza de Pip. «Tú lo hiciste, y ahora me las pagarás todas juntas». El culpable reconoce este deseo. No es extraño, pues, que cuando Pip sabe de la muerte de ella, asuma que, de alguna forma, él es el responsable.

Y todavía encuentra otros obstáculos en el camino, como el tío Pumblechook, que nunca desperdicia la oportunidad de aleccionarlo o de negarle crédito. Orlick también toma la iniciativa con respecto a él, pues saquea su tienda con una banda de ladrones, se beben todo el vino, le estiran la nariz y le llenan la boca con hojas de calendario. Como Pumblechook solo ha ofendido a Pip más que injurarlo, la venganza que se le aplica no es tan severa; pero es una venganza, al fin y al cabo, como lo muestran los detalles sobre los hechos relatados por Joe. Algunos obstáculos, sin embargo, quedan fuera del alcance de Orlick, y requieren los servicios de otro doble (el doble del doble, quizá), la figura de Bentley Drummle. Drummle es el reflejo en la clase alta de Orlick. Igual que este, es poderoso, moreno, poco comunicativo y tiene mal carácter. Como Orlick, siempre está al acecho y es un holgazán. Después de que Estella rechaza el amor de Pip, Drummle se casa con ella, y la golpea. Ambos desaparecen del relato una vez han cumplido con su función de hacer realidad las ansias de venganza violenta que siente Pip de forma inconsciente.

Es probable que Pip tenga algo más de lo que sentirse culpable más allá de la ingratitud. Sin embargo, no asocia la culpa con hechos concretos, sino con la ansiedad general que ha sentido desde que tiene uso de razón. La aparición de Magwitch en el cementerio coincide con su primera «impresión clara de las cosas». Pip se siente inquieto desde el momento en que empieza a sentir. Pero incluso esta primera impresión resulta, en algunos aspectos, una

segunda impresión. No se refiere al momento en que simplemente descubre algo, sino en que «me *convencí*» (la cursiva es mía) de que los pantanos son los pantanos, el río es el río, etc. Magwitch no es algo del todo nuevo, sino desvinculado o desarraigado del lugar donde Pip ha vivido desde que nació:

Un sujeto repulsivo empapado de agua y cubierto de barro, con los pies heridos por los guijarros, lleno de rasguños producidos por las ortigas y los zarzales. Cojeaba, tiritaba, iba refunfuñando y sus ojos centelleaban. Oí rechinar sus dientes cuando me cogió por la barbilla.

Magwitch es una atmósfera, un estado, no un dilema moral. Pronto se marcha por donde había venido. Junto al río hay una horca de la que penden las cadenas de las que una vez había colgado el cuerpo de un pirata. La última imagen que Pip guarda de Magwitch, después de su primer encuentro, es de este dirigiéndose «cojeando hacia aquella horca, como si fuese el mismo pirata resucitado que, tras descolgarse, pretendiera volver a ahorcarse».

En el capítulo II se nos presenta a la hermana de Pip, Mrs. Joe Gargery, quien, habiéndolo criado «valiéndose de la mano», no necesita convencerse de la criminalidad innata de Pip. Mrs. Gargery piensa que, por si no tuviera bastante con ser la mujer de un herrero («¡y nada menos de un Gargery!»), encima ha de cuidar de Pip como si fuese su madre. Su permanente sensación de agravio lo ha convencido, desde hace mucho, de que siempre ha sido un criminal. El sentimiento de culpa que le ha vuelto a despertar Magwitch es uno con el que ya estaba familiarizado. Es por eso que se lleva con él una doble conciencia que lo «angustia» cuando regresa a los pantanos, en el capítulo III. La criminalidad, en la forma de un convicto, siempre ha sido una condición física, de inmundicia y hambre, que en cualquier momento lo puede envolver, pero que también puede evitar con un acto de bondad:

Algo sonó en su garganta, como si tuviera dentro el mecanismo de un reloj y este fuese a dar la hora. Se pasó la manga harapienta por los ojos, y yo, compadecido de su desolación, al ver cómo, gradualmente, iba consumiendo la empanada, me atreví a decirle:

—Celebro que la encuentre sabrosa.

—¿Has dicho algo?

—Que me alegro de que le guste a usted la empanada.

—Sí, mucho. Gracias, chico.

En un primer momento parece que Dickens se aliará, a través del ligero exceso de énfasis en «la manga harapienta», con la envolvente autocompasión de Magwitch a través de cierta camaradería en el sentimiento de culpa. Pero la sorprendente seguridad que le otorga a Pip el hecho que fuera «consumiendo» la empanada (una versión exagerada de la complaciente calma que está a punto de llegar a la casa de los Gargery) posibilita la transparencia moral de la conversación que sigue: pasarán muchos años antes de que Pip exprese, sencillamente, gratitud. Sin embargo, este intervalo de transparencia tiene la única función de reforzar la desolación general. Desde el inicio, el ambiente carcelario y criminal se adhiere a Pip como lo hacen el lodo y la humedad de los pantanos. La esperanza de Pip, antes de sus esperanzas, es que se demostrará que ya ha cometido un crimen. Es una esperanza con respecto al pasado, al resurgimiento del pasado en el futuro, sobre el

retorno de lo que se ha reprimido. Ya se han insinuado varias causas para su desorbitado sentimiento de culpa, entre las cuales están el egoísmo y la masturbación^[5]. Pero ¿siempre hay una razón para sentirse culpable? Dickens, sospecho, estaba más interesado en su persistencia que en su etiología.

Grandes esperanzas es, por lo que parece, una historia de revisión cognitiva —Pip descubre que su benefactor es Magwitch, no miss Havisham— que precipita una revisión moral: veía en él «un hombre [...] mucho mejor de lo que yo había sido para con Joe». Pero las condiciones de esta revisión cognitiva arrojan dudas sobre su eficacia. La tarea que afronta Pip consiste en reemplazar a un hada madrina con un convicto fugado, o, como dice Michal Peled Ginsburg, al mundo del deseo con el de la culpabilidad. El capítulo VIII, que narra la primera visita de Pip a la casa de Satis, enfatiza con vehemencia las diferencias que albergan ambos mundos. Señala Ginsburg:

Mientras que el encuentro con Magwitch reitera un sentimiento de culpa que es tan viejo como la vida o la conciencia, el encuentro con Estella y miss Havisham es el nacimiento de un nuevo concepto del «yo»: pone de manifiesto la primera vez que Pip percibe el «yo» como incompleto, definido por la carencia y, por lo tanto, ligado al deseo^[6].

Pip toma conciencia, por primera vez, de la tosquedad de sus manos y de la suciedad de sus botas. El anhelo que se le despierta no lo hace solo por Estella, sino por un nuevo estatus social. Identificará sus grandes esperanzas con ella y con miss Havisham, pues en la casa de Satis siente por primera vez algo nuevo, en lugar de experimentar un sentimiento ya conocido: «Fue aquella una fecha memorable para mí, pues a ella debí grandes cambios en mi existencia». La escena del capítulo XXX, en la cual el aprendiz de Trabb se burla de la ropa nueva y de la nueva actitud de Pip, captura a la perfección la falta de familiaridad del «yo» que se ha formado a través del deseo.

No hay palabras para expresar el modo en que el aprendiz de Trabb se burló de mí cuando, al pasar por mi lado, se estiró el cuello de la camisa, puso los brazos en jarras y empezó a hacer los más extravagantes movimientos, retorciendo los codos e inclinando el cuerpo, mientras iba repitiendo muy quedo a quienes lo seguían:

—¡No lo conozco! ¡No lo conozco! ¡Palabra de honor!

Como G. K. Chesterton señaló, George Eliot o Thackeray podrían haber narrado la humillación de Pip tan bien como Dickens, pero no la «vigorosidad» del aprendiz de Trabb, ni su deseo de venganza certero e incontenible^[7].

La culpabilidad, sin embargo, insiste. Cada encuentro con un nuevo y reluciente objeto de deseo va precedido de un estallido de inmundicia. El anuncio de Jagger de las grandes esperanzas, en el capítulo XVIII, se lee justo después del debate sobre un asesinato en Los Tres Alegres Barqueros. Durante el viaje para ir a visitar a miss Havisham y ver a Estella, en el capítulo XXVIII, Pip se encuentra sentado delante de dos presidiarios. En el capítulo XIV, su espera a Estella provoca que visite Newgate y, por lo tanto, la consiguiente reflexión sobre el «ambiente de cárcel y crimen». Los dos mundos siempre confluyen. El relato anticipa constantemente —y de este modo, quizá, califica— la sustitución de miss Havisham por Magwitch. Pip aprende a apreciarlo, y también aprende que el deseo conlleva culpa, y que lo que deseáramos ser es en realidad lo que no podemos llegar a ser.

El primer acto de gratitud de Magwitch es enviar dinero a Pip a través de un presidiario que ya ha cumplido condena: «Dos billetes de una libra, tan arrugados y mugrientos como si hubiesen corrido por todos los mercados de ganado de la comarca». Cuando Magwitch vuelve de Australia, Pip, que todavía cree que miss Havisham es la fuente de su fortuna, intenta devolverle el dinero a ella:

Él me estuvo observando mientras yo ponía mi bolsa sobre la mesa y la abría, y continuó mirándose mientras separaba de su contenido dos billetes de una libra. Eran nuevos y limpios; los alisé y se los entregué. Sin dejar de mirarme, los puso uno encima de otro, los dobló, los retorció, les prendió fuego en la llama de la lámpara y dejó caer las cenizas en la bandeja.

Pip cree que sustituyendo los billetes sucios y viejos por unos nuevos y limpios se disociará de una vez por todas del «ambiente de cárcel y crimen» que hasta ahora lo ha acompañado. Pero no es tan fácil, como Magwitch se ve obligado a advertirle, desvincular el mundo de la culpa del mundo del deseo. La escena retrata, lenta y eficazmente, cómo Pip descubre la terrible realidad de su situación. También revela la naturaleza de la opulencia. No existe el dinero limpio.

La suciedad extrema de aquellos billetes arrugados y mugrientos nos invita a observar más allá del tormento moral y emocional de Pip para descubrir las opiniones sobre el proceso económico y social que Dickens había expresado unos quince años antes de escribir *Grandes esperanzas*, tanto en sus novelas como en *Household Words*, el periódico que fundó en 1850 para disponer de una plataforma donde poder expresarlas. Es bien sabido que su participación en la reforma social fue más intensa y sistemática durante los años cuarenta del siglo XIX, y que las últimas novelas incorporaron esas nuevas ideas. «En *Pickwick* —observó Humphry House— un mal olor era un mal olor; en *Nuestro amigo común*, es un problema^[8]». El olor de los billetes de una libra es, pues, un olor problemático.

Durante la Gran Exposición de 1851, Dickens y Richard Horne escribieron un artículo en *Household Words* contrastando las maravillas del Crystal Palace con las curiosidades de una exposición adjunta de productos de China: «Resulta muy curioso que la exposición de un pueblo que ha llegado a un punto muerto, Dios sabe hace cuántos siglos, se encuentre pared con pared con la exposición del mundo desarrollado». Desde su perspectiva, Inglaterra y China representaban los extremos del progreso y la reacción, del movimiento y el estancamiento: «Inglaterra mantiene tratos comerciales con el mundo entero; China, encerrada en sí misma, como máximo los mantiene con ella misma». Inglaterra se comunica con el mundo, y prospera. Su prosperidad depende del «intercambio», un flujo constante de bienes e información dentro y fuera de sus fronteras. China se encierra en sí misma, rechaza el intercambio, bloquea el flujo de bienes e información. Comparar China con Inglaterra es comparar «involución» con «progreso^[9]».

China, en pocas palabras, aún no había descubierto los beneficios del libre mercado, una doctrina que triunfaba en Inglaterra desde que se revocaron las Leyes del Maíz en 1846. Dickens y Horne insistían en que los *tories*, que en 1851 todavía no se habían deshecho de la etiqueta de proteccionistas, intentaban convertir el país en otra China. En realidad, *Household Words* abogaba por que el libre mercado abarcara tantas partes del mundo como

fuera posible. Un artículo atacaba la Compañía de la Bahía del Hudson por mantener la explotación de la tierra bajo su control, y así «cerrar el paso al trabajo y al capital». Para Dickens, tenía el mismo efecto que si la compañía hubiera colocado una señal enorme de «Prohibido el paso» sobre el río y las carreteras (7 de enero de 1854). Cuando Dickens y sus amigos hablaban de involución, se referían a algo muy concreto: a que los canales por los cuales debían moverse los bienes y la información estuvieran bloqueados.

Era el flujo de dinero, sobre todo, mantenía otro autor, lo que aseguraba que continuara el intercambio comercial «sin subidas que no se pudieran manejar ni paradas en seco» (17 de mayo de 1856). Cuando Dickens y W. H. Wills visitaron el Banco de Inglaterra se maravillaron ante el «corazón del capital activo, a través de cuyas arterias y venas fluyen los medios económicos de este gran país» (6 de julio de 1850). Era la metáfora de la circulación de la sangre, la imagen fundamental del análisis de la riqueza en el siglo XVIII, lo que articulaba el asombro de Dickens con el «gran país» donde vivía. En 1850, todavía le parecía que existía algo así como la buena salud de la riqueza: una riqueza que se medía en billetes de una libra sin grasa, frescos e inoloros.

No sería reducir los ideales de Dickens al absurdo afirmar que estaba a favor de la circulación de los bienes y en contra de su estancamiento, y que no dejaba de aplicar literalmente esa metáfora a la vida cotidiana. Consideraba que la vida de los pobres solo se volvería tolerable con la circulación adecuada de aire y agua en sus casas. Le enfermaba el bloqueo físico de los espacios cerrados y congestionados del centro de la ciudad, como el mercado de Smithfield, o las tumbas urbanas (1.117 cuerpos por acre, según *Household Words*, que despedían 55,361 centímetros cúbicos de gases nocivos por acre cada año). Escribió un artículo en el que criticaba ferozmente el mercado de Smithfield por ser causa de malestar y riesgo para la gente, y por crueldad hacia los animales (4 de mayo de 1850). Pip, recién llegado a Londres, deambula por la ciudad: «Era aquel un lugar indecoroso, lleno de inmundicia, pedruscos, sangre y espumarajos, cuyos efluvios parecían pegárseme al cuerpo»). La inmundicia, la sangre y los espumarajos que contaminaban los billetes de una libra que le dieron cuando era un niño ahora contaminan su cuerpo. La esclerosis amenaza las venas y arterias a través de las cuales el capital activo fluyó con libertad en otro tiempo.

Las últimas novelas conectan un escenario de bloqueo con otro de un modo metafórico y metonímico. Ambos escenarios son intercambiables y colindantes. Pip se deshace de la inmundicia y los espumarajos de Smithfield doblando por una calle que lleva directamente ante la prisión de Newgate, que a su vez produce su propia inmundicia y espumarajos. En el capítulo XXXII, mientras Pip espera a Estella, Wemmick lo lleva a esa prisión, donde conocen a «un hombre erguido y majestuoso» cuyo sombrero está «tan mugriento que parecía una capa de gelatina». Resulta significativo que cuando habla con este hombre, Wemmick adopta, por primera y última vez, la manera de hablar agresiva de Bucket en *La Casa lúgubre* y de Pancks en *La pequeña Dorrit*: «No, no —dijo fríamente Wemmick—, a usted no le importa». La función de Bucket y Pancks es resolver los misterios que rodean a los protagonistas, y ambos han desarrollado la habilidad de poner palabras en boca de otros como medio de sonsacar información. Wemmick también hace todo lo posible para averiguar los movimientos del villano Compeyson. No obstante, no termina de lograrlo, y hay una sensación en *Grandes esperanzas*, que no se desprende de *La Casa lúgubre* ni de *La*

pequeña Dorrit, de que los misterios no se pueden resolver, o que solo se resuelven a través de catástrofes.

Una catástrofe, en efecto, resuelve el misterio de miss Havisham. Esta, que se ha preservado a ella y a su casa exactamente igual como estaban el día en que la abandonaron, es la imagen más exagerada de estancamiento de la novela:

El aspecto de aquella casa vieja, triste y misteriosa tan invariable, con la eterna luz amarillenta de la estancia sombría y el espectro ajado sentado en la silla, junto al espejo del tocador, que, como ya dije otra vez, me producía el efecto de que al pararse los relojes se había detenido también el tiempo, y de que mientras yo y todo lo demás de fuera crecíamos en edad y volumen, todo allí continuaba como encantado.

Miss Havisham, como señala Susan Walsh, no solo se ha cerrado a sí misma, sino también ha clausurado la fábrica de cerveza de su padre, rechazando así «el papel de la mujer en el capital físico y económico dentro de la empresa familiar^[10]». Paseando por los edificios desérticos, Pip se encuentra un «gran número de toneles vacíos que parecían conservar el agrio recuerdo de mejores días, pero resultaba demasiado agrio para aceptarlo como una muestra de la cerveza que habían contenido —y en este sentido recuerdo estos lugares solitarios parecidos a muchos otros». La dueña de la fábrica se cuenta, en efecto, entre esta soledad. Cuando miss Havisham, por insistencia de Pip, ayuda a conseguir un empleo a Herbert Pocket, en parte vuelve a asumir el papel de inversora de las empresas familiares, y pone su grano de arena en la circulación de capital. Dickens todavía se detiene en reconstrucciones a pequeña escala del proceso económico. Pero quizá les hemos prestado poca atención y demasiado tarde.

A veces se ha dicho que de *Grandes esperanzas* se desprende una profunda nostalgia por las certezas sociales y morales de la herrería de Joe Gargery, a la que vuelve Pip en el último capítulo, después de perder, y más tarde recuperar, parte de su fortuna. Y en cierto sentido es cierto. La escena de su retorno narra, ni más ni menos, que la reconstitución de la familia como el medio para la comprensión social y moral. Al principio de la novela se nos presenta una familia disfuncional que no es tradicional: los infelizmente casados Joe y Mrs. Gargery, que no tienen hijos; el huérfano Pip, que no pertenece a ningún lugar; el tío Pumblechook, que se ha autonombrado padrino de Pip, pero que abusa de esta posición para maltratarlo y reclamar dinero donde no existe. Cuando Pip al fin regresa a la herrería, después de haber estado fuera once años, descubre que la mayoría de estos puestos vuelven a estar ocupados.

Allí, fumando su pipa junto a la chimenea, como solía, tan robusto y fuerte como siempre, aunque con el cabello gris, estaba Joe; y protegido por la pierna de este, en un rincón, sentado en mi taburete, contemplando el fuego, estaba... ¡quizá nuevamente yo mismo!

—Se llama Pip en recuerdo a ti —dijo Joe, muy satisfecho al ver que yo me sentaba en otro taburete, al lado del niño—, y tal como esperábamos, se te parece.

Lo mismo pensé yo, y a la mañana siguiente me lo llevé a dar un paseo. Hablamos mucho y congeniamos al instante.

Joe sigue siendo el mismo, sentado en su sitio cerca del fuego. Biddy ocupa el lugar de Mrs. Gargery; su hijo, el de Pip; y Pip, el de Pumblechook. Es, por supuesto, un Pumblechook benevolente, que no tira del pelo de su sobrino. La familia se ha

reconstituido. Sin embargo, no es la familia de Pip. Él no tiene ningún papel, aparte de bienhechor esporádico. De ninguna manera volverá a la herrería. Esta escena corresponde a la conclusión de la novela sobre las ventajas y desventajas del progreso, sea individual o colectivo. Resulta tan fuerte la sensación de clausura que de algún modo se extiende hasta el posterior encuentro de Pip y Estella. La novela es elegíaca, pero no sostiene que los paraísos perdidos se puedan recuperar.

A pesar de haberle dado la forma que se había propuesto, y a pesar de moderar su punto de vista sobre el progreso individual y colectivo, Dickens no pudo evitar una pequeña, consciente y gratuita expresión de euforia. Pocas veces dejó pasar la oportunidad de incluir en sus novelas pequeños grupos de holgazanes, la alegre despreocupación de los cuales se opone directamente a la laboriosidad no solo de los protagonistas, sino del propio escritor. En el capítulo VIII de *Grandes esperanzas*, Pip pasa la noche anterior de su visita a miss Havisham en casa de Pumblechook, cerca del pueblo del mercado. Es la única vez que lo hace, y su estancia aporta a la novela poco más que brindarnos la oportunidad de hacernos una imagen de la tienda de Pumblechook y de la calle principal:

Observé también que Mr. Pumblechook parecía dirigir su negocio mirando a través de la calle al talabartero, quien, a su vez, parecía regentar el suyo sin perder de vista al cochero, el cual, al parecer, aprendía a ganarse la vida contemplando al panadero, que por su parte, se cruzaba de brazos y miraba fijamente al tendero, mientras este pasaba el tiempo en el umbral de su local bostezando y sin dejar de observar al boticario.

La cámara de comercio parece haberse reconstituido como cámara de desempleo. Pero la escena también contiene otro grupo de holgazanes. El único artesano de toda la calle principal que trabaja es el relojero, «continuamente inclinado sobre su pequeño pupitre, con una lupa en un ojo, y contemplado siempre a través del cristal de su escaparate por un grupo de obreros». La irónica repetición (el observador observado) captura de un modo impecable la ociosidad de los obreros contemplativos pero inocuos, cuya forma de estar a la espera sin hacer nada resulta tan diferente a la del siniestro Orlick.

Estos obreros recorren prácticamente toda la carrera de Dickens, hasta llegar al grupo que está fuera de la casa del juez donde Pickwick y su séquito son arrestados en el capítulo XXV de *Los papeles póstumos del club Pickwick*. Estos holgazanes están tan desesperados por saber qué está sucediendo y tan indignados por la falta de información que se desahogan «dando patadas a la puerta y tocando la campanilla durante una hora o dos después». Bien podría tratarse de los lectores impacientes de la novela. Pero el deseo de saber lo que ocurre no empuja a todos los miembros del grupo hacia la misma actividad frenética. Tres o cuatro «individuos afortunados» descubren una rendija en la puerta que «dominaba una gran vista de la nada» y miran a través de ella «con infatigable perseverancia». Su perseverancia, según creo, es un reproche a la curiosidad: saben que no verán nada por donde no se ve nada. Los obreros de *Grandes esperanzas* sí ven algo, pero es como si no vieran nada, pues no sacan nada de hacerlo. Su infatigable perseverancia es también, creo, un reproche a la curiosidad, como también vacila la novela un instante antes

de acercarse a la casa de Satis y, por lo tanto, a la incansable búsqueda de significado que se iniciará a partir de aquí.

DAVID TROTTER

1996

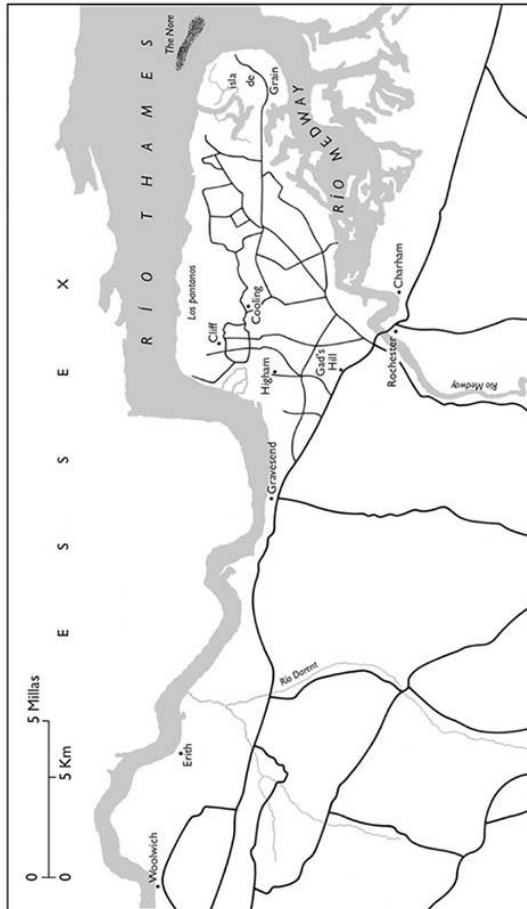
CRONOLOGÍA

- 1812 El 7 de febrero nace Charles John Huffam Dickens en Portsmouth, donde su padre trabaja como empleado de la oficina de pagos de la Armada Real. Es el primogénito de una familia de ocho hermanos, dos de los cuales murieron a temprana edad.
- 1817 Después de ser destinado a Londres y Sheerness, y de cambiar con frecuencia de domicilio, John Dickens se establece en Chatham con su familia.
- 1821 Asiste a la escuela local.
- 1822 La familia regresa a Londres.
- 1824 Su padre ingresa tres meses en la cárcel de deudores de Marshalsea. Durante ese período y algún tiempo después, Dickens trabaja en una fábrica de betunes, etiquetando botellas.
- 1825-7 Reanuda los estudios en la Wellington House Academy, en Hampstead Road, Londres.
- 1827 Trabaja como ayudante de un abogado.
- 1830-3 Se enamora de Maria Beadnell.
- 1830 Es admitido como lector en el Museo Británico.
- 1832 Trabaja como periodista político después de estudiar taquigrafía. Se pierde una prueba de interpretación en Covent Garden a causa de una enfermedad.
- 1833 Publica su primer cuento, «A Dinner at Poplar Walk», en el *Monthly Magazine*.
- 1834-5 Aparecen otros cuentos y artículos en el *Monthly Magazine* y en otras publicaciones periódicas.
- 1834 Empieza a trabajar como periodista en el *Morning Chronicle*.
- 1835 Se compromete con Catherine Hogarth, hija del editor del *Evening Chronicle*.
- 1836 Se publican la primera y la segunda entrega de *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*. Se casa con Catherine Hogarth. Conoce a John Forster, su consejero literario y futuro biógrafo. Se representan profesionalmente en Londres *The Strange Gentleman*, una farsa, y *The Village Coquettes*, una opereta pastoril.
- 1837-9 Dirige la publicación *Bentley's Miscellany*.
- 1837 *Los papeles póstumos del Club Pickwick* se publica en un único volumen (en entregas mensuales durante 1836 y 1837). Nace el primero de sus diez hijos. Muere Mary Hogarth, su cuñada.

- 1838 *Bentley's Miscellany* publica *Oliver Twist* en tres volúmenes (en entregas mensuales entre 1837 y 1839). Visita escuelas en Yorkshire como modelos de Dotheboys, la escuela a la que asistirá Nicholas Nickleby.
- 1839 Se publica *Nicholas Nickleby* en un volumen (en entregas mensuales entre 1838 y 1839). Se muda al número 1 de Devonshire Terrace, en el Regents Park de Londres.
- 1841 Declina la invitación de presentarse como candidato al Parlamento. Se publican, en volúmenes separados, *La tienda de antigüedades* y *Barnaby Rudge* después de aparecer por entregas semanales en *Master Humphrey's Clock* entre 1840 y 1841. Se celebra, en su honor, una cena pública en Edimburgo.
- 1842 Desde enero hasta junio realiza su primer viaje a Norteamérica, que narra en los dos volúmenes de *Notas de América*. Georgina Hogarth, su cuñada, se muda con la familia de forma permanente.
- 1843 Imparte una conferencia sobre la prensa en la Sociedad de Impresores Retirados, seguida de otras a lo largo de su carrera en defensa de múltiples causas. En diciembre se publica «Canción de Navidad».
- 1844 Se publica *Las aventuras de Martin Chuzzlewit* en un volumen (en entregas mensuales durante 1843 y 1844). Viaja con su familia a Italia, Suiza y Francia. Dickens vuelve a Londres por poco tiempo para leer «Las campanas» a un amigo antes de que se publique en diciembre.
- 1845 Regresa de Italia con su familia. En Navidad se publica «El Grillo del Hogar». Escribe un «Fragmento autobiográfico» (?1845-1846) que no sale a la luz hasta la publicación de *The Life of Charles Dickens* de Forster (tres volúmenes, 1872-1874), donde se incluye.
- 1846 Es nombrado editor jefe del *Daily News*, pero renuncia al cargo después de diecisiete números. Se publica *Estampas de Italia*. Viaja con su familia a Suiza y París. En Navidad se publica «La batalla de la vida».
- 1847 Vuelve a Londres. Participa en la fundación y en la puesta en marcha de un hogar para mujeres sin techo de la señora Burdett Coutts.
- 1848 Se publica en un solo volumen *Dombey e hijo* (en entregas mensuales entre 1846 y 1848). Organiza y actúa en representaciones teatrales benéficas de *Las alegres casadas de Windsor* de William Shakespeare y *Every Man in His Humour* de Ben Jonson, en Londres y otras ciudades. En Navidad se publica «El hechizado».
- 1850 *Household Words*, un periódico semanal «Dirigido por Charles Dickens», nace en marzo y sigue en funcionamiento hasta 1859. Pronuncia un discurso en la primera reunión de la Asociación Sanitaria Metropolitana. Se publica *David Copperfield* en un volumen (en entregas mensuales entre 1849 y 1850).
- 1851 Mueren su padre y su hija recién nacida. Más actividades teatrales en ayuda del Gremio de Arte y Literatura, entre ellas, una representación ante la reina Victoria. *A Child's History of England* se publica por entregas en *Household Words* en tres volúmenes (1852, 1853, 1854). La familia se muda a la Tavistock House, en Tavistock Square, Londres.
- 1853 Se publica en un volumen *La Casa lúgubre* (en entregas mensuales entre 1852 y 1853). Dickens organiza por primera vez lecturas públicas (de «Canción de Navidad») para la beneficencia.
- 1854 Visita Preston, Lancashire, para observar la agitación de los obreros. *Tiempos difíciles* aparece por entregas semanales en *Household Words* y se publica en formato de libro.
- 1855 Conferencia a favor de la Asociación para la Reforma Administrativa. Encuentro decepcionante con la ahora casada Maria

- Beadnell.
- 1856 Compra la casa de campo Gad's Hill Place, cerca de Rochester.
- 1857 Se publica en un volumen *La pequeña Dorrit* (en entregas mensuales entre 1855 y 1857). Actúa en el melodrama *Profundidades heladas* de Wilkie Collins y se enamora de la joven actriz Ellen Ternan. Aparece *The Lazy Tour of Two Idle Apprentices* en *Household Words*, relato escrito con Wilkie Collins sobre unas vacaciones en Cumberland.
- 1858 Publica *Reprinted Pieces* (artículos de *Household Words*). Se separa de su mujer, y aparece una declaración en esa publicación. Organiza la primera lectura pública para su propio beneficio en Londres, y hace una gira por la provincia. Su cuñada Georgina asume la administración de la casa de Dickens.
- 1859 Nace *All the Year Round*, un periódico semanal de nuevo «Dirigido por Charles Dickens». *Historia de dos ciudades*, ambas publicadas por entregas mensuales en *All the Year Round*, aparecen en un volumen.
- 1860 Dickens vende la casa de Londres y se muda con la familia a Gad's Hill.
- 1861 *Grandes esperanzas* se publica en tres volúmenes después de aparecer semanalmente en *All the Year Round* (1860-1861). Publica *The Uncommercial Traveller* (artículos de *All the Year Round*); aparece una edición ampliada en 1868. Más lecturas públicas entre 1861 y 1863.
- 1863 Mueren su madre y su hijo Walter, en la India. Se reconcilia con Thackeray, con quien se había peleado poco antes de la muerte de su hijo. Publica «La pensión de la señora Lirriper» en el número especial de Navidad de *All the Year Round*.
- 1865 Se publica en dos volúmenes *Nuestro amigo común* (en entregas mensuales entre 1864 y 1865). Dickens queda bastante afectado tras sufrir un accidente de tren en Staplehurst, Kent, cuando volvía de Francia con Ellen Ternan y su madre.
- 1866 Empieza otra tanda de lecturas. Compra una casa en Slough para Ellen. Aparece «Mugby Junction» en el número especial de Navidad de *All the Year Round*.
- 1867 Ellen se muda a Peckham. Viaja por segunda vez a América. Ofrece lecturas en Boston, Nueva York y Washington, entre otras ciudades, a pesar de su cada vez más deteriorada salud. Aparece «La declaración de Georg Silverman» en el *Atlantic Monthly*, y en 1868 en *All the Year Round*.
- 1868 Vuelve a Inglaterra. Ahora las lecturas incluyen el sensacional episodio de Sikes y Nancy de *Oliver Twist*. Su salud empeora.
- 1870 Más lecturas en Londres. *El misterio de Edwin Drood* se publica en seis entregas, y se intenta completar en doce. Muere el 9 de junio, después de un infarto, en Gad's Hill, a la edad de cincuenta y ocho años. Lo entierran en la abadía de Westminster.

Grandes esperanzas



Mapa de Kent a inicios del siglo XIX, donde se indican algunos de los lugares mencionados en la obra..

I

Como mi apellido paterno es Pirrip, y mi nombre de pila Philip, cuando niño, en mi léxico infantil, no encontré manera más explícita de expresar conjuntamente estos dos nombres que con la sílaba Pip. De ese modo, pues, me llamé a mí mismo Pip, y por Pip me conoció todo el mundo.

Afirmo que el apellido de mi padre era Pirrip basándome en el hecho de que así consta en la losa de su sepulcro así como en la de mi hermana, Mrs. Gargery, quien contrajo matrimonio con el herrero. La circunstancia de no haber conocido a mi padre ni a mi madre, ni haber visto nunca retrato alguno de ellos (pues vivieron en una época muy anterior a la invención de la fotografía), me indujo, desatinadamente, a forjar mis primeras suposiciones acerca de cómo debía de ser la figura de mis difuntos progenitores, buscando su posible apariencia, no sé por qué, en la lápida de su tumba. La forma de las letras de la inscripción mortuoria de mi difunto padre me inspiró la extraña idea de que este debió de ser un hombre robusto, cuadrado, moreno, con cabello negro y rizado. De los caracteres y estilo de la inscripción —«Y Georgiana, esposa del anteriormente mencionado»— deduje puerilmente que mi madre tenía lunares en el rostro y una naturaleza enfermiza.

A las cinco pequeñas losas, de medio metro de longitud cada una, alineadas al lado del sepulcro de mis padres y consagradas a la memoria de mis cinco hermanitos (que muy prematuramente abandonaron la lucha por la vida) debo la creencia, que conservé religiosamente, de que nacieron tumbados de espaldas con las manos en los bolsillos, de los que nunca las sacaron mientras estuvieron en este mundo.

La región donde vivíamos, cruzada por el río y a unos treinta kilómetros del mar, estaba llena de pantanos. Creo que mi primera impresión clara de las cosas la tuve en un atardecer tan desapacible como inolvidable. Fue en esa ocasión cuando me convencí de que aquel terreno yermo cubierto de ortigas era el cementerio; de que Philip Pirrip, de esta parroquia y también Georgiana, esposa del antedicho, estaban muertos y enterrados; de que Alexander Bartholomew, Abraham, Tobias y Roger, hijos menores de los mencionados cónyuges, habían igualmente fallecido y estaban también allí enterrados; de que la llanura árida y sombría que se extendía al otro lado del camposanto, cruzada aquí y allí por diques, zanjales y barreras, y donde se veía algún rebaño paciende, eran los pantanos; de que el cubil salvaje y lejano de donde salía el furioso rugido del viento, era el mar; y de que el cuerpo menudo, estremecido por continuos escalofríos, que se asustaba ante todo aquello y se echaba a llorar, era Pip.

—¡Silencio! ¿Por qué vienes aquí a meter ruido? —gritó una voz terrible al tiempo que un hombre salía de entre las sepulturas que había junto al pórtico de la iglesia—. ¡A ver si te callas, granuja, o te degüello!

Era un individuo espantoso, con traje gris de paño basto, y que llevaba un gran hierro en la pierna; sin sombrero, con los zapatos rotos y un trapo viejo atado alrededor de la cabeza. Un sujeto repulsivo empapado de agua y cubierto de barro, con los pies heridos por los guijarros, lleno de rasguños producidos por las ortigas y los zarzales. Cojeaba, tiritaba, iba refunfuñando y sus ojos centelleaban. Oí rechinar sus dientes cuando me cogió por la barbilla.

—¡Oh, no me degüelle, señor! —imploré, aterrorizado—. ¡Le suplico que no lo haga, señor!

—¡Dime cómo te llamas! —me conminó aquel hombre—. ¡Pronto!

—Pip, señor.

—Otra vez —exigió aquel sujeto, mirándome fijamente—. ¡Repítelo!

—Pip, Pip, señor.

—¿Dónde vives? Indícame las señas de tu casa y señálame en qué dirección está.

Señalé hacia la ribera baja, donde se encontraba nuestro pueblo, entre alisos y árboles descopados, a poco menos de dos kilómetros de la iglesia.

El desconocido, después de contemplarme por un instante, me volvió boca abajo y me vació los bolsillos. No había en ellos más que un pedazo de pan. Cuando la iglesia estuvo otra vez derecha (pues el movimiento fue tan brusco y violento que el panorama dio una vuelta completa ante mis ojos y llegué a ver el campanario debajo de mis piernas) me encontré sentado sobre una losa sepulcral, temblando de miedo, mientras el energúmeno devoraba mi mendrugo de pan.

—Tienes muy buenos mofletes, perrito —me dijo, lamiéndose los labios.

Creo que, en efecto, en aquel tiempo mi cara era regordeta, aun cuando, para la edad que tenía, era pequeño y no muy fuerte.

—Que me condene —agregó, moviendo la cabeza con aire amenazador—, si no sería capaz de comerme tus mejillas y si no siento el deseo de zampármelas ahora mismo.

Le expresé angustiosamente mi esperanza de que no lo hiciera y me agarré fuertemente a la piedra sobre la cual me había colocado, con objeto de no caer, y también para contener las lágrimas.

—Y ahora, otra cosa —añadió el salvaje—: has de decirme dónde está tu madre.

—Aquí, señor —contesté.

Él se sobresaltó, dio unos cuantos pasos rápidos, como disponiéndose a huir, pero luego se detuvo y me miró por encima del hombro.

—¡Aquí, señor! —repetí tímidamente—. «Y Georgiana...». Esta es mi madre.

—¡Ah! —exclamó él, regresando a mi lado—. ¿Y está tu padre aquí con tu madre?

—Sí, señor —respondí—; él también..., «de esta parroquia».

—Entonces ¿con quién vives? —murmuró, pensativo—. Suponiendo que decida no matarte, que aún no sé si lo haré...

—Con mi hermana, Mrs. Gargery, esposa de Joe Gargery, el herrero, señor.

—Conque herrero, ¿eh? —dijo mirándose la pierna. Luego alzó la cabeza, se acercó más a mí, me cogió por los brazos y, echándose hacia atrás tanto como pudo, fijó, sin soltarme, sus ojos penetrantes en los míos, mientras yo lo miraba suplicante y desamparado.

—Ahora, fíjate en lo que te digo —prosiguió— porque la cuestión es saber si voy a dejarte vivir o no... ¿Sabes lo que es una lima?

—Sí, señor.

—Y ¿sabes lo que son víveres?

—Sí, señor.

A cada pregunta me iba empujando un poco más hacia atrás, como pretendiendo darme una mayor sensación de impotencia y de peligro.

—Pues me proporcionarás una lima —dijo sin dejar de empujarme—, y víveres; de lo contrario voy a arrancarte el corazón y el hígado.

Yo estaba despavorido, y como la cabeza me daba vueltas hasta hacerme perder el equilibrio, me agarré a él con las manos y le supliqué:

—Si tuviera usted la bondad de dejarme poner de pie, quizá no me sentiría tan mareado y me sería posible prestarle más atención y la ayuda que me solicita.

Me hizo dar otra voltereta y me zarandeó con tanta violencia que me pareció que la iglesia saltaba por encima de la veleta del campanario. Después, sosteniéndome por los brazos de pie sobre la piedra del sepulcro, prosiguió en estos términos espeluznantes:

—Mañana por la mañana, muy temprano, me traerás la lima y los víveres que te he pedido. Lo llevarás todo a aquella antigua batería que hay allí abajo. Si cumples mi orden sin pronunciar palabra ni hacer ademán alguno que indique que has visto a alguien o que me has visto a mí, tal vez respete tu vida. Pero si me desobedeces, verás cómo te arranco el corazón y el hígado, y los aso y me los como. Te advierto que no estoy solo, como quizá te figures, pues tengo un compañero joven escondido, y yo, comparado con él, resulto un ángel. Este joven de quien te hablo tiene una manera muy especial de acercarse a un niño y arrancarle el hígado y el corazón. Es una habilidad suya peculiar y secreta. Es inútil que una criatura cualquiera pretenda huir de él ocultándose. Un niño puede haber cerrado la puerta de su habitación con llave, o haberse metido en la cama, tapándose incluso la cabeza con la manta, y aun así encontrará el modo de llegar hasta él y abrirlo en canal. Ahora mismo tengo que esforzarme mucho para evitar que te haga daño. Me cuesta muchísimo impedir que te descuartice. ¿Qué contestas a todo esto?

Le prometí que le procuraría la lima y todos los víveres que pudiera encontrar, y que se lo llevaría todo a la batería por la mañana temprano, tal como me había ordenado.

—Di inmediatamente: «¡Que Dios me mate si no lo hago!».

Repetí la frase funesta y el malvado vagabundo me bajó de la losa.

—Ahora —agregó—, no olvides lo que has prometido, piensa en el joven de quien te he hablado y ve a casa.

—Buenas noches, señor —dije con voz temblorosa.

—¡Y tan buenas! —replicó él volviéndose de espaldas para mirar la llanura húmeda y fría—. ¡Si al menos fuese yo una rana o una anguila!

Al mismo tiempo se abrazó el cuerpo, estremeciéndose, como si se sujetase a sí mismo para no caer hecho pedazos, y se alejó cojeando hasta el muro bajo de la iglesia. Mientras

iba andando, buscando el camino entre los zarzales y las ortigas verdes, se me antojaba, en mi fantasía infantil, que procuraba evitar que le alcanzasen las manos de los muertos que salieran sigilosamente de sus tumbas para cogerlo por los tobillos y arrastrarlo hacia adentro.

Al llegar a la tapia de la iglesia, se encaramó en ella como el que tiene las piernas rígidas y ateridas, y después se volvió para mirarme. Al darme cuenta de que estaba contemplándome eché a correr a toda velocidad en dirección a mi casa. Pero poco después miré por encima del hombro y vi que avanzaba otra vez hacia el río, mientras iba abrigándose el cuerpo con sus propios brazos y tanteaba con sus pies lastimados los pedruscos diseminados por los charcos y las ciénagas, que servían de pasadera cuando la lluvia torrencial o el río inundaban el terreno.

Los pantanos formaban una línea negra, larga y horizontal cuando me detuve para observar al antipático personaje, en tanto que el río formaba otra línea horizontal, no tan ancha, pero igualmente oscura. El firmamento no era más que una extensísima franja con líneas rojas encendidas y otras negras y espesas entremezcladas. En la ribera, podía distinguir vagamente las dos únicas cosas que en todo aquel panorama parecían estar en pie; una de ellas era el faro que servía de orientación a los navegantes, semejante a un tonel sin aros colocado sobre un poste, que resultaba muy feo visto de cerca; la otra, una horca de la cual pendían unas cadenas de las que en cierta ocasión había colgado el cuerpo de un pirata. Vi que mi perseguidor se dirigía cojeando hacia aquella horca, como si fuese el mismo pirata resucitado que, tras descolgarse, pretendiera volver a ahorcarse. Sentí el escalofrío de horror al pensar en esta posibilidad, y al ver que las vacas que por allí pacían levantaban la cabeza para mirarlo, me pregunté si estas pensaban lo mismo que yo. Procuré descubrir al joven de que me había hablado aquel hombre, pero no lo vi por ninguna parte. De pronto volví a sentirme dominado por el miedo y eché a correr hacia casa sin detenerme.

II

Mi hermana, Mrs. Gargery, tenía veinte años más que yo y gozaba de gran «reputación» entre los vecinos porque me había criado «valiéndose de la mano». Como tuve que descubrir por mí mismo lo que significaba esta expresión que le había dado fama, y tras comprobar que mi hermana tenía la mano dura y pesada, pues solía descargarla tanto sobre su marido como sobre mí, deduje que tanto a él como a mí nos había educado «valiéndose de la mano».

Como mi hermana no era una muchacha agraciada, comprendí enseguida que fue valiéndose de la mano como consiguió que Joe se casara con ella. Joe era un hombre guapo, con rizos rubios, piel delicada y unos ojos de un color azul tan claro que parecía confundirse con el blanco de los mismos. Poseía un temperamento pacífico y afable, pero un poco gandul y algo atolondrado; una especie de Hércules por la fuerza que tenía, y también por su debilidad.

Mi hermana tenía el cabello y los ojos negros y un cutis tan excesivamente colorado que más de una vez me pregunté si en lugar de jabón usaba, quizá, un rallador. Era alta y huesuda, y siempre llevaba puesto un basto delantal sujetado por detrás con dos presillas, y por delante una especie de babero cuadrado erizado continuamente de alfileres y agujas. Parecía estar orgullosa de llevar siempre aquel delantal, como un severo reproche contra Joe. Pero yo no veo, en realidad, por qué tenía que llevarlo o por qué, si lo hacía, no podía quitárselo cada día.

La herrería de Joe estaba instalada en una casa contigua a la nuestra, que era de madera, como la mayor parte de las viviendas de nuestro país en aquella época.

Cuando llegué corriendo del cementerio, la herrería estaba cerrada y Joe se hallaba sentado, solo, en la cocina.

Como él y yo éramos compañeros de penas y fatigas, nos comunicábamos nuestros secretos, y tan pronto como levanté el picaporte y escudriñé por una rendija de la puerta, vino a abrir y me hizo una confidencia:

—La señora ha salido una docena de veces a buscarte, Pip, y ahora ha vuelto a salir para hacer la docena de fraile.

—¿De veras?

—Sí, Pip —respondió Joe—; y lo que es peor, se ha llevado el bastón de las cosquillas.

Al oír esta noticia alarmante quedé muy preocupado contemplando el fuego que ardía en la chimenea y haciendo girar el único botón de mi chaleco. El bastón de las cosquillas era

un palo con el extremo encerado y reluciente debido a las frecuentes colisiones producidas entre él y mi cuerpo.

—Estaba sentada —explicó Joe—, y de repente se ha levantado y, cogiendo el bastón, ha salido precipitadamente. Esto es lo que he visto —añadió Joe hurgando el fuego con el atizador y contemplando las brasas—. Se ha marchado furiosa, Pip.

—¿Hace mucho de eso, Joe? —Siempre lo trataba como a un niño mayor, pero de mi misma condición.

—Esta última vez —contestó él echando un vistazo al reloj holandés—, debe de hacer unos cinco minutos que se ha puesto a alborotar. ¡Ahora viene! Escóndete detrás de la puerta y procura tener siempre el toallero entre tú y ella para resguardarte.

Seguí su consejo y en aquel preciso instante mi hermana abrió la puerta de un empujón y, al encontrar un obstáculo detrás de esta, adivinó de inmediato la causa, pero encargó a su «amigo», el bastón de las cosquillas, que completara la investigación, y acabó por lanzarme contra Joe (lo cual no era cosa nueva, porque yo le servía con frecuencia de «proyectil conyugal»). Joe me recibió contento de poder apoderarse de mí y protegerme de cualquier modo que fuese, y con este fin me hizo pasar al lado de la chimenea e interpuso su larga pierna a manera de barrera infranqueable.

—¿Dónde te habías metido, granuja? —preguntó ella, pataleando—. Dime enseguida y exactamente qué has estado haciendo para causarme un disgusto tan grande o te arranco de este rincón aunque fueses cincuenta Pips y tu protector cien Gargerys.

—Solo he ido al cementerio —respondí desde mi taburete, sollozando y restregándome los cardenales.

—¡Al cementerio! —repitió mi hermana—. ¡Si no fuese por mí ya haría tiempo que estarías en el camposanto! ¿Quién te crió valiéndose de la mano?

—Tú —contesté.

—¿Y por qué lo hice? ¡Eso quisiera saber! —exclamó.

—No lo sé —gemí con voz lastimera.

—¡Soy yo quien no lo sabe! —dijo exaltada mi hermana—. ¡Pero no me pillarán nunca más! ¡Eso sí que lo sé! Puedo decir, sin exageración, que no me he quitado este delantal desde que naciste... ¡No tengo bastante con ser la mujer de un herrero (¡y nada menos de un Gargery!) que encima he de cuidar de ti como si fuese tu madre!

Mis pensamientos se desviaron de esta cuestión mientras contemplaba el fuego desconsoladamente. Porque el fugitivo de los pantanos, con su hierro en la pierna, el joven misterioso, la lima, los víveres, el hurto que me veía obligado a cometer bajo aquel techo protector, todo se levantaba contra mí de entre aquellas brasas vengadoras.

—¡Ah! —exclamó mi hermana volviendo a poner el bastón de las cosquillas en su lugar acostumbrado—. ¿Al cementerio, decís? Podéis hablar del cementerio vosotros dos. —Ninguno de nosotros había dicho nada de eso—. Es a mí a quien llevaréis al sepulcro cualquier día de estos; y bonita pareja vais a formar cuando no me tengáis aquí.

Mientras ella disponía el servicio de té, Joe me miró por encima de su pierna, como si estuviese comparando nuestra talla y figura, pensando, quizá, en qué clase de pareja resultaríamos si se dieran las penosas circunstancias profetizadas. Después comenzó a

acariciarse las rubias patillas y los rizos del lado derecho, mientras seguía con sus ojos azules los movimientos de su mujer, como solía hacer siempre que había bronca.

Mi hermana tenía una manera particularmente brusca de preparar el pan con mantequilla que solía darnos. Ante todo, con la mano izquierda sujetaba fuertemente el pan contra aquella especie de babero cuadrado que llevaba sobre el delantal, con lo que a veces quedaba clavado en él un alfiler o una aguja que luego encontrábamos en la boca al masticar. Después cogía un poquitín de mantequilla con la punta de un cuchillo y la extendía avaramente por encima de la rebanada a la manera de un boticario cuando prepara un emplasto. A continuación daba al cuchillo un enérgico restregón final en la corteza del pan y acababa de cortar la rebanada, que, aunque era bastante gruesa, dividía en dos mitades: una para Joe y otra para mí.

Esta vez, a pesar de que tenía mucho apetito, no me atreví a comer el pedazo que me correspondía, pues comprendí que debía reservar algo para aquel energúmeno que había tenido la mala suerte de conocer y para su joven compañero, todavía más tremebundo. Sabía que mi hermana era una administradora de las más rígidas, y que, por lo tanto, podía muy bien suceder que en mis indagaciones para el hurto de víveres no encontrara en la despensa nada aprovechable. Decidí, pues, guardar mi pedazo de pan con mantequilla bajo una de las perneras de mi pantalón.

La fuerza de voluntad de que tuve que echar mano para llevar a cabo mi propósito fue verdaderamente terrible. Era como si hubiese decidido arrojarme desde el tejado de una casa muy alta o zambullirme en un estanque muy profundo. Y Joe venía, inconscientemente, a complicar mi situación. En nuestro ya mencionado compañerismo de penas y fatigas, teníamos la costumbre de comparar todas las noches la manera como mordíamos y hacíamos desaparecer nuestro pedazo de pan, que ofrecíamos silenciosamente, de vez en cuando, a nuestra mutua admiración para estimular recíprocamente los esfuerzos devoradores de cada uno. Aquella noche, Joe me invitó varias veces, exhibiendo su media rebanada, que disminuía rápidamente al acercarla a la boca, a tomar parte en la acostumbrada competencia amistosa, pero cada vez me encontró con mi taza de té encima de una rodilla y mi pedazo de pan intacto sobre la otra. Al final consideré, con desesperación, que no tenía más remedio que hacer lo que me proponía mi compañero y familiar, y que lo mejor sería simularlo como lo permitieran las circunstancias. Aproveché, pues, un momento en que Joe dejaba de mirarme, y me metí rápidamente el pan en la pernera del pantalón.

Joe estaba visiblemente preocupado por lo que él se figuraba que era falta de apetito al ver que yo no comía, y dio a su trozo de pan una dentellada maquinal que no pareció producirle satisfacción alguna. Estuvo masticando más rato que de costumbre, y después de reflexionar por un instante se lo tragó como si fuese una píldora. Se disponía a dar otro mordisco, y estaba ladeando la cabeza para abarcar un buen bocado, cuando cayó en la cuenta de que todo mi pan había desaparecido.

Quedó boquiabierto de estupefacción, contemplándome con aire tan intrigado que mi hermana reparó en su actitud y preguntó, con tono áspero, al tiempo que dejaba su taza sobre la mesa:

—¿Qué pasa?

—¡Pero por Dios! —exclamó Joe, sacudiendo la cabeza con aire de seria reconvención—. Te va a hacer daño... Se te quedará atascado en alguna parte... No puedes haberlo masticado bien, Pip.

—A ver, ¿qué ocurre? —repitió mi hermana con más aspereza que antes.

—Si crees que tosiendo podrás vomitar una parte de lo que acabas de tragar, te aconsejo que lo hagas. La urbanidad es la urbanidad, pero tu salud está por encima de los modales...

En aquel preciso instante mi hermana, completamente desesperada, se abalanzó sobre Joe y, asiéndolo por las patillas, estuvo un rato golpeándole la cabeza contra la pared. Mientras tanto, yo seguía sentado en mi rincón contemplando la escena con expresión de culpabilidad.

—¡A ver si ahora te decides a explicarme qué sucede, especie de cerdo atontado! —gritó mi hermana entre furiosa y jadeante.

Joe levantó los ojos y miró a su mujer con desaliento, y con la misma expresión de desvalido, tomó otro bocado y se volvió hacia mí.

—¿Sabes, Pip? —dijo con tono confidencial mientras masticaba su último bocado, que le hinchaba el carrillo, como si estuviéramos completamente solos—, tú y yo siempre seremos amigos, y en ninguna ocasión te delataré... ¡Pero una... —movió su silla, miró el espacio de pavimento que había entre nosotros dos, y luego otra vez a mí, y añadió—:...una engullida tan extraordinaria como esta!

—¿Se ha zampado el pan sin mascar? —gritó mi hermana, pero Joe, mirándome a mí y no a su mujer, con el bocado todavía en el carrillo, siguió diciendo:

—¿Sabes, querido?, cuando yo tenía tu edad, también tragaba sin masticar; había llegado a ser uno de los más tremendos engullidores, pero nunca tragué, ni vi hacerlo, un bocado tan extraordinario como el tuyo, Pip, y puedes dar gracias a Dios de que no hayas muerto.

Mi hermana se abalanzó esta vez sobre mí y, agarrándome por el cabello, solo pronunció estas palabras espantosas.

—Ven conmigo que voy a darte la medicina...

Algún médico brutal tuvo en aquella época el capricho de resucitar el empleo del agua de alquitrán como sistema profiláctico de excelente resultado, y mi hermana guardaba siempre una buena provisión de la misma en la alacena; pues tenía fe en sus virtudes, basada, sin duda, en su mal sabor. Algunas veces me obligaba a tomar tal cantidad de aquel «elixir», como reconstituyente de primer orden, que yo me daba perfecta cuenta de que iba por el mundo apestando como una valla acabada de embadurnar. Aquella noche la urgencia del caso requería una pinta de tan desagradable brebaje, que me fue echada al gaznate mientras, para mayor «comodidad» mía, Mrs. Gargery me sujetaba firmemente la cabeza debajo de su brazo. Joe no tuvo que tomar más que media pinta, pero se la tragó, muy a su pesar, mientras permanecía sentado, murmurando y reflexionando, junto al fuego, porque se le había revuelto el estómago. A juzgar por lo que me ocurría, no cabía duda que tuvo fuertes náuseas después, si no las tuvo antes.

La conciencia es algo terrible cuando acusa a quien sea, tanto si se trata de un niño como de una persona mayor. Pero cuando, en el caso de un niño, aquel peso secreto va

unido a otro oculto en la pernera de sus pantalones, es, como puedo atestiguar, un gran castigo. Mi culpable intención de robar a mi hermana (jamás hubiera podido pensar que iba a robar también a Joe, pues nunca creí que nada de la casa le perteneciera) y la necesidad de tener continuamente una mano que aguantara mi pan mientras estaba sentado o cuando andaba por la cocina para hacer lo que se me ordenaba, me volvían loco. Luego, cuando el viento que venía de los pantanos avivó las llamas del hogar, me pareció oír en el exterior la voz del hombre del hierro en la pierna que me había hecho jurar que guardaría el secreto, manifestándome que no podía ni quería estar hambriento hasta el día siguiente y que tenía que comer de inmediato. Otras veces pensaba: ¿Y si el joven malvado, a quien él con tanta dificultad mantuvo alejado de mí, se dejase llevar por la impaciencia o equivocara el tiempo fijado y se creyera con derecho de arrancarme el hígado y el corazón esta noche en lugar de mañana? Si alguna vez el pavor erizó el cabello de alguien, el mío debió de erizarse entonces. Pero quizá esto nunca ocurre.

Era la víspera de Navidad y me encargaron revolver con la varilla de cobre el *pudding* que teníamos que comer al día siguiente, sin cesar de darle vueltas desde las siete hasta las ocho en punto. Procuré hacerlo cargando mi peso en la pierna (y esto me hizo pensar de nuevo en el peso de su pierna), y vi que no había manera de evitar que con aquel ejercicio el pedazo de pan asomara por debajo. Pero tuve la suerte de poder escabullirme para ir a mi cuartito de la buhardilla y depositar allí aquella parte de mi conciencia.

—¿No oyes? —le pregunté a Joe cuando hube terminado mi faena, y mientras me calentaba junto a la chimenea antes de que me mandasen a la cama—. ¿No será ese ruido el estampido de cañonazos?

—¡Vaya! —exclamó Joe—. Otro presidiario que anda suelto.

—¿Qué quieres decir, Joe? —inquirí, alarmado.

Mi hermana, que siempre se encargaba de dar las explicaciones, aun cuando no se lo pidiesen, repuso, refunfuñando.

—Escapado, escapado... —administrando la definición repetida y abundantemente como si fuese agua de alquitrán.

Mientras ella tenía la cabeza inclinada sobre la labor, yo hice con la cabeza y con labios el ademán de preguntar: «¿Qué es un presidiario?». Joe movió la boca pretendiendo darme una respuesta, y lo hizo con muecas tan primorosas que todo lo que pude entender fue la sílaba «Pip».

—Anoche se evadió un presidiario —explicó Joe en voz alta— después del cañonazo de la puesta de sol, y dispararon de nuevo para dar aviso de la fuga. Según me parece, hoy están disparando por el mismo motivo.

—¿Y quién dispara? —pregunté.

—¡Caramba qué chico más pesado! —intervino mi hermana mirándome con gesto huraño—. ¡Qué preguntón eres! No hagas preguntas y no te dirán mentiras.

Esta recomendación no me pareció muy cortés para consigo misma, pues con ella lo que venía a confesar era que decía embustes, aunque fuera yo quien preguntase. Pero no estaba acostumbrada a demostrar buena educación, excepto cuando había visitas.

En este punto Joe excitó mucho más mi curiosidad, al abrir la boca como para pronunciar una palabra que, según creí entender, era «sotones». Entonces moví mis labios

para indicar: «¿De quién?». Pero Joe aparentó no darse cuenta, y volviendo a abrir completamente la boca, procuró imitar la palabra de manera muy distinta, a pesar de lo cual no entendí nada.

—Si no te causara molestia —le dije a mi hermana como último recurso—, desearía que me indicases de dónde vienen los cañonazos.

—¡Dios te ampare, chico! —exclamó mi hermana con un tono que más bien quería decir todo lo contrario—. ¡Pero qué tonto! ¡De los pontones!

Joe hizo una mueca, como queriendo indicar: «Ya te lo había dicho».

—¿Queréis hacerme el favor de decirme lo que son esos pontones? —supliqué.

—¡Vaya muchacho fastidioso! —exclamó mi hermana, señalándome con la aguja enhebrada y sacudiendo la cabeza con gesto amenazador—. Contestadle a una pregunta y enseguida os hará otras doce. Los pontones son unos barcos que sirven de cárcel al otro lado de los pantanos.

—No sé a quién meten en esos barcos, y ¿por qué le meten a uno allí? —seguí interrogando, como hablando en general, con desesperación silenciosa.

Esto era ya demasiado para mi hermana, que se levantó bruscamente y exclamó, irritada:

—¡Ahora te lo diré, jovencito! No te eduqué valiéndome de la mano para que incordies a todo el mundo con tu ignorancia. Meten a los malhechores en esos barcos porque asesinan, roban, falsifican y cometen toda clase de fechorías... ¡y siempre empiezan haciendo preguntas! ¡Y ahora vete a la cama!

Nunca me daba una vela cuando me mandaba a acostarme, y mientras subía por la escalera a oscuras con un hormigueo en la cabeza (producido por el dedal de mi hermana, que había estado martilleando en ella para acompañar sus últimas palabras) caí en la cuenta, asustadísimo, de que los barcos-cárcel se hallaban muy cerca de mí, y que yo me encaminaba hacia ellos. Había empezado haciendo preguntas, y me disponía a robar a mi hermana.

Desde aquel momento pensé con frecuencia que pocos son los que saben hasta qué punto un niño puede ser reservado y cauteloso cuando el terror lo domina. Yo experimentaba un miedo mortal de mí mismo a consecuencia de la terrible promesa que me habían arrancado; no podía esperar auxilio de mi hermana todopoderosa, que todo me lo denegaba y no tenía para mí más que regaños a cada momento; me horroriza pensar lo que habría sido capaz de hacer, si me lo hubiesen exigido, en mi pavor secreto.

Si aquella noche llegué a dormir fue solo para soñar con que me hallaba flotando en el río, arrastrado por la corriente impetuosa hacia los barcos-cárcel, y que, al pasar por debajo de estos, un pirata espectral me gritaba que sería mejor que pusiera pie en la orilla y me hiciese ahorcar sin demora. En las largas horas que permanecí despierto temía conciliar el sueño, porque sabía que, al amanecer, tendría que robar lo que encontrase en la despensa. Por la noche no podía hacer nada, porque en aquella época no era posible conseguir luz con solo frotar una cerilla sobre una superficie áspera; me habría visto obligado a golpear el pedernal con un eslabón, lo cual habría producido un ruido como el del mismo pirata al hacer rechinar sus cadenas.

Tan pronto como la aterciopelada negrura que se veía a través de mi ventanita comenzó a cambiar al gris, me levanté y bajé a la cocina, mientras a cada paso que daba, cada escalón y cada tabla agrietada del suelo parecían gritar detrás de mí: «¡Ladrones!». «¡Levántese, Mr. Joe!». En la despensa, que estaba más provista que de costumbre debido a la estación del año, me llevé un gran sobresalto al ver una liebre colgada por las patas, pues me pareció que me guiñaba el ojo. No tuve tiempo de inspeccionar lo que había allí, ni de escoger los víveres, pues se me hacía tarde. Robé precipitadamente un poco de pan, unas cortezas de queso, medio tarro de carne picada (que envolví en mi pañuelo junto con el pedazo de pan que me abstuve de comer el día anterior), un poco de ron en una botella de barro, que vertí en otra de vidrio que yo había usado secretamente para hacer con regaliz aquel líquido embriagador al que damos el nombre de aguardiente español; un hueso de jamón con muy poca carne y una hermosa y bien rellena empanada de tocino.

Casi estuve a punto de marcharme de allí sin la empanada, pero sentí la tentación de asomarme a un estante para ver qué era lo que tan cuidadosamente estaba allí guardado en una cazuela tapada, y al comprobar que se trataba de aquella apetitosa empanada, me la llevé con la esperanza de que seguramente no estaba destinada a ser comida hasta que pasase cierto tiempo, y por ello tardarían en echarla en falta.

En la cocina había una puerta que comunicaba con la herrería. Hice girar la llave, descorrí el cerrojo, entré, revolví las herramientas de Joe y me apoderé de una lima. Luego abrí la puerta por la que había entrado el día anterior, salí, volví a cerrar y eché a correr hacia los brumosos pantanos.

III

Era una mañana fría y muy húmeda. Había visto la niebla chorrear por la parte exterior de mi ventanita, como si un duende hubiese estado allí llorando toda la noche y hubiera usado los cristales a modo de pañuelo. Ahora estaba contemplando el rocío que cubría los setos desnudos y la hierba mezquina, formando un manto semejante a grandes telarañas que pendían de cada tallo y cada ramita. En todas las cercas y portillos el agua era cenagosa, y la bruma de los pantanos se veía tan compacta que la larga tablilla del poste que indicaba a los forasteros la dirección de nuestro pueblo, y que estos nunca seguían, porque allí no venía nadie, se hizo invisible para mí hasta que me encontré casi debajo de ella. Entonces, al levantar los ojos y observar que estaba goteando, a mi conciencia oprimida le pareció un fantasma que me condenaba a pasar el resto de mis días en un barco-cárcel.

La niebla era aún más espesa al aproximarme a los pantanos y me producía el efecto de que en lugar de correr yo hacia las cosas, estas corrían hacia mí. Resultaba una visión muy penosa para un alma que se sentía culpable. Los portillos, las zanjas y los ribazos surgían repentinamente y por doquier a mi paso, y parecían gritarme con voz potente y clara: «¡Un chiquillo que acaba de robar una empanada de tocino! ¡Detenedlo!». Las vacas se acercaban a mí, me miraban fijamente, y con el hocico humeante, me decían: «¡Eh, ladronzuelo!». Un buey negro, con corbata blanca, que debido a mi excitación parecía tener cierto aire curialesco, me dirigió una mirada tan obstinada y penetrante al verme pasar e inclinó la voluminosa cabeza con gesto tan acusador, que exclamé con tono lastimero: «¡Me vi forzado a hacerlo! ¡No lo he hurtado para mí!». Y entonces el buey bajó la cabeza, dio un resoplido, lanzó una nube de vapor por los ollares, escarbó por un momento la tierra con las patas delanteras y luego desapareció meneando la cola.

Mientras tanto, yo me iba acercando al río, pero, a pesar de que andaba muy deprisa, no podía calentarme los pies, pues la humedad parecía remachada en ellos como el hierro en la pierna del hombre a cuyo encuentro iba. El camino de la batería no me era desconocido, pues había estado allí un domingo con Joe, este, sentado encima de un cañón antiguo, me dijo que cuando yo fuese un verdadero aprendiz en su herrería, pasaríamos allí nuestros ratos de ocio. No obstante, desorientado por la niebla, acabé por desviarme hacia la derecha y tuve que buscar el camino retrocediendo a lo largo del río por la pasadera de piedras colocadas sobre el cieno y las estacas que servían para señalar la crecida de las aguas. Avanzando por allí apresuradamente, crucé una zanja que se encontraba muy cerca de la batería, y acababa de subir por un montículo inmediato cuando topé con aquel sujeto,

que estaba sentado, vuelto de espaldas, y con los brazos cruzados iba dando cabezadas, dormitando.

Creí que se pondría más contento al ver que me presentaba inesperadamente con su almuerzo, y acercándome a él de puntillas, le toqué el hombro. Se levantó de un salto, ¡y no era el hombre que yo buscaba sino otro!

Sin embargo, este también iba vestido de basto paño gris, y llevaba igualmente un gran hierro en la pierna; cojeaba, tenía la voz ronca, tiritaba, y era en todo idéntico al otro; pero no, su cara no era la misma y llevaba un sombrero de fieltro bajo de copa y ancho de alas. Observé todo esto en un instante, porque tuve un breve momento para contemplarlo; soltó una blasfemia e hizo ademán de darme un golpe, pero tan débil y poco certero que no me alcanzó y casi lo hizo caer de bruces, porque al mismo tiempo tropezó y se alejó de inmediato entre la niebla.

Es el joven malvado, pensé. Y al identificarlo, sentí una punzada en el corazón. Indudablemente también habría sentido otra en el hígado, si hubiese sabido dónde lo tenía.

Sin embargo, no tardé en llegar a la batería, y allí encontré al individuo que buscaba; iba de un lado a otro cojeando. Me esperaba. Debía de estar aterido. Casi temí verlo caer, muerto de frío, a mis pies. Sus ojos, además, revelaban un hambre tan espantosa, que al entregarle la lima pensé que habría intentado comérsela si no hubiese visto el paquete que yo llevaba. Esta vez no me volvió boca abajo para quitarme todo cuanto tenía encima, sino que me dejó de pie y se quedó observando cómo desataba el bulto y vaciaba mis bolsillos.

—¿Qué traes en la botella? —preguntó.

—Ron —respondí.

Estaba engullendo la carne picada tan precipitadamente como si estuviese aguardando a alguien con impaciencia, pero la dejó para beber el licor. Temblaba continuamente y de manera tan violenta que apenas podía conservar el gollete de la botella entre los labios.

—Me parece que tiene usted fiebre —le dije.

—También yo lo creo, muchacho —contestó.

—No le conviene estar aquí —le aconsejé—. Ha pasado la noche en los pantanos, y eso puede causarle, entre otras cosas, reuma.

—Pues antes de que me maten, voy a almorzar —repuso él con indiferencia—. Desayunaría aunque después tuvieran que colgarme de aquella horca de allí abajo. Ya dominaré mi temblor, te lo aseguro.

Engullía carne picada, jamón, pan, queso y empanada de tocino, todo a la vez, y mientras tanto iba mirando con desconfianza la espesa niebla que nos rodeaba, y de vez en cuando dejaba de masticar y aguzaba el oído con expresión de recelo. Algún ruido real o imaginario en el río o el resoplido de una res en los pantanos, lo sobresaltó e, inesperadamente, exclamó:

—No eres un diablillo traidor y te has hecho acompañar por alguien, ¿verdad?

—¡No, señor! ¡No!

—Está bien —replicó—. Te creo. Resultarías un sabueso muy feroz si a tu edad hubieras aprendido a ayudar a la caza de un pobre bicho acorralado que se halla cerca de la muerte.

Algo sonó en su garganta, como si tuviera dentro el mecanismo de un reloj y este fuese a dar la hora. Se pasó la manga harapienta por los ojos, y yo, compadecido de su desolación, al ver cómo, gradualmente, iba consumiendo la empanada, me atreví a decirle:

—Celebro que la encuentre sabrosa.

—¿Has dicho algo?

—Que me alegro de que le guste a usted la empanada.

—Sí, mucho. Gracias, chico.

Yo había visto con frecuencia comer a un perrazo que teníamos, y ahora observaba el modo muy parecido en que este y aquel hombre tenían de devorar lo que les pusieran delante. Él daba mordiscos ávidos como el perro en cuestión. Engullía, o mejor dicho, arrancaba cada bocado con una precipitación excesiva; y mientras masticaba deprisa iba mirando a un lado y a otro, temerosamente, como si temiese que se presentara alguien a arrebatarse la empanada. Su desasosiego era demasiado intenso para que pudiera saborearla tranquilamente o para que pudiese acercársele alguien sin que la emprendiera a mordiscos con el intruso.

—Temo que no va usted a dejar nada para él —le advertí tímidamente, después de una larga pausa durante la cual había estado reflexionando acerca de si aquella observación resultaría o no importuna—. No queda ya nada más en la despensa de donde he sacado todo esto. —Era precisamente este hecho lo que me inducía a dirigirle esta advertencia.

—¿Que no voy a dejar nada para quién? —preguntó él, dejando de masticar.

—El joven de quien me habló. El que estaba escondido con usted.

—¡Ah, sí! —exclamó, y soltó una áspera risotada—. Es verdad... Pero él no necesita comida.

—Pues a mí me pareció que tenía cara de necesitarla —repliqué.

El extraño sujeto dejó de comer y, con expresión de sorpresa, me preguntó, con ojos escudriñadores:

—¿Que tenía cara de necesitarla? ¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Dónde?

—Allí abajo —respondí al tiempo que señalaba el lugar—. Lo he encontrado dando cabezadas y lo he confundido con usted.

Al oír aquello me asió fuertemente por el cuello y me dirigió una mirada tan terrible que temí que se le hubiese ocurrido de nuevo cortarme el cuello.

—Iba vestido como usted —expliqué, temblando—, pero con un sombrero y con el mismo... impedimento... —Quería aludir disimuladamente al hierro de su pierna—. ¿No oyó usted los cañonazos anoche?

—De modo que era el cañón —susurró para sí.

—Me extraña que no se diese usted cuenta de que eran cañonazos, porque, desde casa, que está más lejos, los oímos perfectamente, a pesar de tener cerradas las puertas y las ventanas.

—Has de comprender —repuso él—, que cuando un hombre va rondando solo por estas llanuras, con la cabeza débil y el estómago vacío, muerto de frío, de hambre y de sed, no hace más que oír cañonazos y gritos durante toda la noche. Y no solo oye, sino que ve

continuamente que están rodeándolo los soldados con sus casacas y sus antorchas. Oye mencionar su número, el ruido de los fusiles, las voces de mando: «¡Apunten!». Y uno siente, a veces, que le ponen la mano encima... y, sin embargo ¡no hay nada! Pero ayer no fue únicamente un grupo de perseguidores lo que vi, sino un centenar... ¡Maldita sea! En cuanto a los cañonazos, he estado oyéndolos ininterrumpidamente hasta el amanecer. Eran tantos que hasta disipaban la niebla. Pero ese hombre, que dices se parecía a mí... —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Has notado algo de particular en él?

—Tenía la cara llena de cardenales —expliqué, recordando lo que yo mismo apenas sabía que supiese.

—¿Aquí? —preguntó él golpeándose sin compasión la mejilla izquierda con la palma de la mano.

—¡Sí, ahí!

—¿Dónde está? —preguntó al tiempo que se metía lo que le quedaba por comer debajo de la chaqueta gris—. Enséñame el camino. ¡Voy a matarlo como a un perro rabioso! ¡Maldito sea este hierro que me está destrozando la pierna! Dame la lima, chico.

Le indiqué en qué dirección la niebla había ocultado a aquel individuo y él dirigió hacia allí una mirada escrutadora. Luego se echó sobre la hierba húmeda y se puso a limar como un loco el hierro de la pierna, sin preocuparse de mí ni de la herida que tenía cerca del tobillo, a consecuencia de las rozaduras, y que sangraba. Trataba tan rudamente a su pierna como si esta no tuviese más sensibilidad que la misma lima. Al mirarlo sentí mucho miedo, pues lo veía extraordinariamente excitado, y mi pánico iba en aumento al pensar que hacía ya demasiadas horas que me había ausentado de casa. Le dije que tenía que marcharme, pero no me hizo ningún caso. Pensé, pues, que lo mejor sería escabullirme. Cuando lo miré por última vez, tenía la cabeza inclinada sobre la rodilla y limaba obstinadamente el grillete, mascullando imprecaciones contra aquel hierro y contra su propia pierna. Al marcharme, me detuve en medio de la niebla para escuchar, y lo último que oí de aquel energúmeno fue el incesante chirrido de la lima.

IV

Estaba completamente convencido de que iba a encontrar en la cocina a un alguacil esperándome para prenderme. Pero no solo no había allí ningún alguacil, sino que aún no se había descubierto el hurto. Mi hermana estaba, por fortuna, muy atareada arreglando la casa y haciendo los preparativos para celebrar la festividad extraordinaria del día, y Joe había sido relegado al umbral de la cocina, para alejarlo del recogedor con el cual el destino le hacía, tarde o temprano, chocar cuando mi hermana estaba limpiando esmeradamente el suelo.

—¿Dónde demonio te habías metido? —Estas fueron las palabras de felicitación de Navidad que me dirigió Mrs. Gargery cuando me vio aparecer con mi cara de preocupación.

Contesté que había ido a oír los villancicos.

—¡Muy bien! —exclamó—. Menos mal que no te dio por hacer alguna travesura. Si yo no fuese la mujer de un herrero, es decir, una esclava que nunca puede quitarse el delantal, también habría ido a oír los villancicos. Me gustan mucho, y esta es razón suficiente para que jamás pueda oírlos.

Joe, que se había atrevido paulatinamente a entrar en la cocina detrás de mí, a medida que el recogedor de la basura se había ido apartando ante nosotros, se pasó el revés de la mano por la nariz como en respuesta a una mirada poco conciliadora de mi hermana, y cuando esta desvió los ojos, puso disimuladamente los índices en cruz y me los enseñó como señal de que su esposa estaba de mal humor.

Íbamos a tener una comida succulenta, consistente en una pierna de cerdo en adobo, verduras y un par de pollos asados. Una magnífica empanada de carne había sido preparada el día anterior (lo cual explicaba que no se hubiese encontrado a faltar la carne picada), y el *pudding* estaba ya a punto de hervir. Estos complicados preparativos fueron el motivo principal de que el almuerzo se despachara más deprisa.

—Acabemos pronto —dijo mi hermana—, porque no estoy ahora para lavar platos y más platos. ¡Con el jaleo que me espera con la comilona de hoy!

Recibimos, pues, en nuestras manos la correspondiente ración de pan con mantequilla, como si fuésemos dos mil soldados en marcha forzada, y no un niño y un hombre en su propia casa. Luego, con cara de disculpa, tomamos de un jarro de la alacena unos sorbos de leche con agua. Mientras tanto, mi hermana cambiaba los visillos blancos y cubría el mármol de la chimenea con una tela floreada. Después fue a desenfundar las sillas de la sala del otro extremo del corredor, que no se descubrían en ninguna otra ocasión, y quitó también el fino papel que envolvía, durante casi todo el año, las lámparas y demás objetos,

incluidos cuatro perritos de loza blanca, cada uno de los cuales tenía el hocico negro y una cestita de flores en la boca. Mi hermana era una mujer muy aseada, pero el modo en que hacía la limpieza tenía la virtud de hacer que esta resultase más incómoda y desagradable que la misma suciedad.

Como tenía tanto que hacer, decidió ir a la iglesia «por delegación». Es decir, iríamos Joe y yo en representación de ella. Con sus prendas de trabajo, Joe tenía el aspecto de un herrero robusto, característico de los de su oficio, pero con su traje de los días festivos se convertía en un esperpento bien vestido. En aquella ocasión salió de su habitación al alegre repique de las campanas, y hubiérase dicho que era una estampa de la desdicha con su traje completo de penitente dominical. En cuanto a mí, supongo que a mi hermana se le antojó que yo era algo así como un joven delincuente a quien una comadrona-policía había pillado (en el día de mi nacimiento) y se lo había entregado para que le castigara, haciendo las veces de la ley. Siempre se me había tratado como si me hubiese obstinado en nacer contra todos los dictados de la razón, la religión y la moral, y eso a pesar de los argumentos que mis mejores amigos exponían a mi favor. Incluso cuando me llevaban a casa del sastre, este recibía instrucciones de que hiciera de mi traje una especie de «reformatorio» que no me permitiera, bajo ningún concepto, el libre uso de mis miembros.

Por consiguiente, Joe y yo, al dirigirnos hacia la iglesia, forzosamente debíamos de producir un efecto conmovedor a todo espíritu compasivo que acertara a contemplarnos. Pero lo que yo sufría por fuera no era nada comparado con lo que padecía por dentro. El terror que había sentido cada vez que mi hermana se acercaba a la despensa o salía de la estancia, únicamente podía igualarse con el remordimiento de mi alma al reflexionar sobre lo que habían hecho mis manos pecadoras. Concebí la idea de que en el momento en que el sacerdote dijese, después de leídas las amonestaciones: «¡Ahora declaradlo!», sería para mí la mejor oportunidad de levantarme y pedir una conferencia reservada en la sacristía con objeto de suplicar el perdón de la Iglesia. De no haber sido el día de Navidad, sino un domingo cualquiera, quizá mi recurso extremo hubiese dejado perplejos a los fieles de nuestra pequeña parroquia.

Mr. Wopsle, el sacristán, estaba invitado a comer con nosotros, y también Mr. Hubble, constructor de carros, y su esposa, y el tío Pumblechook (era tío de Joe, pero mi hermana se lo había apropiado), un acaudalado comerciante en granos de la vecina ciudad que tenía coche propio. La hora de la comida había sido fijada a la una y media. Cuando Joe y yo llegamos a casa, encontramos la mesa preparada, mi hermana vestida de ceremonia, la comida a punto y la puerta principal con el cerrojo descorrido (lo cual no ocurría en ninguna otra ocasión) para que los convidados entrasen sin esperar a que les abriésemos. Todo era magnificencia y esplendor. Y ni una palabra del hurto.

Llegó la hora sin traer ningún consuelo a mi zozobra, y se presentaron los invitados. Mr. Wopsle, además de una nariz romana y de una frente ancha y reluciente, tenía una voz profunda de la cual parecía estar muy orgulloso.

Yo abría la puerta a los invitados (procurando demostrar que teníamos costumbre de hacerlo); en primer lugar hice pasar a Mr. Wopsle, después hice entrar a Mr. Hubble y a su esposa, y, finalmente, al tío Pumblechook. He de advertir que no se me permitía llamarlo

tío, y la menor distracción sobre este punto me hubiera costado el más severo de los castigos.

—Mrs. Gargery —dijo el tío Pumblechook, un hombre muy maduro, muy fornido, pero asmático y flemático, con una boca como la de un pez, la mirada fija y apagada y el cabello rojo y erizado, que le daba el aspecto de un ahogado que acababa de volver en sí—, aquí le traigo, como obsequio con motivo de la fiesta de hoy, una botella de vino de Jerez y otra de Oporto.

Cada año, por Navidad, se presentaba en la misma forma, pronunciaba idénticas palabras y llevaba las dos botellas como dos pesos de gimnasia. Y cada Navidad, también, mi hermana contestaba invariablemente con estas frases:

—¡Oh! ¡Tío... Pum... ble... chook! ¡Qué amable es usted!

Y él, a su vez, cada Navidad contestaba como lo hizo aquel día:

—No es más de lo que merece... Y ¿cómo estáis todos, queridos? Y ¿cómo va ese diablillo? —con lo cual aludía a mí.

En ocasiones como aquella comíamos en la cocina y luego pasábamos a la sala para saborear las nueces, naranjas y manzanas, lo que suponía un cambio parecido al de Joe cuando dejaba su ropa de trabajo para sustituirla por las prendas de los días festivos. Mi hermana se mostraba muy activa y jovial, y más amable con Mrs. Hubble que con cualquier otro de los invitados. Recuerdo a Mrs. Hubble como una damita angulosa y de cabello rizado que se daba aires de jovencita por el hecho de haberse casado con Mr. Hubble (ignoro en qué época lejanísima), que era mucho mayor que ella. Mr. Hubble, por su parte, era un hombre rudo, algo encorvado, que olía a serrín y andaba con las piernas muy separadas, lo cual me permitía ver entre ellas, en los días de mi infancia, una gran extensión de terreno, cuando le encontraba por el campo.

Con tan buena compañía yo habría tenido que considerarme en una falsa posición, aunque no hubiese cometido el hurto en la despensa. Y no precisamente porque me encontrase apachurrado en un ángulo de la mesa, con esta contra el pecho y un codo «pumblechookiano» en el ojo; ni porque no se me permitiese tomar la palabra (pues no deseaba hablar), ni porque se reservaran para mí las puntas escamosas de las patas de los pollos y los trozos más negros del cerdo, de los que el pobre animal, en vida, había tenido menos motivo de envanecerse. No, todo eso no me habría importado con tal de que me hubiesen dejado tranquilo. Creían, al parecer, que dejaban perder la ocasión de elegirme de vez en cuando como tema de conversación y de hacerme objeto de sus moralejas. Sus puyazos morales hacían que me sintiese como un novillo en una plaza de toros española.

La cosa empezó ya cuando nos sentamos a comer. Mr. Wopsle recitó la acción de gracias en un tono teatral (si no recuerdo mal fue algo así como una combinación mística del fantasma de Hamlet y de Ricardo III) y terminó expresando el deseo, muy oportuno, de que todos sintiéramos gratitud sincera. Al oír este consejo, mi hermana me miró fijamente y me dijo en voz baja, con tono de censura:

—¿Has oído? Tienes que ser agradecido.

—Particularmente —intervino Mr. Pumblechook—, has de tener gratitud a quien te ha educado valiéndose de la mano.

Mrs. Hubble asintió con la cabeza y, contemplándose como si tuviese el triste presentimiento de que yo no me encaminaría por la senda del bien, preguntó:

—¿Por qué será que los jóvenes no son agradecidos?

Los presentes parecieron encontrar demasiado profundo este misterio moral para poder resolverlo, hasta que Mr. Hubble lo aclaró lacónicamente diciendo:

—Es un vicio natural.

Y entonces todos exclamaron:

—¡Es cierto! —Y se quedaron mirándose de una manera sumamente importuna.

La autoridad e influencia de Joe eran algo más débiles, si cabe, cuando había visitas que cuando estábamos solos. Sin embargo, me animaba y consolaba, a su manera, siempre que podía, y en las comidas su ayuda consistía en darme salsa, cuando la había en el guisado. Y aquel día la salsa era abundante, de modo que me echó en el plato una buena ración.

Mr. Wopsle se permitió criticar el sermón, cuyo tema, a su juicio no era acertado, a pesar de la abundancia de temas que hay por doquier y en todos los casos.

—Tiene usted razón —dijo el tío Pumblechook—. Hay muchísimos temas por todas partes para los que saben exponerlos con gracia, es decir, para los que saben «ponerles la sal». No hay que ir muy lejos para encontrar un tema, con tal de que se tenga el salero a mano. —Después de reflexionar por un instante, añadió—: Aquí tenemos, por ejemplo, el cerdo; este es un tema. Si andan ustedes en busca de asunto, lo encontrarán en el tocino.

—Es verdad, señor —corroboró Mr. Wopsle, y antes de que lo dijera adiviné que iba a incluirme en sus consideraciones—. De este texto podrían deducirse muchas lecciones de ética para la juventud.

—Fíjate bien en esto —me dijo mi hermana con tono severo.

—Cerdos —prosiguió Mr. Wopsle, con su voz profunda y apuntando con su tenedor a mi cara sonrojada, como si pronunciase mi nombre de pila—. Cerdos eran los compañeros del hijo pródigo. La glotonería del cerdo se nos ofrece como un ejemplo para los jóvenes. —Pensé que eso estaba en armonía con su persona, pues ponderaba al cerdo por lo gordo y jugoso—. Lo que es detestable en un cerdo es aún más detestable en un niño.

—O en una niña —sugirió Mr. Hubble.

—Naturalmente, o en una niña, Mr. Hubble —asintió el señor Wopsle, algo molesto—. Pero aquí no hay ninguna niña.

—Además —dijo Mr. Pumblechook, volviéndose bruscamente hacia mí—, no olvides cuánto tienes que agradecer si es que naciste gruñón como un cerdo.

—¡Ya lo creo que nació gruñón! —afirmó mi hermana resueltamente—. ¡No podía serlo más!

—Por otra parte —prosiguió Mr. Pumblechook—, si hubieses nacido cerdo, ¿estarías ahora aquí, entre nosotros? No.

Joe me dio más salsa.

—A no ser que fuese en esta forma —terció Mr. Wopsle señalando el plato con un movimiento de la cabeza.

—Pero no quiero decir en esta forma —replicó Mr. Pumblechook, contrariado al ver que lo interrumpían—. Me refería a que no le sería posible estar aquí deleitándose en compañía de personas mayores y de más conocimientos y experiencia, instruyéndose,

escuchando su conversación y disfrutando de la abundancia y de la comodidad. ¿Estaría en tan agradable situación? No, naturalmente. —Y volviéndose de nuevo hacia mí, dijo—: ¿Cuál habría sido tu destino? Te habrían vendido por más o menos chelines, según el precio en el mercado, y Dunstable, el carnicero, se habría acercado a ti mientras estuvieses tendido en la paja, te habría sujetado con su brazo izquierdo, y remangándose con el derecho para sacar un cuchillo del bolsillo de su chaleco, habría vertido tu sangre y te habría quitado la vida. Entonces nadie hubiese hablado de educarte valiéndose de la mano. ¡Nada de eso!

Joe me ofreció más salsa, que no me atreví a aceptar.

—Seguramente le causó a usted una infinidad de molestias —dijo Mrs. Hubble a mi hermana compadeciéndose de ella.

—¿Molestias dice usted? ¿Molestias? —repitió esta, y comenzó a enumerar un espantoso catálogo de todas las enfermedades de que yo había sido culpable, de todos los actos censurables que había cometido en horas de insomnio, de las veces que había caído de sitios altos y bajos, de los chichones y cardenales que me había producido y del sinfín de ocasiones en que ella deseó verme en la tumba, sitio al cual me negué tenazmente a ir.

Se me antoja que los romanos debían exasperarse recíprocamente con sus narices. Quizá fue por eso que resultaron ser una raza tan levantisca. Sea como fuese, la nariz romana de Mr. Wopsle me irritó de tal manera durante el relato de mis travesuras, que de buena gana habría tirado de ella hasta hacer dar alaridos a aquel antipático caballero. Pero todo lo que acababa de sufrir no fue nada comparado con los terribles sentimientos que me dominaron cuando se interrumpió el silencio que había seguido a la enumeración de mi hermana, y durante el cual todos los presentes me habían estado mirando con indignación y aborrecimiento, de lo que yo me daba cuenta con profundo dolor.

—No obstante —declaró Mr. Pumblechook, atrayendo de nuevo, circunspectamente, la atención de todos al tema de que se había desviado—, el cerdo, bajo el punto de vista culinario, resulta un plato succulento, ¿no es verdad?

—Beba usted un poquito de ron, tío —dijo mi hermana.

¡Dios mío! ¡Ya había llegado el momento crítico! ¡Seguramente iba a encontrarlo aguado! Estaba perdido. Me agarré con las manos a la pata de la mesa, por debajo del mantel, y esperé el fallo del destino.

Mi hermana fue a buscar la botella de barro y volvió enseguida con ella para servir el ron a su tío; ninguno de nosotros gozaba de tal privilegio. El miserable egoísta se entretenía con su vaso, lo miraba a contraluz, volvía a dejarlo y prolongaba así mi horrible agonía. Mientras tanto, mi hermana y su esposo empezaron a despejar la superficie de la mesa para dejar espacio suficiente a la empanada y el *pudding*.

Yo no podía apartar la mirada de aquel ser despreciable que seguía jugueteando con su vaso; lo levantaba, sonreía, echaba la cabeza hacia atrás y, finalmente, engullía el ron de mis pesares. Pero inmediatamente después de haberlo tragado, hubo una consternación general entre los reunidos al advertir que Mr. Pumblechook se levantaba bruscamente, daba varias vueltas como en una danza tremebunda, y respiraba ruidosa y convulsivamente, con una tos espasmódica aterradora. Corrió luego, desesperado, hacia la

puerta, después se dirigió hacia la ventana y se puso a expectorar violentamente, con las más extrañas muecas y, al parecer, enfurecido.

Yo seguía fuertemente agarrado a la pata de la mesa, mientras mi hermana y Joe acudían a auxiliarlo. Ignoraba cómo lo había hecho, pero no me cabía duda de que lo había matado. En mi horrenda zozobra, sentí cierto alivio cuando lo trajeron hacia nosotros y vi que él miraba a todos los reunidos como si fueran la causa de su malestar, y dejándose caer en la silla pronunciaba, jadeante, esta única palabra significativa y entrecortada:

—¡Al... qui... trán!

¡Yo había llenado la botella de barro con el agua alquitranada del jarro! Estaba seguro de que no tardaría en sentirse peor, y como si en aquel momento actuara de médium entre espiritistas, hice mover la mesa gracias a la fuerza con que invisiblemente me asía a ella.

—¡Alquitrán! —repitió mi hermana, estupefacta—. ¿Cómo es posible que haya alquitrán en la botella de barro?

Pero el tío Pumblehook, que era omnipotente en aquella cocina, no quiso oírlo mencionar de nuevo, y haciendo un gesto con la mano, que significaba «no hablemos más del asunto», pidió ginebra con agua caliente. Mi hermana, que se quedó meditando de manera alarmante, tuvo que ocuparse entonces de poner la ginebra, el agua caliente, el azúcar, la piel de limón y de mezclarlo todo. Por el momento, al menos, me había librado del peligro, pero seguía agarrado a la pata de la mesa, aunque ahora no por miedo, sino con el fervor de la gratitud.

Fui tranquilizándome poco a poco hasta soltar finalmente la pata y participé en la degustación del *pudding*, como todos los demás, incluido Mr. Pumblehook, que bajo la poderosa influencia de la ginebra empezaba a mostrarse alegre. Yo estaba ilusionado, casi convencido de que el día transcurriría sin más contratiempos, cuando de pronto mi hermana, dirigiéndose a su marido, dijo:

—Platos limpios... fríos.

Al instante me agarré otra vez a la pata de la mesa y la apreté contra mi pecho como si hubiese sido mi compañero de infancia, mi amigo del alma. Preveía lo que iba a ocurrir y comprendí que esta vez estaba realmente perdido.

—Ahora —dijo mi hermana dirigiéndose a los invitados con toda afabilidad—, para terminar, saborearán ustedes un obsequio exquisito y delicioso del tío Pumblehook.

¡Iban a saborearlo! ¡Vana ilusión!

—Me complazco en anunciarles que se trata de una empanada de tocino —informó mi hermana al tiempo que se ponía solemnemente de pie—; una muy apetitosa empanada de tocino.

Los comensales, satisfechos, murmuraron unas palabras de expectación y cumplido. El tío Pumblehook, convencido de haberse mostrado generoso con sus semejantes dijo animadamente:

—Perfectamente, Mrs. Gargery; vamos a hacer un esfuerzo... ¡Venga la empanada que la repartiremos!

Mi hermana fue a buscarla. Oí sus pasos al dirigirse hacia la despensa. Observé que Mr. Pumblehook jugueteaba con su cuchillo; y en la nariz romana de Mr. Wopsle descubrí que a este se le despertaba de nuevo el apetito. Escuché a Mr. Hubble afirmar que un trozo de

sabrosa empanada de tocino no podía provocar la menor indigestión, a pesar de todo lo que había comido, y oí que Joe me decía:

—Tú también comerás, Pip.

Nunca he llegado a saber de una manera absolutamente cierta si di un grito de sobresalto únicamente en mi pensamiento, o si lo proferí de forma audible. Lo que sí sé es que no me veía capaz de seguir resistiendo y que quería huir de inmediato. Solté, pues, la pata de la mesa y eché a correr como el que ve su vida en peligro.

Pero no pasé de la puerta de la casa, porque precisamente en el umbral tropecé con un grupo de soldados provistos de fusiles, uno de los cuales, mostrándome unas manillas, exclamó:

—¡Ah, estás ahí! ¡Hay que permanecer ojo avizor! ¡Vamos, adelante!

V

La aparición de aquellos soldados haciendo resonar en el pavimento del umbral de nuestra casa las culatas de sus fusiles cargados, alarmó de tal manera a los invitados que estos se levantaron de la mesa en plena confusión, al tiempo que mi hermana, que volvía de la cocina con las manos vacías, se detenía perpleja, y con los ojos desmesuradamente abiertos, exclamaba:

—¡Válgame Dios! Pero ¿qué ha sido de la empanada?

El sargento y yo entramos en la cocina mientras mi hermana se quedaba boquiabierta, y en esta situación recobré parcialmente el uso de mis sentidos. El sargento era el que me había dirigido la palabra un momento antes, y ahora miraba a todos los presentes mientras con la mano derecha extendida parecía ofrecerles las manillas, y con la izquierda se apoyaba en mi hombro.

—Señoras y caballeros —dijo el sargento—, perdonen ustedes, pero tal como he indicado en la puerta a este simpático muchacho —lo cual no había hecho—, estoy dando una batida en nombre del rey y necesito al herrero.

—¿Y para qué lo necesita usted? —preguntó mi hermana, como si le supiese mal que su marido pudiera ser indispensable en algo.

—Señora —repuso el galante sargento—, hablando únicamente en mi propio nombre contestaría que para tener el honor y el gusto de conocer a su agraciada esposa; hablando en nombre del rey, he de contestar que se requieren sus servicios para una faena sencilla.

Lo dicho por el sargento fue interpretado como una fina cortesía, y Mr. Pumblechook, entusiasmado, exclamó con voz muy audible:

—¡Muy bien expresado!

—Mire usted, herrero —dijo el sargento, dirigiéndose a Joe, pues ya había comprendido que este era del oficio—, hemos tenido un accidente con estas manillas y nos encontramos ahora con que el cierre no funciona bien; y como tenemos que emplearlas de inmediato, me hará usted el favor de echarles un vistazo, ¿verdad?

Joe las examinó y declaró que para componerlas tendría que encender la fragua y trabajar unas dos horas.

—Entonces, lo que puede usted hacer es poner manos a la obra cuanto antes —aconsejó el sargento—, puesto que se trata de un servicio de su majestad. Y si cree usted que mis hombres pueden ayudarlo, no tiene más que decirlo.

Al instante llamó a estos, que fueron entrando uno tras otro en la cocina y dejaron las armas en un rincón. Luego se quedaron formando corros como suelen hacerlo los soldados,

tan pronto con las manos cruzadas delante, como apoyados contra la pared, o bien aflojándose el cinturón o la mochila o abriendo la puerta para escupir repetidamente al patio. Y todo eso era lo que estaba presenciando yo sin saber lo que veía, porque estaba muerto de miedo. Pero como comencé a darme cuenta de que las manillas no eran para mí y que los soldados habían hecho olvidar lo de la empanada, mi espíritu recobró en parte la calma.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué hora es? —le preguntó el sargento a Mr. Pumblechook, seguramente porque lo consideraba persona ordenada que llevaba la hora exacta.

—Las dos y media en punto.

—No es mala hora —repuso el sargento con tono reflexivo—, aunque me viese obligado a permanecer aquí cerca de dos horas, no me importaría. ¿Qué distancia hay de aquí a los pantanos? Supongo que no será algo más de un kilómetro, ¿verdad?

—Exactamente, un kilómetro y medio —afirmó mi hermana.

—Muy bien. Empezaremos a cercarlos al anochecer. Estas son mis órdenes por ahora.

—¿Presidarios, sargento? —preguntó Mr. Wopsle dándoselas de bien informado.

—Sí —contestó el sargento—, se trata de dos evadidos que andan por los pantanos y no intentarán huir antes de que oscurezca. ¿Nadie ha visto a uno de esos pajarracos?

Todos los presentes respondieron que no, y nadie pareció pensar en mí.

—¡Bien! —exclamó el sargento—. Confío en que van a verse acorralados mucho antes de lo que se figuran. ¡Vamos a ver, herrero! Si usted está dispuesto, también lo está su majestad el rey.

Joe se había quitado la chaqueta, el chaleco y la corbata, se había puesto el mandil y se hallaba ya en la herrería. Uno de los soldados que lo acompañaron abrió los postigos, otro encendió el fuego, otro empezó a hacer funcionar el fuelle, y los demás se agruparon alrededor de las llamas que pronto empezaron a arder. Entonces Joe se puso a martillar el hierro mientras todos lo contemplábamos.

El interés de la persecución inminente no solo absorbió la atención general sino que hasta hizo que mi hermana se sintiera generosa. Ofreció a los soldados un jarro de cerveza e invitó al sargento a tomar una copa de ron. Pero Mr. Pumblechook dijo con tono irónico:

—Sírvale vino, señora. Respondo de que no contiene alquitrán...

El sargento dio, pues, las gracias y declaró que, como prefería la bebida sin alquitrán, si no tenían inconveniente aceptaría el vino. Cuando se lo dieron, brindó por su majestad y, expresando los anhelos propios de Navidad, se lo bebió de un solo trago y se relamió los labios.

—Un caldo excelente, ¿verdad, sargento? —preguntó Mr. Pumblechook.

—Le voy a decir una cosa —repuso el sargento—; apostaría a que es usted quien ha traído esta botella.

—¡Ah, caramba! ¿Y por qué? —exclamó Mr. Pumblechook entre risas, visiblemente satisfecho.

—Porque —prosiguió el sargento dándole una ligera palmada en el hombro— es un hombre que sabe distinguir.

—¿Lo cree así? —repuso Mr. Pumblechook con más cara de satisfacción que antes—. Entonces, beba usted otro vaso.

—Está bien, brindaremos —propuso el sargento—. La parte alta de mi vaso ha de chocar con el pie del suyo y luego el pie del suyo con la parte alta del mío... Los entrechocaremos una vez, dos veces; no existe música mejor. ¡A su salud! ¡Que viva usted mil años y que juzgue siempre las cosas tan acertadamente como en este momento!

El sargento volvió a vaciar el vaso y parecía dispuesto a aceptar otro. Me di cuenta de que Mr. Pumblechook, en su liberalidad, parecía olvidar que había regalado el vino, pues cogió la botella de manos de mi hermana y dispuso a su capricho de todo su contenido distribuyéndolo sin miramientos. Yo también bebí un poco. Y tan dadivoso se sintió, que pidió la otra botella, y cuando quedó vacía la primera comenzó a repartir el contenido de la segunda con igual magnanimidad.

Al verlos allí reunidos alrededor de la fragua, pensé en la terrible y sabrosa salsa que para la comida había resultado ser mi fugitivo «amigo» de los pantanos. Nuestros invitados no habían disfrutado, comiendo, ni la cuarta parte de lo que estaban disfrutando ahora con la excitación y el interés que él despertaba. Y en aquellos momentos en que todos esperaban alegremente a que «los dos villanos» fuesen capturados, mientras la fragua parecía rugir contra los evadidos, el fuego llamear para ellos, el humo correr en su persecución, Joe martillear para encadenarles y todas las sombras tétricas de la pared moverse amenazándolos, según la llama iba creciendo o mermaba, mi compasiva fantasía infantil me hizo creer que la tarde pálida se ensombrecía de tristeza a causa de ellos. ¡Pobres diablos!

Por fin Joe terminó su tarea y cesó el martilleo y se acabó el chisporroteo del fuego. Mientras se ponía de nuevo la chaqueta, tuvo el valor de proponer que algunos de nosotros fuésemos con los soldados para ver el resultado de la persecución que iba a emprenderse. Mr. Pumblechook y Mr. Hubble se excusaron diciendo que deseaban fumar y disfrutar de la compañía del bello sexo, pero Mr. Wopsle dijo que si Joe iba, él también iría. El primero contestó que aceptaba la proposición y que me llevaría también a mí, si su esposa no tenía inconveniente. Estoy seguro de que de no haber sido por la curiosidad que sentía mi hermana por conocer los detalles de la batida y enterarse de cómo había acabado esta, no habría dado su consentimiento. No obstante, dijo:

—Si me traes al chico con la cabeza destrozada por un balazo, no me pidas que se la componga.

El sargento se despidió de las señoras con grandes muestras de cortesía y de Mr. Pumblechook como amigo de toda la vida, aunque no creo que se hubiese mostrado tan sensible a los méritos de este si no se hubiera remojado el garguero. Sus hombres volvieron a coger los fusiles y se pusieron en fila. Mr. Wopsle, Joe y yo recibimos orden estricta de mantenernos a la retaguardia y de no pronunciar una sola palabra cuando nos hallásemos en los pantanos.

Cuando nos encontramos en pleno campo, y mientras avanzábamos resueltamente hacia el objeto de la expedición, susurré al oído de Joe:

—Tengo la esperanza de que no los encontremos.

—Daría de buena gana un chelín para que hubiesen escapado... —contestó Joe.

Ningún curioso se unió a la partida porque hacía frío y el tiempo era amenazador. Nuestra marcha, debido al mal estado de los caminos, resultaba muy fatigosa. Anocheceía y todo el mundo tenía en su casa el hogar bien encendido para celebrar la fiesta. Por las ventanas iluminadas asomaron algunos rostros que nos miraron intrigados por nuestra presencia, pero nadie salió para enterarse de qué se trataba. Pasamos junto al poste indicador y tomamos la dirección del cementerio. Allí, obedeciendo una orden silenciosa del sargento, nos detuvimos por unos minutos, durante los cuales, dos o tres de sus hombres se dispersaron entre las sepulturas y fueron a examinar el pórtico. Pero sus pesquisas resultaron infructuosas, y salimos a los pantanos por la puerta lateral del cementerio. Comenzó a azotarnos el rostro una fina lluvia de aguanieve impulsada por el viento del este, y Joe me indicó que subiera a sus hombros.

En aquel momento nos encontrábamos en la melancólica llanura donde poco podían figurarse todos que unas ocho o nueve horas antes yo había estado con los dos evadidos. Empecé a pensar, muy asustado, que en caso de que lográsemos darles caza, probablemente se figuraría mi presidiario «particular» que había sido yo quien había llamado a los soldados. Él me había preguntado si no resultaría un diablillo traidor, y había agregado que forzosamente tendría que ser un sabueso muy feroz para prestarme a colaborar en su persecución.

¿Creería ahora, quizá, que lo había traicionado?

Era inútil hacerse esa pregunta. Allí estaba yo, sobre las espaldas de Joe, y este debajo de mí, saltando las zanj as como un cazador y animando a Mr. Wopsle para que no quedara rezagado y no se rompiera su nariz romana. Los soldados iban delante de nosotros, desplegados sobre el terreno. Avanzábamos en la misma dirección que había seguido por la mañana y de la cual me había desviado a consecuencia de la niebla. O esta no se había extendido aún, o el viento la había disipado. A la tenue claridad del crepúsculo, el faro, la horca, el montículo de la batería y la orilla opuesta del río se distinguían claramente aunque todo a través de una bruma plomiza.

Con mi corazón martilleando, como lo habría hecho un herrero, sobre los anchos hombros de Joe, miré alrededor en busca de algún detalle que revelara la presencia de los fugitivos, pero no vi ni oí nada. Más de una vez Mr. Wopsle hizo que me sobresaltase con su respiración jadeante y sus resoplidos, pero enseguida me acostumbré a ello. Sin embargo, me estremecí de espanto cuando creí oír de nuevo el sonido de la lima, que finalmente resultó el cencerro de una oveja. Los rebaños dejaban de pacer y nos miraban temerosos. Las vacas desviaban la cabeza en la dirección del aguanieve que el viento empujaba, y parecían contemplarnos irritadas, como si fuésemos nosotros quienes les causábamos aquella molestia, pero exceptuando esto y el temblor de cada brizna de hierba al morir el día, nada interrumpía la desolada quietud de los pantanos.

Los soldados dirigían sus pasos hacia la vieja batería, y nosotros los seguíamos algo rezagados, cuando, de repente, todos nos detuvimos, porque en alas del viento y de la lluvia llegó hasta nosotros un grito prolongado. El extraño alarido se repitió. Se oía a lo lejos, hacia el este, largo y estentóreo. Es más, parecían ser dos gritos a la vez, dada la confusión en el sonido.

De esto estaban hablando en voz baja el sargento y algunos de sus hombres, cuando Joe y yo les dimos alcance. Después de estar otro momento escuchando, Joe, que era muy entendido en la materia, opinó que eran dos voces distintas, y Mr. Wopsle, que era un mal juez en cuestiones del órgano auditivo, también expresó su creencia de que se trataba de dos voces simultáneas. El sargento, hombre muy decidido, ordenó a sus hombres que nadie contestara a aquellos gritos, pero que siguiesen otro camino en dirección al lugar de donde procedían. Dimos, pues, media vuelta a la derecha, hacia el este, y Joe se puso a andar a grandes zancadas y a tal velocidad que tuve que agarrarme fuerte a sus hombros para no caer.

Podía decirse que emprendíamos una verdadera carrera, o lo que Joe calificó con las dos únicas palabras que pronunció en todo aquel rato: «Torbellino impetuoso». Franqueábamos terreros, bajábamos y volvíamos a subir por las lomas, saltábamos barreras, chapoteábamos por el barro de las zanjás y nos abrimos paso entre espesos cañaverales, sin que nadie se preocupara de hacia dónde dirigía sus pasos. A medida que íbamos acercándonos al sitio de donde salían los gritos, se tenía cada vez más la seguridad de que pertenecían a por lo menos dos personas. Había momentos en que los alaridos parecían cesar por completo, y entonces los soldados se detenían. Cuando volvían a oírse, avanzaban apresuradamente en dirección a ellos, y nosotros los seguíamos. Al cabo de un rato, habíamos recorrido tanta distancia que pudimos percibir claramente una voz que gritaba: «¡Asesino!», y otra que exclamaba: «¡Presidarios! ¡Evadidos! ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Por aquí!». Inmediatamente después de estas palabras, las voces de auxilio parecieron quedar ahogadas por una lucha sorda, y luego se reprodujeron los gritos. Al llegar a este punto los soldados corrieron como gamos, y Joe igual que ellos.

El sargento fue el primero en adelantarse cuando estuvimos cerca del lugar de donde procedían las desesperadas exclamaciones, y dos de sus hombres corrieron a reunirse con él. Cuando los demás llegamos, tenían los fusiles amartillados y a punto de disparar.

—¡Aquí están los dos individuos! —exclamó el sargento, jadeante, forcejeando en el fondo de una zanja—. ¡Rendíos! ¡Parecéis dos fieras! ¡Separaos!

Se los oía chapotear en el agua; saltaban abundantes salpicaduras de barro, arreciaban los golpes y las blasfemias cuando algunos soldados más saltaron a la zanja para ayudar al sargento y enseguida sacaron a rastras, primero al presidiario que yo conocía y luego al otro. Los dos estaban sangrando, respiraban fatigosamente y soltaban maldiciones. Los reconocí de inmediato.

—¡No olviden —dijo el presidiario que yo conocía, mientras se limpiaba la sangre del rostro con las mangas hechas jirones y se echaba el cabello hacia atrás—, que he sido yo quien lo ha pillado! ¡Recuerden que soy yo quien se lo entrega!

—Esto no tiene importancia —repuso el sargento—, y de poco te servirá hallándote, como te hallas, en su misma situación. ¡Dadme las manillas!

—No confío en que me sirva de nada —contestó el hombre que yo conocía—. Me basta con que él vea que he sido yo quien le ha echado el guante. —Y lanzó una carcajada nerviosa.

El otro presidiario estaba lívido y la cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda se veía cubierta de arañazos y magulladuras. Respiraba tan fatigosamente que no le fue posible

hablar hasta que hubieron esposado a ambos, y entonces tuvo que apoyarse en un soldado para no caer.

—Tengan ustedes cuidado... ha intentado matarme —fueron las primeras palabras que pudo pronunciar.

—¿Dice que he intentado matarlo? —repitió mi conocido con tono desdeñoso—. Pude hacerlo y no lo hice; esa es la verdad. Lo he entregado a la autoridad. No solo he impedido que huyera de los pantanos, sino que lo he arrastrado hasta aquí; a ese bandido, señores, que se jacta de ser un caballero. Ahora, gracias a mí, los barcos-cárcel recuperarán a su «caballero». ¿Asesinarlo? No valía la pena matarlo cuando podía hacer algo peor, como era arrastrarlo de nuevo hasta el encierro donde antes se hallaba.

El otro seguía balbuceando fatigosamente:

—Ha intenta... do... Ha in... tentado matar... me. Ustedes son tes... tigos.

—Escuche usted, sargento —dijo mi conocido—; sin ayuda de nadie me evadí del barco. De la misma manera habría podido huir de esta llanura inhóspita y helada... Fíjese en mi pierna, no llevo el grillete... Repito que habría podido escapar si no hubiese sabido que él andaba por aquí. ¿Iba a dejarlo libre? ¿Permitirle aprovecharse del medio que descubrí? ¿Dejar que volviera a convertirme en su instrumento? ¿Otra vez? ¡No, y mil veces no! Aunque hubiese tenido que morir en el fondo de esta zanja —y al decir esto hizo un gesto enérgico con las manos esposadas—, lo habría tenido agarrado entre mis manos hasta que ustedes hubiesen venido a arrebatármelo.

El otro fugitivo, que por lo visto tenía un pánico horroroso a su adversario, repitió con voz lastimera:

—Quería asesinar me... Si no hubiesen llegado ustedes... ¡ya estaría muerto!

—¡Miente! —exclamó mi convicto con terrible energía—. Nació embustero y morirá embustero. Miren la cara que tiene. ¿No lo lleva escrito en el semblante? Que me mire fijamente a los ojos. Lo desafío a que lo haga.

El otro, esforzándose en vano por esbozar una sonrisa despectiva, con una mueca nerviosa e inexpresiva miró a los soldados, dirigió luego la vista a los pantanos, levantó los ojos al cielo, pero no miró al que acababa de hablar.

—¿Ven ustedes? —prosiguió el evadido que yo conocía—. ¿Se dan ustedes cuenta de su ruindad? ¿Se han fijado en que rehúye mi mirada? Lo mismo hizo cuando nos juzgaron. Nunca me miró.

El otro, moviendo continuamente los labios resecos y mirando angustiosamente en torno, acabó por fijar por un instante los ojos en su compañero y dijo:

—No hay mucho que mirar en ti. —Y bajó la vista, con expresión provocativa, hacia las manos esposadas de su enemigo. Entonces este se exasperó de tal manera que si los soldados no se lo hubiesen impedido se habría abalanzado furiosamente contra él.

—¿No les decía yo que su intención es matarme? —prosiguió el presidiario que yo no conocía, al tiempo que se estremecía de miedo.

—Bueno, que se acabe ya esta charla. Encended las antorchas —ordenó el sargento.

Mientras uno de los soldados, que llevaba un cesto en lugar de fusil, hincaba una rodilla para abrirlo, el presidiario que yo conocía advirtió de pronto mi presencia. Yo, al llegar al borde de la zanja, había bajado de los hombros de Joe y no me había movido para nada del

lugar en que me hallaba. Lo miré también, ansiosamente, e hice un ademán casi imperceptible con las manos y la cabeza. Había estado esperando a que se diera cuenta de que estaba allí para intentar demostrarle que yo era inocente. Ignoro si llegó a comprender mi intención, pues me dirigió una mirada cuyo significado no entendí. Y todo eso en un abrir y cerrar de ojos. Pero aunque me hubiese estado mirando durante una hora o un día entero, no habría observado en él una mirada más intensa que la que me dirigió en ese momento.

El soldado que llevaba el cesto encendió pronto tres o cuatro antorchas, se quedó una para sí y distribuyó las demás. Anochece rápidamente y no tardó en ser noche cerrada. Al disponernos a abandonar aquel lugar, cuatro soldados dispararon por dos veces al aire. Inmediatamente vimos otras antorchas encendidas a cierta distancia, detrás de nosotros, y otras en los pantanos que se extendían más allá del río.

—Muy bien —dijo el sargento—. ¡En marcha!

No habíamos andado mucho cuando, delante de nosotros, sonaron tres cañonazos con un estruendo tal que sentí que algo ardía cerca de mi oído.

—Están esperándote a bordo —dijo el sargento a mi conocido—. Saben que llevamos dos fugitivos... No te quedes atrás, amigo. ¡Acércate!

Los dos presos eran conducidos a una distancia prudencial el uno del otro, rodeados ambos de su escolta. Yo iba cogido de una mano de Joe, que llevaba en la otra una de las antorchas. Mr. Wopsle opinaba que lo mejor era regresar a casa, pero Joe estaba decidido a ver el desenlace de aquella batida y todos seguimos al destacamento. Íbamos ahora por un camino bastante transitable que corría paralelo a la orilla del río, excepto cuando algún molino o alguna compuerta cenagosa lo obligaba a desviarse. Cuando miraba alrededor, veía las otras luces que nos seguían. Las antorchas que llevábamos dejaban caer grandes gotas incandescentes por el camino, y yo las contemplaba humear y chisporrotear en el suelo. Era lo único que podía distinguir a causa de la penumbra. La llama resinosa de nuestras antorchas calentaba el aire en torno a nosotros, y a los dos presos parecía gustarles aquel calorcito mientras andaban cojeando en medio de los fusiles. No podíamos ir deprisa a causa de su cojera; además, era tal su abatimiento, estaban tan molidos, que en dos o tres ocasiones tuvimos que detenernos para que pudieran descansar.

Al cabo de una hora, aproximadamente, llegamos a una cabaña de madera muy primitiva situada al lado de un embarcadero. Había en ella un centinela que nos dio el alto, y el sargento le indicó de qué se trataba. Entramos en la cabaña, que olía a tabaco y jalbegue. Había allí dentro una buena fogata, y una cama en la que habrían podido dormir una docena de soldados, una lámpara y varios fusiles que se sostenían con las bayonetas entrecruzadas. El sargento redactó una especie de informe, escribió luego algo en un bloc de notas y de inmediato el presidiario que yo no conocía fue sacado de la cabaña por quienes le custodiaban y conducido a bordo del buque-cárcel.

El otro fugitivo no me miró más que una sola vez. En la cabaña se mantuvo en todo momento junto al fuego, meditabundo y calentándose ora un pie, ora otro, mientras se los contemplaba como compadeciéndolos por el trajín que acababan de sufrir. De pronto, se volvió hacia el sargento y anunció:

—Deseo decir algo relativo a esta evasión, pues quiero evitar que por mi culpa se llegue a sospechar de otras personas.

—Puedes decir lo que quieras —repuso el sargento contemplándolo con indiferencia—, pero no es precisamente aquí donde tienes que hacer tus declaraciones. No te faltará ocasión de tratar de tu situación y de oír hablar de la misma antes de que el asunto se dé por terminado. ¿Comprendes?

—Ya lo sé, pero eso es otra cuestión. Como es de suponer, un hombre no puede dejarse morir de hambre; al menos yo no podría. Por eso fui a aquel pueblecito que tiene la iglesia casi en medio de los pantanos y tomé de una de sus casas unos cuantos víveres.

—Querrás decir que los robaste —lo interrumpió el sargento.

—Y les diré de dónde: de la casa del herrero.

—¡Ah! —exclamó el sargento, mirando a Joe.

—¿Oyes, Pip? —me preguntó Joe.

—Se trataba únicamente de unos restos de viandas... un poco de licor y una empanada.

—¿Ha encontrado usted por casualidad a faltar una empanada, herrero? —preguntó con tono confidencial el sargento.

—Mi mujer acababa de echarla de menos en el preciso momento en que usted llegó a casa. ¿No lo sabes, Pip?

—¿Así, pues, usted es el herrero? —preguntó el presidiario, pensativo y sin mirarme—. Lamento mucho tener que confesarle que me comí su empanada.

—Dios sabe que lo que deseo es que le aproveche, al menos por lo que a mí respecta —contestó Joe, aludiendo a su esposa—. Ignoramos cuál es su delito, pero no quisiéramos que por ello tuviera usted que morir de hambre, pobre hombre... ¿No te parece, Pip?

Después de esta confesión el penado se volvió de espaldas. El bote había vuelto y la guardia que custodiaba al preso estaba dispuesta para llevárselo. Lo seguimos, pues, hasta el embarcadero, construido con piedras toscas, y lo vimos subir al bote, cuyos remos manejaban otros presidiarios. Nadie parecía sorprendido, interesado, contrariado ni contento de volver a verlo. No se oyó una sola palabra, excepto la que pronunció uno de aquellos hombres, como si se dirigiera a unos perros, y que más bien pareció un gruñido.

—¡Aflojar!

Era la señal para hundir los remos en el agua. A la luz de las antorchas distinguimos el barco-cárcel, negro y lóbrego, anclado a cierta distancia de la orilla fangosa, como un arca de Noé sombría. El barco-cárcel, aprisionado entre gruesas cadenas de hierro enmohecido, producía a mis ojos infantiles el efecto de estar aherrojado, cargado de grilletes como los mismos prisioneros. Presenciamos la llegada del bote al costado del buque y vimos al penado subir por la borda y desaparecer. Luego las antorchas fueron sumergidas en el agua, donde se apagaron con un silbido, como si todo hubiese terminado.

VI

Mi estado de ánimo en lo referente al hurto de cuya responsabilidad tan inesperadamente se me había eximido, no me inducía a una franca confesión, pero, sin embargo, me atrevo a creer que había en ello un fondo de honradez.

Cuando me vi libre del peligro de ser descubierto, no recuerdo que sintiera ningún remordimiento por lo que respecta a mi hermana. Pero apreciaba a Joe, y al pensar en él no me resultaba fácil sosegar mi conciencia. La idea de que tenía que confesarle la verdad me torturaba continuamente, sobre todo cuando lo veía buscando su lima. No obstante, me abstuve de hablarle con sinceridad, porque temía que me juzgase peor de lo que yo realmente era. El horror de pensar que perdería su confianza y en lo sucesivo tendría que pasar las veladas sentado en un rincón mirando tristemente a mi compañero y amigo perdido para siempre, me anudaba la lengua. Me imaginaba morbosamente, que si Joe llegaba a enterarse nunca más podría verlo junto al fuego acariciándose las patillas sin figurarme que estaba pensando en mi mala acción, que nunca más podría verlo echar un vistazo, aunque fuese casual, a la comida o al *pudding* del día anterior cuando fuesen presentados a la mesa, sin figurarme que él reflexionaba sobre la posibilidad de que yo hubiese penetrado en la despensa, que al encontrar la cerveza floja, sospecharía que yo la había aguado, y todo eso, la verdad, haría que me sintiese terriblemente avergonzado. En una palabra, era demasiado cobarde para hacer lo que sabía muy bien que era una acción honrada, como también fui demasiado cobarde para evitar lo que sabía que era una acción vil. En aquel entonces aún no había tenido relación con el mundo, y no imitaba a ninguna de las numerosas personas que se comportan de manera tan censurable. Como mi carácter era peculiar y mi modo de proceder espontáneo, fui yo mismo quien hizo el descubrimiento de mi actitud particular.

Empecé a sentirme somnoliento antes de hallarnos lejos del barco-cárcel, y Joe, al darse cuenta de mi modorra, con su bondad habitual volvió a colocarme sobre sus hombros y así me llevó a casa. Para él debió ser una jornada agotadora, porque Mr. Wopsle, cansadísimo, estaba de tan mal humor que si la iglesia hubiese estado abierta, seguramente habría excomulgado a toda la expedición por Joe y por mí. Falto de experiencia, había estado sentado tanto tiempo en el suelo húmedo que cuando se quitó la levita para ponerla a secar ante el fuego de la cocina, las manchas que se le veían en los pantalones habrían sido motivo más que suficiente para hacerlo ahorcar si aquello hubiese sido un delito grave.

En esos momentos me tambaleaba en medio de la cocina, como si estuviese borracho, pues como había estado durmiendo, al ponerme de pie el calor, las luces y el barullo de la

conversación me aturdíen. Cuando me despabilé, por efecto de un fuerte coscorrón que me propinó mi hermana, acompañado de las palabras: «¡Caramba! ¿Han visto alguna vez un muchacho como este?», oí que Joe estaba explicando la confesión del presidiario, y cada uno de los presentes sugería distintas hipótesis sobre los medios de que pudo valerse para llegar hasta la despensa. Mr. Pumblechook, después de inspeccionar detenidamente toda la casa, creyó descubrir que ladrón se había encaramado al tejado de la herrería, de allí había pasado al de la casa, y, después, indudablemente, se había descolgado por la chimenea de la cocina por medio de una cuerda hecha con tiras de una sábana; y como Mr. Pumblechook era muy categórico en sus apreciaciones y tenía coche de su propiedad, lo cual parecía darle derecho a atropellar a todo el mundo, todos se mostraron de acuerdo con lo que acababa de manifestar. Solo Mr. Wopsle tuvo el desacierto de exclamar:

—¡No!

Lo hizo con la débil malicia de un hombre cansado, pero nadie prestó atención a su disconformidad, puesto que no tenía teoría alguna que exponer y, además, iba en mangas de camisa; eso aparte de que al volverse de espalda al fuego para secarse los pantalones, sus posaderas echaban humo, detalle que no resultaba muy apropiado para inspirar confianza.

Todo esto es lo que oí aquella noche antes de que mi hermana me cogiese, y como si mi presencia fuese una ofensa para los visitantes, me ayudase a subir a mi cuarto con una mano tan vigorosa que hacía chocar mis pies contra los peldaños, produciendo de ese modo tanto ruido como si hubiera ido calzado con veinte pares de botas.

Mi estado de ánimo, como ya he descrito anteriormente, comenzó a manifestarse ya antes de levantarme a la mañana siguiente, y duró hasta mucho tiempo después de que el asunto fuese olvidado y ya nadie hablara de él como no fuese en ocasiones excepcionales.

VII

Cuando, tiempo atrás, había estado en el cementerio apenas había sabido deletrear las inscripciones de las lápidas mortuorias de mi familia. A pesar de la sencillez de su significado, mi interpretación no era muy exacta, y así ocurría que la frase: «esposa del más arriba mencionado» se me antojaba que era una especie de alabanza a la exaltación de mi padre a un mundo mejor, y si se hubiese aludido a alguno de mis parientes con la frase «más abajo», estoy seguro de que habría bastado para que tuviese un concepto muy malo de él.

Tampoco eran muy exactas mis nociones sobre las posiciones teológicas a que mi catecismo me obligaba, pues recuerdo perfectamente que me figuré que al declarar: «No me apartaré del mismo camino durante todos los días de mi vida», me imponía el deber de cruzar el pueblo desde nuestra casa siempre en una dirección determinada, sin desviarme nunca de ella, torciendo a la ida por la casa del carretero o a la vuelta por el molino.

Cuando fuese mayor me pondrían de aprendiz con Joe, y a juicio de mi hermana, mientras esperaba alcanzar esta dignidad no era cuestión de tratarme con miramientos. Por consiguiente, no solo se me empleaba para los quehaceres de la herrería, sino que siempre que un vecino necesitaba un chico para espantar pájaros, recoger piedras u otra ocupación por el estilo, me honraban eligiéndome a mí. No obstante, a fin de evitar que esta circunstancia comprometiese nuestra posición social, se puso una alcancía sobre el mármol de la chimenea, como demostración pública de que todas mis ganancias iban a parar allí y que me serían dadas en el futuro. Si no me equivoco, la liquidación se destinaba a contribuir, con el tiempo, a la disminución de la Deuda Nacional; lo que sí sé, con certeza absoluta, es que yo no tenía ni la menor esperanza de participar de aquel tesoro.

La tía abuela de Mr. Wopsle tenía una escuela nocturna en el pueblo; es decir, era una vieja ridícula de medios limitados, pero de ilimitados achaques, que solía dormirse cada tarde, de seis a siete, ante los alumnos, que pagaban, cada uno, dos peniques a la semana por la instructiva oportunidad de verle dar cabezadas. Tenía alquilada una casita, y Mr. Wopsle ocupaba la habitación de la planta superior, donde los escolares lo oíamos a menudo leer en voz alta con tono solemne y terrorífico, mientras de vez en cuando golpeaba el techo con la cabeza. Se suponía que Mr. Wopsle «examinaba» a los alumnos cada trimestre, pero lo que hacía en realidad no era más que arremangarse, mesarse el cabello y recitarnos la oración de Marco Antonio ante el cadáver de César. A esto seguía siempre la *Oda sobre las pasiones*, de Collins, en la cual yo particularmente admiraba a Mr. Wopsle, sobre todo cuando, personificando la Venganza, lanzaba como un rayo la espada

ensangrentada y tomaba, con expresión retadora, el clarín de guerra. No me ocurría entonces lo que más tarde me ocurrió, cuando conocí las pasiones y las comparé con Collins y Wopsle, con desventaja para ambos.

Además de dirigir la mencionada institución docente, la tía abuela de Mr. Wopsle tenía, en la misma sala de clase, un pequeño comercio de artículos varios.

Ignoraba qué existencia de mercancías poseía y el precio de cada cosa, pero guardaba en un cajón un grasiento bloc de notas que servía de lista de precios, y, guiada por aquel oráculo, Biddy llevaba a cabo todas las transacciones de la tienda. Biddy era la nieta de la tía abuela de Mr. Wopsle. Me confieso incapaz de resolver el problema de cuáles eran los lazos de familia que la unían a este. Era huérfana como yo; y también como yo había sido criada «valiéndose de la mano». Llamaba la atención, había notado yo, por las partes extremas de su cuerpo, pues su cabello necesitaba siempre que lo peinasen, sus manos pedían ser lavadas y sus zapatos exigían con urgencia un remiendo o un ajuste del tacón. Pero había un día de la semana que era una excepción de lo que dejo descrito, pues cada domingo iba a la iglesia muy acicalada.

Debido a mi propia iniciativa, y a menudo más con la ayuda de Biddy que con la de la tía abuela de Mr. Wopsle, logré, penosamente, salir del paso en el enmarañado zarzal del alfabeto, cada letra del cual parecía pincharme y arañarme como una planta espinosa. Después fui a caer entre aquellos ladrones de las nueve cifras, que todas las noches parecían hacer algo nuevo para disfrazarse con objeto de que no pudiera reconocerlos. Pero al final comencé, casi a ciegas, como si dijéramos, a leer, a escribir y a contar en muy pequeña escala.

Cierta noche, me hallaba sentado en un rincón de la cocina con mi pizarra, poniendo todo mi saber en la redacción de una carta para Joe. Debía de ser aproximadamente un año después de nuestra batida por los pantanos, porque había transcurrido mucho tiempo, era invierno y nevaba. Con un abecedario a mis pies, apoyados en el hogar, para que me sirviera de guía, conseguí, después de una o dos horas de esfuerzo, garabatear esta carta:

MI CERIDO JO e SUPONGUO ke ESTAS MUI BEN PONTO PO DE AIU UDARTE

EN LA ERRE RIA I LO OS DOS 2 GUNTOS eETA Are MOS MUI bi EN KREE ME XN PIP.

No tenía ninguna necesidad de intentar comunicarme con Joe por medio de una misiva, puesto que lo tenía a mi lado y, además, estábamos solos, pero aun así le entregué esta «importante» comunicación escrita por mi propia mano, y la recibió como un milagro de erudición.

—¡Muy bien, Pip! ¡Vaya con el chiquillo! —exclamó abriendo completamente sus ojos azules—. ¡Estás hecho todo un estudiante!

—Es lo que deseo, pero... —contesté contemplando la pizarra, que él sostenía en las manos, y pensando que mi caligrafía resultaba algo «montañosa».

—¡Caramba! Aquí hay una jota —dijo Joe—, y una o que no pueden estar mejor trazadas y que seguramente quieren decir «Joe». ¿No es así?

Nunca había oído a Joe leer en voz alta nada más extenso que este monosílabo, y el último domingo, en la iglesia, en un momento en que yo tenía distraídamente vuelto del revés nuestro devocionario, me pareció que para él era lo mismo que si lo hubiese tenido

derecho. Deseando aprovechar la ocasión para cerciorarme de si al pretender enseñar a Joe me vería obligado a empezar por el principio, dije:

—Lee lo demás, Joe.

—¿El resto, Pip? —repuso él observando lo escrito con mirada escrutadora—. Una, dos, tres... ¡Aquí hay tres jotas y tres oes, o sea tres veces «Joe», Pip!

Me incliné sobre la pizarra y con la ayuda de mi dedo índice leí, más o menos de corrido, toda la carta en voz alta.

—¡Es asombroso! —exclamó Joe, cuando hube terminado—. ¡Eres un buen estudiante!

—¿Cómo deletreas el apellido Gargery, Joe? —le pregunté con tono pudoroso.

—No puedo deletrearlo de ninguna manera —contestó.

—Pero supongamos que pudieras hacerlo.

—No se puede suponer —replicó él—, a pesar de que soy muy aficionado a la lectura.

—¿De veras?

—Mucho. Dame un buen libro o un buen periódico y hazme sentar junto al fuego, y me harás el hombre más feliz del mundo. ¡Qué ilusión, Dios mío! —prosiguió después de frotarse un poco las rodillas—, cuando uno encuentra una jota y una o y piensa: «Aquí, por fin, hay una palabra que quiere decir “Joe”». ¡Qué interesante es leer!

De esto deduje que la educación de Joe, como la fuerza de vapor, se hallaba todavía en su infancia.

—Cuando eras pequeño como yo, Joe, ¿fuiste alguna vez a la escuela? —le pregunté.

—No, Pip.

—¿Por qué?

—Te lo diré —contestó al tiempo que cogía el atizador, como solía hacer cuando estaba pensativo, y se ponía a revolver las brasas lentamente—. Mi padre, Pip, era un poco dado a la bebida, y cuando estaba borracho solía pegar a mi madre. Eran casi las únicas palizas que daba exceptuando las que me daba mí. Y me golpeaba con un vigor solo igualado por la energía con que martilleaba su yunque. ¿Me estás escuchando, Pip?

—Sí, Joe.

—Por esa razón mi madre y yo a veces nos escapábamos de casa, y entonces mi madre solía trabajar, y me decía: «Joe, ahora, si Dios quiere, podrás instruirte, hijo mío», y me hacía ir a la escuela. Pero mi padre no podía vivir sin nosotros, y por eso venía acompañado de mucha gente y armaba tal escándalo ante la puerta de la casa donde nos habíamos refugiado, que las buenas personas que nos habían dado albergue se veían obligadas a hacernos marchar de su hogar entregándonos al que nos reclamaba con tanta vehemencia. Y entonces mi padre nos llevaba a casa y la emprendía a golpes contra nosotros. Lo cual, como puedes comprender, Pip, era un verdadero impedimento para mis estudios —declaró Joe mientras seguía atizando el fuego y me miraba pensativo.

—Naturalmente, ¡pobre Joe!

—Además, alguien tiene que encargarse de hacer hervir el puchero, Pip, pues de lo contrario, no se come. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Por lo tanto, mi padre no opuso ninguna objeción a que no comenzara enseguida a trabajar, y me empleó en el oficio que tengo actualmente, que era también el suyo, si

hubiese querido seguirlo, y me puse a trabajar con verdadero afán, te lo aseguro. Y con mi esfuerzo pude mantenerlo durante largo tiempo, hasta que murió a consecuencia de un ataque de apoplejía. Y tuve la intención de poner en su losa sepulcral: «Nos pegó con la mano y con el palo, pero a pesar de ello no era hombre malo».

Joe recitó este pareado con tal tono de orgullo que le pregunté si lo había ideado él.

—Sí —contestó—. Lo compuse yo solo, y en un momento. Fue como hacer saltar una herradura de un solo golpe. Y en mi vida me sentí más maravillado... Me parecía imposible que aquella frase hubiese salido de mi cerebro. Como decía, Pip, mi intención era hacerla grabar en una lápida, pero la poesía cuesta dinero, lo mismo si se graba en letras pequeñas que en letras grandes, y por eso lo dejé correr... Había que pagar el entierro, y lo poco que quedó después lo necesitaba mi madre. Estaba débil y enferma, por eso no tardó mucho tiempo en seguirlo. ¡Pobre mujer! ¡Por fin le llegó el descanso!

Las lágrimas empañaron los ojos de Joe. Se restregó primero uno y luego el otro, con el mango del atizador.

—Como vivir solo me entristecía mucho —prosiguió—, trabé relación con tu hermana, que la verdad sea dicha, Pip —me miró fijamente, como si supiese que yo no sería de su parecer— tiene muy buen tipo de mujer.

No pude por menos de quedarme contemplando el fuego con expresión de duda.

—Sea cual fuere la opinión de la familia o del mundo entero sobre este punto, Pip, lo cierto es que tu hermana —al llegar a este punto de la frase acompañó cada sílaba con un golpe que dio con el atizador a las varillas protectoras de la chimenea—, tiene un hermoso tipo de mujer.

No supe contestar otra cosa más que:

—Celebro que te parezca así, Joe.

—Y yo —repuso él—, también estoy contento de pensarlo, Pip. Un pequeño cardenal o un hueso de más o de menos, ¿qué importancia tienen?

Observé sagazmente que, si no le importaban a él, ¿a quién iban a importar?

—¡Es verdad! —asintió Joe—. Eso es. Tienes mucha razón, chico. Cuando conocí a tu hermana se hablaba de cómo te estaba criando valiéndose de la mano, es decir, zurrándote. Todo el mundo consideraba que eso era una demostración de bondad, y yo creía lo mismo que los demás. Por lo que a ti respecta —agregó con cara de estar contemplando algo muy repulsivo—, si hubieses podido darte cuenta de lo pequeño, desgarbado y raquítico que eras, habrías tenido un concepto muy desfavorable de ti mismo.

Como esta explicación no me satisfizo mucho, repliqué:

—No te preocupes por mí, Joe.

—Pero entonces me preocupé, Pip —contestó con sencillez y ternura—. Cuando le pedí a tu hermana que se casara conmigo tan pronto como estuviera dispuesta a venir a la herrería para instalar en ella nuestro hogar, le dije: «Y trae también al pobre pequeño... ¡Dios lo bendiga! ¡No faltará lugar para él en la herrería!».

Me puse a llorar, le pedí perdón y rodeé su cuello con mis brazos. Él me estrechó contra su pecho y dijo:

—Somos muy buenos amigos, ¿verdad, Pip? No llores, chico.

Después de esta pequeña interrupción, prosiguió:

—¡Y ya lo ves, Pip, aquí estamos! Ahora, si te propones educarme, he de advertirte que tengo la cabeza muy dura, soy horriblemente lerdo... y tu hermana no debe enterarse de lo que nos traemos entre manos. Tendremos que hacerlo con mucho disimulo.

—¿Con disimulo? ¿Por qué?

—Me explicaré, Pip. —Volvió a coger el atizador, sin el cual creo que no le hubiera sido posible expresarse claramente—. A tu hermana le da por el gobierno.

—¿Le da por el gobierno, Joe? —Esta indicación me alarmó, porque se me ocurrió (y no me atrevo a añadir que casi tuve la esperanza) que Joe renunciaría un día a ella en favor de los lores del Almirantazgo o del banco del Gobierno.

—Le da por el gobierno, sí, por el gobierno de la casa —puntualizó—. Es decir, le da por gobernarnos a ti y a mí.

—¡Ah!

—Y no le gusta tener personas inteligentes e instruidas cerca de ella —agregó—. No le resultaría muy agradable verme muy ilustrado, por miedo a que me insubordinase, a que me convirtiera en algo así como un rebelde. ¿Comprendes?

Me disponía a contestar dirigiéndole una pregunta, y ya había dicho «¿Por qué...?» cuando me interrumpió para añadir:

—Sí, ya sé; espera un momento... ya sé lo que ibas a decir, Pip. Reconozco que a veces tu hermana es extremadamente autoritaria, y no niego que nos tumba de espaldas y nos da unos buenos azotes. Cuando está furiosa, Pip —y al decir esto miró hacia la puerta y bajó la voz hasta convertir sus palabras en un susurro— he de confesar con franqueza que es un verdadero torbellino. —Pronunció esta palabra como si la misma empezase por lo menos con doce tes mayúsculas—. ¿Por qué no me rebelo? Era eso lo que ibas a preguntarme cuando te he interrumpido, ¿verdad?

—Sí, Joe.

—Bien —dijo él pasándose el atizador del fuego a la mano izquierda para poder acariciarse las patillas con la derecha—. Tu hermana es una inteligencia privilegiada, un espíritu sereno.

—Y eso, ¿qué significa? —pregunté con intención de interrumpir sus elogios. Pero Joe tenía su definición más a punto de lo que yo esperaba, y, mirándome fijamente, contestó con firmeza:

—Significa quién es ella. En cambio yo tengo un cerebro obtuso —prosiguió después de apartar los ojos de mí, sin dejar de acariciarse las patillas—. Además, Pip, y esto te lo digo muy en serio, recuerdo tanto a mi pobre madre, que tuvo una existencia de esclava, que trabajó y sufrió sin un solo momento de calma, que temo desviarme del camino recto y comportarme indebidamente con mi mujer. En este caso preferiría desviarme hacia el lado contrario y sufrir yo mismo las consecuencias de mi extravío. Quisiera ser siempre yo solo el perjudicado, Pip; el único que recibiese los bastonazos. Por supuesto, preferiría que tú no recibieses ninguno, que todos cayeran sobre mis costillas, pero en la vida todo son vaivenes, querido, y espero que no hagas caso de las deficiencias.

A pesar de mis pocos años, creo que desde aquella noche empecé a sentir una nueva admiración por Joe. Seguimos tan amigos como antes, pero en lo sucesivo, cuando durante

las horas de descanso estaba yo sentado contemplándolo y pensando en él, sentía el convencimiento profundo de que moralmente estaba muy por encima de mí.

—Sea como fuere —dijo Joe, levantándose para añadir leña al fuego—, ahí tenemos el reloj holandés a punto de dar las ocho ¡y ella no ha vuelto todavía! Espero que la yegua del tío Pumblechook no haya puesto la pata sobre un trozo de hielo y que no haya caído.

Los días de mercado mi hermana solía hacer pequeñas excursiones con el tío Pumblechook a fin de ayudarlo en la compra de utensilios domésticos y otros artículos para la casa, que requerían la opinión de una mujer, pues el buen hombre era soltero y su sirvienta no le inspiraba mucha confianza. Aquel era día de mercado y mi hermana lo había acompañado como otras veces.

Después de que Joe avivase el fuego y barriese el suelo, fuimos a la puerta para ver si oíamos el ruido del carruaje. La noche era fría; una escarcha muy blanca cubría la llanura y el aire era cortante. Pensé que cualquiera que con un tiempo como aquel durmiera en los pantanos, tendría forzosamente que morir helado, y, contemplando las estrellas, consideré lo terrible que debía de ser para un hombre mirarlas mientras se iba congelando sin hallar ayuda ni compasión en el brillante firmamento.

—¡Ya viene la yegua! —exclamó Joe—. Llega sonando como un repique de campanas.

El sonido de las herraduras sobre la tierra endurecida, a medida que la yegua iba aproximándose a un trote más vivo que de costumbre, tenía algo de musical. Sacamos una silla para que mi hermana pudiera apearse cómodamente, atizamos el fuego para que viese la ventana iluminada y dimos un repaso final a la cocina a fin de que todo estuviese en orden. Apenas hubimos terminado estos preparativos, entraron los dos viajeros tapados hasta los ojos. Mi hermana fue la primera en apearse, y luego lo hizo el tío Pumblechook, que cubrió de inmediato a la yegua con una manta. Enseguida nos encontramos todos reunidos en la cocina, llevando con nosotros tanto aire frío que casi disipaba el calor del fuego.

—Ahora —dijo mi hermana al tiempo que se desabrigaba apresuradamente y se echaba la capucha a la espalda—, ¡si este chico no está agradecido esta noche, nunca lo estará!

Al oír esto, yo, aun cuando ignoraba por qué motivo tenía que manifestar mi gratitud, procuré mostrarme profundamente agradecido.

—Es de esperar —prosiguió mi hermana—, que no van a mimarlo en exceso, pero temo que lo halaguen demasiado.

—Estoy seguro de que ella no posee esa clase de carácter, señora. Sabe hacer bien las cosas.

Me pregunté de quién estarían hablando, y miré a Joe, quien me dirigió una mueca interrogativa. Pero mi hermana lo sorprendió y él, entonces, para disimular, se pasó la mano por la nariz y la miró con el aire conciliatorio que solía adoptar en tales ocasiones.

—A ver —dijo mi hermana con su tono regañón habitual—, ¿por qué me miras de esa manera? ¿Se ha incendiado la casa?

—Como he oído que hablabais de «ella» —dijo Joe amablemente.

—Sí, y ella es «ella», supongo yo —repuso mi hermana—. A no ser que se te antoje llamar «el» a miss Havisham. No me extrañaría que fueses capaz de hacerlo.

—¿Miss Havisham, la de la ciudad? —preguntó Joe.

—¿Acaso conoces alguna otra señora apellidada Havisham? —repuso mi hermana—. Quiere que el chico vaya a jugar a su casa. Y, claro está, tendrá que ir —declaró mi hermana moviendo la cabeza con aire amenazador, como un medio de animarse—. Tendrá que ir allí para jugar alegremente, si no quiere que le dé una tunda.

Yo, como todo el mundo, había oído hablar de miss Havisham como de una señora de carácter hosco, muy opulenta, que vivía en una mansión enorme y lúgubre, fortificada contra posibles ladrones, en la que pasaba los años en una reclusión absoluta.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Joe, extrañado—. No me explico cómo puede conocer a Pip...

—Pero, tonto, ¿quién te ha dicho que lo conoce? —repuso mi hermana.

—Creo haberte oído insinuar —replicó tímidamente él—, que expresó su deseo de que Pip fuese a jugar a su casa...

—¿Y no pudo haberle preguntado al tío Pumblechook si conocía algún niño recomendable para que fuese a jugar allí? ¿Por ventura no es posible que el tío Pumblechook sea uno de sus arrendatarios y que alguna vez (no diremos cada trimestre o cada seis meses, porque eso sería exigirle demasiado, sino únicamente alguna vez) vaya allí a pagar el alquiler? ¿Y no pudo ella, en una de esas ocasiones, preguntar al tío Pumblechook si conocía un muchacho que pudiera ir a jugar a su casa? ¿Y no pudo el tío Pumblechook, teniéndonos la simpatía que nos tiene y velando como vela siempre por nosotros, aunque tú no lo creas así, Jo —dijo con tono de censura, como si Joe fuese el más desagradecido de los sobrinos—, haber recomendado a este diablillo que anda saltando por ahí y haciendo cabriolas —lo cual puedo declarar solemnemente que yo no hice jamás en mi infancia—, y de quien he sido siempre una esclava voluntaria?

—¡Muy bien dicho! —exclamó el tío Pumblechook—. Te explicas como un libro. Ahora, Joseph, ya estás enterado del caso.

—No, Joseph —repuso mi hermana de nuevo con tono de reproche mientras Joe se pasaba varias veces el revés de la mano por la nariz—, aunque creas lo contrario, todavía no estás enterado del caso. Puedes figurarte que sabes de qué se trata, pero te equivocas, Joseph. Porque ignoras que el tío Pumblechook, comprendiendo que de la ida del chico a casa de miss Havisham podía derivarse el principio de su fortuna, se ha ofrecido para llevárselo a la ciudad esta misma noche en su coche y tenerlo en su casa hasta mañana por la mañana, que lo conducirá por su propia mano a casa de miss Havisham... Pero ¡válgame Dios! —exclamó mi hermana repentinamente tirando al suelo su capucha en un arranque de desesperación—. ¡Estoy aquí entreteniéndome en hablar a un par de necios, sin darme cuenta de que el tío Pumblechook está esperando y la yegua se enfría ahí fuera y el muchacho está todavía cubierto de mugre y hollín de la cabeza a los pies.

Y dicho esto se abalanzó sobre mí como un águila sobre un corderillo, y apretándome la cara contra el barreño, me echó a la cabeza un verdadero diluvio de agua, y se puso a enjabonarme, restregarme, rascarme y magullarme de tal manera que casi me hizo perder el sentido. (Aquí me permito hacer notar que me creo mejor conocedor que cualquiera que se considere una autoridad en la materia, en lo referente al efecto que produce un anillo de boda cuando se frota violentamente contra un rostro humano).

Cuando mis abluciones se dieron por completadas, me pusieron ropa interior muy limpia y almidonada, por lo cual me sentí como un joven penitente al que ponen una túnica de saco, y finalmente me embutieron en el más ceñido e incómodo de mis trajes. Preparado de esta manera fui entregado a Mr. Pumblechook, quien me recibió con tantas formalidades como si él fuese el sheriff y me endilgó el discurso que yo sabía hacía largo rato se moría de ganas de pronunciar.

—Tienes que estar siempre agradecido a todos tus amigos, chico —me dijo—, pero particularmente a los que te criaron valiéndose de la mano.

—¡Adiós, Joe!

—¡Dios te bendiga, querido Pip!

Era la primera vez que me separaba de él, y entre las lágrimas que nublaron mis ojos y el resto de jabón que había quedado en ellos, me resultó imposible ver las estrellas desde el coche. Pero estas fueron apareciendo, temblorosas, una a una, aunque sin arrojar ninguna luz sobre el misterio según el cual yo había venido a este mundo para ir a jugar a casa de miss Havisham y participar en diversiones de las que no tenía ni idea.

VIII

La morada de Mr. Pumblechook, en la calle principal de la ciudad del mercado, era, con su almacén, de un carácter «farináceo» propio de un comerciante en granos y semillas. Me pareció que aquel hombre tenía que ser muy dichoso con tantos cajoncitos en su establecimiento, y al echar un vistazo a uno de los de la hilera más baja, y ver dentro los paquetitos de papel de estraza, me pregunté si las semillas y los bulbos necesitarían un día de tiempo hermoso para salir de aquella cárcel y florecer.

Yo estaba sumido en estas reflexiones a primeras horas de la mañana siguiente a mi llegada. La noche anterior había sido enviado directamente a la cama, en una buhardilla de techo inclinado y tan bajo en el rincón donde estaba situado el lecho que calculé que las tejas estarían a un palmo y medio de distancia de mis cejas. Aquella misma mañana descubrí una singular afinidad entre las semillas y la pana. Mr. Pumblechook y su dependiente llevaban un traje de pana, y el olor de esta era tan parecido al de las semillas, así como el de las semillas semejante al de la pana, que me era difícil distinguir una cosa de otra. Observé también que Mr. Pumblechook parecía dirigir su negocio mirando a través de la calle al talabartero, quien, a su vez, parecía regentar el suyo sin perder de vista al cochero, el cual, al parecer, aprendía a ganarse la vida contemplando al panadero, que por su parte, se cruzaba de brazos y miraba fijamente al tendero, mientras este pasaba el tiempo en el umbral de su local bostezando y sin dejar de observar al boticario. El relojero, continuamente inclinado sobre su pequeño pupitre, con una lupa en un ojo, y contemplado siempre a través del cristal de su escaparate por un grupo de obreros, resultaba ser, en toda la calle principal, la única persona que tenía puesta toda su atención en su trabajo.

Mr. Pumblechook y yo desayunamos a las ocho en la trastienda, mientras el dependiente tomaba su tazón de té y su rebanada de pan con mantequilla sentado encima de un saco de guisantes, en la parte de delante del establecimiento. La compañía de Mr. Pumblechook me resultó muy agradable. Además de estar imbuido de la idea que mi hermana había metido en su cabeza de que mi dieta debía tener un carácter mortificatorio y penitencial, y de darme tanta corteza como podía, en combinación con la menor cantidad posible de mantequilla y tal proporción de agua caliente en la leche que casi hubiera sido mejor que, con toda franqueza, hubiese suprimido la leche, en su conversación no trató más que de aritmética. Al darle los buenos días, me preguntó enfáticamente:

—¿Cuánto es siete por nueve, muchacho?

Y ¿cómo iba yo a poder contestar instado de aquella forma, en un lugar extraño y con el estómago vacío? Tenía hambre, pero antes de permitirme engullir un solo bocado, comenzó

a exigirme una suma continua que no se interrumpió durante todo el desayuno. «¿Siete y cuatro? ¿Y ocho? ¿Y seis? ¿Y dos? ¿Y diez?». Y así sucesivamente. Y después de contestar a cada pregunta no me daba apenas tiempo de morder mi pan ni de beber un sorbo, cuando ya me dirigía otra pregunta de ese tenor, mientras él permanecía repantigado en su silla sin calcular nada, atracándose vorazmente (si se me permite la expresión) de jamón y bollos calientes.

Por todo ello me alegré mucho cuando oí que daban las diez y salimos para dirigirnos hacia la casa de miss Havisham, a pesar de que no estaba completamente tranquilo respecto a la manera en que iba a cumplir mi cometido bajo el techo de aquella señora. Al cabo de un cuarto de hora llegamos a la mansión de miss Havisham, que era de ladrillo viejo, de aspecto melancólico y tenía numerosas rejas de hierro. Algunas de las ventanas habían sido tapiadas, y, de las que quedaban, las de la planta baja estaban protegidas por gruesos barrotes enmohecidos. Delante de la fachada había un patio con una verja cerrada, de modo que, después de hacer sonar la campanilla, tuvimos que esperar a que alguien viniese a abrir. Mientras aguardábamos miré a hurtadillas por la verja, y hasta en aquel preciso momento el señor Pumblechook tuvo que decir: «¿Y catorce?», pero yo me hice el sordo, y me fijé en que a un lado de la casa había una gran fábrica de cerveza, que, al parecer, estaba abandonada desde hacía mucho tiempo.

De pronto se abrió una ventana y alguien, con voz clara, preguntó:

—¿Quién hay?

—Pumblechook —repuso mi acompañante.

—Está bien —se oyó decir desde la ventana, y luego esta volvió a cerrarse y poco después vimos venir una señorita que cruzó el patio llevando unas llaves en la mano.

—Este es Pip —dijo Mr. Pumblechook.

—¿Este es Pip? —preguntó la joven, que era, por cierto, muy agraciada y tenía aspecto de altanera—. Entra, Pip.

Mr. Pumblechook se disponía a entrar también, pero ella se lo impidió, cerrando la verja al tiempo que decía:

—¿Desea usted ver a miss Havisham?

—Sí; si ella quiere verme... —respondió Mr. Pumblechook, desconcertado.

—Pero el caso es que no tiene ganas de recibirlo —agregó la joven. Y lo dijo de una manera tan categórica, con un tono tan terminante, que Mr. Pumblechook, aunque herido en su dignidad, no se atrevió a protestar. Pero me dirigió una mirada severa —¡como si yo le hubiese hecho algún mal!— y se despidió con estas palabras pronunciadas con tono de reproche:

—¡Oye, chico! ¡A ver si tu conducta aquí hace honor a los que te criaron!

Yo no estaba muy seguro de que no volviese para preguntarme: «¿Y dieciséis?», pero no lo hizo.

Mi joven acompañante y yo cruzamos el patio, cuyo suelo estaba muy limpio, aunque la hierba crecía entre las grietas de las baldosas. El edificio de la fábrica comunicaba con el referido patio por una especie de callejón, y tanto las puertas de madera de aquel pasadizo como las de la fábrica estaban abiertas, dejando ver el alto muro que la circundaba. Todo estaba desierto y abandonado.

El aire frío parecía más helado allí dentro que en la calle, y al entrar y salir producía un silbido estridente como el que produce en alta mar el viento entre el aparejo de un barco.

La joven advirtió que yo miraba aquellas paredes solitarias y dijo:

—Podrías beber toda la cerveza que se fabrica aquí, sin temer que te hiciera daño, muchacho.

—En eso precisamente estaba pensando, señorita —repuse con timidez.

—Y creo que valdrá más que no intenten de nuevo elaborar cerveza en esta fábrica, porque se volvería agria, ¿no te parece, muchacho?

—Sí, señorita, eso es lo que hace pensar esta casa.

—No es que pretenda alguien reemprender el negocio —agregó ella—, porque este ya se acabó para siempre, y este edificio continuará en el mismo estado deplorable hasta que se derrumbe de viejo. En cuanto a la cerveza, en las bodegas hay suficiente para inundar toda la casa solariega.

—¿Es ese el nombre de la casa, señorita?

—Uno de sus nombres, chico.

—¿Acaso tiene más de uno?

—Sí. Antes la llamaban Satis, que en griego, en latín, en hebreo o en los tres idiomas juntos, que los tres son lo mismo para mí, significa «bastante».

—Bastante casa —dije—. Es un nombre curioso, señorita.

—Sí —repuso ella—, pero este vocablo indicaba algo más que lo que expresa la palabra en sí. Quería dar a entender que quien la poseyera no necesitaría nada más. En aquella época sus dueños debían de estar muy satisfechos. Pero no te entretengas, muchacho.

Aunque me llamaba «muchacho» con tanta frecuencia y con una despreocupación que no tenía nada de galante, era casi de mi edad. Parecía mayor que yo, naturalmente, pues era una chica muy guapa que demostraba tener un dominio completo de sí misma. Me trataba desdeñosamente, como si tuviese veintiún años y fuese una reina.

Entramos en la casa por una puerta lateral —la puerta de la entrada principal tenía, por la parte exterior, dos cadenas cruzadas— y enseguida me fijé en que los corredores estaban en penumbra y mi joven acompañante había dejado allí una vela encendida. Al pasar la cogió y recorrimos otros pasillos. Luego subimos por una escalera siempre en la oscuridad y alumbrados únicamente por la llama tenue de la vela.

Por fin llegamos ante el umbral de una habitación, y la joven me dijo:

—Entra.

Yo, más por timidez que por buenos modales, contesté:

—Pase primero usted, señorita.

—No seas ridículo, muchacho —replicó ella—. Yo no debo entrar. —Se marchó con aire despectivo, y, lo que era aún peor, se llevó la vela.

Era una situación muy desagradable que me tenía atemorizado. Comprendía que solo podía hacer una cosa: llamar. Y llamé. Oí que desde dentro me indicaban que entrase. Penetré, pues, en aquella estancia, que era una sala espaciosa iluminada por varias bujías. No entraba allí la menor claridad diurna. Según aprecié por el mobiliario, se trataba de un vestidor, aunque la mayor parte de aquellos muebles tenían una forma extraña y estaban destinados a usos que yo desconocía por completo. Pero lo más singular era una mesa con

faldas sobre la que había un espejo con marco dorado. Al contemplarla, comprendí enseguida que se trataba de un tocador.

De no haber habido, sentada junto a ella, una dama muy elegante, lo más probable es que yo no hubiese adivinado con tanta facilidad qué clase de mueble era aquel. En un sillón, al otro lado del tocador, con el codo apoyado en este y la cabeza en una mano, estaba sentada la señora más estrafalaria que vi en mi vida.

Iba ataviada con muy ricas prendas de satén y de seda con encajes, todo ello blanco, zapatos incluidos. Cubría su cabeza un largo velo, también blanco, y llevaba en el cabello, del mismo color, una diadema de flores. En su cuello, su pecho y sus manos brillaban joyas muy valiosas, otras resplandecían sobre la mesa. Esparcidos por la habitación había varios trajes, menos lujosos que el que llevaba puesto, y unos baúles abiertos. No había terminado de vestirse, porque no tenía puesto más que un zapato —el otro estaba encima de la mesa, al alcance de su mano—, su velo aparecía a medio arreglar, su reloj-pulsera parecía estar aguardando a que se lo pusiese y, amontonados confusamente delante del espejo, había unos guantes, algunas flores y un devocionario.

En el primer momento no me fijé en todo esto, pero vi más de lo que podía suponer, y observé que todo aquello, que en otro tiempo debió de ser blanco, se veía amarillento. Observé que la novia que llevaba aquel traje se había marchitado como las flores y su misma ropa, y no le quedaba más brillo que el de sus ojos hundidos. Imaginé que en otro tiempo aquel vestido debió de ceñir el talle esbelto de una mujer joven, y que la figura sobre la que colgaba ahora había quedado reducida a piel y huesos. Recordé que en cierta ocasión me habían llevado a una feria en la que había unas horribles figuras de cera y entre ellas una que representaba un extravagante personaje que yacía en su capilla ardiente. En otra ocasión me llevaron a una de nuestras iglesias de los pantanos a ver un esqueleto vestido con los restos de un traje espléndido, que había sido desenterrado de una cripta. Ahora se me antojaba que la figura de cera y el esqueleto reaparecían en aquella mujer, con unos ojos oscuros que se movían y miraban fijamente. Si me hubiese atrevido me habría puesto a gritar.

—¿Quién es? —preguntó la dama que estaba sentada junto a la mesa.

—Pip, señora.

—¿Pip?

—El muchacho que ha traído hasta aquí Mr. Pumblechook, señora. He venido a jugar...

—Acércate más, muchacho. Deja que te vea bien.

Al encontrarme delante de ella, rehuyendo su mirada, observé con detalle los objetos que nos rodeaban, y reparé en que tanto el reloj que había encima de la mesa como el de la pared estaban parados a las nueve menos veinte.

—Mírame —me dijo miss Havisham—. ¿No te da miedo una mujer que no ha visto el sol desde que tú naciste?

Lamento tener que confesar que no dudé en responder que no, lo cual era una gran mentira.

—¿Sabes qué noto aquí? —preguntó al tiempo que ponía las manos en el costado izquierdo, una sobre otra.

—Sí, señora. —Me hizo pensar en el joven.

—¿Qué toco?

—Su corazón.

—¡Destrozado!

Pronunció esta palabra enfáticamente, con una mirada ansiosa y una sonrisa espectral en la que se adivinaba cierto orgullo extraño. Después de mantener sus manos allí por un momento, fue separándolas lentamente, como si pesasen mucho.

—Estoy cansada, hastiada, necesito distracción —dijo miss Havisham—. Ya he acabado con los hombres y con las mujeres. Juega.

Supongo que el lector más exigente opinará, como yo, que en aquella situación no se podía pedir a un muchacho que hiciera nada más difícil.

—A veces tengo caprichos de persona enferma —prosiguió—, y ahora se me antoja ver jugar a alguien... ¡Vamos a ver, juega! —repitió con impaciencia mientras movía nerviosamente los dedos de la mano derecha.

Por un instante, sin duda inducido por el miedo a los vapuleos que me prodigaba mi hermana, tuve la desesperada idea de echar a correr por la habitación imitando el carruaje de Mr. Pumblechook, pero me quedé contemplando a miss Havisham con una expresión que ella interpretó, seguramente, como terquedad y rebeldía, pues me dijo:

—Debes de ser adusto y testarudo, ¿verdad?

—No, señora; me da usted mucha pena y lamento no saber a qué jugar para distraerla. Si usted se queja de mí, mi hermana me castigará, y para evitarlo lo haría, pero no me es posible, porque todo esto es para mí tan nuevo, tan extraño, tan hermoso y... tan melancólico... —Me callé, temiendo decir demasiado o haber dicho ya más de lo debido; y volvimos a mirarnos.

Antes de tomar de nuevo la palabra, ella apartó los ojos de mí y se quedó mirando el traje que llevaba, luego el tocador y, finalmente, su imagen en el espejo.

—¡Tan nuevo para él —murmuró—, tan viejo para mí; tan extraño para él, tan familiar para mí, y tan triste para los dos! Llama a Estella.

Como seguía mirándose en el espejo, me figuré que todavía estaba hablando consigo misma, y guardé silencio.

—¡Llama a Estella, te he dicho! —exclamó mirándome con gesto severo—. Esto bien puedes hacerlo. Llama a Estella, desde la puerta.

Permanecer a oscuras en un corredor misterioso de una casa desconocida, llamando a voces a una joven desdeñosa que ni se dejaba ver ni contestaba, y comprendiendo que era tomarme una libertad muy descarada pronunciar su nombre a gritos, me resultaba casi peor que jugar por fuerza. Pero al cabo de un rato la joven contestó y la luz que llevaba apareció, como una estrella, en la penumbra de aquel pasillo tenebroso.

Miss Havisham le hizo seña de que se acercase y tomando una joya de encima de la mesa, miró el efecto que esta producía sobre el agraciado pecho juvenil y el hermoso cabello castaño de la muchacha.

—Llegará el día en que será tuya, querida, y harás buen uso de ella. Ahora jugarás a las cartas con este chico.

—¿Con él? ¡Pero si es un patán!

Si no pareciese tan imposible, me atrevería a afirmar que miss Havisham contestaba.

—No importa, destrózale el corazón si puedes.

—¿A qué sabes jugar, muchacho? —me preguntó Estella desdeñosamente.

—Únicamente a la birlonga, señorita.

—¡Pues bírlale! —exclamó miss Havisham dirigiéndose a Estella.

Y nos sentamos a jugar.

Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de que todo en aquella estancia estaba detenido desde hacía mucho tiempo, como los relojes que en ella había. Observé que miss Havisham dejaba la joya en el mismo sitio de donde la había tomado. Mientras Estella repartía los naipes, volví a mirar el tocador y advertí que el zapato que había encima de él, blanco un día y ahora amarillento, nunca había sido usado. Eché un vistazo para ver a quién le faltaba el zapato, y observé que la media de seda, blanca también un día y ahora amarilla, estaba convertida en un pingajo. Sin aquella inmovilidad de todos los objetos pálidos y deslucidos, el ajado traje de novia, sobre aquella figura decaída no habría parecido tanto una mortaja ni el largo velo habría tenido el aspecto de un sudario.

Mientras nosotros jugábamos a naipes, ella permanecía inmóvil como un cadáver. En aquel entonces yo no sabía nada de que algunos cadáveres que llevan mucho tiempo enterrados se deshacen de inmediato al entrar en contacto con el aire; pero después he pensado que aquella mujer debía de tener el aspecto de un cuerpo que expuesto a la luz del día no podía evitar convertirse instantáneamente en polvo.

—¡Qué poco ingenio el de este chico! —dijo Estella despectivamente, antes de que terminase nuestra primera partida—. ¡Y qué manos tan callosas tiene y qué botas tan ordinarias lleva!

Nunca me había avergonzado de mis manos, pero en ese momento empecé a considerarlas muy toscas. El desprecio de Estella era tan profundo que resultaba contagioso, y se me contagió.

Ella ganó el juego y yo repartí los naipes, pero me equivoqué, como era natural, porque sabía que ella estaba esperando que lo hiciese y me llamó rústico y necio.

—Veo que tú no dices nada de ella —observó miss Havisham mientras nos contemplaba—. Estella dice muchas cosas contra ti, pero tú procuras no ofenderla. ¿Qué opinas de ella?

—No quisiera decirlo —murmuré.

—Dímelo al oído —repuso miss Havisham inclinándose.

—Me parece muy activa —contesté en voz baja.

—¿Nada más?

—Y muy bonita.

—¿Nada más?

—Y muy insolente.

Estella estaba mirándome con expresión de desprecio.

—¿Nada más?

—Me parece que me gustaría irme a casa.

—¿Y no volver a verla nunca, a pesar de lo bonita que es?

—No sé si me gustaría o no volver a verla, pero de lo que sí estoy seguro es que deseo irme a casa.

—Pronto irás —repuso miss Havisham en voz alta—. Terminad el juego.

A no ser por aquella sonrisa espectral del principio, habría asegurado que miss Havisham jamás sonreía. Tenía una expresión muy pensativa, que armonizaba perfectamente con el ambiente melancólico que la rodeaba, y parecía que nunca nada podría reanimarla. Estaba inclinada, abatida, con el pecho hundido, iba perdiendo la voz y hablaba muy despacio, como sumida en un extraño sopor; en una palabra, parecía haberse desplomado en cuerpo y alma por efecto de un golpe terrible.

Por segunda vez Estella me ganó, y arrojó los naipes sobre la mesa, con desdén, sin contar siquiera de cuántos puntos me aventajaba.

—¿Cuándo volveremos a verte? —me preguntó miss Havisham.

—Déjeme pensar.

Comencé indicándole que estábamos a miércoles, cuando me atajó con el mismo movimiento nervioso anterior de su mano derecha.

—¡Bueno, bueno! No sé nada de los días de la semana ni de las semanas del año. Vuelve dentro de seis días, ¿De acuerdo?

—Sí, señora.

—Estella, acompáñalo abajo; dale algo para comer y deja que eche un vistazo por ahí. Anda, Pip.

Seguí la luz al bajar, como la había seguido al subir, y la joven volvió a dejar la vela en el mismo sitio donde la había encontrado. Hasta que abrió la puerta lateral por donde yo había entrado, creí, sin pensar en ello, que debía de ser de noche. El esplendor de la luz diurna me deslumbró por completo, y me causó la impresión de haber pasado muchas horas a la tenue luz de las bujías de aquella estancia extraña.

—Tendrás que esperar aquí, muchacho —dijo Estella, y desapareció cerrando la puerta a sus espaldas.

Aproveché la oportunidad de encontrarme solo en el patio para mirarme las manos callosas y las botas ordinarias. El concepto que formé de unas y de otras no fue nada favorable. Nunca me habían preocupado, pero ahora me veía en un apuro al considerarlas cosas vulgares. Resolví preguntar a Joe por qué no me había enseñado más juegos de cartas. ¡Ojalá Joe hubiese sido más instruido, pues entonces yo también lo habría sido.

Estella regresó y vi que me traía pan, carne y una jarrita de cerveza. Dejó la jarra en el suelo y me dio el pan y la carne sin mirarme y de mal modo, como si yo hubiese sido un perro sarnoso. Me sentí tan humillado, despreciado, herido, ofendido, indignado y afligido —no encuentro la palabra para expresar mi estado de ánimo en aquel momento; solo Dios sabe qué nombre tendría—, que se me llenaron los ojos de lágrimas. Y en aquel preciso instante la muchacha se quedó contemplándome con una expresión de intensa satisfacción, producida, sin duda, por haber sido la causa de mi llanto. Esto me dio fuerzas para contener las lágrimas y sostenerle la mirada. Ella movió la cabeza despectivamente, pero, al parecer, contenta de haberme mortificado y se retiró.

Cuando se hubo marchado, busqué un lugar solitario cerca del callejón que conducía a la fábrica de cerveza y me eché a llorar. Mientras sollozaba, comencé a patalear y a tirarme de los pelos, pues tal era mi desesperación al verme maltratado de aquel modo.

La manera como me había criado mi hermana me había hecho muy sensible. En la reducida esfera en que viven los niños, sea quien fuere su educador, no hay nada que los afecte tanto y les cause mayor dolor que la injusticia. La injusticia de que se hace objeto a un niño puede ser muy pequeña, pero él también es pequeño, al igual que su mundo; en cambio, su caballo de cartón es tan alto, en proporción, como un gran caballo irlandés. En mi fuero interno me mantuve, desde los primeros años de mi infancia, en constante conflicto con la iniquidad. Desde que comencé a hablar me había dado cuenta de que mi hermana era injusta conmigo al comportarse de modo tan caprichoso como violento. Estaba convencido de que su método de crianza no le daba derecho a tratarme a empujones; y atribuyo mi carácter tímido y en extremo sensible a la circunstancia de haber sufrido infinidad de castigos y haber tenido que meditar en soledad y sin protección de nadie.

Cuando me hube desahogado, al menos por el momento, me enjuagué la cara con la manga y salí de mi escondrijo. El pan y la carne eran aceptables, la cerveza me dio un agradable calorcillo, y no tardé en sentirme lo bastante animado para contemplar serenamente todo cuanto me rodeaba.

Aquel lugar estaba verdaderamente desierto, incluso el palomar, inclinado sin duda por un vendaval, y que de haber estado ocupado por algún palomo, este se habría figurado que se hallaba en un barco balanceándose en alta mar. Pero no había palomos en el palomar ni caballos en la cuadra, ni cerdos en el corral, ni malta en el almacén, ni la caldera o las cubas olían a grano o cerveza. Todas las actividades y los olores de la fábrica parecían haberse disipado con la última humareda de sus chimeneas. En un patio contiguo había gran número de toneles vacíos que parecían conservar el agrio recuerdo de mejores días, pero resultaba demasiado agrio para aceptarlo como una muestra de la cerveza que habían contenido.

En el fondo extremo de la parte posterior de la fábrica había un jardín abandonado circundado por un muro viejo, pero no tan alto que yo no pudiese trepar por él y encaramarme y comprobar que aquel jardín abandonado era el de la casa. Si bien estaba cubierto de maleza, en los senderos verdes y amarillos había huellas que demostraban que alguien debía de pasear por allí de vez en cuando. Precisamente en aquel instante Estella se alejaba por uno de ellos. Parecía tener el don de la ubicuidad, porque cuando, dominado por la tentación, me puse a andar sobre los barriles, la vi hacer lo mismo sobre los del otro extremo del patio. Estaba de espaldas a mí, sosteniendo su hermoso cabello castaño con las manos, y, sin volverse a mirar, desapareció instantáneamente de mi vista.

En el interior de la fábrica ocurrió otro tanto. Me refiero al edificio grande y enladrillado donde en otro tiempo elaboraban la cerveza, y en el cual había todos los utensilios necesarios. Al entrar me quedé junto a la puerta, mirando alrededor, atemorizado por el aspecto lóbrego de aquel recinto. Entonces vi pasar a Estella por delante de los hogares apagados, subir por una escalerilla de hierro, y salir por una galería alta, como si subiera hasta el firmamento.

Fue en aquel sitio y en aquel momento que mi fantasía forjó una visión extraña. Me pareció entonces una cosa muy singular, y más tarde la encontré aún más rara. Volví la vista, algo deslumbrado después de contemplar la luz helada de las alturas, hacia una

enorme viga que había a mi derecha, en un rincón del edificio, y descubrí allí una figura colgada por el cuello. Sus ropas eran de un blanco amarillento, y tenía un pie descalzo. Pendía de tal manera que yo podía ver perfectamente los adornos deslucidos de su traje, que parecían de papel polvoriento. Su rostro era el de miss Havisham y se me antojó que sus facciones se movían como si se esforzara por llamarme. El terror que me produjo aquella visión, pues sabía que un momento antes no estaba allí, me hizo, al principio, huir de ella, pero luego correr hacia ella. Y mi espanto fue todavía mayor al comprobar que había desaparecido.

Para calmarme necesité la alegre claridad del cielo, la vista de la gente que pasaba por el otro lado de la verja y la influencia reconfortante de lo que quedaba de pan, carne y cerveza. Y a pesar de estos auxilios quizá no me habría serenado por completo si no hubiese visto a Estella acercarse con las llaves para abrirme la puerta. Pensé que si me veía asustado tendría una buena ocasión de testimoniarme su desprecio, y no quise, de ningún modo, ofrecerle esa oportunidad.

Al pasar me dirigió una mirada de triunfo, como si se alegrara de que mis manos fuesen tan callosas y mis botas tan ordinarias. Abrió la verja y se quedó junto a ella. Yo me disponía a salir sin mirarla, cuando me tocó en forma ofensiva y dijo:

—¿Por qué no lloras?

—Porque no tengo ganas.

—Sí que tienes ganas —repuso—. Has estado sollozando hasta quedar medio ciego, y ahora mismo estás a punto de hacerlo.

Se echó a reír desdeñosamente, y, dándome un empujón, me hizo salir y cerró la verja. Me dirigí de inmediato hacia la casa de Mr. Pumblechook, y me sentí inmensamente aliviado al no encontrarlo allí. Indiqué al dependiente el día en que tenía yo que visitar de nuevo a miss Havisham, y emprendí enseguida los seis kilómetros de camino que me separaban de nuestra herrería, reflexionando, mientras andaba, acerca de todo lo que acababa de ver. No podía alejar de mi pensamiento la preocupación que producía el que yo fuese rústico y necio, el que mis manos fueran callosas y mis botas ordinarias, el que no conociese otro juego de cartas que la birlonga, el que fuera mucho más ignorante de lo que me figuraba la noche anterior; en una palabra, el que mi existencia transcurriese de forma tan denigrante.

IX

Al verme llegar a mi casa, mi hermana se mostró muy curiosa por saber todo lo relativo a miss Havisham, y me hizo numerosas preguntas. Enseguida me vi bajo una lluvia de coscorrones y fui zarandeado hasta el extremo de que mi cara fue restregada brutal e ignominiosamente contra la pared de la cocina, por el hecho de que no contesté con suficientes detalles.

Si el temor de no ser comprendido se oculta en el pecho de otros niños como se ocultaba en el mío —lo cual creo muy probable, pues imagino que yo no era una monstruosidad— puede decirse que esta es la clave de muchas reservas. Estaba convencido de que si describía a miss Havisham tal como la había visto, nadie me comprendería. Y no solo esto, sino que no me cabía duda de que nadie comprendería tampoco a miss Havisham, y aunque esta me resultaba completamente enigmática, yo consideraba que sería una descortesía y una traición exponerla a los ojos de mi hermana tal como era, por no hablar de miss Estella. Por consiguiente, dije lo menos que puede y me dejé restregar el rostro por la pared de la cocina.

Lo peor de todo fue que aquel entrometido viejo Pumblechook, atormentado por el deseo de enterarse de lo que yo había visto y oído, llegó en su coche a la hora del té, para que le diesen todos los detalles sobre el particular. Y ante su presencia, contemplándome con sus ojos de pescado, con la boca entreabierta y el cabello erizado, y su chaleco que parecía repleto de complicada aritmética, me encerré aún más en mi reserva.

—Vamos a ver, muchacho —empezó él cuando se hubo sentado en el lugar privilegiado, junto al fuego—. ¿Cómo te ha ido la cosa en la ciudad?

—Bastante bien, señor —contesté, y mi hermana me amenazó instantáneamente con el puño.

—¿Bastante bien? —repitió Mr. Pumblechook—. Eso no es una respuesta. Explícanos qué quieres decir con eso de «bastante bien».

Quizá cuando la cal de las paredes se pega en la frente embota el cerebro hasta tal punto que le predispone a uno a la terquedad, y digo esto porque, con la cal de la pared en mi frente, mi obstinación era inconmovible. Medité por un instante y luego, como si hubiese descubierto una idea nueva, contesté, impertérrito:

—Quiero decir bastante bien.

Mi hermana, con una exclamación de ira y de impaciencia, se disponía a abalanzarse sobre mí —y no había ahí nadie que me defendiese, pues Joe estaba muy atareado en la herrería— cuando Mr. Pumblechook se interpuso diciendo:

—¡No! No hay que desmandarse. Mejor será dejar al chico para mi sobrina o para mí...

Dicho esto, Mr. Pumblechook me hizo dar media vuelta para colocarme delante de él, como si fuese a cortarme el pelo, y dijo:

—Ante todo, y para ordenar nuestras ideas, ¿cuánto son cuarenta y tres peniques?

Reflexioné sobre las consecuencias de contestar: «Cuatrocientas libras», y comprendiendo que me serían desfavorables, respondí con la mayor exactitud posible, es decir, con un error de unos ocho peniques. Mr. Pumblechook me hizo recitar entonces toda la tabla de equivalencias, y después preguntó triunfalmente, como si me hubiese dejado aplastado:

—¿Y qué valor tienen cuarenta y tres peniques?

A lo cual, después de reflexionar por un buen rato, contesté:

—No lo sé.

Yo estaba tan irritado que dudo de que verdaderamente no lo supiera.

Mr. Pumblechook sacudió la cabeza como si fuera un tornillo, y preguntó con tono apremiante:

—¿Por ventura cuarenta y tres peniques pueden ser siete y seis peniques y tres cuartos?

—¡Sí! —contesté. Y aunque instantáneamente mi hermana me dio un tirón de orejas, fue una gran satisfacción para mí comprobar que mi respuesta lo obligaba a acabar con aquella broma.

—Bueno. Dime ¿cómo es miss Havisham? —insistió Mr. Pumblechook, que ya no pretendía burlarse de mí.

—Muy alta y morena.

—¿Es así, tío? —preguntó mi hermana.

Él asintió con la cabeza, lo cual me demostró que nunca había visto a miss Havisham, pues esta no era tal como yo había dicho.

—¡Bien! —exclamó Mr. Pumblechook presuntuosamente—. Esta es la manera de dominarlo. Ahora empezamos a hacerle obedecer, ¿no te parece, sobrinita?

—Sí, estoy segura de ello, tío —contestó mi hermana—. Sería una suerte que estuviese usted siempre a su lado, pues sabe de qué manera conviene tratarlo.

—Bueno, chico, dinos, ¿qué hacía miss Havisham cuando llegaste a su casa? —preguntó Mr. Pumblechook.

—Estaba sentada en un coche de terciopelo negro —contesté resueltamente.

Mr. Pumblechook y mi hermana se miraron asombrados —con razón— y repitieron al unísono:

—¿En un coche de terciopelo negro?

—Sí —insistí—. Y miss Estella, que supongo es su sobrina, le servía vino y galletas por la ventanilla del carruaje, en una bandeja de oro. Y todos comimos galletas y bebimos vino en bandejas de oro, y yo me subí a la parte trasera del vehículo para despachar mi ración, porque ella así me lo mandó.

—¿Y no había allí nadie más? —preguntó Mr. Pumblechook.

—Cuatro perros —contesté.

—¿Grandes o pequeños?

—Enormes —dije—. Y se peleaban furiosamente por unas chuletas de ternera que les iban echando de una cestita de plata.

Mr. Pumblechook y mi hermana se miraron de nuevo, pasmados. Yo estaba frenético; era un testigo indiferente sometido al tormento, y me hallaba dispuesto a decirles cualquier cosa.

—¡Pero, válgame Dios!, ¿dónde estaba el coche? —preguntó mi hermana.

—En la habitación de miss Havisham. —Volvieron a mirarse con sorpresa—. Pero sin caballos —añadí tras desechar la idea de incluir la presencia de cuatro corceles lujosamente enjaezados que había tenido grandes deseos de uncir a él.

—¿Le parece a usted posible eso, tío? —preguntó mi hermana—. ¿Qué debe querer decir este muchacho?

—Voy a explicártelo —repuso Mr. Pumblechook—. A mi entender, se trata de una silla de manos. Es una mujer en extremo caprichosa, ¿comprendes? Es capaz de pasar dos días metida en una silla de manos.

—¿La vio usted alguna vez en ella, tío? —preguntó mi hermana.

—¿Cómo puedo haberla visto —contestó él, obligado a hacer esta confesión—, si no la conozco, pues en mi vida la tuve ante mis ojos?

—Sin embargo, tío, usted le habló...

—Ya sabes —replicó Mr. Pumblechook con impertinencia—, que cuando fui a su casa me hicieron subir hasta la puerta de su habitación, que estaba entreabierta, y ella me habló desde dentro. No pretendas ahora hacerme creer que lo ignorabas. Sea como fuere, el muchacho ha ido allí a jugar. ¿Y a qué has jugado, muchacho?

—Hemos estado jugando con banderas.

Me permitiré declarar que cuando recuerdo los embustes que dije en aquella ocasión, admiro mi propia osadía.

—¡Con banderas! —exclamó mi hermana.

—Sí —afirmé—. Estella agitaba una bandera azul; yo, otra roja, y mis Havisham una completamente tachonada de estrellitas de oro, que sacaba por la ventanilla del coche. Y luego los tres blandimos nuestras espadas y prorrumpimos en vítores.

—¡Espadas! —repitió mi hermana—. ¿De dónde sacasteis las espadas?

—De un armario —respondí—. Dentro de él había pistolas, dulas y píldoras, y en la habitación no entraba la luz del día. Estaba iluminada con bujías.

—Esto es cierto, sobrina —corroboró Mr. Pumblechook con una grave inclinación de la cabeza—. Así van las cosas en aquella casa; lo he visto con mis propios ojos.

Luego los dos se quedaron contemplándome, y yo, con aire de inocencia, sostuve la mirada, mientras con la mano derecha iba retorciéndome la pernera de los pantalones.

Si hubiesen continuado interrogándome, estoy seguro de que me habría traicionado a mí mismo, pues me disponía ya a explicar que en el patio había un globo aerostático, pero no lo hice porque no acabé de decidirme por esta falsedad o la de que en la fábrica había un oso. Pero ellos estaban tan intrigados discutiendo sobre las cosas extraordinarias que yo acababa de referir, que esta circunstancia me salvó. Cuando Joe vino de la herrería para tomar su taza de té, estaban todavía sumidos en sus reflexiones. Y mi hermana, más para expansión de su espíritu que para satisfacción del de su esposo, le contó mis incidencias

imaginarias. Pero cuando vi que Joe abría desmesuradamente los ojos y paseaba la mirada por la cocina con asombro desvalido, sentí un gran remordimiento; naturalmente, solo por lo que a él se refería, de ningún modo en lo tocante a los otros dos. En aquel momento, por lo que a Joe respecta, me consideraba un monstruo. Entretanto, ellos seguían discutiendo acerca de qué resultados podían esperarse de mi relación con miss Havisham. Estaban seguros de que esta haría «algo» por mí, pero no sabían a ciencia cierta qué. Mi hermana predecía la entrega de alguna «propiedad», pero el señor Pumblechook suponía que más bien sería una espléndida pensión para pagarme los estudios de alguna carrera o el aprendizaje de una profesión honorable, como, por ejemplo, el comercio de granos y semillas. Joe consiguió contrariar a su mujer y a Mr. Pumblechook al expresar su opinión de que tal vez no hiciese más que regalarme uno de los perros que se habían peleado por las chuletas.

—Si tu cerebro de estúpido no puede expresar conjeturas más sensatas que esta —dijo mi hermana—, y tienes trabajo en otra parte, mejor será que vayas a hacerlo.

Al oír esto, Joe se marchó sin replicar.

Cuando Mr. Pumblechook se hubo retirado, y mientras mi hermana estaba lavando los platos, me fui sigilosamente a la herrería para reunirme con Joe. Estuve allí con él hasta que hubo terminado su faena, y entonces le dije:

—Antes de que el fuego se apague, Joe, quisiera decirte algo.

—¿De veras, Pip? —repuso él al mismo tiempo que acercaba a la fragua el banco de herrar—. ¿De qué se trata?

—Joe —dije, agarrándome a la manga de su camisa y retorciéndola con mi pulgar y mi índice—, ¿recuerdas todo lo que he explicado de la casa de miss Havisham?

—¡Claro que lo recuerdo! —contestó—. Y lo encuentro maravilloso.

—Hay una cosa terrible, Joe, y es que lo que he contado no es cierto.

—¿Qué dices, Pip? —exclamó, perplejo—. No querrás decir que es...

—Sí, que es mentira.

—Pero no todo, ¿verdad? Porque no vas a decirme ahora que no había tal coche de terciopo... ¿De modo que...? —dijo interrumpiendo su primera frase al ver que yo sacudía la cabeza—. ¿No había coche? Pero por lo menos debía de haber perros, aunque no hubiese chuletas.

—No, Joe.

—¿Un perro solo; un cachorro, quizá?

—No, Joe, no había nada de todo eso.

Cuando lo miré fijamente con tristeza, Joe se mostró muy apesadumbrado.

—¡Pip, chico! ¡Muy mal hecho, querido! Por este camino ¿adónde vas a parar?

—Es terrible, Joe, ¿verdad?

—¿Terrible? —exclamó—. ¡Espantoso! ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé —contesté, soltando la manga de su camisa y sentándome a sus pies sobre las cenizas de la forja, con la cabeza baja—. Pero quisiera que me hubieses enseñado más juegos de cartas y que mis botas no fuesen tan ordinarias y mis manos callosas.

Y entonces confesé a Joe que me consideraba muy desdichado, y que no me había atrevido a exponer la verdad a mi hermana y a Pumblechook, porque estos me trataban

brutalmente. Le dije también que en casa de miss Havisham había una hermosa joven muy arrogante que me dijo que yo era un patán, un tipo rústico; y que yo sabía que era vulgar, y no quería serlo, y que de todo eso habían nacido las mentiras que dije no sé cómo ni por qué.

Nos hallábamos ante un caso de metafísica, tan difícil de resolver para Joe como para mí. Pero él dejó de lado el aspecto metafísico y de esa manera consiguió dominarlo.

—Hay una cosa de la cual puedes estar seguro, Pip —dijo después de reflexionar por un momento—. Las mentiras siempre son mentiras. No me hables más con embustes, Pip. No es mintiendo como se consigue dejar de ser un rústico. En cuanto a esto, no acabo de entenderlo, amiguito. En algunos casos eres extraordinario, a pesar de ser pequeño.

—No, Joe; soy un ignorante.

—¿Ignorante dices? Si lo fueras no habrías escrito la carta que escribiste anoche. ¡Escrita hasta en letra de molde! He visto cartas de verdaderos señores, y puedo jurar que no estaban escritas en letras de imprenta como la tuya...

—No he aprendido casi nada, Joe. Dices eso porque me quieres demasiado.

—En fin, Pip. Creo que hay que ser un estudiante ordinario antes de convertirse en un estudiante extraordinario. El rey en su trono y con su corona en la cabeza, no puede escribir leyes del Parlamento en letra de molde, sin haber empezado por el alfabeto cuando no era más que un príncipe... ¡Ah! —siguió, con un ademán significativo—, y sin haber empezado por la a y seguido todas las letras hasta la zeta. Sé perfectamente lo que es esto, aunque no puedo decir que lo haya aprendido.

Había en sus palabras algo alentador, y de inmediato me sentí un poco más animado.

—Si los rústicos —prosiguió— estarían o no mejor, por su posición, entre los de su clase, en vez de ir a jugar con los distinguidos, esto me hace pensar que quizá hubiese una bandera.

—No, Joe.

—Lamento que no hubiese una bandera, Pip. Si habría sido mejor o no, es cosa que no se puede discutir ahora sin alborotar a tu hermana, lo cual hemos de guardarnos de hacer, al menos intencionadamente. Oye, Pip, lo que te dice un amigo verdadero: si no puedes dejar de ser ordinario siguiendo el buen camino, nunca lo lograrás siguiendo uno malo. De manera que no has de decir más mentiras, y así podrás vivir feliz hasta la muerte.

—¿No estás enfadado conmigo, Joe?

—No, querido. Pero considerando que tus embustes han sido sorprendentes y atrevidos (y me refiero particularmente a aquello de las chuletas de ternera por las que se peleaban los perros), un buen amigo sincero, que te desea el bien, te aconseja que, al hacer examen de conciencia a la hora de acostarte, pienses en la falta que has cometido. Nada más, muchacho. No vuelvas a hacerlo.

Cuando subí a mi cuarto y recé mis oraciones, no olvidé la recomendación de Joe. Pero aun así mi alma joven se hallaba en un estado tal de turbación e ingratitud, que durante largo rato, después de acostarme, estuve pensando que a Estella, Joe le parecería un herrero vulgar con botas ordinarias y manos callosas. Pensé en Joe y en mi hermana, que en aquellos momentos estaban sentados en la cocina, y en Estella, que nunca se sentaba en la cocina sino que, como miss Havisham, estaba muy por encima de esas costumbres poco

distinguidas. Me dormí recordando lo que había hecho en casa de Miss Havisham, como si hubiese permanecido allí algunas semanas o meses enteros en lugar de unas horas, y como si todo aquello fuese cosa de mucho tiempo atrás en vez de haber ocurrido aquel mismo día.

Fue aquella una fecha memorable para mí, pues a ella debí grandes cambios en mi existencia. Pero en la vida de todos sucede lo mismo. Suponed que se suprime de ella un día determinado, y pensad cuán distinto habría sido. Los que estáis leyendo esto medita por un instante sobre la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o de flores, que nunca os habría sujetado de no haber sido por un primer eslabón que se formó en un día memorable.

X

Uno o dos días después, al despertar por la mañana, se me ocurrió la feliz idea de que lo mejor que podía hacer para lograr ser una persona distinguida era aprender todo lo que sabía Bidy. Por lo tanto, cuando fui por la noche a casa de la tía abuela de Mr. Wopsle, le dije que yo tenía un motivo particular que me hacía sentir el ferviente anhelo de progresar en la vida y que le agradecería en el alma que tuviese a bien enseñarme lo mucho que ella sabía. Bidy, que era una muchacha en extremo complaciente, contestó que lo haría con mucho gusto, y, efectivamente, a los cinco minutos comenzó a cumplir su promesa.

El plan educativo o curso establecido por la tía abuela de Mr. Wopsle puede resumirse de la siguiente manera: los alumnos comían manzanas y se metían mutuamente pajas entre la camisa y la espalda, hasta que la tía abuela de Mr. Wopsle, reuniendo todas sus energías, comenzaba a propinarles una serie de palos de ciego con una vara de abedul. Después de recibir el vapuleo con una pitada y una ruidosa mofa general, los discípulos se ponían en fila y se pasaban alegremente de mano en mano un libro destrozado. El volumen en cuestión contenía, o, mejor dicho, había contenido, un alfabeto, algunas cifras, unas tablas y unos ejercicios para deletrear. Tan pronto como el referido libro comenzaba a circular, en medio de gran barullo, la tía abuela de Mr. Wopsle quedaba sumida en una especie de estado comatoso a consecuencia del sueño que la dominaba o, tal vez, de un ataque de reumatismo. Los alumnos, entonces, se ponían a «estudiar» en competencia el tema «zapatos», por ejemplo, con el propósito de ver quién era capaz de pisar con mayor fuerza los pies de los demás. Este ejercicio mental duraba hasta que Bidy se precipitaba sobre ellos y repartía tres Biblias estropeadas, impresas más deficientemente que cualquier curiosidad literaria que yo haya visto desde aquella fecha, las tres manchadas de moho y con varios insectos aplastados entre sus páginas. Esta parte de la clase era animada por diversos combates muy particulares entre Bidy y algunos estudiantes reacios. Cuando la pelea había terminado, Bidy indicaba el número de la página que teníamos que leer, lo cual hacíamos todos a la vez y en voz alta, casi estentórea, formando un coro espantoso. Bidy nos daba sus instrucciones con un tono chillón y monótono, y ninguno reparaba demasiado en lo que estaba leyendo. Aquel escándalo ensordecedor acababa por despertar a la tía abuela de Mr. Wopsle, que, tambaleándose, se abalanzaba sobre el muchacho que tenía más cerca y le tiraba violentamente de las orejas.

Esta era la señal de que la clase había terminado, y todos salíamos a la calle dando gritos de victoria intelectual. Es justo hacer notar que a ningún alumno se le prohibía que se entretuviera con una pizarra o con tinta (cuando había), solo que no era fácil dedicarse a

esta clase de estudios en invierno, porque el día era corto y en la pequeña tienda donde se impartía el curso, que también era salón y dormitorio de la tía abuela de Mr. Wopsle, no había más luz que un mísero candil.

Me pareció que en tales circunstancias me costaría mucho tiempo llegar a ser distinguido; sin embargo, decidí intentarlo, y aquella misma noche Biddy empezó a cumplir nuestro convenio particular sometiendo a mi consideración su pequeño catálogo de precios, bajo el epígrafe de azúcar, y prestándome para que la copiase en casa, una gran letra de que ella había copiado del titular de un periódico y que yo, antes de que me dijese que se trataba de una letra, me había figurado que era el perfil de una hebilla.

Como era natural, en el pueblo había una taberna, y, como era también muy natural, a Joe le gustaba ir allí de vez en cuando para pasar el rato fumando una pipa. Mi hermana me había ordenado que al salir de la escuela aquella noche fuese a buscar a Joe en la taberna de Los Tres Alegres Barqueros y lo trajese a casa, con la amenaza de que si no cumplía el encargo me esperaba un castigo ejemplar.

Apenas salí de clase me dirigí, pues, al mencionado local. En él, escritas con tiza en la pared junto a la puerta, había unas cuentas de tantas cifras que imaginé que no debían de saldarse jamás.

Recordaba haberlas visto siempre anotadas allí y habían crecido más que yo mismo, pero había mucho yeso en nuestro país, y tal vez la gente no quería dejar perder la ocasión de aprovecharlo.

Como era sábado por la noche, encontré al tabernero contemplando aquellas anotaciones con expresión ceñuda. «Buenas noches», le dije únicamente, pues no tenía nada que ver con él sino solo con Joe; y entré en la sala, que se hallaba al extremo de un corredor y en la cual ardía un fuego muy agradable, y junto a este vi a Joe, que fumaba tranquilamente en compañía de Mr. Wopsle y un forastero. Joe me saludó con su habitual «¡Hola, Pip, chico!», y al oír esto el forastero volvió la cabeza y me miró.

Era un hombre de aspecto reservado a quien nunca había visto. Inclina la cabeza hacia un lado y tenía el ojo derecho medio cerrado, como si estuviese apuntando con un fusil invisible. Apartó la pipa de sus labios y después de lanzar una larga bocanada de humo, sin dejar de mirarme fijamente, me saludó con un movimiento de cabeza. Yo correspondí a su saludo en igual forma y entonces se apartó para que yo me sentara junto a él. Pero como yo tenía la costumbre de sentarme siempre al lado de Joe, le dije:

—No, muchas gracias, señor, no se moleste. —Y me acomodé en el espacio que me había dejado Joe en el banco opuesto. Cuando hube tomado asiento, el forastero, después de dirigir una rápida mirada a Joe y ver que este estaba distraído, me hizo una seña y se frotó la pierna de manera extraña.

—¿Decía usted que es usted herrero? —preguntó el desconocido a Joe.

—Sí, ese es mi oficio —respondió Joe.

—¿Qué va usted a beber, señor? Por cierto, aún no sé su nombre...

Joe le dijo cómo se llamaba y entonces aquel hombre extraño le preguntó:

—¿Qué va usted a beber, Mr. Gargery? Lo invito; pago yo para brindar.

—Está bien —repuso Joe—, pero a decir verdad no tengo la costumbre de beber a expensas de los demás...

—¿La costumbre? —replicó el forastero—, solo por esta vez. ¡Vamos, señor Gargery, no llame usted a esto una costumbre!

—No desearía que sintiese usted que lo desprecio —contestó Joe—. Ron.

—¿Ron? —repitió el desconocido—. Y este otro señor, ¿qué desea beber?

—Ron, también —dijo Mr. Wopsle.

—¡Tres copas de ron! —voceó el forastero dirigiéndose al dueño del bar.

—Este caballero —explicó Joe a modo de presentación de Mr. Wopsle— es un hombre a quien le gustaría oír lo que tiene usted que decir. Se trata del sacristán de nuestra parroquia.

—¡Ah! —repuso el desconocido mirándome con su ojo medio cerrado—. ¡De la iglesia solitaria de los pantanos, la que está rodeada de tumbas!

—Esa misma —contestó Joe.

El forastero, con una especie de gruñido de satisfacción dirigido a su pipa, extendió las piernas sobre el banco que tenía para él solo. Llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría el cabello. Mientras él contemplaba el fuego me pareció observar en su expresión una media sonrisa de picardía.

—No conozco esta región, señores —dijo—, pero la encuentro algo desierta por el lado del río.

—Todos los pantanos suelen ser solitarios —repuso Joe.

—Naturalmente —contestó el otro—. Deben de rondar por allí gitanos, vagabundos de toda clase o, tal vez, malhechores, ¿verdad?

—No —replicó Joe—, únicamente algún presidiario que logra evadirse de vez en cuando. Y no es fácil pillarlos, se lo aseguro; ¿no le parece, Mr. Wopsle?

Mr. Wopsle, evocando seguramente un desagradable recuerdo de pasadas incomodidades, asintió, pero sin el menor entusiasmo.

—Diríase que ustedes anduvieron persiguiendo alguno de estos fugitivos esforzados... —insinuó el forastero.

—En una ocasión —contestó Joe—. Y no es precisamente que tuviéramos interés en darles caza, sino que fuimos como espectadores; yo, Mr. Wopsle y Pip. ¿No es cierto, Pip?

—Sí, Joe.

El desconocido volvió a mirarme como si estuviese apuntándome expresamente con su fusil invisible, y exclamó:

—¡Qué bonito paquete de huesos es ese muchacho! ¿Cómo te llamas?

—Se llama Pip —dijo Joe.

—¿Ese es el nombre con que lo bautizaron?

—No, por supuesto.

—Entonces, ¿se trata de un apodo?

—Es una especie de apellido que el muchacho se dio a sí mismo cuando era niño, y por el cual lo conoce todo el mundo.

—¿Es su hijo, señor?

—Ya verá —repuso Joe con aire meditabundo, no porque la cosa requiriese reflexión, sino porque los asiduos concurrentes de la taberna aparentaban reunirse allí para meditar acerca de todo lo que en ella se discutía—. No... no es hijo mío.

—¿Sobrino?

—Tampoco es mi sobrino...

—Entonces, ¿qué demonios es? —preguntó el desconocido con una vehemencia que me pareció innecesaria.

Ese fue el momento para Mr. Wopsle de intervenir en el diálogo, y como hombre bien enterado de los parentescos, pues dada su profesión tenía oportunidad de saber cuáles eran las parientas con quien un hombre podía casarse, expuso los lazos que nos unían a Joe y a mí, y terminó recitando un pasaje terrorífico de *Ricardo III* e imaginó que se había explicado lo suficiente al añadir la frase «como dice el poeta».

Debo advertir que cuando Mr. Wopsle se refería a mí, consideraba necesario tirarme del cabello y metérmelo en los ojos. No acierto a explicarme por qué todas las personas de su categoría que nos visitaban me sometían, invariablemente, a ese fastidioso tratamiento. Y, sin embargo, no recuerdo que en mi infancia ninguno de nuestros conocidos de grandes manazas dejara de recurrir a este procedimiento «oftálmico» cuando pretendía demostrarme su protección.

El forastero no miraba a nadie más que a mí, y lo hacía como si, por fin, estuviera decidido a apretar el gatillo y derribarme. Pero no dijo nada hasta que trajeron las copas, el ron y el agua, y entonces disparó su tiro, que por cierto fue de los más extraordinarios.

El referido disparo no consistió en una observación verbal, sino en una pantomima silenciosa llevada a cabo con intención de que yo me diera cuenta de lo que aquello significaba. Revolvió, pues, su ron con agua evidentemente con toda intención, e, igualmente con toda intención, lo probó; pero no hizo ambas cosas con la cucharilla del servicio que le habían traído, sino *con una lima*.

Se las compuso de manera que únicamente yo viese la lima en cuestión, y luego la secó y se la metió en un bolsillo del chaleco. Cuando vi aquella herramienta, reconocí que era la de Joe y comprendí que el forastero conocía al presidiario de los pantanos. Me quedé mirándolo como fascinado, pero él se recostó en su banco, sin hacerme caso, y comenzó a hablar de agricultura en general y de nabos en particular.

Los sábados por la noche se experimentaba en nuestro pueblo una sensación deliciosa de aseo y descanso de la actividad cotidiana, lo cual inducía a Joe a prolongar media hora más que otros días su estancia en la taberna.

Se habían acabado, simultáneamente, la media hora y el ron con agua. Joe se levantó para marcharse y me tomó de la mano.

—Aguarde un momento, Mr. Gargery —dijo el desconocido—. Creo que en el bolsillo tengo un chelín nuevecito y reluciente, y si lo encuentro voy a dárselo al muchacho. —Sacó un puñado de monedas, escogió de entre ellas el chelín de que había hablado, lo envolvió en un papel arrugado y me lo dio—. Es para ti, solo para ti...

Le di las gracias, mirándolo con más insistencia de lo que permitía la buena educación, y me agarré fuertemente al brazo de Joe. El desconocido dio las buenas noches a Joe y a Mr. Wopsle, que salía con nosotros, y a mí no hizo más que dirigirme una mirada extraña con su ojo de tirador. No, no fue una mirada, porque lo cerró, pero se pueden hacer muchas cosas extraordinarias con los párpados medio entornados.

En el camino de regreso a casa, si yo hubiese estado de humor para hablar, la conversación habría corrido toda a mi cargo, pues Mr. Wopsle nos dejó apenas salir de la taberna y Joe anduvo durante todo el camino con la boca muy abierta con objeto de que el aire se llevara el aliento del ron. Pero yo estaba tan intrigado por la presencia de aquel forastero, que me hizo recordar mi hurto y al fugado de los pantanos, que no podía pensar en otra cosa.

Cuando entramos en la cocina de casa, mi hermana no parecía de muy mal humor, y esta circunstancia anormal indujo a Joe a contarle lo del chelín.

—¡Apostaría cualquier cosa que es falso! —exclamó ella con aire triunfal—, de lo contrario no se lo habría dado. Déjame verlo.

Desenvolví el chelín y resultó que era bueno.

—Pero ¿y esto qué es? —preguntó mi hermana tirando el chelín y recogiendo el papel—. ¿Dos billetes de una libra esterlina?

Eran, en efecto, dos billetes de una libra, tan arrugados y mugrientos como si hubiesen corrido por todos los mercados de ganado de la comarca. Joe los cogió y corrió hacia Los Tres Alegres Barqueros para devolverlos al forastero que me los había entregado. Mientras tanto, yo me senté en mi taburete y me quedé contemplando tontamente a mi hermana, convencido de que aquel hombre extraño ya no estaría allí.

Poco después, Joe volvió y dijo que el forastero se había marchado ya, pero que él le había dejado recado en la taberna con objeto de devolverle los billetes. Entonces mi hermana los envolvió en un pedazo de papel y los puso debajo de unas hojas de rosas secas, en una tetera artística que hacía las veces de adorno encima de un armario de la sala. Allí quedaron, convertidos en una pesadilla para mí durante muchos días y muchas noches.

Cuando me hube acostado no conseguí conciliar el sueño, y no hacía más que pensar en el motivo por el cual el forastero parecía estar apuntándome siempre con un fusil invisible, y en que estar relacionado con presidiarios no solo era delito sino vulgar. La lima me obsesionaba también, y creía con espanto que en cualquier momento podría verla reaparecer. Procuré dormir y distraerme de mi preocupación pensando en la visita a miss Havisham que tenía que hacer el viernes siguiente, pero cuando me hube dormido tuve una pesadilla, en la que veía la lima salir de detrás de una puerta y venir hacia mí sin que yo pudiese descubrir quién la empuñaba, y me desperté dando gritos de terror.

XI

Volví a casa de miss Havisham el día convenido, y aunque vacilando, me decidí a llamar. Estella vino a abrir la verja, y la cerró después de que hube entrado, como lo hizo la primera vez, y de nuevo caminó delante de mí por el corredor oscuro iluminado por una simple vela. No hizo el menor caso de mí hasta que tuvo esta en la mano, y entonces me miró por encima del hombro y dijo con arrogancia:

—Hoy tienes que venir por aquí. —Y me condujo a otra parte de la casa.

El pasillo aquel era muy largo y parecía rodear por completo la planta baja de aquella mansión señorial. Pero únicamente recorrimos un lado del referido pasillo, y al llegar al extremo de este, Estella se detuvo, dejó la vela en el suelo, abrió la puerta, y me encontré a la luz del día en un patio muy pequeño y enladrillado, en cuyo lado opuesto había una vivienda aislada, que seguramente debió de pertenecer al director o al administrador de la fábrica de cerveza. En la pared exterior de dicha morada solitaria había un reloj que, al igual que el de la habitación de miss Havisham, estaba parado en las nueve menos veinte.

Franqueamos el umbral, cuya puerta estaba abierta, y penetramos en una sala oscura y baja que correspondía a la parte posterior de la planta inferior. En aquella casa de aspecto desierto había varias personas. Estella fue a reunirse con ellas, pero antes me dijo:

—Ve allí y no te muevas hasta que te llamen.

«Allí» era la ventana, hacia donde me dirigí, atendiendo la indicación, y «allí» me quedé, muy intranquilo, mirando el exterior.

La ventana daba a uno de los rincones más desolados del jardín solitario, en el que crecían algunas hileras de coles resacas y un boj que debía de hacer mucho tiempo era podado en la misma forma que se suele dar al *pudding*, y que en su parte superior tenía ahora formas y matices diferentes, como si aquella parte del *pudding* se hubiera pegado a la cacerola y se hubiese quemado. El día anterior había nevado un poco y la nieve no se había aguantado en ninguna parte, pero en aquel rincón del jardín, gélido y umbrío, no había acabado de derretirse, y el viento la levantaba en pequeños remolinos y la lanzaba contra los cristales de la ventana como si me apedreará por permitirme estar allí.

Advertí que mi llegada había interrumpido la conversación y que los allí presentes me observaban. No me era posible ver quién ni qué había en la estancia, pues solo distinguía el reflejo del fuego en los cristales de la ventana, pero experimentaba la sensación, que parecía penetrarme hasta los huesos, de que aquella gente me contemplaba con mirada escudriñadora.

Había allí tres damas y un caballero. Al cabo de cinco minutos de oír parte de su plática ya estaba convencido que todos eran unos aduladores serviles y unos charlatanes embusteros. Ponían cara triste y aburrida, como si estuvieran esperando a alguien que iba a venir a divertirles, y la más locuaz de aquellas señoras se veía obligada a hablar con rigidez para contener un bostezo. Se llamaba Camilla y se parecía mucho a mi hermana, solo que era más vieja, como comprobé cuando me fue posible verla claramente. Sin embargo, su rostro carecía de expresión, y cuando empecé a conocerla, se me antojó que este defecto era un favor que Dios le había concedido.

—¡Pobre muchacho! —exclamó esta señora con un tono áspero muy parecido al que caracterizaba a mi hermana—. ¡No es enemigo de nadie, más que de sí mismo!

—Mejor y más natural sería que fuese enemigo del prójimo que de sí mismo... —declaró el caballero.

—Primo Raymond —observó otra señora—, tenemos que amar a nuestros semejantes.

—Oye, Sarah Pocket —replicó el primo Raymond—, si uno no es su propio prójimo, ¿quién va a serlo?

Miss Pocket se echó a reír, y Camilla rió también y dijo, conteniendo un bostezo:

—¡Vaya una idea!

La otra dama, que todavía no había tomado la palabra, afirmó con tono categórico.

—¡Es cierto!

—¡Pobre chico! —prosiguió Camilla poco después (yo sabía que todos me habían estado mirando durante aquel rato)—. ¡Es muy extraño! ¿Creerán ustedes que cuando murió la mujer de Tom no hubo manera de hacerle comprender la importancia de que los niños también llevaran luto? «Camilla, ¡por Dios! —me dijo—, ¿qué importa el luto si los pequeños ya visten de negro?». ¡Así es Matthew! ¡Todo un carácter!

—Tiene sus buenas cualidades —intervino Raymond—, y no permita Dios que yo se las discuta, pero no tuvo, ni tendrá jamás, la comprensión de la conveniencia.

—Como ya sabéis —explicó Camilla—, me vi obligada a imponerme. «Esto sería un deshonor para la familia», le dije. «¡No ponerles luto a los niños, qué vergüenza!». Estuve sollozando desde el almuerzo hasta la comida, y por eso tuve mala digestión, pero al final, aunque con su acostumbrado tono áspero, acabó por decir, tras soltar una blasfemia: «¡Haz lo que te dé la gana!». A Dios gracias, siempre me cabrá el consuelo de pensar que salí inmediatamente a la calle, aunque bajo una lluvia torrencial, y fui a comprar gasas para el luto.

—Pero él debió de pagarlas, ¿verdad? —preguntó Estella.

—No se trata de saber quién las pagó, querida —replicó Camilla—. Las compré yo, y esto me tranquiliza cuando despierto a veces por la noche y empiezo a pensar en lo ocurrido.

El sonido de una campanilla distante y el grito simultáneo que se oyó en el pasillo por donde yo había venido, interrumpió la charla.

—¡Ahora, chico! —me dijo Estella.

Al volverme todos me miraron desdeñosamente, y en el momento en que salía, oí decir a Sarah Pocket:

—¡Ay, caramba! ¿Qué se le ocurrirá ahora?

A lo cual Camilla agregó con indignación:

—¿Habéis visto capricho más singular? ¡Vaya idea!

Mientras avanzábamos por el oscuro corredor a la tenue luz de la vela, Estella se detuvo repentinamente, y volviéndose, acercó su cara a la mía y me dijo con tono agresivo:

—Bueno ¿qué?

—No le entiendo, señorita —contesté deteniéndome súbitamente y casi a punto de tropezar con ella.

Estella permaneció contemplándome y, por supuesto, yo también me quedé mirándola.

—¿Soy bonita? —preguntó.

—Sí, la encuentro a usted muy bonita.

—¿Soy arrogante?

—No tanto como la otra vez —contesté con sinceridad.

—¿No tanto?

—No.

Había formulado la pregunta rabiosamente, y cuando contesté me dio una bofetada con todas sus fuerzas.

—Y ahora —dijo—, pequeño monstruo mal educado, ¿qué opinión tienes de mí?

—No quiero decírselo.

—Porque seguramente irás con el cuento, ¿verdad?

—No —respondí—. No es eso.

—¿Por qué no lloras ahora, pequeño miserable?

—Porque no lloraré nunca más por usted.

Y creo que esta declaración mía fue la más falsa que se haya podido hacer en la vida, porque en mi fuero interior ya estaba sollozando a causa de ella, y solo yo sabía cuánto dolor me costaría más tarde.

Después de este incidente subimos por la escalera y encontramos a un señor que bajaba a tientas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el caballero deteniéndose para mirarme.

—Un muchacho —contestó Estella.

Era un hombre robusto, moreno, con una cabeza muy grande y unas manos que correspondían al tamaño de la misma. Me cogió de la barbilla con su manaza y me hizo levantar la cabeza para contemplarme a la luz de la vela. Era prematuramente calvo de la coronilla, y tenía las cejas negras, tupidas y erizadas, y los ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y maliciosos. Llevaba una gran cadena de reloj y el lugar de su rostro donde habría tenido barba y bigote, si los hubiera dejado crecer, aparecía muy marcadamente sombreado. No significaba nada para mí y en aquel momento no podía prever que alguna vez llegase a tener algo que ver conmigo, pero la casualidad me ofreció la ocasión de observarlo detenidamente.

—Un chico de la vecindad, ¿eh? —preguntó.

—Sí, señor —contesté.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Miss Havisham me mandó llamar, señor —expliqué.

—Bueno; vamos a ver si te comportas como es debido. Tengo una gran experiencia con muchachos y sé perfectamente que todos son unos pilluelos... Pero ten cuidado —añadió mordiéndose un lado de su dedazo índice mientras me miraba con ceño—. ¡Y sé buen chico!

Dicho esto me soltó, de lo que me alegré mucho, pues sus manos olían intensamente a jabón perfumado, y acabó de bajar por la escalera. Pensé que quizá se tratara de un médico, pero enseguida comprendí que si hubiese sido un médico habría tenido modales más afables y persuasivos. Apenas pude reflexionar sobre este punto, porque pronto nos hallamos en la habitación de miss Havisham, en la que vi que ella y todo lo demás estaba tal como yo lo había dejado en mi primera visita. Estella me acompañó hasta la puerta y allí permanecí hasta que miss Havisham me vio casualmente desde su tocador:

—¡Ah, caramba! —exclamó sin sobresalto ni sorpresa—. De modo que ya han pasado los días fijados, ¿verdad?

—Sí, señora, hoy es...

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo mientras movía los dedos con impaciencia, como era habitual en ella—. No quiero saberlo. ¿Estás dispuesto a jugar?

No sin cierta turbación, me vi obligado a contestar:

—Me parece que no, señora.

—¿No te gustaría jugar otra vez a cartas? —me preguntó con una mirada escudriñadora.

—Sí, señora, si usted lo desea...

—Ya que esta casa te parece fea y te pone triste, muchacho —dijo ella—, ¿quieres trabajar?

Me costó menos responder esta pregunta que la anterior, y dije que lo haría con mucho gusto.

—Pues ve a la sala de enfrente —repuso señalando con su mano arrugada la puerta que había detrás de mí—, y espérame allí.

Crucé el rellano y entré en la sala que me había indicado. Tampoco penetraba en aquella habitación la luz del día y la atmósfera era irrespirable. Acababan de encender fuego en la vieja y húmeda chimenea, pero este tendía más a apagarse que a aumentar y el humo que invadía la estancia parecía más frío que el aire mismo, tal como ocurre con la bruma de los pantanos. La sala estaba débilmente iluminada por unos candelabros colocados sobre la repisa de mármol de la alta chimenea. Se trataba de una habitación espaciosa, y en sus buenos tiempos debió de ser magnífica, pero todo lo que había en ella ahora estaba cubierto de polvo y moho, y se caía a pedazos. Lo que más llamaba la atención era una gran mesa cubierta con un mantel, como si hubiese estado a punto de celebrarse un gran festival y en un momento dado todos los relojes de la casa se hubiesen parado simultáneamente.

En medio del referido mantel había un centro de mesa, pero tan lleno de telarañas que apenas se podía distinguir su forma. Al contemplarlo observé unas arañas de patas moteadas y de cuerpo abultado que penetraban en aquel centro y volvían a salir apresuradamente, como si algo de suma importancia acabase de ser decidido entre las otras arañas allí reunidas.

También oí ratones, que corrían por detrás de los paneles de madera que cubrían las paredes, como si les interesase mucho lo que ocurría entre las arañas. Por su parte, las cucarachas no hacían caso de aquella agitación y andaban a tientas alrededor del fuego.

Aquellas alimañas llamaron mi atención, y estaba contemplándolas, cuando miss Havisham me puso una mano sobre el hombro. En la otra llevaba un bastón, en el que se apoyaba, y por su aspecto se habría dicho que era la bruja de aquel lugar.

—Aquí —me indicó, señalando con su bastón la gran mesa del mantel— es donde me pondrán cuando muera. Todos vendrán aquí a ver mi cadáver.

Al oír esas palabras temí por un instante que se le antojara subirse a aquella mesa y que falleciera en aquel mismo momento, convirtiéndose en la completa realización de la horrible figura de cera que yo había visto en la feria, y a su contacto retrocedí aterrorizado.

—Y eso tan lleno de telarañas, ¿qué te figuras que es? —me preguntó, señalando de nuevo con su bastón el centro de la mesa.

—No puedo ni imaginarlo, señora.

—Es un gran pastel. Un pastel de boda. ¡La mía! —Miró alrededor con ojos centelleantes y añadió, apoyándose en mí mientras su mano se crispaba en mi hombro—: ¡Ven, ven conmigo! ¡Paséame! ¡Paséame!

Comprendí entonces que el trabajo que tendría que hacer sería ir paseando a miss Havisham por aquella lúgubre habitación. Me puse, pues, a andar de inmediato; ella se apoyó en mi hombro, y comenzamos a dar una especie de carrera, que casi era una imitación (fundada en el primer impulso que tuve bajo aquel techo) del coche de Mr. Pumblechook.

Como ella, físicamente, no era fuerte, al cabo de un rato exclamó:

—¡Más despacio!

Pero aun así seguimos dando vueltas mientras ella continuaba oprimiéndome el hombro con sus dedos crispados al tiempo que movía nerviosamente sus labios, detalles que me hacían creer que íbamos deprisa porque sus pensamientos literalmente volaban. Al cabo de un rato, dijo:

—¡Llama a Estella!

Salí al rellano de la escalera y volví a pronunciar aquel nombre, como lo hice la primera vez. Cuando vi aparecer la vela encendida, regresé al lado de miss Havisham y los dos comenzamos de nuevo a emprender nuestra carrera alrededor de la sala.

El hecho de que Estella se presentase y pudiera contemplar nuestro extravagante entretenimiento me fastidiaba sobremanera. Y en efecto, así fue, y no solo eso, sino que trajo consigo a las tres señoras y al caballero que había visto abajo. Yo no sabía qué hacer. En atención a aquellas mujeres, me detuve, pero miss Havisham me dio un apretón en el hombro y continuamos andando; me sentí avergonzado al pensar que ellos pudieran figurarse que aquel paseo inútil había sido idea mía.

—¡Querida miss Havisham! —exclamó miss Sarah Pocket—. Tiene usted muy buen aspecto.

—No tengo buen aspecto —repuso la aludida—. Me he quedado en la piel y en los huesos.

A Camilla le brillaron los ojos al oír la réplica que había recibido miss Pocket, y mirando compasivamente a miss Havisham, murmuró:

—¡Pobre querida mía! ¿Cómo quieren que haga buena cara? ¡Vaya una idea!

—¿Y usted cómo está? —preguntó miss Havisham a Camilla.

—Estoy todo lo bien que se puede esperar, miss Havisham —contestó esta.

—Pero ¿qué le ocurre? —preguntó miss Havisham con aspereza.

—Nada que valga la pena mencionar —repuso Camilla—. No suelo jactarme de tener buen corazón, pero he pasado más noches sin conciliar el sueño pensando en usted de lo que puede permitirme mi salud.

—Pues no piense en mí —refunfuñó miss Havisham.

—Eso es muy fácil de decir —replicó Camilla, conteniendo el llanto mientras le temblaba el labio superior y le comenzaban a saltar las lágrimas—. Raimond es testigo de cuánto jengibre y cuántas sales me veo obligada a tomar cada noche y también lo es de las sacudidas nerviosas que tengo en las piernas. Pero ni los sofocos ni las sacudidas nerviosas son cosa nueva para mí cuando siento angustia por un ser querido. Si yo fuese menos cariñosa y sentimental, mis digestiones serían mejores y tendría unos nervios de hierro. ¡Ojalá fuese así! ¡Pero dejar de pensar en usted por las noches! ¡Eso sí que no...! —Y dichas estas palabras se puso a sollozar.

Comprendí que el Raimond aludido era el caballero que las acompañaba, y también me di cuenta de que debía de ser el marido de Camilla. Al llegar a ese punto de la conversación, el caballero acudió en auxilio de su esposa, diciendo con tono lisonjero y consolador.

—Camilla mía, todos sabemos perfectamente que tus buenos sentimientos para con la familia están minando lentamente tu salud hasta el extremo de que una de tus piernas ya es más corta que la otra.

—No me explico por qué —observó la dama de aspecto grave, cuya voz no había yo oído más que una vez—, pensar en una persona amada tiene que darle a uno derecho a la gratitud de esta.

Miss Sarah Pocket, que según podía ver ahora, era una anciana delgada, morena y arrugada, con una carita que parecía hecha con cáscara de nuez y una boca grande como la de un gato sin bigotes, asintió con estas palabras:

—Pues la verdad es que no, querida.

—Pensar cuesta muy poco —insistió la dama de aspecto grave.

—¿Conoce usted algo más fácil? —dijo miss Pockett.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó miss Camilla, cuyos sentimientos parecían subir de sus piernas hasta llegar a su pecho—. ¡Esto es muy cierto! Es una debilidad ser tan afectuoso, pero yo no puedo evitarlo. No me cabe duda de que gozaría de mejor salud si tuviera otro temperamento. Sin embargo, yo no me cambiaría el carácter aunque pudiese hacerlo. A pesar de que sufro mucho a causa de ello, es un consuelo para mí saber que la tengo en mi pensamiento cada vez que me despierto por la noche. —Y volvió a sollozar.

Miss Havisham y yo no nos detuvimos durante todo este diálogo, antes al contrario, seguimos dando vueltas y más vueltas por la sala, tan pronto rozando las faldas de las visitantes, como apartándonos al pasar cerca de ellas.

—¡Ahí tienen ustedes a Matthew! —exclamó Camilla—. Nunca comparto mis afectos familiares, y por eso no se acerca por aquí a ver cómo sigue miss Havisham. Tuvieron que tenderme en el sofá y cortarme las cintas del corsé, y allí he pasado horas y horas, con la cabeza caída, el cabello suelto y los pies no sé dónde...

—Mucho más altos que tu cabeza, querida —terció el marido de Camilla.

—He pasado horas en ese estado por culpa de la inexplicable conducta de Matthew, ¡y nadie me lo ha agradecido!

—En realidad —intervino la dama de aspecto grave—, deberíamos preguntarnos quién tenía que agradecerse.

—Eso es —dijo miss Pocket con malignidad—. ¿Quién esperaba usted que lo agradeciese, querida?

—Sin esperar ninguna clase de gratitud —prosiguió Camilla—, pasé en este estado horas enteras, y Raymond puede atestiguar hasta qué punto me sentía trastornada y cuán inútil resultó el jengibre, y cómo me oyeron sollozar en casa del afinador de pianos de enfrente, cuyos hijos creyeron que era el arrullo de alguna pareja de palomos.

Al oír nombrar a Matthew, miss Havisham se detuvo y me obligó a imitarla. Se quedó contemplando a la que hablaba, y esta, al advertir el cambio de actitud de miss Havisham, cesó de exponer sus exageraciones.

—Matthew vendrá a verme un día —afirmó miss Havisham—, cuando me halle de cuerpo presente encima de esta mesa. Para contemplar mi cadáver se situará aquí —dijo golpeando un extremo de la gran mesa con su bastón—, y usted ahí, su marido allá, miss Pocket a este lado, y Georgiana aquí... Ahora ya saben cuál será el sitio de cada uno cuando vengan a disfrutar de verme muerta. Y ahora, ¡márchense!

Luego me dijo:

—¡Paséame! ¡Paséame! —Y volvimos a andar.

—Supongo que no queda más que obedecer y retirarnos —dijo Camilla—. Uno ya puede estar contento de haber visto por un momento al ser adorado. Cada vez que despierte por la noche pensaré en este instante, tan agradable como breve, con melancólica satisfacción. Me gustaría que Matthew también pudiese tener ese consuelo, pero él se burla de eso. He decidido no hacer nunca más alarde de mis sentimientos, pero es terrible tener que oír que una desea disfrutar contemplando el cadáver de un pariente. Y, además, que le digan a una que se marche.

Al ver que Camilla se llevaba una mano al pecho, agitada, y adoptaba una actitud de entereza forzada, comprendí que tenía la intención de dejarse caer al suelo tan pronto como hubiese franqueado el umbral, y besando la mano a miss Havisham, se dejó acompañar por su esposo fuera de la sala. Sarah Pocket y Georgiana compitieron en ver cuál sería la última en salir; pero la primera era demasiado lista para dejarse vencer en cualquier competencia, y mariposeó en torno de Georgiana con habilidad tan fastidiosa que esta se vio obligada a salir antes. Sarah entonces tuvo ocasión de producir su efecto particular, despidiéndose con estas cariñosas palabras:

—¡Dios la bendiga, querida miss Havisham! —Y en su rostro de cáscara de nuez apareció una sonrisa de conmiseración por la debilidad y la torpeza de los demás.

Mientras Estella estaba fuera alumbrando a los que se marchaban, miss Havisham siguió andando con la mano apoyada en mi hombro, pero cada vez más despacio. Por fin, se detuvo delante de la chimenea y, después de contemplar las llamas, me dijo:

—Hoy es mi cumpleaños, Pip.

Me disponía a felicitarla, cuando ella levantó el bastón y exclamó:

—¡No puedo sufrir que me hablen de eso!

Naturalmente, yo no insistí.

—En este día del año —prosiguió—, mucho antes de que tú nacieses, este montón de podredumbre —y señaló con su bastón las telarañas del centro de la mesa—, fue traído aquí. Él y yo hemos ido consumiéndonos simultáneamente. Los ratones lo han roído y dientes más incisivos que los de los ratones me han roído a mí.

Mientras contemplaba la mesa apretaba el puño de su bastón contra su pecho. Extraño efecto: ella con su vestido blanco un día, ahora amarillento y arrugado; los manteles blancos un día, también ahora amarillentos; todo lo que nos rodeaba estaba a punto de deshacerse al menor contacto.

—Cuando la ruina sea completa —dijo con una mirada que causaba horror—, y cuando me tiendan con mi vestido nupcial en esta mesa de boda, ¡mi presencia aquí, muerta, será la última maldición que caiga sobre él! ¡Ojalá fuese hoy mismo!

Miraba la mesa como si estuviese contemplando su propia figura. Yo guardaba silencio y permanecía inmóvil.

Estella regresó y se quedó también inmóvil. Me pareció que permanecimos así largo rato. En medio de aquella atmósfera cargada y de las tinieblas que invadían casi toda la habitación, comencé a temer que Estella y yo nos marchitásemos de un momento a otro.

Por fin, saliendo súbitamente de su estado de abstracción, miss Havisham dijo:

—Deseo veros jugar a cartas. ¿Por qué no habéis comenzado todavía?

Volvimos, pues, a la otra sala y nos sentamos como la primera vez. Yo volví a perder, y también como en mi primera visita, miss Havisham estuvo contemplándonos, llamó mi atención sobre la belleza de Estella, y me la hizo notar aún más señalándome el efecto que producían sus joyas en el pecho y el cabello de la muchacha. Estella, por su parte, también me trató como la vez anterior, con la única diferencia que no se dignó hablar. Cuando hubimos jugado una media docena de partidas, se fijó una fecha para que yo volviera, y Estella me acompañó al patio para darme de comer, en la misma forma que en mi visita anterior, esto es, igual que a un perro. También, como en la primera ocasión, pude vagar a mis anchas.

No viene mucho al caso si una puerta que había en el muro, a la cual me había encaramado la otra vez con objeto de observar el jardín, estaba ahora abierta o cerrada. Baste decir que en aquella ocasión no vi ninguna puerta y ahora veía una. Como estaba abierta, y como yo sabía que Estella acababa de despedir a los visitantes, puesto que había vuelto con las llaves en la mano, entré en el jardín y me paseé por él tranquilamente. Era un verdadero páramo, y había en él unos invernáculos destartados para melones y pepinos que parecían haber producido, en su decadencia, una vegetación espontánea de sombreros y zapatos viejos, con algún remiendo en forma de cacerola abollada.

Cuando hube recorrido el jardín y un invernadero en el cual solo había una parra caída y algunas botellas, me encontré en el melancólico rincón que había estado contemplando desde la ventana. Como estaba seguro de que en aquel momento no había nadie en la casa, miré a través de otra ventana y vi, con gran sorpresa, a un jovencito pálido y de cabello rubio que también, a su vez, me contempló con asombro. El muchacho desapareció al instante para reaparecer enseguida a mi lado. Cuando lo descubrí estaba ocupado con sus libros, y ahora advertí que llevaba manchas de tinta.

—¡Hola, chico! —me dijo.

Como aquella era una interjección que, en general, se usaba para saludar sin cumplidos, me pareció que lo mejor para corresponder a su lacónica bienvenida sería repetir «¡hola!», pero omitiendo lo de «chico» por cortesía, y así lo hice.

—¿Quién te ha abierto la puerta? —me preguntó.

—Miss Estella —contesté.

—Vamos a pelearnos —dijo el jovencito pálido.

¿Qué podía hacer yo sino seguirlo? Su tono era tan categórico, y yo estaba tan perplejo, que lo seguí adonde me condujo, como si estuviera en estado hipnótico.

—Aguarda un momento —dijo volviéndose súbitamente hacia mí cuando apenas habíamos dado unos pocos pasos—, he de darte un motivo para la pelea. ¡Y ahí va!

Y dicho esto, palmoteó con aire provocativo, me tiró del pelo, volvió a palmotear, agachó la cabeza y me dio un golpe en la boca del estómago.

Esto último, además de resultar una broma excesiva, era más que desagradable después de haber comido pan y carne. Por lo tanto, le di un puñetazo, y me disponía a atizarle otro todavía más contundente cuando exclamó:

—¡Ah! Conque estamos preparados, ¿eh? —Y se puso a danzar, a manera de boxeador; ora avanzando, ora retrocediendo un poco de una forma que yo, en mi poca experiencia, no alcanzaba a comprender—. ¡Hay que observar las reglas del pugilato! —advirtió al tiempo que daba un salto y quedaba apoyado sobre la pierna derecha. Luego dio otro salto y quedó apoyado sobre la pierna izquierda—. Vamos al terreno de lucha; allí llevaremos a cabo los preliminares. —Volvió a dar saltitos hacia adelante y hacia atrás haciendo un sinfín de gestos y contorsiones extraños que yo contemplaba aturdido.

Al verlo tan ágil, me dio miedo, pero logré disimularlo. Sin embargo, consideré que su cabello de color de paja no tenía nada que hacer en mi vientre, y que aquel modo de llamar mi atención resultaba muy impertinente. Lo seguí, pues, sin pronunciar palabra a un lado desierto del jardín, circundado por un muro y oculto por la maleza. Allí me preguntó si me parecía bien aquel lugar para la contienda, y como yo contesté afirmativamente, me pidió autorización para ausentarse por un momento, al cabo del cual volvió con una botella de agua y una esponja empapada en vinagre.

—Están a la disposición de los dos —dijo, poniéndolas junto a la pared. Y empezó a quitarse no solo la chaqueta y el chaleco, sino también la camisa, con una decisión que demostraba que tenía ansia de actividad y que estaba sediento de sangre.

Aunque su aspecto no era el de una persona robusta y sana, pues tenía la cara llena de granos, aquellos preparativos terribles me asustaron un poco. Me pareció que debía de tener la misma edad que yo, aunque era mucho más alto. Antes de desnudarse para el

combate, era un jovencito vestido de gris. Ahora, sin la ropa, veía que sus codos, rodillas, muñecas y talones estaban mucho más desarrollados que el resto de su cuerpo.

Sentí una opresión en el pecho al verlo ante mí dispuesto al ataque, efectuando unos movimientos de precisión matemática y mirándome meticulosamente, como si estudiara mi anatomía para poder elegir mejor los huesos que iba a romperme. En mi vida he quedado tan sorprendido como cuando le propiné el primer puñetazo y lo vi caer de espaldas mirándome aturdido y con la nariz ensangrentada. Pero se levantó al instante y, después de pasarse la esponja con gran afectación de destreza volvió a ponerse en guardia. La segunda mayor sorpresa de mi vida fue verlo de nuevo tendido de espaldas en el suelo, contemplándome con un ojo muy amoratado.

Su valor y resistencia me admiraban. Parecía no tener fuerza. Ninguno de sus golpes fue contundente y, en cambio, cada uno de los míos lo derribaba. Pero volvía a levantarse sin pérdida de tiempo y se pasaba la esponja por el rostro o bebía agua de la botella, dando muestras de gran satisfacción al hacer consigo las veces de ayudante, según la formalidades y reglas del boxeo, y luego se dirigía hacia mí tan aparatosamente que me hacía temer que al final consiguiese acabar conmigo. Pero salía apabullado, pues lamento tener que confesar que cada vez que le daba un puñetazo lo hacía con más ímpetu, y al último fue a dar de cabeza contra el muro. A pesar de la dureza del golpe, volvió a levantarse y a dar vueltas y más vueltas sin conseguir ver dónde estaba yo; finalmente cayó de rodillas, alcanzó la esponja y la arrojó al aire al tiempo que decía jadeante:

—Es... to significa que has ga... nado.

Parecía tan valiente e ingenuo, que aun cuando yo no había provocado la pelea, me sentí muy poco satisfecho de mi victoria. En realidad, llegué al extremo de considerarme una especie de lobo joven y salvaje u otra fiera por el estilo.

Me vestí, me limpié el rostro algo ensangrentado y le pregunté:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias —contestó.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Cuando regresé al patio encontré allí a Estella, que estaba esperándome con las llaves, pero ni me preguntó de dónde venía, ni por qué la había hecho esperar. Tenía el rostro muy colorado, como si hubiese ocurrido algo que la hubiera entusiasmado. En lugar de ir directamente hacia la verja, retrocedió para entrar en el comedor y me llamó:

—¡Ven aquí! Puedes besarme si quieres.

Me acercó su mejilla y le di un beso. Creo que habría sufrido cualquier tormento para poder besarla, pero comprendí que aquel beso era permitido al muchacho vulgar, al patán, como se da una limosna, y, por lo tanto, no tenía valor alguno.

Entre las visitas de cumpleaños, las partidas de cartas y el pugilato, mi estancia en casa de miss Havisham se prolongó tanto que, cuando llegué a poca distancia de la mía, la luz indicadora del banco de arena frente a la punta de los pantanos dirigía su destello a la negrura del firmamento nocturno y la fragua de Joe dibujaba con su reflejo un sendero de fuego a través del camino.

XII

Empecé a sentirme muy preocupado al pensar en el jovencito de rostro pálido. La pelea entre los dos no se apartaba de mi pensamiento. Me parecía verlo de nuevo tendido en el suelo, de espaldas, con la cara hinchada y ensangrentada, y estaba convencido que a consecuencia de ello me castigarían. Sin tener una idea exacta de la falta en que había incurrido, comprendía perfectamente que los muchachos pueblerinos no pueden vagabundear por el país y entrar en las casas de las familias distinguidas para vapulear a la juventud estudiosa de Inglaterra sin exponerse a las más severas sanciones. Durante unos días no me atreví a alejarme de casa, y antes de salir para hacer algún recado, miraba recelosamente por la puerta de la cocina temiendo que el alguacil, acompañado de los funcionarios de la cárcel provincial, viniera a prenderme. La sangre de la nariz de aquel muchacho pálido había manchado mis pantalones, y en el silencio de la noche procuré lavar y hacer desaparecer semejante prueba de mi culpabilidad. Me había lastimado los nudillos contra los dientes de mi adversario y estuve exprimiéndome el cerebro para conseguir encontrar una excusa que, cuando fuese llamado ante el juez, explicara aquella circunstancia delatora.

Al llegar el día en que debía volver a casa de miss Havisham, teatro de la lucha, mi terror alcanzó su punto álgido. ¿Y si los representantes de la justicia, enviados expresamente de Londres, estaban atisbando detrás de la verja? ¿Y si miss Havisham, prefiriendo vengarse personalmente de un agravio cometido en su propia morada, se levantaba con su vestido sepulcral, sacaba una pistola, y me mataba de un tiro? ¿Y si se había contratado a una partida de mercenarios para que me agredieran a puñetazos hasta dejarme muerto? Pero no creía que esas venganzas innobles pudiesen ser obra del jovencito pálido, sino de algún pariente suyo que, al ver el estado calamitoso de su rostro, se hubiese indignado por el cruel ultraje infligido a las facciones de la familia.

Sin embargo, no podía evitar ir a casa de miss Havisham, y no dejé de hacerlo. Y, cosa extraña, ¡no oí ni una palabra relativa a la pelea! No se hizo la menor alusión a la misma, ni apareció en ninguna parte de la casa, ni en ningún momento, el jovencito pálido vapuleado. Encontré la misma puerta abierta y exploré el jardín; incluso miré las ventanas del edificio aislado, pero no conseguí ver nada, porque los postigos estaban cerrados y todo se hallaba sumido en el silencio. Únicamente en el rincón donde había tenido lugar el combate podía descubrirse algún detalle revelador de la presencia del muchacho en aquel lugar, pues se veían señales de su sangre, que yo procuré ocultar con tierra del jardín.

En el ancho rellano que separaba la habitación de miss Havisham de aquella donde estaba instalada la gran mesa, vi una silla de jardín, ligera, provista de ruedas. Había sido puesta allí después de mi última visita, y aquel mismo día comencé a dedicarme a pasear en ella a miss Havisham, cuando se cansaba de andar con la mano apoyada en mi hombro, alrededor de su habitación, por el rellano y por la otra sala. Repetíamos estas excursiones, que a veces duraban hasta tres horas consecutivas. Menciono estos paseos como muy frecuentes, porque quedó convenido que yo regresaría allí cada dos días al mediodía con este fin, y porque ahora voy a resumir un período de ocho o diez meses por lo menos.

A medida que íbamos acostumbrándonos el uno al otro, miss Havisham conversaba a menudo conmigo y me hacía preguntas sobre qué era lo que yo había aprendido y qué oficio pensaba seguir. Le manifesté que creía que iban a ponerme de aprendiz en la herrería de Joe, y le expuse mi deseo de dejar de ser ignorante y de saberlo todo, en la esperanza de que ella me ofreciese ayuda para ver cumplidos mis elogiabiles anhelos. Pero no lo hizo; al contrario, pareció preferir que yo fuese un muchacho lerdo. Tampoco me dio dinero, ni otra cosa que la comida diaria, ni se estipuló que mis servicios serían retribuidos.

Estella rondaba siempre por allí, y me abría la puerta cada vez que entraba o salía, pero jamás volvió a decirme que podía besarla. A veces, me «soportaba» con frialdad, y otras se dignaba hablar amigablemente conmigo. En ocasiones llegó a mostrármese familiar, pero en otras insistió en que me odiaba. Miss Havisham, cuando estábamos solos, refiriéndose a Estella me preguntaban con frecuencia en voz baja: «¿Verdad, Pip, que cada día es más bonita?». Y cuando yo contestaba afirmativamente (porque en realidad era así) parecía quedar muy satisfecha, secretamente contenta. Cuando jugábamos a cartas seguía contemplándonos como lo había hecho la primera vez, observando con avara complacencia el humor de la muchacha, aunque este fuese pésimo. Y, a veces, cuando estaba de muy mal talante y su ánimo se mostraba contradictorio, hasta tal punto que yo no sabía qué hacer, miss Havisham la abrazaba efusivamente y le susurraba al oído:

—¡Destrózales el corazón, orgullo y esperanza mía, destrózales el corazón sin compasión!

Había una canción, que Joe solía tararear en la herrería, cuyo estribillo era:

¡San Clem!

¡Pim, pem!

¡Dale en el yunque, dale que dale!

¡Con el martillo la chispa sale,

y el hierro cede en nuestra

¡Dale que dale con gran vigor!

¡San Clem!

¡Pim, pem!

No parecía esta canción una manera muy ceremoniosa de rendir homenaje al santo patrón de los herreros de Inglaterra, pero el referido estribillo imitaba el compás del martilleo sobre el hierro y animaba al forjador.

Cierto día, poco después de la aparición de la silla de ruedas, miss Havisham me dijo, de pronto, con su habitual movimiento nervioso e impaciente de los dedos:

—¡A ver, canta, canta, chico, canta!

Atendiendo su ruego, me puse a entonar una canción, mientras empujaba la silla por la estancia. Mi canción le gustó tanto que fue repitiéndola en voz baja, como si la cantara soñando. Desde entonces tuvimos la costumbre de entonarla mientras íbamos de un lado a otro, y Estella a menudo nos hacía coro, pero nuestras voces tenían un tono tan quedo, incluso cuando cantábamos los tres a la vez, que en aquella tétrica mansión producía menos ruido que el más ligero soplo del viento.

¿Qué iba a ser de mí en aquel ambiente? Era forzoso que mi carácter sintiese su influencia. No es de extrañar, pues, que mi pensamiento se hallase deslumbrado como lo estaban mis ojos, cuando salían de la bruma amarillenta de aquella estancia sombría para ver la claridad diurna.

Quizá hubiera hablado a Joe del jovencito pálido, si no hubiese caído, como caí, en la tentación de contar todos aquellos embustes que luego le confesé con absoluta lealtad. En las actuales circunstancias Joe difícilmente dejaría de ver en el jovencito pálido un pasajero a propósito para el coche de terciopelo negro que yo inventé la otra vez; por lo tanto, preferí no hacer mención del mismo. Por otra parte, aquella repugnancia que sentí al principio al permitir que se discutiese respecto de miss Havisham y Estella aumentaba en mí a medida que pasaba el tiempo. Solo confiaba plenamente en Bidly, a quien se lo contaba todo porque llegué a encontrar natural hacerle mis confidencias, ya que ella se interesaba por todo cuanto yo le decía.

Mientras tanto, en la cocina de mi casa se celebraban consejos que acababan de exasperar mi ánimo ya muy irritado. El necio de Pumblechook salía con bastante frecuencia por las noches para discutir con mi hermana acerca de mi porvenir, y confieso (con menos contrición de la que debiera sentir) que si mis manos hubieran podido quitar el perno de una rueda de su coche, lo habrían hecho sin vacilación. Aquel miserable era un individuo de tal estolidez, que no podía discutir mis perspectivas sin tenerme delante para, como si dijéramos, operar conmigo, y solía sacarme del taburete en el que me estaba quieto en un rincón, cogiéndome por el cuello, y acercarme al fuego como si pretendiera asarme, al tiempo que exclamaba:

—¡Aquí tenemos ya al muchacho, sobrina! El muchacho que tú criaste valiéndote de la mano. ¡Levanta la cabeza, chico, y demuestra tu gratitud a los que hicieron eso por ti! Veamos, pues, el caso de ese muchacho, sobrina. —Y al decir esto me enmarañaba el cabello (cosa que yo siempre creí que nadie tenía derecho a hacer) y me sostenía delante de él agarrándome fuertemente por la manga. En fin, aquel era un espectáculo de imbecilidad que solo él podía igualar.

Entonces él y mi hermana se entregaban a tan absurdas especulaciones sobre miss Havisham y lo que haría conmigo y por mí, que me daban ganas (ganas dolorosas) de ponerme a llorar de indignación y de arrojarme sobre Mr. Pumblechook y darle una tunda. En estos diálogos mi hermana hablaba de mí como si a cada alusión me arrancase moralmente un diente; mientras el mismo Pumblechook, convertido por iniciativa propia en mi patrocinador, me contemplaba con expresión desdeñosa, como un arquitecto de mi fortuna que se considerase ocupado en un trabajo sin remuneración.

Joe no tomaba parte en aquellas discusiones, pero durante las mismas mi hermana le dirigía a menudo la palabra, porque tenía el convencimiento de que no era partidario de

que se me alejase de la herrería. Yo había cumplido entonces la edad suficiente para que pudieran inscribirme en calidad de aprendiz, y cuando Joe estaba sentado con el atizador del fuego entre las piernas, removiendo las cenizas con gesto pensativo, mi hermana interpretaba muy acertadamente esta actitud inocente como una oposición de su parte, y enfurecida por este hecho, se abalanzaba sobre él, le arrebatava el atizador y lo guardaba refunfuñando. Cada una de estas polémicas terminaba de manera exasperante. De pronto, sin que nada pudiera hacerlo prever, mi hermana hacía una pausa, bostezaba y, mirándome como si me viese por casualidad, se acercaba a mí, gritando:

—¡Ya estamos hartos de ti! ¡Vete a acostar enseguida! ¡Ya nos has fastidiado bastante por esta noche!

Continuamos de esta forma durante mucho tiempo, y parecía probable que siguiéramos de la misma manera durante una larguísima temporada, cuando un día en que miss Havisham y yo paseábamos como de costumbre, ella se detuvo repentinamente y dijo, siempre apoyada en mi hombro, con tono de contrariedad:

—¡Cómo has crecido, Pip!

Creí conveniente indicar con una mirada que no tenía ninguna culpa de ello ni podía en modo alguno evitarlo.

En aquel momento no dijo nada más, pero al cabo de un rato se detuvo de nuevo y volvió a mirarme, lo cual repitió poco después frunciendo el entrecejo con aire de profunda preocupación. El siguiente día de mi visita, cuando hubimos terminado nuestro ejercicio habitual y yo la hube dejado junto a su tocador, me detuvo con un movimiento impaciente de sus dedos, y me preguntó:

—¿Cómo se llama tu herrero?

—Joe Gargery, señora.

—¿Es él con quien van a ponerte de aprendiz?

—Sí, miss Havisham.

—Mejor será que te pongan a trabajar con él enseguida. ¿Crees que Gargery consentirá en venir aquí y traer tu documentación?

Contesté que seguramente lo consideraría un honor.

—Pues que venga.

—¿Qué día, señorita?

—¡Déjate de días! No quiero saber nada de fechas. Que venga pronto y solo contigo.

Cuando llegué a casa por la noche, con este recado para Joe, mi hermana se exaltó más que de costumbre. Preguntó a su esposo y a mí si nos figurábamos que ella era una esterilla para limpiarnos los pies, y cómo nos atrevíamos a tratarla de aquella manera, y con quién nos figurábamos que era digna de alternar. Tras agotar su cuantioso caudal de preguntas, arrojó un candelabro a la cabeza de Joe y se echó a llorar. Después sacó el recogedor de basura (lo cual era siempre muy mala señal), se puso el delantal y emprendió un verdadero baldeo. No satisfecha con barrer y quitar el polvo, sacó un cubo de agua y un estropajo y se puso a fregar el suelo, con lo cual nos hizo salir de la casa, y tuvimos que quedarnos en el patio temblando de frío. Eran las diez de la noche cuando nos arriesgamos a entrar sigilosamente, y entonces mi hermana preguntó a Joe por qué no se había casado con una esclava negra. Él no replicó, pobre hombre, pero se quedó acariciándose las patillas y

mirándome con expresión de desaliento, como si estuviera pensando que se arrepentía de no haberlo hecho, pues sin duda le habría resultado mucho mejor.

XIII

Dos días después, mis sentimientos fueron puestos a prueba al ver que Joe se ponía la ropa de los días festivos para acompañarme a casa de miss Havisham. Sin embargo, como él consideraba que para dicha visita era indispensable vestirse de punta en blanco, no iba a ser yo quien le dijera que estaba mejor con su ropa de trabajo, mucho más considerando que yo sabía que se resignaba a aquella terrible incomodidad exclusivamente en mi beneficio, y que era por mí que se ponía aquel cuello, tan alto por detrás que le hacía erizar como un penacho el pelo de la nuca.

A la hora del almuerzo, mi hermana nos anunció su intención de ir a la ciudad con nosotros, y de quedarse en casa del tío Pumblechook para que la recogiésemos cuando hubiésemos terminado con nuestras «damiselas», expresión irónica que indujo a Joe a esperar lo peor.

Aquel día la herrería no abrió, y Joe escribió con tiza en la puerta (tal como solía hacer cuando no trabajaba) la palabra «Ausente», al lado de la cual dibujó una flecha que, se suponía, indicaba la dirección que el herrero había tomado.

Fuimos a pie a la ciudad; mi hermana abría la marcha llevando en la cabeza un flamante gorro de castor y colgada del brazo una cesta de paja trenzada con la forma del gran sello de Inglaterra. Calzaba zuecos y se cubría con un chal; además, llevaba paraguas, a pesar de que hacía un día verdaderamente espléndido. Todavía hoy ignoro si cargaba con todo aquello por penitencia o por ostentación, pero me inclino a creer que los exhibía con el envanecimiento de la propiedad, del mismo modo que Cleopatra o cualquier otra soberana presuntuosa ostentó en otros tiempos sus tesoros en una procesión o un desfile solemne.

Cuando llegamos a la tienda de Mr. Pumblechook, mi hermana entró en ella sin esperarnos. Como ya era casi mediodía, Joe y yo seguimos nuestro camino hasta la casa de Miss Havisham. Estella abrió la puerta como de costumbre, y Joe, al verla, se quitó el sombrero y se quedó sopesándolo por las alas con las dos manos, como si pretendiera oponer reparos por una diferencia de medio cuarto de onza.

La joven, sin hacer el menor caso de nosotros, nos guió con indiferencia por el camino que yo conocía perfectamente. Yo la seguía y Joe venía tras de nosotros. Cuando estuvimos en el largo corredor y me volví hacia Joe, este continuaba sopesando su sombrero, y nos seguía de puntillas a grandes zancadas.

Estella dijo que entrásemos. Cogí a Joe por la manga y lo conduje ante la presencia de miss Havisham. Esta se hallaba sentada ante su tocador y se volvió de inmediato para mirarnos.

—¡Ah! —exclamó, y dirigiéndose a Joe añadió—: ¿Es usted el marido de la hermana de este muchacho?

Difícilmente hubiera podido imaginar yo al bondadoso Joe más distinto de sí mismo ni más semejante a un pájaro atontado que como estaba en aquel momento, sin pronunciar palabra, con el penacho de su pelo enmarañado y la boca abierta, como si estuviese pidiendo un gusano.

Fue algo exasperante; pero mientras duró la entrevista Joe se empeñó en dirigirse siempre a mí en lugar de a miss Havisham.

—Lo que quiero decir, Pip —explicó con un tono que expresaba, al mismo tiempo, razonamiento, amigable confidencia y cortesía—, es que cuando me casé con tu hermana yo era lo que podrías llamar, si te parece bien, un muchacho soltero.

—¡Bueno! —intervino miss Havisham—. Y usted ha criado al chico con la intención de que sea su aprendiz, ¿no es verdad, señor Gargery?

—Tú ya sabes, Pip —prosiguió Joe—, que siempre fuimos muy buenos amigos y que hemos estado deseando que llegase el momento de que te convirtieras en mi aprendiz, porque nos divertiríamos mucho. Naturalmente, Pip, si tú hubieses puesto algún reparo, por ser este oficio demasiado sucio o por cualquier otra razón parecida, yo no te habría obligado, ¿comprendes?

—¿Demostró el chico alguna vez tener inconveniente? —preguntó miss Havisham—. ¿Le gusta el oficio?

—Tú sabes muy bien, Pip —dijo Joe, reforzando su anterior mezcla de razonamiento, confidencia y cortesía—, que este era tu gran deseo.

Procuré hacerle comprender que al hablar tenía que dirigirse a miss Havisham, pero fue inútil. Cuantas más señas y muecas le hacía con este fin, más explicativo, confidencial y amable se mostraba conmigo.

—¿Ha traído usted la documentación del muchacho? —preguntó miss Havisham.

—Ya sabes, Pip, que tú mismo me has visto ponerla en mi sombrero, de modo que la tenemos aquí.— Dicho esto sacó los documentos y los entregó, no a miss Havisham, sino a mí. Creo, y lo lamento mucho, que me sentí avergonzado de mi buen amigo, sobre todo porque Estella se encontraba presente, de pie, detrás de la silla de miss Havisham, y sonreía con malicia. Tomé la documentación de manos de Joe y la entregué a miss Havisham.

—Usted no esperaba —dijo esta examinando los papeles—, cobrar ninguna prima por el aprendizaje del muchacho, ¿verdad?

—¡Joe! —protesté al advertir que él no respondía—. ¿Por qué no contestas?

—Pip —repuso Joe con tono dolorido—, entre tú y yo esta es una pregunta que no requiere contestación, pues ya sabes perfectamente que la respuesta es «no».

Miss Havisham lo miró como si comprendiese su carácter mejor de lo que yo hubiera imaginado dada su torpe conducta para con ella, y cogió una bolsa que tenía al lado.

—Pip se ha hecho aquí merecedor de una recompensa —dijo—, y ahí la tiene usted. En esta bolsa hay veinticinco guineas. Dáselas a tu amo, Pip.

Como si el asombro que le causaba la singular figura de la dama y la extraña habitación lo hubiesen trastornado por completo, ni siquiera en ese momento Joe dejó de dirigirse a mí.

—Es una acción muy generosa de tu parte, Pip —dijo Joe—, y como tal se recibe y se agradece, aunque no se esperaba, ni se esperó jamás de aquí ni de ninguna parte. Y ahora, muchacho —prosiguió, y sus palabras me produjeron una sensación primero de calor y luego de frío, porque sentí como si esa expresión familiar se aplicase a miss Havisham—, a cumplir con nuestro deber, el uno para con el otro y ambos para con quien... ha ofrecido «tu» generoso regalo para satisfacción de los que nunca... —Al llegar a este punto dio muestras de comprender que estaba metiéndose en un berenjenal, pero se apartó de él a tiempo y salió airoso con estas palabras—: ¡Dios me libre! —Esta exclamación sonaba para él de un modo tan rotundo, tan categórico y convincente que la pronunció dos veces.

—¡Adiós, Pip! —dijo miss Havisham—. Acompáñalos, Estella.

—¿He de regresar, miss Havisham? —pregunté.

—No; Gargery es ahora tu amo. ¡Oiga, Gargery, un momento!

Después de llamarlo así, mientras yo cruzaba el umbral oí que decía a Joe, con voz clara y fuerte:

—El chico se ha portado muy bien y este es su premio. Usted, naturalmente, como hombre honrado no esperará otra recompensa, ¿verdad?

Nunca he conseguido determinar cómo salió Joe de la habitación de miss Havisham; solo sé que al abandonarla comenzó a subir resueltamente por la escalera en vez de bajar por ella, sordo a todas mis llamadas, hasta que fui tras él y lo agarré del brazo. Al cabo de un minuto nos hallábamos fuera de la verja. Esta ya estaba cerrada y Estella se había marchado.

Al encontrarnos de nuevo a solas y a plena luz del día, Joe apoyó la espalda contra una pared y exclamó:

—¡Asombroso!

Se quedó allí tanto rato repitiendo aquella palabra que empecé a temer que se hubiese vuelto loco y no recobrara la razón. Luego prolongó su observación convirtiéndola en un:

—Te aseguro, Pip, que es ¡a... som... bro... so! —Después de lo cual volvió poco a poco a estar en condiciones de expresarse claramente.

Tengo motivos para creer que a Joe se le encendieron un poco más las luces cerebrales después de la impresión experimentada con la visita a miss Havisham, y que durante el camino de regreso a casa de Mr. Pumblechook ideó un plan muy ingenioso. Mis razones pueden hallarse en lo que ocurrió en la trastienda de Mr. Pumblechook, donde, al presentarnos, mi hermana estaba conversando con aquel comerciante tan odioso.

—¡Bueno! A ver, ¿qué os ha sucedido? —preguntó mi hermana dirigiéndose a los dos a la vez—. Me extraña que os hayáis dignado volver aquí para estar en nuestra pobre compañía.

—Miss Havisham —dijo Joe mirándome fijamente como si se esforzara en recordar algo que había olvidado— me ha encargado encarecidamente que presentase sus... Oye, Pip, ¿eran saludos o respetos?

—Saludos —respondí.

—¡Ah, sí, ya me lo parecía! —repuso Joe—. Sus saludos a Mrs. Gargery.

—¡Vaya gran cosa que voy a sacar de sus cumplidos! —replicó mi hermana, aunque en realidad se sentía bastante halagada.

—Y ha dicho —prosiguió Joe, mirándome de nuevo fijamente, como volviendo a esforzarse para recordar—, que le sabía muy mal que su estado de salud no le... Oye, Pip, ¿«permita» ha dicho?

—¡Sí, «permita tener el gusto...» —añadí.

—De recibir señoras —prosiguió él, y dejó escapar un prolongado suspiro de alivio.

—¡Está bien! —exclamó mi hermana mirando significativamente a Mr. Pumblechook—. Habría podido mandar este recado antes, pero vale más tarde que nunca. ¿Y qué le ha dado a este diablillo?

—No le ha dado nada —respondió Joe—. Nada en absoluto.

Mi hermana iba a dar rienda suelta a su indignación, pero él, oportunamente, prosiguió:

—Lo que ella da es para los amigos del chico; y al decir sus amigos, al menos así lo ha manifestado ella, debe entenderse que lo entrega a su hermana, Mrs. J. Gargery. Estas han sido sus palabras; a Mrs. J. Gargery. Quizá no sabía —añadió con aire meditativo— si era Joe o Jacob.

Mi hermana miró nuevamente a Pumblechook, que acarició los brazos de su sillón y sacudió la cabeza contemplando primero a ella y después el fuego, como si lo hubiese sabido todo de antemano.

—¿Y cuánto te ha dado? —preguntó mi hermana riendo.

—¿Qué dirían los presentes si fuesen diez libras esterlinas? —preguntó Joe.

—Dirían —contestó ásperamente mi hermana—, que no está mal. No es mucho, pero puede pasar.

—Pues son más de diez —dijo Joe.

Aquel impostor temible de Pumblechook asintió de inmediato con la cabeza y dijo, pasando nuevamente sus manos por los brazos del sillón:

—Son más de diez, sobrina.

—No va usted a pretender... —repuso mi hermana.

—Sí, sí —la interrumpió Pumblechook—, pero, espera un momento. Continúa, Joe, te explicas muy bien.

—¿Qué dirían los presentes —prosiguió Joe—, si fuesen veinte libras?

—En ese caso, la dádiva podría calificarse de espléndida —contestó mi hermana.

—Bien —siguió Joe—, pues son más de veinte libras.

Aquel abyecto hipócrita de Pumblechook volvió a inclinar la cabeza y declaró con una mirada de protección:

—Son más de veinte libras, sobrina. ¡Muy bien, Joe, muy bien! Continúa...

—Veinticinco para ser exactos —dijo Joe muy satisfecho y entregando la bolsa a mi hermana.

—Son veinticinco libras, sobrina —repitió aquel vil estafador de Pumblechook, levantándose para estrecharle la mano—. Y no es más de lo que te mereces, como dije cuando me preguntaron mi parecer, y deseo que disfrutes mucho con ellas.

Aunque el villano no hubiese pasado de allí, su conducta ya habría sido bastante aborrecible, pero aún acabó de ennegrecer su culpa pasando a tomarme bajo su custodia con un aire de protección que superaba toda su maldad anterior.

—Ahora, como pueden ver Joe y su esposa —dijo Mr. Pumblehook cogiéndome del brazo por encima del codo—, yo soy de los que cuando han emprendido algo no lo abandonan hasta terminar. Tenemos que inscribir inmediatamente a este chico como aprendiz.

—Dios sabe, tío Pumblehook —repuso mi hermana guardando el dinero bien apretadito en su mano—, lo mucho que se lo agradecemos.

—No hay de qué, sobrina —contestó el diabólico comerciante en granos—. Una satisfacción es una satisfacción, aquí y en todas partes. Pero en cuanto a este muchacho, tenemos que formalizar su contrato. Prometí encargarme del asunto y así lo haré.

El juez estaba en el ayuntamiento, muy cerca de allí, y fuimos de inmediato a formalizar mi contrato con Joe en presencia del magistrado. He dicho que fuimos allí, pero mejor sería decir que fui arrastrado por Pumblehook como si acabase de hurtar un pañuelo o de pegar fuego a un pajar, y, en efecto, todos los presentes en la sala del tribunal, se figuraron que me habían pillado con las manos en la masa, pues mientras Pumblehook me empujaba hacia adelante entre el público reunido en la sala, oí que alguien decía: «¿Qué habrá hecho?». Y otro comentaba: «Es joven, pero tiene cara de pillastre, ¿verdad?». Una persona de aspecto decente y bondadoso, al verme cerca me dio un folleto en el que había un grabado representando a un joven delincuente cargado de grilletes. En las cubiertas del mismo leí el siguiente título: «Para leer en mi celda».

La sala me pareció un lugar muy extraño, con unos bancos más altos que los de la iglesia, llenos de curiosos, y donde se hallaban los poderosos jueces (uno de los cuales ostentaba una peluca empolvada), repantigados en sus sillones, con los brazos cruzados, aspirando rapé, dando cabezadas, escribiendo o leyendo el periódico. De las paredes pendían unos retratos negros y lustrosos que, con mi poco gusto artístico, comparé con una mezcla de tostada y tafetán viscoso. Allí, en un rincón, fue firmado mi contrato y quedé convertido en aprendiz. Durante todo aquel rato Mr. Pumblehook me tuvo cogido como si fuese en camino de la horca y antes de mi ejecución hubiésemos entrado en el juzgado para despachar los preliminares. Cuando volvimos a salir y nos hubimos librado de los muchachos que aguardaban muy contentos con la esperanza de verme torturado en público, y que se sintieron muy defraudados al comprobar que mis amigos se limitaban a agruparse alrededor de mí, regresamos a casa de Mr. Pumblehook. Y allí mi hermana se entusiasmó tanto con lo de las veinticinco guineas, que de todas maneras quiso celebrar una comida en el Cerdo Azul con aquella ganga y se empeñó en que Mr. Pumblehook fuese con su coche a buscar a los Hubble y a Mr. Wopsle.

Así quedó convenido; y yo pasé un día de los más melancólicos de mi vida. Porque, injusta e irreflexivamente, pareció natural a todos los reunidos considerarme como una excrecencia de la fiesta. Y para acabar de empeorarlo, todos me preguntaban, de vez en cuando —en realidad, cuando no tenían otra cosa que hacer— por qué no me divertía. ¿Y qué otra cosa podía hacer sino decir que me divertía, a pesar de que no era cierto?

Sin embargo, ellos eran personas mayores, hacían lo que les daba la gana, y se divertían con ello. Aquel farsante de Pumblehook, elevado a la condición de benéfico artífice de toda la casa, se sentó a la cabecera de la mesa, y mientras soltaba un discurso sobre el tema de mi aprendizaje y se alegraba diabólicamente por el hecho de que ahora yo podría ser

encarcelado si jugaba a cartas, bebía licores fuertes, me acostaba tarde, andaba en malas compañías o me entregaba a otros excesos que las fórmulas del contrato parecían dar como poco menos que inevitables, me colocó a su lado para ilustrar sus observaciones.

No recuerdo más de aquella gran fiesta, sino que no querían dejarme dormir y que cada vez que se me cerraban los párpados, me zarandeaban y me mandaban que me divirtiese, que, muy tarde ya, el señor Wopsle nos recitó la *Oda* de Collin, y arrojó su espada ensangrentada con tal efecto, que entró un camarero para decirnos que los viajeros que ocupaban la habitación de la planta baja nos mandaban sus saludos y nos recordaban que aquello no era una posada de titiriteros. Que todos estaban de muy buen humor en el camino de regreso y cantaron *La dama rubia* haciendo Mr. Wopsle la parte del bajo, afirmando con un vozarrón tremendo (en respuesta al fastidioso preguntón que encabeza aquella canción de una manera tan impertinente, metiéndose en los asuntos particulares de todo el mundo), que él era el hombre de los mechones blancos que flotaban al viento y que, en definitiva, era el peregrino más fatigado que existía y había existido en el mundo entero.

Recuerdo, por último, que cuando llegué a mi cuartito, me sentía verdaderamente desdichado y tenía la completa convicción de que nunca me gustaría el oficio de Joe. En otro tiempo me había cautivado, pero otro tiempo no era ahora.

XIV

Es una cosa muy despreciable avergonzarse del propio hogar. Puede suponer una negra ingratitud, y el castigo puede resultar justo y bien merecido, pero que es una cosa muy triste, esto os lo puedo atestiguar, pues a causa del mal carácter de mi hermana nuestra casa nunca había sido un lugar muy agradable para mí. Pero Joe la había santificado y la salita se me antojaba un elegantísimo salón; la puerta de la calle un misterioso portal del Templo, cuya solemne apertura se acompañaba con un sacrificio de aves asadas; la cocina un aposento limpio, aunque no magnífico, y la herrería el camino luminoso que conducía a la virilidad y la independencia. En un año, todo eso había cambiado. Ahora todo era tosco y ordinario, y por nada del mundo habría querido que lo viesen miss Havisham y miss Estella.

Que parte de este mezquino estado de ánimo podía haber sido culpa mía, o de miss Havisham o de mi hermana, no es cosa que me importe a mí ni a nadie. El cambio se había producido en mí, la cosa estaba hecha. Bien o mal, excusable o inexcusablemente, estaba hecha.

Algunos años atrás había creído que cuando pudiera arremangarme y entrar de aprendiz en la herrería de Joe, me sentiría dignificado y sería dichoso. Pero ahora que mi deseo se había cumplido, lo único que resultaba cierto era que iba sucio de polvo y carbonilla y que mi vida cotidiana era tan pesada que comparada con ella el yunque semejava una pluma. A lo largo de mi vida me he hallado en ocasiones en que, durante cierto tiempo, una espesa cortina parecía ocultar todo cuanto podía ofrecer interés y aventura, para dejarme sumido en la monotonía y el sufrimiento, sobre todo en mi nueva situación de aprendiz en la herrería de Joe.

Recuerdo que en mi posterior período de aprendizaje tenía la costumbre de permanecer junto al cementerio todos los domingos al anochecer. Comparaba entonces mi porvenir con el panorama de los pantanos azotados por el viento, y encontraba cierta semejanza entre aquel y estos, que se extendían por espacios desconocidos que la bruma hacía aún más indescifrables. Me sentía entonces tan deprimido como el primer día de mi aprendizaje, pero me consuela pensar que mientras duró mi compromiso nunca dirigí a Joe una sola palabra de queja o desaliento. Por lo que a él respecta, mi silencio es casi lo único que me ha hecho estar satisfecho de mí mismo.

Porque, aunque mi modo de proceder incluye lo que voy a añadir, el mérito de mi conducta no fue mío sino de Joe. Si no me escapé para alistarme en el ejército o la marina, no fue por fidelidad a Joe, sino de este a mí. Y no fue porque yo apreciase la virtud de la

laboriosidad por lo que trabajé con bastante afán, dominando mi mala disposición para aquel oficio. No es posible saber hasta qué punto alcanza la influencia de un hombre afectuoso, honrado y cumplidor de su deber, pero sí puede saberse cómo le ha afectado a uno el estar a su lado, y no ignoro que todo lo que pude hacer de bueno durante mi aprendizaje no lo debo a mi carácter, siempre inquieto, ambicioso y descontento, sino al modesto y resignado Joe.

¿Quién podía decir lo que yo deseaba, si yo mismo no lo sabía? Lo que temía era que en un momento desgraciado, cuando mi aspecto fuese más sucio y vulgar, al levantar los ojos viese a Estella contemplándome con desdén desde una de las ventanas de la herrería. Me torturaba la idea de que, tarde o temprano, ella me descubriría con la cara y las manos tiznadas, haciendo la parte más dura y poco importante del trabajo de la herrería. Muchas veces, en la oscuridad, mientras Joe y yo, trabajando, cantábamos la canción *San Clem*, creía ver surgir de las llamas de la fragua el rostro de Estella, con su hermoso cabello agitado por el viento y sus ojos brillantes, de mirada despectiva. Entonces yo levantaba los ojos y dirigía la vista a los «retazos» de noche negra, que es lo que parecían en aquellos momentos las ventanas, y se me antojaba que había visto la cara de ella en el preciso instante de retirarse del cristal, y que por fin se había decidido a venir a observarme trabajar para disfrutar viéndome en tan triste situación.

Luego, cuando entrábamos para cenar, la casa y la comida me parecían más vulgares que nunca, y en mi alma mezquina sentía la vergüenza profunda que me causaba mi hogar humilde.

XV

Como yo ya era demasiado mayor para seguir asistiendo a la sala-escuela de la tía abuela de Mr. Wopsle, se dio por concluida mi instrucción bajo las indicaciones de aquella mujer estrafalaria. Pero esto no ocurrió hasta que Biddy me hubo inculcado todo lo que sabía, desde el pequeño catálogo de precios de la tienda de granos de Mr. Wopsle, hasta una canción humorística que en cierta ocasión compró por medio penique. Lo único coherente de aquella pieza literaria eran los primeros versos, que decían así:

*Cuando fui a Londres, señores
tra-la-lá, tra-la lá,
no tenía estos colores
que allí la atmósfera me da...
Tra-la-lá, tra-la lá.*

Sin embargo, inducido por mi deseo de instruirme, me aprendía de memoria esta composición con la mayor seriedad, y no discutí su mérito, aunque sí me pareció que la cantidad de «tra-la-lás» resultaba algo desproporcionada comparada con el resto del poema. Llevado por mi anhelo de aprender, propuse a Mr. Wopsle que se dignara proporcionarme aunque solo fuese una pizca de intelectualidad, a lo cual accedió bondadosamente. Pero como resultó que él solo me quería para que le sirviese como una especie de maniquí al que contradecir, abrazar, hacer llorar, apabullar, agarrar, llevar y traer de mil distintas formas, pronto abandoné aquel método de instrucción, aunque no fue antes de que Mr. Wopsle, en su furor patético, me hubiese maltratado con brutalidad.

Todo lo que yo aprendía procuraba enseñarlo a Joe. Esto parece decir tanto en mi favor que, en conciencia, no puedo dejar de dar una explicación. Deseaba que Joe fuese menos ignorante y rústico, para que fuera más digno de mi compañía y menos merecedor de las críticas de Estella.

La vieja batería de los pantanos era nuestra aula, y una pizarra rota y un trozo de pizarrín nuestros utensilios instructivos, a los cuales Joe añadía siempre una pipa y tabaco. Nunca vi a mi amigo recordar algo de un domingo a otro ni adquirir, con mi enseñanza, conocimiento alguno. No obstante, en la batería fumaba su pipa con semblante más perspicaz que en ningún otro sitio —incluso con aire de doctor— como si se figurase que hacía grandes progresos.

¡Amigo querido, qué más habría yo deseado!

Era agradable y tranquilo estar allí viendo pasar por el río, detrás del terraplén, las velas que, a veces, durante la marea baja, parecían pertenecer a barcos hundidos que aún

continuasen navegando en el fondo del agua. Cada vez que contemplaba las embarcaciones salir al mar con sus blancas velas desplegadas, acababa pensando en miss Havisham y en Estella, y cuando la luz daba de soslayo a lo lejos en una nube, en una vela, en una verde colina o en el confín del agua, ocurría lo mismo. Miss Havisham, Estella, la extraña casa y la singular vida parecían tener algo que ver con todo lo pintoresco.

Un domingo en que Joe, mientras daba chupadas a su pipa, se había calificado tan insistentemente de «duro de mollera» que yo tuve que suspender la instrucción por aquel día, me tendí un rato sobre el terraplén con la mano apoyada en la barbilla y se me antojó descubrir rasgos de miss Havisham y de Estella en todo cuanto me rodeaba, así como en el cielo y en el agua, hasta que al cabo resolví mencionar un pensamiento referente a ellas que hacía cierto tiempo me atormentaba.

—Joe —dije—, ¿no te parece que debería visitar a Miss Havisham?

—Verás, Pip —respondió él, pensativo—. ¿Para qué?

—¿Que para qué? ¿Para qué se hacen las visitas?

—Quizá haya visitas, Pip, que se presten a esta pregunta —dijo Joe—, pero en cuanto a visitar a miss Havisham, me parece a mí que esta podría figurarse que vas a verla porque esperas algo de ella.

—¿Y no podría decirle que no se trata de eso, Joe?

—Claro que sí, y ella tal vez lo creería o tal vez no.

Tanto él como yo comprendimos que aquel razonamiento era concluyente, y para no quitarle fuerza repitiéndolo, Joe se puso a chupar su pipa con vehemencia.

—Ya ves —prosiguió—. Miss Havisham se portó muy bien contigo cuando me llamó para indicarme que no tenía que esperar nada más.

—Sí, Joe, ya lo oí.

—Lo cual, a mi parecer, podía muy bien significar: «¡Se acabó! Yo hacia el norte y vosotros hacia el sur... ¡Cada cual por su lado!».

Lo que dijo Joe ya lo había pensado yo, y el que él también lo hubiese pensado no me servía de consuelo, pues ello venía a demostrar que mi pensamiento era acertado.

—Pero, Joe...

—¿Qué hay, chico?

—Estoy terminando el primer año de mi aprendizaje desde el día que quedó formalizado el contrato, y ni he dado las gracias a miss Havisham, ni me he interesado por ella, ni le he demostrado de ningún modo que la recuerdo.

—Es verdad, Pip, y a menos que le hagas un juego completo de herraduras, y me figuro que no sería aceptable como obsequio, porque no hay caballos a los cuales ponerlas...

—No me refiero a esa clase de recuerdos, Joe; no he querido decir un regalo.

Pero a Joe se le había metido en la cabeza la idea de un obsequio.

—O incluso —agregó—, si yo te ayudara para hacerle una cadena nueva para la puerta principal, o, supongamos, una gruesa de tornillos o algún artículo ligero de fantasía, como, por ejemplo, un tenedor para tostar el pan o una parrilla para asar sardinas o algo por el estilo.

—Yo no pensaba hacerle ningún regalo, Joe —lo interrumpí.

—Está bien —dijo él, volviendo sobre el mismo tema, como si yo hubiese insistido al respecto—. Si yo estuviera en tu lugar, no lo haría, porque ¿para qué regalarle una cadena para la puerta si ya tiene una puesta en el portal de su casa? En cuanto a los tornillos, se prestan a malas interpretaciones. En el caso de un tenedor para tostar pan, debería ser de cobre, y seguramente no sabrías hacerlo... Hasta el mejor de los artesanos se muestra a veces inepto al pretender hacer una parrilla, porque... una parrilla es siempre una parrilla —afirmó Joe subrayando sus palabras como si quisiera sustraerse a una idea que lo obsesionaba.

—Querido Joe —exclamé desesperado, agarrándolo por la chaqueta—, no sigas por este camino. Ya te he dicho que nunca pensé hacer ningún regalo a miss Havisham.

—No, Pip —dijo él, asintiendo como si hubiese estado todo el rato esforzándose para convencerme—, y lo que te digo es que tienes razón, Pip.

—Sí, Joe, pero lo que quería decirte es que, como ahora tenemos muy poco trabajo, si mañana me concedieses medio día de fiesta iría a la ciudad con objeto de visitar a miss Est... Havisham.

—Cuyo apellido no es Estavisham, Pip —repuso Joe gravemente—. A no ser que se lo haya cambiado.

—Ya lo sé, Joe. Me he equivocado, y ¿qué opinas sobre esto?

En resumen, Joe pensó que si a mí me parecía bien, él no pondría inconveniente alguno. Pero insistió en que quedaba convenido que si no se me recibía con cordialidad o no se me invitaba a repetir la visita, que no tenía otro objeto que expresar mi gratitud por el dinero recibido, no volvería a presentarme en casa de miss Havisham. Prometí cumplir estas condiciones.

Ahora bien: Joe tenía un jornalero llamado Orlick. Este pretendía que su nombre de pila era Dolge —lo cual era imposible—, pero se trataba de un individuo tan testarudo que no creo que en este caso hubiese sufrido ninguna desilusión, sino que había impuesto adrede este nombre a todo el pueblo como una afrenta a la inteligencia de sus habitantes. Se trataba de un tipo forzado, moreno y de hombros anchos, pero poco diligente y siempre con la vista baja. Nunca parecía ir a trabajar con intención de hacerlo sino como por casualidad, y cuando iba a comer a la taberna Los Tres Alegres Barqueros, o cuando se marchaba por la noche, caminaba siempre cabizbajo, sin dirección fija, como Caín o el Judío Errante, sin que al parecer tuviese idea de hacia dónde encaminaba sus pasos. Se hospedaba en la casa del guarda de las compuertas de los pantanos y en los días laborables salía de allí con la cabeza baja, como de costumbre, las manos en los bolsillos y la comida metida en un pañuelo que llevaba atado al cuello y le colgaba por la espalda. Los domingos los pasaba, casi siempre, tendido junto a una compuerta o apoyado contra un pajar o un granero. Siempre iba inclinado y con la vista fija en el suelo, y cuando tenía que levantarla porque alguien le dirigía la palabra o por cualquier otro motivo, miraba como si estuviese enfadado o turbado y como si pensara que reflexionar o siquiera prestar atención a algo era un hecho tan molesto como singular.

Yo sabía que no le caía simpático a aquel hombre intratable. Cuando era pequeño al verme tímido me hacía creer que el diablo habitaba en un rincón oscuro de la herrería, y que él era amigo suyo. Me explicaba, además, que cada siete años era necesario encender el

fuego con un niño vivo, y que yo podía ya considerarme como futuro combustible. Cuando comencé a trabajar como aprendiz de Joe, seguramente creyó que yo iba a quitarle el puesto, lo cual venía temiendo desde hacía algún tiempo, y entonces su antipatía hacia mí se convirtió en odio. Nunca me hizo ni dijo nada que revelase hostilidad abierta; yo solo había notado que siempre dirigía las chispas que saltaban en el yunque hacia mí, y que cuando yo cantaba el *San Clem*, él también se ponía a entonarlo, pero fuera de tiempo, para tratar de que yo me confundiese.

Dolge Orlick estaba trabajando con nosotros, cuando al día siguiente le recordé a Joe que me había dado medio día libre. En el primer momento no emitió palabra porque él y Joe acababan de poner un trozo de hierro candente entre ellos y yo tiraba de la cuerda de la fragua, pero poco después, apoyándose en el martillo, dijo:

—¡Oiga, maestro! Supongo que no va usted a favorecer a uno solo de nosotros, ¿verdad? Si el pequeño Pip tiene medio día libre, no veo por qué no puede hacerlo el viejo Orlick.

Imagino que debía de tener unos veinticinco años, pero solía hablar de sí mismo como de una persona de edad.

—¿Y qué vas a hacer con medio día libre si te lo conceden? —preguntó Joe.

—Pues en ese caso el viejo Orlick irá a la ciudad —replicó el otro—. Pueden ser dos los que vayan a la ciudad y no uno solo.

—No te exaltes —repuso Joe.

—Me exaltaré si me da la gana —murmuró Orlick—. Si él va a la ciudad, yo también iré. Nada de favoritismos en esta herrería... ¡Compórtese usted como un hombre!

Como Joe se negó a seguir tratando del asunto hasta que Orlick estuviera de mejor talante, este se abalanzó sobre la fragua, sacó de ella una barra de hierro, me dio un golpe con ella y luego la puso encima del yunque y la martilleó —como si se tratara de mí, pensé yo, y como si las chispas fuesen salpicaduras de mi propia sangre—. Por fin, cuando a fuerza de dar con el martillo él se hubo acalorado y el hierro enfriado, dijo apoyándose de nuevo en el martillo:

—¡Venga, maestro! ¡A ver qué decide!

—¿Te has calmado ya? —preguntó Joe.

—Sí, me he calmado —repuso el gruñón de Orlick.

—Pues bien —dijo Joe—, he pensado que como en general trabajas tan bien como podría hacerlo cualquier otro, todos vamos a disfrutar de medio día de fiesta.

Mi hermana, que había estado escuchando todo en silencio desde el patio, pues era muy curiosa y no tenía el menor escrúpulo a la hora de espiar, sacó inesperadamente la cabeza por una de las ventanas y exclamó, dirigiéndose a Joe:

—Solo un estúpido como tú es capaz de conceder medio día de fiesta a haraganes como estos. ¡Naturalmente! ¡Como somos tan ricos puedes ir desperdiciando el dinero que te cuestan los jornales! ¡Ah, si fuese yo el amo!

—Usted sería el amo de todo el mundo, si se atreviese —replicó Orlick con aspereza.

—Déjala en paz —intervino Joe.

—Metería en cintura a todos los necios y a todos los truhanes —continuó mi hermana, que empezaba a enfurecerse—. Pero para eso tendría que empezar por tu amo, que es el

rey de los tontos; y tampoco me sería posible domesticar a los truhanes sin comenzar por ti, que eres el mayor patán que pueda hallarse de aquí hasta Francia.

—Es usted la peor de las arpías, tía Gargery —murmuró Orlick—, y si esa fuese una buena condición para ser juez, ninguno resultaría mejor.

—¿Quieres hacer el favor de dejarla en paz? —repitió Joe.

—¿Qué ha dicho? —gritó mi hermana con voz estentórea—. ¿Qué ha dicho Orlick, Pip? ¿De qué me ha calificado delante de mi marido? ¿Qué nombre me ha dado en presencia del hombre despreciable que juró defenderme? ¡Contenedme o lo mato!

—¿Ya la contendría yo si fuese mi mujer! —refunfuñó Orlick—. La metería debajo de la bomba del agua y le daría una buena ducha.

—Te he dicho que la dejes tranquila. No la excites más —insistió Joe.

—¡Hay que oírlo a ese descarado! —exclamó mi hermana, dando palmadas al tiempo que lanzaba un chillido, lo cual solía ser la señal de la segunda parte de su exaltación—. ¿No habéis oído cómo me trata este desvergonzado de Orlick? ¡Y en mi propia casa! ¡A mí, una mujer casada!

Una vez llegado a este punto, mi hermana, después de una crisis de alaridos y palmoteos, comenzó a golpear el pecho y las rodillas, se arrancó la cofia y se enmarañó el cabello, todo lo cual era el síntoma del final de su furiosa pataleta. Entonces se precipitó hacia la puerta, que yo por fortuna había cerrado.

¿Y qué podía hacer el pobre Joe, después de haber visto desatendidas sus sensatas advertencias, sino encararse con su jornalero y preguntarle qué pretendía al inmiscuirse en las cuestiones que solo atañían a él y a su mujer; y si era hombre capaz de dar la cara?

Orlick comprendió que la situación no tenía escapatoria y se puso en guardia de inmediato, y sin quitarse siquiera los chamuscados mandiles, acometieron el uno contra el otro como dos gigantes. Pero si en la vecindad había un hombre que pudiera resistir el empuje de Joe, yo no lo conocía. Orlick, como si hubiese sido el jovencito pálido que yo había conocido en la casa de miss Havisham, pronto se vio arrojado de cabeza a la carbonilla y sin ninguna prisa por salir de allí. Entonces Joe abrió la puerta y fue a recoger a mi hermana que estaba tendida en el suelo junto a la ventana, desmayada (supongo que después de haber presenciado la pelea) y la llevó dentro, la tendió sobre la cama y le recomendó que volviera en sí, pero ella no quiso hacer otra cosa que un par de contorsiones perezosas y tirar del pelo de Joe con ambas manos. Luego vino aquella calma singular y aquel silencio que suele seguir a todo alboroto y, con la vaga sensación (que siempre relacioné con tales momentos de sosiego) de que era domingo y había muerto alguien, subí a mi cuarto para vestirme.

Cuando volví a bajar, encontré a Joe y a Orlick barriendo la herrería, sin más señales de la reciente refriega que un corte en la nariz de este último, el cual, por cierto, no resultaba expresivo ni ornamental. Había aparecido una jarra de cerveza procedente de la taberna Los Tres Alegres Barqueros, y se la iban bebiendo tranquila y alternativamente. Aquel sosiego ejerció una influencia sedante y fisiológica sobre Joe, quien me siguió a la calle para hacerme, a manera de despedida, una observación que podía beneficiarme:

—Un alboroto viene y otro se va, Pip; así es la vida...

Poco importa indicar aquí cuáles fueron las absurdas emociones que se apoderaron de mí al dirigirme de nuevo a casa de miss Havisham (pues los sentimientos que nos parecen muy serios en un hombre nos resultan cómicos en un niño). Tampoco interesa saber cuántas veces pasé y volví a pasar por delante de la verja antes de decidirme a llamar, ni que hasta me sentí tentado de marcharme sin efectuar mi visita.

No vino a abrir Estella, sino miss Sarah Pocket.

—¿Cómo? ¿Ya vuelves a estar aquí? —preguntó—. ¿Qué quieres?

Al manifestarle que había ido allí únicamente para ver cómo estaba miss Havisham, quedó pensativa, seguramente reflexionando si sería o no mejor enviarme a freír espárragos. Pero, por lo visto, no se atrevió a cargar con la responsabilidad de no admitirme, y me dejó entrar. Al cabo de un momento me trajo el simple mensaje de «que subiera».

Todo estaba igual y miss Havisham se hallaba sola.

—¿Qué hay? —preguntó, mirándome fijamente—. Supongo que no vienes a pedirme nada, porque nada conseguirías.

—No, miss Havisham. Solo quería que supiese que estoy haciendo muchos progresos en mi aprendizaje y que le estoy muy agradecido.

—¡Está bien! —repuso ella al tiempo que movía los dedos con ademán de impaciencia, como era propio en ella—. Ven a verme de vez en cuando; el día de tu cumpleaños, por ejemplo. ¡Ah! —exclamó súbitamente—. Estás buscando a Estella, ¿verdad?

Efectivamente, mis ojos vagaban en busca de la joven, y algo turbado y balbuceante, expresé mis deseos de que esta gozara de perfecta salud.

—Está en el extranjero —dijo miss Havisham—, a fin de instruirse como conviene a una dama; se halla fuera de tu alcance; más hermosa que nunca; admirada por todos los que la ven. Te parece haberla perdido, y te sabe mal, ¿no es cierto?

El tono de su voz revelaba una satisfacción tan maligna, y se puso luego a reír tan desagradablemente, que me quedé sin saber qué decir. Me ahorró el trabajo de pensarlo, y me despedí. Cuando Sarah, la de la cara de cáscaras de nuez, cerró la verja después que yo hube salido, me sentí más descontento que nunca de mi hogar, de mi oficio y de todo, y eso fue todo lo que gané con aquella visita.

Mientras iba por la calle principal mirando desconsoladamente los escaparates, y pensando en lo que compraría si fuese un caballero con recursos económicos, vi salir de la librería, cuya vitrina contemplaba, ¡nada menos que a Mr. Wopsle! Este llevaba en la mano la emocionante tragedia de George Barnwell, por cuya adquisición acababa de gastarse seis peniques con el propósito de descargar hasta la última de sus palabras sobre la cabeza de Mr. Pumblechook, con quien iba a tomar el té. Al verme, pareció considerar que la Providencia había puesto un aprendiz en su camino para aumentar el auditorio, y, por lo tanto, me cogió por el brazo y se empeñó en que lo acompañase a la trastienda del comerciante Pumblechook, en el preciso instante en que empezaba a encenderse el alumbrado de la calle y las tiendas.

Como yo sabía que en mi casa iba a sentirme desdichado y como las noches eran muy oscuras y el camino solitario y cualquier compañía era mejor que ninguna, no opuse gran resistencia. Entramos, pues, en casa de Mr. Pumblechook.

Como nunca he asistido a la representación de la tragedia de George Barnwell ignoro cuánto solía durar, pero sí sé que aquella noche se prolongó hasta las nueve y media, y que cuando Mr. Wopsle entró en Newgate creí que nunca llegaría a la escena del cadalso, pues se mostró mucho más lento que en cualquier otro período de su vergonzosa carrera. Me pareció algo excesivo que se quejara de que le cortasen en flor, como si no hubiese estado deshojándose y dando fruto desde el comienzo de su vida. Esto, sin embargo, era una mera cuestión de extensión y aburrimiento. Lo que más me molestó fue que identificasen todo aquel asunto con mi inofensiva persona. En la escena en que Barnwell empieza a ir por mal camino, confieso que me sentí hasta tal punto avergonzado que me abrumaba la mirada de indignación que me dirigía Mr. Pumblechook.

Wopsle, por su parte, hizo todo lo posible para presentarme bajo el peor aspecto; a la vez feroz y borracho, pretendiendo demostrar que yo había asesinado a mi tío sin que existiese circunstancia atenuante; Millwood rebatía cada uno de mis argumentos. La hija de mi amo me despreciaba y todo cuanto puedo decir en defensa de mi conducta es que fue la consecuencia natural de la debilidad de mi carácter. Aun después de que me hubieron ahorcado y de que Wopsle hubo cerrado el libro, Pumblechook siguió mirándome fijamente y exclamó:

—¡Que te sirva de lección, chico! ¡Qué te sirva de lección! —Como si fuese cosa sabida que yo tenía intención de asesinar a un pariente próximo, con tal de que encontrase a alguien que consintiese en dispensarme su protección.

Era noche cerrada cuando terminó la lectura y los comentarios, y regresé a casa en compañía de Mr. Wopsle. En las afueras nos sorprendió una niebla muy densa y húmeda. La luz de la barrera del portazgo apenas se distinguía; hubiérase dicho que estaba fuera de su lugar habitual, y en medio de la bruma su tenue reflejo parecía de alguna sustancia sólida. Estábamos observando todo eso y considerando que la niebla podría disiparse si el viento cambiaba de dirección, cuando tropezamos con un hombre que se hallaba refugiado en la casilla del portazgo, quieto y cabizbajo.

—¡Hola! —le dijimos, deteniéndonos—. ¿Es usted Orlick?

—¡Sí! —contestó él, irguiéndose—. Me he entretenido aquí un momento por si pasaba alguien.

—Vuelve usted tarde —le hice notar.

Orlick, naturalmente, replicó:

—Tanto como ustedes.

—Hemos estado pasando una velada intelectual —dijo Mr. Wopsle, entusiasmado con su última lectura dramática.

Orlick gruñó, como si no tuviese nada que contestar a lo que le decíamos, y los tres proseguimos el camino juntos. Al cabo de un rato se me ocurrió preguntarle si había pasado su medio día festivo en la ciudad.

—Sí —respondió—. He pasado la tarde allí. Me proponía seguiros, pero no os vi por ninguna parte, aunque no debíais de andar muy lejos. ¡Ah! y a propósito: han vuelto a disparar los cañones.

—¿En los barcos-cárcel? —pregunté.

—Sí, probablemente algún pájaro se escapó de su jaula. Los cañones están disparando a intervalos desde la puesta de sol. No tardaréis en oírlos.

Efectivamente, no habíamos andado mucha distancia, cuando el bien conocido estampido llegó hasta nuestros oídos, amortiguado por la niebla para perderse por las tierras bajas de la orilla del río, como si persiguiera y amenazase a los fugitivos.

—Buena noche para escabullirse —dijo Orlick—. Difícil nos sería cazar una pieza que hubiese levantado el vuelo.

El asunto me parecía interesante y yo reflexionaba respecto al mismo en silencio. Mr. Wopsle, en el papel del tío que tan mal había visto recompensada su bondad en la tragedia leída aquella noche, se puso a cavilar en voz alta en su jardín de Camberwell. Orlick andaba a mi lado despacio, con las manos en el bolsillo y la cabeza baja. El camino era muy oscuro, húmedo y cenagoso. A cada paso nos metíamos en el barro. De vez en cuando oíamos el estampido del cañón, y el eco iba a perderse a lo largo del río. Yo andaba en silencio, sumido en mis cavilaciones. Mr. Wopsle «murió» amigablemente en Camberwell, con gran valor en el campo de Bosworth, y con las mayores angustias en Glastonbury. Orlick, a veces, con voz ronca, canturreaba la canción de San Clem. Me di cuenta de que había bebido, aunque no estaba borracho.

De esta manera llegamos al pueblo. El camino por donde entramos en él pasaba por delante de Los Tres Alegres Barqueros, y nos extrañó que, a pesar de ser ya las once de la noche, el local tuviera las puertas abiertas de par en par y se notara en su interior una inusitada agitación. Había más luces que en otras ocasiones, iluminando cada rincón de la casa. Mr. Wopsle entró a preguntar qué sucedía (figurándose que acababan de detener algún presidiario evadido), pero salió corriendo muy alarmado.

—Ha ocurrido algo en tu casa, Pip —dijo sin detenerse—. ¡Vamos allí enseguida!

—¿Qué ha pasado? —pregunté ansioso, echando a correr tras él. Lo mismo hizo Orlick.

—No lo entiendo. Según parece, los presidiarios evadidos han entrado allí violentamente mientras Joe estaba fuera y han agredido a alguien.

Corríamos demasiado para poder seguir sosteniendo nuestro diálogo y no nos detuvimos hasta que nos hallamos en nuestra cocina. La encontramos llena de gente; todo el vecindario estaba allí, o en el patio, y en el centro de la cocina estaban Joe, un cirujano y varias mujeres, todos ellos agachados en el suelo. Los que actuaban solo de mirones, porque no tenían allí nada que hacer, al verme se apartaron, y pude contemplar a mi hermana tendida, sin sentido, sobre unas tablas desnudas, a consecuencia de un tremendo golpe en la nuca, asestado por una mano desconocida mientras estaba de cara al fuego, condenada ahora a no volver a alborotar mientras fuese la mujer de Joe.

XVI

Al principio, tal vez porque tenía la cabeza llena de George Barnwell, me inclinaba a creer que yo era en parte responsable de la agresión que había sufrido mi hermana, o, en todo caso, que como pariente próximo suyo le debía gratitud y tenía que despertar sospechas con más motivo que cualquier otra persona.

Pero cuando, a la luz más diáfana de la mañana siguiente, volví a reflexionar sobre el asunto y oí discutir sobre él a quienes me rodeaban, consideré los hechos desde un punto de vista razonable.

Joe había estado en la taberna Los Tres Alegres Barqueros, fumando tranquilamente su pipa, desde las ocho y cuarto hasta las diez menos cuarto. Entretanto, mi hermana había sido vista en la puerta de la cocina y había correspondido al saludo de un labrador que regresaba a su hogar. Lo único que el referido campesino pudo indicar respecto a la hora en que vio a mi hermana (y sobre este punto se armó un enredo al tratar de recordarlo), fue que debió de ser antes de las nueve. Cuando Joe llegó a casa, a las diez menos cinco, la halló tendida en el suelo, y pidió auxilio de inmediato. El fuego de la chimenea no estaba más apagado que de costumbre, y el pabito de la vela ya no ardía.

En la casa no se encontraba a faltar nada, y exceptuando el detalle de que se había apagado la bujía colocada encima de la mesa, entre la puerta y mi hermana, y a espaldas de esta, cuando estando ella de cara al fuego debió de recibir el golpe, no se veía el menor desorden en la cocina. Pero había, sin embargo, un objeto importante que era, con toda evidencia, el cuerpo del delito: un grillete de presidiario que había sido cortado con una lima. Mi hermana había sido golpeada violentamente en la cabeza y en el espinazo, y luego no cabía duda de que, cuando estaba tendida de cara al suelo le habían arrojado con fuerza el grillete.

Joe, tras examinar aquel hierro con ojos de herrero experto, declaró que había sido limado hacía ya algún tiempo. Cuando la voz de alarma llegó hasta el barco-cárcel y vino alguien de allí para examinar, a su vez, el hierro, la opinión de Joe quedó confirmada. Aunque no era posible indicar exactamente cuándo había salido del buque-cárcel, al cual sin duda había pertenecido, se dio por seguro que ninguno de los dos presos evadidos la noche anterior llevaba ese grillete. Además, uno de los dos fugitivos había sido capturado ya, y continuaba arrastrando su grillete.

Enterado yo de todo aquello, deduje, naturalmente, que el grillete en cuestión era el que vi limar a mi conocido, el presidiario de los pantanos, pero en mi fuero interior no lo acusaba de haberlo empleado para agredir a mi hermana, pues yo creía que había una o dos

personas que podían haberse apoderado de aquel hierro fatal y haberlo utilizado en la forma cruel en que tal vez lo habían hecho: Orlick o el desconocido que me enseñó la lima al tiempo que guiñaba el ojo silenciosamente.

Por lo que respecta a Orlick, había ido a la ciudad tal como nos indicó cuando lo encontramos en la barrera del portazgo, pues se lo vio allí durante toda la tarde. Entró en varias tabernas en compañía de diversas personas, y había regresado conmigo y con Mr. Wopsle. Nada lo acusaba, excepto la disputa que sostuvo con mi hermana, y esta había tenido altercados no solo con él sino con toda la vecindad por lo menos diez mil veces. En lo que concierne al desconocido, si se hubiese presentado de nuevo con objeto de reclamar sus dos billetes, no podía haber habido discusión sobre el particular, puesto que mi hermana estaba completamente decidida a devolvérselos. Por otra parte, era evidente que no había habido disputa; el agresor debió de entrar tan sigilosamente, que ella cayó sin duda antes de poder volverse a ver quién entraba.

Era horrible pensar que yo había facilitado el arma, aunque fuese involuntariamente, y apenas podía pasar un momento sin pensar en aquella circunstancia espantosa. Me sentí terriblemente turbado al reflexionar acerca de si tenía o no que romper aquel hechizo de mi infancia y contar a Joe toda la historia. Durante varios meses, estuve reflexionando acerca de ello, planteándomelo una y otra vez y dejándolo de lado para estudiarlo a la mañana siguiente. Al fin llegué a esta conclusión: el secreto era ya tan antiguo, y había ido «vegetando» tanto dentro de mi ser que podía decirse que ahora formaba parte de mí mismo y me resultaba imposible desprenderme de él. Además del temor que tenía de que el haber producido tanto daño me hiciera, quizá, perder el afecto de Joe, en el caso de que este diera crédito a mis palabras, me contenía también el miedo de que no lo creyese, figurándose que era una invención mía, como lo de los perros fabulosos y las chuletas de ternera. Pero decidí confesárselo todo a la primera ocasión que se presentase, a fin de que mis declaraciones contribuyesen al descubrimiento del agresor.

La policía secreta y los agentes de la Bow Street de Londres —pues esto ocurría en la época de la extinguida policía de los chalecos rojos— estuvieron una semana o dos rondando por la casa, e hicieron poco más o menos lo que yo había leído u oído contar que hacían en tales casos esos representantes de la autoridad. Detuvieron a varias personas que no tenían nada que ver con el crimen cometido, y actuaron con gran empeño sobre la base de unas ideas erróneas, pretendiendo adaptar las circunstancias a las ideas, en lugar de deducir las ideas de las circunstancias. Además, perdían el tiempo, permanecían durante horas en el umbral de Los Tres Alegres Barqueros, con un aire de experiencia y reserva que dejaba admirado a todo el vecindario, y tenían una manera tan misteriosa de beber, que valía casi tanto como la detención del delincuente. Pero no tanto, porque a este nunca consiguieron prenderlo.

Un tiempo después de que estos «poderes constitucionales» se hubieron dispersado, mi hermana seguía en cama en estado grave. Su vista estaba tan perturbada que veía los objetos multiplicados, y pretendía coger tazas y vasos imaginarios en lugar de los que verdaderamente tenía ante sí; tenía el oído y la memoria muy perjudicados, y su modo de hablar era ininteligible. Cuando por fin se restableció lo suficiente para bajar con ayuda por la escalera, fue necesario tener siempre mi pizarra a su lado con objeto de que indicase por

escrito lo que no podía expresar por medio de la palabra. Como su caligrafía era ya de por sí muy defectuosa, y Joe un lector más que deficiente se producían entre los dos tremendas confusiones que siempre me tocaba resolver. Pero a veces también yo me equivocaba, interpretando, por ejemplo, jamón en vez de jabón y confundiendo medicina por mandarina.

Pero su carácter había mejorado mucho. Ahora tenía paciencia. Su cuerpo se hallaba totalmente dominado por una trémula vacilación que no le permitía mover ningún miembro con desenvoltura, y posteriormente, a intervalos de dos o tres meses, comenzó a llevarse las manos a la cabeza, y durante toda una semana quedó sumida en una especie de amodorramiento taciturno. Tuvimos que buscar una enfermera que se prestara a cuidarla, hasta que una circunstancia favorable vino a solucionar este problema. La tía abuela de Mr. Wopsle dejó por fin su peculiar costumbre de vivir y Biddy pasó a formar parte de nuestro hogar.

Debía de hacer poco más de un mes que mi hermana había reaparecido en la cocina, cuando Biddy se presentó un día con todo su ajuar y se convirtió desde entonces en la alegría de la casa. Constituía la felicidad de todos, y particularmente de Joe, pues este estaba muy triste por la continua contemplación de su mujer en aquel estado tan lamentable.

—¡Con lo guapa que era! —me decía a veces, después de mirarla por un rato.

Como Biddy se puso a cuidarla de inmediato y con tal acierto que hubiérase dicho que había estudiado su carácter desde la infancia, Joe pudo, en cierta manera, gozar de mayor tranquilidad, lo cual le permitía ir de vez en cuando a la taberna a distraerse. Todos los policías habían sospechado de Joe (aunque él nunca lo supo) y todos opinaban que parecía un hombre muy astuto.

El primer éxito de Biddy en sus nuevas funciones fue resolver una dificultad que yo no había podido vencer de ningún modo. Me refiero a que más de una vez mi hermana había trazado en la pizarra un signo que parecía una te mayúscula bastante curiosa, y luego nos la exhibía demostrando gran interés en que entendiéramos su significado. Yo enumeré inútilmente todo lo que comenzaba con te, desde tabaco hasta tostada y tubo. Por fin se me ocurrió que el perfil de aquella letra tal vez representase un martillo, y al pronunciar la palabra al oído de mi hermana, esta se puso a martillear con el puño sobre la mesa en señal de asentimiento. Le presenté, pues, todos nuestros martillos, pero fue en vano. Entonces se me antojó que quizá se tratara de una muleta, y pedí una prestada que enseñé a mi hermana. Al mostrársela sacudió la cabeza de tal manera que nos hizo temer que, en su delicado estado, se dislocara el cuello.

Cuando mi hermana se dio cuenta de que Biddy conseguía comprenderle con facilidad, volvió a aparecer en la pizarra el signo misterioso. Biddy se quedó contemplándolo pensativa, oyó mi explicación, miró a mi hermana fijamente y luego a Joe, y corrió a la herrería seguida de este y de mí.

—¡Claro! —exclamó con expresión de triunfo—. ¿No lo veis? ¡Es él!

¡Orlick, no cabía duda! Mi hermana había olvidado su nombre, y únicamente podía aludir a él por medio del perfil de un martillo. Le pedimos a Orlick que viniera a la cocina, y al disponerse a seguirnos dejó lentamente su martillo, se enjugó la frente con el brazo,

volvió a enjugársela con el mandil y salió cabizbajo, con su peculiar manera de andar, con las rodillas medio dobladas.

Confieso que esperaba ver a mi hermana acusar a Orlick, y que me llevé una gran decepción al ver en qué acabó la presencia de Orlick en la cocina. Ella manifestó el deseo de reconciliarse con él, muy satisfecha de que al fin le hubiésemos hecho venir. Hizo seña de que se le diese a Orlick algo para beber. Tras observar el semblante de este, como si quisiera cerciorarse de que aceptaba de buena gana aquella acogida amigable, volvió a demostrar su vivo deseo de amistad con él con la misma actitud que observa un párvulo ante un maestro severo. Desde entonces apenas pasó un solo día sin que mi hermana dibujase el martillo en la pizarra, y sin que Orlick entrase cabizbajo y fuera a situarse, con expresión huraña, al lado de mi hermana, como si no supiese más que yo mismo qué pensar de aquel caso tan extraño.

XVII

Desde aquel momento caí en la rutina de la vida monótona de aprendiz, sin variación digna de mención, fuera de los límites del pueblo y de los pantanos, a excepción de la fecha de mi cumpleaños y mi nueva visita a miss Havisham. Allí encontré a miss Sarah Pocket actuando de portera, y a la dueña de la casa tal como la había dejado la última vez. Me habló de Estella en los mismos términos, si no con las mismas palabras. La entrevista no duró más que unos pocos minutos, y al marcharme me entregó una guinea y me dijo que volviese en mi próximo cumpleaños. Esta visita se convirtió, pues, en una costumbre anual. En la primera ocasión me resistí a aceptar la guinea que me daba, pero me vi obligado a cogerla porque me preguntó enfadada si esperaba que me diese más.

El aspecto de aquella casa vieja, triste y misteriosa tan invariable, con la eterna luz amarillenta de la estancia sombría y el espectro ajado sentado en la silla, junto al espejo del tocador, que, como ya dije otra vez, me producía el efecto de que al pararse los relojes se había detenido también el tiempo, y de que mientras yo y todo lo demás de fuera crecíamos en edad y volumen, todo allí continuaba como encantado. La luz del día nunca entraba allí, pero el lugar me fascinaba, y debido a su influencia seguí detestando mi oficio y avergonzándome de mi hogar.

Sin embargo, me di cuenta de un cambio en Biddy. Sus zapatos se ajustaban a sus talones, llevaba el cabello lustroso y bien peinado, y las manos siempre limpias. No era hermosa, tenía un tipo vulgar que no podía compararse con el de Estella, pero tenía un aspecto saludable y su carácter era todo dulzura. Hacía solo un año que estaba con nosotros (recuerdo que acababa de quitarse el luto), cuando cierta noche me dije que aquella muchacha tenía unos ojos muy hermosos, que reflejaban prudencia y bondad.

Esto se me ocurrió al levantar los ojos de un trabajo en que estaba atareado (pues me entretenía en copiar unos pasajes de un libro con objeto de perfeccionarme de dos maneras a la vez, mediante una especie de estratagema) y descubrir a Biddy observando lo que yo hacía. Dejé la pluma a un lado, y ella interrumpió su labor, aunque sin abandonarla por completo.

—Oye, Biddy —dije—, ¿cómo te las compones? O yo soy muy tonto o tú eres muy lista.

—No sé de qué me hablas —repuso ella, sonriendo.

Dirigía admirablemente toda nuestra vida doméstica, pero no me refería a eso, aunque ello hacía aparecer más sorprendente el hecho que yo pretendía mencionar.

—¿Cómo te las compones —insistí— para aprender todo lo que yo aprendo y estar siempre a mi altura?

Yo comenzaba a jactarme de mis conocimientos, para la obtención de los cuales me gastaba las guineas que me daban por mi cumpleaños y lo que podía ahorrar de mi dinero para pequeños gastos, aunque ahora me doy cuenta de que lo poco que sabía me resultó muy caro.

—Pues yo también puedo preguntarte cómo te las arreglas —dijo Bidy.

—Pues es muy sencillo; cuando salgo de la herrería por la noche, me pongo a estudiar. Pero tú no estudias nunca, Bidy.

—Supongo que la pereza de aprender debe de ser contagiosa, como la tos —dijo ella tranquilamente, y reanudó su costura. Yo me quedé observándola y de pronto me pareció una muchacha extraordinaria, porque, como recordé, también estaba al corriente de los términos empleados en nuestro oficio y de los nombres que tenían nuestros distintos trabajos y herramientas. En una palabra, todo lo que yo sabía, ella también lo sabía. En teoría al menos, era tan buen herrero como yo, o tal vez mejor.

—Tú, Bidy, eres una de esas personas que siempre sacan el mejor partido de todas las oportunidades que se les presentan —dije—. Nunca tuviste una ocasión favorable antes de venir aquí, y ya ves lo mucho que has progresado.

Bidy me dirigió una mirada rápida y continuó cosiendo.

—Pero yo fui tu primera maestra, ¿no es verdad? —me preguntó sin abandonar la aguja.

—¡Bidy! —exclamé perplejo—. ¿Por qué lloras?

—No lloro —repuso ella, levantando los ojos y sonriendo—. ¿Qué te ha hecho creer que lo hacía?

¿Qué podía habérmelo hecho creer sino el brillo de una lágrima que cayó sobre su labor? Guardé silencio recordando cuán dura había sido su vida hasta que la tía abuela de Mr. Wopsle perdió para siempre aquella mala costumbre que tenía de vivir y que tanto convendría a veces que perdiesen algunas personas. Vinieron a mi memoria las tristes circunstancias de su existencia cuando prestaba su inteligente colaboración en la modesta tiendecita y en la mísera escuela, al lado de aquel viejo fardo de inutilidades al que tenía que atender continuamente. Reflexioné que aun en aquellos tiempos desfavorables Bidy debía de tener los mismos sentimientos que ahora anidaban en su alma, porque ya al principio de mi inquietud y de mi descontento, me había parecido natural acudir a ella para suplicarle que me ayudara. Bidy siguió cosiendo, sin derramar más lágrimas, y mientras la contemplaba y pensaba en todo eso, se me ocurrió que quizá no le hubiera demostrado la debida gratitud. Había momentos en que se mostraba excesivamente reservada, y yo debería haberla alentado más con mi confianza.

—Sí, Bidy —observé tras reflexionar por unos segundos sobre esa cuestión—, tú fuiste mi primera maestra, en un tiempo en que ni tú ni yo imaginábamos que un día nos encontraríamos en esta cocina.

—¡Ah, pobrecilla! —exclamó. Y fue muy propio de su abnegación aplicar a mi hermana la observación compasiva que yo le dirigía a ella, al levantarse para procurar ponerla en posición más cómoda—. Es tristemente cierto.

—¡Bueno! —dije—. Tendremos que hablar más, como solíamos hacer. Y yo te pediré consejo más a menudo, como antes. El domingo iremos a dar un paseo juntos, tranquilamente, por los pantanos, y charlaremos un buen rato.

Nunca dejábamos sola a mi hermana, pero aquel domingo por la tarde Joe accedió gustoso a atenderla, y Biddy y yo pudimos salir juntos. Era verano y hacía un tiempo espléndido. Cuando hubimos dejado atrás el pueblo, la iglesia y el cementerio, y llegamos a los pantanos y empezamos a ver pasar las velas de los barcos por el río, me puse a combinar, como de costumbre, a miss Havisham y a Estella con el paisaje. Cuando llegamos a la ribera y nos sentamos junto al agua, cuyo murmullo hacía que todo fuese más tranquilo de lo que habría sido sin él, creí que aquel era el momento y el lugar indicados para abrir mi corazón a Biddy.

—Biddy —le dije, después de hacerle prometer que guardaría el secreto—, quisiera ser un caballero.

—¡Oh! Yo, en tu lugar, no querría serlo —respondió—. No creo que pueda reportarte beneficio alguno.

—Biddy —dije con tono severo—, tengo razones especiales para querer ser un caballero.

—Tú sabes mejor que yo lo que te conviene, Pip; pero ¿no te parece que tal como eres ahora puedes ser más feliz?

—¡No seas absurda, Biddy! —exclamé con impaciencia—. En mi situación actual no soy dichoso. Mi oficio y la vida que llevo me desagradan...

—Lamento haber sido absurda. No era esta mi intención. Solo deseo verte feliz y contento.

—Bien, pues entiéndelo de una vez y para siempre: nunca seré feliz mientras no pueda llevar una clase de vida muy diferente de la que ahora llevo.

—¡Qué lástima! —dijo ella, sacudiendo la cabeza con expresión de tristeza.

Yo también había pensado a menudo que era una lástima, y en la singular disputa que sostenía conmigo mismo estuve a punto de derramar lágrimas de despecho y dolor cuando Biddy dio expresión a este sentimiento que era, a la vez, el suyo y el mío. Le dije que tenía razón, que yo comprendía que era lamentable, pero que la cosa no tenía remedio.

—Si hubiese podido resignarme —dije al tiempo que arrancaba briznas de hierba del mismo modo que más de un año atrás había desahogado mis sentimientos tirándome del pelo y dando patadas a la pared de la fábrica de cerveza—, y guardar para la herrería la mitad del afecto que había sentido por ella cuando era niño, sé que habría sido mejor para mí. Tú, yo y Joe no habríamos tenido nada que desear, y quizá él y yo hubiéramos llegado a ser socios al terminar mi aprendizaje, y es probable que yo hubiese llegado a cortejarte y los domingos habríamos venido a sentarnos aquí, muy distintos de lo que somos ahora. Tú me habrías hallado bastante aceptable, ¿no es cierto?

Biddy se quedó mirando los barcos que pasaban y, tras soltar un suspiro, contestó:

—Sí; no soy demasiado exigente.

Aquellas palabras no eran muy halagadoras para mí, pero comprendí que las había pronunciado con buena intención.

—En vez de esto —dije, volviendo a arrancar hierba y mordiendo una brizna—, mira cómo estoy. Descontento y desorientado, y, ¿qué me importaría ser tosco y ordinario si nadie me lo hubiese dicho?

Biddy se volvió de pronto hacia mí y me miró con mucha más atención de la que había puesto al mirar los barcos que pasaban.

—Esto no es verdad, ni fue muy cortés el decirlo —observó, y volvió a contemplar los barcos—. ¿Quién te lo ha dicho?

Yo estaba desconcertado, porque había hablado sin darme cuenta de las consecuencias de lo que decía. Pero ya no podía retroceder, y contesté:

—La hermosa joven que había en casa de miss Havisham; la encuentro muy bella y admirable. Es por ella que deseo ser un caballero.

Después de esta loca confesión me puse a arrojar al río la hierba que había arrancado, como si estuviese considerando la posibilidad de arrojarme tras ella.

—¿Quieres ser un caballero para humillarla o para conquistarla? —me preguntó Biddy después de una pausa.

—No lo sé —respondí con tono melancólico.

—Porque si pretendes humillarla —prosiguió ella—, creo que lo conseguirías mejor si no hicieses caso de sus palabras. Y si tu intención es conquistarla, me figuro (y tú debes saberlo mejor que yo) que no vale la pena.

Aquello era, exactamente, lo que yo había pensado muchas veces. Pero ¿cómo podía yo, un pobre chico pueblerino, evitar aquella asombrosa inconsecuencia en que caen todos los días los hombres más juiciosos e inteligentes?

—Lo que dices puede ser muy cierto —repuse—, pero la admiro locamente.

En una palabra: al llegar a ese punto comencé a tirarme del cabello, y estuve todo el rato pensando que el desvarío de mi alma era tan insensato y vano, que mi cabeza habría merecido que la levantara por los pelos y la golpease contra las piedras, como castigo por pertenecer a un idiota como yo.

Biddy era una muchacha muy prudente y no trató de discutir conmigo. Puso su mano acariciadora, aunque endurecida por el trabajo, sobre las mías y me las apartó suavemente del cabello. Luego, para consolarme, me dio unas palmaditas en el hombro, mientras yo, ocultando mi cara con el brazo, vertía algunas lágrimas, y me sentía vagamente convencido de que había sido muy maltratado por alguien, o por todo el mundo, aunque no atinaba a saber por quién.

—Hay una cosa que me complace enormemente, Pip —dijo—, y es que hayas creído que podías confiar plenamente en mí. Ya sabes que siempre procuraré hacerte digna de tu confianza y guardaré el secreto. Si tu primera maestra (¡pobre pequeña, tan necesitada de instrucción para ella misma!), lo fuese también ahora, ya sabes qué lección te señalaría... Pero sería una lección difícil de aprender. Además, tú la has aventajado, y ahora todo sería en vano... —Y con un suspiro de compasión y cariño, se levantó y añadió—: ¿Vamos a pasear un poco más...?

—Biddy —exclamé poniéndome también de pie, abrazándola y dándole un beso—. Siempre te lo contaré todo.

—Hasta que seas un caballero —repuso.

—Ya sabes que nunca lo seré. Y no es que tenga que explicarte nada, porque todo lo que sé tú también lo sabes, como te dije la otra noche.

—¡Ah! —exclamó, contemplado los barcos en la lejanía, y luego repitió con tono de voz amable—: ¿Vamos a pasear un poco más, o regresamos a casa?

Le dije que andaríamos hasta un poco más lejos, y así lo hicimos; y aquella tarde estival nos ofreció, tal como estaba en aquel momento, un crepúsculo magnífico. Me dije que tal vez me encontrara en una situación mucho más natural y conveniente que jugando a cartas, a la luz melancólica de unas velas, en la estancia de los relojes parados y ante la desdeñosa Estella. Pensaba que olvidarla me haría mucho bien y que entonces podría ponerme a trabajar con gusto y empeño, y que así sacaría a mi labor el mayor partido posible. Me preguntaba si de estar en aquel momento a mi lado Estella en vez de Biddy, no me sentiría desdichado. Y tenía que reconocer que, en efecto, me consideraría infeliz. Y pensaba: «¡Pip, qué loco eres!».

Prolongamos largo rato nuestro paseo y fuimos charlando, y todo lo que Biddy decía me parecía muy acertado; además, nunca se mostraba insultante o caprichosa. Estoy seguro de que, de haberme disgustado no se habría sentido satisfecha sino apenada. Habría herido antes su pecho que el mío. ¿Cómo no iba yo, pues, a quererla más que a la otra?

—Biddy —le dije cuando regresábamos a casa—, ¡ojalá fueses capaz de reformar mi carácter...!

—¡Ya me gustaría poder hacerlo! —repuso ella.

—Si pudiese enamorarme de ti... ¿No te importa que me exprese con toda franqueza, puesto que somos amigos?

—¡Oh, no, querido, en absoluto! No te preocupes por mí —contestó ella.

—Lo más conveniente para mí sería que pudiese corregirme sin ayuda de nadie.

—Pero no puedes, ya lo ves —dijo.

Aquella tarde no consideraba la cosa tan imposible como me habría parecido si lo hubiésemos discutido unas horas antes. Por lo tanto, me di cuenta de que no estaba seguro de ello, pero Biddy afirmó que no le cabía duda, y lo dijo con un tono que no admitía réplica. Yo estaba convencido de que tenía razón, y, sin embargo, me molestó bastante observar que sobre este punto se manifestaba de manera tan categórica.

Cuando estuvimos cerca del cementerio tuvimos que cruzar un terraplén y pasar por un portillo, al lado de una presa. Allí, inesperadamente, topamos con Orlick que salió de entre los juncos. Surgió de no se sabía dónde, como era su costumbre.

—¡Hola! —gruñó—. ¿Adónde vais?

—A casa, por supuesto —contesté.

—Entonces —repuso él—, que me aspen si no os acompaño.

Este «que me aspen», era una especie de maldición que acostumbraba añadir a todos sus comentarios. No había en la frase ningún sentido determinado, al menos que yo sepa, y solo la pronunciaba, como su pretendido nombre de pila, para afrenta de la humanidad y para producir la impresión de algo terriblemente cruel. Cuando yo era más pequeño imaginaba que si él me hubiese «aspado», lo habría hecho valiéndose de clavos afilados y retorcidos.

Biddy, que no quería que viniese con nosotros, murmuró a mi oído:

—No permitas que nos acompañe; no me gusta ir con él.

Como a mí tampoco me agradaba su compañía, me tomé la libertad de manifestarle que le agradecíamos su oferta de acompañarnos, pero que preferíamos ir solos. Acogió mis palabras con una carcajada, y nos dejó marchar, pero fue siguiéndonos a poca distancia, silencioso y cabizbajo.

Interesado por saber si Biddy sospechaba que él podía haber tomado parte en la traidora agresión de que mi hermana había sido víctima y no había podido dar cuenta, le pregunté por qué no le tenía simpatía.

—¡Oh! —respondió, mirándolo por encima del hombro—. Porque... temo gustarle.

—¿Te lo dijo alguna vez? —pregunté, indignado.

—No —respondió ella, mirando de nuevo por encima del hombro—, nunca me lo ha dicho; pero apenas me ve se pone a rondarme.

Por extraña que fuese aquella manera de demostrar cariño, no dudé de su significado. Me sentía tan indignado por el atrevimiento de Orlick al enamorarse de Biddy, como si se tratase de una ofensa hecha a mi persona.

—Pero esto, ¿sabes?, no tiene que ver contigo —dijo Biddy tranquilamente.

—No, Biddy, no tiene que ver conmigo; pero aun así no me gusta.

—A mí tampoco. Aunque no tenga que ver contigo.

—Naturalmente —contesté—. Pero te diré una cosa, y es que no opinaría bien de ti, Biddy, si te rondase con tu consentimiento.

A partir de aquella noche me puse a vigilar a Orlick, y cada vez que se presentaba la ocasión en que podía insinuarse a Biddy, yo me ponía delante de él para impedirlo. Había echado raíces en la herrería de Joe, a causa de la repentina afición que le había tomado mi hermana; de no ser así, yo habría tratado de hacer que lo despidiesen. Él adivinaba mis «buenas» intenciones y correspondía a ellas, como más tarde tuve ocasión de saber.

Y ahora, como si yo no estuviese lo bastante desconcertado, hice que se sintiese cincuenta mil veces más confusa, recordando estados y épocas en que me parecía evidente que Biddy era incomparablemente mejor que Estella, y que la vida sencilla y honrada de artesano para la que había nacido no tenía por qué avergonzarme, pues me ofrecía medios sobrados para alcanzar el respeto de mis semejantes y la felicidad. En estas ocasiones estaba convencido de que mi desafecto para con el buen Joe y la herrería se había desvanecido, y de que me hallaba en camino de llegar a ser socio de este y marido de Biddy. Hasta que, repentinamente, algún mal recuerdo de los días en que iba a casa de miss Havisham me hería, como un proyectil destructor, y hacía pedazos mi buen juicio. Un buen juicio hecho pedazos no se rehace en un día, y a menudo, antes de que lo hubiese rehecho, volvía a esparcir sus trozos en todas las direcciones al asaltarme la idea de que tal vez, a pesar de todo, cuando yo hubiese terminado el aprendizaje miss Havisham me procuraría la fortuna.

XVIII

Era el cuarto año que llevaba yo como aprendiz. Estaba en compañía de Joe y era un sábado por la noche. En Los Tres Alegres Barqueros había un grupo reunido alrededor del fuego, oyendo a Mr. Wopsle, que leía un periódico en voz alta. Yo formaba también parte de aquel grupo.

Se había cometido un crimen sensacional, y Mr. Wopsle estaba empapado de sangre hasta los ojos. Gozaba con cada uno de los violentos adjetivos de la descripción y se identificaba con cada uno de los testigos presenciales del hecho. Gemía débilmente —«me han matado»—, en calidad de víctima, y aullaba bárbaramente —«voy a arreglarte las cuentas»—, como un asesino. Leía el informe médico imitando graciosamente a nuestro abogado local, y divagaba y chillaba de un modo tan singular al leer las declaraciones del viejo guardabarrera que había oído golpes, que llegaba a inspirar dudas sobre el estado mental de aquel testigo. En manos de Mr. Wopsle el médico forense se transformaba en un Timón de Atenas; el alguacil, en Coriolano. Él disfrutaba lo indecible y todos lo pasábamos en grande. En ese agradable estado de alma llegamos al veredicto de homicidio voluntario.

Entonces, y no antes, me di cuenta de que había un caballero desconocido apoyado contra el respaldo de un banco que yo tenía enfrente. Me miraba con expresión de desprecio y se mordía el lado de un dedo muy grueso mientras contemplaba el rostro de los demás.

—¡Bueno! —dijo el desconocido dirigiéndose a Mr. Wopsle cuando este hubo terminado de leer—. Usted lo ha arreglado todo a su entera satisfacción, ¿no es cierto?

Todo el mundo se sobresaltó y lo miró como si se tratase del asesino. Él los miró a su vez, con expresión fría y sarcásticamente.

—Culpable, desde luego, ¿no es cierto? —añadió—. ¡Vamos, hombre! ¡Dígalo!

—Señor —respondió Mr. Wopsle—, aunque no tenga el honor de conocerlo, afirmo: ¡culpable!

Al oír estas palabras, todos reunimos el valor suficiente para unirnos en un murmullo de aprobación.

—Ya sabía que diría usted eso —dijo el desconocido—. Pero ahora voy a hacerle una pregunta: ¿sabe usted o no que la ley inglesa considera que todo hombre es inocente hasta que no se demuestre lo contrario?

—Señor —replicó Mr. Wopsle—, como inglés que soy, yo...

—¡Vamos! —dijo el desconocido, agitando un dedo índice—. No eluda la pregunta. ¿Lo sabe o no lo sabe? ¿Qué ha de ser?

Permanecía con la cabeza ladeada y aire autoritario e interrogativo, y pareció arrojar su dedo hacia Mr. Wopsle —como si dijésemos para señalarlo— antes de volver a mordérselo.

—¡Vamos a ver! —exclamó—. ¿Lo sabe usted o no?

—Sí, lo sé —respondió Mr. Wopsle.

—Lo sabe. Entonces, ¿por qué no lo ha dicho desde un principio? Ahora voy a hacerle otra pregunta —agregó tomando posesión de Mr. Wopsle como si tuviese derecho a él—. ¿Sabe usted que ninguno de estos testigos ha sido interrogado de nuevo?

—Yo solo puedo decir... —comenzó Mr. Wopsle, pero el desconocido lo interrumpió.

—¿Quiere usted responder a la pregunta? ¿Sí o no? Bien, voy a probar otra vez —repitió señalándole con el índice—. Atiéndame, ¿está o no está usted enterado de que ninguno de estos testigos ha sido interrogado de nuevo? Vamos, solo le pido una palabra. ¿Sí o no?

Mr. Wopsle titubeaba, por lo cual el buen concepto en que lo teníamos comenzó a decaer.

—¡Vamos! —lo urgió el desconocido—. Yo lo ayudaré. No se lo merece usted, pero lo ayudaré. Observe el papel que tiene en la mano. ¿Qué es?

—¿Qué es? —repitió Mr. Wopsle, contemplándolo muy perplejo.

—¿No se trata —prosiguió el desconocido con su acento más sarcástico y malicioso— del impreso que acaba usted de leer?

—El mismo.

—Pues fíjese en este papel y dígame si no afirma de modo terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían encargado que reservase enteramente su defensa.

—Acabo de leerlo —alegó Mr. Wopsle.

—Nada importa lo que usted acaba de leer señor; no le pregunto lo que ha leído. Puede usted leer el padrenuestro al revés, si le parece bien (y tal vez lo haya hecho ya alguna vez). Vuelva el papel. No, no, amigo mío, no a la cabeza de la columna, lo sabe usted muy bien; sino al pie, al pie. —Todos empezamos a pensar que Mr. Wopsle intentaba valerse de subterfugios—. ¡Bien! ¿Lo ha encontrado?

—Ahí lo tengo —respondió Mr. Wopsle.

—Ahora, siga el párrafo con los ojos y dígame si no afirma de manera terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían encargado que reservase enteramente su defensa.

Mr. Wopsle contestó:

—No son exactamente las mismas palabras.

—¡No son exactamente las mismas palabras! —repitió el desconocido con aspereza—. Pero ¿es exactamente el sentido?

—Sí —respondió Mr. Wopsle.

—¡Sí! —repitió el desconocido volviéndose hacia los demás, con la mano derecha extendida hacia el testigo Wopsle—. Y ahora, pregunto, ¿qué me dicen ustedes de la conciencia de este hombre, que, con este párrafo ante los ojos, puede dormir tranquilo después de haber declarado culpable a un semejante suyo a quien todavía no ha oído defenderse?

Todos empezamos a sospechar que Mr. Wopsle no era el hombre que nos habíamos figurado, y que ahora estábamos descubriéndolo.

—Y este mismo hombre, recuérdelo —prosiguió el caballero señalando a Mr. Wopsle con el índice—, podría ser llamado a formar parte del jurado en ese mismo juicio, y, tras comprometerse de ese modo, volvería al seno de su familia y dormiría tranquilo después de jurar que juzgaría bien y lealmente el caso y daría un veredicto justo de acuerdo con las pruebas.

El desconocido, con gesto de autoridad indiscutible y ademanes que parecían indicar que conocía un secreto de cada uno de nosotros y que si se le antojaba revelarlo sería nuestra perdición, salió de detrás del banco y se puso delante del fuego, donde permaneció de pie, con la mano izquierda en el bolsillo y mordiéndose el índice de la derecha.

—Según ciertos informes que he recibido —dijo mirándonos a todos, uno después de otro, mientras lo contemplábamos atemorizados—, tengo motivos para creer que hay entre ustedes un herrero llamado Joseph, o Joe, Gargery. ¿Quién es?

—Aquí me tiene —dijo Joe.

El desconocido le hizo seña de que se le acercase, y Joe obedeció.

—¿Tiene usted un aprendiz —prosiguió el desconocido—, a quien todos llaman Pip? ¿Está aquí?

—¡Aquí estoy! —exclamé.

El hombre no me reconoció, pero yo advertí que era el caballero a quien había encontrado en la escalera en mi segunda visita a miss Havisham. Su aspecto era demasiado particular como para olvidarlo. Lo reconocí en cuanto lo vi acercarse al fuego, y ahora que lo tenía ante mí, poniéndome la mano sobre el hombro, volví a observar minuciosamente su gran cabeza, su piel morena, sus ojos hundidos, sus cejas negras y tupidas, la gran cadena de su reloj, el oscuro sombreado de su barba y bigote afeitados, y hasta el olor a jabón perfumado que despedía su manaza.

—Deseo charlar a solas con los dos —dijo cuando me hubo contemplado a sus anchas—. La charla durará un buen rato. Tal vez sería mejor que fuésemos a su casa. Prefiero no decir aquí nada de lo que tengo que manifestarles; más tarde, si así lo desea, podrá comunicarlo a sus amigos, eso tanto me da.

En medio de un silencio engorroso los tres salimos de la taberna y, sin decir palabra, nos dirigimos a casa. Mientras andábamos, el desconocido me miraba de vez en cuando y se mordía el dedo. Cuando estábamos cerca de casa, Joe, que al parecer había comprendido vagamente que la ocasión era importante y ceremoniosa, se nos adelantó para abrir la puerta principal. La charla tuvo lugar en la sala, débilmente iluminada por una bujía.

Para empezar, el desconocido tomó asiento ante la mesa, se acercó la bujía y consultó unas notas en una libreta que sacó del bolsillo. Después, la guardó y apartó un poco la vela tras mirarnos como si quisiera asegurarse de quién era Joe y quién era yo.

—Me llamo Jaggers —dijo al fin—, y ejerzo de abogado en Londres. Soy bastante conocido. Tengo un asunto nada corriente que tratar con ustedes, y empezaré por explicar que no ha sido por iniciativa mía. Si hubiesen pedido mi consejo yo no estaría aquí. No lo hicieron, y aquí me tienen. Hago lo que debo hacer, como agente confidencial de otra persona. Ni más ni menos.

Como por lo visto no podía observarnos bien desde donde estaba sentado, se levantó y, echando una pierna por encima del respaldo de una silla, se inclinó sobre ella, quedando con un pie sobre el asiento de la silla y el otro en el suelo.

—Bueno, Joe Gargery, soy portador de una oferta para librarlo de este aprendiz que tiene. ¿Le conviene a usted cancelar su compromiso, a su petición y para su bien? ¿Desearía usted algo en compensación?

—¡Dios me libre de pedir cualquier cosa que pueda ser un estorbo en el camino de Pip! —exclamó Joe abriendo mucho los ojos.

—La pregunta es: ¿desearía usted algo? ¿Quiere usted algo?

—La respuesta es no —replicó Joe.

Me pareció que Mr. Jaggers miraba a Joe como si lo considerase un tonto por su desinterés. Pero yo estaba demasiado turbado por la curiosidad y la sorpresa para tener la certeza de que no me equivocaba.

—Está bien —dijo Mr. Jaggers—. Recuerde lo que acaba de decir y más tarde no se arrepienta.

—¿Quién va a arrepentirse? —preguntó Joe.

—Yo no digo que nadie tenga forzosamente que arrepentirse. ¿Tiene usted perro?

—Sí, tengo uno.

—Entonces no olvide que *Fanfarrón* es un buen perro, pero *Agarrafirme* es mejor. ¿Se acordará usted de lo que le digo? —repitió Mr. Jaggers, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia Joe, como si lo perdonase por algo—. Ahora, volviendo a este amiguito, lo que he de comunicarle es que tiene un gran porvenir por delante.

Joe y yo nos miramos con expresión de asombro.

—Me han encargado comunicarle —dijo Mr. Jaggers—, que está destinado a poseer una bonita fortuna. Además, el actual propietario de esta desea que abandone de inmediato este lugar y la esfera social en que vive, para ser educado como un caballero; en una palabra, como un joven de gran porvenir.

Mi sueño se realizaba. La realidad superaba cualquier fantasía, y miss Havisham era la responsable de ello.

—Ahora, Mr. Pip —prosiguió el abogado—, para lo que me queda por decir, me dirijo a usted. Ha de entender, en primer lugar, que la persona de quien recibo mis instrucciones exige que lleve usted siempre el nombre de Pip. Me figuro que no tendrá usted inconveniente alguno en que esta sencilla condición no malogre su gran porvenir. Pero si tiene usted que hacer alguna objeción, ahora es el momento de declararlo.

Mi corazón latía tan aceleradamente y los oídos me zumbaban de tal manera, que apenas pude balbucear que no tenía inconveniente alguno.

—¡Naturalmente! Ahora ha de entender usted, señor Pip, que el nombre de su generoso bienhechor quedará en secreto hasta que él quiera revelarlo. Estoy autorizado a mencionar que la persona en cuestión piensa revelárselo personalmente y de palabra. No puedo revelar, ni a usted ni a nadie, cuándo cumplirá este propósito. Tal vez transcurran años... Ha de entender usted claramente que le está completamente prohibido hacer cualquier investigación al respecto o aludir, siquiera vagamente, a ninguna persona determinada como a la persona en cuestión en los tratos que habrá de tener conmigo. Si abriga usted una

sospecha, no lo manifieste. Nada importa cuáles sean las razones de esta prohibición; pueden ser muy poderosas y graves o pueden ser mero capricho. No es cosa que deba usted investigar. La condición está clara. Que usted la acepte y se comprometa a cumplirla es todo lo que exige la persona de quien he recibido las instrucciones y respecto a la cual no tengo otra responsabilidad. Esta persona es a quien deberá usted su porvenir, y ella y yo somos los únicos que compartimos el secreto. Tampoco esta me parece una condición difícil de cumplir, sobre todo considerando el beneficio, pero si usted encuentra en ella algún obstáculo, este es el momento de decirlo. Hable usted.

Otra vez balbucí con dificultad que no encontraba ningún inconveniente.

—¡Naturalmente! Ahora, Mr. Pip, he terminado con mis condiciones. —Aunque me llamaba Mr. Pip y empezaba a tratarme con cierto respeto, aún no podía despojarse de cierto aire de amenaza y sospecha, y al hablar de vez en cuando cerraba los ojos con malignidad, como para expresar que, si quisiese, podría revelar respecto a mí unas cuantas cosas denigrantes—. Pasemos ahora a los detalles del arreglo. Ha de saber que aunque he usado más de una vez el término «porvenir», usted no dispone únicamente de él. Ya hay depositada en mis manos una suma más que suficiente para su educación y mantenimiento. Hágame el favor de considerarme, desde ahora, su tutor. De antemano le digo que me pagan por mis servicios; de otro modo no los prestaría —añadió al advertir que yo iba a darle las gracias—. Se considera que usted debe ser educado en consonancia con su nueva posición, y que se hará cargo de la importancia y necesidad de entrar, en el acto, a disfrutar de esta ventaja.

Dije que siempre lo había deseado.

—Nada importa lo que usted haya deseado, Mr. Pip —replicó—; con que lo desee ahora, es suficiente. ¿He de entender que está dispuesto a ponerse enseguida bajo el cuidado de un preceptor competente?

Tartamudeé que sí, que por supuesto.

—Bueno. Ahora debemos tener en cuenta sus inclinaciones. No me parece muy juicioso, pero son mis instrucciones. ¿Conoce usted algún preceptor que prefiera a cualquier otro?

Nunca había oído hablar de otro preceptor que Biddy y la tía abuela de Mr. Wopsle; así pues, respondí negativamente a su pregunta.

—Hay cierto preceptor, a quien conozco un poco y que parece adecuado para el caso —dijo Mr. Jaggers—. Yo no lo recomiendo, téngalo en cuenta, porque nunca recomiendo a nadie. El caballero de quien hablo es un tal Mr. Matthew Pocket.

En el acto recordé el nombre. Era el pariente de miss Havisham. El Matthew de quien habían hablado Mrs. Camilla y su esposo. El Matthew cuyo lugar estaría a la cabeza de miss Havisham cuando esa yaciese muerta, con su traje de novia, sobre la mesa nupcial.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Mr. Jaggers, dirigiéndome una mirada sutil y cerrando luego los ojos, mientras esperaba mi contestación.

Respondí que lo conocía.

—¡Oh! —dijo él—. De modo que lo conoce. Pero la cuestión es saber qué opina.

Yo le dije, o procuré decirle, que le estaba muy agradecido por su recomendación.

—No, amiguito —interrumpió, meneando lentamente su cabeza enorme—. ¡Acuérdese usted!

Como yo no recordaba nada, empecé otra vez a decirle que le quedaba muy agradecido por su recomendación.

—No, amiguito —repitió con tono de reproche, y esbozando una sonrisa—. No, no, no. Esto está muy bien, pero es inútil. Es usted demasiado joven para hacerme decir lo que no quiero. Recomendación no es la palabra, Mr. Pip; busque otra.

Corrigiéndome, dije que le estaba muy reconocido por haber mencionado a Mr. Matthew Pocket.

—¡Eso está mucho mejor! —exclamó Mr. Jaggers.

—Y —añadí—, me gustaría estudiar con ese caballero.

—Bien, será mejor que lo haga en su propia casa. Lo dispondremos todo, pero primero tendrá que ver a su hijo, que está en Londres. ¿Cuándo quiere usted ir a Londres?

Miré a Joe, que nos contemplaba inmóvil, y respondí que suponía que podría ir de inmediato.

—Antes —dijo Mr. Jaggers—, deberá tener un traje nuevo. Pongamos dentro de una semana. Necesitará usted dinero. ¿Tendrá bastante con veinte guineas?

Con gesto de indiferencia sacó una gran bolsa, contó las monedas encima de la mesa y las empujó hacia mí. Después se sentó a horcajadas en la silla y balanceó la bolsa mirando a Joe.

—¡Bien, Joe Gargery! —dijo—. Parece que ha quedado usted estupefacto.

—Lo estoy, en efecto —dijo Joe.

—¿Recuerda que hemos quedado en que no deseaba nada para usted?

—Así quedó convenido —dijo Joe—. Y lo estará para siempre.

—Pero ¿qué le parecería —dijo Mr. Jaggers—, si yo tuviese el encargo de hacerle un regalo en concepto de compensación?

—¿Por qué habrían de compensarme?

—Por la pérdida de su aprendiz.

Joe me puso la mano sobre el hombro con la delicadeza de una mujer. Desde entonces pensé con frecuencia en él, como en el martillo de vapor, que puede aplastar un hombre o acariciar, sin romperla, una cáscara de huevo.

—Con toda sinceridad le digo que Pip queda libre desde este momento para ir a gozar de su honor y su fortuna —dijo Joe—. Pero si se figura usted que el dinero puede compensarme de la pérdida de aquel niño que vino a la herrería y a quien siempre he considerado mi mejor amigo...

¡Oh, querido Joe, a quien yo con tanta ingratitud estaba dispuesto a abandonar, todavía te veo jadear mientras tu voz se debilitaba...!

¡Oh, querido Joe, bondadoso, fiel, tierno Joe, todavía siento el amoroso temblor de tu mano sobre mi brazo, tan solemnemente como si fuese el roce del ala de un ángel!

Pero en aquel instante lo animé. Me encontraba perdido en el laberinto de mi fortuna futura y no podía volver a recorrer los atajos que habíamos pisado juntos. Aconsejé y supliqué a Joe que se consolase, porque (como decía él) siempre habíamos sido grandes amigos, y (como decía yo) siempre sería así. Joe se restregaba los ojos con el puño que le quedaba libre, como si quisiera arrancárselos, pero no dijo una palabra más.

Mr. Jagers había contemplado todo aquello como si reconociera en Joe al tonto del lugar, y en mí a su guardián. Al final dijo, sopesando la bolsa:

—Bueno, Joe Gargery, le advierto que esta es su última oportunidad. Yo no soy amante de los subterfugios y los rodeos. Si usted piensa aceptar el regalo que tengo el encargo de hacerle, hable de una vez y será suyo. Si, por el contrario, me dice...

Aquí, con gran asombro por su parte, fue interrumpido por Joe, que se puso a dar vueltas alrededor de él en una actitud que revelaba propósitos pugilísticos.

—¡Lo que digo —exclamó Joe—, es que si usted ha venido a mi casa para importunarme y provocarme, ya puede salir de aquí! Y si es usted un hombre demuéstrelo. Lo que afirmo es que cuando digo una cosa la digo de veras y la sostengo hasta el fin.

Me llevé a Joe aparte y se calmó enseguida, limitándose a manifestar de modo deferente, como si lo hiciese para todos aquellos a quienes pudiese interesar, que no iba a consentir que se burlaran de él en su propia casa. Mr. Jagers se había levantado al empezar Joe sus demostraciones y había retrocedido temeroso hasta el umbral de la puerta. Sin tener, por lo visto, el menor deseo de volver a entrar, se despidió con estas palabras:

—Bueno, Mr. Pip, puesto que ha de ser usted un caballero, creo que cuanto antes salga de aquí mejor. Dejémoslo para dentro de una semana; entretanto, recibirá usted mi dirección impresa. En Londres, puede alquilar un coche y trasladarse inmediatamente a mi casa. Tenga usted en cuenta que no expreso ninguna opinión favorable ni desfavorable respecto a la misión que se me ha confiado. Me pagan para que la cumpla, y eso hago. Entienda bien lo que le digo.

Nos señalaba a Joe y a mí con el índice, y creo que habría proseguido si no hubiese sido porque le pareció peligrosa la actitud de mi amigo, y se marchó.

Se me ocurrió entonces algo que me indujo a correr tras Mr. Jagers, que se dirigía hacia Los Tres Alegres Barqueros, delante del cual había dejado su coche de alquiler.

—Perdone usted, señor —dije.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Deseo obrar y seguir en todo sus instrucciones, de modo que he pensado que valía más que se lo preguntase. ¿Hay algún inconveniente en que antes de irme me despida de alguien que conozco?

—No —respondió, mirándome como si no acabara de comprenderme.

—No quiero decir en el pueblo, sino en la ciudad.

—No —contestó—. Ningún inconveniente.

Le di las gracias y volví corriendo a casa, donde encontré a Joe, que había cerrado la puerta principal y abandonado la sala, y estaba en la cocina sentado junto al fuego, con una mano en cada rodilla y los ojos fijos en las llamas. Me senté a su lado y me puse a contemplar el fuego durante largo rato. Nadie dijo una palabra.

Mi hermana estaba en el rincón de siempre, en su silla de almohadones, y Biddy cosía, sentada junto a ella. Joe y yo estábamos en el rincón opuesto. Cuanto más miraba el fuego, más incapaz me sentía de mirar a Joe; cuanto más duraba el silencio, más difícil se me hacía hablar.

Por fin, me decidí.

—Joe, ¿se lo has dicho a Biddy? —pregunté.

—No, Pip —respondió él sin dejar de mirar las llamas y sujetándose fuertemente las rodillas como si temiera que se le escapasen—. Lo he dejado para ti, Pip.

—Preferiría que se lo dijese tú, Joe.

—Bueno, pues. Pip es un caballero rico —dijo Joe—, y Dios se lo conserve.

Biddy soltó la labor y me miró. Joe se apretó las rodillas y me miró también. Yo los miré a ambos. Tras una pausa, los dos me felicitaron calurosamente; pero había en sus palabras cierta nota de melancolía que me molestó un poco.

Hice notar a Biddy (y por medio de esta a Joe) la grave obligación en que, según yo, tenían mis familiares respecto a no decir nada sobre la persona que me procuraba mi fortuna. Todo se sabría a su debido tiempo, observé, y entretanto lo único que podía decirse es que un misterioso protector me ofrecía un gran porvenir. Biddy sacudió la cabeza con gesto pensativo, mirando el fuego, mientras volvía a tomar la labor, y dijo que lo tendría muy presente.

—Sí, sí, yo también lo tendré muy presente, Pip —intervino Joe.

Y luego volvieron a felicitarme y se mostraron tan maravillados ante la idea de verme convertido en un caballero que acabaron por hacerme muy poca gracia.

Después, Biddy se esforzó en hacer comprender a mi hermana algo de lo que estaba ocurriendo. Me pareció que su empeño resultaba completamente inútil. Mi hermana rió y sacudió la cabeza muchísimas veces, y hasta repitió con Biddy las palabras: «Pip» y «fortuna». Pero dudo que encontrase en ellas más sentido del que tiene un lema electoral, y no puedo sugerir una imagen más sombría de su estado de ánimo.

Yo, por mi parte, me sentía cada vez más triste, y nunca lo habría creído posible de no haberlo experimentado a medida que Joe y Biddy recobraban su alegría natural. Desde luego, no podía estar descontento de mi suerte, pero es posible que hubiese estado, sin saberlo, descontento de mí mismo.

Sea como fuere, permanecí sentado con el codo sobre la rodilla y el rostro apoyado en la mano, mirando el fuego, mientras aquellos dos hablaban de mi marcha, de cómo se las arreglarían sin mí y de todo lo demás. Y cada vez que sorprendía a uno de ellos mirándome, aunque nunca lo habían hecho con más cariño (y me miraban con frecuencia, especialmente Biddy) me sentía ofendido, como si expresasen alguna desconfianza en mí. Aunque Dios sabe bien que jamás lo hicieron ni con palabras ni con actos.

En estas ocasiones me levantaba y salía, porque la puerta de nuestra cocina se abría al exterior y en las noches de verano se dejaba abierta para ventilar la estancia. Las estrellas que contemplaba me parecían misérrimas porque brillaban sobre los rústicos objetos entre los que había pasado yo mi vida.

—Hoy estamos a sábado —dije cuando nos sentamos a consumir nuestra cena de pan, queso y cerveza—. ¡Cinco días más y estaremos en la víspera! Pronto pasarán.

—Sí, Pip —observó Joe, cuya voz sonó hueca en su jarra de cerveza—. Pasarán enseguida.

—Pronto, pronto pasarán —observó Biddy.

—Estaba pensando, Joe, que cuando el lunes vaya a la ciudad a encargarme mi traje nuevo, diré al sastre que irá a ponérmelo allí o que me lo mande a casa de Mr. Pumblechook. Sería muy desagradable que en el vecindario me observasen como una rareza.

—Sin embargo, Pip, a Mr. y Mrs. Hubble les gustaría poder verte vestido como un señor —dijo Joe cortando afanosamente su pan con queso sobre la palma de la mano izquierda y dirigiendo una mirada a la cena que yo aún no había tocado, como si pensase en el tiempo en que solíamos comparar nuestros bocados—. Y también a Wopsle. Y en la taberna todos lo considerarían una atención.

—Esto es precisamente lo que no quiero, Joe. Armarían tanto ruido que al oírlo acabaría por no soportarme a mí mismo.

—Pues si no eres capaz de soportarte a ti mismo... —dijo Joe.

Biddy me preguntó, mientras sostenía el plato de mi hermana:

—¿Has pensado, Pip, cuándo te presentarás ante Mr. Gargery, ante tu hermana y ante mí misma? Porque imagino que nosotros sí podremos verte, ¿no es cierto?

—Biddy —repliqué, algo resentido—, eres extraordinariamente lista.

—Siempre lo ha sido —observó Joe.

—Si hubieses esperado un momento, Biddy, me habrías oído decir que pienso traer mi ropa en un paquete, probablemente la noche anterior a mi partida.

Biddy no habló más. Sin mostrar resentimiento alguno, pronto cambié con ella y con Joe un afectuoso «buenas noches», y me fui a acostar. Cuando llegué a mi cuartito, me senté y lo contemplé largamente, como a una habitación misérrima que pronto iba a cambiar para siempre por otras más confortables. Estaba poblada de recuerdos recientes y por un instante caí en aquel estado de confusión en que no sabía si la preferiría a las elegantes habitaciones que iba a ocupar, igual que otras veces había dudado si prefería la herrería o la casa de miss Havisham, si a Biddy o a Estella.

El sol había dado todo el día sobre el tejado de la buhardilla, y en esta hacía un calor sofocante. Al abrir la ventana y asomarme al exterior vi que Joe salía despacio por la puerta de la planta baja. Luego vi salir a Biddy, que se llevaba su pipa y se la encendía. Joe nunca fumaba a esas horas, de modo que me pareció que por una razón u otra necesitaba distracción. Al cabo de un rato, se detuvo en la puerta, al pie mismo de mi ventana; Biddy se acercó a él y le susurró algo al oído. Comprendí enseguida que hablaban de mí, porque más de una vez les oí pronunciar mi nombre con acento cariñoso. No quise oír más, aunque hubiese podido; así pues, me retiré de la ventana y me senté en mi única silla, al lado de la cama, lamentando que esa noche, que era la primera de mi brillante futuro, fuese la más solitaria y triste que había conocido.

Al mirar hacia la ventana abierta veía flotar leves espirales de humo de la pipa de Joe, e imaginé que eran como una bendición, algo que saturaba el aire que ambos respirábamos. Apagué la luz y me metí en la cama; la encontré tan incómoda que no logré hallar en ella el sueño tranquilo de otros tiempos.

XIX

A la mañana siguiente, la perspectiva general de mi vida había sufrido un cambio tan notable, que apenas me parecía la misma del día anterior. Lo que más ocupaba mi pensamiento era la idea de que solo faltaban seis días para mi marcha, porque no podía librarme de la preocupación de que en ese tiempo algo podía ocurrir en Londres, y que al llegar yo allí, la ciudad podía haber sufrido una hecatombe o haber desaparecido por completo.

Joe y Biddy se mostraban muy comprensivos y cariñosos cuando les hablaba de nuestra cercana separación, pero solo se referían a ella cuando yo lo hacía. Después del almuerzo, Joe sacó del armario de la sala mi contrato de aprendizaje y lo arrojó al fuego, con lo que me sentí libre. Con la novedad de mi emancipación fui a la iglesia con Joe y pensé que si el clérigo hubiese estado al corriente de todo tal vez no habría leído aquello del hombre rico y el reino de los cielos.

Después de desayunar salí a dar un paseo con el propósito de despedirme cuanto antes de los pantanos. Al pasar por delante de la iglesia sentí (como había sentido durante el servicio religioso de la mañana) una sublime compasión por las pobres criaturas destinadas a ir allí, domingo tras domingo, durante toda su vida, y a yacer oscuramente al fin de ella entre los verdes montículos del cementerio. Prometí que haría algo por ellos en cuanto tuviese ocasión y tracé las líneas generales de un plan para obsequiar con una comida de carne asada, pudding, un cuartillo de cerveza y mucha condescendencia a cada uno de los habitantes del lugar.

Si antes había pensado con frecuencia en algo parecido a la vergüenza en mis relaciones con el fugitivo a quien había visto cojear entre aquellas sepulturas, ¡cuáles no serían mis pensamientos ese domingo, pues el lugar me recordaba a aquel hombre desgraciado, harapiento y tembloroso, con su grillete y su traje de presidiario! Lo que me consolaba era que aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, que seguramente él había sido trasladado muy lejos, y que para mí era como si estuviese muerto, si ya no lo estaba.

Basta ya de tierras bajas y pantanosas, me dije, se acabaron los diques y compuertas; basta ya de aquel ganado que rozaba la yerba —aunque ahora parecía, a su modo soñoliento, tener un aire más respetuoso y volverse para mirar al poseedor de tan maravilloso porvenir—. ¡Adiós, monótonas amistades de mi infancia; en lo sucesivo no perteneceré a vosotros y la herrería sino a Londres y sus grandezas! Me dirigí hacia la antigua batería, y, tras tenderme allí a meditar sobre si miss Havisham me destinaba o no a Estella, me quedé dormido.

Cuando desperté me extrañó encontrar a Joe sentado a mi lado y fumando su pipa. Me saludó con una alegre sonrisa, y dijo cariñosamente:

—Como es la última vez, Pip, he querido seguirte.

—Y yo, Joe, me alegro mucho de que lo hayas hecho.

—Gracias, Pip.

—Puedes estar seguro, querido amigo —proseguí después de estrechar su mano—, que nunca te olvidaré.

—¡No, no, Pip! —dijo él con tono consolador—. De eso estoy seguro. ¡Sí, sí, querido! Dios te bendiga; no hay que darle muchas vueltas a una cosa para estar seguro de ella. Pero me costó un poco creerla; el cambio vino tan inesperadamente, ¿verdad?

Hasta cierto punto no me gustaba que Joe se mostrase tan seguro de mí. Habría preferido advertir en él alguna emoción o que hubiese dicho «esto te honra, Pip», o algo por el estilo. No hice observación alguna acerca de la primera parte de su respuesta y, por lo que se refiere a la segunda, me limité a decir que, en efecto, la noticia había sido inesperada, pero que yo siempre había deseado ser un caballero, y muchas veces había hecho cálculos sobre lo que haría si llegaba a serlo.

—¿Eso hacías? —preguntó él—. ¡Es asombroso!

—Qué lástima, Joe —exclamé—, que tú no hicieses más progresos cuando tomábamos nuestras lecciones aquí, ¿no te parece?

—No lo sé —respondió—. ¡Soy tan torpe! No entiendo más que de mi oficio. Ha sido una desgracia para mí tener la cabeza tan dura; pero no es más lamentable de lo que lo era hace un año, ¿verdad?

Lo que yo había querido decir era que cuando entrase en posesión de mi fortuna y estuviese en situación de hacer algo por Joe, habría sido mucho más agradable si él hubiese estado preparado para mejorar de posición. Sin embargo, se hallaba tan lejos de comprender el significado de mis palabras, que creí preferible hablar de ello a Biddy.

Así, cuando hubimos regresado a casa, tras tomar el té me llevé a Biddy a nuestro huertecito y, después de decir, para darle ánimos, que nunca la olvidaría, añadí que tenía que pedirle un favor:

—No pierdas ninguna oportunidad de ayudar un poco a Joe.

—¿De ayudarlo a qué? —preguntó ella, mirándome fijamente.

—Joe es un buen muchacho (en realidad, creo que el mejor muchacho que existe), pero está un poco atrasado en algunas cosas. Por ejemplo, en su instrucción y en sus modales.

Aunque mientras hablaba yo miraba a Biddy, ella no me devolvió la mirada ni por un instante.

—¿Entonces sus modales no son buenos? —preguntó mientras arrancaba una hoja del grosellero.

—Querida Biddy, están muy bien para un lugar como este.

—¿Para un lugar como este? —repitió fijando su atención en la hoja que tenía en la mano.

—Déjame acabar. Pero si yo, al entrar en posesión de mi fortuna, ayudase a Joe a acceder a una esfera superior, como pienso hacer, sus modales no le harían mucho favor.

—¿Y no crees que él lo sabe? —inquirió Biddy.

Era una pregunta tan irritante (porque nunca, ni por asomo, se me había ocurrido) que pregunté bruscamente:

—¿Qué quieres decir?

Después de estrujar la hoja entre las manos —y el olor del grosellero me ha recordado desde entonces aquella noche en el huertecito junto al callejón—, dijo:

—¿Has pensado por un instante que él puede tener su orgullo?

—¿Su orgullo? —repetí con énfasis desdeñoso.

—Hay muchas clases de orgullo —dijo Biddy mirándome a los ojos y sacudiendo la cabeza—. El orgullo no siempre es de una misma especie. —Hizo una pausa y prosiguió—. Él puede tener demasiado orgullo como para dejar que nadie lo saque de una esfera donde emplea bien sus capacidades y ocupa su puesto con dignidad. Yo creo que tiene esta pretensión, aunque suene atrevido de mi parte, porque tú lo conoces mejor que yo.

—Bueno, Biddy —dije—. Lamento mucho que tengas esta opinión. No lo esperaba. Eres envidiosa, y, además, maligna. Estás descontenta de mi cambio de suerte y no puedes disimularlo.

—Si de verdad piensas así —replicó ella—, dilo. Dilo tantas veces como quieras, si tienes el valor de pensarlo.

—Si tienes el valor de ser así —repuse con tono de superioridad—, no me lo atribuyas a mí. Me duele mucho comprobarlo, y lo considero un gran defecto. Yo me proponía pedirte que aprovecharas todas las ocasiones que se te ofrecieran, cuando yo me hubiese marchado, de instruir al querido Joe. Pero después de esto, no te pido nada. Me duele muchísimo tu actitud, Biddy.

—Tanto si me censuras como si me apruebas —contestó ella— puedes confiar en que haré todo cuanto de mí dependa, ahora y siempre. Y por mucho que yo te haya desilusionado, siempre te recordaré del mismo modo. Sin embargo —añadió volviendo el rostro—, un caballero no debe ser injusto.

Insistí con vehemencia en que desaprobaba su actitud y me alejé por el pequeño sendero. Ella entró en la casa y yo salí por el portillo del huerto a dar un paseo hasta la hora de la cena, lamentando de nuevo que la segunda noche de mi nueva vida fuese tan solitaria y desagradable como la primera.

Pero la mañana volvió a infundirme ánimo. Perdoné sinceramente a Biddy y no hablamos más del asunto. Tras ponerme el mejor traje de que disponía, me encaminé hacia la ciudad tan pronto como creí que hallaría las tiendas abiertas, y me presenté ante Mr. Trabb, el sastre, que estaba almorzando en la trastienda. Como al parecer no consideraba necesario salir a atenderme, me llamó.

—¡Bien! —dijo con tono de indiferente protección—. ¿Cómo está usted, y qué desea?

Mr. Trabb había cortado su panecillo caliente en tres rebanadas y las cubría abundantemente con mantequilla. Era un solterón próspero y la ventana abierta del local daba a un jardincillo y a un pequeño huerto. En la pared, junto a la chimenea, había una caja de caudales, y estoy seguro de que en ella guardaba gran cantidad de su prosperidad.

—Mr. Trabb —dije—, no me es grato mencionarlo, pues parece una fanfarronada, pero el caso es que voy a disfrutar de una brillante posición.

Hubo un cambio de actitud en Mr. Trabb. Olvidó su pan con mantequilla, se levantó, se limpió los dedos con el mantel, y exclamó:

—¡Alabado sea Dios!

—Voy a reunirme con mi tutor en Londres —proseguí, sacando como al descuido unas guineas de mi bolsillo y contemplándolas—, y para ello necesito un traje a la moda. Quiero pagarle al contado —añadí, pensando que, de otro modo, no me lo confeccionaría.

—Querido señor —dijo Mr. Trabb mientras se inclinaba respetuosamente, abría los brazos y se tomaba la libertad de tocarme en ambos codos—, no me ofenda diciendo esto. ¿Puedo atreverme a felicitarlo? ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar a la tienda?

El aprendiz de Mr. Trabb era el muchacho más descarado de toda la comarca. Al llegar yo, estaba barriendo la tienda y había endulzado su tarea echándome la basura encima. Aún estaba barriendo cuando volví a la tienda en compañía de Mr. Trabb, y se puso a golpear con la escoba por todas partes para afirmar (según me pareció) su igualdad con cualquier herrero, vivo o muerto.

—¡Acaba con este ruido —dijo el sastre con la mayor severidad—, o te rompo la cabeza! Tenga usted la bondad de sentarse, señor. Vea usted —me indicó al tiempo que bajaba una pieza de paño y la extendía sobre el mostrador, antes de meter la mano por debajo para hacer notar su brillo—, es un género muy fino. Puedo recomendarlo para lo que usted desea, caballero, porque, verdaderamente, es de la mejor calidad. Pero le enseñaré otros. ¡Dame el número cuatro, tú! —le dijo al muchacho, dirigiéndole una mirada terriblemente severa, pues preveía el peligro de que aquel granuja me rozara con la escoba o diera cualquier otra señal de familiaridad.

Mr. Trabb no apartó del muchacho su mirada severa hasta que este hubo depositado el número cuatro sobre el mostrador y volvió a hallarse a una distancia conveniente. Después le mandó traer el número cinco y el número ocho.

—Y no me hagas una travesura de las tuyas —añadió— o lo recordarás toda tu vida.

Luego Mr. Trabb se inclinó sobre el número cuatro y, con tono de deferente confidencia, me lo recomendó como un género ligero para el verano, muy en boga entre la nobleza y la gente opulenta, un género que haría mucho honor al distinguido conciudadano que lo luciera (si es que como a tal le permitía considerarme).

—¿Traes o no esos números cinco y ocho? —dijo el sastre después de esto, dirigiéndose al chico—. ¿O quieres que te eche a puntapiés de la tienda?

Elegí la tela para un traje, atendiendo a los consejos de Mr. Trabb, y volví a la trastienda para que me tomase las medidas. Porque, aunque él tenía ya mis medidas y hasta entonces le habían bastado, me dijo, para excusarse, que en las actuales circunstancias no serían suficientes. Así, pues, me midió como si yo fuese una finca y él el más escrupuloso agrimensor, y le llevó tanto trabajo que llegué a dudar de que el precio del traje, fuera cual fuese, lo recompensase por sus molestias. Cuando por fin hubo terminado y quedó convenido que mandaría los artículos a casa de Mr. Pumblechook el jueves por la tarde, me dijo, con la mano en el picaporte de la puerta:

—Ya sé, señor, que no se puede esperar que los caballeros de Londres favorezcan, como regla general, a un sastre de provincias, pero si usted, en calidad de paisano, quisiese de vez

en cuando darme una oportunidad, se lo agradecería mucho. Buenos días, señor; muy agradecido... ¡La puerta!

Estas últimas palabras fueron dirigidas al muchacho, quien no tenía la menor idea de qué significaban.

Lo vi quedar anonadado al ver que su amo me acompañaba y abría personalmente la puerta, y mi primera experiencia con respecto al estupendo poder del dinero fue que este, moralmente, había tumbado de espaldas al aprendiz de Mr. Trabb.

Después de este acontecimiento memorable fui a casa del sombrerero, del zapatero y del calcetero y me sentí un poco como el perro de la tía Hubbard, cuyo equipo requería el concurso de numerosos oficios. También fui al despacho de las diligencias y reservé un asiento para el sábado por la mañana a las siete. No fue necesario explicar a todo el mundo el cambio de mi posición; pero cada vez que dije algo sobre el particular, resultó, invariablemente, que el respectivo comerciante dejó de mirar distraídamente el tráfico de la calle y concentró su atención en mí. Cuando hube encargado todo lo que necesitaba, dirigí mis pasos hacia la casa de Pumblechook de pie en cuyo umbral lo encontré.

Me aguardaba con impaciencia. Había salido por la mañana temprano en su carruaje y había estado en la herrería, donde le dieron la noticia. Me tenía preparada una colación en la taberna Barnwell, y también ordenó a su dependiente «que dejara el paso libre» al entrar mi sagrada persona.

—Mi querido amigo —dijo Mr. Pumblechook, tomándome de las manos, cuando él, yo y la colación estuvimos a solas—; lo felicito por su buena suerte. ¡Muy merecida, muy merecida!

Aquello era hablar con propiedad, y me pareció una manera muy razonable de expresarse.

—Pensar —prosiguió después de contemplarme con expresión de admiración por un instante— que he sido el humilde instrumento que ha conducido a este resultado, es una recompensa que hace que me sienta orgulloso.

Rogué a Mr. Pumblechook que tuviese presente que sobre el particular no había que decir, ni siquiera insinuar, nada.

—Mi joven y querido amigo —dijo Mr. Pumblechook—, si me permite que lo llame así...

—Naturalmente —murmuré, y Mr. Pumblechook me tomó otra vez las manos con un gesto que tenía algo de emotivo.

—Mi querido amigo, cuente con que durante su ausencia haré todo lo posible para que Joe no deje de recordarlo. ¡¡Joe!! —exclamó Mr. Pumblechook a modo de compasiva adjuración—. ¡¡Joe!! ¡¡¡Joe!!! —Sacudió la cabeza y se golpeó la frente con la mano para expresar su idea de la capacidad intelectual de Joe. Añadió—: Pero mi joven y querido amigo, debe de estar usted hambriento y agotado. Siéntese usted. Aquí hay un pollo traído de El Jabalí y algunas cositas más del mismo establecimiento que espero usted no desdeñará. Pero ¿realmente veo yo ante mí —dijo Mr. Pumblechook levantándose un momento después de haberse sentado— a aquel con quien jugaba siempre en los días felices de su infancia? ¿Y puedo yo..., puedo yo...?

Este «puedo yo» quería decir: «¿Puedo yo estrechar su mano?». Asentí. Él lo hizo vehementemente y volvió a sentarse.

—Aquí hay vino —dijo Mr. Pumblechook—. ¡Bebamos en agradecimiento a la fortuna, y ojalá ella siempre elija sus favorecidos con el mismo acierto! Y, sin embargo —agregó Mr. Pumblechook, levantándose de nuevo—. Ver ante mí a uno... y beber a la salud de uno... sin volver a expresar... ¿Puedo yo..., puedo yo...?

Dije que podía, me estrechó nuevamente la mano, vació su copa y la volvió boca abajo. Yo hice lo mismo, y si me hubiese vuelto boca abajo antes de beber el vino, el vino no habría ido más directamente a mi cabeza de lo que lo hizo.

Mr. Pumblechook me sirvió un ala de pollo y la mejor tajada de la lengua de cerdo (nada de rebañaduras ahora) y, comparativamente hablando, no se preocupó de sí mismo.

—¡Ah, pollo, pollo! Poco te figurabas —dijo dirigiéndose al ave que había en el plato—, cuando no eras más que un polluelo, lo que te estaba reservado... Poco te figurabas que ibas a servir de refrigerio, bajo este humilde techo, a uno que... llámelo usted debilidad, si quiere —añadió volviendo a levantarse—, pero, ¿puedo yo? ¿Puedo yo...?

Empezaba a ser innecesario que repitiese la formalidad de preguntar si podía; así, pues, lo hizo enseguida. Cómo pudo hacerlo tan a menudo sin herirse con mi cuchillo, es cosa que no logro entender.

—¡Y su hermana —prosiguió tras comer durante unos minutos sin interrupción—, que tuvo el honor de criarlo a usted «valiéndose de la mano»! Es una circunstancia triste, cuando uno se ve en la imposibilidad de apreciar este honor. Puedo...

Presentí lo que se me venía nuevamente encima y le paré los pies diciéndole:

—Vamos a beber a su salud.

—¡Ah! —exclamó él repantigándose en su silla con expresión de admiración—. En esto es en lo que se conocen los amigos, Sir —ignoro a quién se refería al decir «Sir», pero seguramente no debía de ser yo, y no había otra persona presente—, y en esto es en lo que se conocen también los corazones generosos, ¡Sir! Siempre indulgente y amable. A una persona vulgar podrá parecerle una repetición, pero... —añadió con tono servil, dejando apresuradamente el vaso, del que no había bebido todavía ni un sorbo, y levantándose de nuevo—. ¿Puedo yo...? —Cuando lo hubo hecho, volvió a sentarse y brindó por mi hermana—. No podemos ser ciegos ante los defectos de su temperamento, pero hemos de suponer que tenía buenas intenciones.

En aquel momento empecé a notar que sus mejillas se iban coloreando; en cuanto a mí, la cara me escocía y la sentía como si la tuviese empapada de vino.

Dije a Mr. Pumblechook que deseaba que enviasen mi traje a su casa, y se quedó más que satisfecho al ver que lo hacía objeto de aquella distinción. Le indiqué los motivos que tenía para querer evitar la curiosidad del vecindario, y aprobó mi decisión con entusiasmo. ¿Había alguien, insinuó, tan digno como él de mi confianza? Luego me preguntó si recordaba nuestros inocentes entretenimientos aritméticos, y la ocasión en que fuimos juntos a formalizar mi contrato de aprendizaje, y añadió que en realidad él siempre había sido mi amigo del alma. Aunque yo hubiese bebido diez veces más vino habría recordado claramente que él nunca fue el amigo que pretendía haber sido, pero a pesar de todo yo estaba convencido de haberlo juzgado mal y de que era un hombre muy razonable y cariñoso.

Poco a poco demostraba cada vez más confianza en mí, hasta el punto de que acabó por pedirme consejo sobre sus asuntos particulares. Me hizo saber que se presentaba la mejor oportunidad de todos los tiempos para monopolizar el negocio de granos y semillas en su propio establecimiento, para lo cual solo hacía falta ampliarlo convenientemente. Lo único que se necesitaba para conseguir reunir una fortuna fabulosa, era un poco más de capital y (según opinaba él), si este capital era aportado por un socio comanditario, no necesitaría hacer nada más que examinar o hacer examinar los libros cuando le pareciese oportuno, y «tomarse la molestia» de embolsarse los beneficios, a razón de un cincuenta por ciento, dos veces al año. Le parecía, pues, que ello podía ser una excelente ocasión para un joven caballero de espíritu emprendedor y con suficientes recursos...

—Espere usted un poco —le dije. La precisión de mi respuesta lo impresionó de tal manera que ya no me preguntó si podía estrecharme la mano, sino que dijo que realmente debía hacerlo y lo hizo.

Nos bebimos todo el vino, y él se comprometió repetidamente a hacer que Joe se mantuviese a la altura (ignoro a qué altura) y a prestarme servicios constantes y eficaces (no sé a qué servicios se refería). Además, puso en mi conocimiento, por primera vez en mi vida y después de haber guardado cuidadosamente el secreto, que siempre había dicho respecto a mí: «Este chico es extraordinario y, por consiguiente, fíjense ustedes bien en lo que digo, su fortuna no será una cosa ordinaria».

Después de esta conversación fastidiosa salí al aire libre con la extraña idea de que había algo anormal en la luz del sol, y llegué, como en sueños, a la barrera del portazgo, sin tener conciencia de haber pasado por la calle.

Allí me despertaron de mi atontamiento los gritos de Mr. Pumblechook, que había reaparecido y me llamaba. Estaba casi al final de la calle y gesticulaba queriendo indicar que me detuviera. Obedecí y me alcanzó, jadeante.

—No, querido amigo —dijo en cuanto logró recobrar el aliento—. Eso no puede ser, no será, si puedo evitarlo. Esta ocasión no ha de pasar sin un saludo por parte de usted...

Nos estrechamos la mano por centésima vez y él ordenó, muy indignado, a un joven carretero que me dejase el paso libre. Después me dio su bendición y se quedó agitando la mano con ademán de despedida, hasta que hube doblado el recodo del camino. Entonces entré en un campo, y antes de continuar de regreso a casa, me tendí a la sombra de un seto y dormí allí un buen rato.

El equipaje que tenía que llevarme a Londres era bastante reducido, pues la mayor parte de las prendas que formaban mi ajuar no eran adecuadas a mi nueva posición social. Pero decidí arreglarlo todo aquella misma tarde, y empaqueté cosas que sabía iba a necesitar a la mañana siguiente, para forjarme la ilusión de que no había tiempo que perder. Transcurrieron de esa manera el martes, el miércoles y el jueves; y el viernes por la mañana fui a casa de Mr. Pumblechook para ponerme mi traje nuevo y hacer una visita a miss Havisham. Mr. Pumblechook me cedió su propia habitación para que me vistiera, y puso en ella, expresamente, toallas nuevas. Si he de decir la verdad, mi traje nuevo me desilusionó bastante. Probablemente, desde que existe el arte de vestir, todo traje nuevo esperado con interés ha defraudado las esperanzas de quien tenía que ponérselo. Pero al cabo de una hora, aproximadamente, que yo llevaba puesto el mío, y de haber hecho una

infinidad de contorsiones ante el reducido espejo de Mr. Pumblechook, esforzándome inútilmente por verme las piernas, me pareció que no me estaba del todo mal. Como era día de mercado en un pueblo cercano, a unos quince kilómetros de distancia, Mr. Pumblechook no se encontraba presente. Yo no le había indicado con exactitud cuándo pensaba marcharme y no era probable que tuviese que estrecharle de nuevo la mano antes de partir.

Sobre este punto todo marchaba a pedir de boca, pero salí con mi nueva indumentaria, muy avergonzado de tener que pasar por delante del dependiente, pues temía tener el aspecto de Joe cuando se ponía el traje de los días festivos.

Fui a casa de miss Havisham, dando un rodeo por callejuelas solitarias y tiré del llamador. Sarah Pocket vino a abrir la verja y puede decirse que retrocedió pasmada al verme tan cambiado; su cara de cáscara de nuez, morena, se volvió repentinamente verde y amarilla.

—¿Eres tú? ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué quieres?

—Me voy a Londres, miss Pocket —dije— y deseo despedirme de miss Havisham.

No me esperaban, y la joven me dejó plantado en el patio, mientras iba a ver si querían recibirme. Al cabo de un rato volvió y me condujo hasta el piso superior, sin dejar de contemplarme de pies a cabeza ni por un solo instante.

Miss Havisham se encontraba haciendo ejercicio en la sala de la gran mesa apoyándose en un bastón. La estancia estaba iluminada como en ocasión de mis primeras visitas. Al oír que entrábamos se volvió hacia nosotros. En ese momento estaba frente al reseco y agusanado pastel de boda.

—No se marche, Sarah —dijo—. ¿Qué hay, Pip?

—Salgo mañana para Londres, miss Havisham —le anuncié con mucho comedimiento—, y he creído que no la molestaría a usted viniendo a despedirme...

—Estás muy elegante, Pip —dijo recorriendo el perfil de mi cuerpo con el bastón, como si fuese el hada madrina que me había transformado y estuviese concediéndome la última merced.

—Desde que la vi a usted la última vez, miss Havisham, he cambiado notablemente de posición social —expliqué—, y le estoy muy agradecido por lo amable que es conmigo.

—¡Ah, ya! —repuso ella contemplando satisfecha a la envidiosa Sarah, que parecía estupefacta—. He hablado con Mr. Jaggers. Estoy al corriente de todo, Pip. Así, pues, ¿te marchas mañana?

—Sí, miss Havisham.

—¿Y has sido adoptado por una persona opulenta?

—Sí, miss Havisham.

—¿Que no se ha dado a conocer?

—No, miss Havisham.

—¿Y Mr. Jaggers es tu tutor?

—Sí, miss Havisham.

Se solazaba con estas preguntas y respuestas al ver la profunda consternación de Sarah Pocket.

—¡Muy bien, hombre! —exclamó al fin—. Se te ofrece una brillante carrera. Procura ser buen muchacho y merecerla... Cumple siempre las instrucciones de Mr. Jaggers. —Me miró y luego miró a Sarah cuya expresión la hizo sonreír con malignidad—. Adiós, Pip —añadió—, y no olvides que siempre has de conservar este nombre.

—Sí, miss Havisham.

—¡Adiós, Pip!

Me tendió la mano, y yo, de rodillas, acerqué a ella mis labios. No había decidido de antemano en qué forma iba a despedirme de miss Havisham, y en aquel momento encontré natural hacerlo de aquella manera. Ella volvió a mirar a Sarah Pocket con una expresión de triunfo muy singular, y dejé a mi hada madrina con las manos en el puño de su bastón, de pie, en medio de la estancia débilmente iluminada, al lado del pastel de boda cubierto de telarañas.

Sarah Pocket me condujo abajo como si yo fuese un espectro al que conviene dejar que se aleje. No acababa de rendirse a la evidencia y estaba callada y confusa. Yo dije: «Adiós, miss Pocket», pero ella no contestó y no hacía más que mirarme, sin dar señales de haberme oído. Cuando hube salido de la casa, me apresuré a volver a la de Mr. Pumblechook, y allí me quité el traje nuevo, lo envolví y regresé al hogar ataviado con mis prendas viejas que, si he de ser sincero, diré que llevaba mucho más a gusto, a pesar de tener que cargar con el gran paquete.

Aquellos seis días, que deberían haber transcurrido lentamente, habían pasado muy deprisa, y el porvenir me miraba a la cara más fijamente de lo que podía mirarlo yo. A medida que las seis noches iban reduciéndose a cinco, a cuatro, a tres, a dos, cada vez me daba más cuenta de lo agradable que era la compañía de Joe y de Biddy. En la última velada, para complacerles, me puse el traje nuevo y anduve ataviado de aquella manera «esplendorosamente elegante» hasta la hora de ir a acostarme. Como despedida tuvimos una cena extraordinaria con el indispensable pollo asado y vino blanco. Todos estábamos muy melancólicos y los esfuerzos que hacíamos por aparentar jovialidad acababan de enredarlo todo y hacían que la escena fuese aún más triste.

A las cinco de la madrugada me disponía a abandonar el pueblo llevándome mi maletín, tras indicar a Joe que deseaba marcharme solo. Ahora pienso, con pesar, que el motivo de tal decisión era el temor ante el contraste que ofreceríamos Joe y yo al presentarnos ante la diligencia. Pretendí engañarme a mí mismo pensando que no había motivo para creerlo así, pero cuando subí a mi habitación aquella última noche comprendí que, en efecto, formaríamos una extraña pareja; sin embargo, titubeé y estuve a punto de volver a bajar para invitar a Joe que me acompañase, pero no lo hice.

Estuve toda la noche soñando con diligencias que equivocaban el camino y en lugar de dirigirse hacia Londres se dirigían a otros sitios, tiradas unas veces por perros, otras por gatos, por cerdos o por hombres, pero nunca por caballos. Me sentí obsesionado por viajes fracasados.

Amaneció y los pájaros comenzaron a llenar el aire de trinos. Me levanté, me vestí a medias y fui a sentarme junto a la ventana para contemplar aquel panorama por última vez, y en eso estaba cuando me dormí de nuevo.

Biddy se levantó tan temprano para prepararme el almuerzo, que aun cuando no llegué a dormir una hora al lado de la ventana, el humo de la cocina llegó hasta mí e hizo que despertase sobresaltado, convencido de que estaba anocheciendo. Pero mucho después de esto y de haber oído el ruido de las tazas para el té, y de estar completamente vestido, aún no me había decidido a bajar. Permanecí en mi habitación abriendo y cerrando el maletín, una y otra vez, hasta que Biddy me gritó que se estaba haciendo tarde.

Almorcé a toda prisa y me levanté de la mesa, exclamando con entusiasmo, como si acabara de ocurrírseme en aquel preciso momento:

—¡Bien! ¡Será cuestión de ponerme en camino!

Y dicho esto besé a mi hermana, que se reía y sacudía la cabeza, hice lo propio con Biddy y abracé efusivamente a Joe. Después cogí mi maletín y salí. Lo último que vi de ellos fue cuando a los pocos momentos oí un ruido detrás de mí y, al volverme, me di cuenta de que Joe me arrojaba un zapato viejo y Biddy otro, como prueba de que me deseaban buena suerte.

Entonces me detuve para agitar mi sombrero con ademán de despedida, y el bondadoso y querido Joe levantó su vigoroso brazo derecho al tiempo que gritaba con voz ronca: «¡Hurra!», y observé que Biddy se cubría el rostro con el delantal.

Me alejé rápidamente, pensando que la partida era más fácil de lo que me había figurado, y que no habría resultado muy agradable que hubiesen lanzado un zapato viejo detrás de la diligencia ante toda la gente que pasaba por la calle principal. Iba silbando como si la cosa no tuviese importancia. Pero el pueblo estaba silencioso y apacible, y la niebla iba disipándose solemnemente descubriendo el mundo ante mis ojos. Entonces me sentí tan inocente y pequeño que, comparándome con todo lo que se ofrecía a mi vista, desconocido y grandioso, me sentí emocionado y me eché a llorar. Pasaba en aquel momento junto al poste indicador de la salida del pueblo, y poniendo mi mano en él, exclamé:

—¡Adiós, amigo querido!

Nunca debemos avergonzarnos de nuestras lágrimas, porque son la lluvia que limpia el polvo cegador de la tierra a que a veces cubre y mancilla nuestro endurecido corazón. Después de haber llorado me sentí mejor, aunque más apenado y consciente de mi ingratitud. Si hubiese llorado antes, Joe sin duda se habría hallado a mi lado.

Tan sensible me sentí con aquellas lágrimas y con las que vertí de nuevo por el camino que, cuando me hube acomodado en la diligencia y esta hubo salido de la ciudad, pensé con dolor que tal vez sería mejor apearme en el primer relevo de los caballos y regresar a casa para despedirme más cariñosamente de los míos. Cambiaron los caballos y aún no estaba decidido, pero me decía para consolarme, que aún podría hacerlo en el siguiente relevo. Y mientras me sentía atormentado por estas vacilaciones, me parecía ver aparecer a Joe cuando cualquier hombre venía por la carretera hacia nosotros, y el corazón me palpitaba con violencia. ¡Era imposible que Joe estuviera allí!

Cambiamos los caballos varias veces y entonces ya fue tarde: estábamos demasiado lejos para que me echase atrás. Proseguí, pues, mi camino. La bruma se había disipado por completo y el mundo se extendía ante mis ojos.

Y AQUÍ TERMINA LA PRIMERA FASE

DE LAS GRANDES ESPERANZAS DE PIP.

XX

Había más de cinco horas de trayecto desde nuestro pueblo a la capital. Eran poco más de las doce y media cuando la diligencia en que viajaba se metió en el tráfico que discurre a través de Cross-Keys, Wood-Street, del barrio de Cheapside, Londres.

En aquella época los ingleses estábamos firmemente convencidos de que era una traición a la patria dudar siquiera de que éramos lo mejor del mundo; de no haber sido así, a pesar de que me impresionaba la inmensidad de la urbe, creo que Londres me habría parecido muy feo, tortuoso, sucio y en extremo angosto.

Mr. Jagers me había enviado ya sus señas: su domicilio estaba situado en Little Britain, y en su tarjeta me indicaba que era a la salida de Smithfield, junto a la posta de las diligencias. Sin embargo, un cochero que en su grasiento capote llevaba tantas esclavinas como años debía de tener, me metió en su coche con igual parsimonia que si hubiera tenido que llevarme a cien kilómetros de distancia. Estuvo largo rato para instalarme en su pescante cubierto con un paño verde muy apolillado. El carruaje resultaba algo prodigioso, con seis coronas pintadas en el exterior y unas cosas extrañas amontonadas detrás cuya función, por lo visto, era que pudiesen sostenerse no sé cuántos lacayos, y debajo una especie de rastrillo con peligrosas puntas para disuadir a los chicos que suelen colgarse en la parte trasera de los coches.

Apenas había tenido tiempo de disfrutar examinando detalladamente el vehículo, pensando que se parecía a un almacén de paja y a una tienda de trapero y preguntándome por qué debían guardarse dentro los morrales de los caballos, cuando vi que el cochero se disponía a apearse como si fuéramos a detenernos. Y, en efecto, nos detuvimos en una calle sombría, ante una oficina en cuya puerta, que estaba abierta, había una placa con el nombre: «Mr. Jagers».

—¿Cuánto le debo? —pregunté al cochero.

—Un chelín —contestó—, y la voluntad.

Naturalmente, yo le dije que mi voluntad era darle solo el chelín que me pedía.

—En este caso —repuso—, tendré que contentarme con un chelín. Quiero evitar disgustos... ¡Lo conozco! —exclamó mirando el apellido de Mr. Jagers y guiñando un ojo con expresión sombría.

Después de que hubo cobrado su chelín y se hubo instalado de nuevo en el pescante tras muchos preparativos, se marchó, lo cual pareció tranquilizarlo. Entré en el primer despacho con el maletín en la mano y pregunté por Mr. Jagers.

—No está —contestó un dependiente—. En este momento se halla en los juzgados. ¿Es con Mr. Pip con quien tengo el honor de hablar?

Respondí que así era.

—Mr. Jaggers —agregó— ha encargado que le rogásemos a usted que lo espere en su despacho. Cuando tiene la vista de una causa nunca sabe cuánto puede tardar, pero como su tiempo es precioso, supongo que procurará venir lo antes posible.

Dicho esto, el empleado abrió una puerta y me hizo pasar a una habitación. Había en ella un caballero tuerto, que vestía traje de terciopelo y calzón corto. El hombre se restregó la nariz con la manga al verse interrumpido en la lectura de su periódico.

—Salga usted y aguarde fuera, Mike —le dijo el dependiente.

Yo me disponía a decir que no quería importunar, cuando el empleado sacó de allí a aquel caballero con muy pocos cumplidos y, arrojándole a la espalda su gorro de piel, me dejó solo.

El despacho de Mr. Jaggers no recibía más luz que la que penetraba por una claraboya, y era una estancia lúgubre. La referida claraboya estaba remendada como si de una cabeza rota se tratara, y las casas vecinas parecían inclinarse para mirarme a través de sus cristales. No había allí tantos papeles como había esperado encontrar, pero, en cambio, descubrí algunos objetos raros, tales como una pistola vieja y enmohecida, una espada metida en su correspondiente vaina, varias cajas y paquetes de extraño aspecto y, encima de una estantería, dos mascarillas horribles de rostros repulsivos que tenían las mejillas hinchadas y la nariz contraída. El sillón de Mr. Jaggers era de crin muy negra, con hileras de clavos dorados, lo que hacía que semejase un ataúd. Lo imaginé de pronto repantigado en él y mordiéndose el dedo mientras contemplaba a sus clientes. Era una habitación pequeña y, por lo visto, los clientes solían apoyarse contra la pared, pues se notaba en ella el roce de las espaldas. Recordé también que el cliente tuerto que acababa de salir se había retirado rozando el muro.

Me senté en la silla que había frente a la de Mr. Jaggers, y me sentí subyugado por aquel ambiente tétrico. Se me ocurrió que el pasante tenía, como su patrón, el aire de saber algo deshonesto acerca de todo el mundo. Me pregunté cuántos empleados habría en el piso superior y si todos ejercerían el mismo poder sobre sus semejantes. Pensé también en cuál sería la historia de todas las cosas raras que había en aquel despacho y cómo habrían llegado allí. Me pregunté también si las dos horribles mascarillas corresponderían a familiares de Mr. Jaggers, y por qué, si tuvo la desgracia de tener dos parientes tan mal encarados, se le ocurrió poner sus imágenes en aquel estante, expuestas al ataque de los mosquitos y los escarabajos, en vez de reservarles mejor sitio en su casa.

Yo no sabía cómo era un día de verano en Londres, y quizá mi espíritu se hallaba oprimido por la atmósfera viciada y el polvo que lo cubría todo. Pero seguí meditando y esperando en el despacho de Mr. Jaggers hasta que no pude soportar más la visión de aquellas dos mascarillas estropeadas y me levanté y salí de la estancia sombría.

Cuando manifesté al pasante que quería ir a dar una vuelta para tomar el aire, me recomendó que doblase por la primera esquina y entrase en Smithfield. Seguí su consejo, pero era aquel un lugar indecoroso, lleno de inmundicia, pedruscos, sangre y espumarajos, cuyos efluvios parecían pegarse al cuerpo. Huí de Smithfield inmediatamente, doblando

en una calle desde la cual vi la gran cúpula negra de la catedral de San Pablo, que sobresalía por encima de un siniestro edificio de piedra que alguien dijo que era la cárcel de Newgate. Siguiendo el muro de la prisión, encontré la calzada cubierta de paja para atenuar el ruido de los vehículos, y por esto y por el número de personas que transitaban por allí que apestaban a ron y cerveza, comprendí que debía de estar cerca de los juzgados.

Mientras iba mirando alrededor, un representante de la Justicia, muy mal aseado y en estado de embriaguez, me preguntó si quería entrar y presenciar uno o dos juicios, en cuyo caso, añadió, podría procurarme un asiento de primera fila si lo gratificaba con media corona; de ese modo tendría el honor de disfrutar de la vista del lord presidente, con su peluca y su traje de ceremonia incluido, y me describió a tan terrible personaje como si se tratara de una figura de cera, ofreciéndomelo, poco después, al precio reducido de dieciocho peniques. Al ver que yo rechazaba la oferta con la excusa de tener una cita, se dignó hacerme entrar en el patio y mostrarme dónde estaba instalada la horca y el lugar donde se azotaba a los sentenciados a este castigo. Me enseñó también la puerta por la que salían al patio aquellos que iban a ser ahorcados, y me anunció que cuatro condenados cruzarían aquel fatídico umbral dos días después, a las ocho de la mañana, para ser ejecutados. Aquello era horrendo y me dio una idea muy desfavorable de Londres. La gran metrópoli me pareció repulsiva, mucho más cuando vi que todo lo que llevaba mi acompañante, desde el sombrero hasta las botas, eran prendas apolilladas que debió de comprarle, ya muy usadas, al verdugo. Le di un chelín y, con gran alivio, conseguí librarme de él.

Volví al despacho de Mr. Jagers a preguntar si este ya había regresado, y como resultó que no estaba, salí de nuevo a la calle. Esta vez giré en Little Britain y entré en el callejón Bartholomew Close, donde descubrí que otras personas estaban esperando a Mr. Jagers como yo. Había dos hombres, de aspecto misterioso, que mientras conversaban se empeñaban, con aire pensativo, en meter la punta del pie en las grietas del pavimento. Uno de ellos dijo al otro, la primera vez que pasaron por mi lado:

—Si hay que hacerlo, Jagers lo hará.

Había en una esquina un grupo de tres hombres y dos mujeres, y una de estas sollozaba con el rostro oculto en un chal bastante sucio, mientras la otra trataba de consolarla diciendo:

—Jagers le defiende, Amelia. ¿Qué más quieres?

Mientras yo estaba en el callejón, apareció de pronto un individuo pequeño y de ojos rojizos, judío, sin duda, acompañado de otro sujeto también de baja estatura y de la misma raza, a quien mandó el primero con algún encargo. Mientras el mensajero estaba ausente, vi a aquel hombrecillo, que era de temperamento muy excitable, bailar de impaciencia al pie de una farola mientras repetía con frenesí estas palabras:

—¡Oh, Jagers, Jagers! Los demás no valen nada. A mí, dadme a Jagers...

Esta prueba de la popularidad de mi tutor me impresionó profundamente y me llenó de admiración.

Por fin, mientras miraba a través de una de las verjas de Bartholomew Close en dirección a Little Britain, vi venir a Mr. Jagers. Todos aquellos que lo esperaban lo divisaron al mismo tiempo que yo y corrieron a su encuentro. Mr. Jagers me puso la mano

en un hombro y me llevó consigo sin decirme nada; volviéndose hacia quienes lo seguían, habló en primer lugar a los dos hombres de aspecto misterioso:

—No tengo nada que decirles ni quiero saber más de lo que sé —manifestó—. En cuanto al resultado, es cuestión de azar. Ya se lo dije a ustedes desde un principio. ¿Han pagado a Wemmick?

—Esta mañana hemos reunido el dinero —respondió con tono de resignación uno de aquellos individuos, mientras el otro miraba fijamente a Mr. Jaggers.

—No pregunto cuándo lo ha reunido, sino si lo han entregado ya a Wemmick.

—Sí, señor —contestaron los dos hombres al unísono.

—Perfectamente, entonces déjenme ustedes en paz. ¡Basta ya! —exclamó Mr. Jaggers, haciéndoles seña de que se quedaran atrás—. Si me dicen una sola palabra más, abandono el caso.

—Hemos pensado, Mr. Jaggers... —comenzó uno de los hombres, quitándose el sombrero.

—Esto es precisamente lo que les he recomendado que no hicieran —replicó Mr. Jaggers—. ¿Ustedes pensar? Ya pienso yo por ustedes, y esto basta. Si los necesito, ya sé dónde encontrarlos; no quiero que anden ustedes buscándome. ¡Basta! ¡Ni una palabra más!

Aquellos dos sujetos se miraron, mientras Mr. Jaggers volvía a indicarles con un gesto que lo dejaran en paz, y se apartaron sumisamente, en silencio.

—Ahora ustedes... —dijo Mr. Jaggers, deteniéndose de pronto y volviéndose hacia las dos mujeres cubiertas con sendos chales, de quienes se habían apartado dócilmente los tres hombres—. ¡Ah! ¿Es Amelia?

—Sí, Mr. Jaggers.

—¿Ya recuerda usted que de no ser por mí no estaría ni podría estar aquí? —preguntó Jaggers.

—¡Oh, sí, señor! —exclamaron las dos mujeres a la vez—. ¡Dios lo bendiga, señor, no lo olvidamos!

—¿Entonces —repuso Mr. Jaggers— por qué han venido?

—¡Se trataba de mi pobre Bill, señor! —exclamó la mujer que había estado sollozando.

—Oiga —replicó Mr. Jaggers—. Sépalo usted de una vez. Si no está enterada de que su Bill se halla en buenas manos, yo sí lo estoy. Y si vuelve a venir a fastidiarme con su Bill, me desentenderé del caso. ¿Han pagado a Wemmick?

—¡Oh, sí, señor; hasta el último penique!

—Muy bien. Han hecho lo que tenían que hacer. Digan ahora una sola palabra más y Wemmick les devolverá el dinero.

Esta terrible amenaza hizo que las dos pobres mujeres se retiraran al instante. Solo quedaba el judío menudo y excitable, que ya se había acercado varias veces a Mr. Jaggers.

—¡No conozco a este hombre! —exclamó Mr. Jaggers con el mismo tono inclemente—. ¿Qué quiere ese individuo?

—¡Querido Mr. Jaggers! ¡Soy el hermano de Abraham Latharuth!

—¿Quién es? —repuso Mr. Jaggers—. ¡Pero suélteme usted la levita!

Antes de soltarla, el suplicante besó sus faldones y contestó:

—Abraham Latharuth, el sospechoso en el asunto de la vajilla de plata...

—Ha llegado usted tarde. Ya me encargo de la defensa de la otra parte.

—¡Por Dios, Mr. Jagers! —exclamó el judío, palideciendo—. ¡No me diga que va usted contra Abraham Latharuth!

—¡Sí, voy contra él, y ni una palabra más! ¡Largo de ahí!

—¡Mr. Jagers! ¡Un momento! Ahora mismo mi primo ha ido a ver a Mr. Wemmick para ofrecerle la cantidad que él pida... ¡Mr. Jagers, medio segundo de atención, por favor! ¡Le pagaremos a usted lo que sea! ¡El dinero no importa, Mr. Jagers!

Mi tutor apartó desdeñosamente al importuno y lo dejó bailando como si el pavimento estuviese ardiendo. Sin más interrupción llegamos al despacho, donde encontramos al pasante y al hombre del gorro de terciopelo.

—Aquí está Mike —dijo el pasante, bajando de su taburete y acercándose confidencialmente a Mr. Jagers.

—Escuche usted, Mr. Jagers —dijo el tal Mike, que por el tono de voz parecía muy resfriado—, por fin, tras muchas dificultades, he conseguido encontrar uno que creo que podría servir...

—¿Qué es lo que está dispuesto a jurar?

—Verá usted, Mr. Jagers —repuso Mike, restregándose la nariz con su gorro—, en términos generales, creo que cualquier cosa.

Mr. Jagers, enfadado, exclamó:

—Ya le advertí que si se atrevía a hablarme en estos términos se arrepentiría usted. ¡Vaya desfachatez la de ese maldito tunante!

El cliente estaba asustado, aunque no acertaba a comprender qué mal había hecho que pudiera motivar la actitud de su interlocutor.

—¡Estúpido! —le dijo el pasante en voz baja al tiempo que le tocaba disimuladamente el codo—. ¡Qué tonto es usted! ¿Por qué se lo ha dicho a la cara?

—Voy a repetir mi pregunta, y por última vez... —gritó mi tutor con tono severo—. ¿Qué es lo que está dispuesto a jurar el hombre que ha encontrado?

Mike lo miró fijamente, como procurando aprender una lección en la expresión de su cara, y contestó lentamente:

—Que lo considera una persona honrada o que estuvo con él la noche en cuestión.

—¿De qué clase social es ese individuo?

Mike miró alrededor, luego nos miró fijamente, uno a uno, y comenzó a explicar:

—Lo hemos vestido como...

Pero mi tutor lo interrumpió gritando:

—¿Cómo? ¿Que lo han vestido ustedes?

—¡Qué torpe! —murmuró el pasante tocándole de nuevo el codo.

Mike miró otra vez en torno, desconcertado, consiguió serenarse y prosiguió:

—Viste como un respetable pastelero.

—¿Está aquí? —preguntó mi tutor.

—Lo he dejado sentado en unos escalones, a la vuelta de la esquina —respondió Mike.

—Hágalo pasar por delante de la ventana para que yo lo vea.

La referida ventana era la del despacho. Los tres nos ubicamos detrás de la persiana y al cabo de un rato vimos pasar al individuo, como por casualidad, acompañado de un sujeto alto, con cara patibularia y ataviado con un traje blanco, muy estrecho, y un gorro de papel. Aquel inocente pastelero no parecía estar muy sereno y tenía un ojo amoratado y verdoso, disimulado con alguna clase de maquillaje.

—Dile que se lleve su testigo de inmediato —dijo mi tutor al pasante, con tono de repugnancia—, y pregúntale qué se propone al venir con un tipo de tan mal aspecto.

Mi tutor me condujo entonces a su despacho, y mientras iba desayunando de pie, me expuso las disposiciones que acababa de tomar por mi cuenta. Yo tenía que presentarme en la posada Bernards y ocupar las habitaciones del joven Pocket, donde se había instalado una cama para mí. Estaría en compañía del joven Pocket hasta el lunes, cuando ambos iríamos a la casa de su padre para ver si esta me gustaba. Me indicó también a cuánto ascendería la pensión, y me entregó las tarjetas de los comerciantes con quienes tenía que tratar para todo lo referente a vestimenta y cuanto pudiese necesitar.

—Encontrará usted crédito suficiente, Mr. Pip —añadió mi tutor mientras bebía una copa de jerez que olía como todo un barril—. De esa forma podré comprobar todas las facturas y detenerlo si lo veo en camino de caer en manos del alguacil. Claro que acabará usted mal de todos modos, pero no será culpa mía.

Tras reflexionar un instante sobre estas palabras «alentadoras», pregunté a Mr. Jaggers si podía mandar por un coche. Él respondió que no valía la pena, porque el lugar a donde tenía que ir no estaba lejos; además, si yo lo deseaba, Wemmick podría acompañarme.

Supe entonces que Wemmick era el pasante del despacho de al lado. Se hizo bajar del piso superior a otro empleado para sustituirlo mientras estuviera ausente, y yo salí con él a la calle, después de estrechar la mano a mi tutor. Encontramos a muchas personas esperando fuera, pero Wemmick se abrió paso entre el grupo diciendo con frialdad, pero resueltamente:

—Nada, nada, es inútil; no quiero hablar ni una palabra con ustedes.

Y pronto los dos nos alejamos de aquellos infelices que esperaban en vano.

XXI

Mientras íbamos andando, uno al lado del otro, miré fijamente a Mr. Wemmick para observar, a plena luz del día, qué clase de individuo era. Se trataba de un hombre delgado, más bien bajo, de rostro cuadrado y expresión impasible, cuyo perfil parecía haber sido toscamente esculpido por un cincel mellado. Había en su rostro algunas señales que podrían haber sido hoyuelos si el «material» hubiese sido más blando y la herramienta más fina, pero que al fin y al cabo no pasaban de ser simples hendiduras. El cincel había hecho tres o cuatro intentos infructuosos para embellecer su nariz. Supuse que debía de ser soltero, a juzgar por lo arrugada que llevaba la camisa, y que debía de haber perdido muchos de sus parientes, pues llevaba al menos cuatro brazaletes de luto, además de un alfiler de pecho que representaba una dama y un sauce junto a una tumba, encima de la cual había una urna. Sus ojos eran negros, brillantes y de expresión muy viva e inteligente, y sus labios gruesos, anchos y moteados. A mi parecer, debía hacer unos cuarenta o cincuenta años que los tenía.

—¿De modo que usted nunca había estado en Londres? —me preguntó Mr. Wemmick.

—No —contesté.

—En otro tiempo, yo también fui un extraño en la capital... ¡Es curioso pensarlo ahora!

—Pero actualmente debe de conocerla bien, ¿verdad? —dije.

—¡Oh, sí! —repuso Wemmick—. Conozco cada uno de sus rincones...

—¿Es una ciudad peligrosa? —inquirí, más por decir algo que por verdaderos deseos de informarme.

—Aquí pueden a uno timarlo, robarlo o asesinarlo..., pero lo mismo ocurre en otras ciudades.

—Cuando hay mala uva y odio entre unos y otros... —dije para atenuar un poco aquel concepto tan desfavorable.

—¡Nada de mala uva! —contestó Wemmick—. Tampoco se trata de odio; lo atacarán si ven en ello algún beneficio seguro.

—Esto ya es otra cosa...

—¿Lo cree usted? —replicó Wemmick—. Pues yo considero que es lo mismo.

Llevaba el sombrero echado hacia atrás y miraba fijamente hacia adelante. Iba andando absorto, como si en la calle no hubiese nada que pudiera llamarle la atención. Su boca recordaba tanto a un buzón, que parecía sonreír maquinalmente. No fue hasta después de que hubimos llegado a la altura de Holborn Hill que me di cuenta de que solo era una apariencia y de que, en realidad, no sonreía.

—¿Sabe usted dónde vive Mr. Matthew Pocket? —pregunté.

—En Hammermith, al oeste de Londres.

—¿Es muy lejos?

—Unos ocho kilómetros.

—¿Lo conoce usted?

—¡Caramba, cuánto detalle exigen sus preguntas! —comentó Wemmick—. Sí, lo conozco. ¡Ya lo creo que lo conozco!

En el modo de pronunciar estas palabras noté cierto tono de desdén que me contrarió un poco, y estaba todavía mirando de reojo sus facciones en busca de una expresión alentadora, cuando me anunció que ya habíamos llegado a la posada Bernards. Me llevé una decepción, porque me había figurado que se trataba de un hotel al lado del cual el Jabalí Azul de nuestra pequeña ciudad resultaría una vulgar taberna, y ahora me encontraba con que su dueño, conocido por Bernard, era un espíritu desencarnado o una ficción, y que su hotel era la serie más sucia de habitaciones que hayan podido amontonarse en un rincón hediondo para que se reúnan en ellas los gatos vagabundos.

Entramos en aquella hostería por una puertecita y siguiendo un corredor angosto fuimos a salir a un patio pequeño y triste más parecido a un cementerio. Jamás había visto árboles, gorriones y gatos más melancólicos. Las ventanas de las habitaciones de aquella casa se encontraban en la última etapa de su decadencia, con las persianas y las cortinas destrozadas, las macetas rotas, los cristales resquebrajados y, en general, aspecto de polvorienta podredumbre y miserable interinidad. El letrero que anunciaba: «Se alquila», parecía hacerme guiños, como si ya no se presentasen allí nuevos huéspedes desgraciados que se resignaran a quedar enterrados allí como los actuales ocupantes. Un «luto» sucio de hollín y humo adornaba aquella desolada creación de Bernard, que llevaba la cabeza cubierta de ceniza y sufría penitencia y humillación como si de un vulgar cubo de basura se tratara. Esto en lo tocante a mi sentido de la vista, pues luego había la podredumbre seca y la húmeda, la corrupción silenciosa de los sótanos y las buhardillas, hedor de chinches y ratones, pestilencia de cuerdas, todo lo cual se dirigía a mi olfato gimiendo débilmente: «Pruebe usted la mixtura de Bernard».

La realización de la primera de mis grandes esperanzas resultó tan desalentadora, que miré desanimado a Mr. Wemmick.

—¡Ah! —exclamó este interpretando erróneamente mis sentimientos—. ¿Verdad que le recuerda a usted el campo? A mí me ocurre lo mismo.

Me condujo a un rincón y me hizo subir por una escalera que parecía en un tris de convertirse en serrín, por lo cual el día menos pensado los huéspedes de los pisos altos se encontrarían sin medio de poder bajar.

En la puerta había unas letras pintadas que decían: «Mr. Pocket, hijo», y sobre el buzón una etiqueta con la indicación: «Volverá dentro de poco».

—Probablemente no se figuraba que vendría usted tan pronto —explicó Wemmick—. ¿Necesita usted algo más de mí?

—No, muchas gracias —contesté.

—Como yo guardo el dinero —agregó—, supongo que nos veremos con frecuencia. Buenos días.

Le tendí la mano y él la contempló creyendo, sin duda, que le pedía algo; luego me miró fijamente y exclamó:

—¡Ah, ya! ¿Tiene usted costumbre de estrechar la mano?

Me sentí en cierto modo avergonzado, creyendo que mi ademán amable ya no debía de estar de moda en Londres, pero respondí que sí.

—Yo he perdido esa costumbre —repuso Wemmick—, excepto cuando tengo que despedirme de alguien para siempre. Celebro mucho haberlo conocido. Usted lo pase bien.

Nos estrechamos la mano y después de que él se hubo marchado abrí la ventana y por poco me decapito, pues las cuerdas de la persiana estaban podridas y esta se vino abajo como una guillotina. Afortunadamente ocurrió tan rápido que no me dio tiempo de sacar la cabeza fuera. Tras escapar de aquel peligro, me limité a disfrutar contemplando una silueta brumosa del edificio y pasé un buen rato mirando tristemente al exterior mientras pensaba que Londres no estaba a la altura de su fama.

La idea que Mr. Pocket, hijo, tenía de lo que significaba «dentro de poco» era distinta de la mía, pues hacía ya media hora o más que estaba aburridísimo mirando a través de la ventana y escribiendo varias veces mi nombre con el dedo en el polvo que cubría los cristales, cuando por fin oí pasos en la escalera. Uno tras otro aparecieron ante mí el sombrero, la cabeza, la corbata, el chaleco, los pantalones y, finalmente, las botas de un miembro de la sociedad poco más o menos de la clase a la que yo aparentaba pertenecer. Debajo de cada brazo llevaba sendas bolsas de papel.

—¿Es usted Mr. Pip? —preguntó.

—Y usted debe de ser Mr. Pocket —repuse.

—¡Caramba, cuánto lamento haberle hecho esperar! Me figuraba que llegaría usted en la diligencia que pasa por su localidad al mediodía. Por otra parte, si he tenido que salir ha sido por culpa suya, y no lo digo para excusarme, pero pensé que como venía usted del campo, quizá le gustaría un poco de fruta, y fui a compararla al mercado de Covent Garden.

Por cierta razón que yo sabía, sentí como si mis ojos estuviesen a punto de salirse de sus órbitas. Correspondí a su atención de manera incoherente y comencé a pensar que todo aquello era un sueño.

—¡Demonio de puerta, qué manera de agarrarse! —exclamó Mr. Pocket, hijo.

Le rogué que me permitiera echarle una mano con los paquetes. Me los entregó con una sonrisa afable y se puso a luchar con la puerta. Esta cedió al fin, tan de repente que él cayó encima de mí y yo fui a dar contra el otro lado de la puerta. Los dos nos echamos a reír, pero seguía sintiendo como si mis ojos pretendieran salirse de las órbitas y estuviese soñando.

—Hágame usted el favor de entrar —dijo Mr. Pocket, hijo—. Permítame que pase delante. Esto está muy mal amueblado, pero supongo que encontrará su habitación aceptable, puesto que no estará en ella más que hasta el lunes. Mi padre ha creído que pasaría usted mejor el día de mañana conmigo que con él, y que tal vez le apeteciera dar un paseo por Londres. Será un placer para mí enseñarle la capital. En cuanto a la comida, imagino que la encontrará usted apetitosa, pues nos la servirán del restaurante próximo, pero (es necesario decírselo), a cargo de usted, pues tales son las órdenes de Mr. Jagers. Por lo que respecta a nuestro alojamiento, casi puede considerarse espléndido, porque he

de ganarme la vida y mi padre no puede darme nada, y aunque pudiese, yo no lo aceptaría. Esta es nuestra salita, con las pocas sillas, mesas, alfombras y otras cosas que he podido traer de casa. No se figure usted que el mantel, los cubiertos y las vinagreras me pertenecen, pues han sido traídas del restaurante en su honor. Este es mi dormitorio. Es algo ruinoso, como todo lo de Bernard. Este otro es su dormitorio; el mobiliario ha sido alquilado, pero creo que servirá... Si desea usted algo más, iré a buscarlo. Las habitaciones están un poco aisladas y nos encontraremos bastante solos, pero supongo que no vamos a reñir. ¡Ay! ¡Perdone usted! Lo he tenido todo este rato con la fruta en las manos... Estoy avergonzado.

Mientras le entregaba las bolsas a Mr. Pocket, hijo, advertí en sus ojos una expresión de perplejidad que también debía de aparecer en los míos.

—¡Pero qué veo, Dios mío! —exclamó dando un paso hacia atrás—. ¡Usted es el muchacho del jardín!

—¡Y usted —repliqué—, el joven pálido!

XXII

El joven pálido y yo nos echamos a reír a carcajadas.

—¡Cómo podía figurarme que era usted! —exclamó él.

—¡Y yo, cómo podía pensar que usted fuese aquel jovencito!

Nos miramos de nuevo y volvimos a soltar grandes risotadas.

—¡Bueno! —anunció él al tiempo que me tendía la mano alegre y amigablemente—. Aquel incidente quedó zanjado, y confío en que tendrá usted la bondad de perdonarme los golpes que le propiné.

De estas palabras deduje que Mr. Herbert Pocket (pues tal era el nombre del joven) seguía confundiendo su intención con sus actos. Pero contesté con modestia y nos estrechamos cordialmente las manos.

—Por entonces usted no disfrutaba aún de su fortuna actual, ¿verdad? —preguntó Herbert Pocket.

—No —respondí.

—He oído decir que esta circunstancia se ha producido últimamente. En aquel tiempo era yo quien iba, en cierto modo, en pos de la fortuna.

—¿De veras?

—Sí. Miss Havisham me mandó llamar para ver si conseguía simpatizar conmigo. Pero no sucedió, o al menos no me consideró la persona indicada.

Me pareció cortés contestar que me extrañaba mucho.

—Dio prueba de tener muy mal gusto —afirmó Herbert entre risas—; pero fue así. Me mandó llamar para hacer una prueba, y si esta hubiese resultado favorable, creo que miss Havisham me habría dispensado su valiosa protección... y hasta quizá me hubiera convertido en el qué sé yo de Estella.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté con curiosidad.

Estaba colocando la fruta en el frutero, mientras íbamos hablando, y esta ocupación hizo, tal vez, que no acabara de expresar el sentido completo de su frase.

—En prometido, en novio, en lo que sea... —prosiguió mientras seguía llenando el frutero.

—¿Cómo pudo usted resistir tal decepción?

—La verdad es que no me interesaba —respondió—. Es una mujer tosca.

—¿Miss Havisham? —pregunté, extrañado.

—No digo que ella no lo sea, pero me refería a Estella. Es muy arrogante y caprichosa y, además, dura de corazón, y miss Havisham la ha criado para tenerla como instrumento de venganza contra el sexo masculino.

—¿Qué parentesco la une a miss Havisham?

—Ninguno. Es adoptada —contestó.

—¿Por qué quiere vengarse?

—Pero ¿es posible que lo ignore usted, Mr. Pip?

—Pues lo ignoro.

—Es toda una historia, y será mejor que la guardemos para la hora de comer. Ahora permítame que le pregunte por qué fue usted a visitarla aquel día.

Se lo conté todo y él me escuchó con mucha atención. Cuando hube terminado, se echó a reír y preguntó si había quedado yo muy dolorido después de la sesión de pugilato. Le pregunté a mi vez si lo había quedado él, porque sobre este punto yo estaba completamente convencido.

—¿Es Mr. Jaggers su tutor? —inquirió desviando la conversación.

—Sí.

—Ya debe usted saber que se trata del administrador y abogado de miss Havisham, quien solo confía en él.

Comprendí que me llevaba a un terreno peligroso, y contesté, con una reserva que no procuré disimular, que había visto a Mr. Jaggers en casa de miss Havisham el mismo día de nuestro encuentro, pero en ninguna otra ocasión, y que suponía que él no se acordaba de mí.

—Tuvo la amabilidad de señalar a mi padre como su preceptor, Mr. Pip, y así se lo propuso. Naturalmente, conocía la existencia de mi padre por su relación con miss Havisham, pues es primo de ella, pero no hay trato familiar entre los dos porque él nunca ha procurado ganarse su simpatía.

Herbert tenía unas maneras francas y naturales que lo hacían muy atractivo. No había conocido a nadie hasta entonces, ni conocería a nadie después, cuya mirada y tono de voz me convencieran tanto como los de él, que era incapaz de cualquier traición o mezquindad. Tenía una expresión maravillosamente optimista, y no sé por qué presentía yo que nunca sería muy afortunado ni muy rico.

Él continuaba siendo el joven pálido, y a pesar de su vivacidad y su conversación animada, se le notaba cierta languidez que no parecía revelar un vigor natural. No era guapo, pero sí muy amable y jovial, cualidades infinitamente mejores. Su figura estaba completamente desprovista de gracia, pero lo compensaba con su vivacidad. Podían caber ciertas dudas sobre si el traje provinciano confeccionado por Mr. Trabbe, le hubiera sentado más elegantemente que a mí, pero estoy convencido de que llevaba mejor él su traje viejo que yo el mío nuevo.

Al ver que se mostraba tan comunicativo conmigo, comprendí que toda reserva por mi parte resultaría impropia de nuestra edad. Por consiguiente, le relaté mi pequeña historia, haciendo hincapié en la prohibición que me había sido impuesta de investigar quién era mi bienhechor. Además, le indiqué que el que me hubiese criado en la herrería de un pueblo me había impedido conocer las formas corrientes en la buena sociedad y, por lo tanto, le

suplicaba, y agradecería, que siempre que me viese en un aprieto o cometiendo una falta de urbanidad me lo advirtiera de inmediato.

—Lo haré encantado —respondió—, aunque preveo que no necesitará usted muchas indicaciones en este sentido. Creo que estaremos juntos muy a menudo, y no quisiera cohibirlo innecesariamente. ¿Quiere hacerme el favor de llamarme, en lo sucesivo, por mi nombre de pila?

Le agradecí aquel detalle amistoso, le dije que así lo haría y, para corresponder a su amabilidad, le indiqué que mi nombre era Phillip.

—No me gusta ese nombre —repuso sonriendo—, porque me recuerda a uno de aquellos muchachos de los cuentos morales, que era tan perezoso que se dejó caer en un estanque, o tan gordo que no podía ver más allá de sus ojos, o bien tan avaro que guardaba su merienda hasta que se la comían los ratones, o tan aficionados a coger nidos que acabó devorado por los osos que vivían por los parajes adonde él iba a buscarlos. Le diré qué nombre me gustaría. Puesto que nos avenimos tanto y usted ha sido herrero... ¿pondría reparos...?

—No pondré reparos de ninguna clase en nada de lo que usted me proponga —contesté—, pero no le entiendo.

—¿Tendría usted inconveniente en que lo llamara Handel como nombre familiar? Handel es el compositor de una deliciosa pieza musical titulada El herrero armonioso.

—Me gustaría mucho.

—Pues bien, querido Handel —dijo al tiempo que volvía la cabeza, pues en ese momento se abría la puerta—, aquí traen la comida. Le suplico que ocupe la cabecera de la mesa, puesto que es usted quien paga.

No quise oír hablar de ello, y fue él quien tomó asiento en la cabecera. Yo me coloqué frente a él. Era una comida apetitosa, digna incluso de un banquete, y fue más agradable todavía por el hecho de que comíamos los dos solos, sin la presencia de personas mayores y con todo Londres alrededor de nosotros. A esto hay que añadir el atractivo que daba al festín cierto carácter bohemio, porque sin contar que la mesa era, como habría dicho Mr. Pumblechook, digna de quien nada en la abundancia, pues todo el servicio procedía del restaurante próximo, el lugar donde nos hallábamos instalados inducía al camarero a dejar las tapaderas en el suelo (con lo cual tropezaba con ellas), la mantequilla en el sillón, el pan en el estante de los libros, el queso en el cubo del carbón y el pollo asado sobre mi cama, en la habitación contigua, donde al ir a acostarme encontré buena parte de la salsa, ya fría y reseca. De todos modos, cuando el camarero se retiró, yo me sentía muy satisfecho.

Nos hallábamos a la mitad de la comida cuando recordé a Herbert que había prometido que me contaría la historia de miss Havisham.

—Es cierto —dijo—, voy a cumplir lo prometido inmediatamente, pero antes permítame, Handel, que, a manera de prefacio le indique que en Londres no es costumbre meterse el cuchillo en la boca, para evitar accidentes, y que, aunque el tenedor está reservado para esto, no tiene que introducirse más adentro de lo estrictamente necesario. Es un detalle de poca importancia, pero siempre es mejor hacer lo que hacen los demás. Por otra parte, la cuchara no suele cogerse por encima sino por debajo, lo cual tiene dos

ventajas: en primer lugar permite llevarla más fácilmente a la boca y evita en gran medida aquella actitud de abrir ostras que hace que rocemos el brazo de nuestro vecino.

Me hizo estas amigables advertencias de forma tan graciosa, que los dos nos echamos a reír y no me ruboricé.

—Ahora —prosiguió—, pasemos a lo de miss Havisham. Sepa usted que fue una niña mimada. Su madre falleció cuando ella todavía era muy pequeñita, y su padre nunca le negó nada en absoluto. El hombre tenía una fábrica de cerveza en la región de donde usted procede. Era un caballero rural, aunque no sé por qué se ha de dar tanta importancia a un simple cervecero. Pero no cabe duda que no es posible ser caballero y tener tahona y, en cambio, es posible ser caballero y tener fábrica de cerveza.

—Pero lo cierto es que una persona distinguida no puede tener un establecimiento de bebidas, ¿verdad? —pregunté.

—De ninguna manera —contestó Herbet—, pero un establecimiento de bebidas puede mantener a una persona distinguida. En fin, Mr. Havisham era muy orgulloso, y su hija también.

—¿Miss Havisham era hija única? —inquirí.

—Aguarde un poco, que a eso vamos. No era hija única; tenía un hermano por parte de su progenitor. Su padre había vuelto a casarse en secreto, con su cocinera, según creo.

—Creía que era orgulloso —dije.

—Sí, querido Handel, lo era y mucho. Precisamente se casó en secreto con su segunda mujer debido a su orgullo... Y al cabo de algún tiempo, ella murió. Me parece que hasta después de su muerte no contó a su hija lo que había hecho, y entonces el hijo entró a formar parte de la familia y vivió en la casa que usted ya conoce. A medida que fue convirtiéndose en un joven, y luego en un hombre, se volvió vicioso, derrochador, indómito... un mal sujeto en todos los sentidos. Por esta razón su padre decidió al fin desheredarlo, pero en la hora de su muerte se arrepintió y le dejó en situación holgada, aunque no tanto como a miss Havisham. Tome otra copa de vino y permita que le diga que en sociedad no es costumbre vaciar la copa hasta el final.

Yo acababa de hacer precisamente eso. Le agradecí la observación y me disculpé. Él contestó «No hay de qué» y prosiguió:

—Miss Havisham fue desde entonces una rica heredera, y, como es de suponer, muchos hombres la pretendieron. Su hermano volvía a disponer de abundantes recursos económicos, pero después de pagar sus deudas y despilfarrar el resto, quedó en la ruina con una rapidez aterradora. Se llevaba cada vez peor con su hermana, a quien responsabilizaba de las decisiones que había tomado su progenitor. Y ahora llegamos a la parte más cruel de la historia, y le advierto, querido Handel, que nunca debe meter la servilleta dentro del vaso.

No sabría decir por qué razón estaba esforzándome en comprimir la servilleta dentro de aquellos límites de cristal. Nuevamente le di las gracias y me disculpé, y él repitió, satisfecho, que no valía la pena, y prosiguió:

—Cierta día apareció en escena (en las carreras, en un baile o donde a usted le parezca mejor) un señor que se puso a cortejar a miss Havisham. Yo no lo conocí, porque hace veinticinco años de esto que estoy explicando. Pero sé que solo alguien prejuicioso o

ignorante podía confundirlo con un caballero. Al menos así lo afirma mi padre, pues asegura que ningún hombre puede simular ser lo que no es. Según él, no hay barniz capaz de disimular el grano de la madera, y cuanto más barniz se le pone, más se nota el grano. Bien, sigamos: el referido señor persiguió a miss Havisham, declarándose loco de amor por ella. Creo que la joven nunca había demostrado, hasta entonces al menos, mucha sensibilidad, pero en aquella ocasión manifestó toda la pasión de que era capaz y se enamoró perdidamente de aquel hombre. No cabía duda que lo idolatraba. Él se aprovechó de su cariño para explotarla de manera tan sistemática que consiguió que le entregara sumas considerables, y la indujo a comprar a su hermano, por un precio fabuloso, su participación en la fábrica de cerveza que su padre había tenido de la debilidad de legarle, bajo pretexto de que cuando él fuese su marido pondría en marcha el negocio y lo dirigiría personalmente. En aquella época miss Havisham aún no había contratado los servicios de Mr. Jaggers; además, estaba demasiado enamorada para pedir consejo a nadie. Sus parientes eran pobres chismosos y entrometidos, exceptuando a mi padre. Este, aunque pobre, no era celoso ni servil. Como entre ellos era el único que tenía un temperamento independiente, le advirtió que favorecía demasiado a su pretendiente y era excesivamente generosa con él. Ella aprovechó la primera ocasión para echar a mi padre de su casa, en presencia de su novio y de forma tan violenta que mi padre no ha vuelto a verla.

Me acordé de cuando dijo: «Cuando yo haya muerto, Matthew vendrá a verme por fin; entonces me hallará tendida, exánime, sobre esta mesa», y pregunté a Herbert si su padre todavía estaba tan enfadado con ella.

—No es eso —repuso él— pero miss Havisham lo acusó en presencia de su novio de haberse sentido defraudado en sus esperanzas de sacar provecho de ella, y seguramente él también lo creyó así. Para terminar, digamos que el día de la boda ya estaba fijado, los trajes de la novia comprados, el viaje de luna de miel proyectado, las invitaciones repartidas... Todo, en fin... Pero llegó el día... y el novio, no. Este escribió una carta...

—Que ella recibió —le interrumpí— cuando estaba vistiéndose para la ceremonia, a las nueve menos veinte minutos, ¿verdad?

—A la hora exacta en que luego ella hizo parar todos los relojes —afirmó Herbert—. Ignoro el contenido de la carta, salvo que quedaba roto el compromiso de enlace matrimonial. Cuando miss Havisham se restableció de la grave enfermedad que le ocasionó este desengaño, dejó la casa en el estado de abandono en que la ha visto usted, y desde entonces no ha querido ver de nuevo la luz del día.

—¿Es esta la historia? —pregunté tras reflexionar por un instante.

—Al menos hasta donde yo sé, y he de confesar que conseguí enterarme de lo ocurrido atando cabos, porque mi padre siempre evita hablar de eso, y hasta cuando miss Havisham me invitó a su casa, no me dijo más de lo estrictamente necesario. Pero olvidaba una cosa, y es que se cree que el hombre en quien ella había puesto toda su confianza y su cariño obraba de acuerdo con su hermano. Los dos tramaron todo aquello para repartirse los beneficios a costa de miss Havisham.

—No acierto a comprender por qué no se casó con ella y se adueñó de toda su fortuna —dije con curiosidad.

—Es posible que ya estuviera casado, y que ella se enterase de este detalle tal vez formara parte del plan de su hermano —contestó Herbert—. ¡Vaya usted a entenderlo! Yo no sé nada...

—¿Y qué fue de los dos hombres? —pregunté después de volver a meditar sobre el asunto.

—Se hundieron cada vez más en la deshonra y la ruina.

—¿Viven todavía?

—No lo sé.

—Ha dicho usted que Estella no era pariente de miss Havisham, sino que esta la había adoptado. ¿En qué fecha fue eso?

—Lo ignoro, pero desde que oigo hablar de miss Havisham, siempre se ha mencionado a Estella. Y ahora, Handel —agregó, como si deseara abandonar el tema—, existe entre nosotros una perfecta inteligencia. Usted sabe ya todo lo que yo sé acerca de miss Havisham.

—Y usted también sabe lo que yo sé —repliqué.

—Lo creo, y, por lo tanto, no puede haber entre usted y yo ni competencia ni recelo. Y en lo que concierne a la condición que debe usted respetar para no perder su posición social, esto es, no intentar averiguar quién es su misterioso protector ni comentar el asunto con nadie, puede estar seguro de que ni yo ni ninguno de los míos lo induciremos jamás a quebrantar la condición impuesta.

Dijo esto con tal afabilidad que comprendí que la cuestión quedaba zanjada, aunque yo tuviese que vivir muchos años en casa de su padre. Sin embargo, lo dijo con tal intención que comprendí que estaba tan convencido como yo de que la persona que me protegía era miss Havisham.

Este punto, que podía haber sido un obstáculo para nuestra amistad, quedaba ahora aclarado, y los dos nos sentíamos aliviados y satisfechos. Durante nuestra conversación, cordial y alegre, le pregunté cuál era su profesión, a lo cual respondió:

—Capitalista..., asegurador de barcos...

Supongo que debía de observar que yo estaba buscando con la mirada algún detalle relativo a la navegación o el capital, porque agregó enseguida:

—En la City.

Yo tenía formado un concepto muy amplio de la riqueza y la importancia de los aseguradores de barcos de la City, y empecé a sentir cierta preocupación al pensar que había vapuleado a un joven asegurador de buques, al que dejé con un ojo amoratado y un chichón en la cabeza. Pero, una vez más, tuve, para mi tranquilidad, el extraño presentimiento de que Herbert Pocket nunca sería rico ni tendría suerte.

—No voy a limitarme a emplear mi capital en el seguro de barcos —dijo—, pues quiero, además, adquirir acciones de las compañías de seguros de vida y pretendo llegar a ser director de alguna de ellas. También deseo intervenir en el negocio de minas, y ninguna de estas empresas me impedirá fletar por mi cuenta algunos millares de toneladas. Me encargaré del tráfico entre Inglaterra y las Indias Orientales —afirmó, repantigándose en su silla—. Un negocio interesante: sedas, chales, especias, drogas, tinturas y madera de calidad.

—¿Cree usted que puede ganarse mucho dinero?

—¡Sumas fabulosas! —respondió.

Me impresionó nuevamente, pues no pude por menos de pensar que su porvenir era mucho mejor que el mío.

—Me parece —prosiguió—, que también comerciaré con las Indias Occidentales, en el ramo del azúcar, el tabaco y el ron; y con Ceilán, particularmente en el negocio del marfil.

—Necesitará usted muchos barcos —dije.

—Toda una flota —contestó.

Aturdido por la magnitud de las transacciones que mencionaba, le pregunté por dónde navegaban los barcos que él aseguraba.

—Todavía no he asegurado ninguno; ahora estoy a la espera de emprender el negocio, para lo que he alquilado un despacho.

—¿Resulta ventajoso alquilar un despacho? —pregunté.

—¿Quiere usted decir para un joven como yo?

—Sí.

—Pues, no; para mí, no —repuso con el aire de quien está echando la cuenta de algo—. Realmente ventajoso, no, pues no cobro salario y he de mantenerme.

Verdaderamente, aquello no resultaba muy ventajoso, y sacudí la cabeza expresando con ello mi opinión de que con «tan poco» ingreso sería difícil ahorrar capital.

—Pero lo importante —dijo Herbert—, es que uno permanece alerta. Cuando la ocasión se presenta, uno no la deja escapar, acumula fondos y ¡ya está! Cuando se dispone de capital, solo hace falta emplearlo...

Aquello se parecía mucho a su idea del pugilato. También su modo de soportar la pobreza era igual a la manera de resignarse a la derrota. Al parecer, recibía los golpes de la adversidad con la misma actitud con que había recibido los míos. No cabía duda que sus propiedades se limitaban a lo indispensable, pues todo lo que llamó mi atención resultó que había sido traído del restaurante próximo o de alguna otra parte.

Sin embargo, a pesar de que él, en su imaginación, había acumulado una fortuna, hablaba de la misma con tal modestia que me sentí agradecido de que no se diera aires delante de mí. Era un detalle más que añadir a su educación refinada, y nos entendimos perfectamente. Por la noche fuimos a dar un paseo y luego al teatro, pues había conseguido unos pases. Al día siguiente asistimos al servicio religioso de la abadía de Westminster, y por la tarde fuimos a uno de los parques de la ciudad; me pregunté entonces quién herraba los numerosos caballos que pasaban, y pensé que ojalá hubiera podido ser Joe.

Aquel domingo, según calculaba yo, hacía ya muchos meses que me había separado de Joe y de Biddy. Al recordar los pantanos y los alrededores de nuestra casa, me parecieron de pronto muy hermosos. Sin embargo, consideraba una imposibilidad geográfica, social, solar y lunar volver a verme en nuestra antigua iglesia, ataviado con mi viejo traje de los días festivos. Y en las calles de Londres, tan concurridas e iluminadas, creí oír alusiones deprimentes y reproches por haberme alejado tanto de la humilde y vetusta cocina de mi casa. A medianoche, los pasos de un inepto portero que rondaba por los pasillos de la posada de Bernard con el pretexto de vigilar, parecían resonar en mi corazón.

El lunes por la mañana, a las nueve menos cuarto, Herbert fue al despacho sencillamente para hacer acto de presencia y, supongo, para estar «al corriente». Lo acompañé. Él tenía que salir al cabo de una hora a dos para ir conmigo a Hammersmith, y yo lo esperaba hasta entonces. Me pareció que los huevos de donde salían los jóvenes aseguradores eran empollados con polvo y calor, como los de avestruz, a juzgar por los lugares adonde acudían el lunes por la mañana aquellos gigantes incipientes. Tampoco el despacho al que asistía Herbert me pareció más importante en calidad de «observatorio», pues consistía en la parte posterior de un segundo piso, que daba a un patio de aspecto mezquino y desde donde todo lo que se veía no era el mundo exterior sino el interior de otro segundo piso. Permanecí allí hasta cerca del mediodía y luego fui a la bolsa, donde vi a unos hombres sentados debajo de unos anuncios marítimos, a quienes tomé por grandes comerciantes, aunque no pude comprender por qué se mostraban tan taciturnos. Cuando llegó Herbert, fuimos a almorzar en un renombrado restaurante que me causó muy buena impresión. Más tarde, sin embargo, comprobé que era el peor de Europa, pues advertí que había más salsa en los manteles, en los cuchillos y en la ropa de los camareros que en los guisados. Después de comer, por un precio bastante módico (si consideramos que no nos cargó en cuenta la grasa desperdiciada), volvimos a la posada de Bernard para recoger mi maletín, y luego tomamos el coche en dirección a Hammersmith. Llegamos allí hacia las dos o tres de la tarde y tras andar un poco llegamos al domicilio de Mr. Pocket. Descorrimos el pestillo de la verja y entramos en un pequeño jardín desde el cual se veía el río, y en el que jugaban los hijos del dueño de la casa. Y, o mucho me equivoco, o por lo que pude observar estos no eran criados como mi hermana me había criado a mí, sino a fuerza de golpes y caídas.

Mrs. Pocket estaba sentada en una silla, debajo de un árbol, leyendo, y las dos niñeras se entretenían por allí mientras los pequeños corrían y jugaban.

—Mamá —dijo Herbert—, te presento al joven Pip.

Mrs. Pocket me saludó afablemente.

—¡Miss Alick y miss Jane! —gritó una de las niñeras—, si dan ustedes estos saltos por encima de las matas, caerán al río, y ¿qué dirá entonces su papá?

La misma niñera recogió el pañuelo de Mrs. Pocket y dijo:

—¡Es la sexta vez que lo deja usted caer, señora!

Mrs. Pocket se echó a reír.

—Gracias, Flopson —contestó, y prosiguió su lectura. En su rostro apareció enseguida una expresión absorta, como si hiciese una semana que estuviera leyendo, pero apenas podía haber leído media docena de líneas cuando fijó sus ojos en mí, y preguntó—: ¿Cómo sigue su madre?

Esta pregunta inesperada que, instintivamente, empecé a decir, de la manera más absurda, que de haber existido la persona a quien aludía estaba seguro de que se encontraría bien y de que le quedaría muy agradecida por su interés y le mandaría sus saludos. Por fortuna, la niñera vino en mi auxilio y, recogiendo el pañuelo, exclamó:

—¡Por Dios, señora, ya es la séptima vez! ¿Qué le pasa a usted esta tarde?

Mrs. Pocket recibió el pañuelo, al principio con una mirada de sorpresa, como si no lo hubiese visto nunca. Luego, riendo, como si por fin lo reconociese, repitió:

—Gracias, Flopson. —Y volvió a sumirse en la lectura.

Conté a los pequeños Pocket y comprobé que había nada menos que seis, dándose golpes, empujones y cayendo a cada momento. Apenas acababa de calcular el número de revoltosos allí presentes, cuando se dejó oír, como si viniera de las altas regiones del aire, la voz de un séptimo chiquillo que lloraba de modo muy lastimero.

—¡Es el bebé! —exclamó Flopson, al parecer con gran extrañeza—. ¡Corra arriba, Millers, corra!

Millers, que era la otra niñera, entró en la casa y al instante los gritos de la criatura fueron perdiendo intensidad hasta apagarse por completo, como si se hubiese tratado de un ventrilocu al que hubieran metido un trapo en la boca. Pero Mrs. Pocket seguía leyendo sin inmutarse, y de pronto sentí curiosidad por saber qué libro tenía ante los ojos.

Supongo que esperábamos a que saliera Mr. Pocket. Sea como fuere, lo cierto es que estábamos allí aguardando y tuve ocasión de observar un fenómeno por demás notable: cada vez que los niños, en sus juegos, iban a parar cerca de Mrs. Pocket, tropezaban y se echaban encima de ella, siempre con grandes muestras de perplejidad por parte de la mujer y prolongados lamentos por parte de ellos. Yo no sabía qué pensar de aquella inexplicable y repetida escena. Al cabo de un rato Millers bajó con el bebé, que entregó a Flopson, y esta se disponía a entregarlo, a su vez, a Mrs. Pocket, cuando tropezando, cayó, sin soltar a la criatura, encima de aquella. Herbert y yo la ayudamos a ponerse de pie.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mrs. Pocket, apartando por un instante los ojos del libro—. ¡Todo el mundo cae!

—¡Pero señora! —replicó Flopson muy sofocada—. ¿Qué tiene usted ahí?

—¿Que qué tengo aquí? —preguntó Mrs. Pocket.

—¡Pero si es un taburete! —exclamó Flopson—. Está oculto bajo su falda; no es de extrañar que tropecemos con él. En fin, tome usted el bebé y deme el libro.

Mrs. Pocket siguió el consejo de la niñera y se puso a mecer al bebé con muy poca maña. Pocos minutos después, Mrs. Pocket ordenó que llevasen los pequeños a la casa para que durmieran un poco. Entonces hice un segundo descubrimiento: la crianza de aquella gente menuda consistía en alternar el sueño con las caídas.

Cuando Flopson y Millers hubieron conducido a los niños a la casa como si de un rebaño de corderos se tratara, y Mr. Pocket salió para conocerme, no me sorprendió comprobar que este era un caballero de semblante aturdido y una cabellera gris y enmarañada, como si no encontrase manera de poner orden a las cosas.

XXIII

Mr. Pocket me dijo lo mucho que celebraba conocerme y me expresó su confianza de que a mí me ocurriese otro tanto respecto de él.

—Porque, en realidad —dijo—, soy una persona incapaz de asustar a nadie.

Efectivamente, su aspecto era juvenil, a pesar de su cabello gris, y sus ademanes muy naturales. Sin embargo, tenía cierto aire aturdido que resultaba algo cómico, como si no fuese completamente ridículo solo porque se daba cuenta de que le faltaba poco para serlo. Después de conversar un momento conmigo, se dirigió a Mrs. Pocket y dijo:

—Belinda, supongo que has dado la bienvenida a Mr. Pip.

Ella levantó los ojos de su libro y contestó:

—Sí.

Luego me sonrió con aire distraído y me preguntó si me gustaba el sabor del agua de azahar. Como la pregunta no guardaba la menor relación con nada de lo que se había dicho antes, supongo que fue hecha únicamente, al igual que aquella en que había aludido a mi madre, como una prueba más o menos vaga de condescendencia.

Más tarde me enteré de que Mrs. Pocket era hija única de un buen hombre que había obtenido por accidente el título de Sir, y que había ideado para su uso personal la teoría de que su difunto padre no había conseguido ser *baronet* por culpa de la tenaz oposición, fundada en motivos puramente personales, de alguien (no recuerdo quién, si es que llegué alguna vez a saberlo); el rey, el primer ministro, el presidente de la Cámara de los Lores, el arzobispo de Canterbury... —¡cualquiera lo sabe!—, y en virtud de este hecho puramente hipotético se consideraba miembro de la nobleza. Creo que el padre de Mrs. Pocket obtuvo su título de Sir embistiendo a punta de pluma la gramática inglesa en una desesperada alocución escrita con motivo de cierta ceremonia de colocación de una piedra angular, en la que ofreció a un miembro de la Familia Real la paleta y el mortero. Sea como fuere, el buen señor educó a su hija como si estuviera destinada a casarse con un hombre de abolengo.

Tan eficaces habían sido los cuidados y la vigilancia ejercidos sobre la joven, que esta llegó a ser una verdadera figura decorativa, tan ostentosa como inepta. Merced a este temperamento adquirido en la flor de la juventud fue a dar con Mr. Pocket, también en aquel entonces muy joven y sin haber resuelto aún si se inclinaría hacia el cargo de primer ministro o hacia el de obispo. Como cualquiera de estas dos cosas era cuestión de tiempo, ambos jóvenes cogieron a este por los cabellos (que a juzgar por lo largos parecían necesitar que los cortasen) y contrajeron matrimonio a espaldas del juicioso padre de ella. Como el buen hombre no tenía otra cosa para negar o conceder que su bendición, les

otorgó una generosa dote, no antes de una ligera oposición, y manifestó a Mr. Pocket que su hija era un tesoro digno de un príncipe.

Mr. Pocket invirtió desde entonces el tesoro en la forma usual, y se supone que solo le produjo un interés muy pequeño. Sin embargo, Mrs. Pocket era, en general, objeto de cierta compasión respetuosa por no haber contraído matrimonio con un noble, mientras que Mr. Pocket era objeto de cierto reproche indulgente por no haber alcanzado ningún título nobiliario.

Mr. Pocket me condujo a la casa y me enseñó mi habitación que era agradable y estaba amueblada de manera tal que pudiera servirme a la vez de dormitorio y de saloncito particular. Luego llamó a la puerta de otras dos estancias similares y me presentó a sus ocupantes, que se llamaban Drummle y Startop. Drummle, un joven con aspecto de viejo, estaba silbando una melodía, en tanto que Startop, joven en edad y apariencia, estudiaba con la cabeza entre las manos, como si temiese que le estallara debido a una sobrecarga de conocimientos.

Tanto Mr. como Mrs. Pocket se comportaban como si estuviesen en manos de otra persona y yo me preguntaba quién sería el verdadero dueño de la casa y les permitía vivir en ella, hasta que descubrí que el poderoso desconocido era la servidumbre. Tal vez esto resultara un modo acertado de ir tirando, por lo que respecta al ahorro de preocupaciones, pero, al parecer, era dispendioso, pues los criados consideraban una obligación para con ellos mismos ser exigentes en la comida y la bebida así como en lo concerniente a invitar a gran número de sus amigos. Concedían a Mr. y Mrs. Pocket una mesa generosa, pero siempre me pareció que el mejor sitio de la casa para hospedarse era la cocina... suponiendo, sin embargo, que el huésped fuera capaz de defenderse, porque antes de que hubiese pasado yo una semana allí, una señora de la vecindad, amiga de la familia, escribió para explicar que había visto que la niñera Millers pegaba al bebé. Esto disgustó mucho a Mrs. Pocket, que se puso a sollozar, quejándose amargamente de que los vecinos tuvieran que meterse siempre en lo que no les importaba.

Poco a poco fui enterándome, sobre todo por boca de Herbert, de que Mr. Pocket había estudiado en Harrow y en Cambridge, donde se había distinguido, pero al tener la dicha de contraer tan joven matrimonio con Mrs. Pocket, había arruinado su porvenir, viéndose obligado a dar lecciones particulares. Después de habérselas con cierto número de cerebros obtusos (muchachos lerdos cuyos padres, si eran personas influyentes, podían procurarle una buena situación, pero se olvidaban siempre de proporcionársela cuando sus respectivos hijos ya no necesitaban los servicios del profesor) se cansó de aquella labor ingrata y se trasladó a Londres, donde, después de verse defraudado en sus ambiciosas esperanzas, dio clases a varias personas que no habían tenido ocasión de aprender o la habían desperdiciado; educó a otras para circunstancias especiales, y dedicó sus aptitudes a la compilación y corrección literaria, y con estos recursos, a los que se añadían unas rentas muy modestas, sostenía la casa con la aparatosidad de que yo era testigo.

Mr. y Mrs. Pocket tenían una vecina muy adúladora; una dama de temperamento tan agradable que le permitía estar de acuerdo con todo el mundo o llorar con los demás, según las circunstancias. Se trataba de Mrs. Coiler, y tuve el honor de llevarla del brazo al comedor el día en que me instalé en la casa. Me dio a entender que era una pena para la

querida Mrs. Pocket que el esposo de esta se viese en la necesidad de recibir en su casa caballeros en calidad de alumnos. Añadió que no se refería a mí, por supuesto, pues, según dijo, si todos fuesen como yo, sería otra cosa.

—Pero la querida Mrs. Pocket —agregó Mrs. Coiler— necesita una elegancia y un lujo tan extraordinarios...

—Sí, señora —la interrumpí, pues temí que se echase a llorar.

—Y tiene un modo de ser tan aristocrático —agregó.

—Es verdad —contesté con el mismo objeto de antes.

—... que es lamentable que el apreciado Mr. Pocket no dedique por completo su tiempo y su atención a su querida esposa.

Yo no podía dejar de pensar que aún resultaría más lamentable que fuese el carnicero quien no pudiera dedicar su tiempo y su atención a Mrs. Pocket, pero no dije nada, porque ya tenía bastante trabajo en ocuparme de mis modales.

Por lo que estaban hablando Mrs. Pocket y Drummle, mientras yo ponía toda mi atención en mi cuchillo, tenedor y cuchillo, copas y otros instrumentos de autodestrucción, me enteré de que Drummle, cuyo nombre de pila era Bentley, ocupaba el segundo lugar en la línea de sucesión de un título de *baronet*. Resultó, además, que el libro que Mrs. Pocket había estado leyendo en el jardín no trataba más que de títulos nobiliarios y que ella sabía, de buena fuente, que el nombre de su abuelo habría aparecido en aquel libro si hubiese llegado a tener título nobiliario. Drummle, que me parecía un individuo huraño, no dijo gran cosa, pero en su forma lacónica hablaba como uno de los elegidos y trataba a Mrs. Coiler como a una hermana. Nadie, como no fueran ellos mismos y Mrs. Coiler, la vecina adúladora, demostraba interesarse por aquella parte de la conversación, que Herbert daba muestras de encontrar sumamente molesta y aburrida, y que llevaba trazas de prolongarse excesivamente, cuando de pronto entró el criado a anunciar una calamidad doméstica: se había extraviado la carne de buey, por poco cuidado de la cocinera. Entonces, por primera vez, vi a Mr. Pocket desahogar sus sentimientos haciendo algo que me dejó perplejo, pero que no impresionó a nadie, motivo por el cual enseguida me comporté como si la escena fuese para mí de lo más natural. Estaba ocupado cortando las porciones, cuando, repentinamente, soltó el cuchillo y el trinchante, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a tirar de su pelo enmarañado como si de aquella forma pretendiese levantar su propio cuerpo. Tras unos instantes de este esfuerzo infructuoso, continuó tranquilamente con su tarea.

Mrs. Coiler cambió entonces de tema de conversación, y empezó a adularme. Al principio me sentí complacido, pero me ponderaba de una manera tan insustancial que pronto se me pasaron las ganas de escucharla. Tenía, además, un modo tan singular de acercarse a mí cuando fingía estar interesada por los amigos que yo había abandonado, que resultaba muy rastrero, y cuando se dirigía a Startop, que no decía gran cosa, o a Drummle, que aún decía menos, yo los envidiaba por hallarse al otro extremo de la mesa.

Después de la comida trajeron a los niños, y Mrs. Coiler hizo comentarios elogiosos acerca de sus ojos, sus narices y sus piernas. Eran cuatro niñas y dos niños, además del bebé, que habría podido ser cualquiera de las dos cosas, y del próximo sucesor del bebé, que aún no era ninguna de ellas. Habían sido introducidos por Flopson y Millers, como si

estos «dos oficiales sin graduación» acabasen de reclutar criaturas y hubiesen alistado a aquellos pequeñuelos, mientras Mrs. Pocket contemplaba a los que debían haber sido jóvenes nobles como si estuviera pensando que ya había tenido el placer de examinarlos anteriormente, pero no consiguiera identificarlos por completo.

—¡Vamos, señora! Déme su tenedor y tome el bebé —exclamó Flopson—. No lo coja usted de esta manera, porque acabará por meterle la cabeza debajo de la mesa.

Al oír esta advertencia, Mrs. Pocket cogió al bebé por el otro lado y le puso la cabeza encima de la mesa, lo cual fue anunciando a todos los allí presentes con un solemne coscorrón.

—¡Por Dios, señora! Devuélvame usted el bebé —dijo Flopson— y usted, miss Jane, venga a bailar para distraer un poco al pequeñín.

Una de las niñas, una criatura que por su aspecto parecía haberse encargado prematuramente de los demás, se separó de mi lado y se puso a bailar ante el bebé hasta que este dejó de llorar y comenzó a reír. Entonces todos los niños rieron también, y lo mismo hizo Mr. Pocket y todos nosotros.

Flopson, a fuerza de doblar al bebé por sus articulaciones como si fuese un muñeco, lo acomodó sin deterioro en el regazo de Mrs. Pocket y le dio el cascanueces para que se entretuviera, recomendando al mismo tiempo a aquella que tuviera cuidado, pues el pequeño podía hacerse daño con los mangos de aquel aparato. Después las dos niñeras salieron de la habitación y sostuvieron una violenta discusión con el atolondrado criado que había servido la comida y que visiblemente había perdido la mitad de sus botones en la mesa de juego.

Me alarmé al ver que Mrs. Pocket discutía con Drummle sobre los títulos de *baronet*, mientras iba comiendo unas rodajas de naranja y olvidaba por completo al pequeñín que tenía en la falda, quien jugueteaba peligrosamente con el cascanueces. Por fin, la pequeña Jane, dándose cuenta del riesgo que corría el bebé, abandonó su puesto sigilosamente y con un sinfín de pequeñas picardías consiguió apoderarse del cascanueces. Mrs. Pocket, que en aquel momento terminaba de comer su naranja, y a quien no gustó la precaución de Jane, dijo a esta:

—Oye, descarada, ¿cómo te has atrevido a hacer eso? ¡Ve a sentarte inmediatamente en tu sitio!

Era tal el enfado de Mrs. Pocket, que me sentí avergonzado, como si yo hubiese sido la causa del mismo.

—Belinda —intervino Mr. Pocket desde el lado opuesto de la mesa—, ¿por qué eres tan injusta? Jane lo ha hecho para evitar que el bebé se hiciese daño.

—No quiero que nadie se meta con él —repuso Mrs. Pocket mirando a la bien intencionada niña que la había contrariado.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mr. Pocket con gesto desolado.

—Sé lo que debo a la posición de mi abuelo —dijo orgullosamente su esposa.

Mr. Pocket volvió a tirarse de los pelos, y esta vez consiguió levantarse un par de centímetros de su asiento.

—Oídmeme bien —exclamó con desaliento—. ¡Los pequeños se han de matar con el cascanueces debido a la posición del pobre abuelo de su madre!

Luego se dejó caer nuevamente en la silla y guardó silencio.

Mientras tenía lugar esta escena, todos bajamos la vista, y durante una pausa el incorregible bebé dio una serie de saltos y alaridos dirigidos a la pequeña Jane, que era, por lo visto, el único miembro de la familia (exceptuando los criados) con quien mantenía una relación constante.

—Mr. Drummle —dijo Mrs. Pocket—, ¿quiere usted llamar a Flopson? Jane, niña desobediente, vete a la cama. Ahora, bebé, amor mío, ven con mamá.

El bebé era la esencia del honor y protestó con todas sus fuerzas. Se echó hacia atrás sobre el brazo de Mrs. Pocket, mostró a los allí presentes, en lugar de su carita dulce, un par de zapatitos de ganchillo y unas piernecitas llenas de hoyuelos, y fue retirado en actitud rebelde. Y salió con la suya, pues al cabo de pocos minutos lo vi por la ventana en brazos de la pequeña Jane.

Los otros cinco niños permanecieron junto a la mesa, porque Flopson, seguramente por algún compromiso particular, se había ausentado y nadie en aquel momento cuidaba de ellos. Fue debido a la siguiente escena que me di cuenta de la clase de relación que existía entre las criaturas y su padre. Mr. Pocket, con aire más asombrado que de costumbre y con el cabello enmarañado, los contempló por un instante como si no acertase a comprender el motivo por el cual se hospedaban en aquella casa y por qué la Naturaleza había dispuesto las cosas de aquella extraña manera. Luego, de forma muy distinta de la de un misionero, les hizo ciertas preguntas, entre ellas por qué el pequeño Joe tenía un agujero en su delantal. El niño contestó:

—Papá, Flopson lo remendará cuando tenga tiempo para hacerlo.

Y ¿cómo era que le había salido a Fanny aquel panadizo?

—Papá —dijo la pequeña—, Millers me pondrá una cataplasma cuando se acuerde.

Luego Mr. Pocket dio grandes muestras de cariño paternal y entregó un chelín a cada uno, al tiempo que les aconsejaba que se fuesen a jugar; después, mientras ellos salían, se tiró nuevamente de los pelos como si intentase así ponerse de pie, alejando de su mente aquella vana preocupación.

Por la tarde irían a remar al río. Como Drummle y Startop tenían cada uno un bote decidí hacerme con uno a fin de aventajarlos. Yo estaba bastante fuerte debido a los ejercicios a que son aficionados los muchachos que viven en el campo, pero comprendía que me faltaba elegancia de estilo para remar en el Támesis, y contraté enseguida al ganador de unas regatas para que me diera algunas lecciones. Era una autoridad en el remo, y me sentí avergonzado cuando me dijo que yo tenía los brazos de un herrero. Si hubiera sabido lo cerca que estuvo de perder el discípulo a consecuencia de este elogio, no creo que hubiese hecho aquel comentario.

Cuando regresamos a la casa nos tenían preparada una cena fría, a la cual habríamos hecho honor si no se hubiese producido un desagradable incidente doméstico que vino a enredarlo todo: Mr. Pocket estaba de muy buen humor, cuando de pronto entró una sirvienta y dijo:

—Deseo hablarle, señor.

—¿Hablar al señor? —intervino Mrs. Pocket, cuya dignidad se sintió de nuevo herida—. ¿Cómo puede usted proponer una cosa así? Vaya usted y hable con Flopson, o hámbleme a mí, pero en otro momento...

—Perdóneme, señora —replicó la criada—, pero me interesa hablar con el señor, y cuanto antes.

Entonces Mr. Pocket salió de la estancia y el resto de los presentes nos entretuvimos como pudimos hasta que estuvo de regreso.

—¡No quieras saber lo que sucede, Belinda! —exclamó con expresión de contrariedad—. La cocinera está en la cocina durmiendo la borrachera. Tiene en el armario un paquete de mantequilla y ha estado a punto de venderlo como grasa...

Mrs. Pocket repuso, con muestras de cariño y emoción:

—¡Eso es cosa de la antipática Sophia!

—¿Qué quieres decir, Belinda? —preguntó Mr. Pocket.

—Que Sophia te lo ha contado. ¿Acaso no vi con mis propios ojos y oí con mis propios oídos cómo entraba aquí hace un momento y pedía hablar contigo?

—Pero ¿no me ha conducido abajo, Belinda —contestó Mr. Pocket—, y no me ha mostrado a la mujer y el paquete en cuestión?

—¿Y tú la defiendes, Matthew, a pesar de que viene con chismes?

Mr. Pocket dejó escapar un gemido de desesperación.

—¿Acaso la nieta de mi abuelo no es nadie en esta casa? —gritó Mrs. Pocket—. Además, la cocinera siempre ha sido una mujer atenta y muy respetuosa, y cuando vino a ofrecer sus servicios me manifestó, con la mayor naturalidad, que se veía perfectamente que yo había nacido para ser duquesa.

Mr. Pocket se dejó caer en el sofá igual que un gladiador moribundo. En la misma postura continuaba cuando, al considerar yo conveniente retirarme, me dijo con voz ronca:

—¡Buenas noches, Mr. Pip!

XXIV

Dos o tres días después de haberme instalado en mi habitación y cuando hube ido varias veces a Londres a encargar todo lo que necesitaba de mis proveedores, Mr. Pocket y yo tuvimos una larga conversación. Él sabía acerca de mi porvenir más que yo mismo, pues, según dijo, Mr. Jaggers le había manifestado que no se me destinaba a ninguna profesión y que me hallaría lo bastante bien preparado para mi nueva situación si lograba igualarme a los jóvenes que disponen de fortuna. Yo, naturalmente, me mostré conforme con lo que él exponía, porque no se me ocurría nada en contra.

Me aconsejó que frecuentara diversos lugares de Londres con objeto de adquirir los rudimentos que me hacían falta, y que lo tomara a él por profesor en aquellos estudios que aún me eran necesarios. Esperaba que con una colaboración inteligente no encontrase dificultades que me delataran, y que pronto me hallaría en situación de prescindir de toda ayuda que no fuese la suya. Expuso este plan en términos de confianza absoluta, y he de reconocer que siempre se mostró celoso y honrado, lo cual me indujo a corresponder en la misma forma. Si como maestro me hubiese tratado con indiferencia, yo le habría devuelto el «cumplido», pero no fue así, y ambos nos hicimos mutuamente justicia. Nunca me pareció que tuviera algo de ridículo ni que no fuese serio, honesto y bondadoso en su relación conmigo en calidad de preceptor.

Cuando todos los puntos al respecto quedaron claros, se me ocurrió que, si podía conservar mi habitación en la posada de Bernard mi vida sería agradablemente variada, al tiempo que mis modales irían refinándose con la compañía de Herbert. Mr. Pocket no se opuso a ello, pero me indicó que antes de intentar llevar a la práctica tal proyecto, sería conveniente que lo sometiese a la aprobación de mi tutor. Comprendí que su escrúpulo se debía a que mi plan implicaba alguna economía en los gastos de Herbert. Fui, pues, a Little Britain e informé a Mr. Jaggers acerca de mis intenciones.

—Si pudiese comprar los muebles que han sido alquilados para mi habitación —dije— y alguna cosita más, me encontraría confortablemente instalado allí.

—¡Vaya! —repuso él con una risa algo áspera—. ¡Ya predije que saldría usted adelante! Muy bien. ¿Cuánto necesita?

Respondí que no lo sabía.

—¡Vamos a ver! Cincuenta libras... ¿Tiene usted bastante?

—¡Oh, no quiero tanto dinero!

—¿Cinco libras entonces?

La rebaja era tan exagerada que repliqué con desaliento:

—Algo más que cinco libras...

—¿Algo más, eh? ¿Cuánto más? —inquirió entornando los ojos.

—Es difícil fijar una cantidad —repuse titubeando.

—¡Bueno, vamos a ver! ¿Será suficiente con dos veces cinco? ¿Con tres veces cinco? ¿Con cuatro veces cinco?

Dije que con eso me bastaría y sobraría.

—Con cuatro veces cinco le sobraré, ¿verdad? —preguntó Jagers frunciendo el entrecejo—. ¿Qué entiende usted por cuatro veces cinco?

—Supongo que querrá usted decir veinte libras —respondí con una sonrisa.

—No le importe lo que quiero decir, amigo mío —replicó él sacudiendo la cabeza—. Lo que me interesa saber es qué entiende usted por cuatro veces cinco.

—Veinte libras, naturalmente.

—¡Wemmick! —gritó Mr. Jagers abriendo la puerta de su despacho—. Que Mr. Pip le firme un recibo por veinte libras y entrégueselas ahora mismo.

Esta manera tan brusca como singular de tratar los asuntos me produjo una impresión poco agradable. Mr. Jagers nunca reía, pero llevaba unas botas grandes y brillantes que crujían como si riesen por él. Cuando se hubo marchado, al ver que Wemmick se mostraba comunicativo le manifesté que no acababa de comprender el temperamento de Mr. Jagers.

—Dígaselo a él y lo considerará un cumplido —contestó Wemmick, y al advertir que yo parecía sorprendido, añadió—: Su deseo no es que usted lo comprenda, pero eso no es cosa personal, sino profesional.

Wemmick estaba tomando su almuerzo, y desmenuzaba un bizcocho seco y duro del cual se metía de vez en cuando un pedazo en la boca, como si lo echara en el buzón de correos.

—Siempre me ha producido el efecto —prosiguió— del que tiene preparada una trampa y está atisbando hasta que, de pronto, ¡clac!, cae un hombre.

Sin advertirle que las trampas para hombres no figuran entre los atractivos de la vida, dije que Mr. Jagers me parecía muy hábil.

—Tiene un carácter profundo —afirmó Wemmick— como Australia. —Y señaló con la pluma el suelo de la oficina, para expresar que Australia se hallaba en el punto diametralmente opuesto del globo—. Y si hubiese algo más profundo —agregó volviendo la pluma al papel— así sería también su carácter.

Dije entonces que suponía que la profesión de Mr. Jagers era un negocio incomparable, y Wemmick, asintiendo, exclamó:

—¡De los mejores!

Luego pregunté si había muchos empleados, y él contestó:

—No tenemos muchos porque no hay más que un Jagers y el público quiere tratar directamente con él. Solo somos cuatro. ¿Desea conocerlos? A usted ya podemos considerarlo de los nuestros.

Acepté el ofrecimiento, y cuando Wemmick hubo echado todo su bizcocho al «buzón» y me hubo pagado con el dinero que sacó de una caja de caudales, subimos a la planta superior. La casa era vieja y oscura, y los hombros grasientos que habían visitado el despacho de Mr. Jagers parecían haberse restregado por las paredes de la escalera

durante muchos años. En la parte delantera del primer piso, un empleado con aspecto mitad de tabernero y mitad de cazador de ratones, un mocetón hinchado y pálido, estaba muy atareado con tres o cuatro personas harapientas a las que trataba sin la menor consideración, como eran tratados, al parecer, todos los que contribuían a llenar las arcas de Mr. Jaggers.

—Estamos preparando las pruebas para un juicio —me explicó Wemmick cuando salimos.

En la habitación de enfrente, un hombre menudo, delgado, con facciones caninas y una larga melena dialogaba con un hombre corto de vista, a quien Mr. Wemmick me presentó como un fundidor dispuesto a echar al crisol todo lo que yo le indicara. Sudaba copiosamente como si hubiese ensayado su trabajo consigo mismo. En una salita de la parte posterior de la casa, un hombre cargado de espaldas, con la cara hinchada y envuelta en una franela sucia, vestido con un traje negro y viejo que parecía encerado, pasaba a limpio las notas de los otros dos caballeros para que las consultara Mr. Jaggers.

Aquello constituía toda la oficina. Cuando bajamos Wemmick me condujo al despacho de mi tutor y me dijo:

—Esto ya lo ha visto usted.

—Oiga —lo interrumpí al ver por segunda vez las dos estrafalarias mascarillas—. ¿A quién representan esas dos caras horribles?

—A dos hombres célebres —respondió Wemmick subiéndose a una silla y soplando sobre las horrorosas cabezas de yeso para quitarles el polvo antes de descolgarlas—. Famosos clientes nuestros que nos dieron renombre. Este individuo (habrás bajado por la noche a mirar dentro del tintero, viejo truhán, que te has manchado la ceja) asesinó a su amo, y, considerando que no pudo probarse que lo hubiese hecho, no lo planeó del todo mal.

—¿Se le parece? —pregunté retrocediendo ante aquella fiera, mientras Wemmick escupía en su ceja y la frotaba luego con la manga.

—Es exactamente el mismo. La mascarilla fue sacada en Newgate inmediatamente después de que lo colgasen. ¿No es verdad que tenías debilidad por mí, viejo tunante? —dijo Wemmick dirigiéndose a la mascarilla. Luego se llevó la mano al alfiler de pecho que representaba la mujer y el sauce junto a la tumba y la urna, y exclamó—: ¡Lo mandó hacer expresamente para mí!

—¿La mujer del alfiler es la imagen de alguien? —pregunté.

—No —respondió Wemmick—. Solo fue una broma suya. (Te gustaba bromear, ¿no es eso?). No había ninguna mujer en este caso, Mr. Pip, excepto una, y esta no era tan esbelta y distinguida ni la habría usted sorprendido mirando esta urna a no ser que en ella hubiese habido algo para beber.

Wemmick dejó a un lado la mascarilla y comenzó a frotar el alfiler con su pañuelo.

—Y el otro personaje ¿tuvo igual fin? —pregunté—. Su semblante es el mismo.

—En efecto —respondió Wemmick—. Es el semblante característico. Diríase que un anzuelo invisible está tirando para arriba una aleta de la nariz. Sí, tuvo el mismo fin. Falsificaba testamentos... (Eras un bribón distinguido y afirmabas que sabías escribir en griego. ¡Qué fanfarrón, qué farsante eras! ¡Nunca vi a otro como tú!) —Y dicho esto, antes

de volver a colocar a su difunto amigo en el anaquel, tocó la mayor de sus sortijas de luto y agregó—: La mandó comprar para mí la víspera misma.

Mientras subía a la silla para colgar la otra mascarilla y volvía a bajar, pensé que todas sus alhajas debían de proceder de fuentes por el estilo. Como él no había demostrado discreción alguna acerca del asunto, me permití preguntárselo.

—¡Oh, sí! —contestó—. Todos son regalos de esta clase. Una cosa trae la otra ¿comprende usted? Siempre los acepto, porque son curiosidades y tienen poco o mucho valor... Para usted, con su brillante futuro, no tiene la menor importancia, pero por lo que a mí respecta, nunca he abandonado mi lema: «Procura siempre obtener algo de valor que pueda llevarse encima».

Cuando hube rendido homenaje a la sabiduría de esta frase filosófica, él prosiguió con tono amable:

—Si en alguna ocasión, cuando no tenga nada mejor que hacer, le parece bien visitarme en Walwoch, puedo ofrecerle una cama y me consideraré muy honrado hospedándolo en mi casa. No tengo gran cosa para enseñarle, pero hay dos o tres curiosidades que tal vez le gustase ver.

Contesté que me complacería mucho aceptar su generosa hospitalidad.

—Gracias —dijo—. Así, pues, queda entendido que puede usted venir cuando le plazca. ¿Ha comido usted ya con Mr. Jagers?

—Todavía no.

—Le dará un vino y un ponche excelentes. Y me permito recomendarle que cuando vaya usted a comer en casa de Mr. Jagers se fije bien en la sirvienta.

—¿Es quizá una mujer extraordinaria?

—¡Una fiera domesticada! —contestó Wemmick—. Me dirá usted que eso no es extraordinario, pero depende del grado de domesticidad... Con ello se dará cuenta de hasta qué punto Mr. Jagers es un hombre excepcionalmente hábil. No deje usted de fijarse.

Respondí que lo haría con interés y curiosidad, y al despedirme me preguntó si no me parecía bien dedicar cinco minutos a ver a Mr. Jagers ocupado en «su especialidad».

Por varias razones, y principalmente porque no acertaba a comprender cuál podía ser la «especialidad» a que aludía, contesté que sí. Nos metimos en el barrio de la City y fuimos a parar a una sala de tribunal donde un sujeto aficionado a los broches y unido al difunto por lazos de sangre (en el sentido homicida), se hallaba en el banquillo mascando algo nerviosamente, mientras mi tutor interrogaba a una mujer, a la que estaba asustando tanto como al mismo tribunal y a todos los presentes. Cuando alguien declaraba algo que no era de su agrado, pedía inmediatamente «que constase en acta». Si algún acusado se negaba a confesar, afirmaba: «¡Ya se lo arrancaré yo!». Solo de ver cómo se mordía el dedo, los magistrados temblaban. Los ladrones y los guardias estaban pendientes de sus palabras con preocupación y temor, y se estremecían cada vez que se volvía hacia ellos. No pude entender de qué parte estaba mi tutor, porque me pareció que trituraba literalmente a todos los presentes; solo sé que en el momento en que yo salía de puntillas no estaba de parte de los magistrados, y hacía temblar convulsivamente las piernas del que presidía el tribunal con sus dos denuncias contra la conducta de este como representante de la ley y la justicia inglesas en aquel sillón y en aquel día.

XXV

Bentley Drummle era un joven de temperamento tan hosco que incluso cuando cogía un libro lo hacía como si hubiese sido objeto de algún agravio por parte de su autor, y si se trataba de una nueva amistad, su manera de comportarse no era menos despectiva. La expresión de su rostro era huraña y sus movimientos eran tan lentos como su comprensión. Su lengua gruesa y torpe parecía recostarse por las paredes de su boca del mismo modo que él se apoyaba por todas partes en una habitación. Era perezoso, fanfarrón, poco comunicativo y muy malicioso. Pertenecía a una rica familia del condado de Somerset que había cultivado en él esa combinación de cualidades, hasta que se dieron cuenta de que ya era mayor de edad y, al mismo tiempo, un zopenco. Por todo ello Bentley Drummle había sido enviado en calidad de alumno a casa de Mr. Pocket, cuando ya su estatura sobrepasaba la de este.

Startop, por su parte, había sido excesivamente mimado por una madre débil que lo retuvo en casa cuando debería haber estado en la escuela. Sus facciones eran delicadas como las de una mujer y, «como usted puede ver, aunque no la haya visto nunca», me decía Herbert, «se parece mucho a su madre». Era, pues, muy natural que Startop me cayese más simpático que Drummle, y que ya en los primeros paseos que dimos en barca volviéramos a casa con los botes emparejados, conversando mientras Bentley venía rezagado junto a la ribera y metido entre los juncos. Iba continuamente siguiendo la orilla, como un animal anfibio receloso, y recuerdo que siempre nos seguía en la sombra o por el remanso mientras nuestros dos botes se destacaban a la luz esplendorosa del sol o al claro de luna en medio de la corriente.

Herbert era ahora mi compañero y amigo íntimo. Decidí compartir con él mi bote, lo cual le permitió venir con frecuencia a Hammersmith, y mi posesión de la mitad de su alojamiento me llevaba a mí a Londres con mucha frecuencia. Solíamos andar a todas horas por el camino que se extiende entre estas dos localidades, y aún hoy siento por este camino (aunque ahora no es tan agradable como entonces) un cariño nacido de las impresiones agradables de la juventud y de una esperanza inocente.

Hacía ya un par de meses que vivía con la familia Pocket, cuando un día llegaron Msr. Camilla y su esposo. Aquella era la hermana de Mr. Pocket. Georgiana, a quien había visto en casa de miss Havisham, también se presentó. Era una solterona indigesta que llamaba religión a su rigidez y corazón a su hígado.

Los tres me aborrecían por codicia y por despecho, pero, naturalmente, debido a mi prosperidad fingían apreciarme y me adulaban. En cuanto a Mr. Pocket, se mostraban

indulgentes con él, como si fuese un niño. A Mrs. Pocket la despreciaban, pero reconocían que la pobre había sufrido una terrible decepción en su vida, lo cual hacía que no pudieran evitar sentir cierta tristeza.

Fue en ese ambiente que me dispuse a aplicarme para mi propia educación. No tardé en aficionarme a derrochar y empecé a malgastar sumas que unos meses antes me habían parecido fabulosas, pero a pesar de todo nunca abandoné mis libros. No había en esto otro mérito que mi sentido común, gracias al cual yo era consciente de mis defectos. Mr. Pocket y Herbert me hicieron progresar rápidamente y con uno o el otro siempre dispuestos a indicarme lo exacto y lo conveniente, habría tenido que ser torpe como Drummle para no haberme instruido.

Hacía unas semanas que no veía a Mr. Wemmick cuando se me ocurrió escribirle unas líneas anunciándole mi visita para una de aquellas tardes... Contestó que la noticia le alegraba y que me esperaba a las seis en el despacho. Y allí fui, y lo encontré metiéndose la llave de la caja de caudales en el bolsillo trasero del pantalón, atada a un cordoncito, a manera de medalla, en el preciso instante en que el reloj daba la hora a que nos habíamos citado.

—¿Tenía usted intención de ir a Walworth a pie? —preguntó.

—En efecto, si no tiene usted inconveniente —respondí.

—En absoluto —dijo—, porque llevo todo el día sentado y me gustaría estirar las piernas. Ahora voy a decirle lo que tenemos para cenar. Hay estofado de ternera y pollo asado, este traído de la fonda. Supongo que será tierno, porque el otro día el dueño de esta actuó de jurado en un caso nuestro y lo dejamos marchar pronto. Se lo he recordado al comprar el pollo, y le he dicho: «Escójalo usted bien, viejo bretón, porque si se nos hubiese antojado entretenerle en el estrado uno o dos días más, habríamos podido hacerlo muy fácilmente». Y él me ha contestado: «Hágame el favor de aceptar, como obsequio, el mejor pollo que tengo». Naturalmente, lo he aceptado. Se trata de una cosa portátil y que, además, tiene su valor. Supongo que usted no tiene aprensión a los viejos...

Por un instante me figuré que se refería al pollo, pero agregó:

—Porque mi anciano padre vive conmigo.

Contesté con el cumplido que exigía la cortesía.

—Así, pues, ¿no ha comido usted con Mr. Jaggers? —preguntó él mientras andábamos.

—Todavía no.

—Así me lo ha dicho esta tarde, cuando ha oído que usted iba a venir. Espero que le invite mañana. Imagino que también considerará a sus amigos. Son tres ¿no es eso?

Aunque no solía contar a Drummle entre mis amigos íntimos contesté afirmativamente.

—Bueno; invitará a toda la cuadrilla —no me sentí muy halagado con semejante calificativo que también me alcanzaba a mí—, y cualquier cosa que les dé será buena. No espere usted variedad, pero será excelente. Y hay algo más muy singular en su casa —prosiguió después de una pausa, como si se sobrentendiera que eso seguía a la advertencia que me había hecho días antes respecto a la criada—. Nunca permite que por la noche se cierre ninguna puerta ni ventana.

—¿Y jamás han entrado ladrones en su casa?

—¡Ahí está la cuestión! —repuso Wemmick—. Él declara públicamente: «Me gustaría ver quién es capaz de robarme...». Y más de cien veces le oí decir a algún ladrón: «Tú sabes dónde vivo y no ignoras que en mi casa nunca se echa el pestillo ni se cierra con llave. ¿Por qué no intentas cometer un robo en mi domicilio? Vamos, a ver si te decides a probarlo». Pero estoy seguro de que nadie se arriesgaría a dar el golpe, ni por afición ni por dinero.

—¿Tanto le temen? —pregunté.

—¡Que si le temen! —exclamó Wemmick—. ¡Y de qué manera! Aunque no deja de haber cierta marrullería en este modo de desafiarlos, porque no hay plata en la casa... Todo es de metal blanco.

—Entonces no sacarían gran provecho —observé—, aun en caso que...

—¡Ah! Pero él sí lo sacaría, y mucho —me interrumpió Wemmick—, y los posibles ladrones no lo ignoran. Se cobraría todo lo que pudiera y es difícil predecir cuánto sería capaz de exigir si se le metiese una suma fabulosa en la cabeza.

Estaba reflexionando sobre la grandeza de mi tutor, cuando Wemmick observó:

—En cuanto a la ausencia de plata, es cosa propia de su perspicacia innata. ¿Se ha fijado usted en la cadena de su reloj? ¡Esa sí que es de verdadero valor!

—¿Es muy maciza? —pregunté.

—¿Maciza dice usted? ¡Ya lo creo! Y su reloj es de oro; vale al menos cien libras. Hay en la ciudad unos setecientos ladrones que conocen este reloj, Mr. Pip, pero ninguno de ellos pondría sus manos en él sin soltarlo enseguida como si la cadena y el mismo reloj estuvieran candentes.

Charlando sobre este tema y otros, recorrimos el camino y llegamos a Walworth, que resultó ser una serie de callejuelas, zanjaz y jardincillos de aspecto melancólico. La casa de Wemmick era una pequeña construcción de madera situada entre retazos de jardín, con la parte superior recortada y pintada como si de una almena se tratase.

—Esto es obra mía —me indicó Wemmick—. Produce buen efecto, ¿verdad?

La colmé de elogios. Creo que era la casa más pequeña que había visto en mi vida, con unas curiosas ventanas góticas (la mayor parte de ellas simuladas) y una puerta del mismo estilo, que de tan reducidas dimensiones casi no permitía el paso.

—¿Ve usted? En esta asta izo la bandera todos los domingos —me explicó Wemmick—. Y fíjese usted: este es un puente levadizo; después de cruzarlo lo retiro y así queda cortada toda comunicación con el exterior.

El referido puente era una plancha colocada a través de un foso de poco más de un metro de anchura y medio de profundidad. Pero resultaba muy divertido ver con qué orgullosa pretensión lo levaba y decía, con una sonrisa de satisfacción:

—Todos los días a las nueve de la noche, hora de Greenwich, se dispara el cañón... Está allí, ¿lo ve usted? Cuando oiga su estampido se convencerá de que no se trata de una broma.

La pieza de artillería en cuestión estaba montada en una «fortaleza» aparte, construida con un enrejado de listones. Estaba protegida contra la intemperie por una especie de paraguas de hule bastante grotesco.

—Y en la parte posterior —prosiguió Wemmick—, sin que esté a la vista, para no destruir el efecto de una fortificación, pues opino que cuando se tiene una idea hay que llevarla a cabo sin estropearla... No sé si usted piensa lo mismo...

—Sí —respondí sin vacilar.

—En la parte posterior, como iba diciendo, hay un cerdo, gallinas, conejos y, además, un huertecito en el que cultivo pepinos. A la hora de la cena podrá juzgar por usted mismo la ensalada que preparo con ellos. De esta manera —añadió con una sonrisa, pero al mismo tiempo muy serio— suponiendo que la casa se viese sitiada, podríamos resistir mucho tiempo.

A continuación me condujo a un comedor situado a pocos metros de donde nos encontrábamos, pero al cual se iba por un caminito tan ingeniosamente intrincado que producía el efecto de que se tardaba mucho en llegar. Allí encontramos preparadas nuestras copas; el ponche se estaba enfriando en un lago ornamental (en cuya orilla se hallaba el comedor), en el centro de cuya superficie líquida había una isla que podría haber sido la «ensalada para la cena». Su forma era circular, y Wemmick había construido en él una fuente, que cuando uno ponía en marcha un pequeño molino y quitaba el tapón de un caño, manaba con tanta fuerza que llegaba a mojar el dorso de la mano.

—Yo soy mi propio ingeniero, carpintero, fontanero, jardinero —dijo Wemmick contestando a mis felicitaciones—. Es una gran cosa esto, ¿sabe usted? Pues así me libro de las telarañas y, además, alegre al viejo... No le incomodará que le presente a mi padre, ¿verdad?

Respondí que me encantaría conocerlo, y nos dirigimos hacia el «castillo». Allí encontramos, sentado junto al fuego, a un hombre de edad muy avanzada, envuelto en una chaqueta de franela; limpio, cómodo, bien cuidado y alegre, pero sordo como una tapia.

—¿Qué tal, viejecito? —preguntó Wemmick estrechándole la mano cordialmente.

—¡Muy bien, John, muy bien! —contestó el anciano.

—Aquí tiene usted a Mr. Pip —dijo Wemmick—, y ¡ojalá pudiese usted oír su nombre! Hágle usted una reverencia, Mr. Pip, pues a él le gusta mucho.

Así lo hice.

—Mi hijo tiene aquí una hermosa propiedad, señor —exclamó el anciano mientras yo lo saludaba afectuosamente—. Es un parque de recreo, señor. Cuando mi hijo haya fallecido el gobierno debería conservar este lugar como un tesoro de la nación, para esparcimiento del público.

—Está usted orgulloso de nuestra casa, ¿verdad, papá querido? —dijo Wemmick con ternura—. Y ahí va un saludo para usted. —Le hizo una reverencia—. Y si no está usted cansado, Mr. Pip, salúdelo otra vez, pues, como le he dicho, es una de las cosas que más le agradan.

Volví a inclinar la cabeza respetuosamente varias veces, el viejo se alegró mucho. Lo dejamos en el momento en que se levantaba para dar de comer a las gallinas y fuimos a tomar nuestro ponche en el comedor, donde Wemmick me manifestó, mientras encendía su pipa, que le había llevado unos años poner la propiedad en el estado de perfección en que se hallaba.

—¿Es suya la casa, Mr. Wemmick?

—¡Sí, sí! —respondió—. He ido adquiriéndola poco a poco. Actualmente está libre de deudas.

—Vaya. Supongo que Mr. Jaggers debe de encontrarla admirable.

—Nunca la ha visto —afirmó Wemmick—. Ni siquiera ha oído hablar de ella. Una cosa es la oficina y otra la vida privada. Cuando llego al despacho, procuro olvidar el castillo, y cuando me hallo en el castillo trato de olvidar la oficina. Si no le parece mal le agradeceré que haga usted lo mismo, pues no quisiera hablar de trabajo.

Sentí que la buena fe me obligaba a acceder a su deseo, y como el ponche era muy bueno, estuvimos allí bebiendo y charlando hasta cerca de las nueve.

—Pronto será la hora del cañonazo —dijo Wemmick, dejando su pipa encima de la mesa—. Es la delicia de mi padre.

Al entrar de nuevo en el castillo encontramos al viejo calentando el atizador del fuego con mirada expectante, como preliminar de aquella aparatosa ceremonia cotidiana. Wemmick permaneció allí reloj en mano hasta que llegó el momento de coger el atizador candente de manos del viejo para dirigirse hacia la batería. Tomó el hierro al rojo, salió y poco después se dejó oír el estruendo del disparo, mejor dicho, de la salva, tan estrepitosa que hizo temblar la frágil casita como si fuera a desmoronarse. Y el anciano —que de no haberse agarrado a los brazos de su sillón, supongo que habría sido arrojado al suelo por la conmoción que produjo el estampido— gritó con entusiasmo:

—¡Ha disparado! ¡Lo he oído!

El intervalo entre el cañonazo y la hora de la cena lo dedicó Wemmick a enseñarme su colección de curiosidades. La mayor parte de ellas era de carácter criminal: una pluma con la cual se había cometido una famosa falsificación; una o dos navajas notables, unos mechones de cabello y varias confesiones escritas después de la condena, a las cuales Wemmick atribuía mucho valor por ser, según sus propias palabras, «todas y cada una de ellas embustes». Todo estaba curiosamente distribuido entre pequeñas muestras de cristal y porcelana, varias chucherías primorosas confeccionadas por el dueño de aquel «museo» y algunas tabaqueras esculpidas por el anciano. Todo estaba expuesto en aquella sala del castillo, donde se me había introducido al principio, y que no solo servía de salita sino de cocina, a juzgar por una cacerola que había encima de la repisa de la chimenea y un elegante aparatito de bronce que pendía de las paredes del hogar y parecía destinado a sostener un asador. Trabajaba en la casa una sirvienta, joven y muy aseada, que cuidaba del viejo durante el día. Cuando hubo puesto la mesa, se marchó por aquella noche, no sin que antes mi anfitrión bajase el puente levadizo. La cena fue excelente, y a pesar de que el castillo estaba atacado por la carcoma, hasta el extremo de que apestaba a nuez podrida, y aunque nada se hubiera perdido con que el cerdo estuviese muy lejos, disfruté de veras comiendo.

Tampoco había motivo para criticar mi pequeño dormitorio de la torrecilla, salvo por un detalle, y era que entre el asta de la bandera y yo se interponía un techo tan delgado y frágil que una vez me hube metido en la cama, boca arriba, me pareció que aquel palo se sostenía en equilibrio sobre mi frente durante toda la noche.

Al día siguiente Wemmick se levantó temprano y me pareció oír que limpiaba mis zapatos. Luego se puso a trabajar en el jardín, y desde mi ventana gótica lo vi fingir que se valía de la ayuda del anciano y hacía afectuosas reverencias a este. Nuestro desayuno resultó tan apetitoso como la cena, y a las ocho y media en punto nos pusimos en camino hacia Little Britain. Poco a poco, y a medida que avanzábamos, Wemmick fue adquiriendo

una expresión cada vez más hosca. Y cuando al fin llegamos a la oficina y sacó la llave por el cuello de su camisa, parecía haber olvidado tanto su propiedad de Walworth como si el castillo, el puente levadizo, el lago, el comedor, la fuente y el anciano se hubiesen disipado entre el humo del último cañonazo.

XXVI

Tal como había predicho Wemmick, no tardé en comparar la casa de mi tutor con la de su pasante y cajero. Mr. Jaggers estaba lavándose las manos con jabón perfumado cuando entré en su despacho. Me llamó y me dio la invitación para mí y mis amigos, también tal como Wemmick había dicho.

—Es para mañana —me dijo—, y sin cumplidos ni traje de etiqueta.

Le pregunté adónde teníamos que ir, porque yo ignoraba su domicilio, y contestó, como si hiciera una concesión:

—Vengan ustedes aquí, y les conduciré a mi casa.

He de hacer notar que siempre se lavaba las manos después de recibir a un cliente, como acostumbra hacer un cirujano, o un dentista. En un rincón del despacho tenía dispuesto un lavabo que olía como la tienda de un perfumista. En él, y detrás de la puerta, había una toalla continua de enormes dimensiones, y siempre que llegaba procedente de los juzgados o despedía a un cliente, se lavaba las manos. Cuando mis amigos y yo fuimos a buscarlo a las seis de la tarde del día siguiente, parecía haber estado ocupado en un caso más intrincado que de ordinario, porque lo encontramos lavándose no solo las manos, sino también la cabeza y, además, haciendo gárgaras. Después de todo esto, y antes de ponerse la chaqueta, sacó su cortaplumas del bolsillo y se limpió las uñas.

Como de costumbre, al salir a la calle, encontramos a algunas personas que estaban esperándolo con manifiestos deseos de hablar con él, pero había algo tan concluyente en el olor a jabón perfumado que despedía toda su persona, que por aquel día desistieron de su propósito. Mientras andábamos hacia el oeste, algún que otro transeúnte lo reconocía y cada vez que esto ocurría elevaba el tono de voz y hacía caso omiso de lo que pudiesen decirle, como si ni siquiera lo oyese.

Nos condujo hacia la calle Gerrard, a una casa de aspecto imponente pero muy necesitada de un aseo y una restauración completos. Sacó su llave, abrió la puerta y entramos. El recibidor era de piedra, dismantelado y sombrío. Por una escalera oscura subimos al primer piso, donde había tres habitaciones. Cerca del techo había esculpidas unas guirnaldas y mientras él nos daba la bienvenida, las comparé con cierta clase de lazos.

En la mejor de aquellas habitaciones nos aguardaba una mesa servida. La segunda estancia era el tocador de Mr. Jaggers; la tercera, su dormitorio. Nos manifestó que tenía alquilada toda la casa, pero que eran contadas las veces que utilizaba más salas o cuartos de los que estábamos viendo. La mesa presentaba buen aspecto; no había en ella nada de plata, por supuesto, y al lado de su silla Mr. Jaggers había dispuesto un estante giratorio de

regular capacidad con varias botellas, jarras y cuatro fuentes de fruta. Lo tenía todo al alcance de su mano y era él mismo quien lo distribuía.

En la habitación también había una librería, y por los títulos que podían leerse en los lomos de los volúmenes comprendí que se trataba de obras sobre derecho penal y biografías de criminales, procesos, leyes parlamentarias y otras materias por el estilo. El mobiliario era elegante y macizo como la cadena de su reloj. En un rincón había una mesita cubierta de papeles y con una lámpara de pantalla, lo cual inducía a pensar que Mr. Jagers se traía a casa trabajo de la oficina.

Como hasta el momento apenas había visto a mis tres compañeros —porque había andado siempre a mi lado— se detuvo junto a la chimenea, después de tirar del cordón de la campanilla y les dirigió una mirada escudriñadora. Sorprendido, observé que ya desde el principio parecía interesarse por Drummle.

—Pip —dijo apoyando su manaza en mi hombro y llevándome a la ventana—. No conozco a ninguno de los tres. ¿Quién es esa araña?

—¿La araña? —pregunté.

—Ese muchacho fornido, hosco y con lunares...

—Es Bentley Drummle —respondí—. El de la cara delicada es Startop.

Pasó por alto esta información y prosiguió:

—¿Bentley Drummle se llama? Me gusta el aspecto de ese chico.

Y dicho esto se puso a hablar con Drummle. Las bruscas contestaciones de este no parecían molestarle sino todo lo contrario. Yo estaba observándolos cuando de pronto entre ellos y yo se interpuso la sirvienta, que nos traía el primer plato.

Era una mujer delgada, ágil y bastante alta, de unos cuarenta años. Estaba muy pálida, sus ojos eran de un azul muy tenue y tenía una cabellera extraordinariamente abundante. No puedo decir si se debía a alguna enfermedad el que tuviese los labios entreabiertos, como si jadeara, así como la expresión de susto, o tal vez ansiedad, de su rostro; solo sé que dos noches antes yo había asistido a una representación de Macbeth y aquella mujer me pareció turbada por algo terrible, como las caras que había visto surgir del caldero de las brujas.

Dejó la fuente sobre la mesa, tocó con un dedo el brazo de mi tutor para indicarle que acababa de servir el primer plato, y se retiró del comedor. Tomamos asiento alrededor de la mesa y Mr. Jagers hizo sentar a su lado a Drummle en tanto que a Startop lo ubicó en el lado opuesto. El guisado que la sirvienta había dejado sobre la mesa era de pescado, y a este siguió un cuarto de cordero muy bien condimentado, y luego un pollo igualmente sabroso. Salsas, vino, todo lo que necesitábamos, y de lo mejor, nos fue ofrecido por nuestro anfitrión. Distribuyó platos limpios, cuchillos y tenedores, y echaba los sucios dentro de dos cestas que tenía a su lado, en el suelo. No apareció ningún otro criado, solo aquella sirvienta, cuyo rostro parecía surgido del caldero.

Mirando atentamente a la criada, tanto por su aspecto singular como por la advertencia de Wemmick, me di cuenta de que siempre que estaba en la sala tenía la vista fija en mi tutor y apartaba las manos de cada plato que ponía ante él con cierta vacilación, como si temiese que la llamase de nuevo y deseara que si quería decirle algo lo hiciese mientras ella

estaba cerca. Me pareció adivinar que mi tutor pretendía mantenerla siempre en la incertidumbre.

La comida transcurrió alegremente, y aunque Mr. Jagers parecía más bien seguir que provocar la conversación, observé que nos inducía a exteriorizar los puntos más débiles de nuestros respectivos caracteres. Por lo que a mí respecta, advertí que estaba manifestando mi afición al derroche, a mostrarme protector con Herbert y a vanagloriarme de mis grandes esperanzas y perspectivas, ya antes de despegar los labios. Con todos nosotros ocurría lo mismo, sobre todo con Drummle, cuya inclinación a burlarse de los demás se puso de manifiesto antes de que retirasen el pescado.

No fue entonces, sino después que hubimos llegado al queso, cuando la conversación se centró en nuestras proezas en el arte de remar.

Como nos burlamos de Drummle, este manifestó a nuestro anfitrión que en cuanto a destreza podía ser nuestro maestro, y en cuanto a fuerza podía deshacernos como trigo en la era. De manera imperceptible, Mr. Jagers fue provocándolo hasta que a punto estuvo de hacerlo montar en cólera y Drummle acabó por subirse la manga y, mostrando el brazo desnudo, presumir de su musculatura. A continuación todos hicimos lo mismo del modo más ridículo.

En aquel instante la criada entró para retirar la mesa, y mientras tanto, mi tutor, repantigado en su silla y mordiéndose el dedo, demostraba un interés por Drummle que me resultaba inexplicable. De repente, como una trampa que se cierra, dejó caer su mano sobre una de las de la criada, en el momento en que esta la ponía sobre la mesa. El ademán fue tan brusco e inesperado que todos dejamos de reír y lo miramos.

—Puesto que tratamos de fuerza —dijo Mr. Jagers—, voy a mostrarles una muñeca fornida. Molly, déjales ver tu muñeca.

La mano prisionera estaba sobre la mesa, pero la mujer ya se había llevado la otra a la espalda.

—¡Señor! —dijo Molly en voz baja, mirando a su amo con expresión suplicante—. ¡No lo haga!

—Ahora sabréis lo que es una muñeca —insistió Mr. Jagers, y sin mirar a la sirvienta, con los ojos obstinadamente fijos en el lado opuesto del comedor, agregó—: ¡Déjales ver tus muñecas, Molly! ¡Enséñaselas!

Levantó la mano que sujetaba la de la mujer y se la hizo volver de manera que la muñeca quedase sobre la mesa. Entonces ella presentó también la mano que había ocultado a la espalda y la colocó al lado de la otra. Esta última estaba llena de cicatrices. Al mostrar ambas manos apartó los ojos de Mr. Jagers y nos miró ansiosamente a todos.

—Aquí hay fuerza —dijo mi tutor resiguiendo fríamente los nervios con su índice—. Pocos hombres tienen una muñeca tan fuerte. El vigor de estas manos es extraordinario, nunca vi otras más potentes.

Mientras él se expresaba en aquellos términos, ella seguía mirándonos uno a uno, y en el momento en que él se calló, ella volvió de nuevo los ojos hacia él.

—Está bien, Molly —dijo Jagers—, ya se han quedado pasmados; puedes marcharte.

La criada retiró las manos y salió del comedor. Entonces mi tutor tomó del estante giratorio una de las jarras, llenó su copa, hizo circular el vino y dijo:

—Señores, a las nueve y media tenemos que separarnos; por lo tanto, aprovechen el tiempo. ¡A su salud, Mr. Drummle!

Si su intención al distinguir a Drummle, fue que este se pusiera aún más en evidencia, lo consiguió por completo. El huracán triunfó; mostró el desprecio que le inspirábamos todos de manera cada vez más ostensible y agresiva, hasta que llegó a hacerse intolerable. Mr. Jagers lo observaba con un extraño interés. Hubiérase dicho que Drummle incluso servía para dar mejor sabor al vino que aquel bebía.

En nuestra irreflexión juvenil, creo que bebimos demasiado y que hablamos, también, en exceso. Nos indignamos extraordinariamente por un comentario grosero de Drummle, con lo cual pretendía indicar que éramos unos derrochadores. Esto me indujo a hacerle observar que su burla resultaba impropia en labios de uno a quien Startop había prestado dinero en mi presencia aún no hacía dos semanas.

—Bueno —repuso Drummle—, se lo devolveré.

—Le creo —dije con firmeza—, pero me parece que esto tenía que haberlo inducido a usted a morderse la lengua antes de hablar de nosotros y de nuestro dinero.

—¡Eso se lo figura usted! —repuso Drummle.

—Sí, y me figuro también —añadí— que no sería usted capaz de prestar dinero a ninguno de nosotros en caso de que lo necesitáramos.

—Pues no se equivoca —contestó Drummle—. No prestaría ni seis peniques a ninguno de ustedes ni a nadie.

—En ese caso, yo diría que resulta algo ruin tomar prestado.

—¿Eso es lo que diría usted?

El diálogo resultaba tan exasperante, sobre todo porque yo no veía la manera de vencer su aspereza y su necedad, que dije, sin hacer caso a los esfuerzos de Herbert por contenerme:

—Bueno, Mr. Drummle, puesto que hablamos de esto, le explicaré lo que ocurrió entre Herbert y yo después de que él le prestase el dinero.

—No me interesa saberlo —refunfuñó Drummle. Y me figuro que murmuró entre dientes que los dos podíamos irnos al diablo.

—A pesar de todo, se lo contaré, tanto si quiere como no —insistí—. Comentamos que mientras usted se embolsaba el dinero, muy contento, parecía burlarse de que él hubiera tenido la debilidad de prestárselo.

Drummle se encogió de hombros y soltó una carcajada, como pretendiendo significar que lo dicho era cierto, y que nos despreciaba a todos por tontos.

En ese momento intervino Startop, y, hablándole más amablemente de lo que lo había hecho yo, le aconsejó que fuese más agradecido. Como Startop era un chico afable y alegre y, en cambio, Drummle todo lo contrario, este consideraba aquellas palabras como una afrenta personal.

Startop procuró desviar la conversación con una pequeña chanza que nos hizo reír a todos. Entonces Drummle, resentido por aquel éxito de su compañero, sin amenaza ni advertencia alguna, sacó las manos de los bolsillos, cogió un vaso y seguramente lo habría arrojado a la cabeza de su interlocutor si nuestro anfitrión no se hubiese apresurado a arrebátárselo.

—Señores —dijo mi tutor, dejando tranquilamente el vaso encima de la mesa y sacando su reloj—, lamento mucho tener que informarles que son más de las nueve y media.

Comprendiendo lo que significaba esta indicación, todos nos levantamos para marcharnos.

Antes de llegar a la puerta principal, Startop ya estaba tratando a Drummle de «querido amigo», como si nada hubiese ocurrido. Pero este estaba tan lejos de corresponder a esa actitud que ni siquiera quiso volver a Hammersmith andando por el mismo lado de la calle. Así, pues, Herbert y yo nos quedamos en la ciudad, y los vimos alejarse calle abajo uno por cada acera; Startop delante y Drummle detrás, siguiendo la sombra de las casas, de manera muy parecida a como solía seguirnos en su bote.

Como la puerta aún no estaba cerrada, dejé un momento a Herbert y subí de nuevo a decir unas palabras a mi tutor. Lo encontré en su tocador, rodeado de su colección de botas, muy ocupado en lavarse las manos.

Le dije que lamentaba profundamente que hubiese ocurrido algo tan desagradable y que esperaba que no me lo reprochase.

—¡Bah! —exclamó él al tiempo que se lavaba la cara—. No vale la pena, Pip. Además, me gusta esa araña.

Se volvió luego hacia mí, sacudiendo la cabeza, resoplando y restregándose con la toalla.

—Me alegro que le guste a usted, señor —dije—, pero lo que es a mí...

—No, no —dijo Mr. Jaggers—. Procure no tener mucho trato con él. Evite su compañía todo lo posible. Sin embargo, me gusta ese tipo, Pip; es de los que tienen madera. ¡Si yo fuese un adivino...! —Me miró y añadió—: Pero no lo soy. Ya sabe usted lo que soy, ¿no es cierto? Buenas noches, Pip.

—Buenas noches, señor.

Un mes después terminó la temporada que Drummle debía pasar con Mr. Pocket, y, para alegría de todos, a excepción de Mrs. Pocket, regresó a su casa.

XXVII

Querido Mr. Pip:

Escribo la presente por encargo de Mr. Gargery, para anunciarle que va a Londres en compañía de Mr. Wopsle y le alegraría poder verlo. Piensa hospedarse en la posada Bernard. Llegará allí el martes, a las nueve de la mañana, y en caso de que usted tuviese inconveniente, le ruego que deje recado.

Su pobre hermana, Mrs. Gargery, continúa como cuando usted nos dejó. Todas las noches hablamos de usted en la cocina y nos preguntamos qué estará haciendo. Si esto parece ahora una libertad, perdóneme.

Sin más, Mr. Pip, se despide de usted su segura servidora,

BIDDY.

P. S. Mr. Gargery me pide especialmente que le diga lo mucho que van a divertirse. Dice que ya lo entenderá. No dudo de que tendrá a bien recibirlo, aunque ahora esté hecho un caballero, porque usted siempre ha tenido buen corazón y él se lo merece. Se lo he leído todo, excepto la última frase, y me ruega especialmente que le repita lo mucho que van a divertirse.

Recibí esta carta el lunes por la mañana, y por lo tanto Joe llegaría al día siguiente. Permítaseme confesar con qué sentimiento esperé su llegada.

No fue con agrado, a pesar de que éramos buenos amigos, sino con perplejidad considerable, algo de mortificación y una intensa sensación de inconveniencia. Si hubiese podido alejarlo, pagando algo, lo habría hecho. Mi gran consuelo era que se hospedaría en la posada de Bernard, no en Hammersmith, y por lo tanto no era fácil que Drummle lo viese. Poco me importaba que Herbert o su padre, a quienes yo respetaba, lo conociesen, pero me habría molestado mucho en el caso de Drummle, a quien despreciaba. Así, solemos cometer nuestras peores ruindades a causa de aquellos a quienes más despreciamos.

Yo siempre estaba decorando nuestro alojamiento de un modo u otro, siempre innecesario e inadecuado, y estas peleas con Bernard resultaban muy costosas. Por aquel entonces nuestra habitación era ya muy distinta de como la había encontrado, y yo tenía el honor de ocupar unas cuantas páginas importantes en los libros de un tapicero vecino. Últimamente había progresado tanto, que hasta disponía de un criado con botas —botas de campana—, que me tenía sujeto a una especie de esclavitud, pues desde que empezó a trabajar a mi servicio y tan pronto como lo hube vestido (aprovechando lo que la familia de mi lavandera desechaba) con una casaca azul, un chaleco amarillo, una corbata blanca, pantalones de color crema, y las botas antedichas, me vi obligado a encontrarle un poco de ocupación y un mucho de qué comer, necesidades ambas con las que me amargaba la existencia.

A esta especie de pequeño fantasma vengador le ordené que el martes, a las ocho de la mañana, estuviese de servicio en el recibidor (que tenía dos metros cuadrados, según constaba en la factura del esterero), mientras Herbert encargaba para el almuerzo ciertas cosas que en su opinión serían muy del agrado de Joe. Yo le agradecí el interés que demostraba para conmigo, pero al mismo tiempo sentí cierto rencor porque sospechaba que si Joe hubiese venido a verlo a él, no se habría mostrado tan solícito.

El lunes por la noche fui a la ciudad para recibir a mi cuñado, y a la mañana siguiente me levanté temprano y procuré que el comedor y la mesa tuvieran el mejor aspecto posible.

Oí pasos en la escalera y advertí que eran de Joe por la manera desgarrada y ruidosa de subir por los peldaños. Sus zapatos de día festivo siempre eran excesivamente grandes para sus pies.

Cuando por fin se detuvo delante de nuestra puerta, oí que iba siguiendo con un dedo el perfil de las letras que indicaban mi nombre y luego su respiración por el agujero de la cerradura. Finalmente, dio un golpecito y Pepper (tal era el nombre del criado), anunció a Mr. Gargery. Creí que nunca terminaría de restregar las suelas de sus zapatos en la esterilla, pero al fin entró.

—¿Cómo estás, Joe?

—¿Y tú, Pip, cómo estás?

Con el rostro radiante de hombre honrado, me cogió ambas manos y empezó a moverlas hacia arriba y hacia abajo como si yo hubiese sido una bomba aspiradora.

—Celebro mucho verte, Joe; dame tu sombrero.

Pero él, tomándolo cautelosamente con ambas manos, como si fuese un nido de pájaros con huevos dentro, no quiso ni oír hablar de separarse de él, y continuó de pie, conversando por encima de su sombrero de una manera muy incómoda.

—¡Cómo has crecido! —exclamó—. ¡Y qué distinguido te has vuelto! Estás hecho todo un señor... —Reflexionó por un instante y añadió—: que honra de veras a su rey y a su patria.

—Y tú, Joe, tienes muy buen aspecto. Se te ve muy saludable.

—Gracias a Dios, siempre me encuentro bien. Y tu hermana no está peor de lo que estaba. Biddy, muy alegre y servicial, y los amigos sin novedad, excepto Wopsle, que ha ido un poco a menos.

Mientras hablábamos, Joe, con las manos todavía ocupadas en cuidar su nido de pájaros, miraba todo cuanto lo rodeaba, poniendo especial atención en mi bata floreada.

—De modo que Wopsle ha ido a menos... —dije.

—Sí —contestó Joe, bajando la voz—, ha dejado la iglesia y se ha hecho actor. Por esta razón ha venido a Londres conmigo. Y su deseo es —explicó al tiempo que se ponía el nido debajo del brazo derecho y empezaba a hurgar en él con la mano izquierda como si estuviese buscando un huevo—, si no te molesta, que te dé esto.

Tomé lo que me ofrecía. Era un programa arrugado de un teatro de Londres, en el que se anunciaba, para aquella misma semana, el debut del «célebre aficionado provinciano, cuya actuación en la sublime tragedia de nuestro poeta nacional tanta sensación causó en los círculos dramáticos de la localidad».

—¿Has asistido a esta representación, Joe? —le pregunté.

—Sí —respondió con énfasis y solemnidad.

—¿Fue un gran éxito?

—Sí; es decir, hubo una lluvia de pieles de naranja. Sobre todo cuando apareció el fantasma. —Y dejando de tutearme, con gran respeto agregó—: Aunque dígame, señor, si es una cosa para animar a un hombre en su trabajo que el público se la pase diciendo «¡Amén!» cada vez que él se callaba y empezaba a hablar el fantasma. Un hombre puede haber sufrido un contratiempo y haber pertenecido a la iglesia —dijo con tono sentimental—, pero eso no es un motivo para que se lo fastidie en semejante ocasión. Y lo que yo digo, señor, si el fantasma del padre de uno no tiene derecho a reclamar su atención ¿quién lo tiene? Sobre todo cuando el sombrero de luto le viene tan pequeño que, por más que se esfuerce en evitarlo, el peso de las plumas hace que se le caiga.

En ese momento, la expresión de Joe, semejante a la de quien acaba de ver una aparición, me anunció que Herbert había entrado en la estancia. Los presenté. Herbert le tendió la mano, pero Joe dio un paso atrás, sin soltar su nido y dijo:

—Servidor de usted señor, deseo a usted y a Pip... —Hizo una pausa y se quedó contemplando al criado, que estaba poniendo unas tostadas sobre la mesa, como si se figurase que el muchacho formaba parte de la familia, y al fruncir yo las cejas no hice más que aumentar su confusión—. Quiero decir, ustedes dos, señores, deseo que gocen de buena salud en este lugar tan bonito... Porque esta debe de ser una buena posada, según se opina en Londres. —Bajó la voz y agregó, con tono confidencial—: Aunque yo no criaría un cerdo aquí si mi intención fuese engordarlo y que tuviera buen sabor.

Después de rendir este halagador homenaje a las buenas condiciones de nuestra morada, y de haber manifestado al mismo tiempo esta tendencia a tratarme de usted y llamarme «señor», Joe, a quien invité a sentarse a la mesa, miró alrededor en busca de un sitio adecuado donde dejar su sombrero —como si hubiese en la Naturaleza muy pocas sustancias sobre las cuales este pudiese descansar—, y por fin lo dejó de canto en la repisa de la chimenea, de donde, a partir de aquel momento, estuvo cayendo al suelo continuamente.

—¿Quiere usted té o prefiere café, Mr. Gargery? —preguntó Herbert, que era quien presidía la mesa por las mañanas.

—Gracias, señor —repuso Joe, muy formal—. Tomaré lo que usted considere más conveniente.

—¿Café, entonces?

—Gracias, señor —contestó Joe, algo decepcionado—, ya que usted es tan amable de escoger el café, no quiero contradecirlo... Pero ¿no encuentra que su sabor es algo desagradable?

—Pues que sea té —dijo Herbert, sirviéndoselo.

El sombrero de Joe volvió a caer al suelo, y él se puso de pie, lo recogió cuidadosamente y lo colocó en el mismo sitio donde estaba antes.

—¿Cuándo llegó a Londres, Mr. Gargery?

—Ayer por la tarde —respondió Joe, después de toser como si hubiese tenido tiempo de pillar el crup desde su llegada a la capital—. No, no fue ayer por la tarde... Sí, sí, fue ayer por la tarde —afirmó al final con tono de reflexión, alivio y sinceridad.

—¿Ha dado ya algún paseo por la ciudad?

—Sí, señor. Wopsle y yo fuimos a ver la fábrica de betún. Pero encontramos que no se parecía en nada a como la pintan en los anuncios de las tiendas; quiero decir —agregó, como para explicarse— que en ellos la han dibujado demasiado... arquitectural.

Estoy convencido de que Joe habría repetido esta palabra (muy expresiva para mí y evocadora de cierta arquitectura que conozco) como si fuera el estribillo de una canción, si su atención no hubiese sido nuevamente atraída por su sombrero, que cayó una vez más. En realidad, aquella prenda de vestir le exigía una atención constante y una rapidez de reflejos parecida a la de un jugador de críquet. Demostró, de hecho, una habilidad admirable: ora alcanzándolo en el preciso instante en que caía, ora cogiéndolo antes de que tocara el suelo o dejándolo rebotar por la habitación antes de considerar prudente acercarse a él, y, finalmente, dejándolo caer en el cubo del agua sucia, de donde me permití sacarlo.

El cuello de la camisa de Joe, así como el de su chaqueta, hubieran desconcertado a cualquiera, pues eran dos misterios indescifrables. ¿Por qué un hombre tenía que arañarse de aquel modo antes de considerar que ya estaba perfectamente vestido? ¿Por qué motivo creía indispensable el mortificarse imponiéndose el traje de los días festivos? Además, Joe se sumía a menudo en cavilaciones tan profundas como inexplicables; había momentos en que permanecía inmóvil, con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca y dejaba caer más de lo que comía, aunque aparentaba que no lo había dejado caer. Su extraña actitud me preocupaba tanto que me alegré mucho cuando Herbert nos dejó para marcharse.

No tuve ni el buen sentido ni el buen corazón de reconocer que todo era por mi culpa, y que si yo me hubiese mostrado más sencillo, Joe habría estado más a sus anchas en mi compañía. Me sentía impaciente y enfadado, y en esta situación él añadió carbón al fuego que ardía en mi cabeza.

—Ahora que estamos solos, señor... —empezó.

—Joe —lo interrumpí bruscamente—, ¿por qué me llamas señor?

Me dirigió una mirada triste que me pareció de reproche, y prosiguió:

—Ahora que estamos solos, y como no pienso ni puedo quedarme mucho más rato, he de terminar o empezar explicando el motivo que me ha permitido tener el honor de esta visita. Pues, a no ser porque deseaba ser útil, no habría tenido la satisfacción de comer en casa de unos caballeros.

Eran tan pocas las ganas que yo tenía de ver de nuevo aquella mirada, que no opuse ninguna objeción a lo que decía.

—Bien, señor, lo que ocurrió es lo siguiente: la otra noche estaba yo en Los Tres Barqueros, Pip —cada vez que se dejaba llevar por su cariño me llamaba Pip, y cuando se dejaba llevar por los modales me trataba de señor—, cuando llegó Pumblechook en su coche. En ocasiones ese individuo hace que me enfurezca, porque proclama a los cuatro vientos que fue amigo de infancia de usted, señor, y la persona a quien considera antiguo compañero de juegos.

—¡Qué tontería! Esta persona fuiste tú, Joe.

—Así lo creo, Pip, pero eso ahora poco importa, señor... Bueno, Pip. El caso es que este sujeto, que siempre ha sido un fanfarrón, me encontró en Los Tres Barqueros, donde un trabajador puede descansar fumándose una pipa y bebiendo una jarra de cerveza, y me dijo: «Joe, miss Havisham desea hablarte».

—¿Miss Havisham?

—Así me lo dijo Mr. Pumblechook —repuso Joe, y se quedó mirando el techo.

—Continúa.

—Al día siguiente —prosiguió con expresión solemne, como si estuviese dictando su testamento—, miss Havisham me preguntó: «Mr. Gargery ¿se cartea usted con Mr. Pip?». Como yo había recibido una carta de usted, respondí afirmativamente, y entonces ella me dijo: «¿Quiere usted decirle que Estella ha vuelto a casa y se alegraría de verlo?».

Miré a Joe y sentí que se me encendían las mejillas. Quiero suponer que una causa extraña a aquel rubor podía ser la convicción de que si yo hubiese tenido idea del recado que traía Joe, lo habría alentado más.

—Cuando llegué a casa —prosiguió Joe—, le pedí a Biddy que le escribiera a usted una carta para darle la noticia, pero no se mostró muy dispuesta a hacerlo, y dijo: «Estoy segura de que se alegrará mucho de recibirla de palabra. Como ahora es tiempo de vacaciones y usted tiene ganas de verlo, podría visitarlo». Y nada más, señor... —Se puso de pie—. Y te deseo mucha salud y que cada vez prosperes más, Pip.

—¿Te marchas ya, Joe?

—Sí, me voy.

—Pero ¿volverás a comer?

—No.

Nos miramos y al tenderme la mano todos los «señor» se derrumbaron en aquel corazón bondadoso.

—Pip, querido Pip, la vida está formada de tantas separaciones, enredadas unas con otras, y como uno es herrero, otro platero, otro joyero y otro calderero, es inevitable que haya división entre ellos. Todo ha de tomarse tal como viene; tú y yo no somos iguales, y, por lo tanto, no está bien que se nos vea juntos en Londres, ni en ninguna otra parte que no sea en privado y entre amigos. Nunca más me verás con este traje, y no porque sea orgulloso, sino porque quiero ser yo mismo. Este modo de vestir no es para mí. Mi puesto y mi ambiente están en la herrería, en la cocina o en los pantanos. Si me imaginas con mi ropa de trabajo, con el martillo en la mano o fumando mi pipa, no me encontrarás ni la mitad de los defectos que debes de ver en mí. No me encontrarás ni la mitad de los defectos si, suponiendo que alguna vez desees verme, metes la cabeza por la ventana de la herrería y ves a Joe, el herrero, junto al viejo yunque, con el mandil chamuscado, entregado al trabajo de siempre. Yo soy muy ignorante, pero creo que al menos he llegado a comprender esto. Y ahora, que Dios te bendiga querido Pip, amigo mío. ¡Que Dios te bendiga!

No me equivocaba al pensar que en Joe había una sencilla dignidad. Su modo de vestir no le estorbaba más cuando pronunciaba estas palabras de lo que le habría estorbado para ir al cielo. Me tocó la frente con dulzura y se fue. En cuanto logré reponerme lo suficiente, me apresuré a ir tras él y lo busqué por las calles vecinas; pero ya había desaparecido.

XXVIII

Era natural que yo fuese a nuestro pueblo al día siguiente, y, llevado por el arrepentimiento, también me pareció natural alojarme en casa de Joe. Pero después de haber comprado el pasaje para la diligencia y haber ido a casa de Mr. Pocket y regresado de allí, lo último no me pareció tan claro, y empecé a forjarme razones y excusas para hospedarme en El Jabalí Azul. Mi presencia en casa de Joe perturbaría a todos, pues no me esperaban y no tendrían la cama dispuesta; estaría demasiado lejos de la mansión de miss Havisham, a quien tal vez no le gustase, pues era mujer exigente. Todos los demás estafadores del mundo no son nada en comparación con los que quieren engañarse a sí mismos, y eso fue lo que hice con aquellas excusas. Verdaderamente es algo curioso, que yo tomase inocentemente una media corona falsa; fabricada por otro no habría tenido nada de particular, pero aquella era yo quien la había fabricado. Un desconocido servicial, bajo pretexto de doblar mis billetes de banco para mayor seguridad, sustrae los billetes y me da unas cáscaras de nuez. ¡Qué tiene que ver su prestidigitación comparada con la mía cuando envuelvo mis propias cáscaras de nuez y me las hago pasar por billetes de banco!

Tras decidir que me alojaría en El Jabalí Azul, dudaba si llevar conmigo al criado o no hacerlo. Era tentador imaginarse a aquel costoso mercenario luciendo sus botas bajo la arcada del patio de El Jabalí Azul; era casi solemne imaginarlo exhibiéndose, como por casualidad, en la tienda del sastre y confundiendo los irrespetuosos sentidos del aprendiz de Trabb. Por otra parte, el aprendiz de Trabb podía contarle cosas, o bien, atrevido y descarado como me constaba que era, podía muy bien vapulearlo en medio de la calle principal. Mi protectora, además, podría enterarse de su existencia y parecerle mal. En resumidas cuentas, resolví dejar el criado en Londres.

La diligencia saldría a las dos de la tarde, y como ya estábamos en invierno no llegaría a mi destino hasta una o dos horas después de oscurecer. Llegué a Cross Keys con un cuarto de hora de antelación, atendido por mi criado, si es que puedo aplicar esta expresión a quien nunca atendía, por poco que pudiese evitarlo.

En aquel tiempo era costumbre llevar a los convictos a la prisión utilizando la diligencia. Como a menudo había oído hablar de que ocupaban los asientos exteriores, y más de una vez había visto pasar a algunos balanceando sus piernas cargadas de grilletes sobre el techo del carruaje, no me mostré extrañado cuando Herbert me anunció que dos presidiarios viajarían conmigo. Sin embargo, tenía una razón, que venía de antiguo, para turbarme cada vez que oía la palabra presidiario.

—¿No te importará, Handel? —preguntó Herbert.

—¡Oh, no!

—Me ha parecido que no te hacía mucha gracia.

—No pretendo fingir que me guste su compañía, pero, por lo demás, me da lo mismo.

—¡Mira! Ahí vienen —exclamó Herbert—. Salen de la taberna. ¡Qué espectáculo tan vil y denigrante!

Los dos convictos y su guardián salían limpiándose los labios con el revés de la mano. Aquellos iban esposados uno con otro, y llevaban grilletes de un modelo que yo conocía tan bien como el uniforme que vestían. El guardián llevaba un par de pistolas en el cinto y un nudoso garrote debajo del brazo, pero parecía estar en buenas relaciones con ellos, y se quedó a su lado, contemplando cómo enganchaban los caballos, con el mismo aire que habría adoptado si los presidiarios hubiesen sido una interesante exposición todavía no inaugurada y él el conservador de la misma. Uno de los hombres era más alto y corpulento que el otro y parecía que, de acuerdo con los misteriosos hábitos del mundo, tanto de los presidiarios como de los hombres libres, le hubiesen asignado el traje más pequeño que hallaron. Sus brazos y piernas parecían grandes almohadillas y su vestimenta resultaba un disfraz estafalario; pero reconocí al instante su ojo medio cerrado. Aquel era el hombre que me había apuntado con su fusil invisible.

Era evidente que no me había reconocido. Me observó detenidamente, evaluando la cadena de mi reloj, luego escupió y dijo algo a su compañero; ambos rieron, se volvieron, haciendo tintinear las manillas que los unían, y dirigieron la mirada a otra parte. Los grandes números que llevaban en sus espaldas, como si fueran las puertas de una casa, su aspecto rudo, desgarrado y sarnoso, como si fuesen animales inferiores, sus piernas cargadas de hierros disimulados con pañuelos de bolsillo, y el hecho de que todo el mundo los mirase con repulsión y se apartase de ellos, los convertía (como había dicho Herbert) en un espectáculo de lo más desagradable y denigrante.

Pero eso no fue lo peor. Resultó que toda la parte posterior de la diligencia había sido ocupada por una familia, de modo que no había sitio para los convictos salvo en el banco de delante, detrás del cochero. En vista de esto, un viajero de mal talante, que había tomado cuatro asientos en este banco, en un arrebató de cólera dijo que hacerle ir con tan ruin compañía era un quebrantamiento de contrato, además de oprobioso, perjudicial, deshonesto y no sé cuántas cosas más. Mientras tanto, la diligencia estaba dispuesta y el cochero impaciente. Todos nos disponíamos a subir cuando se acercaron los presos, que despedían aquel singular olor a pan mohoso, bayeta y hollín típico de los presidiarios.

—No lo tome usted así, caballero —suplicó el guardián al pasajero indignado—; yo me sentaré a su lado y los pondré en el extremo del asiento. Y verá como no se meten para nada con usted. Ni siquiera notará su presencia.

—Y no me eche a mí la culpa —gruñó el convicto a quien yo había reconocido—. Yo no tengo ninguna gana de ir. Con mucho gusto me quedaría. Por mí, cualquiera puede ocupar mi lugar.

—O el mío —dijo bruscamente el otro—. Le aseguro que, si por mí fuese, no incomodaría a ninguno de ustedes.

Luego ambos se echaron a reír, a cascar nueces con los dientes y a escupir las cáscaras. Y, en realidad, creo que a mí me habría gustado hacer lo mismo si me hubiese visto en su lugar y despreciado de aquel modo.

Por fin se decidió que no había remedio para el pasajero que protestaba, y que este debía ir con la compañía que le había tocado en suerte o quedarse. Así, pues, ocupó su lugar, todavía refunfuñando, mientras el guardián se sentaba a su lado y los presidiarios se ubicaban como mejor podían. El que yo había reconocido tomó asiento detrás de mí, y yo sentí el aliento de su respiración en mi cabeza.

—¡Adiós, Handel! —exclamó Herbert cuando la diligencia se puso en marcha, y yo pensé que era una suerte que hubiese hallado un nombre para sustituir el mío de Pip.

Los resoplidos del presidiario hacían que me sintiese como si un ácido recorriera mi columna vertebral, y me daba dentera. Aquel sujeto parecía entretenerse respirando más fuerte que los demás.

Hacía un tiempo muy desapacible y los dos convictos maldecían el frío. Pronto todos nos acurrucamos, y al dejar atrás la posada de Welling íbamos dando cabezadas, con continuos escalofríos y en silencio. Me quedé dormido mientras procuraba decidir si tenía o no que devolver las dos libras esterlinas a aquel desgraciado antes de perderlo de vista, y la mejor forma de hacerlo. De pronto, el coche dio una sacudida hacia adelante, y desperté asustado. Reanudé enseguida mis cavilaciones.

Pero debía de haber dormido más tiempo del que me figuraba, pues aunque no sabía dónde nos encontrábamos, a pesar de la tenue luz de los faroles del coche adiviné que atravesábamos la región de los pantanos por el aire húmedo y frío que nos azotaba el rostro. Inclutados hacia adelante para guarecerse del viento gélido, los convictos estaban más cerca de mí que antes. Las primeras palabras que les oí pronunciar fueron precisamente las que estaban atormentando mis pensamientos: «Dos billetes de una libra».

—¿Y cómo es que los tenía en su poder? —preguntó el recluso a quien yo nunca había visto.

—No lo sé —contestó el otro—. Debía de tenerlos escondidos en alguna parte. Supongo que debió de dárselos alguno de mis amigos.

—¡Ah, si ahora los tuviera yo aquí! —exclamó el primero, y a continuación maldijo el frío.

—¿Los billetes o los amigos?

—Los billetes. Por uno solo no dudaría en vender a todos los amigos que tengo en el mundo, y estoy seguro de que saldría ganando. De modo que él dijo...

—Dijo —prosiguió el presidiario que yo había reconocido—: «¿De manera que van a ponerte en libertad?». Respondí que sí y preguntó: «¿Podrías encontrar a aquel chico que me ayudó y guardó mi secreto, y darle los dos billetes? Le dije que lo haría, y lo hice».

—Fuiste un tonto —replicó el otro—. Yo me los habría gastado en comida y bebida. Seguramente era un novato. ¿Dices que no te conocía?

—Ni de vista. Pertenecíamos a distintas bandas y diferentes barcos. Lo juzgaron por haberse evadido y lo condenaron a cadena perpetua.

—¿Y fue esa la única vez que trabajaste al aire libre en aquella región?

—La única.

—¿Y qué opinión te merece?

—Pocas veces he visto un lugar más desagradable e inhóspito. Barro, niebla, charcos y mucho trabajo.

Ambos criticaron el lugar con las expresiones más groseras y despectivas hasta que no les quedó nada por decir.

Después de oír aquel diálogo, me habría apeado allí mismo, en medio del camino a oscuras, de no haber sido porque estaba seguro de que aquel individuo no sospechaba ni remotamente quién era yo. El tiempo transcurrido y el modo de vestir apropiado a mi nueva situación hacían que me viese tan cambiado que era imposible que me reconociese a menos que alguna circunstancia casual revelase mi verdadera identidad. Pero a pesar de todo, la coincidencia de encontrarnos en la misma diligencia era bastante extraña para hacerme temer que, por el motivo que fuera, él se diera cuenta de quién tenía a su lado. Por esta razón decidí apearme tan pronto llegásemos a la primera población. Llevé a cabo mi propósito sin la menor dificultad. Mi maletín estaba en la caja de equipajes debajo de mis pies. No tuve más que levantar una tapa para sacarlo de allí. Lo arrojé al camino, salté detrás de él y me encontré a pocos pasos de la primera farola y los primeros adoquines del pavimento urbano. Los dos presidiarios continuaron su viaje en el coche, y yo sabía en qué punto los harían bajar de la diligencia para conducirlos a la prisión. En mis reflexiones me parecía estar viendo el bote que los esperaba, con su tripulación de reclusos, en el embarcadero lleno de barro. Volví a oír la áspera orden de: «¡En marcha!» y me representaba la lúgubre escena del barco prisión fondeado a lo lejos, en las aguas tenebrosas.

No habría podido decir qué temía, porque mi miedo era una aprensión vaga e indefinida. Pero me sentía dominado por un gran recelo, y mientras me dirigía hacia la posada iba temblando. El pavor que se apoderó de mí por escasos minutos bastó para resucitar los temores de mi infancia.

La sala de la posada El Jabalí Azul estaba vacía, y tuve tiempo de encargarme la cena y dar cuenta de buena parte de ella antes de que el camarero me reconociese. Al darse cuenta de mi presencia se excusó por su falta de memoria y me preguntó si tenía que mandar a buscar a Mr. Pumblechook.

—No es necesario —contesté resueltamente.

El camarero, que era el mismo que había informado de las quejas de los comerciantes el día en que quedó formalizado mi contrato de trabajo con Joe, pareció extrañado de verme, y aprovechó una pausa para poner sobre mi mesa un ejemplar atrasado y sucio del periódico local. Lo cogí y leí el párrafo siguiente:

Creemos de algún interés para nuestros lectores informarles, con referencia a la reciente y romántica buena fortuna de un joven, artífice en hierro de esta localidad (¡qué delicioso tema, dicho sea de paso, para la pluma mágica de nuestro conciudadano Bobby, el poeta de nuestras columnas periodísticas, aunque todavía no goce de fama universal!), que el protector, el compañero y amigo del referido joven fue una elevada personalidad, no enteramente ajena al comercio de granos y semillas y cuyo importante establecimiento se halla a poco más de un centenar de kilómetros de la calle principal. Y es con gran satisfacción que lo consideramos el guía de nuestro joven Telémaco, pues es halagador pensar que nuestra ciudad fue cuna del creador de la fortuna de este último. «¿La fortuna de quién?», preguntará el sabio local

frunciendo las cejas o la belleza local con los ojos luminosos. Creemos que Quintín Matsys fue el Herrero de Amberes. Verb. Sap».

Tengo la completa convicción, fundada en mi vasta experiencia, de que si en los primeros días de mi repentina e inesperada prosperidad hubiese ido al Polo Norte, también allí habría encontrado algún esquimal vagabundo o un hombre civilizado que hubiese puesto en mi conocimiento que Pumblechook fue mi primer protector y el creador de mi fortuna.

XXIX

Me levanté a primera hora y salí a la calle. Aún era temprano para visitar a miss Havisham. Por consiguiente, decidí ir a dar un paseo por las cercanías de su mansión, lejos de la casa de Joe; podría ir allí al día siguiente, pensando en mi protectora y forjándome las más bellas ilusiones sobre lo que ella debía de estar proyectando para mí.

Había adoptado a Estella y podía decirse que había hecho lo propio conmigo. Por lo tanto, resultaba evidente que su propósito era unirnos en matrimonio. Me reservaba la misión de restaurar aquella mansión desolada. Tenía que abrir a la luz del sol sus oscuras estancias, poner en marcha los relojes, encender fuego en las frías chimeneas, quitar las telarañas, exterminar toda clase de insectos; una reparación total, en una palabra: llevar a cabo las brillantes hazañas de un joven caballero de leyenda y casarme con la princesa. Me había detenido para contemplar la casa al pasar por delante de ella, y sus muros vetustos de ladrillo rojo, sus ventanas cerradas y la hiedra verde agarrada a sus chimeneas, con sus fibras y tallos recios, como brazos viejos y nervudos, ofrecían el atractivo aspecto de un misterio del cual yo era el héroe. Estella representaba la inspiración de toda aquella morada, podríamos decir el corazón de la misma. Pero a pesar de que ella me tenía subyugado por completo y mi deseo y mi esperanza se cifraban en ella, a pesar de que su influencia sobre mi vida de muchacho y mi temperamento había sido todopoderosa, ni siquiera en aquella romántica mañana le atribuía otras virtudes que las que realmente poseía. Hago mención de todo esto porque es algo así como la guía para poder seguir mis pasos en el laberinto de mi triste narración. A juzgar por mi experiencia, la noción convencional de lo que es un verdadero enamorado no siempre puede ser exacta. La verdad es que yo amaba a Estella por la sencilla razón de que la encontraba irresistible. Pero, digámoslo de una vez: a menudo comprendía, con dolor, que la amaba contra toda razón, sin contar con ninguna promesa por su parte, contra mi propia esperanza y la paz de mi espíritu, contra mi felicidad y a pesar de todo cuanto podía desanimarme. Y no la amaba menos por comprender esto, de modo pues que esa certeza no influía para contenerme más de lo que hubiera influido si la hubiese considerado la perfección personificada.

Me las ingeníé para llegar a la verja a la misma hora en que lo había hecho otras veces. Después de llamar con mano insegura, me volví de espaldas procurando respirar con calma y moderar los violentos latidos de mi corazón. Oí que se abría la puerta lateral y que unos pasos se acercaban cruzando el patio, pero aparenté no darme cuenta hasta que la verja giró sobre sus goznes enmohecidos.

Cuando noté que me tocaban el hombro, me volví fingiendo sorpresa, pero mi extrañeza fue sincera al verme frente a un hombre que vestía traje gris. Era la última persona a quien habría esperado encontrar allí haciendo las veces de portero.

—¡Orlick!

—¡Señor! ¡No solo es usted el que ha cambiado! Pero entre, entre. Tengo orden de que la puerta no permanezca abierta.

Entré y él la cerró con llave, que luego sacó de la cerradura.

—Sí —dijo volviéndose después de haberme precedido algunos pasos en dirección a la casa—. ¡Aquí me tiene!

—¿Cómo has llegado aquí?

—Pues andando —contestó—. La maleta me la trajeron en una carretilla.

—¿Y para qué estás en esta casa?

—No va usted a suponer que será para nada malo, ¿verdad?

Yo no estaba muy seguro de que no fuese así, y tuve tiempo de reflexionar sobre esta respuesta, mientras él me miraba de arriba abajo.

—Así, pues, ¿dejaste la herrería?

—¿Acaso tiene esto aspecto de herrería? —contestó Orlick mirando alrededor con aire ofendido.

Le pregunté cuánto tiempo hacía que había dejado de trabajar en la fragua de Joe Gargery.

—Los días aquí se parecen tanto los unos a los otros —repuso— que no me es posible decirlo sin echar antes la cuenta. Pero recuerdo que vine aquí poco después de que usted se hubiese marchado.

—Eso ya lo sabía, Orlick.

—¡Ah! —exclamó con aspereza—. Pero ahora es usted una persona instruida.

Hablando así entramos en la casa, donde observé que la habitación de Orlick era una que había junto a la puerta, con una pequeña ventana que daba al patio. Se trataba de una estancia pequeña y no muy distinta de las que en París suelen destinarse a los porteros. De la pared pendían unas llaves a las cuales añadió la de la verja, y su cama, cubierta con una colcha remendada, estaba instalada en un pequeño hueco a manera de alcoba. Todo parecía desordenado y desaseado, como si fuese la jaula de un lirón humano, y Orlick, robusto y taciturno, quieto en un rincón junto a la ventana y en la oscuridad, semejaba (y en realidad lo era) el lirón para el cual había sido dispuesta aquella jaula.

—Nunca había visto esta habitación —dije—, ni sabía que hubiese habido aquí un portero.

—No —me explicó él—, no lo hubo hasta que se consideró peligroso que no hubiera en la casa ningún hombre, dado el gran número de sospechosos y de mala gente que merodean por los alrededores. Fue entonces cuando me recomendaron como hombre capaz de habérselas con cualquier otro, y acepté el empleo, porque lo considero más cómodo que estar tirando del fuelle y dándole continuamente al martillo.

Reparé en un fusil con caja de cobre que había encima de la chimenea, y la mirada de Orlick siguió la mía.

—Bueno —dije con el deseo de poner fin a aquella conversación—. ¿Puedo subir a ver a miss Havisham?

—¡Que me ahorquen si lo sé! —contestó desperezándose—. Mis explicaciones terminan aquí. Haré sonar esta campana y seguirá usted avanzando por el pasillo hasta que encuentre a alguien.

—Deben de estar esperándome, ¿verdad?

—¡Que me ahorquen dos veces si lo sé! —respondió.

Pero yo avancé por el largo corredor que había pisado por primera vez con mis gruesas botas. Tal como había dicho, Orlick hizo sonar la campana, y no se había apagado aún el sonido de esta cuando encontré a Sarah Pocket, que parecía haberse vuelto definitivamente verde y amarilla por mi culpa.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Es usted, Mr. Pip?

—Sí, miss Pocket. Me complazco en comunicarle que Mr. Pocket y su familia siguen bien.

—¿Son más juiciosos que antes? —preguntó ella, sacudiendo tristemente la cabeza—. Más les valdría ser juiciosos que tener salud. ¡Ah, Matthew, Matthew! ¿Conoce usted el camino, señor?

Lo conocía bastante bien, porque más de una vez había subido por aquella escalera a oscuras. Subí, pues, ahora mejor calzado que en otras ocasiones, y llamé, tal como lo hacía en otros tiempos a la puerta de la habitación de miss Havisham.

—Es la llamada de Pip —le oí decir inmediatamente—. Entra, Pip.

Estaba sentada en una silla junto a la mesa de siempre, con el mismo traje de otras veces, las manos cruzadas sobre su bastón y la vista fija en el fuego de la chimenea. Sentada a su lado había una dama elegante que yo nunca había visto. Tenía en la mano el zapato blanco por estrenar, que contemplaba absorta, con la cabeza inclinada.

—Entra, Pip —repitió miss Havisham sin volverse ni levantar la cabeza—. ¿Cómo estás, Pip? Me besas la mano como si fuese una reina, ¿eh? Está bien.

Me miró, levantando apenas los ojos, y, con tono a la vez malhumorado y festivo, preguntó:

—¿Qué hay?

—Me dijeron —expliqué con cierta turbación— que deseaba usted que viniese a verla, y he venido enseguida, miss Havisham.

—¿Y qué?

La dama a quien yo nunca había visto alzó los ojos y me miró con picardía, y entonces caí en la cuenta de que aquellos ojos eran los de Estella. Pero estaba tan cambiada, había ganado tanto en belleza, se había hecho tan mujer en todos aquellos aspectos que causaban admiración, tales y tantos eran los progresos que se advertían en su esbelta persona, que parecía que yo no hubiera hecho ninguno. Al contemplarla, se me antojó que yo volvía a ser el muchacho vulgar de otros tiempos. ¡Oh, qué lejano y distinto de ella me sentí, y cuán inaccesible me pareció aquella joven!

Me tendió la mano, y pronuncié con emoción algunas palabras para expresar la satisfacción que me causaba volver a verla y el tiempo que hacía que lo deseaba.

—¿La encuentras muy cambiada, Pip? —preguntó miss Havisham con tono anhelante mientras golpeaba con el bastón una silla que había entre las dos, indicando así que me sentara en ella.

—Al entrar, miss Havisham, ni sus facciones ni su cuerpo me han parecido los de Estella, pero ahora todo va revelándose de manera tan curiosa... todo me recuerda tanto a la...

—Supongo que no vas a decir a la Estella de antes —me interrumpió miss Havisham—. Era orgullosa e insolente, y tú quisiste huir de ella. ¿No lo recuerdas?

Confuso, respondí que había pasado mucho tiempo de aquello y que entonces yo era muy ignorante, y alguna otra cosa por el estilo. Estella sonrió con expresión amable y dijo que no cabía duda que yo me había comportado muy juiciosamente, en tanto que ella había observado una conducta censurable.

—¿Lo encuentras cambiado? —preguntó miss Havisham a Estella.

—Mucho —contestó la joven.

—Es menos vulgar, ¿verdad? —dijo miss Havisham jugueteando con el cabello de Estella.

Esta se echó a reír, miró el zapato que tenía en la mano, volvió a echarse a reír, me miró y dejó el zapato. Aún me trataba como a un chiquillo, pero coqueteaba conmigo.

Estuvimos conversando en aquella habitación fantástica que tanto había significado para mí, y me enteré de que Estella acababa de llegar de Francia y se disponía a trasladarse a Londres. Arrogante y caprichosa como siempre, había sometido de tal manera estas condiciones de su carácter a su hermosura, que resultaba imposible y absurdo (al menos así me lo parecía) separarlas de su belleza. Verdaderamente era imposible disociar su presencia de todos aquellos absurdos anhelos míos de riqueza y distinción que habían perturbado mi alma en mi adolescencia, de todas aquellas desatinadas aspiraciones que por primera vez me habían hecho avergonzar de mi casa y de mi querido Joe, de todas aquellas visiones que me habían mostrado su rostro en las llamas del hogar, que lo habían hecho saltar como chispas del yunque, que lo habían hecho surgir de las tinieblas de la noche para asomarse a la ventana de la herrería y luego desaparecer. En fin, me era absolutamente imposible separarla, en el pasado o en el presente, de los aspectos más íntimos de mi propia existencia.

Quedamos de acuerdo en que yo pasaría el día allí y que por la noche volvería a la posada para regresar a Londres a la mañana siguiente. Estuvimos conversando un rato y luego miss Havisham nos dijo que fuéramos a dar un paseo por el jardín abandonado y que más tarde yo la pasearía a ella en su silla de ruedas, como en otros tiempos.

Salimos, pues, Estella y yo al jardín por la puerta que en otra ocasión me había llevado al encuentro con el pálido joven que más tarde resultó ser mi actual amigo Herbert. Yo temblaba interiormente y miraba con adoración incluso el dobladillo de su vestido; ella, en cambio, muy serena y sin admirar en absoluto el dobladillo del mío. Al aproximarnos al lugar del referido encuentro, Estella dijo:

—Fui verdaderamente una criatura muy especial para esconderme y presenciar la lucha aquel día; pero lo hice, y el espectáculo me resultó muy divertido.

—Y después me premió por ello.

—¿De veras? —contestó como si no se acordara de lo ocurrido—. Recuerdo que sentía gran aversión por su contrincante, porque su presencia aquí me resultaba molesta.

—Actualmente él y yo somos muy buenos amigos —dije.

—¿Lo son? ¡Ah, sí, ahora recuerdo que toma usted lecciones de su padre!

—Sí, en efecto.

Me repugnaba confesarlo, porque aquello hacía que me sintiera un chiquillo, y ya bastante tenía con que me tratase como tal.

—Veo que no solo ha cambiado usted de posición social sino de amistades —dijo Estella.

—Naturalmente —contesté.

—Y era necesario —replicó ella con tono arrogante—. Las amistades que un día fueron convenientes para usted, ahora le resultarían completamente inadecuadas.

No creo que tuviera intención alguna de visitar a Joe, pero si la hubiese tenido, aquella observación la habría disipado por completo.

—Seguro que en aquellos tiempos no podía usted ni imaginar que su fortuna estuviese tan cerca —agregó.

—En absoluto.

El aire de superioridad con que ella paseaba a mi lado y mi actitud de muchacho sumiso contrastaban de manera muy dolorosa para mí. Y lo habría sentido aún más si no hubiese considerado que lo que me colocaba en tal situación era el hecho de haber sido escogido para convertirme en su esposo.

El jardín estaba demasiado descuidado para que se pudiera pasear cómodamente por él. Después de haberlo recorrido dos o tres veces, salimos de nuevo al patio de la fábrica de cerveza. Yo le mostré el lugar exacto donde le había visto andar por encima de los barriles por primera vez, y ella, dirigiendo a aquel lugar una mirada indiferente, dijo:

—¿Eso hice?

Le recordé por dónde había salido de la casa cuando vino a darme de comer y beber.

—No me acuerdo —contestó.

—¿No recuerda usted que me hizo llorar?

—No —repuso ella, sacudiendo la cabeza y mirando hacia otro lado.

El que no se acordase de que me había hecho sollozar o no le importase ni poco ni mucho ese detalle, hizo que vertiese de nuevo lágrimas silenciosas y secretas, que es el modo más amargo de llorar.

—Ha de saber usted, por si esto puede explicar mi falta de memoria —dijo Estella con la condescendencia propia de una joven hermosa y deslumbradora—, que yo no tengo corazón.

Repuse que me permitía ponerlo en duda e intenté convencerla de que yo sabía que no era así, pues no podía ser que existiera una mujer tan hermosa como ella y sin corazón.

—¡Oh! Naturalmente, tengo un corazón al que se puede clavar un puñal o pegar un tiro —dijo Estella—, y claro está que si cesase de palpar, yo dejaría de existir. Pero usted ya sabe a qué me refiero. Mi corazón carece de ternura, simpatía, sentimientos de cariño...

¿Qué era lo que ella me traía a la memoria mientras estaba allí quieta, mirándome fijamente? ¿Algo, quizá, que había visto en miss Havisham? No. Algunos gestos y

expresiones se parecían a los de esta, como ocurre a menudo con los niños, que se parecen a las personas mayores por haber convivido largo tiempo con ellas y que conservan estas características con los años, aun cuando las facciones sean muy distintas. Y, sin embargo, no podía relacionar aquella impresión con miss Havisham. Volví a mirar fijamente a Estella, y aunque ella seguía contemplándome, aquel efecto había desaparecido.

¿Qué era?

—Hablo en serio —dijo ella sin fruncir el entrecejo, pero con el semblante ensombrecido—. Si nos hemos de ver con frecuencia, será mejor que lo crea usted de inmediato. ¡No! —exclamó imperiosamente cuando advirtió que me disponía a hablar—. Nunca sentí cariño hacia nadie ni supe lo que es la ternura.

Un momento después nos hallábamos en la solitaria y abandonada fábrica de cerveza, y ella me indicó la galería alta de donde la había visto salir el día de mi primera visita. Me dijo que recordaba haber estado allí arriba, desde donde me vio mirar alrededor, asustado. Al seguir con mis ojos el movimiento de su blanca mano, volví a sentir la misma vaga impresión de un parecido que no podía definir con exactitud. Mi sobresalto involuntario hizo que ella me pusiera su mano encima de mi brazo, y el espectro desapareció de inmediato.

¿Qué era?

—¿Qué le ocurre? —preguntó Estella—. ¿Otra vez asustado?

—Tendría que estarlo si creyese lo que usted acaba de decirme —contesté para desviar la conversación.

—Así, pues, ¿no lo cree? Está bien. De todas maneras, yo lo he dicho. Miss Havisham lo espera para que ocupe usted el puesto que tuvo asignado hace tiempo, aunque me parece que podría ya abandonarse junto con otras cosas. Antes de entrar demos otra vuelta por el jardín. Bueno, hoy no lo haré llorar con mi crueldad; será usted mi paje y me ofrecerá su hombro.

Recogió con una mano su elegante vestido y con la otra me tocó ligeramente el hombro mientras andábamos. Damos dos o tres vueltas al jardín, que en aquel momento me pareció deliciosamente florido. Si los hierbajos verdes y amarillentos que crecían en las grietas del viejo muro que lo circundaba hubiesen sido las flores más encantadoras del mundo, no las habría conservado más bellas en mi recuerdo.

Aunque teníamos casi los mismos años, estos contaban más en su caso que en el mío; pero el efecto de inaccesibilidad que producían su hermosura y sus modales refinados me atormentaba a pesar de mi deleite y de la certeza de que nuestra bondadosa protectora había decidido unirnos el uno al otro para siempre.

¡Infeliz de mí!

Finalmente entramos de nuevo en la casa, y allí me enteré con sorpresa de que mi tutor había ido a ver a miss Havisham para tratar de negocios, y regresaría a la hora de comer. Los viejos candelabros de la sala donde se hallaba continuamente puesta la mesa apolillada habían sido encendidos durante nuestra ausencia, y miss Havisham estaba esperándome en su silla.

Cuando comencé a empujar la silla de ruedas en torno a las cenizas del banquete de boda, me pareció retroceder al pasado. Pero en el fúnebre aposento, con aquella figura

sepulcral recostada en la silla mirándola fijamente, Estella aparecía más radiante y encantadora que nunca y yo estaba más embelesado que en ninguna otra ocasión anterior.

El tiempo transcurrió tan deprisa que ya se acercaba la hora de la comida, y Estella se retiró para cambiarse de ropa. Nos habíamos detenido junto al centro de la larga mesa, y miss Havisham, tendiendo uno de sus mustios y debilitados brazos, apoyó el puño sobre el amarillento mantel. Al volver Estella la mirada antes de cruzar el umbral, miss Havisham le mandó un beso con aquella mano, en un ademán que me resultó espantoso.

Después, cuando la joven se hubo marchado y quedamos solos los dos, se volvió hacia mí y susurró:

—¿No es guapa, graciosa y elegante? ¿No la amas?

—¿Quién, al verla, no ha de amarla, miss Havisham?

Rodeó mi cuello con su brazo y me hizo bajar la cabeza hasta ponerla junto a la suya.

—¡Ámala, ámala, ámala! ¿Cómo te trata?

Antes de que pudiese contestar, suponiendo que hubiese logrado encontrar respuesta a una pregunta tan difícil, repitió:

—¡Ámala, ámala, ámala! Si te favorece, ámala. Si te hiere, ámala. Si te desgarras el corazón (y a medida que irá creciendo y se hará fuerte, te lo desgarrará aún más), ¡ámala, ámala, ámala!

Nunca había visto un tesón tan apasionado como aquel con que pronunció estas palabras. Pude sentir los músculos del flaco brazo que rodeaba mi cuello hincharse con la impetuosidad que la dominaba.

—¡Óyeme, Pip! La adopté para que fuese amada. La crié y la eduqué para que fuese amada. La convertí en lo que es para que fuese amada. ¡Ámala!

Repitió la palabra varias veces, como para que no hubiese duda acerca de su sentido, pero si la palabra hubiese significado, en lugar de amor, odio, desesperación, venganza o muerte, no habría podido sonar en sus labios más que como una maldición.

—Te diré —prosiguió con el mismo susurro impetuoso— qué es el verdadero amor. Es devoción ciega, abnegación absoluta, sumisión incondicional, confianza y fe en ti mismo y contra todo el mundo, abandono de tu corazón y tu alma a quien los destroza... ¡como hice yo!

Al llegar a este punto soltó un grito salvaje, y yo la cogí por la cintura, porque se puso de pie, envuelta en el sudario de su vestido, y comenzó a gesticular como si de pronto fuese a golpearse a sí misma contra la pared y a caer muerta.

Todo esto duró unos segundos. Mientras la obligaba a sentarse otra vez, percibí un perfume conocido, y, al volverme, vi a mi tutor en la sala.

Mr. Jagers siempre llevaba (creo que aún no lo había mencionado) un pañuelo de bolsillo de seda de tamaño extraordinario, que le era de gran utilidad en el ejercicio de su profesión. En ocasiones lo vi aterrorizar con él a un cliente o a un testigo, desdoblando aparatosamente aquel trozo de tela como si fuera a sonarse, y deteniéndose luego, como si supiese que no tendría tiempo de hacerlo antes de que dicho cliente o testigo confesaran llanamente, y así conseguía, del modo más natural, que quien estaba ante él confesase. Cuando lo vi en aquella sala, sostenía este expresivo pañuelo con las manos, y estaba contemplándonos. Nuestras miradas se cruzaron y, tras una pausa, dijo con toda claridad:

—¿De veras? ¡Es extraño! —Y luego se llevó el pañuelo a la nariz.

Miss Havisham lo había visto al mismo tiempo que yo, y, como todo el mundo, se asustó. Hizo un gran esfuerzo por serenarse y, tartamudeando, dijo que Mr. Jaggers había sido tan puntual como siempre.

—Puntual como siempre —repitió él, acercándose a nosotros—. ¿Cómo está usted, Pip? ¿Le doy un paseito miss Havisham? ¿Desde cuándo está usted aquí, Pip?

Le dije cuándo había llegado y cómo miss Havisham había deseado que la visitase para que de ese modo viera a Estella.

—¡Ah! ¡Una joven preciosa! —exclamó él. Después empujó la silla de miss Havisham con una de sus manazas, metiéndose la otra en el bolsillo del pantalón, como si el bolsillo estuviese lleno de secretos—. ¡Bien, Pip! ¿Había usted visto a miss Estella con mucha frecuencia antes?

—Muy a menudo.

—¿Cuántas veces? ¿Diez mil?

—No tantas.

—¿Dos?

—Jaggers —lo interrumpió miss Havisham, de lo cual me alegré mucho—, deje tranquilo a Pip y váyase con él a comer.

Mi tutor obedeció y los dos bajamos juntos por la escalera que estaba, como de costumbre, a oscuras.

Mientras nos dirigíamos hacia el edificio aislado del otro lado del patio enladrillado, detrás de la casa, me preguntó cuántas veces había visto comer y beber a miss Havisham, y me ofreció, como siempre, un ancho campo de elección, entre cien veces y una.

Reflexioné por un instante y contesté:

—Nunca.

—Y no lo verá jamás, Pip —dijo con una sonrisa ceñuda—. Desde que lleva esta vida jamás permitió que la viesen hacer ni una ni otra cosa. Por la noche, cuando todos duermen, recorre la casa y come lo que encuentra.

—Perdone, señor —dije—. ¿Me permite una pregunta?

—Usted puede preguntar y yo puedo negarme a responder.

—¿El apellido de Estella es Havisham o...? —No supe cómo completar la frase.

—¿O qué?

—¿Es Havisham?

—Sí.

Llegamos al comedor, donde Estella y Sarah Pocket estaban esperándonos. Mr. Jaggers se sentó a la cabecera de la mesa y Estella frente a él. Yo tomé asiento frente a mi verde y amarillenta amiga. Comimos bien y nos sirvió una criada a quien no había visto en mis anteriores visitas, pero que, sin embargo, podía haber estado siempre en aquella misteriosa casa. Después de la comida, pusieron ante mi tutor una botella de excelente Oporto añejo, y las dos mujeres se marcharon.

Nunca había visto en ninguna otra parte nada comparable a la reserva de Mr. Jaggers bajo aquel techo. Incluso parecía guardarse para sí sus miradas, y apenas fijó sus ojos una sola vez en Estella durante la comida. Cuando ella le hablaba, él escuchaba y respondía

oportunamente, pero no advertí que la mirase. En cambio, ella lo contemplaba con interés y curiosidad, cuando no con desconfianza, pero el semblante de Mr. Jagers no denotaba que este se diera cuenta. Mientras duró la comida se complació malignamente en hacer volver más verde y amarillenta todavía a miss Sarah Pocket refiriéndose repetidamente a su conversación conmigo, y a mis perspectivas, pero en esto tampoco dio señales de tener conciencia de ello, e incluso pareció extraer estas referencias (y en realidad las extrajo, aunque ignoro cómo) de mi inocente persona.

Cuando quedamos a solas, guardó silencio porque sabía que yo no soportaba su conversación. Interrogaba hasta a su copa, cuando no tenía otra cosa a mano. La contemplaba a trasluz, probaba el Oporto, lo paladeaba, lo engullía, volvía a llenar la copa y a interrogarla, hasta que yo me ponía tan nervioso como si hubiese sabido que el vino estaba hablando mal de mí. Tres o cuatro veces estuve a punto de abordar algún tema, pero cada vez que él comprendía que yo me disponía a preguntarle algo, me miraba y bebía un sorbo de vino, como si de ese modo pretendiera hacerme comprender que era inútil dirigirle la palabra, porque él no podía contestar.

Supongo que miss Pocket se daba cuenta de que mi sola presencia la exasperaba hasta tal punto que corría el riesgo de volverse loca o, por lo menos, de quitarse con furia la cofia (que era, por cierto, horrible, una especie de estropajo de muselina) y esparcir por el suelo su cabello, que indudablemente nunca había pertenecido a su cabeza. No se presentó cuando más tarde subimos a la habitación de miss Havisham y los cuatro nos pusimos a jugar el *whist*. En el intervalo, miss Havisham, impulsada por su fantasía, había adornado el peinado, los brazos y el pecho de Estella con algunas de sus más preciosas joyas. Advertí que incluso mi tutor estaba contemplando a la muchacha por debajo de las tupidas cejas, que enarcó un poco al ver aquella belleza realzada por vivísimos destellos de luz y color.

De cómo se las compuso para ganarnos con naipes que no eran de triunfo, y ante los cuales la gloria de nuestros reyes o reinas se veía absolutamente confundida, es cosa de la que me resisto a hablar, como tampoco quiero referirme a la impresión que tenía yo de que nos considerara tres pobres enigmas transparentes que desde hacía tiempo tenía descifrados. Lo que me hacía sufrir era la incompatibilidad entre su fría presencia y mis sentimientos de afecto para con Estella. No me torturaba saber que nunca podría soportar que le hablase de ella, o ver que hacía crujir las botas para que la joven lo oyese, o porque se lavaba las manos por ella, sino el hecho de que mi admiración tuviera que manifestarse a dos pasos de donde él estaba, o que mis sentimientos tuviesen que compartir su compañía.

Jugamos hasta las nueve, y entonces quedó convenido que cuando Estella fuese a Londres se me avisaría el día de su llegada para que fuera a recibirla a la estación de la diligencia. Luego me despedí de ella, le tendí la mano y me marché.

Mi tutor se hospedaba en El Jabalí Azul, en una habitación contigua a la mía. Hasta muy avanzada la noche, me pareció que resonaban en mis oídos las palabras de miss Havisham: «¡Ámala, ámala, ámala!». Las adapté, pues a mis sentimientos, y al apoyar la cabeza en la almohada, me dije: «¡La amo, la amo, la amo!» más de cien veces, después de lo cual me sentí agradecido para conmigo mismo al pensar que ella estaba destinada a mí, el herrero, el aprendiz de herrero. Luego pensé que, si como yo temía, Estella no se sentía agradecida

por aquel destino, ¿cuándo iba a empezar a interesarse por mí? ¿Cuándo conseguiría yo despertar su corazón dormido?

¡Pobre de mí! Me figuré que aquellas eran grandes y muy elevadas emociones, pero nunca pensé que hubiese ruindad e ingratitud en el hecho de haberme alejado de Joe a consecuencia del desprecio que Estella sin duda sentiría hacia él. Solo había transcurrido un día desde que Joe hizo asomar las lágrimas a mis ojos, lágrimas que se secaron pronto. ¡Dios me perdone! ¡Muy pronto!

XXX

Después de reflexionar acerca de ello al levantarme por la mañana, mientras estaba vistiéndome, decidí expresar a mi tutor mis dudas respecto de Orlick, a quien yo consideraba muy poco apropiado para ocupar un puesto de confianza en casa de miss Havisham.

—Claro que no lo es, Mr. Pip —repuso mi tutor—, porque el hombre que ocupa un puesto de confianza nunca resulta el apropiado.

Pareció alegrarse de ver que aquel empleo particular no era ocupado por la persona adecuada para él, y escuchó con satisfacción todo cuanto yo le refería sobre Orlick.

—Está bien, Pip —dijo cuando yo hube expuesto mis objeciones—, voy a despedirlo de inmediato.

Algo sobresaltado por tan brusca resolución, le indiqué que, a mi parecer, convendría aplazar un poco el despido, y llegué incluso a insinuar que quizá Orlick se negara a acatar tal decisión.

—Eso sí que no —replicó Mr. Jaggers, doblando su pañuelo con gesto de perfecta confianza—; me gustaría verlo discutir conmigo sobre este particular.

Como teníamos que regresar a la capital en la diligencia del mediodía y yo temía que apareciese Pumblechook (tanto era el miedo que tenía que apenas podía sostener mi taza) dije que deseaba andar un poco, y tras informar que me iría por la carretera de Londres pedí a Mr. Jaggers que tuviera la amabilidad de indicar al cochero que yo tomaría la diligencia allí donde esta me alcanzase. Con esta excusa logré escapar de El Jabalí Azul inmediatamente después de mi desayuno. Dando entonces un rodeo de un par de kilómetros a campo traviesa para evitar pasar cerca de la casa de Mr. Pumblechook, volví a entrar en la calle principal un poco más abajo de aquel lugar peligroso, y me sentí relativamente tranquilo.

Era interesante hallarse de nuevo en la vieja y tranquila población, y resultaba agradable ver que todos lo contemplaban a uno con asombro. Dos o tres comerciantes incluso salieron precipitadamente de sus respectivas tiendas y se pusieron a andar calle abajo delante de mí para poder volverse, como si hubiesen olvidado algo, y mirarme a la cara —en cuyo caso no sé quién fingía peor, si ellos al aparentar no hacerlo o yo al hacerme el distraído—. A pesar de todo, mi posición era distinguida, y no estaba descontento de ella, hasta que el destino quiso que topara con aquel redomado bribón, el aprendiz de Trabb.

En un momento dado miré calle abajo y lo vi acercarse. Considerando que mostrarme indiferente, como si no lo conociese, sería lo más adecuado a mi dignidad y probablemente

bastaría para calmar sus malos instinto, avancé con la expresión adecuada en el rostro y me felicitaba ya por mi éxito cuando repentinamente al aprendiz de Trabb empezaron a temblarle las rodillas, se le erizó el cabello, se le cayó la gorra, se dirigió con paso vacilante al centro de la calle y gritando a la gente —«¡Sostenedme! ¡Me da miedo!»—, simuló ser presa del pánico que provocaba en él mi actitud digna. Al pasar yo por su lado le castañetearon los dientes, y se hincó de rodillas humillándose ante mí.

Aquello fue duro de soportar, pero no tuvo consecuencias. Apenas había recorrido otros doscientos metros cuando, con terror, perplejidad e indignación, vi acercarse de nuevo al aprendiz de Trabb. Doblabla la esquina de una callejuela. Llevaba la bolsa echada sobre el hombro, brillaba en sus ojos una honrada laboriosidad, y en su actitud se adivinaba la resolución de dirigirse a casa de Trabb rápida y alegremente. Al advertir mi presencia se sobresaltó y le dio un ataque tan fuerte como el anterior; pero esta vez su movimiento fue circular, pues comenzó a dar vueltas alrededor de mí, con las rodillas temblorosas y las manos en alto como pidiendo misericordia. La gente que por allí pasaba se burlaba de él, y yo me sentí en extremo turbado.

Aún no había llegado a la oficina de Correos cuando volví a ver al aprendiz de Trabb, que doblaba rápidamente otra esquina. Esta vez estaba completamente cambiado. Llevaba puesta la chaqueta imitando mi abrigo, y venía pavoneándose por la otra acera en dirección contraria a la mía, seguido por un numeroso grupo de camaradas a quienes no paraba de repetir:

—¡No lo conozco!

No hay palabras para expresar el modo en que el aprendiz de Trabb se burló de mí cuando, al pasar por mi lado, se estiró el cuello de la camisa, puso los brazos en jarras y empezó a hacer los más extravagantes movimientos, retorciendo los codos e inclinando el cuerpo, mientras iba repitiendo muy quedo a quienes lo seguían:

—¡No lo conozco! ¡No lo conozco! ¡Palabra de honor!

La afrenta que constituía el que inmediatamente después se pusiera a cacarear como una gallina siguiendo mis pasos por el puente no hizo sino aumentar la ignominia con que salí de la ciudad y fui arrojado (valga la expresión) al campo desierto.

Pero a menos que hubiera dado muerte al aprendiz de Trabb, no veo en realidad qué podía haber hecho para evitar sus malintencionadas impertinencias, que no tuve más remedio que soportar. Pelearme con él en plena calle hubiera sido tan inútil como denigrante. Por otra parte, se trataba de un chico a quien nadie podía hacer daño, pues parecía un reptil escurridizo e invulnerable que se escapaba por entre las piernas del que pretendía sujetarlo, y al huir hacía muecas de mofa. A pesar de todo, escribí a Mr. Trabb a fin de manifestarle que Mr. Pip se veía obligado a interrumpir todo trato con un señor que, olvidando el debido decoro público, tenía en calidad de empleado a un muchacho que causaba repugnancia a toda persona decente.

La diligencia, en la cual venía Mr. Jaggery, me alcanzó y ocupé de nuevo mi asiento en la parte delantera hasta llegar a Londres salvo, pero no sano, porque el corazón me fallaba. Me apresuré a remitir a Joe un bacalao y un barril de ostras, en concepto de compensación por no haber ido a su casa, y luego me dirigí a la posada de Bernard.

En ella encontré a Herbert dando cuenta de una comida fría. Se alegró mucho de mi regreso. Después de enviar a la taberna al criado en busca de más comida, sentí deseos de conversar a solas con mi compañero aquella misma noche y contarle todo lo que me había ocurrido. Como no era posible ninguna clase de confidencia porque el criado estaba en el recibidor, que podía ser considerado algo así como la antecámara del agujero de la cerradura, lo mandé al teatro. Era tan importuno que con frecuencia, para librarme de él, lo enviaba a la esquina de Hyde Park a ver qué hora era.

Cuando hubimos comido, y mientras estábamos sentados frente al fuego, dije a Herbert:

—Querido Herbert, he de contarte algo pero ha de quedar entre nosotros.

—Querido Handel —repuso él—, agradezco esta prueba de confianza.

—Se trata de mí mismo —expliqué—, y de otra persona.

Herbert cruzó los pies, inclinó la cabeza, miró fijamente el fuego y al cabo de un rato se volvió hacia mí y me preguntó por qué no proseguía.

—Herbert —dije al tiempo que le ponía una mano sobre la rodilla—, estoy enamorado de Estella; la amo apasionadamente.

En lugar de extrañarse, contestó como si se tratase de la cosa más natural del mundo:

—Perfectamente. ¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Quiero decir ¿y qué más? —repuso Herbert—. Lo que me anuncias no es nada nuevo para mí. Ya lo sabía.

—¿Cómo te enteraste?

—Pues por ti mismo.

—Yo nunca te hablé de ello.

—¿Cómo que no! Jamás me dices, por ejemplo, que te haces cortar el pelo, pero tengo ojos para verlo. Has estado amándola desde que te conozco. Trajiste aquí tu amor en tu maleta. ¡Que nunca me hablaste de ello! ¡Si no hacías otra cosa durante todo el día! Cuando me contaste tu historia me diste a entender que ya la adorabas, a pesar de que entonces no eras más que un niño.

—Está bien —contesté. Aquello era nuevo para mí pero no me desagradaba—. Siempre la he amado. Y ella ha vuelto ahora convertida en una joven muchacha hermosísima y elegante. Ayer la vi, y te aseguro que si antes la amaba, ahora la adoro mucho más todavía.

—En ese caso es una verdadera suerte para ti, Handel —dijo Herbert—, que hayas sido escogido para ser su esposo. ¿Y sabes qué piensa Estella respecto a tu amor por ella?

Sacudí la cabeza con expresión de tristeza y exclamé:

—¡Oh, está muy lejos de mí!

—Paciencia, querido Handel; aún queda tiempo... ¿No tienes nada más que decir?

—Me avergüenza declararlo —contesté—, y sin embargo, no es peor decirlo que pensarlo. Tú me consideras un chico afortunado, y, en efecto, lo soy. Ayer, puede decirse que no era más que un aprendiz de herrero, en cambio hoy... ¿qué diré que soy?

—Di, sencillamente, que eres un buen chico —respondió Herbert con una sonrisa, dándome unos golpecitos cariñosos en la espalda—. Un muchacho excelente con un temperamento formado por una mezcla de impulso irresistible y a la vez de vacilación, osadía, timidez, acción e idealismo.

Reflexioné por un instante acerca de si verdaderamente mi carácter era el producto de semejante mezcolanza. En conjunto no acertaba a reconocirme en aquel curioso análisis, pero creí que valía la pena discutirlo:

—Cuando pregunto qué soy actualmente —proseguí—, me refiero a lo que tengo en el pensamiento. Tú afirmas que soy afortunado. Yo sé que no he hecho nada para elevarme y que la fortuna por sí sola me ha hecho ascender a una esfera más alta. Sin embargo, cuando pienso en Estella...

—¿Acaso hay algún momento en que no piensas en ella? —preguntó Herbert mirando fijamente el fuego, lo cual me hizo pensar en su bondad y simpatía.

—En ese caso, querido Herbert, no puedo decirte hasta qué punto me siento inseguro, expuesto constantemente a cien contingencias distintas. Sin embargo, te aseguro que todas mis esperanzas se fundan en una persona (y no diré en quién). Y en el más favorable de los casos ¡qué dudoso y poco satisfactorio resulta no saber más claramente en qué consisten!

Al pronunciar estas palabras descargaba mi alma del peso que siempre, más o menos, la había agobiado, pero, sobre todo, desde el día anterior.

—¡Caramba, Handel! —exclamó Herbert con su peculiar tono alegre y optimista—, me parece que la melancolía de un profundo cariño nos hace ver el pelo del caballo regalado a través de un cristal de aumento. Y creo que al hacerlo olvidamos una de las mejores cualidades del animal. ¿No me has dicho que tu tutor, Mr. Jagers, te manifestó ya desde el principio que tu situación no se basaba únicamente en esperanzas? Y aunque te hubiese dicho lo contrario, ¿puedes creer que Mr. Jagers sería capaz de mantener relaciones contigo si no estuviese seguro del terreno que pisa?

Contesté confesando que aquel era un argumento convincente.

—Claro que lo es —repuso Herbert—, y supongo que te sería difícil encontrar otro de más peso. De todos modos, tendrás que esperar el momento que haya elegido tu tutor. Cumplirás los veintiún años antes de que te des cuenta y tal vez entonces te dé más detalles. Aun así, cada vez estarás más cerca de la hora en que habrá de ponerte al corriente de todo.

—¡Qué optimista eres! —dije yo, agradeciendo profundamente su temperamento animoso y alentador.

—He de serlo —contestó—, porque poco más tengo aparte de eso. Confieso, no obstante, que el sentido común que revelan las palabras que acabo de pronunciar no se debe a mí sino a mi padre. La única observación que le oí hacer respecto a tu historia fue esta, que es definitiva: «No cabe duda de que ya es cosa hecha, pues de lo contrario Jagers no intervendría en el asunto». Y ahora, antes de agregar nada respecto a mi padre o al hijo de mi padre, y de devolver confidencia por confidencia, quiero, por un instante, ser para ti verdaderamente desagradable; más que desagradable, repulsivo.

—No lo conseguirás.

—¡Vaya si lo conseguiré! —repuso Herbert—. ¡A la una, a las dos, a las tres...! ¡Allá va! Querido Handel. —Aunque se expresaba con este tono superficial y algo jocoso, hablaba muy en serio—. Desde que nos hemos puesto a charlar aquí junto al fuego, estoy pensando que indudablemente Estella no es una condición de tu herencia, puesto que tu tutor nunca la ha mencionado como tal. Por lo que tú me has dicho veo que Jagers jamás aludió a ella

ni directa ni indirectamente. ¿Has pensado, por ejemplo, en que tu protector puede tener sus intenciones particulares en lo que a tu posible matrimonio se refiere?

—Nunca.

—Ahora, Handel, y conste que no siento el «sabor agrio de la uva verde», voy a decirte que, puesto que no tienes con esa muchacha la menor obligación, ¿no podrías desinteresarte de ella? Ya te he dicho que lo que iba a exponerte sería desagradable.

Volví a un lado la cabeza porque, con la impetuosidad del viento que sopla desde el mar, sentí que inundaba mi corazón un sentimiento parecido al que me había anonadado aquella mañana en que abandoné la herrería, mientras la niebla se levantaba imponente, cuando yo apoyaba una mano en el poste que indicaba el límite del pueblo. Por un momento se produjo un silencio absoluto entre nosotros.

Luego, Herbert prosiguió:

—Sí, querido Handel, pero el hecho de que este amor haya arraigado tan profundamente en el corazón de un muchacho a quien la naturaleza y las circunstancias han hecho tan romántico, es un caso muy serio. Fíjate en la educación que recibió Estella y piensa en miss Havisham. No olvides lo que ahora es ella (en este momento sí que soy repulsivo, y estoy seguro de que me aborreces). Estas circunstancias pueden conducirte a una situación muy triste.

—Ya lo sé, Herbert —contesté sin mirarlo—, pero no puedo remediarlo.

—¿Te es imposible olvidarla?

—¡Sí, completamente imposible!

—Está bien —repuso Herbert, levantándose bruscamente, como si despertase de un sueño, y poniéndose a atizar el fuego, exclamó—: ¡Ahora volveré a ser agradable contigo!

Dio una vuelta por la habitación, sacudió las cortinas, puso las sillas en su lugar, colocó en orden los libros y las diversas cosas que había allí dispersas, salió al recibidor, miró dentro del buzón, volvió a entrar en la estancia, cerró la puerta, tomó de nuevo asiento en su silla junto al fuego y se abrazó la pierna izquierda con los brazos.

Tras reflexionar por unos segundos, prosiguió:

—Voy a decirte dos palabras, Handel, respecto a mi padre y al hijo del mismo. Temo que este no necesite indicar que la casa de su progenitor no está muy bien administrada.

—Siempre hay abundancia de todo, Herbert —contesté para decir algo alentador.

—¡Oh, sí!, y me parece que lo mismo deben de decir el basurero y los empleados de la tienda de la esquina. Hablando seriamente, Handel, porque el asunto es muy delicado y sabes tan bien como yo lo que sucede en este caso. Supongo que hubo una época en que mi padre se preocupaba por todo, pero ese tiempo en que no descuidaba nada, si existió, ha pasado hace mucho. Permíteme preguntarte si alguna vez has observado en tu tierra que los hijos de matrimonios no muy dichosos siempre son los que tienen más ganas de casarse.

Era esa una pregunta tan asombrosa que contesté con otra:

—¿Es cierto lo que dices?

—Lo ignoro —respondió Herbert—, y es precisamente lo que deseaba saber. Porque este es, indiscutiblemente, nuestro caso. Mi pobre hermana Charlotte, que vino al mundo después de mí y falleció a los catorce años, fue un ejemplo notable de lo que estoy diciendo.

La pequeña Jane es otro ejemplo, pues desea fervientemente casarse; ha pasado su corta existencia deleitándose con la contemplación de la felicidad doméstica. El pequeño Alick, que todavía va con delantal, ya ha entrado en tratos con una pequeña persona de Kew, adecuada a su edad. Y, en efecto, creo que todos estamos ya comprometidos, excepto el bebé.

—¿Así, pues, tú también lo estás? —pregunté.

—Sí, pero mi amor es un secreto —repuso Herbert.

Le di mi palabra de que no lo revelaría a nadie y le rogué que me diera más detalles. Se había expresado tan juiciosamente y había dado tantas muestras de comprender mi debilidad, que deseaba enterarme de algo relativo a su entereza.

—¿Puedo preguntar cómo se llama?

—Clara —contestó Herbert.

—¿Vive en Londres?

—Sí. Y quizá convenga hacer constar —dijo Herbert con aire desalentado— que no sustenta las vanas ideas de mi madre en materia de abolengo. Su padre era proveedor de los buques de pasajeros.

—Y actualmente ¿qué es? —pregunté.

—Un inválido —respondió Herbert.

—¿Vive...?

—En el primer piso —repuso Herbert. Aquello no era precisamente lo que yo deseaba saber, pues me refería a los medios económicos—. Nunca lo he visto, porque desde que conozco a Clara no ha salido ni una sola vez de su habitación. Sin embargo, he estado oyéndolo continuamente, porque arma unas bataholas terribles, con alaridos y fuertes golpes en el suelo que debe de dar con alguna herramienta contundente. —Herbert me miró, se echó a reír y recobró su buen humor habitual.

—No esperas verlo —dije.

—Sí, siempre confío en verlo de un momento a otro, pero nunca lo oigo sin temor de que caiga encima de nosotros por un boquete que más tarde o más temprano abrirá en el techo. Ignoro cuánto tiempo resistirán las vigas. —Volvió a echarse a reír, pero de inmediato se puso nuevamente triste, y me manifestó que tan pronto como comenzara a tener algún dinero se casaría con la joven en cuestión. Y agregó como proposición axiomática, madre del desaliento—: Porque uno no puede contraer matrimonio mientras se lo piensa.

Estábamos contemplando el fuego y yo pensaba lo difícil que resulta a veces realizar ese sueño de fortuna. Así cavilando, me metí las manos en los bolsillos y encontré en uno de ellos un papel que me llamó la atención. Lo desdoblé y resultó ser el anuncio que había recibido Joe, relativo al famoso actor provinciano aficionado.

—¡Válgame Dios! —exclamé—. ¡Es para esta noche!

Esto desvió al instante nuestra conversación y nos indujo a ir al teatro. Por lo tanto, después de haber prometido a mi amigo consolarlo y apoyarlo en aquella empresa amorosa, y después de que él me hubo manifestado que su prometida me conocía de nombre y que iba a presentármela, y una vez selladas nuestras mutuas confidencias con un cordial apretón de manos, apagamos las velas, cubrimos con ceniza el fuego de la chimenea,

cerramos la puerta y nos fuimos en busca de Mr. Wopsle y el príncipe Hamlet de Dinamarca.

XXXI

Al llegar a Dinamarca encontramos a los soberanos de aquel país sentados en cómodos sillones colocados encima de una mesa de cocina, presidiendo su corte. Los acompañaba toda la nobleza danesa, formada por un muchacho que calzaba unas botas que debieron de pertenecer a un gigantesco antepasado, un venerable par del reino de rostro poco aseado que parecía haber ascendido recientemente de la condición humilde a la hidalguía danesa, con un peine en el cabello y medias blancas de seda, todo lo cual le daba un aspecto sumamente afeminado.

Mi sesudo conciudadano permanecía aislado y taciturno, con los brazos cruzados, y yo habría preferido que sus rizos y su frente hubiesen sido más verosímiles.

A medida que iba desarrollándose la escena se advirtieron diversos y muy curiosos detalles. El difunto monarca de aquel país no solo parecía haber estado sufriendo un catarro en el momento de su muerte, sino habérselo llevado a la tumba y haberlo arrastrado consigo al mundo de los vivos. El regio fantasma llevaba también un extraño manuscrito enrollado en torno a su cetro, el cual consultaba de vez en cuando, y ello con aire de ansiedad y una tendencia a olvidar el parlamento más bien propios de la vida mortal.

Supongo que fue eso lo que provocó que algunos espectadores aconsejaran al espectro que «volviese la hoja», recomendación que este no recibió con mucha satisfacción. Otra cosa que me llamó la atención en aquel espíritu mayestático era que a pesar de que su aspecto era el de alguien que ha estado mucho tiempo ausente y ha recorrido una distancia larguísima, salía manifiestamente de una pared inmediata. Esto dio lugar a que el terror que pretendía inspirar fuese acogido en broma. La reina de Dinamarca, una dama muy rechoncha, aunque según la historia fuese una mujer de bronce, produjo en el público la impresión de estar demasiado cargada de ese metal, pues llevaba la diadema sujeta a la barbilla mediante una ancha banda de hojalata (como si tuviese dolor de muelas), y de la misma materia eran las que ceñían su vasta cintura y cada una de las que rodeaban sus brazos, de modo que todos la llamaban «el timbal».

El noble muchacho de las botas ancestrales resultaba por demás anómalo, pues se presentaba casi al mismo tiempo como un marino experto, un cómico ambulante, un sepulturero, un clérigo y una persona de la mayor importancia en materia de esgrima cortesana, cuya mirada inteligente y su imparcial discernimiento decidían cuáles iba a ser los golpes más acertados. Esto dio lugar a que, poco a poco, se impacientaran con él, e incluso a que —al descubrirlo en posesión de órdenes sagradas, y negándose a llevar a cabo

el servicio fúnebre—, la indignación general tomase la forma de una lluvia de nueces. Finalmente, Ofelia era presa de una locura musical tan lenta que, cuando con el tiempo llegó a quitarse su chal de muselina, a doblarlo y a ocultarlo, un espectador hosco que había estado enfriando su impaciente nariz contra una barra de hierro en la primera fila del gallinero, gruñó: «Ya está el niño en la cama. ¡Vámonos a cenar!», lo cual, por no decir otra cosa, fue una incongruencia.

El cúmulo de todos estos incidentes produjo en mi desventurado conciudadano un efecto bullicioso. Cada vez que aquel indeciso príncipe tenía que hacer una pregunta o expresaba una duda, el público procuraba ayudarlo ofreciéndole respuestas. Por ejemplo, cuando preguntó si no había más nobleza de ánimo en el sufrimiento, alguien gritó «sí», otros chillaron «no» y hubo quienes, inclinados a ambas opiniones, dijeron «échalo a cara o cruz», lo cual promovió una verdadera polémica. Cuando preguntó por qué individuos como él tenían que arrastrarse entre el cielo y la tierra, lo alentaron con grandes gritos de «¡oigan, oigan!». Cuando apareció con una media mal puesta (desorden expresado, conforme al uso, por un pliegue muy bien logrado en la parte posterior, y que siempre me ha parecido hecho con plancha), se entabló en el gallinero una discusión acerca de la palidez de la pierna y de si ello se debía al susto que le había dado el fantasma. Al tomar el rollo de notas —muy parecido a una flauta negra que acabaran de entregarle en la puerta—, le gritaron al unísono que tocase el *Rule Britannia*. Cuando recomendó al músico que no destrozase la canción de aquella manera, el hombre hosco exclamó: «Y tú tampoco; ¡eres mucho peor que él!». Y siento tener que decir que en cada una de estas ocasiones Mr. Wopsle era saludado con estruendosas carcajadas. Pero la prueba más dura para él fue en el cementerio, que parecía una selva virgen con una especie de lavadero a un lado y una barrera al otro. Al ver entrar por la barrera a Mr. Wopsle envuelto en una amplia capa negra, el sepulturero le advirtió amistosamente: «¡Cuidado! ¡Ahí viene el empresario de pompas fúnebres a vigilar tu trabajo!».

Supongo que nadie ignora que en un país constitucional Mr. Wopsle no podía en modo alguno haber devuelto la calavera, después de moralizar acerca de ella, sin limpiarse los dedos en una blanca servilleta que se sacó del pecho, pero ni siquiera esta inocente e indispensable acción pudo pasar sin el calificativo de «¡camarero!» a manera de comentario. La llegada del cadáver para su entierro, en un ataúd que más bien era una simple caja negra con la tapadera a medio caer, fue la señal para un regocijo general que aumentó al ser descubierto entre los portadores un individuo conocido del público. El regocijo acompañó Mr. Wopsle durante su lucha con Laertes, en el borde del escenario y de la tumba, y no cejó en su empeño hasta que hubo arrojado al rey de su mesa-cocina y quedó muerto, centímetro a centímetro, empezando por los tobillos y acabando por la cabeza.

Mi amigo y yo hicimos unos débiles intentos por aplaudir la actuación de Mr. Wopsle, pero desistimos casi de inmediato. Guardamos, pues, silencio, profundamente emocionados por lo que ocurría, pero riéndonos a mandíbula batiente. Aunque todo resultaba francamente cómico, yo tenía la vaga impresión de que había algo positivamente bello en la alocución de Mr. Wopsle y no precisamente a consecuencia de antiguos recuerdos, supongo, sino porque era muy lenta, muy lúgubre, muy llena de subidas y bajadas de tono y muy distinta en todos sentidos del modo en que cualquier hombre se expresaría en

cualquier circunstancia y cualquiera fuese el asunto. Al terminar la tragedia y después de que lo hubieron llamado a la escena para tributarle una cerrada ovación, dije a Herbert:

—Vámonos enseguida, o de lo contrario nos exponemos a topar con él.

Bajamos por la escalera a toda prisa, pero no fuimos lo bastante rápidos. En la puerta aguardaba un hombre con cara de judío y unas cejas monstruosamente negras, que nos clavó la mirada al vernos venir y, cuando nos tuvo a su lado, preguntó:

—Mr. Pip y su amigo, ¿verdad?

Tuvimos que confesar que se trataba de nosotros.

—Mr. Waldengarver —dijo el hombre—, quisiera tener el honor...

—¿Waldengarver? —repetí; pero Herbert me susurró al oído:

—Probablemente, se trate de Wopsle.

—¡Oh! —exclamé—. Sí. ¿Tenemos que ir con usted?

—Unos pasos, hagan el favor. —Cuando estuvimos en un corredor lateral, se volvió y nos preguntó—: ¿Qué les ha parecido su aspecto? Lo he vestido yo.

Yo no sabía qué decir de su aspecto, salvo que me parecía muy fúnebre y que la adición de un gran sol o estrella danesa colgada a su cuello por una cinta azul le daba la apariencia de estar asegurado en alguna singular compañía contra incendios. Pero respondí que me había parecido muy bien.

—En la escena de la sepultura lució su capa magníficamente. Pero, juzgando desde bastidores, me pareció que cuando vio el espectro en la habitación de la reina, podía haber sacado mejor partido de sus medias.

Asentí modestamente, y los tres entramos por una puertecita muy sucia en una especie de caja de embalaje que había detrás. Allí estaba Mr. Wopsle despojándose de sus atavíos daneses, en un espacio tan reducido que solo manteniendo abierta la puerta o tapa de la caja conseguíamos mirarlo, uno por encima del hombro del otro.

—Caballeros —dijo Mr. Wopsle—. Estoy orgulloso de verlos. Espero, Mr. Pip, que me perdone usted por haberle hecho llamar. Tuve la dicha de conocerlo en otros tiempos, y el drama siempre ha tenido privilegios que son reconocidos incluso por la gente más noble y acaudalada.

Mientras tanto, Mr. Waldengarver, sudando terriblemente, hacía esfuerzos denodados para desprenderse de su principesca ropa de luto.

—Quítese las medias con cuidado, Mr. Waldengarver —dijo su propietario—, o va a destrozarlas, y con ellas destrozaré también treinta y cinco chelines. Nunca se obsequió a Shakespeare con un par como este. Estése quieto en su silla y déjeme hacer a mí.

Dicho esto, se arrodilló y se puso a despellejar a su víctima, quien, al salir la primera media, habría caído de espaldas incluso con silla y todo si hubiese habido espacio suficiente para que alguien pudiera caer.

Hasta entonces yo no me había atrevido a hablar de la representación. Pero en aquel momento Mr. Waldengarver nos contempló satisfecho y dijo:

—Caballeros, ¿qué les ha parecido la representación?

Herbert exclamó detrás de mí (dándome al mismo tiempo en el codo):

—¡Magnífico!

Yo repetí:

—¡Magnífico!

—¿Qué les pareció mi interpretación del personaje? —preguntó Mr. Waldengarver con un tono poco menos que protector.

Herbert contestó por encima de mi hombro y volviendo a darme con el codo:

—Sólida y precisa.

—Eso es —dije, y descaradamente, como si me hubiese ocurrido a mí y debiera insistir sobre el particular, añadí—: Sólida y precisa.

—Me alegro de merecer su aprobación, caballeros —dijo Mr. Waldengarver con aire de dignidad, a pesar de estar todo el rato apoyado contra la pared y agarrado al asiento de la silla.

—Pero le diré una cosa, Mr. Waldengarver —intervino el hombre arrodillado—, relativa a algo que desmerece su trabajo. ¡Óigalo bien! Poco me importa que haya alguien que no sea de mi parecer; se lo diré igual. Su interpretación de Hamlet desmerece cuando deja usted sus piernas de perfil. El último Hamlet que vestí cometía la misma equivocación en el ensayo, hasta que lo convencí de ponerse una gran oblea encarnada en cada espinilla, y entonces en el ensayo (que fue el último) me ubiqué frente al escenario, en el fondo del patio, y cada vez que él se ponía de perfil, yo le gritaba: «¡No veo las obleas!», y por la noche su representación fue maravillosa.

Mr. Waldengarver me miró y sonrió, como diciendo: «Es un fiel servidor, no hago caso de sus tonterías», y después dijo en voz alta:

—Mi concepto es un poco clásico y demasiado profundo para esta gente; pero ya se irán educando.

—No hay duda de que se irán educando —exclamamos a coro Herbert y yo.

—¿No se han fijado ustedes, caballeros —prosiguió Waldengarver—, que en el gallinero había un individuo que pretendía burlarse de la representación?

Respondimos servilmente que, en efecto, nos parecía haber observado un hombre en actitud de burla.

—Seguramente —añadí— debía de estar borracho.

—Oh, no, querido señor —dijo Mr. Wopsle—. No estaba borracho. Ya cuidaría de evitarlo quien le paga. No le permitiría emborracharse.

—¿Conoce usted a quien le paga? —pregunté yo.

Wopsle cerró los ojos y volvió a abrirlos muy lenta y aparatosamente.

—Deben de haber observado ustedes —dijo— un asno ignorante y vocinglero, con voz de carraca y expresión de ruindad, que tenía a su cargo (no quiero decir que lo representase) el *rôle* (si se me permite emplear una expresión francesa) de Claudio, rey de Dinamarca. Este es quien paga, señores. ¡Así está la profesión!

Sin saber claramente si habría sentido más pena por Mr. Wopsle en el caso de verlo desesperado que la que sentía ahora, aproveché una ocasión en que se volvió de espaldas para que le pusieran los tirantes —lo cual nos obligó a salir de la caja— para preguntar a Herbert si le parecía bien que lo invitásemos a cenar. Mi amigo contestó afirmativamente, de modo que invité a Mr. Wopsle, quien vino a la posada de Bernard con nosotros, embozado hasta los ojos. Hicimos en su honor todo lo que pudimos, y él se quedó hasta las doce de la noche, pasando revista a sus éxitos y trazando sus planes. He olvidado cuáles

eran estos en detalle, pero recuerdo que en resumen empezaría por resucitar el Drama y acabaría aplastándolo, por cuanto a su muerte lo dejaría completamente huérfano y sin esperanza.

Después de todo aquello, me fui a acostar tristemente, y con igual tristeza soñé que mis grandes esperanzas se habían disipado y que tenía que casarme con la Clara de Herbert, o representar el papel de Hamlet con el espectro de miss Havisham, ante veinte mil personas, sin saber veinte palabras de la obra.

XXXII

Un día, mientras me hallaba ocupado con mis libros y con Mr. Pocket, recibí por correo una carta, cuyo mero aspecto me sobresaltó, porque, aunque nunca había visto la letra con que estaba escrita adiviné de quién era. No llevaba ninguna de las expresiones de rigor, como «Querido Mr. Pip», o «Querido Pip», o «Querido señor», o «Querido nada», sino que decía así:

Parto hacia Londres pasado mañana en la diligencia del mediodía. Creo que quedó convenido que iría usted a esperarme. Por lo menos miss Havisham lo cree así, y yo escribo por esta razón. Ella le manda sus saludos.

Su afectísima,

ESTELLA.

De haber habido tiempo suficiente, me habría hecho confeccionar varios trajes para la ocasión, pero como no fue así tuve que contentarme con los que tenía. Perdí instantáneamente el apetito, y no estuve tranquilo hasta que llegó el día. No es que su llegada me trajese lo uno o lo otro, porque entonces estuve peor que nunca y empecé a rondar por la estación de las diligencias de Woodstreet en Cheapside antes de que el carruaje hubiese salido de El Jabalí Azul. A pesar de saber esto perfectamente, no podía sentirme tranquilo si perdía de vista el despacho por más de cinco minutos, y en esta situación de desconcierto había pasado la primera media hora de las cuatro que tenía que aguardar cuando encontré a Mr. Wemmick.

—Hola, Mr. Pip —dijo—. ¿Cómo está usted? Nunca hubiera imaginado que lo vería por aquí.

Le expliqué que estaba esperando a alguien que tenía que llegar en la diligencia, y le pregunté por el castillo y el anciano.

—Los dos están muy bien, gracias —respondió Wemmick—, sobre todo el anciano. Pronto cumplirá ochenta y dos años. Me gustaría disparar ochenta y dos cañonazos si no supiese que el vecindario pondría el grito en el cielo y el cañón no lo resistiría. Pero esta no es conversación propia de Londres. ¿Adónde cree usted que voy?

—¿A la oficina? —aventuré, porque parecía ir en esa dirección.

—Cerca de allí —respondió Wemmick—. Voy a Newgate. Tenemos un caso de robo a unos banqueros y he de echar un vistazo al lugar del suceso. Ahora tengo que hacer algunas preguntas a nuestro cliente.

—¿Es su cliente el que cometió el robo? —pregunté.

—No, ¡por Dios! —repuso Wemmick con tono categórico—. Pero se lo acusa del hecho. Lo mismo podría ocurrirnos a usted o a mí. Cualquiera de los dos podríamos ser acusados de ello.

—Solo que ninguno de los dos lo es —observé.

—¡Ya! —dijo Wemmick, tocándome el pecho con el índice—. ¡Qué listo es usted, Mr. Pip! ¿Quiere dar un paseo por Newgate? ¿Tiene tiempo?

Me quedaba tanto tiempo que la proposición me resultó un alivio, a pesar de su incompatibilidad con mi deseo de no perder de vista la estación de la diligencia. Murmurando que iba a averiguar si disponía de tiempo para acompañarlo, entré en la estación y me aseguré por el empleado, con la mayor exactitud y precisión y poniendo a prueba su paciencia, de la hora en que podía confiarse que llegara la diligencia, lo cual tanto él como yo sabíamos ya perfectamente. Luego me reuní de nuevo con Mr. Wemmick y, aparentando que miraba el reloj y que me extrañaba la información recibida, acepté su ofrecimiento.

Pocos minutos después llegamos a Newgate, y, cruzando la portería, donde había unos grilletes colgados en las paredes, entre los reglamentos de la cárcel, pasamos al interior de esta. En aquella época las cárceles estaban muy abandonadas y el período de extrema reacción contra los errores públicos —que siempre es su castigo más perdurable y severo— aún estaba lejos. Los malhechores no estaban mejor alojados y alimentados que los soldados (y no hablemos de los pobres), y raramente prendían fuego a sus cárceles con la justificada intención de mejorar el sabor del rancho. Era hora de visita cuando Wemmick me condujo allí. Un cantinero iba de un lado a otro vendiendo cerveza, y los presos estaban conversando con sus amigos. Era una escena sórdida, repulsiva, tumultuosa y deprimente.

Se me ocurrió que Wemmick paseaba entre los presos como un jardinero podría haber paseado entre sus plantas. Lo primero que me hizo pensar esto fue el ver cómo descubría un retoño que había surgido durante la noche y le decía:

—¡Caramba, capitán Tom! ¿Usted aquí?

Y luego:

—¿No es Black Bill el que está detrás de la cisterna? No esperaba verle a usted estos dos últimos meses. ¿Cómo se encuentra?

Al detenerse ante las rejas para oír a los que hablaban ansiosamente en voz baja —siempre a solas—, Wemmick no dejaba de contemplarles como si estuviese tomando nota del progreso que habían hecho desde que los viera por última vez en la sala del tribunal.

Era muy popular, y comprendí que se encargaba de la parte familiar de los asuntos de Mr. Jaggers. Aunque tenía algo de la majestad peculiar de este, no le era permitido propasarse en lo tocante a la intimidad. El reconocimiento sucesivo de cada uno de sus clientes se manifestaba con un movimiento de cabeza y en el gesto de echarse hacia atrás el sombrero con ambas manos y luego cerrar su boca de buzón y meterse las manos en los bolsillos. En uno o dos casos surgieron dificultades en el cobro de los honorarios, y entonces Mr. Wemmick, ante la insuficiente cantidad que le ofrecían, decía:

—Es inútil, amigo. Yo no soy más que un subordinado. Si no puede reunir su dinero, valdrá más que se dirija al principal. En la profesión sobran los principales, ¿sabe usted?, y

lo que para uno no es bastante puede ser suficiente para otro; esto es lo que le recomiendo, hablando como subordinado. No se esfuerce en vano. ¡Para qué! ¡Vamos!, ¿a quién le toca?

Así nos paseamos por el invernáculo de Mr. Wemmick, hasta que este se volvió hacia mí y dijo:

—Fíjese en el hombre a quien voy a dar la mano.

Lo habría hecho incluso sin esta advertencia, porque aún no había dado la mano a nadie.

Casi en ese mismo instante un hombre erguido y majestuoso (a quien me parece estar viendo todavía mientras escribo), con un viejo frac de color verde oliva, una palidez especial difundida por la rubicundez de su rostro y, en sus ojos, una mirada que persistía en ser vaga aun cuando él procuraba fijarla, se acercó a un ángulo de la reja y poniéndose la mano al sombrero —tan mugriento que parecía una capa de gelatina—, nos saludó militarmente, medio en serio, medio en broma.

—¡A la orden, coronel! —le saludó Wemmick—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, Mr. Wemmick.

—Se hizo todo lo que se pudo, pero la prueba fue abrumadora, coronel.

—Sí, fue abrumadora, señor; pero a mí no me importa.

—No, no —dijo fríamente Wemmick—, a usted no le importa. —Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: Ese hombre ha servido a Su Majestad en la infantería de línea y compró su licencia.

—¿De veras? —dije.

El hombre me miró, se pasó la mano por los labios y se echó a reír:

—Creo que saldré de esto el lunes, señor —dijo dirigiéndose a Wemmick.

—Quizá —respondió mi amigo—, pero no es seguro.

—Celebro haber tenido ocasión de despedirme, Mr. Wemmick —dijo el hombre al tiempo que le tendía la mano entre los barrotes.

—Gracias —respondió Wemmick, estrechándosela—. Lo mismo le digo, coronel.

—Si lo que llevaba encima cuando me prendieron hubiese sido legítimo, Mr. Wemmick —dijo aquel hombre sin acabar de soltarle la mano—, le habría pedido el favor de que se llevase otro anillo, en reconocimiento de sus atenciones.

—Se agradece la intención —dijo Wemmick—. Por cierto, usted era aficionado a la cría de palomas, ¿verdad? Me han dicho que cría usted una hermosa raza de palomos volteadores. ¿Podría encargarme a algún amigo suyo que me trajese una pareja de ellos, si no los necesita por ahora?

—Será usted complacido, señor.

—Muy bien —contestó Wemmick—. Se ocupará de ello. Buenas tardes, coronel.

Volviéron a estrecharse la mano y, mientras nos alejábamos, Wemmick me dijo:

—Un monedero falso de los más hábiles. Hoy se ha hecho pública la sentencia y seguramente será ejecutado el lunes. Sea como fuere, hasta cierto punto un par de palomas son transportables. —Miró alrededor al salir del patio, como si estudiase qué otra maceta estaría mejor en su lugar.

Al abandonar la cárcel me di cuenta de que la gran importancia de mi tutor no era menos apreciada por los carceleros que por aquellos a quienes custodiaban.

—Bien, Mr. Wemmick —dijo el carcelero, que nos hizo aguardar ante las dos puertas claveteadas y enrejadas, cerrando cuidadosamente una antes de abrir la otra—. ¿Cómo va a considerar Mr. Jaggers el asesinato de Waterside? ¿Lo considerará un homicidio o qué?

—¿Por qué no se lo pregunta usted? —contestó Wemmick.

—¡No es cosa tan fácil! —exclamó el carcelero.

—Fíjese usted cómo es esta gente, Mr. Pip —observó Wemmick, volviéndose hacia mí y alargando su boca de buzón—. No tienen reparos en preguntarme a mí, que soy el subordinado, pero nunca le hacen preguntas a mi principal.

—Este joven caballero, ¿es uno de los aprendices o pasantes de su despacho? —inquirió el carcelero correspondiendo con una sonrisa al humor de Wemmick.

—¿Otra vez? —exclamó Mr. Wemmick—. ¿No se lo dije? Y suponiendo que el señor Pip sea uno de ellos, ¿qué?

—Pues que, entonces sabrá cómo las gasta Mr. Jaggers —contestó el carcelero.

—¡Vamos! —dijo Wemmick dando una palmadita al carcelero—, ya sabe usted que cuando tiene que habérselas con mi principal se queda más mudo que sus llaves. ¡Venga!, ábranos usted, viejo zorro, o de lo contrario haré que le ponga una querella por detención ilegal.

El carcelero se echó a reír, nos dio los buenos días y siguió riendo y mirándonos por la rejilla mientras descendíamos por los escalones que conducían a la calle.

—Mire usted, Mr. Pip —dijo Wemmick, hablándome al oído con gravedad mientras me tomaba del brazo—. No creo que Mr. Jaggers pueda hacer nada mejor que mantenerse de este modo en las alturas. Siempre está por lo alto. Su continuo aislamiento forma parte de sus poderosas facultades. Este coronel no se habría atrevido a despedirse de él, así como este carcelero no se habría atrevido a preguntarle cuáles eran sus intenciones con respecto a un caso. Luego, entre su altura y ellos, desliza a su subordinado, ¿comprende usted?, y así los tiene en su poder, en cuerpo y alma.

Quedé muy impresionado, y no por primera vez, por la sutileza de mi tutor. A decir verdad, deseaba cordialmente, tampoco por primera vez, haber tenido otro tutor de más modestas cualidades.

Me separé de Mr. Wemmick en la oficina de Little Britain, junto a la cual, como de costumbre, estaban esperando algunos aspirantes a la atención de Mr. Jaggers, y volví a situarme cerca de la estación de diligencias, con unas tres horas de anticipación. Consumí todo ese tiempo pensando en cuán extraño era que yo tuviese que verme en aquel ambiente de cárcel y crimen; que de niño, en nuestros pantanos, una tarde de invierno lo hubiera hallado por primera vez; que tuviese que reaparecer en dos ocasiones destacándose como una mancha que se había borrado en parte, sin desaparecer por completo; que de esta nueva manera impregnase mi fortuna y mi encumbramiento hasta la joven y hermosa Estella, orgullosa y refinada, viniendo hacia mí, y pensaba con horror en el contraste que ofrecían la cárcel y ella. Habría preferido que Wemmick no me hubiese encontrado o que yo no hubiera accedido a ir con él, para que, precisamente aquel día, la influencia de Newgate no impregnase mi ropa y mi aliento. Mientras paseaba procuré sacudirme de los zapatos y la ropa el polvo de la cárcel, y hasta expulsar su aire de mis pulmones. Tan contaminado me sentía al recordar a quién estaba esperando, que al fin

llegó el coche y yo aún no me había librado del sucio recuerdo del invernáculo de Mr. Wemmick, cuando vi a Estella asomada a la ventanilla y saludándome con la mano.

¿Qué era aquella sombra sin nombre que una vez más había pasado en ese instante?

XXXIII

Con su ropa de viaje adornada con pieles, Estella lucía más delicadamente atractiva e incitante de lo que yo hubiera podido imaginar, y creí ver en este cambio la influencia de miss Havisham.

Estuvimos en el patio de la parada de las diligencias mientras ella me indicaba cuál era su equipaje, y una vez que hube recogido todo, recordé —pues en aquellos momentos había olvidado todo lo que no fuese ella— que no sabía nada respecto a cuál era su lugar de destino.

—Voy a Richmond —me dijo—. Según se nos ha indicado hay dos Richmond, uno en Surrey y otro en Yorkshire; el mío es el Richmond de Surrey. La distancia es de quince kilómetros. He de disponer de un coche cualquiera y usted me acompañará. Aquí está mi bolsa, y usted pagará de ella mis gastos. ¡Oh, debe usted hacerlo así! No tenemos más remedio que seguir las instrucciones. No podemos obrar a nuestro capricho.

Mientras me miraba al darme la bolsa tuve la esperanza de que sus palabras no ocultasen una segunda intención. Las pronunció con desdén, pero no con desagrado.

—El carruaje tardará en llegar, Estella. ¿Quiere que esperemos aquí?

—Sí, quiero descansar un poco y tomar el té; entretanto, usted cuidará de mí.

Me cogió del brazo como si se viese obligada a hacerlo y yo llamé a un camarero, que había estado contemplando la diligencia como si nunca hubiese visto una en su vida, para que nos condujese a un saloncito privado. El hombre sacó una servilleta, como si fuese una clave mágica sin la cual no podía orientarse, y nos llevó a una pocilga oscura adornada con un espejo de disminución, cosa completamente superflua, dado lo reducido de la estancia. Había allí una salsera con anchoas y unos zuecos de no sé quién. Al manifestar yo que no nos gustaba aquel lugar, nos condujo a otra sala donde había una mesa para treinta y en el hogar una hoja de cartapacio a medio quemar bajo un montón de ceniza. Después de mirar aquel fuego apagado y sacudir la cabeza, recibió mi encargo, y al ver que solo consistía en un «té para la señorita», se retiró muy decepcionado.

Comprendía y comprendo muy bien que el aire de aquella sala, con su fuerte combinación de olor de cuadra y de sopa varias veces recalentada, podía haber hecho pensar que el negocio de coches no marchaba bien y que el emprendedor propietario estaba guisando los caballos para servirlos a sus clientes en el almuerzo. No obstante, aquella habitación representaba el mundo entero para mí, pues Estella estaba en ella. Pensé que en ese lugar podría ser dichoso con mi amada toda la vida. (Obsérvese que entonces yo no era feliz allí, y lo sabía muy bien).

—¿Y qué hará usted en Richmond? —pregunté a Estella.

—Voy a vivir, derrochando —respondió—, en casa de una señora que puede, o dice que puede, presentarme a la buena sociedad.

—Supongo que estará usted contenta de la novedad y de verse admirada.

—En efecto.

Contestó con tanta desenvoltura que le dije:

—Habla usted de sí misma como si lo hiciese de otra persona.

—¿Cómo sabe usted de qué manera hablo de los demás? Vamos, vamos —replicó con una deliciosa sonrisa—, no pretenderá darme lecciones, ¿verdad? Déjeme hablar a mi modo. ¿Cómo le va con Mr. Pocket?

—Vivo allí agradablemente; por lo menos... —Me pareció que estaba perdiendo una buena oportunidad.

—Por lo menos, ¿qué?

—Tan agradablemente como puedo vivir estando lejos de usted.

—No sea tonto —contestó Estella, con calma—. ¿Por qué dice esas simplezas? Tengo entendido que su amigo Matthew es superior al resto de la familia.

—Muy superior. No es enemigo de nadie...

—No añada usted «más que de sí mismo» —me interrumpió— porque detesto a esa clase de hombres. Pero ¿es cierto, como he oído decir, que es desinteresado y está por encima de rencores y envidias mezquinas?

—Tengo todos los motivos para afirmar que así es.

—Pues no los tiene para afirmarlo del resto de la familia —dijo mirándome con una expresión a la vez seria y burlona—, porque asedian a miss Havisham con toda clase de chismes e insinuaciones contra usted. Debe usted saber que lo vigilan, interpretan malignamente cuanto hace, escriben cartas en las que lo difaman (anónimas a veces), y se ha convertido, en suma, en el tormento y la ocupación de sus vidas. No puede figurarse lo mucho que lo odia esa gente.

—Creo que no me causan perjuicio alguno —contesté.

Estella se echó a reír, lo cual hizo que me sintiese muy turbado.

Cuando cesó de reír —y no lo había hecho forzosamente, sino de muy buena gana—, dije con el tono de timidez que usaba con ella:

—Supongo que si me perjudicaran no le divertiría tanto.

—No; puede estar seguro de que no me río porque fracasan —dijo—. ¡Oh, esta gente que rodea a miss Havisham, cuánto sufre!

Se echó de nuevo a reír, y aun cuando me había explicado el por qué de su risa, esta me resultaba muy extraña; no podía dudar de que fuese sincera, pero aun así me parecía excesiva en aquella ocasión. Pensé que debía de haber algo más que yo ignoraba. Estella adivinó mi pensamiento y me explicó:

—No es fácil, ni siquiera para usted, comprender la satisfacción que me causa ver contrariadas a esas personas ni lo que llega a divertirme el que se pongan en evidencia. Porque usted no ha sido criado en aquella extraña casa desde que era un niño. Y yo sí. No ha tenido que crecer constantemente alerta por las intrigas dirigidas contra usted, que se hallaba cohibido e indefenso, bajo la máscara de la simpatía, la compasión y todo lo que

halaga. Y yo sí. Usted no ha ido abriendo poco a poco sus ojos infantiles a la realidad de aquella impostora que especula sobre sus reservas de tranquilidad de espíritu para cuando despierta por la noche... Yo sí.

Estella ya no reía, ni aquellos eran recuerdos sin importancia. Por nada del mundo habría querido ser yo la causa de la mirada que centelleaba en sus ojos.

—Dos cosas puedo decirle —prosiguió—. Primero, que a pesar de lo que afirma el proverbio acerca de que la gota de agua llega a horadar la piedra, puede estar tranquilo de que esta gente nunca, ni en cien años, podría perjudicarlo ni poco ni mucho en el ánimo de miss Havisham. En segundo lugar, que le estoy agradecida por ser usted la causa de que ellos se esforzasen inútilmente con sus entrometimientos y ruindades, y en señal de ello ahí va mi mano.

Me la tendió, bromeando, porque su arranque de seriedad solo había sido momentáneo; yo la tomé y la llevé a mis labios.

—¡Muchacho ridículo! —exclamó Estella—. ¿No se dará nunca por advertido? ¿O es que besa usted mi mano con el mismo sentimiento con que dejé un día que besara mi mejilla?

—¿Cuál fue ese sentimiento? —pregunté.

—Déjeme hacer memoria. Un sentimiento de desprecio por todos los aduladores e intrigantes.

—Si digo que sí, ¿puedo volver a besar su mejilla?

—Debería haberlo preguntado antes de tocar mi mano. Pero si lo desea, sí.

Me incliné, y su rostro impasible parecía el de una estatua.

—Ahora —dijo apartándose en el instante en que toqué su mejilla— ha de cuidar de que tome el té y luego ha de conducirme a Richmond.

El que adoptase nuevamente ese tono, como si nuestra relación nos fuese impuesta y fuésemos simples muñecos, me dejó apesadumbrado. En realidad, todo en nuestro trato me causaba pena. Cualquiera que fuese el tono que empleara conmigo, yo no podía confiar en él, ni fundar en él ninguna esperanza. ¿Por qué repetirlo mil veces? Siempre fue así.

Llamé pidiendo el té, y el camarero reapareció con su clave mágica y trajo, por pequeñas entregas, unos cincuenta accesorios propios de este refrigerio, pero de té ni una gota. Nos presentó una bandeja, tazas y platos, cuchillos y tenedores (trinchantes inclusive), cucharas (de varias clases), saleros, un bollo tímido y diminuto, cubierto con toda precaución por una gran tapadera de hierro, Moisés entre los juncos personificado por un pedacito de mantequilla medio derretida sobre un lecho de perejil, un panecillo descolorido, dos impresiones de las barras de las parrillas sobre pedacitos de pan cortados en triángulo y, finalmente, un gran jarrón de familia bajo cuyo peso parecía agobiado por la carga y el sufrimiento. Después de una prolongada ausencia, reapareció por fin con un cofrecito de rico aspecto que contenía unas ramitas. Las sumergió en agua caliente y de este modo obtuvo no sé qué infusión para Estella.

Después de pagada la cuenta, y de recordar al camarero, al mozo de cuadra y a la sirvienta —en una palabra, después de haber gratificado a todos sin que por ello se mostrasen más animosos y de haber aligerado considerablemente la bolsa de Estella—, subimos al coche y emprendimos camino. Doblando por Cheapside y subiendo

estrepitosamente por la calle de Newgate, pronto pasamos bajo la sombra de aquellos muros de los que me sentía tan avergonzado.

—¿Qué lugar es este? —me preguntó Estella.

Al principio fingí no reconocerlo, pero luego se lo dije. Al observar la mirada que dirigió al edificio y el modo en que volvía la cabeza murmurando «¡Qué asco!», por nada del mundo habría confesado mi reciente visita.

—Mr. Jagers —dije con intención de desviar el asunto hacia otra persona— tiene fama de conocer los secretos de este lúgubre lugar mejor que nadie en Londres.

—¿De qué lugar no conoce los secretos? —susurró Estella.

—Supongo que usted está acostumbrada a verlo a menudo.

—Desde que tengo memoria lo veo de vez en cuando. Pero lo mismo lo conozco ahora que cuando aún no sabía hablar. ¿Cómo es su relación con él? ¿Son ustedes buenos amigos?

—Desde que me he habituado a su carácter desconfiado, nuestra relación es bastante amistosa.

—¿Significa eso que son amigos íntimos?

—He comido con él en su casa.

—Imagino —dijo Estella con gesto de repugnancia— que debe de ser un sitio muy... curioso.

—En efecto, lo es.

Yo debería haber sido discreto y no hablar con tanta libertad de mi tutor, ni siquiera con ella, pero hubiera continuado haciéndolo hasta el punto de describir la cena en Gerrard-Street si en aquel preciso instante no hubiésemos entrado en un espacio iluminado por la luz de gas. Mientras lo atravesábamos todo me pareció clarísimo y se apoderó de mí aquella inexplicable sensación que ya había experimentado anteriormente. Al salir de él quedé tan deslumbrado como si se hubiese tratado de la luz de un relámpago.

Cambiamos de conversación y nos pusimos a hablar, sobre todo, del camino que estábamos siguiendo, y de qué zonas de Londres había a un lado o a otro. La gran capital era casi nueva para ella, pues, según me confesó, nunca había abandonado los alrededores de la casa de miss Havisham hasta que fue a Francia, y no hizo más que cruzar la capital tanto a la ida como a la vuelta. Le pregunté si mi tutor debía encargarse de ella mientras permaneciese en la ciudad.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó.

Y no dijo más.

No me pasaba inadvertido que ella procuraba atraerme, seducirme, y me habría cautivado aunque le hubiese costado gran esfuerzo. Sin embargo, esto no hacía que me sintiese dichoso, porque, aun sin que ella hubiera adoptado aquel tono que daba a entender que todo lo hacíamos porque otros lo habían dispuesto así, yo habría sentido que tomaba mi corazón en su mano por puro capricho, no porque el estrujarlo y arrojarlo de sí hubiese despertado en ella algún sentimiento de ternura.

Al pasar por Hammersmith le indiqué dónde vivía Mr. Matthew Pocket y añadí que como no estaba muy lejos de Richmond, esperaba verla alguna vez.

—¡Oh, sí! Tiene que verme. Irá usted cuando le parezca bien. Se hablará de usted a la familia; en realidad, ya se ha hablado.

Le pregunté si la familia con la cual iba a vivir era numerosa.

—No; solo está formada por una madre y su hija. La madre, según tengo entendido, es persona acomodada, aunque no le estorba un incremento de sus ingresos.

—Me extraña que miss Havisham haya podido separarse nuevamente de usted tan pronto.

—Eso, precisamente, forma parte de sus planes para conmigo, Pip —dijo Estella, suspirando, como si estuviese cansada—. He de escribirle a menudo y visitarla con regularidad; darle cuenta de cómo va mi salud y qué hay de nuevo acerca de las joyas, porque ahora casi todas me pertenecen.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. No cabía duda de que lo hacía adrede, porque sabía que se lo agradecería en el alma.

Llegamos a Richmond demasiado pronto por lo que respecta a mí. Nuestro lugar de destino allí era una antigua y severa mansión en la cual, en otros tiempos, se vieron con frecuencia en las grandes ceremonias, miriñaques, rostros empolvados y con lunares, casacas bordadas, medias de seda, condecoraciones y espadines. Frente a la casa había aún algunos árboles muy viejos y recortados en forma tan solemne y artificiosa como los referidos miriñaques y pelucas, pero la hora en que irían a ocupar su sitio en la gran procesión de la muerte no tardaría en llegar, y pronto se alinearían en ella para seguir el silencioso camino de los que dejaron de existir.

Una campanilla de sonido cascado (que, indudablemente, en su tiempo habría anunciado a menudo: «Ahí tenemos el miriñaque verde, ahí está la espada adornada con brillantes, ahí tenemos los zapatos de tacón rojo y solitario azul») sonó gravemente en el claro de luna, y dos doncellas con mejillas de color cereza salieron a toda prisa a recibir a Estella.

El portal absorbió pronto las maletas, y Estella me tendió la mano con una sonrisa, me dio las buenas noches y fue absorbida a su vez. Me quedé contemplando la casa, pensando en lo feliz que sería viviendo allí con mi amada, y comprendiendo al mismo tiempo que jamás podría ser dichoso con ella.

Subí al carruaje para regresar a Hammersmith, y si al entrar en él me dolía el corazón, más me dolía al salir. En nuestra puerta encontré a Jane Pocket, que llegaba de una fiesta acompañada de su joven novio, a quien envidié, a pesar de que se hallaba sometido a Flopson.

Mr. Pocket había salido a dar una conferencia, porque era un orador verdaderamente delicioso al tratar de la economía doméstica, y sus libros sobre la educación de los niños y el modo de tratar a los criados estaban considerados los mejores de esta materia. Pero Mrs. Pocket se encontraba en casa, algo preocupada a causa de que se había dado al pequeño un alfiletero para que se entretuviese durante la inexplicable ausencia de Millers, y se encontraban ahora a faltar agujas, las cuales, para un niño de tan tierna edad lo mismo podían haber servido para uso externo como para reconstituyente.

Como los consejos prácticos que solía dar Mr. Pocket, hombre considerado por todos muy inteligente y juicioso, eran muy apreciados, creí conveniente rogarle que prestara atención a mis confidencias. Pero al ver a Mrs. Pocket sentada y leyendo su tratado de

heráldica después de haber prescrito la cama como un remedio soberano, pensé que sería mejor dejarlo correr.

XXXIV

A medida que fui acostumbrándome a mis esperanzas, comencé a notar sus efectos, tanto en mí mismo como en quienes me rodeaban. Pretendía hacer caso omiso de esa influencia sobre mi carácter, pero no ignoraba que en gran medida era contraproducente. Vivía en un estado de continua angustia a causa de mi conducta para con Joe; además, mi conciencia no estaba tranquila respecto a Biddy. Cuando despertaba por la noche (como Camilla) pensaba a menudo que yo habría sido mejor y más dichoso si jamás hubiese visto la cara de miss Havisham y hubiese crecido satisfecho de ser socio de Joe en la vieja y honrada herrería. Más de una vez, por la noche, sentado solo junto al fuego, me decía que, después de todo, no había calor ni fuego comparable al de la fragua de Joe y al de la cocina de nuestra casa.

Sin embargo, Estella resultaba tan inseparable de aquella inquietud que, en realidad, no acertaba a darme cuenta exacta de hasta qué punto yo mismo había influido en mi propia turbación. Es decir, que suponiendo que no hubiese tenido esperanzas, y no obstante pensar continuamente en Estella, no acababa de estar seguro de que me hubiera sentido mejor. En cambio, en lo que a la influencia de mi posición sobre los demás se refería, no tenía la misma dificultad, y de ese modo me daba cuenta —aunque quizá muy vagamente— de que no era beneficiosa para nadie, y mucho menos para Herbert. Mi afición al despilfarro me inducía a gastar más de lo que mis recursos me permitían, corrompía la sencillez de su vida y perturbaba la calma de mi espíritu haciendo que me sintiera impaciente, angustiado y triste. No me arrepentía de haber inducido involuntariamente a las otras ramas de la familia Pocket a valerse de las malas artes que solían emplear, porque estas constituían su carácter natural, y si no las hubiese despertado yo, lo habrían hecho otros. Pero el caso de Herbert era muy distinto, y me entristecía con frecuencia al pensar que le había prestado un mal servicio al recargar sus mal amuebladas habitaciones con tapicería inadecuada, y al poner a su disposición al criado del chaleco.

De manera que, como un medio infalible de tapar un agujero con otro mayor, empecé a contraer numerosas deudas. Y puesto que yo había empezado, Herbert por fuerza tenía que seguirme, lo que ocurrió muy pronto. A sugerencia de Startop solicitamos nuestro ingreso en un club llamado Los Pinzones de la Alameda, una institución cuyo objeto nunca logré averiguar, como no fuese el de que los socios se daban el gran banquetazo cada quince días, reñían después de comer y daban lugar a que seis camareros, borrachos como cubas, se quedasen dormidos en la escalera. Lo que sé es que estos elevados fines sociales se conseguían tan invariablemente que Herbert y yo no pudimos suponer que se refiriese a otra cosa el primer brindis reglamentario de la sociedad, concebido en estos términos:

«Caballeros, para que la actual promoción de buenos sentimientos continúe reinando siempre entre los Pinzones de la Alameda».

Los Pinzones tiraban el dinero a manos llenas (el hotel donde comíamos estaba en Covent-Garden), y el primer Pinzón que vi cuando tuve el honor de entrar en el club fue Beutley Drummle, que a la sazón iba de un lado a otro en un coche de su propiedad, causando grandes desperfectos en los postes de las esquinas. De vez en cuando salía despedido de su carruaje, y en cierta ocasión lo vi yacer cuán largo era ante la puerta de la Alameda. Pero en eso me anticipé un poco, porque yo no era un Pinzón ni podía serlo, según las sagradas leyes de la sociedad, hasta alcanzar la mayoría de edad.

Confiando en mis propios recursos, habría pagado gustoso los gastos de Herbert, pero este tenía su dignidad, y yo no podía pensar siquiera en proponérselo. Por lo tanto, él se encontró con toda clase de dificultades, y siguió a la espera. Cuando poco a poco fuimos acostumbrándonos a trasnochar, observé que mi amigo estaba a la espera, con expresión de desaliento, a la hora del desayuno; que empezaba a estar ojo avizor y más animado hacia el mediodía; que al venir a comer volvía a estar abatido; que después de haber comido parecía divisar el capital en lontananza con bastante claridad; que lo consideraba ya casi conseguido a medianoche; y que a eso de las dos de la madrugada volvía a sentirse tan desalentado que hablaba de comprarse un fusil y trasladarse a América, con intención de hacer fortuna a costa de los búfalos.

Yo solía pasar la mitad de la semana en Hammersmith, y hacía frecuentes viajes a Richmond; pero de ello hablaré en capítulo aparte. Herbert iba a menudo a Hammersmith cuando yo estaba allí, y me figuro que en esas ocasiones su padre presentía que la oportunidad que su hijo estaba aguardando aún no iba a presentarse. Pero, en el desorden general de la familia, la cuestión de sus progresos en la vida era algo que debía resolverse por sí mismo. Entretanto, Mr. Pocket encanecía cada vez más e intentaba con mayor frecuencia levantarse por los cabellos como un medio de salir de sus confusiones; mientras su esposa hacía tropezar a toda la familia con su taburete, leía su libro de heráldica, perdía su pañuelo, nos hablaba de su abuelo y mandaba los pequeños a la cama en cuanto alguno de ellos requería su atención.

Como ahora estoy generalizando un período de mi vida con objeto de allanar el camino que he de recorrer, lo mejor que puedo hacer es completar la descripción de nuestros usos y costumbres en la posada de Bernard.

Gastábamos tanto dinero como podíamos, y obteníamos por él tan poco como los comerciantes querían darnos. Siempre nos sentíamos más o menos desgraciados y la mayoría de nuestros conocidos se hallaba en la misma condición. Nos empeñábamos en forjarnos la ilusión de que nos divertíamos constantemente, pero la pura verdad es que nos engañábamos. Ahora creo que nuestro caso era, en este aspecto, bastante frecuente.

Cada mañana, siempre con humor variable, Herbert iba a la City a ponerse a la espera. Yo lo visitaba con frecuencia en el oscuro aposento que compartía con un tintero, una percha, un cubo para el carbón, una caja de cordeles, un almanaque, un pupitre con su taburete y un tiralíneas.

No recuerdo haberlo visto jamás hacer otra cosa que estar a la espera. Si todos hiciésemos lo que nos proponemos con la misma buena fe que lo hacía Herbert, viviríamos

en una República de las Virtudes. El pobre chico no tenía otra cosa que hacer más que «ir a Lloyd's» a cierta hora de la tarde para cumplir, creo yo, con la obligación de ver a su jefe. Que yo sepa, no hacía nada más en relación con esa compañía de seguros, excepto regresar otra vez a la oficina. Cuando comprendía que su situación era en extremo grave y que, positivamente, tenía que hallar una oportunidad, se iba a la Bolsa a la hora de sesiones y entraba y salía con expresión taciturna entre los magnates allí reunidos.

—Porque la verdad, Handel —me decía al llegar a casa a la hora de comer—, es que la oportunidad no viene a buscarlo a uno, sino que uno debe ir a buscarla; por eso yo he ido.

Si no hubiésemos tenido tanto afecto el uno por el otro, creo que nos habríamos maldecido todas las mañanas. En aquellas horas de arrepentimiento, yo detestaba nuestras habitaciones y no soportaba la visión de la librea del criado, la cual tenía entonces un aspecto más costoso y menos remunerativo que a cualquier otra hora del día. A medida que nuestras deudas aumentaban, el desayuno fue convirtiéndose, cada vez más, en un mero formulismo, y en cierta ocasión, al verme amenazado por carta con procedimientos judiciales «no del todo extraños», como habría dicho mi periódico local, «a cierta adquisición de joyas», llegué a coger al criado por el cuello de su librea y mantenerlo suspendido en el aire, como un cupido con botas, por haber considerado desdeñosamente que nos hacía falta un panecillo.

En ciertos momentos —o mejor dicho, en momentos inciertos, porque dependían de nuestro honor— yo decía a Herbert, como si fuese un notable descubrimiento:

—Querido amigo, vamos por mal camino.

—Querido Handel —contestaba él con toda sinceridad—, tú no lo creerás, pero por extraña coincidencia estaba a punto de decir lo mismo.

—Entonces, Herbert —respondía yo—, vamos a ver cómo están nuestros asuntos.

Siempre sentíamos una profunda satisfacción al tratar del estado de nuestras cosas. Yo pensaba que aquel era el modo más práctico de afrontar la situación, de pillar al enemigo por la garganta. Y sé que Herbert opinaba como yo.

Encargábamos algo especial para la comida, con una botella de algo igualmente especial para estimular nuestro cerebro y ponerlo a la altura de la tarea. Después de comer cogíamos varias plumas, una abundante provisión de tinta y pilas considerables de papel secante y de escribir. La verdad es que disponer de aquella abundancia de material de escritorio resultaba muy alentador.

Luego yo cogía una hoja de papel y escribía, con hermosa caligrafía, el encabezamiento, que rezaba así: «Nota de las deudas de Pip», añadiendo cuidadosamente «Posada de Bernard» y la fecha. Mi amigo tomaba también una hoja de papel y escribía con las mismas formalidades: «Nota de las deudas de Herbert».

Cada uno se ponía entonces a consultar un confuso montón de papeles que hasta el momento habían permanecido abandonados en cualquier cajón, arrugados en los bolsillos, medio quemados para encender las velas, metidos durante semanas en el marco de los espejos o estropeados de muchas otras maneras. El rasguído de nuestras plumas al correr sobre el papel nos animaba hasta el punto de que en ocasiones me resultaba difícil distinguir entre esa conducta singular el abono real de las cuentas. Como verdadero merecimiento, las dos cosas parecían tener igual valor.

Después de escribir durante un rato, yo solía preguntar a Herbert cuál era el resultado de sus cálculos. Mi amigo se rascaba la cabeza con expresión de apuro al comprobar que las cantidades iban acumulándose y contestaba:

—Va en aumento, Handel... ¡Ya lo creo que va en aumento!

—Hay que conservar la entereza, Herbert —aconsejaba yo, manejando mi pluma con gran esmero—. Mira las cosas de frente y no te asustes ante ninguna de las dificultades que puedan presentarse. Por complicadas que sean, míralas siempre con valentía.

—Eso es lo que quisiera hacer, Handel, pero son ellas las que me miran con expresión retadora.

Sin embargo, mi actitud resuelta producía su efecto y Herbert reemprendía su tarea. Poco después la abandonaba de nuevo con el pretexto de que le faltaba la factura de Cobb's, de Lobb's, de Nobb's o de quienquiera que fuese.

—No te preocupes, Herbert. Haz un cálculo aproximado, ponlo en cifras redondas y añádelo a la cuenta.

—¡Qué tipo de recursos eres! —exclamaba mi amigo con admiración—. Verdaderamente, tienes grandes aptitudes para los negocios.

También yo lo creía así. En tales ocasiones me atribuía a mí mismo la reputación de un gran hombre de negocios, resuelto, enérgico, inteligente e imperturbable. Cuando había anotado todas mis obligaciones en la lista, comparaba cada partida con la factura y las señalaba, lo que producía en mí una sensación de voluptuosidad. Cuando no había más partidas que cotejar, doblaba todas mis facturas, las rotulaba en el dorso y hacía con ellas un paquete simétrico. Luego efectuaba la misma operación con las facturas de Herbert (quien afirmaba modestamente que no poseía mis cualidades administrativas) y quedaba convencido de haber aclarado definitivamente nuestra situación.

Mis hábitos comerciales tenían otro detalle brillante que yo llamaba «dejar un margen». Por ejemplo: supongamos que las deudas de Herbert ascendiesen a ciento sesenta y cuatro libras esterlinas, cuatro chelines y dos peniques; entonces me decía: «Dejemos un margen y calculemos las deudas en doscientas libras exactas». O suponiendo que las mías fuesen cuatro veces mayores, dejaba también un margen y las calculaba en setecientas. Estimaba que era una medida muy juiciosa dejar siempre ese margen, y a veces, con la sensación de libertad y solvencia que nos procuraba, íbamos a parar pronto a otro margen.

Después de resolver de esta forma nuestros asuntos económicos, por unos días nos sentíamos tranquilos e incluso virtuosos, lo que hacía que tuviese una opinión muy favorable de mí mismo. Satisfecho de mis esfuerzos y de mi método, y halagado por las felicitaciones de Herbert, permanecía sentado con mi paquete de facturas y el de mi amigo, ambos perfectamente simétricos delante de mí, entre todos los demás papeles, y me figuraba que no era un individuo sino una especie de banco.

En estas solemnes ocasiones cerrábamos la puerta para no ser interrumpidos. Cierta noche había conseguido este estado de serenidad, cuando de pronto oímos el roce de una carta que alguien hizo deslizar por la rendija de la referida puerta y que cayó al suelo.

—Es para ti, Handel —dijo Herbert, que había ido a recogerla y venía con ella—; confío en que no nos traiga malas noticias.

Sus palabras eran una alusión a los bordes negros del sobre y a un sello, también muy negro, estampado en él.

La misiva en cuestión iba firmada por Trabb & Co., y su contenido decía, sencillamente, que yo era una persona distinguida, y que tenían el honor de poner en mi conocimiento que Mrs. J. Gargery había fallecido el lunes último a las seis y veinte de la tarde y que se me invitaba a concurrir al acto del sepelio, que tendría lugar el lunes siguiente a las tres de la tarde.

XXXV

Era la primera vez que se abría una tumba en el camino de mi vida, y la impresión que esta circunstancia produjo en mí fue extraordinaria. La visión de mi hermana sentada en su silla junto al fuego de la cocina me perseguía día y noche. Que aquel lugar continuase existiendo y que ella hubiese desaparecido era algo que yo no acertaba a comprender. Y a pesar de que hacía tiempo que solo me acordaba de mi hermana en muy contadas ocasiones, ahora me atormentaba la extraña fantasía de que la vería acercarse a mí por la calle o de que llamaría de un momento a otro a la puerta de mis habitaciones, donde nunca había estado y en las que ahora parecía haber el vacío de la muerte y la continua sugestión del eco de su voz o de algún aspecto de sus facciones, como si aún viviese y hubiera estado allí con frecuencia.

Cualquiera que hubiese sido mi suerte, no habría recordado a mi hermana con mucha ternura. Bajo su influencia (y quizá por falta de sentimientos más dulces), me sentí arrastrado por una violenta indignación contra el agresor que le había causado tanto sufrimiento y, en definitiva, la muerte, y estoy seguro de que si yo hubiera tenido pruebas suficientes de la culpabilidad de Orlick, habría perseguido a este, o a quienquiera que fuese, hasta darle caza y vengarme de él.

Después de escribir a Joe dándole el pésame y prometiéndole que no faltaría al entierro, pasé los días que faltaban para esto último en el singular estado de ánimo que he descrito. Salí por la mañana temprano y me detuve en El Jabalí Azul con tiempo suficiente para llegar a pie a la forja.

Era un magnífico día de verano, y mientras iba andando evocaba los tiempos en que yo no era más que un pequeño desvalido a quien mi hermana estaba muy lejos de tratar con cariño, pero recordé aquella época con indulgencia hasta el punto de que llegué a considerar menos brutales los azotes que mi hermana me propinaba. Porque ahora el aire perfumado de los campos de trébol parecía susurrarme que llegaría un día en que otros, al pasear bajo la luz del sol, se sintieran conmovidos al pensar en mí.

Por fin divisé la casa y vi que Trabb y Compañía habían dispuesto todo lo conveniente para el entierro. Dos tipos de aspecto tétrico, cada uno de ellos ostentando una muleta envuelta en una venda negra (como si la exhibición de aquel chisme pudiese ser un consuelo para alguien), estaban de guardia en el umbral, y en uno de ellos reconocí a un postillón que fue despedido de El Jabalí Azul por haber hecho volcar su coche, en el que viajaba una joven pareja de recién casados, la mañana misma de su boda, a consecuencia de una borrachera que los obligaba a cabalgar agarrado con ambos brazos al cuello del

caballo. Todos los chicos del lugar y la mayoría de las mujeres del vecindario contemplaban admirados a aquellos guardianes enlutados y las ventanas cerradas de la casa y la herrería. Al verme llegar, uno de los guardianes (el postillón) llamó a la puerta, como dando a entender que yo estaba tan extenuado por la pesadumbre que ni fuerzas tenía para llamar con mi propia mano.

Otro guardián enlutado (un carpintero que en cierta ocasión se engulló dos gansos para ganar una apuesta) abrió la puerta y me hizo pasar a la salita. En ella Mr. Trabb había tomado posesión de la mejor mesa, y estaba montando una especie de túmulo negro con el aditamento de gran número de alfileres del mismo color. En el instante de mi llegada acababa de envolver el sombrero de no sé quién con unos trapos negros, lo que haría que la prenda pareciese un recién nacido africano. Tendió una mano para que le entregase el mío, pero yo, turbado por las penosas circunstancias, interpreté erróneamente su gesto y le estreché la mano en testimonio de profundo afecto.

El pobre Joe, envuelto en una capita negra que llevaba atada con un gran lazo por debajo de la barbilla, estaba sentado, solo, en el fondo de la habitación, donde, para presidir el duelo, lo había colocado Mr. Trabb. Me incliné para saludarlo y le pregunté:

—¿Cómo te encuentras, querido Joe?

—Querido Pip, amigo mío —contestó—, tú la conociste cuando todavía era una mujer hermosa... —Y me estrechó la mano y guardó silencio.

Biddy, con su humilde traje negro y muy aseada, iba sigilosamente de un lado a otro, diligente y solícita. Después de saludarla, y consciente de que no era aquella buena ocasión para conversar, fui a tomar asiento al lado de Joe, y allí empecé a preguntarme en qué lugar de la casa estaría el... ella... mi hermana. Como percibí cierto olor de pasteles, miré alrededor para ver dónde estaba la mesa del refrigerio. Esta solo era visible cuando uno se había acostumbrado a la penumbra, pero había en ella un pastel de pasas cortado en porciones y, además, naranjas, empanadas y galletas. También vi dos garrafas —que yo conocí como objetos de adorno y que jamás se habían utilizado para otra cosa—, una llena de oporto y la otra de jerez. Ante dicha mesa se encontraba, de pie, Mr. Pumblechook, que lucía una capa negra y muy largos lazos de gasa de igual color. Estaba, alternativamente, atracándose de mala manera y gesticulando para llamar mi atención. Cuando lo hubo conseguido, vino hacia mí, oliendo a jerez y a pastel, y con voz contenida dijo:

—¿Me permite usted, estimado señor? —Y me estrechó, como otras veces, la mano. Luego distinguí en un rincón a Mr. y Mrs. Hubble, esta última vertiendo lágrimas muy decorosamente. Todos nos disponíamos a formar parte del fúnebre cortejo, y con este objeto Trabb estaba convirtiéndonos, a cada uno por separado, en ridículos fardos de tela negra.

—Yo, Pip, digo, Mr. Pip —murmuró Joe a mi oído mientras Mr. Trabb nos ponía «en formación» de dos en dos (como si nos preparara para una especie de danza macabra)—, habría preferido llevarla a la iglesia personalmente, con tres o cuatro buenos amigos que me hubiesen asistido con su corazón y con sus brazos, pero se pensó que los vecinos tal vez lo considerasen una falta de respeto hacia nuestra pobre difunta.

—¡A ver, sacad los pañuelos! —indicó Trabb con tono puramente profesional.

Obedeciendo, todos nos llevamos el pañuelo a la cara, como si nos estuviera sangrando la nariz, y fuimos desfilando de dos en dos: Joe y yo, Biddy y Pumblechook, Mr. y Mrs. Hubble. Los restos mortales de mi desdichada hermana habían sido sacados por la puerta de la cocina, y como era de rigor que en la ceremonia fúnebre los seis portadores del ataúd se ahogasen y anduvieran a ciegas envueltos en una horrible y enorme mantilla de terciopelo con cenefa blanca, el conjunto producía el efecto de un monstruo ciego con doce piernas humanas que andaba arrastrando los pies y tropezando a cada momento, guiado por los dos guardianes, es decir, por el postillón y su compañero.

Sin embargo, el vecindario se mostraba muy satisfecho con la organización de aquel acto, y fuimos muy admirados al cruzar el pueblo. La gente más joven y vigorosa echaba a correr para tomarnos la delantera, y al aparecer el triste séquito en alguna esquina, eran muchos los que exclamaban: «¡Por ahí vienen! ¡Por ahí vienen!», y casi nos dedicaban una ovación. En aquel sombrío desfile me molestó mucho el abyecto Pumblechook, que venía detrás de mí y durante todo el camino estuvo aparentando una preocupación enorme por mi aspecto, arreglándome la cinta que pendía de mi sombrero y alisándome las arrugas de la capa. Otro detalle que también me resultaba molesto era lo excesivamente satisfechos que se mostraban Mr. y Mrs. Hubble de formar parte de tan distinguida procesión.

Los pantanos aparecieron de pronto ante nosotros, así con las velas de los barcos que, a lo lejos, surgían del río, y llegamos al cementerio, junto a las tumbas de mis padres, a quienes no había conocido: Philip Pirrip, difunto de aquella parroquia, y Georgiana, su esposa. Y allí, silenciosamente, fue depositada mi hermana en el seno de la tierra, mientras las alondras volaban sobre nuestras cabezas y una suave brisa esparcía sobre ella hermosas sombras de nubes y arboleda.

En lo que concierne a la conducta del mundano Mr. Pumblechook mientras ocurría lo que acabo de describir, me interesa manifestar que tenía puesta toda su atención en mí, y hasta cuando se leyeron aquellas frases de elevado contenido que nos recuerdan que los hombres no han traído nada a este mundo y nada pueden llevarse de él, y que pasan como una sombra fugaz y no les es posible permanecer largo tiempo en la tierra, lo oí toser adrede y hacer en voz baja un comentario acerca de un joven caballero que había pasado, inesperadamente, a la situación de hombre acaudalado.

Cuando estuvimos de regreso en casa, tuvo la frescura de manifestarme que él habría deseado que mi hermana hubiese podido enterarse del honor que yo le había hecho, y de insinuar que aun al precio de su muerte lo habría considerado ventajosamente adquirido. Después de esto, se bebió lo que quedaba del jerez y Mr. Hubble hizo lo mismo con el resto del oporto. Los dos hablaban como si fuesen de una raza distinta de aquella a que pertenecía la difunta, y notoriamente inmortales (lo cual, según he observado, parece ser costumbre en estos casos). Finalmente se fue con Mr. y Mrs. Hubble para acabar la velada en Los Alegres Barqueros, donde contó que él había creado mi fortuna y era mi más antiguo bienhechor.

Cuando todos se hubieron marchado, incluidos Trabb y sus ayudantes, quienes (a excepción del aprendiz) habían metido todas las telas en unos sacos con los cuales cargaron, la atmósfera de la casa se hizo más respirable. Poco después Biddy, Joe y yo tomamos juntos una cena fría, pero no lo hicimos en la cocina sino en la mejor sala de la

casa. Joe se mostró tan profundamente preocupado por lo que él mismo estaba haciendo con el cuchillo, el tenedor y el salero, que nos cohibió a todos. Pero después de comer, cuando le sugerí que se fumase una pipa y fuésemos a dar una vuelta por la herrería, donde nos sentamos en el gran bloque de piedra que había junto a la puerta, nos sentimos más a nuestras anchas. Advertí que después del entierro Joe había cambiado de traje, combinando su ropa de los días festivos con la de trabajo, lo que daba a mi querido amigo un aspecto más propio de su verdadera naturaleza.

Se alegró mucho de que yo le preguntara si podría dormir en mi cuartito, y me sentí muy satisfecho de haber hecho aquella sencilla petición. Cuando la oscuridad del crepúsculo se hizo más densa, aproveché la ocasión para salir con Biddy al jardín y charlar con ella un rato.

—Biddy —dije—, creo que deberías haberme comunicado por escrito estos tristes acontecimientos.

—¿Lo cree usted, Mr. Pip? —repuso ella—. No se me ocurrió; de lo contrario lo habría hecho.

—No lo tomes como un reproche.

—¿De veras, Pip?

Tenía un aspecto tan humilde, tan aseado y bondadoso y la encontraba tan bonita, que me hubiera sabido mal hacerla llorar, y después de contemplar por un instante sus ojos bajos mientras andaba a mi lado, desvié la conversación hacia otro asunto.

—Supongo que será difícil para ti, querida Biddy, continuar aquí de ahora en adelante, ¿verdad?

—¡Completamente imposible, Mr. Pip! —exclamó apesadumbrada, pero con tono de serena convicción—. He hablado con Mrs. Hubble y hemos quedado de acuerdo en que a partir de mañana viviré con ella. Espero que entre las dos podamos cuidar un poco de Mr. Gargery, al menos hasta que se haya acostumbrado a su nueva vida.

—¿Cómo harás para mantenerte, Biddy? Si necesitas dine...

—¿Que cómo haré para mantenerme? —repitió, ruborizándose—. Se lo diré, Mr. Pip. Procuraré obtener una plaza de maestra en la nueva escuela que pronto acabarán de edificar. Cuento con la recomendación de todo el vecindario, y confío en que sabré ser laboriosa y paciente y que me iré instruyendo yo misma a medida que educo a los demás. ¿Sabe usted, Mr. Pip?, las nuevas escuelas —añadió con una sonrisa, mirándome a los ojos— no son como las antiguas, pero he aprendido mucho de usted y he tenido tiempo de perfeccionarme.

—Te creo capaz de todo mejoramiento, cualquiera que sea la ocasión, Biddy.

—Excepto en lo que concierne a mi lado malo de la naturaleza humana —murmuró.

Aquello no era tanto un reproche como un pensamiento irresistible expresado en voz alta. Pero decidí no hacer ningún comentario al respecto. Paseé un poco más con Biddy, contemplando en silencio sus ojos, que mantenía fijos en el suelo.

—Ignoro los detalles de la muerte de mi hermana, Biddy.

—Poca cosa hay que contar. La pobre pasó cuatro días muy malos, a pesar de que últimamente parecía haber mejorado. Al atardecer, precisamente a la hora del té, tuvo un momento de lucidez y dijo: «Joe». Como hacía tiempo que no pronunciaba palabra, corrí a la

herrería en busca de Mr. Gargery. Ella me hizo señas de que deseaba que él se sentara a su lado y que yo la ayudase a rodear con sus brazos el cuello de su marido. Así lo hice, y ella apoyó la cabeza sobre su hombro muy contenta y satisfecha. Al cabo de un rato repitió el nombre de Joe, luego pronunció la palabra «perdón» y finalmente dijo «Pip». Y ya no volvió a levantar la cabeza. Una hora más tarde la llevamos a su cama, porque nos dimos cuenta de que había fallecido.

Biddy lloraba; el jardín iba cubriéndose de sombras y aparecían estrellas en el firmamento, pero todo se enturbiaba en mis ojos.

—¿No se descubrió nada, Biddy?

—Nada.

—¿Sabes qué ha sido de Orlick?

—Lo he visto alguna vez, y por el color de su ropa me figuro que trabaja en las canteras.

—Así, pues, lo has visto... ¿Por qué miras aquel árbol negro del camino?

—Lo vi allí la misma noche en que ella murió.

—Y no fue la última vez, ¿verdad?

—No; lo he visto hace un momento, mientras paseábamos. Es inútil —agregó, poniendo su mano sobre mi brazo al ver que yo iba a echar a correr—, ya sabe usted que no lo engañaría; ha estado allí menos de un minuto y ha desaparecido.

La idea de que aquel mal sujeto seguía persiguiendo a Biddy aumentó mi indignación y mi furia contra él. Se lo expuse a Biddy, y le indiqué que estaba dispuesto a gastar todo el dinero y a hacer todo lo que fuese necesario para alejar a aquel individuo de la región. Poco a poco ella me indujo a hablar con más calma, y me dijo lo mucho que me quería Joe, que este nunca se quejaba de nada (no aclaró que se tratara de mí, ni había necesidad de hacerlo, pues yo sabía qué quería significar), y que cumplía siempre con su deber, con firmeza, tranquilidad y cariño.

—Realmente, merece todas las alabanzas —observé—, y tendremos que hablar con frecuencia de esas cosas, Biddy, porque ahora os visitaré a menudo. No quiero dejar solo al pobre Joe.

Ella no contestó.

—¿No me oyes, Biddy?

—Sí, Mr. Pip.

—Pasando por alto el que me llames Mr. Pip, que lo encuentro de mal gusto, ¿qué quieres decir con eso?

—¿Qué quiero decir? —preguntó Biddy con voz tímida.

—Biddy —proseguí con tono de firmeza—, quiero saber qué pretendes significar con eso.

—¿Con eso? —repuso ella.

—Vamos, no repitas mis palabras. Antes no solías hacerlo.

—¡No solía hacerlo! ¡Oh, Mr. Pip!

Creí conveniente desviar de nuevo nuestro diálogo hacia otro tema, y después de dar en silencio otra vuelta por el jardín, retomé el asunto principal.

—Biddy —dije—, he hecho una observación respecto a mi intención de venir a ver a Joe con frecuencia, y tú no has contestado nada al respecto. Ten la bondad de decirme la razón de tu silencio.

—¿Así, pues, está usted seguro de que visitará a Joe a menudo? —preguntó deteniéndose en el estrecho caminito del jardín y contemplándome a la luz de las estrellas con sus ojos claros, de mirada honesta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, como si me viera obligado a dejar a Biddy en la desesperación—. Este es realmente un lado malo de la naturaleza humana... Hazme el favor de no decir nada más. Has conseguido que me disguste.

Yo estaba realmente enfadado, y por esa razón no dirigí la palabra a Biddy durante la cena. Cuando me levanté de la mesa para subir a mi antiguo cuartito, le di las buenas noches con toda la dignidad de que fui capaz habida cuenta de los tristes acontecimientos del día. Todas las veces que aquella noche me sentí inquieto, y que fue, por cierto, cada cuarto de hora, me puse a meditar sobre la aspereza con que Biddy me había tratado, la injusticia que había cometido conmigo y el agravio que me había hecho.

Tenía que marcharme a primera hora de la mañana, y al amanecer ya estaba fuera y mirando, sin ser visto, por una de las ventanas de la herrería. Permanecí allí algunos minutos, contemplando a Joe, que ya estaba trabajando, con los vivos colores de la salud y el vigor en su rostro, como si el esplendoroso sol de la vida que le estaba reservada ya brillase en él.

—¡Adiós, querido Joe! No; no te limpies la mano, ¡por Dios! Dámela tal como la tienes, ennegrecida por el trabajo. Regresaré pronto y a menudo.

—Nunca será demasiado pronto —repuso él—, ni demasiado a menudo, Pip.

Biddy estaba esperándome en la puerta de la cocina, con un jarro de leche fresca y un trozo de pan.

—Biddy —le dije al tenderle la mano para despedirme—, no me marchó enfadado, pero sí herido en mi amor propio.

—No sufra usted por eso —suplicó patéticamente—. Deje que sea yo quien sufra, si he sido egoísta.

Mientras me alejaba, comenzó a levantarse la niebla. Si, como supongo, de ese modo pretendía hacerme saber que yo no regresaría más y que Biddy estaba en lo cierto, todo lo que puedo decir es que la niebla tenía razón.

XXXVI

Herbert y yo íbamos de mal en peor, en lo que a nuestras deudas se refiere. De vez en cuando examinábamos nuestras facturas y recibos y dejábamos cada vez más márgenes. El tiempo fue transcurriendo, a pesar de los pesares, y yo llegué a ser mayor de edad, cumpliéndose la predicción de mi amigo, según la cual esto ocurriría sin que me diese cuenta.

Herbert también había alcanzado su mayoría de edad meses antes, pero como para él eso no constituía ninguna ventaja especial, el acontecimiento no produjo gran impresión en la posada de Bernard. En cambio, habíamos esperado mi vigésimo primer aniversario con un sin fin de cálculos y esperanzas, porque los dos suponíamos que mi tutor no podía dejar de decir algo concreto en ocasión tan señalada.

Yo tuve cuidado en avisar en Little Britain el día exacto de mi cumpleaños. La víspera recibí una nota oficial de Wemmick en la que se me comunicaba que Mr. Jaggers se complacería en recibirme a las cinco de la tarde de aquella fecha propicia. Esto acabó de convencernos de que algo importante iba a ocurrir, y cuando me presenté, con puntualidad ejemplar, en el despacho de mi tutor, estaba extraordinariamente nervioso.

Wemmick vino a felicitarme nada más verme, frotándose un lado de la nariz con un pliego de papel de seda, cuyo aspecto me resultó sumamente agradable. Pero no dijo ni una palabra referente al mismo, y con un movimiento de la cabeza me indicó el despacho de mi tutor. Como era noviembre, este se encontraba ante el fuego, con la espalda apoyada contra la chimenea y las manos debajo de los faldones de la levita.

—Hola, Pip —dijo—. Hoy he de llamarte Mr. Pip. Mi enhorabuena, Mr. Pip.

Nos estrechamos la mano (sus apretones siempre eran breves) y le di las gracias.

—Tome usted asiento —dijo.

Mientras yo me sentaba, él seguía en su actitud habitual, mirándose las botas y frunciendo el entrecejo, lo cual me pareció una desventaja para mí, pues me recordó aquella vez que se me hizo sentar sobre una piedra sepulcral. Las dos espantosas mascarillas del estante no estaban lejos de él y ofrecían el aspecto de un par de enfermos de apoplejía que desearan oír nuestra conversación.

—Ahora, joven amigo —empezó mi tutor, como si yo fuese un testigo ante el tribunal—, tenemos que hablar un poco.

—Como guste, señor.

—¿Se da usted cuenta —me preguntó Mr. Jaggers inclinándose más y luego levantando la cabeza, que echó hacia atrás para mirar el techo—, de los gastos que supone la vida que usted lleva y de los recursos de que dispone?

—¿Los gastos que supone, señor?

—Sí, los gastos que supone —repitió él sin dejar de contemplar el techo. Después miró alrededor, sacó un pañuelo del bolsillo y se detuvo antes de llevárselo a la nariz.

Yo había examinado tantas veces mis cuentas que ya no tenía ni idea de cuál era su verdadero estado. Muy a mi pesar, hube de reconocer que era incapaz de contestar a la pregunta. Esto pareció complacer a Mr. Jaggers, que dijo:

—¡Ya me lo figuraba! —Y se sonó con aire de satisfacción—. Bueno, yo le he hecho una pregunta, amigo mío... ¿No tiene usted nada que preguntarme?

—Por supuesto, para mí sería un inmenso alivio poder hacerle algunas preguntas, señor; pero recuerdo su prohibición.

—Hágame una —repuso Mr. Jaggers.

—¿Voy a saber hoy quién es mi bienhechor?

—No. Hágame otra.

—¿Se me hará pronto esta confidencia?

—Deje esto, por el momento —dijo Mr. Jaggers—. Otra pregunta.

Miré en torno, pero no parecía haber forma alguna de escapar al interrogatorio.

—¿He de recibir algo, señor?

A esto, el señor Jaggers dijo con expresión de triunfo:

—¡Ya sabía que llegaríamos aquí! —exclamó Mr. Jaggers con expresión de triunfo, y llamó a Wemmick para que le trajese aquel pliego de papel de seda. Cuando Wemmick se lo hubo entregado, y después de que se marchara, prosiguió—: Ahora, Mr. Pip, haga el favor de prestar atención. Ha estado usted retirando dinero de aquí con extraordinaria regularidad; su nombre figura con mucha frecuencia en el libro de caja de Wemmick, pero, a pesar de ello, habrá contraído usted deudas, ¿no es cierto?

—Temo tener que contestar que así es, señor.

—Usted sabe que ha de responder que sí, ¿no es cierto? —dijo Mr. Jaggers.

—Sí, señor.

—No le pregunto cuánto debe usted, porque lo ignora, y si lo supiese tampoco me lo diría. Sí, sí, amigo mío —exclamó Mr. Jaggers esgrimiendo su dedo como para imponerme silencio, al dar yo muestras de querer protestar—, es posible que usted piense que no lo haría, pero lo haría. Lo sé mejor que usted. Ahora coja este papel, desplieguelo y dígame qué es.

—Es un billete de banco —dije—, de quinientas libras.

—Es un billete de banco —repitió Mr. Jaggers—, de quinientas libras. Y me parece que es una bonita suma. ¿No lo cree usted?

—¡Cómo podría pensar de otro modo!

—Conteste a mi pregunta —dijo Mr. Jaggers.

—Indudablemente.

—De modo que lo considera una bonita suma. Muy bien; pues esta bonita suma, Mr. Pip, le pertenece. Es un regalo que se le hace en este día, como anticipo de sus esperanzas. Y a

razón de esta suma por año, y no más, tendrá usted que vivir hasta que aparezca el donante de la totalidad. Es decir, que tendrá usted que encargarse enteramente de sus asuntos financieros, y retirará de Wemmick ciento veinticinco libras cada trimestre, hasta que se ponga en comunicación directa con la fuente y deje de estarlo con su mero representante. Yo cumplo las instrucciones recibidas y cobro por cumplirlas. Me parecen poco juiciosas, pero no me pagan por opinar.

Empezaba a expresar mi gratitud hacia mi bienhechor por la generosidad con que se me trataba, cuando Mr. Jaggers me interrumpió.

—No me pagan, Pip —dijo fríamente—, para transmitir sus palabras a nadie. —Y luego recogió sus faldones, igual que había recogido sus palabras, y se quedó mirando sus botas, frunciendo el entrecejo como si creyese que abrigaban algún designio contra él.

Después de una pausa, insinué:

—Hace poco le he hecho una pregunta, Mr. Jaggers, que usted me ha aconsejado que aplace por el momento. Espero que no hago mal al repetirla ahora.

—¿De qué se trata? —inquirió.

Yo debería haber supuesto que él no me ayudaría a salir del paso, pero me desconcertó tener que formular de nuevo la pregunta, como si fuese por primera vez:

—Es posible —dije tras un instante de vacilación— que mi protector, la fuente a que usted se refería, Mr. Jaggers, dentro de poco... —Dejé la frase sin concluir delicadamente.

—¿Dentro de poco, qué? —dijo Mr. Jaggers—. Tal como se expresa, esto no resulta una pregunta.

—¿Quizá dentro de poco venga a Londres —dije buscando la manera exacta de expresarme— o me llame a alguna otra parte...

—Mire usted —replicó Mr. Jaggers, fijando por primera vez en mí sus ojos negros y hundidos—, volvamos a la noche en que nos conocimos en su pueblo natal. ¿Qué le dije entonces, Pip?

—Me dijo, Mr. Jaggers, que probablemente transcurrirían años antes de que esa persona apareciese.

—Exacto. Pues esta es mi contestación.

Mientras nos contemplábamos mutuamente, sentí un deseo intenso de sonsacarle algo más. Pero al advertir que él se daba cuenta de ello, comprendí que tenía menos probabilidades que nunca de obtener nada de él.

Mr. Jaggers sacudió la cabeza —no como si respondiera con una negativa a la pregunta, sino como dando a entender la imposibilidad de que le arrancase de modo alguno una contestación—, y al dirigir la mirada hacia las dos horribles mascarillas, me pareció que estaban a punto de estornudar, quizá debido a la excesiva concentración.

—¡Vaya! —dijo Mr. Jaggers, frotándose los muslos con el dorso de las manos—. Le hablaré con franqueza, amigo Pip. Esta es una pregunta que no se debe hacer. Usted lo comprenderá mejor que si le digo que es una pregunta que puede comprometerme. Y eso no es todo; voy a decirle algo más. —Se inclinó tanto para contemplar sus botas que pudo frotarse las pantorrillas durante la pausa que siguió. Al fin, irguiéndose, prosiguió—: Cuando aquella persona se dé a conocer, podrá ponerse de acuerdo con usted directamente, mi intervención en este asunto habrá terminado. Cuando aquella persona se

dé a conocer, no tendré necesidad de saber nada más sobre el particular. Esto es todo lo que puedo decirle.

Me miró fijamente a los ojos hasta que agaché la cabeza, pensativo. De sus últimas palabras deduje que miss Havisham, por alguna razón o sinrazón, no le había dicho nada acerca de su propósito de destinarme a Estella; que esto le tenía resentido y celoso o que verdaderamente desaprobaba tal proyecto y no quería saber nada del mismo. Cuando volví a levantar la cabeza, descubrí que me había estado observando todo el rato con atención perspicaz y que seguía haciéndolo.

—Si esto es todo lo que puede usted decirme, señor —observé—, tampoco me queda nada que decir.

Él hizo un gesto de asentimiento, sacó el reloj que los ladrones tanto temían y me preguntó dónde iba a comer.

Contesté que en mi propia habitación, con Herbert, y como cumplido de rigor le rogué que nos honrase con su presencia, lo cual aceptó enseguida. Pero insistió en ir a casa conmigo, para evitar que yo hiciese ningún preparativo en su honor. Sin embargo, antes tenía que escribir un par de cartas y, desde luego, lavarse las manos. Por consiguiente, dije que lo esperaría en el despacho de Wemmick, conversando con este.

El hecho era que en cuanto metí las quinientas libras en mi bolsillo, se me ocurrió una idea que ya me había asaltado otras veces, y me pareció que nadie mejor que Mr. Wemmick podía aconsejarme sobre el particular.

Él había ya cerrado la caja y se disponía a marcharse a su casa. Había abandonado su pupitre y había puesto los dos mugrientos candeleros en un estante, junto a la puerta, para apagarlos al salir; había cubierto el fuego con la ceniza, tenía a punto su sombrero y su abrigo, y estaba golpeándose el pecho con la llave de la caja, como para hacer algo de ejercicio después del trabajo.

—Mr. Wemmick —le dije—; deseo pedirle un consejo. Tengo grandes deseos de servir a un amigo.

Wemmick cerró su boca semejante a un buzón y sacudió la cabeza, como si su opinión fuese decididamente contraria a cualquier funesta debilidad de aquella índole.

—Este amigo —proseguí— se propone emprender un negocio, pero no cuenta con capital, y los comienzos le resultan difíciles y desalentadores. Yo querría ayudarlo de algún modo para que pueda empezar.

—¿Con dinero? —preguntó Wemmick con tono más áspero que el papel de lija.

—Con *algún* dinero —respondí, porque me asaltó el inquietante recuerdo de aquel simétrico fajo de papeles que tenía en casa—, y, quizá, con algún anticipo de mis esperanzas.

—Mr. Pip —dijo Wemmick—, me gustaría que se molestase usted únicamente en ir contando los puentes que hay desde aquí hasta Chelsea Reach. Vamos a ver: el de Londres, uno; el de Southwark, dos; el de Blackfriars, tres; el de Waterloo, cuatro; el de Westminster, cinco; el de Vauxhall, seis. —Había marcado los puentes, uno después de otro, con la llave sobre la palma de la mano—. Como usted ve, tiene seis para elegir. Pues bien: elija usted su puente, Mr. Pip, vaya usted paseando hasta él y una vez allí arroje usted su dinero al

Támesis y verá el fin de sus recursos económicos. Ayude a un amigo con ellos y quizá vea usted también su fin, pero este será mucho menos agradable y provechoso.

Habría podido meter un periódico en su boca de tan ancha como se le puso después de pronunciar aquellas palabras.

—Lo que usted dice —repuse—, es muy desalentador.

—Desde luego —contestó Mr. Wemmick.

—Entonces en su opinión un hombre jamás debería...

—¿Invertir bienes muebles en un amigo? No, por cierto. A menos que quisiera deshacerse de su amigo, y aun entonces sería cuestión de saber cuántos bienes muebles vale la pena de sacrificar para deshacerse de él.

—¿Es esta su firme opinión, Mr. Wemmick?

—Esta es mi firme opinión en esta oficina —respondió.

—¡Ah! —exclamé presionándolo, porque me pareció advertir una escapatoria—. Pero ¿sería su parecer en Walworth?

—Mr. Pip —replicó gravemente—, Walworth es un lugar y esta oficina es otro. Del mismo modo que el anciano es una persona y Mr. Jaggers es otra. No hay que confundirlos. Mis sentimientos de Walworth deben ser expresados en Walworth; en esta oficina solo pueden expresarse mis sentimientos oficiales.

—Perfectamente —dije con alivio—. En ese caso, cuente con que iré a verlos en Walworth.

—Mr. Pip —repuso él—, será usted bienvenido allí con carácter personal y particular.

Sostuvimos esta conversación en voz baja, porque sabíamos que el oído de mi tutor era de los más agudos que pueden existir. Al aparecer él en la puerta, Wemmick se puso el abrigo y se quedó atrás para apagar las bujías. Los tres salimos juntos a la calle, y, desde el portal, Wemmick tomó su camino y Mr. Jaggers y yo el nuestro.

Aquella noche sentí más de una vez el deseo de que Mr. Jaggers tuviese un anciano en Gerrard-Street, o un Stinger o algo o alguien que le aclarase un poco el ceño. Era una consideración desconsoladora en un vigésimo primer cumpleaños, que la mayoría de edad pareciera valer tan poco la pena en un mundo tan precavido y desconfiado como él lo entendía. Era mil veces más instruido e inteligente que Wemmick y, no obstante, yo habría preferido mil veces que fuese Wemmick quien compartiese nuestra mesa. Y no fue solo a mí a quien la actitud de Mr. Jaggers entristeció profundamente, porque luego que se hubo marchado, Herbert dijo, abatido y con los ojos fijos en el fuego, que se sentía como si hubiese cometido un crimen y lo hubiera olvidado.

XXXVII

Tras llegar a la conclusión de que el domingo era el día más indicado para conocer los sentimientos de Mr. Wemmick en Walworth, dediqué la tarde del domingo siguiente a hacer una peregrinación al castillo. Al llegar ante sus murallas vi izada la bandera de Gran Bretaña y levantado el puente levadizo, pero sin arredrarme por este alarde de desafío y resistencia, llamé a la verja y fui introducido, de la manera más pacífica, por el anciano.

—Mi hijo, señor —explicó el viejo después de asegurar el puente levadizo—, suponía que usted vendría por aquí, y dejó dicho que no tardaría en regresar de su paseo. Mi hijo es muy metódico en sus paseos. De hecho, es muy metódico en todo.

Saludé al anciano con tantas reverencias como habría podido hacerle el mismo Wemmick, y entramos y nos sentamos cerca del fuego.

—Usted debe de haber conocido a mi hijo en la oficina, ¿verdad? —dijo el viejo con su vocecilla de pájaro, mientras se calentaba las manos en la llama. Asentí con la cabeza y él añadió—: Me han dicho que mi hijo es muy experto en su profesión. ¿Es cierto eso, señor?

—Sí, eso dicen.

—¿Su oficio, señor, también es la abogacía?

Volví a asentir, con mayor energía que antes.

—Y esto es muy extraño en mi hijo —dijo el anciano—, porque no fue educado para la abogacía sino para el negocio de tonelería.

Sentí curiosidad por saber hasta qué punto el viejo estaba al corriente de las actividades de Mr. Jaggers, y le grité este nombre. Se echó a reír y respondió:

—No, de ninguna manera; tiene usted razón.

Aquello hizo que me sintiese confuso, y aún hoy no tengo la menor idea de lo que quiso decir o qué broma se figuró que había hecho yo.

Como me era imposible estar allí sentado moviendo continuamente la cabeza, le pregunté a voz en cuello si su propia profesión había sido la de tonelero.

A fuerza de repetir la palabra a gritos, conseguí hacerme entender.

—No —respondió el anciano—, yo era almacenista. Primero allí arriba —parecía querer indicar lo alto de la chimenea, pero creo que se referiría a Liverpool—, y luego aquí, en Londres. Sin embargo, como soy algo duro de oído, no sé si usted lo habrá advertido...

Expresé con diversos ademanes mi más absoluta sorpresa.

—Sí, algo duro de oído..., de modo que mi hijo se dedicó al foro y se encargó de mí, y poco a poco he logrado tener esta elegante y hermosa propiedad. Pero volviendo a lo que

usted decía —prosiguió el viejo, riéndose otra vez de muy buena gana—, lo que digo es que no, de ningún modo; tiene usted razón.

Yo me preguntaba, modestamente, si el mayor esfuerzo de mi ingenio me habría permitido decir algo que le hubiese divertido siquiera la mitad de lo que le divertía aquella broma imaginaria, cuando me alarmó un súbito crujido de la pared, a un lado de la chimenea, y ver abrirse, de manera espectral, una puertecita de madera con la palabra «John» pintada en su parte interna. El viejo siguió la dirección de mi mirada y exclamó triunfalmente:

—¡Ya está aquí mi hijo!

Y los dos salimos al puente.

Valía verdaderamente todo el oro del mundo ver a Wemmick saludarme desde el otro lado del foso, cuando en realidad hubiéramos podido perfectamente estrecharnos la mano por encima del mismo. El anciano estaba tan encantado de hacer funcionar el puente levadizo, que me ofrecí para ayudarlo, y permanecí inmóvil hasta que Wemmick pasó a nuestro lado y me presentó a miss Skiffins, una dama que lo acompañaba.

Miss Skiffins parecía hecha de madera y pertenecía, como su acompañante, al ramo de las bocas de buzón. Tal vez fuese dos o tres años más joven que Wemmick, y la juzgué poseedora de bienes transportables. De cintura para arriba el corte de su vestido, tanto por delante como por detrás, hacía que su figura semejase la de un cometa, y el color de su traje quizá fuese excesivamente anaranjado así como demasiado vivo el verde de sus guantes. Pero parecía una buena persona y se mostraba muy atenta con el anciano. No tardé en descubrir que visitaba a menudo el castillo, porque al entrar, y al felicitar yo a Wemmick a propósito de su ingenioso artificio para anunciar su llegada al anciano, me rogó que observase por un instante el otro lado de la chimenea, tras lo cual desapareció. Poco después se oyó otro crujido y se abrió la puertecilla que tenía escrito el nombre de miss Skiffins; después esta se cerró y se abrió otra que ostentaba el nombre de «John», hasta que por fin ambas se cerraron simultáneamente. Al volver Wemmick de hacer funcionar estos mecanismos, le expresé mi admiración, y dijo:

—Verá usted, esas dos puertecitas divierten al anciano y le son de utilidad, y además, señor, vale la pena indicar que de todos los que han pasado por esta puerta solo conocemos el secreto de estos resortes el anciano, miss Skiffins y yo.

—Y Mr. Wemmick las ha inventado y las ha hecho con sus propias manos —añadió miss Skiffins.

Mientras miss Skiffins se quitaba el gorro (aunque conservó los guantes puestos toda la noche, como señal exterior de que había visita), Wemmick me invitó a dar una vuelta por su finca y a ver qué aspecto tenía la isla en invierno. Suponiendo que lo hacía para ofrecerme la ocasión de conocer sus sentimientos de Warworth, aproveché la oportunidad cuando estuvimos fuera del castillo.

Como había meditado sobre el asunto hasta su mínimo detalle, hablé de él como si fuera la primera vez que lo hacía. Informé a Wemmick de que me interesaba por Herbert Pocket. Le expliqué cómo nos habíamos conocido y cómo nos habíamos peleado. Me referí a la familia de Herbert, al carácter de este y al hecho de que no contaba con más recursos que los que podía procurarle su padre, y que estos eran inseguros e impuntuales. Mencioné las

ventajas que en mi primera época de vulgaridad e ignorancia había obtenido yo de su compañía y confesé mis temores de haberlas recompensado bastante mal y de que él hubiese estado mejor sin mí y mis esperanzas. Dejando a miss Havisham muy lejos, en último término, me referí a la posibilidad de que yo hubiese desbancado a mi amigo en sus posibilidades de fortuna, y a la certidumbre de que él poseía un alma generosa y estaba muy por encima de desconfianzas mezquinas, ingratitudes y maquinaciones. Por todas estas razones (y porque Herbert era amigo y compañero de mi juventud, y yo sentía gran afecto por él), manifesté a Wemmick que deseaba que mi buena fortuna también lo beneficiase, por ello buscaba consejo en la experiencia de Wemmick y en el conocimiento que él tenía de los hombres y los negocios, para ver de qué manera podía con mis recursos favorecer a Herbert, por el momento con un ingreso —digamos de unas cien libras al año, para darle ánimo— y, poco a poco, llegar a comprarle alguna pequeña participación en un negocio. Supliqué a Wemmick, en resumen, que tuviese en cuenta que mi ayuda debía hacerse efectiva sin que mi amigo se enterara de ello ni lo sospechase siquiera, y que yo no tenía en el mundo nadie más a quien consultar. Para finalizar, le puse una mano sobre el hombro y dije:

—No puedo por menos que confiar en usted, aun cuando comprendo que esto ha de causarle molestias; pero la culpa es suya por haberme traído aquí.

Wemmick guardó silencio por un instante, y después dijo con cierto sobresalto:

—¿Sabe usted, Mr. Pip?, eso es ser verdaderamente bondadoso.

—Entonces, dígame que me ayudará.

Sacudió la cabeza y susurró:

—No es esa mi profesión.

—Tampoco es aquí, en su casa, donde la ejerce.

—Tiene usted razón —contestó—; en eso ha acertado. Mr. Pip, lo pensaré y creo que todo lo que usted desea hacer puede llevarse a cabo poco a poco. Skiffins (el hermano de miss Skiffins) es contable y agente de negocios. Lo veré y procuraré que haga algo por usted.

—Se lo agradeceré muchísimo.

—Al contrario —repuso él—, soy yo quien le debe gratitud, porque aunque nuestra conversación sea de carácter estrictamente privado y personal, puede decirse que hay por aquí alguna telaraña de Newgate, y eso ayuda a quitarlas.

Después de hablar unos minutos más sobre el tema, regresamos al castillo, donde hallamos a miss Skiffins preparando el té. La delicada misión de preparar las tostadas estaba confiada al anciano, quien se hallaba tan entregado a ella que me pareció en inminente peligro de que se le derritiesen los ojos. No era un refrigerio nominal el que íbamos a tomar, sino una realidad sustanciosa. El anciano preparó una montaña tal de tostadas con mantequilla que yo apenas podía verlo desde el otro lado, mientras iba amontonándolas para que se conservasen calientes en un soporte de hierro que pendía de la barra superior; en tanto que miss Skiffins hacía tal cantidad de té que el cerdo, en su pocilga, se excitó sobremanera y expresó repetidamente su deseo de participar en el banquete.

La bandera fue arriada y el cañón oportunamente disparado, y yo me sentía tan agradablemente aislado del resto de Walworth como si el foso tuviese treinta metros de ancho y otros tantos de profundidad. Nada turbaba la paz del castillo, como no fueran las puertas «John» y «Miss Skiffins», que de vez en cuando se abrían y cerraban, pues ambas parecían presa de algún mal espasmódico que hizo que me sintiese algo nervioso, hasta que me acostumbré a su ruido. Del carácter metódico de los preparativos de miss Skiffins deduje que preparaba el té allí todos los domingos por la tarde, y hasta sospeché que un clásico camafeo que lucía y que representaba el perfil de una extraña mujer de nariz recta y una luna muy nueva, era un objeto de valor portátil regalado por Wemmick.

Nos comimos todas las tostadas y bebimos té en cantidad proporcionada, y era delicioso advertir el calor que teníamos y lo grasientos que estábamos todos después. El anciano, sobre todo, podía haber pasado por un pulcro y viejo jefe de una tribu salvaje. Después de un breve descanso, miss Skiffins —en ausencia de la criada, quien se recogía en el seno de su familia los domingos por la tarde— lavó los cacharros con aires de gran señora que lo hiciese solo por capricho, para entretenerse, sin causar molestia a nadie. Después volvió a ponerse los guantes, todos nos sentamos cerca del fuego y Wemmick dijo:

—Ahora, padre, va usted a recrearnos con el periódico.

Mientras el anciano sacaba sus gafas, Wemmick me explicó que aquello formaba parte del ritual, y que al viejo caballero le gustaba leer las noticias en voz alta.

—Hay que excusarlo, porque el pobre no puede procurarse muchas diversiones, ¿verdad, padre?

—Tienes razón, John, tienes razón —respondió el viejecito al ver que su hijo le hablaba.

—Ahora, hágale un gesto de complacencia con la cabeza cada vez que levante los ojos del periódico y hará usted que se sienta más feliz que un rey. Somos todo oídos, padre.

—Está bien, John, está bien —contestó el alegre viejecito, tan entusiasmado y contento que resultaba verdaderamente encantador.

La lectura del anciano me recordó las clases de la tía abuela de Mr. Wopsle con la agradable particularidad de que parecía llegarnos a través del ojo de una cerradura. Como necesitaba tener las velas cerca, y como siempre estaba a punto de poner su cabeza o el periódico en contacto con la llama, era necesario tener con él más cuidado que con un polvorín. Pero Wemmick era tan infatigable en la vigilancia como cariñoso en el trato, y el anciano iba leyendo, completamente ignorante de las muchas veces que su hijo lo salvaba de abrasarse. Cada vez que nos dirigía una mirada todos expresábamos mucho interés y gran sorpresa, y asentíamos con la cabeza hasta que continuaba leyendo.

Wemmick y miss Skiffins estaban sentados uno al lado del otro, y desde mi rincón en la sombra observé un lento y gradual ensanchamiento de la boca del primero, que coincidía con un lento y gradual movimiento de su brazo para rodear la cintura de la segunda. Más tarde vi aparecer su mano por el otro lado de miss Skiffins; pero en el mismo instante esta la detuvo hábilmente con su guante verde, desprendió el brazo de su cintura, como si se tratara de una prenda de vestir, y con la mayor calma lo puso encima de la mesa. La serenidad de aquella mujer era una de las cosas más notables que he visto, y si hubiese podido considerar compatible aquel acto con una abstracción absoluta, habría creído que miss Skiffins lo realizaba maquinalmente.

Poco después observé que el brazo de Wemmick volvía a desaparecer lentamente. Luego su boca empezó a ensancharse de nuevo. Tras permanecer expectante por unos segundos, que se me hicieron eternos, vi aparecer su mano al otro lado de miss Skiffins. Repentinamente esta la detuvo con la destreza de un boxeador, se quitó aquel ceñidor como la vez anterior y lo depositó sobre la mesa. Suponiendo que la mesa representase el camino de la virtud, puedo declarar que durante toda la lectura del anciano la mano de Wemmick se desviaba continuamente de él, pero era reconducida de nuevo por miss Skiffins.

El anciano acabó por adormecerse con el susurro de su propia voz. Este fue el momento esperado por Wemmick para sacar un jarrito, una bandeja con vasos y una botella con un tapón rematado por una porcelana que representaba una especie de dignatario eclesiástico gordinflón y sonriente. Tomamos, pues, todos algo caliente, incluso el anciano, que se había despertado. Miss Skiffins hizo la mezcla, y me di cuenta de que ella y Wemmick bebían del mismo vaso. Naturalmente, me abstuve de ofrecerme para acompañar a miss Skiffins a su casa, y creí prudente retirarme el primero. Me despedí, pues, del anciano después de haber pasado una agradable velada.

No había transcurrido una semana cuando recibí una carta de Wemmick en la que me comunicaba que creía haber hecho algún progreso en lo referente a lo tratado en nuestra conversación personal y privada, y que le sería muy grato recibirme en su casa para tratar del caso. Por ello, volví a Walworth varias veces y tuve con él algunas entrevistas en la City, pero nunca hablamos del asunto ni en Little Britain ni en las cercanías de esta. Como consecuencia de todo ello, nos pusimos en contacto con un joven comerciante o consignatario, persona seria recientemente establecida, a quien hacía falta capital, y a la que, indudablemente, a medida que progresara el negocio le convendría contar con un socio. Él y yo firmamos documentos secretos relativos a Herbert, y le pagué al contado la mitad de mis quinientas libras, comprometiéndome a efectuar otros pagos, algunos de ellos en fechas que coincidían con el cobro de mis rentas, y otros fijados para cuando yo entrase en posesión de mi fortuna. El hermano de miss Skiffins se encargó de las negociaciones, y aunque Wemmick intervino en todo, nunca figuró en nada.

Todo fue llevado a cabo con tanta cautela que Herbert no sospechó ni por un instante mi intervención directa en el asunto. Recordaré siempre su expresión radiante al llegar a casa una tarde para comunicarme la sensacional noticia de que se había entablado relación con un tal Clarriken (que así se apellidaba el joven consignatario), quien le había testimoniado mucha simpatía. Por lo tanto, creía que por fin iba a presentársele la tan anhelada ocasión de realizar sus proyectos. A medida que transcurrían los días y aumentaban sus esperanzas, debió de figurarse que yo era un amigo extraordinariamente afectuoso, pues a punto estaba de llorar de alegría al ver su felicidad y mi triunfo. Finalmente, el día en que entró a formar parte de la casa Clarriken, después de haberme estado hablando toda la noche de su nueva situación con entusiasmo rayano en la exaltación, al acostarme vertí abundantes lágrimas pensando que mis anhelos habían beneficiado a alguien.

Se ofrece ahora ante mi vista un acontecimiento que fue el punto decisivo de mi existencia. Pero antes de proceder a su narración y de mencionar los cambios que produjo, he de dedicar un capítulo a Estella, quien durante tanto tiempo llenó mi corazón.

XXXVIII

Si después de mi muerte aquella tranquila mansión de Richmond recibiese algún día la visita de los espíritus, entre estos se encontraría también el mío, indudablemente. ¡Oh, cuántas noches y días mi inquieto espíritu la visitó mientras Estella vivió en ella! Dondequiera que se hallase mi cuerpo, mi espíritu nunca dejaba de vagar por aquella casa.

Mrs. Brandley, con quien vivía Estella, era viuda y tenía una hija algunos años mayor que esta. La madre parecía joven, y la hija, en cambio, vieja. Aquella tenía el cutis rosado, y esta amarillento; la madre era aficionada a la frivolidad y la hija a la teología. Disfrutaban de lo que se considera una posición social holgada y tenían relaciones tan adecuadas como numerosas. Poca o ninguna afinidad de sentimientos existía entre la madre y sus amigos y Estella. Pero todos parecían estar de acuerdo en que la buena mujer necesitaba de sus amistades y estas de ella. Mrs. Brandley había sido amiga de miss Havisham antes del voluntario encierro de la benefactora de Estella.

Dentro y fuera de la casa de Mrs. Brandley sufrí las mayores torturas que Estella pudo causarme. La naturaleza de mis relaciones con ella, que me colocaban en términos de familiaridad pero no así en términos de favor, produjo en mí una profunda perturbación mental. Se servía de mí para atormentar a otros admiradores y aprovechaba la misma familiaridad que existía entre nosotros para reaccionar con desdén ante mi devoción por ella. Si yo hubiese sido su secretario, su mayordomo, su hermanastro, un pariente pobre o el hermano pequeño de su futuro esposo, no habría podido sentirme más alejado de mis esperanzas cuando más cerca de ella me hallaba. El privilegio de llamarla por su nombre de pila y de que ella me llamase por el mío resultaba, en aquellas circunstancias, un agravamiento de la prueba que tenía yo que sufrir; y de la misma manera que me figuro que esto hacía enloquecer a sus demás admiradores, sé perfectamente que a punto estuvo de hacerme enloquecer a mí.

Sus pretendientes eran innumerables. Sin duda, mis celos me hacían ver uno en cada varón que se acercaba a ella, pero aun sin esto había cortejadores más que suficientes.

La vi con frecuencia en Richmond, tuve a menudo noticias de ella en Londres, la llevé muchas veces, junto con las Brandley, a pasear en barca; hubo meriendas, festivales, juegos, ópera, conciertos, excursiones, reuniones y toda clase de esparcimientos durante los cuales la perseguí con la más afanosa de las solicitudes, pero todas ellas supusieron para mí un padecimiento, una verdadera desventura. En su compañía nunca tuve ni una sola hora de felicidad, y no obstante me pasaba las veinticuatro horas del día sin pensar en otra cosa que en la dicha de tenerla a mi lado hasta la muerte.

En todo este período de nuestra relación (que duró mucho, como podrá verse) ella se acostumbró a expresarse con un tono que daba a entender que aquella nos había sido impuesta. Sin embargo, había momentos en que abandonaba ese tono y parecía compadecerse de mí.

—Pip, Pip —me dijo cierta noche en que había adoptado esta actitud, mientras estábamos sentados bajo una ventana en la casa de Richmond—. ¿Nunca hará usted caso de las advertencias?

—¿De qué advertencias?

—De las mías.

—¿Llamándome la atención para que no me deje atraer por usted, quiere decir?

—¡Quiero decir! Si no comprende lo que quiero decir es que no tiene discernimiento. Es usted ciego.

Estuve tentado de contestar que muchos consideraban que el amor era ciego, pero no me atreví. Por otra parte, sabía que ella no tenía más remedio que obedecer a miss Havisham. Mi preocupación era que esta convicción me perjudicaría tal vez ante su orgullo y provocaría por mi causa una lucha rebelde en su corazón.

—En cualquier caso —contesté— últimamente no me ha hecho advertencia alguna, porque esta vez usted misma me escribió para que viniese.

—Es cierto —repuso Estella con su habitual expresión de indiferencia. Permaneció un momento contemplando el espectáculo imponente de la puesta de sol, y añadió—: Ha llegado la hora en que miss Havisham desea que yo esté siempre con ella en Satis. Usted tendrá que conducirme allí y volver a traerme aquí, si ese es su deseo. No quiere que viaje sola, y se niega a recibir a mi sirvienta porque aborrece relacionarse con esa clase de gente. ¿Puede usted acompañarme?

—¿Y me pregunta usted si puedo acompañarla?

—Entonces, ¿puede? De ser así, pasado mañana. Pero tendrá usted que abonar mis gastos de bolsillo. Tal es la condición... ¿Está usted conforme?

—Sí, he de obedecer —respondí.

Esa fue toda la preparación que recibí para aquella visita y para otras por el estilo. Miss Havisham nunca me escribió, ni vi jamás una sola línea escrita de su puño y letra. Dos días después fuimos a su casa y la encontramos en la habitación donde yo la había visto por primera vez. Inútil decir que la casa de Satis no había sufrido ningún cambio.

Miss Havisham estaba aún más espantosamente encariñada con Estella que la última vez que las vi juntas. Empleo adrede la palabra «espantosamente» porque en verdad había algo tremebundo en la energía que puso en sus miradas y sus abrazos. Estaba fascinada por la belleza de Estella, el timbre de sus palabras y la soltura de sus ademanes. Por eso, al contemplarla se mordía los dedos, temblorosos, como si estuviese devorando la hermosa criatura que había criado.

Después de contemplar a Estella volvió hacia mí una mirada escudriñadora que parecía traspasar mi corazón y hurgar en mis heridas.

—¿Cómo te trata, Pip? —me preguntaba repetidamente con el ansia de una bruja, a veces incluso en presencia de Estella, que estaba oyendo—. Pero cuando nos sentamos por la noche junto al fuego vacilante, su actitud fue extremadamente fantástica, pues cogió a

Estella de la mano y fue sonsacándole, a fuerza de referirse a lo que en sus cartas le había explicado, el nombre y condición de los hombres que la festejaban. Y mientras miss Havisham se deleitaba con este relato del modo que solo podía hacerlo un alma mortalmente herida y perturbada, descansaba la otra mano en su muleta y apoyaba sobre ella la barbilla, con los ojos centelleantes y la mirada extraviada, lo cual hacía que pareciese un verdadero espectro.

Yo veía en ello (a pesar de lo desgraciado que me hacía sentir, y de la amarga sensación de dependencia e incluso de degradación que despertaba en mí), la prueba clara de que Estella estaba destinada a descargar sobre la cabeza de los hombres la venganza de miss Havisham, y que no sería entregada hasta que esta se hubiese valido de la joven para dicho objeto durante algún tiempo. Este era el motivo, en mi opinión, de que me la hubiese destinado de antemano. Al mandarla a presencia de la gente para atraer, martirizar y causar daño, miss Havisham lo hacía con la perversa certidumbre de que se hallaba fuera del alcance de todos los admiradores, y de que quienes arriesgasen algo por ella perderían inevitablemente, y yo era torturado de la misma manera perversa, aunque al final me estuviese reservado el premio. Ese era el motivo, evidentemente, de que me rechazara y por el cual mi tutor se negaba a confesar que estaba al corriente de esas intenciones. Veía, en fin, a miss Havisham tal como aparecía entonces ante mis ojos, y la inconfundible sombra de la lúgubre y malsana mansión donde ocultaba su triste existencia huyendo de la gloriosa luz del sol.

Las bujías que iluminaban la habitación estaban colocadas en candelabros fijos en la pared. Se hallaban a bastante altura del suelo y hacían que la atmósfera resultase aún más enrarecida. Cuando miré alrededor y contemplé su débil resplandor, que iluminaba apenas el reloj parado y las prendas nupciales arrugadas y apolilladas esparcidas sobre la mesa y por el suelo, y vi la fantasmagórica sombra de miss Havisham reflejada en el techo y la pared por las llamas del hogar, descubrí en todo aquello algo semejante a un eco de la interpretación que mi pensamiento acababa de formar. Fijé entonces toda mi atención en la gran sala del otro lado del rellano de la escalera, y me pareció verlo escrito en las telarañas del centro de la mesa, en el movimiento de las arañas encima del mantel, en las huellas de los ratones que iban a esconder sus diminutos corazones detrás de los paneles de madera y en las vacilaciones y los frecuentes altos que hacían en su marcha las cucarachas.

Durante esa visita se produjo una disputa entre Estella y miss Havisham. Era la primera vez que las veía discutir.

Estábamos sentados junto al fuego, como acabo de describir, y miss Havisham aún sujetaba la mano de Estella, cuando la joven comenzó a desasirse poco a poco. Yo había contemplado la escena con muestras de orgullosa impaciencia más que de amor apasionado.

—¡Qué! —exclamó miss Havisham mirándola con ojos centelleantes—, ¿estás cansada de mí?

—No; solo estoy algo cansada de mí misma —contestó Estella separando su mano de la de miss Havisham, y, acercándose a la gran chimenea, se quedó pensativa contemplando el fuego.

—¡Dime la verdad, ingrata! —exclamó miss Havisham al tiempo que golpeaba el suelo con su bastón—. ¡Estás cansada de mí!

Estella la miró con expresión impasible y luego volvió a contemplar el fuego. Su graciosa figura y su hermoso rostro expresaban tan desdeñosa indiferencia por el salvaje ardor de la anciana que casi parecía cruel.

—¡Tienes un corazón de piedra! —exclamó miss Havisham.

—¿Qué? —replicó Estella con frialdad—. ¿Es usted la que me reprocha que sea insensible? ¿Usted?

—¿Acaso no lo eres? —preguntó miss Havisham con tono mordaz.

—Tendría usted que saberlo perfectamente, puesto que no soy nada más que lo que ha hecho de mí. Para usted han de ser las alabanzas o las censuras. Tiene que conformarse con el éxito o con el fracaso, puesto que soy su obra.

—¡Miradla, miradla! —gritó amargamente miss Havisham—. ¡Se muestra dura e ingrata en el hogar donde se ha criado, donde la admití cuando mi corazón comenzaba a sangrar por sus recientes heridas y donde le prodigué ternura durante tantos años!

—Pero yo al menos no tuve nada que ver con el convenio —replicó Estella—, ya que cuando este se llevó a cabo yo apenas sabía andar y hablar. Fue usted muy buena conmigo, se lo debo todo, pero ¿qué es lo que quiere?

—Amor —contestó la otra.

—Ya lo tiene.

—No, no lo tengo —replicó miss Havisham.

—Usted es mi madre adoptiva —dijo Estella sin abandonar su actitud esquiva ni dejarse arrastrar por la cólera o la ternura—, se lo debo todo. Cuanto poseo le pertenece, y lo que me ha dado está a su disposición. Puede quitármelo cuando le plazca. No tengo absolutamente nada más que esto. Y si me pide que le dé lo que usted nunca me dio ¿cómo podré complacerla, si ni mi gratitud ni mi deber pueden hacer imposibles?

—¡Dice que nunca le di amor! —exclamó miss Havisham volviéndose hacia mí—. ¿Por ventura jamás le di un amor ardiente inseparable de los celos y de un profundo sufrimiento? ¿Cómo puede hablarme así? ¡Dejadla que diga que estoy loca!

—¿Y por qué he de llamarla loca? —replicó Estella—. Yo menos que nadie, porque ¿acaso hay alguien en el mundo que conozca mejor que yo sus inquebrantables propósitos, su tenacidad, y su memoria extraordinaria? Yo, que estuve sentada junto a este hogar y en ese mismo taburete que tiene usted a su lado, aprendiendo sus lecciones y contemplando su rostro, incluso cuando su expresión me causaba espanto.

—¡Pronto lo has olvidado! —exclamó con voz plañidera miss Havisham.

—No lo he olvidado —repuso Estella—. Lo recuerdo todo. ¿Cuándo me mostré infiel a sus enseñanzas? ¿Cuándo ha notado que yo albergara aquí, en mi pecho, un sentimiento que no haya sido inspirado por usted? Sea justa conmigo.

—¡Oh, qué orgullosa eres! —gimió miss Havisham echándose hacia atrás con las manos el cabello encanecido.

—¿Quién me enseñó a ser altiva? —replicó Estella—. ¿Quién me colmaba de alabanzas cuando yo demostraba haber aprendido la lección?

—Tan insensible, tan dura... —susurró miss Havisham, abatida.

—¿De quién aprendí a ser dura? —dijo Estella.

—¡Pero no a serlo conmigo! —vociferó miss Havisham levantando los brazos en alto—. ¡Estella, Estella, Estella! ¿Cómo puedes ser orgullosa conmigo?

La joven la miró por un instante sin dar muestras de la menor turbación; luego volvió a contemplar el fuego.

—No acierto a comprender —dijo Estella, tras una pausa— por qué se ha de mostrar usted tan poco razonable cuando la visito después de una separación. Nunca olvidé sus agravios y sus causas. Jamás fui infiel a usted ni a sus enseñanzas. Tampoco me acusé nunca de la menor debilidad.

—¿Te parecería una debilidad corresponder a mi amor? —preguntó miss Havisham.

—Empiezo a pensar —repuso Estella, como si hablase consigo misma, después de cavilar por unos segundos— que casi comprendo el motivo de todo eso. Si usted hubiese criado a su hija adoptiva encerrada en estas lúgubres habitaciones y no le hubiese permitido saber que existía la luz del sol, y luego, por algún motivo desconocido hubiese pretendido que comprendiese qué era la luz del sol y estuviese enterada de todo respecto a ella, ¿se habría enfadado al ver que se equivocaba?

Miss Havisham, con la cabeza entre las manos, gemía débilmente y se balanceaba en su silla sin pronunciar palabra.

—O bien —prosiguió Estella—, y este es un caso más parecido, si usted le hubiese enseñado desde el primer albor de su inteligencia, con todo su poder y energía, que la luz diurna existía pero que había sido creada para convertirla en su enemiga y su destructora, y que siempre debía evitarla porque a usted la había marchitado y a ella acabaría por ajarla también; si usted hubiese hecho esto, y después, para algún fin de los suyos, pretendiera que se aficionase naturalmente a la luz del día y ella no pudiese hacerlo, ¿se habría enfadado al sentirse decepcionada?

Miss Havisham seguía escuchando (o así me lo parecía, pues no podía verle el rostro), pero tampoco contestó.

—Por lo tanto —dijo Estella—, hay que tomarme como se me ha hecho. Ni el éxito ni el fracaso son míos, pero los dos me han convertido en lo que soy.

Miss Havisham se había sentado en el suelo, no sé cómo, entre las mustias reliquias que había esparcidas en él. Aproveché aquel momento propicio para abandonar la habitación, después de implorar con un ademán la atención de Estella. Cuando salí, esta continuaba de pie junto a la chimenea, como había permanecido todo el rato. El cabello gris de miss Havisham estaba esparcido por el suelo entre las demás ruinas nupciales y ofrecía un triste aspecto.

Con el corazón oprimido estuve paseando una hora o más, bajo la tenue claridad de las estrellas, por el patio de la cervecería y el jardín abandonado. Cuando por fin me sentí con ánimo para regresar a la habitación, encontré a Estella sentada en las rodillas de miss Havisham, dando unos puntos a una de aquellas viejas prendas de vestir que se caían a pedazos y a menudo me habían hecho pensar en los descoloridos jirones de antiguas banderas que había visto colgados en las catedrales. Más tarde, Estella y yo jugamos a cartas, como en otros tiempos —pero ahora teníamos más práctica y utilizábamos naipes franceses— y así pasó la velada, hasta que fui a acostarme.

Dormí en el edificio que se alzaba al otro lado del patio. Era la primera vez que pasaba la noche en aquella casa y no podía conciliar el sueño. Mil señoritas Havisham me asediaban. Se me aparecían a un lado de la almohada, al otro, a la cabecera de la cama, a los pies, detrás de la puerta entreabierta del tocador, en el tocador mismo, en la habitación del piso superior, en la de abajo, en todas partes. Por último, hacia las dos de la madrugada, cuando ya la noche se arrastraba lentamente, sentí que aquel lugar se me hacía absolutamente insoportable, y que tenía que levantarme. Abandoné, pues, el lecho, me vestí, salí y crucé el patio hasta el largo corredor de piedra con el propósito de pasar al patio exterior y caminar un rato por allí, hasta que lograra calmarme. Pero cuando estuve en el corredor y apagué la bujía vi a miss Havisham pasar por él como un espectro, gimiendo en voz baja. La seguí a distancia y la vi subir por la escalera; llevaba en la mano una vela, que probablemente había tomado de los candeleros de su habitación, y bajo su reflejo parecía un ser del otro mundo. Hasta el pie de la escalera donde me detuve me llegó el olor a moho de la sala del festín, aun cuando no vi que ella abriese la puerta; la oí pasear por allí, y después pasar a su habitación, y luego volver a la sala, sin dejar de gemir. Al cabo de un rato procuré salir y volver a mi cuarto, pero no pude hacer ni lo uno ni lo otro hasta que los primeros albores del día me permitieron ver por dónde iba. Entretanto, cada vez que me acercaba a la escalera oía sus pasos, veía pasar por el rellano de la planta superior la luz de la vela y percibía un incesante y débil quejido.

No volvieron a discutir hasta nuestra partida al día siguiente, ni en ninguna ocasión parecida, aun cuando hubo cuatro ocasiones, si mal no recuerdo. Tampoco se advirtió cambio alguno en el trato de miss Havisham para con Estella, pero creí notar que algo parecido al temor se sumaba a sus anteriores características.

Me es por completo imposible volver esta hoja de mi vida sin escribir en ella el nombre de Bentley Drummle; de lo contrario, me abstendría de hacerlo.

En cierta ocasión, cuando los Pinzones se hallaban reunidos y, como de costumbre, se fomentaba la «cordialidad» a fuerza de estar en desacuerdo, el Pinzón que presidía llamó al resto de los miembros del club porque Mr. Drummle aún no había brindado por ninguna dama, lo cual, de conformidad con el solemne estatuto de la sociedad, aquel día le correspondía a él. Creí advertir que Drummle me dirigía una mirada de soslayo, maligna, mientras iban pasando las garrafas; pero como ninguno de los dos simpatizaba con el otro, esto no tenía nada de particular. ¡Ya es de suponer mi asombro y mi indignación al oír que invitaba a los reunidos a brindar por Estella!

—¿Qué Estella? —pregunté.

—¿A usted qué le importa? —replicó Drummle.

—¿Estella de dónde? —insistí—. Tiene usted la obligación de decir de dónde.

Y era cierto que, en calidad de Pinzón, estaba obligado a declararlo.

—De Richmond, señores —dijo Drummle sin hacer caso de mí—. Una belleza incomparable.

—¿Y qué entiende este idiota de bellezas incomparables? —murmuré al oído de Herbert.

—Yo conozco a esa señorita —dijo mi amigo después del brindis.

—¿Ah, sí? —exclamó Drummle.

—Y yo también —añadí, con el rostro encendido.

—¿Ah, sí? —repitió Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

Aquella era la única contestación (como no fuera arrojar platos y copas) que podía dar semejante necio, pero me exasperó tanto como si me hubiese herido con el más ingenioso sarcasmo, y de inmediato me levanté y dije que no podía por menos que considerar un descaro inaudito por parte del honorable Pinzón venir a la Alameda (siempre utilizábamos esta expresión, como si se tratara de un elegante giro parlamentario) a brindar por una señorita a quien no conocía. Mr. Drummle se puso de pie, y preguntó qué quería significar con ello. A lo cual respondí con tono áspero que suponía que ya sabía dónde podía encontrarme.

Si después de eso era o no posible, en un país cristiano, salir del paso sin derramamiento de sangre, fue una cuestión sobre la cual la opinión de los Pinzones se mostró muy dividida. Y la discusión sobre el particular fue tan agitada que otros seis honorables socios, por lo menos, dijeron en el curso de ella a otros tantos honorables socios que ya sabían dónde encontrarlos. Sin embargo, al final se decidió (pues la Alameda era un tribunal de honor) que si Mr. Drummle podía presentar un pequeño certificado acreditando que tenía el honor de conocer a la dama en cuestión, Mr. Pip debería expresar su pesar, como caballero y como Pinzón, por haberse dejado arrastrar por su vehemencia. Se señaló el día siguiente para la presentación de la prueba (a fin de que el aplazamiento no enfriase nuestro honor). Cuando llegó el momento, Drummle compareció con una amable notita de puño y letra de Estella en que esta reconocía que varias veces había tenido el honor de bailar con él. Aquello no me dejó otro recurso que expresar mi pesar «por haberme dejado arrastrar por mi vehemencia» y repudiar como insostenible la idea que se me pudiese encontrar en ninguna parte. Después, Drummle y yo nos quedamos dando resoplidos mientras la Alameda se entregaba a una Babel de discusiones y controversias, hasta que finalmente se acordó que la promoción de la cordialidad había progresado con una rapidez pasmosa.

Refiero esto con estilo ligero, pero no fue cosa ligera para mí. Lo cierto es que no encuentro palabras para expresar la pena que me causó pensar que Estella podía conceder sus favores a un patán como aquel, tan por debajo de la medida común de los hombres. Aun hoy no consigo creer, debido sin duda a un sentimiento de generosidad y desinterés hacia ella, que hubiera podido rebajarse a entrar en relación con un ser tan vil. No dudo que cualquiera a quien ella hubiese favorecido habría sido motivo de mi desdicha, pero en el caso de alguien más digno de su afecto me habría causado otra clase y otro grado de dolor.

Pronto comprobé que él había empezado a cortejarla y que ella lo toleraba. Poco después, él la seguía a todas partes y se cruzaba conmigo prácticamente a diario. Insistía en sus maneras estúpidas y ella lo animaba, lo desanimaba, lo adulaba o despreciaba abiertamente, o bien lo trataba como amigo para al día siguiente simular que apenas recordaba quién era.

La araña, como le había llamado el señor Jagers, estaba, sin embargo, acostumbrada a permanecer al acecho y tenía toda la paciencia de su especie. Añadía a esto una confianza absoluta en su dinero y en el esplendor de su familia, que a veces le servía de mucho, viniendo casi a reemplazar la determinación de su propósito. De este modo, la araña,

acechando incansablemente a Estella, aventajaba en vigilancia a otros más brillantes, y solía soltarse y dejarse caer en el momento oportuno.

En un baile ofrecido en Richmond (en aquella época los había en muchos sitios), en el que Estella había eclipsado a todas las demás bellezas, Drummle se le pegó de tal modo y fue objeto de tanta tolerancia, que decidí hablar con ella acerca de aquel patán. Aproveché la primera oportunidad, que fue precisamente mientras Estella esperaba a Mrs. Brandley para regresar a su casa, sentada aparte entre unas flores, y preparada ya para marcharse. Yo estaba con ella, porque siempre las acompañaba, tanto a la ida como a la vuelta, cuando asistían a esas reuniones.

—¿Está usted cansada, Estella? —le pregunté.

—Un poco, Pip.

—Forzosamente tiene que estarlo.

—Diga usted que no debería estarlo, porque antes de acostarme aun tengo que escribir a miss Havisham.

—¿Para relatar el triunfo de esta noche? —pregunté—. Un pobre triunfo, por cierto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Estella —contesté—, fíjese en aquel individuo que está observándonos desde aquel rincón.

—¿Por qué he de mirarlo? —replicó ella, fijando sus ojos en mí—. ¿Qué puede haber de interesante en él?

—Precisamente eso es lo que quería preguntarle, porque en toda la noche no se ha apartado de su lado.

—Las polillas y toda clase de insectos desagradables revolotean alrededor de una vela. ¿Acaso puede evitarlo la vela?

—No —contesté—; pero ¿puede evitarlo Estella?

—Bien —dijo ella, entre risas, después de una pausa—. Quizá sí. Como quiera.

—Me desespera que incite usted a un sujeto como Drummle, a quien todo el mundo desprecia.

—¿Y qué?

—Usted no ignora que es tan burdo por dentro como por fuera. Un tipo desmañado, brusco, terco, grosero y necio.

—¿Y qué? —repitió Estella.

—También sabe perfectamente que no tiene ninguna virtud, excepto la de ser rico, y que cuenta con una larga lista de antepasados chalados e ineptos.

—¿Y qué? —volvió a decir, abriendo cada vez un poco más los ojos.

Para salvar el obstáculo que representaba aquella actitud irónica, exclamé:

—¡Y qué! Pues eso es precisamente lo que me desespera.

Si yo hubiese creído que Estella alentaba a Drummle con el objeto de torturarme, lo habría sentido menos, pues su modo de comportarse en ese momento me desconcertaba.

—Pip —dijo al cabo de unos segundos, mirando alrededor—, no diga usted simplerías sobre el efecto que esto le causa. Puede producir sus efectos sobre otros, o quizá usted también quiera experimentarlos. En cualquier caso, no vale la pena discutirlo.

—Sí que vale la pena —repliqué—, porque no puedo tolerar que se diga que usted prodiga sus favores y su belleza al hombre más zafio que existe.

—Pues yo sí puedo tolerarlo.

—¡Oh, no sea tan arrogante e inflexible, Estella!

—¡Me considera arrogante e inflexible! —exclamó abriendo las manos—. ¡Y acaba de reprocharme que me haya rebajado hasta el punto de aceptar a un hombre zafio!

—No cabe duda que eso es precisamente lo que hace —repliqué con cierta precipitación—, porque la he visto a usted dirigirle miradas y sonrisas que nunca me dirigió a mí.

—Entonces —repuso ella con tono severo, por no decir airado, al tiempo que me miraba a los ojos—, ¿acaso quería usted que yo lo engañase?

—¿Lo engaña usted a él, Estella?

—Sí, a él y a muchos otros... es decir, a todos excepto a usted. Bueno, ahí viene Mrs. Brandley. No quiero hablar más del asunto.

Y ahora que he dedicado todo un capítulo al tema que un día ocupó por completo mi pensamiento y mi corazón y tan a menudo me hizo sufrir, podré pasar, sin entorpecimientos, al acontecimiento que pendía sobre mi cabeza, amenazador, desde hacía tiempo, incluso antes de que yo supiese que existía una Estella en el mundo, y que surgió en los días en que la inteligencia de esta comenzaba a ser deformada por las manos destructoras de miss Havisham.

En el cuento oriental, la pesada piedra que tenía que caer sobre el suntuoso lecho en la hora misma de la conquista era arrancada poco a poco de la cantera, y el túnel para la cuerda que tenía que sostenerla en su sitio era abierto lentamente perforando leguas y más leguas de roca. La losa era levantada y encajada en el techo muy despacio, y luego la cuerda sujeta a ella pasaba por el larguísimo hueco hasta llegar a la gran anilla de hierro. Cuando ya se había llevado a cabo toda esta aparatosa operación, el sultán era despertado a medianoche, le entregaban el hacha afilada con la cual tenía que cortar la sogá, daba el golpe, esta se partía y el techo se desplomaba. Así sucedió en mi caso; el trabajo que se había hecho para tal fin había concluido, y en un instante se cortó la sogá y el techo de mi fortaleza se derrumbó sobre mí.

XXXIX

Había transcurrido una semana desde mi vigésimo tercer aniversario y ni una sola palabra más había llegado a mis oídos que pudiera orientarme respecto a mis esperanzas. Hacía más de un año que habíamos abandonado la posada de Bernard y vivíamos en Temple. Nuestras habitaciones daban a Garden Court, junto al río.

Mr. Pocket y yo habíamos puesto fin a nuestros compromisos tiempo atrás, pero seguíamos manteniendo relaciones amistosas. A pesar de mi incapacidad para encontrar una vocación determinada (lo cual se debía, creo, a mi poco sólida situación económica), tenía una gran afición a la lectura, y a ella dedicaba muchas horas del día. El asunto de Herbert estaba en marcha, y en cuanto a mí, todo seguía tal como lo he dejado al final del anterior capítulo.

Los negocios habían obligado a mi amigo a viajar a Marsella. Yo estaba solo y me sentía nostálgico. Desalentado e impaciente, cansado de esperar que el día o la semana siguiente mi situación por fin se aclarase, echaba tristemente de menos el rostro sonriente y la expresión simpática de Herbert.

Hacía un tiempo horrible: chubascos continuos, vendaval y barro hasta los tobillos. Día tras día, una vasta y densa cortina de bruma procedente del este se arrastraba sobre Londres, interminable, como si hubiera en el espacio una eternidad de nubarrones y viento huracanado. La tormenta había sido tan impetuosa que varios edificios de la ciudad habían perdido la techumbre, y en el campo la furia del ciclón había arrancado árboles de cuajo y destrozado las aspas de los molinos. De la costa llegaban noticias fatídicas de naufragios y de muerte. Violentos aguaceros habían acompañado al vendaval y el día que terminaba, cuando tomé asiento para leer, había sido el peor de todos.

Desde aquella época se han producido muchos cambios en el barrio de Temple, que ya no tiene el carácter solitario de entonces, ni está tan descubierto por el lado del río. Vivíamos en lo alto de la última casa y ráfagas del viento, que soplaba del río, estremecían la casa aquella noche como si fuesen descargas de un cañón o el rugido del mar al romper en la escollera. Cuando el viento se unió a la lluvia y esta empezó a azotar las ventanas, pensé, al levantar los ojos y verlas trepidar, que me hallaba en un faro batido por la tormenta. A veces el humo bajaba rodando por la chimenea como si no pudiese soportar el tener que salir en una noche tan desapacible, y cuando abrí las puertas y miré hacia abajo vi que al final de la escalera las luces estaban apagadas. Escudriñé entonces a través de los negros cristales de las ventanas (ni por un instante se me ocurrió abrirlas, por miedo a la fuerza del viento y la lluvia), y observé que las luces del patio se habían apagado también y

que las del puente y el muelle vacilaban y que las brasas encendidas sobre las barcasas del río eran arrebatadas por el viento.

Puse el reloj sobre la mesa y decidí leer hasta las once. Al cerrar el libro, tanto el reloj de San Pablo como el de todas las iglesias de la City —algunos antes, otros al mismo tiempo, otros después— dieron aquella hora. El viento parecía alterar extrañamente el sonido, y justo en ese momento oí pasos en la escalera.

¿Qué nerviosa locura hizo que me sobresaltara y, aterrorizado, los relacionara con los de mi hermana muerta? Eso no importa. Ocurrió en un instante, agucé el oído y percibí que los pasos tropezaban al subir. Recordé entonces que las luces de la escalera estaban apagadas, cogí la lámpara y salí al rellano.

Fuera quien fuese el que subía, se había detenido al ver la luz, porque todo estaba sumido en la quietud.

—¿Hay alguien ahí abajo? —pregunté, asomándome a mirar.

—Sí —respondió una voz de hombre en la penumbra.

—¿Qué piso busca?

—El último. Busco a Mr. Pip.

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó la voz. Y aquel individuo continuó subiendo.

Tendí el brazo con la lámpara por encima de la barandilla, y él, poco a poco, entró en el círculo de luz. Era la mía una lámpara pequeña y con pantalla, de manera que el hombre pronto volvió a sumirse en las sombras. En el primer instante vi un rostro extraño para mí que me miraba con expresión de estar emocionado y contento de verme, lo cual me resultó incomprensible.

Siguiendo con la luz los movimientos de aquel sujeto, me di cuenta de que vestía ropas recias pero bastas, como si llegase de un viaje por mar. Debía de tener unos sesenta años y su cabello era gris. Se trataba de un hombre musculoso, de piernas fuertes y rostro curtido por la intemperie. Mientras subía los últimos peldaños y los dos nos hallábamos iluminados por la lámpara, vi, con asombro, que me tendía ambas manos.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté.

—¿Qué se me ofrece? —repitió, deteniéndose—. Ya se lo explicaré, con permiso.

—¿Desea usted entrar?

—Sí —respondió—. Deseo entrar, señor.

Le había hecho la pregunta de modo poco hospitalario, porque me molestaba cierta expresión de alegría y satisfacción que aún resplandecía en su rostro. Me molestaba, porque parecía implicar que él contaba con que yo correspondiese a su actitud. Lo hice pasar a la habitación que acababa de dejar y, después de poner la luz sobre la mesa, le rogué tan cortésmente como pude que se explicase.

Él miró alrededor como si lo que veía le resultase extraño y a la vez admirable y se quitó su burdo capote y su sombrero. Entonces observé que tenía la frente calva y arrugada y que el cabello solo le crecía en los lados. Pero no vi nada en absoluto que me revelase su identidad. Cuando al cabo de unos segundos tendió nuevamente las manos hacia mí, comencé a sospechar que estaba loco y pregunté:

—¿Qué quiere usted?

Dejó de mirarme y se pasó lentamente la mano derecha por la cabeza.

—¡Qué desilusión para un hombre —exclamó con voz ronca y quebrada—, después de esperar tanto tiempo, y venir desde tan lejos! Pero no tiene usted la culpa; de hecho, ninguno de los dos la tiene. Concédame medio minuto, por favor, y me explicaré.

Se sentó en una silla que estaba delante del fuego y se cubrió la frente con sus manazas morenas y venosas. Lo miré entonces con atención, y me aparté un poco de él, pero no lo reconocí.

—¿Estamos solos? —preguntó mirándome por encima del hombro.

—¿Por qué me pregunta eso un forastero que viene a mi casa a estas horas de la noche? —dije.

—Es usted listo —respondió con un tono afectuoso que resultaba al mismo tiempo incomprensible y exasperante—. Me alegro de que se haya convertido usted en un muchacho tan listo, pero no me haga prender. Luego se arrepentiría.

Abandoné la intención que él había adivinado, porque al fin lo reconocí. ¡Aunque no lograba recordar un solo detalle de sus facciones, lo reconocí! Aunque el viento y la lluvia hubiesen barrido los años transcurridos, hubieran arrojado al cementerio donde una vez estuvimos cara a cara desde niveles tan diferentes, yo no habría podido reconocer a mi recluso fugado más de lo que lo reconocía en ese momento. No era necesario que sacase la lima y me la mostrase; no era necesario que se quitase el pañuelo del cuello y se lo arrollase en torno a la cabeza; no era necesario que se abrazase a sí mismo con ambos brazos y comenzase a caminar de un lado a otro por la estancia, temblando y mirando a ver si lo reconocía.

Lo reconocí sin necesidad de que hiciese ninguna de esas cosas, a pesar de que solo un minuto antes no hubiera podido sospechar siquiera de quién se trataba.

Se acercó a mí y una vez más me tendió las manos. No sabiendo qué hacer —porque en mi perplejidad había perdido la serenidad— se las estreché de mala gana. Él las tomó cordialmente, las llevó a sus labios, las besó y continuó estrechándolas.

—Obraste noblemente, muchacho —dijo—. ¡Noblemente, Pip! ¡Y nunca lo he olvidado!

Advertí entonces que tenía la intención de abrazarme, y poniendo una mano en su pecho lo aparté de mí al tiempo que decía:

—¡Alto! Si es usted agradecido por lo que hice cuando no era más que un niño, espero que haya demostrado su gratitud enmendando su modo de vivir. Si ha venido para darme las gracias, no era necesario. Sin embargo, cualquiera que sea el modo en que ha conseguido descubrir dónde vivo, debe de haber sido impulsado por un noble sentimiento, y no quiero rechazarlo; pero, naturalmente, ha de comprender usted que...

Me dirigió una mirada tan intensa que no pude continuar. Al cabo de unos segundos de permanecer ambos en silencio, preguntó:

—¿Qué se supone que debo comprender?

—Que yo no puedo abrigar deseos de renovar una relación casual que tuvo lugar hace tantos años y en circunstancias tan distintas de las presentes. Me complace pensar que está usted arrepentido y que se ha redimido. Celebro poder decírselo. Me alegro de que, creyendo que yo merecía su gratitud, haya venido a darme las gracias. Pero no por esto

nuestros caminos dejan de ser diferentes. Está usted mojado y parece cansado. ¿Quiere beber algo antes de marcharse?

Se había vuelto a echar el pañuelo al cuello, aunque dejándolo suelto, y mientras mordía una de sus puntas me miraba fijamente.

—Creo —respondió, sin dejar de morder el pañuelo— que antes de marcharme aceptaré un trago, y muchas gracias.

En una mesa baja había una bandeja dispuesta. La llevé a la mesa, junto al fuego, y pregunté a aquel hombre qué quería beber. Él cogió una de las botellas sin mirar ni hablar y yo le preparé un ponche caliente. Procuré hacerlo con pulso firme, pero la mirada que él me dirigía mientras se repantigaba en su silla con la punta del pañuelo entre los dientes me impedía dominar mi mano. Cuando al fin le puse el vaso delante, vi con estupefacción que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Hasta aquel momento yo había permanecido de pie, sin disimular ni por un instante mis deseos de que se marchase. Pero me conmovió el aspecto de aquel hombre, y sentí una punzada de remordimiento.

—Confío —dije precipitadamente, llenando un vaso para mí y acercando una silla a la mesa— en que no piense que he sido demasiado duro con usted. No era esa mi intención, y, si lo hice, lo lamento. ¡Le deseo salud y felicidad!

Al llevarme el vaso a los labios, él miró con sorpresa la punta del pañuelo, que se le había caído de la boca al abrirla, y tendió la mano. Se la estreché y luego bebió y se pasó la manga por los ojos y la frente.

—¿De qué vive usted? —le pregunté.

—He sido granjero, ganadero y muchas otras cosas, allá en el Nuevo Mundo —respondió—; al otro lado de muchas millas de mares tempestuosos.

—Supongo que habrá prosperado.

—He prosperado magníficamente. Otros que fueron conmigo también han prosperado, pero nadie ha ganado tanto dinero como yo. He adquirido fama.

—Lo celebro.

—Espero oírsele decir, querido muchacho.

Sin detenerme a interpretar estas palabras o el tono en que fueron pronunciadas, pasé a ocuparme de un detalle que vino a mi memoria.

—¿Ha visto a un mensajero al que en cierta ocasión me envió con un encargo —inquirí.

—Jamás he vuelto a verlo. Ni era probable que lo viese.

—Cumplió fielmente, y me trajo dos billetes de una libra. Por entonces yo era un muchacho pobre, como usted bien sabe, y para un muchacho pobre dos libras suponen una pequeña fortuna. Pero, al igual que usted, he prosperado desde entonces, y debe permitirme que se las devuelva. Puede dárselas a otro muchacho pobre. —Y saqué mi bolsa.

Él me estuvo observando mientras yo ponía mi bolsa sobre la mesa y la abría, y continuó mirándome mientras separaba de su contenido dos billetes de una libra. Eran nuevos y limpios; los alisé y se los entregué. Sin dejar de mirarme, los puso uno encima de otro, los dobló, los retorció, les prendió fuego en la llama de la lámpara y dejó caer las cenizas en la bandeja.

—¿Puedo atreverme —dijo entonces con una sonrisa que parecía un ceño y un ceño que parecía una sonrisa— a preguntar cómo ha prosperado desde que nos conocimos en aquella fría y desierta región de los pantanos?

—¿Que cómo he prosperado?

—Eso mismo.

Vació su vaso, se levantó y se quedó junto al fuego con su morena manaza sobre la repisa de la chimenea. Puso un pie en la reja, para secárselo y calentárselo, y la bota mojada empezó a humear; pero él no miraba la bota ni el fuego, sino que tenía los ojos fijos en mí. Entonces, sin poder evitarlo, empecé a temblar.

Después de abrir la boca para articular unas palabras que no llegaron a salir, logré hacer un esfuerzo para decir (aunque no con demasiada claridad) que había sido elegido para heredar una fortuna.

—¿Puede un mísero gusano preguntar qué fortuna es esa?

—Lo ignoro —balbuceé.

—¿Puede un mísero gusano preguntar de quién es esa fortuna?

—No lo sé —volví a balbucear.

—No sé si podría adivinar —dijo el presidiario— a cuánto asciende su pensión desde que llegó usted a la mayoría de edad. Vamos por la primera cifra. ¿Cinco?

El corazón me palpitaba con violencia. Me levanté de la silla y, con la mano aún en el respaldo, miré con pavor a aquel hombre.

—En lo que concierne al tutor —continuó—, pues debe de haber habido un tutor o cosa parecida mientras usted era menor, me figuro que debió de ser un abogado cuyo apellido comenzaba con jota, ¿no es eso?

Toda la verdad de mi situación se me apareció instantáneamente como un relámpago; todas mis desilusiones, peligros, oprobios y consecuencias se echaron sobre mí tan atropelladamente que me dejaron anonadado y como si me faltase el aire para respirar.

—Supongamos —prosiguió él— que el cliente de aquel abogado cuyo apellido empieza con jota, y podría ser Jagers, hubiese llegado por mar a Portsmouth y hubiera desembarcado allí, con intención de venir a verlo. «De cualquier modo que me haya usted encontrado», acaba usted de decir. ¡Bien! ¿Cómo lo he encontrado? Pues escribí desde Portsmouth a una persona de Londres pidiéndole la dirección. ¿Quiere usted saber el nombre de esta persona? Pues es Wemmick.

No habría podido pronunciar una palabra aunque mi silencio me hubiese costado la vida. Me quedé inmóvil, con una mano en el respaldo de la silla y la otra en el pecho, sintiendo que me ahogaba.

Permanecí así, mirándolo con ojos extraviados, hasta que tuve que agarrarme con ambas manos a la silla, porque todo comenzó a dar vueltas alrededor de mí. Él me sostuvo, me llevó al sofá, me tendió sobre los almohadones, se arrodilló a mi lado y acercó su rostro, que de pronto recordé muy bien, al mío.

—¡Sí, Pip, hijo mío, yo he hecho de ti un caballero! ¡Soy yo quien lo ha hecho! Juré que guinea que ganase, guinea que sería tuya. Después juré que si con mis especulaciones llegaba a hacerme rico, tú también lo serías. Llevé una vida dura para que pudieses vivir con comodidad; trabajé con afán, para que no tuvieses que trabajar. ¿Qué tiene esto de

extraño, querido muchacho? ¿Te lo digo para que me des las gracias? Nada de eso. Te lo explico para que sepas que aquel perro sarnoso y perseguido a quien socorriste, ha levantado tan alto la cabeza, que ha podido hacer un caballero, y, Pip, este caballero eres tú.

La aversión que me inspiraba aquel hombre, el miedo que le tenía, la repugnancia con que rehuía su contacto, no podían haber sido mayores si él hubiese sido una bestia horrible.

—Óyeme, Pip. Soy tu segundo padre, y tú eres más que un hijo para mí. Yo he atesorado dinero solo para que tú lo gastases. Cuando no era más que un pastor a sueldo en una cabaña solitaria, sin ver más rostros que los de las ovejas hasta el extremo que casi llegué a olvidar cómo eran los rostros de los hombres y las mujeres, yo veía el tuyo. Más de una vez, mientras comía en aquella cabaña, dejé caer mi cuchillo y exclamé: «¡Ahí está el muchacho otra vez, mirándome comer y beber!». Te he visto infinidad de veces, tan claramente como te vi junto a aquellos pantanos. «Así Dios me mate» decía cada vez, y salía fuera para pronunciar aquellas palabras bajo el firmamento infinito, «si al tener libertad y fortuna no hago de aquel niño un caballero». Y lo he hecho. Si no, ¡mírate, hijo mío! Mira estas habitaciones, ¡dignas de un lord! ¿Un lord? ¡Ah! ¡Tendrás dinero de sobra para apostártelo con los lores y hacerles la competencia!

Su entusiasmo rayano en la exaltación y el haber visto que yo había estado a punto de desmayarme, no le permitían advertir cómo estaba tomando yo todo aquello. Fue la única sombra de consuelo que tuve.

—¡Mira! —continuó al tiempo que sacaba el reloj de mi bolsillo y hacía girar un anillo en mi dedo, mientras yo me estremecía a su contacto como si hubiese sido el de una serpiente—. Es de oro, hermosísimo, propio de un caballero. ¡Un diamante rodeado de rubíes! Mira tu ropa blanca, fina y hermosa; mira tus vestidos, no los puede haber mejores. Y tus libros, apilados en sus estantes por centenares. Y tú los lees, ¿no es cierto? Veo que estabas leyendo cuando he entrado. ¿Verdad que me los leerás, muchacho? Y si están en alguna lengua que yo no entienda, me sentiré tan orgulloso como si la entendiese.

Volvió a tomarme las manos y a besarlas, mientras la sangre se me iba helando en las venas.

—No te esfuerces por hablar, Pip —dijo después de pasarse otra vez la manga por los ojos y la frente, mientras de su garganta surgía aquel ruido que yo recordaba bien, y su sinceridad y vehemencia hacían que me pareciese más horrible—. Lo mejor que puedes hacer es estarte quieto, hijo mío. Tú no has aguardado con ansiedad este momento como lo he hecho yo; tú no estabas preparado para esto como lo estaba yo. Pero no podías figurarte que fuese yo tu benefactor, ¿verdad?

—¡Ah, no! —contesté—. ¡Nunca lo hubiera dicho!

—Pues ya lo ves; he sido yo, y sin ayuda de nadie. Ni un alma ha intervenido en este asunto, fuera de mí y Mr. Jaggers.

—¿No ha habido nadie más? —pregunté.

—No —respondió con una mirada de extrañeza—, ¿quién más tenía que haber? Y, querido mío, ¡qué guapo te has hecho! Y en algún sitio debe de haber unos bellos ojos... ¿eh? ¿No hay unos bellos ojos en los que te guste pensar?

—¡Oh, Estella, Estella!

—Serán tuyos, querido, si pueden comprarse con dinero. No quiero decir con eso que un caballero como tú, tan apuesto, no pueda conquistarlos valiéndose de sus virtudes, ¡pero el dinero ayudará! Déjame terminar lo que te estaba diciendo, querido. En el tiempo en que trabajaba como pastor heredé algún dinero de mi amo (que murió, y había sido lo mismo que yo), con lo cual obtuve mi libertad y me puse a trabajar por mi cuenta. Todo lo que emprendía, lo emprendía para ti. «Que Dios me lo estropee —me decía—, si no es para él». Y todo fue viento en popa. Como te he dado a entender ahora mismo, mi prosperidad me hizo célebre. Fue el dinero que me legaron y la ganancia de los primeros años lo que envié a Mr. Jagers (todo para ti), cuando fue a buscarte siguiendo mis instrucciones.

¡Ojalá nunca hubiese venido!, pensé. ¡Ojalá me hubiese dejado en la fragua... no muy contento con mi suerte, pero dichoso, sin embargo, en comparación con lo que era ahora!

—Y entonces, querido muchacho —prosiguió—, era para mí una recompensa saber y guardar el secreto de que estaba contribuyendo a hacer de ti un caballero. Los caballos de aquellos colonos me cubrían de polvo al pasar; ¿qué decía yo? «¡Estoy haciendo un caballero mejor de lo que vosotros seréis jamás!». Cuando uno de ellos decía a otro: «A pesar de toda su suerte hace unos años no era más que un presidiario, y aún es ignorante y vulgar», ¿qué pensaba yo? «Si no soy caballero ni instruido, tengo quien lo es. Todos vosotros poseéis tierras y ganado, pero ¿quién tiene un caballero en Londres?». De este modo me daba ánimos. Y así se forjó en mí la convicción de que llegaría un día en que iría a ver a mi muchacho y me presentaría en su propia casa.

Apoyó una mano en mi hombro. Me estremecí al pensar que aquella mano tal vez se hubiese manchado de sangre.

—No era fácil para mí, Pip, ni seguro, abandonar aquel país. Pero me empeñé en ello, y cuando más difícil se hacía, más firme era mi decisión. Y por fin lo he realizado. ¡Sí, muchacho, lo he realizado!

Yo procuraba reflexionar, pero estaba atónito. Todo el rato me había parecido estar prestando más atención al viento y la lluvia que a aquel hombre; no lograba separar su voz de aquellos rumores, aunque estos eran fuertes y él se había callado.

—¿Dónde me alojarás? —preguntó al cabo de un rato—. Tendrás que ponerme en algún sitio, querido muchacho.

—¿Para dormir? —pregunté.

—Sí. Y para dormir mucho y bien —respondió—, porque he pasado meses mojado y zarandeado por el mar.

—Mi amigo y compañero —dije, levantándome del sofá—, está ausente, de modo que usted puede ocupar su habitación.

—¿No volverá mañana? —inquirió.

—No —contesté casi maquinalmente, a pesar de todos mis esfuerzos—, mañana, no.

—Porque, como puedes comprender, querido muchacho —dijo bajando la voz y poniéndome un dedo en el pecho—, tenemos que andar con mucho cuidado.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Por Dios, corro peligro de muerte!

—¿Cómo!

—Fui condenado a muerte, y mi regreso significa el cumplimiento de la sentencia. Han sido demasiados los que han regresado estos últimos años, y si me cogen es seguro que me colgarán en la horca.

¡Solo eso faltaba! ¡Aquel desgraciado, después de cargarme durante años con sus malditas cadenas de oro y plata, había arriesgado su vida al venir a verme y ahora yo la tenía bajo mi custodia! Si lo hubiese querido en lugar de aborrecerlo, si me hubiese sentido atraído hacia él por el cariño y la admiración más profundos en lugar de sentir por él la mayor repugnancia, no habría sido peor. Al contrario, habría sido mejor, porque su seguridad habría afectado mi corazón de manera tierna y natural.

Mi primera precaución fue cerrar los postigos a fin de que la luz no pudiera verse desde fuera, y luego hice lo mismo con las puertas. Mientras hacía esto, él permaneció junto a la mesa bebiendo ron y comiendo bizcochos; y al verle así ocupado, me pareció volver a verlo en los pantanos, dando cuenta de los víveres que yo le había llevado. Llegué a pensar que de un momento a otro se agacharía para limar su grillete.

Después de entrar en la habitación de Herbert y cerrar toda comunicación entre ella y la escalera que no fuese a través de la sala donde había tenido lugar nuestra conversación, le pregunté si quería acostarse. Contestó que sí, pero me pidió algunas prendas de mi vestuario de caballero para ponérselas por la mañana. Las saqué del armario y se las entregué, y otra vez sentí que se me helaba la sangre cuando él me tomó las manos para darme las buenas noches.

Me aparté de él, sin saber cómo, avivé el fuego de la sala y me senté frente a la chimenea, pues tenía miedo de irme a la cama. Durante una hora o más me sentí demasiado aturdido para reflexionar, y hasta que comencé a serenarme no logré darme cuenta de que no era más que un naufrago y que la nave en que iba había quedado destrozada.

Las intenciones de miss Havisham respecto a mí se esfumaban como un sueño. El destino de Estella no estaba unido al mío; yo solo era tolerado en la casa de Satis como un instrumento, una espina para los parientes codiciosos, un maniquí con un corazón mecánico para ejercitarse cuando no había otra cosa a mano. Esas fueron las primeras punzadas del desengaño. Pero el dolor más agudo y penetrante me lo causaba pensar que había sido el presidiario, culpable de no sabía yo qué crímenes y expuesto a ser arrancado de aquellas habitaciones donde yo estaba reflexionando y ahorcado a las puertas de la Old Bailey, por lo que yo había abandonado a Joe.

No habría regresado al lado de Joe ni de Biddy, por ninguna razón. El motivo, supongo, era que me sentía culpable por el modo en que me había comportado con ellos, eso era más fuerte que cualquier otra consideración. Ninguna sabiduría en el mundo podía haberme dado el consuelo que yo habría encontrado en su simpatía y fidelidad, pero ya no estaba en condiciones de deshacer lo que había hecho.

En cada ráfaga del viento y en cada chubasco de los que se sucedían casi ininterrumpidamente, me parecía oír a los perseguidores. Por dos veces habría jurado que llamaban a la puerta y que al otro lado alguien hablaba en voz baja. En medio de esos terrores, empecé a imaginar o recordar que había tenido avisos misteriosos de la aparición de aquel hombre. Que durante las últimas semanas había visto en las calles rostros que me habían parecido semejantes al suyo. Que estos parecidos se habían hecho más numerosos a

medida que él se acercaba por mar. Que de algún modo su espíritu maligno había enviado al mío aquellos mensajeros, y ahora, en esa noche de tormenta, cumplía con su palabra y se hallaba a mi lado.

Vino a unirse a estas reflexiones la de que a mis ojos infantiles me había parecido un hombre terriblemente violento; que había oído al otro presidiario asegurar repetidamente que había intentado asesinarlo; que lo vio en el fondo de la zanja luchando como una bestia salvaje. Con todos estos recuerdos sentí, a la luz del fuego, cierto temor que me hacía comprender que no era prudente permanecer encerrado allí con él, en una noche tempestuosa y solitaria.

Y ese temor fue creciendo hasta invadir la habitación y obligarme a coger una bujía y entrar a echar un vistazo a mi terrible compañero.

Este se había envuelto la cabeza con un pañuelo, y dormía con una expresión ceñuda en el rostro. Pero descansaba plácidamente, si bien con una pistola sobre la almohada.

Tranquilizado acerca de esto, puse suavemente la llave en la parte exterior de la puerta y lo dejé encerrado antes de sentarme nuevamente junto al fuego. Poco a poco fui deslizándome en mi asiento y quedé tendido en el suelo. Cuando desperté, sin haber perdido durante el sueño la conciencia de mi desgracia, los relojes de las iglesias del oeste de Londres daban las cinco, las bujías se habían consumido, el fuego estaba apagado y el viento y la lluvia contribuían a hacer más lóbregas las espesas tinieblas.

XL

Fue una suerte para mí tener que tomar precauciones para asegurar (hasta donde me fuera posible) la manera de librarme de aquel huésped temible, pues ese pensamiento, que me inquietó nada más despertar, alejó a los otros de mi mente.

Estaba claro que resultaba imposible mantener a aquel hombre oculto en mis habitaciones. No había manera de hacerlo, y solo el intentarlo tenía, inevitablemente, que despertar sospechas. Es cierto que ya no tenía a mi servicio al criado que yo llamaba «el vengador», pero me cuidaba una vieja exaltada, ayudada por un saco de harapos al que presentaba como su sobrina, y mantener una habitación secreta para ellas sería el mejor modo de excitar su curiosidad y su chismorreó. Las dos eran cortas de vista, cosa que yo atribuía a su inveterada costumbre de mirar por el agujero de las cerraduras, y siempre aparecían cuando nadie las necesitaba. En realidad, esto y su afición al latrocinio eran sus únicas cualidades, por cierto muy poco ventajosas. Para no tener que andar con misterios ante estas dos personas, decidí anunciar por la mañana que mi tío había llegado inesperadamente del campo.

Tomé esta resolución mientras a tientas, en la oscuridad, buscaba la manera de encender una luz. Y como no conseguía encontrarla, no tuve más remedio que llegarme a la portería a pedir al sereno que viniese con su linterna. Al bajar a oscuras por la escalera tropecé con algo, y ese algo era un hombre acurrucado en un rincón.

Como al preguntarle qué hacía allí no contestó y noté que evitaba en silencio mi contacto, corrí a la portería y llamé al vigilante para que acudiese de inmediato, y mientras volvíamos le relaté el incidente. El viento continuaba soplando con la misma furia, y a fin de no poner en peligro la luz del farol encendimos otra de las luces de la escalera. Exploramos esta de arriba abajo sin encontrar a nadie, y entonces pensé en la posibilidad de que aquel hombre se hubiese metido en mis habitaciones. Encendí, pues, el farol del vigilante y dejando a este ante la puerta examiné con el mayor cuidado mi morada, sin olvidar la estancia en que dormía mi temido huésped. No había nadie más que él, y todo era quietud.

Me preocupó la posibilidad de que precisamente aquella noche hubiese habido un espía en la escalera, y, con objeto de ver si podía encontrar una explicación razonable, interrogué al vigilante, mientras lo convidaba con un vaso de ron, respecto a si había abierto la puerta a algún hombre durante la noche. Respondió que, en efecto, a distintas horas de la noche la había abierto a tres hombres. Uno de ellos vivía en Fountain Court, y los otros en el callejón; y a todos los había visto entrar en sus respectivas viviendas. Además, el otro huésped, que vivía en la misma casa que yo, hacía unas semanas que estaba en el campo y

con toda seguridad no había regresado aquella noche porque al subir por la escalera comprobamos que su puerta estaba cerrada con candado.

—Ha sido una noche tan mala, caballero —dijo el vigilante al devolverme el vaso vacío—, que muy pocos me han pedido que les abriese la puerta. Aparte de los tres hombres que he citado, no recuerdo a nadie desde las once de la noche. Sin embargo, a esa hora un desconocido me preguntó por usted.

—Lo sé —contesté—. Era mi tío.

—¿Lo ha visto usted, caballero?

—Sí.

—¿Y también a la persona que lo acompañaba?

—¿La persona que lo acompañaba?

—Me pareció que iba con él. Se detuvo cuando el otro lo hizo para interrogarme y luego siguió su camino.

—¿Qué clase de persona era?

El vigilante no se había fijado mucho. Le pareció un obrero y, según creía recordar, vestía un traje pardo y una capa oscura. El vigilante daba al hecho menos importancia que yo, y era natural, pues no tenía mis motivos.

En cuanto lo despedí, lo cual creí conveniente hacer sin prolongar mis explicaciones, reflexioné acerca de lo que me había relatado, y mi turbación fue en aumento. Aunque considerados por separado los dos hechos se prestaban a una interpretación inocente, pues podía creerse, por ejemplo, que alguien, volviendo de cenar, había entrado allí por equivocación y se había quedado dormido en la escalera, o que mi visitante había pedido a alguien que lo acompañase para que le enseñara el camino. Las dos circunstancias juntas, no obstante, presentaban muy mal aspecto para quien, como yo, se veía inclinado al temor y el recelo a causa de los cambios producidos en unas pocas horas.

Encendí el fuego, que ardía con pálida llama a aquella hora de la mañana, y me quedé a su lado, medio dormido. Cuando los relojes dieron las seis, me pareció haber pasado así una noche entera. Como aún faltaba una hora y media para que amaneciese, volví a amodorrarme, aunque en varias ocasiones me sobresalté al creer oír confusas conversaciones acerca de nada, y otras, confundiendo el trueno con el ruido del viento que entraba por la chimenea, hasta que, por fin caí en un profundo sueño del que me arrancó la luz del día.

En todo ese tiempo no había podido meditar sobre mi situación, y tampoco pude hacerlo una vez despierto. No lograba concentrar mi atención. Me sentía anonadado y desdichado, pero de modo incoherente. En lo tocante a formar algún plan para el futuro, más fácil habría sido formar un elefante. Cuando abrí los postigos y contemplé el cielo plomizo, y mientras recorría las habitaciones y me sentaba otra vez, tembloroso, ante el fuego, esperando la aparición de mi lavandera, pensé que era muy desgraciado, pero sin saber apenas durante cuánto tiempo lo había sido, o el día de la semana en que estaba reflexionando acerca de ello, ni si era yo el que se entregaba a tales cavilaciones o a quién debía responsabilizar de las mismas.

Por fin entraron la vieja y su sobrina, esta con una escoba polvorienta que apenas podía distinguirse de su cabeza, y se mostraron extrañadas de verme ante el fuego. Les dije que

mi tío había llegado por la noche y que en aquellos momentos estaba durmiendo, y, por lo tanto, había que modificar los preparativos del desayuno. Luego me lavé y me vestí mientras ellas quitaban el polvo de los muebles, y así, en una especie de sueño o como si anduviera dormido, volví a verme sentado ante la chimenea aguardando que mi temible huésped viniese a tomar el desayuno.

Poco después se abrió la puerta y apareció él. No me atrevía a mirarlo, pero finalmente lo hice y entonces me pareció que a la luz del día su aspecto era mucho peor.

—Todavía no sé —le dije en voz baja mientras se sentaba a la mesa—, qué nombre debo darle. He dicho que era usted mi tío.

—Eso es, querido Pip, llámame tío.

—Sin duda, a bordo se habrá hecho llamar por un nombre supuesto.

—Sí, querido muchacho. Me hacía llamar Provis.

—¿Tiene usted intención de conservar ese nombre?

—Sí, querido Pip. Es tan bueno como cualquiera, a menos que tú prefieras otro.

—¿Cuál es su verdadero apellido? —le pregunté en un susurro.

—Magwitch —contestó con el mismo tono—. Y mi nombre de pila es Abel.

—Y ¿qué oficio le enseñaron?

—El de sabandija, querido muchacho.

Hablaba en serio y usó la palabra como si, verdaderamente, denotase una profesión.

—Cuando anoche llegó usted a Temple... —dije al tiempo que me preguntaba si realmente un suceso que parecía tan lejano podía haber ocurrido la noche anterior.

—¿Qué, querido muchacho?

—Cuando llegó usted a la puerta y preguntó al vigilante por mí, ¿advirtió si lo acompañaba alguien?

—No, querido Pip. Iba solo.

—Pero ¿había alguien más allí?

—No me fijé —respondió con tono vacilante—, porque desconozco la casa. Pero me parece que conmigo entró otra persona.

—¿Es usted conocido en Londres?

—Confío en que no me conozca nadie —contestó tocándose el cuello con el dedo de un modo que me dio escalofríos.

—Y en otro tiempo ¿lo era?

—No mucho, querido muchacho. Casi siempre viví en provincias.

—¿Fue usted... juzgado... en Londres?

—¿En qué ocasión? —preguntó dirigiéndome una mirada penetrante.

—La última vez.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Así conocí a Jaggers. Él me defendió.

Me disponía a preguntarle por qué motivo lo habían juzgado, pero él cogió un cuchillo y agregó:

—Ya he pagado por todo lo que he hecho. —Y se puso a comer.

Lo hacía con una voracidad que me resultaba muy desagradable; todos sus gestos eran groseros, ruidosos y de codicia insaciable. Desde que lo había visto comer en los pantanos

había perdido algunas muelas y, al llevarse el alimento a la boca e inclinar la cabeza para poder masticarlo, su aspecto era el de un perro viejo y hambriento.

Si yo hubiese tenido hambre, me habría desaparecido en el acto, y me habría quedado como me quedé, alejado de aquel hombre por una aversión invencible y contemplando el mantel con mirada sombría.

—Soy muy tragón, querido Pip —dijo a modo de excusa al terminar el desayuno—. Pero siempre he sido así. De no haber sido tan glotón, tal vez mis penalidades hubieran sido menores. Además, necesito fumarme una pipa. Cuando por primera vez presté mis servicios como pastor, al otro lado del mar, creo que me habría vuelto un carnero melancólico si no hubiese podido fumar.

Se puso de pie y del bolsillo interior de su chaqueta sacó una pipa oscura y corta y un puñado de ese tabaco negro que suelen fumar los marineros. Después de llenarla, volvió a guardar el tabaco sobrante, como si su bolsillo fuese un cajón. Tomó con las tenazas una ascua del hogar y con ella encendió la pipa. Hecho esto, se volvió de espaldas a la chimenea y repitió su ademán favorito de tender las manos para estrechar las mías.

—¡Y este —dijo levantando y bajando mis manos mientras chupaba la pipa—, es el caballero que yo he creado! ¡El caballero de verdad! ¡No puedes figurarte lo dichoso que soy al contemplarte, Pip! Todo lo que deseo es permanecer a tu lado y mirarte de vez en cuando, querido muchacho.

Procuré desasir mis manos lo más rápido posible, y comprendí que poco a poco empezaba a darme cuenta de mi verdadera situación. Al oír su voz ronca y contemplar su cabeza calva, rodeada de cabello gris, vi a quién estaba encadenado, y de qué forma.

—No quiero ver a mi caballero pisar el barro de la calle. En sus botas no ha de haber lodo. Mi caballero ha de tener caballos, Pip. Caballos de tiro y de silla, no solo para ti, sino también para su criado. ¿Acaso pueden los colonos tener caballos, y de pura sangre, y no así mi caballero de Londres? Imposible. Les demostraremos cuán equivocados están si se figuran eso; ¿no es verdad, Pip?

Extrajo entonces de su bolsillo una abultada cartera, llena de papeles, y la arrojó sobre la mesa.

—Aquí hay algo que gastar, querido Pip. Todo es tuyo; todo lo que he ganado te pertenece. No tengas el menor reparo en gastarlo. Queda bastante más en el lugar de donde ha salido eso. He venido a mi tierra para ver cómo gastas el dinero igual que un caballero. Esa será la mayor satisfacción de mi vida. ¡Y que vaya todo el mundo al diablo! —exclamó al tiempo que miraba alrededor y hacía chasquear los dedos—. Al diablo todos, desde el juez con su peluca hasta el colono que levanta el polvo de la carretera. Quiero que conozcan a un caballero que vale más que todos ellos juntos.

—Espere —dije en el paroxismo del terror y la repugnancia—. He de hablarle. Quiero saber qué se ha de hacer. Quiero saber cómo podremos alejar de usted todo peligro, cuánto tiempo va a permanecer aquí conmigo y cuáles son sus proyectos.

—Mira, Pip —dijo apoyando su mano en mi brazo, con un tono repentinamente sumiso—; ante todo, escúchame. Hace un momento he perdido la cabeza. Lo que he dicho era vulgar. Olvídalo, Pip. No volveré a comportarme así.

—Ante todo —continué, casi gimiendo—, ¿qué precauciones pueden tomarse para evitar que lo reconozcan y lo prendan?

—No, querido Pip —dijo con el mismo tono de antes—; lo primero no es eso. Lo primero es lo primero. No he pasado todos esos años haciendo de ti un caballero, para ahora no saber qué se debe hacer. Mira Pip, he sido ordinario, vulgar. Olvídalo, muchacho.

Una sensación de siniestra comicidad me hizo soltar una nerviosa carcajada antes de contestar:

—Ya lo he olvidado. Por Dios, no insista usted.

—Sí, pero mira... No he venido para ser vulgar. Ahora, continúa, querido muchacho. Decías...

—¿Cómo podré salvarlo del peligro que se ha atrevido usted a desafiar?

—El riesgo no es tan grande como parece, querido muchacho. Si nadie me denuncia, es como si no existiese. Solo Jagers, Wemmick y tú conocen mi secreto. ¿Quién más podría denunciarme?

—¿No es posible que alguien lo reconozca por la calle? —pregunté.

—Pocos me reconocerían —respondió—. Además, no tengo la menor intención de anunciar en los periódicos que A. M. ha vuelto de Botany Bay; han pasado muchos años y ¿a quién puede interesarle mi captura? Fíjate bien. Aunque el peligro hubiera sido cincuenta veces mayor, yo habría hecho este viaje para verte.

—¿Y cuánto tiempo piensa quedarse aquí?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó quitándose la pipa de la boca y mirándome perplejo—. No pienso volver a marcharme. He venido para quedarme.

—¿Dónde va a vivir? —inquirí—. ¿Qué haremos con usted? ¿Dónde estará seguro?

—Querido muchacho —repuso—, existen pelucas postizas, polvos para el cabello, gafas, ropa negra, calzones cortos..., qué sé yo. Otros lo han hecho antes y no les sucedió nada de particular. Por lo tanto, lo que unos han hecho, otros pueden hacerlo también. Y en cuanto a dónde viviré, espero que me digas cuál es tu parecer.

—Ahora se lo toma usted con mucha tranquilidad —dije—, pero anoche lo consideraba de la mayor importancia cuando me aseguraba que ello podía significar su muerte.

—Y te juro que lo significa —replicó llevándose nuevamente la pipa a la boca—. Equivale a la muerte con una cuerda al cuello, en plena calle y no lejos de aquí, y es muy importante que lo comprendas bien. Pero ¿qué solución existe, si la cosa está hecha? Aquí me tienes. Regresar ahora, sería tan peligroso como quedarme, o tal vez peor. Además, Pip, estoy aquí porque hace muchos años que deseo vivir a tu lado. Y en cuanto a mi atrevimiento, soy un pájaro con experiencia que ha desafiado toda clase de trampas desde que le salieron las plumas, y no me da miedo posarme sobre un espantajo. Si en él se oculta la muerte, no importa. Que salga y le plantaré cara; y entonces creeré en ella, pero no antes. Y ahora déjame que contemple otra vez a mi caballero.

Una vez más me cogió ambas manos y me examinó como un dueño examina su propiedad, fumando mientras tanto con la mayor satisfacción.

Me pareció lo mejor buscarle un alojamiento tranquilo y no muy apartado del que pudiera tomar posesión antes de que regresara Herbert, a quien esperaba dentro de dos o tres días. Sabía que sería imposible no confiar el secreto a mi amigo, aunque hubiese

podido prescindir del alivio que había de causarme el compartirlo con él. Pero no lo vio del mismo modo Mr. Provis (decidí llamarlo por este nombre), quien dijo que tomaría una decisión tras conocer a Herbert y formarse un concepto favorable de su fisonomía.

—Y aun entonces, querido muchacho —añadió al tiempo que sacaba de su bolsillo una Biblia pequeña y grasienta con cierres negros—, tendrá que prestar juramento.

Decir que mi terrible protector llevaba allí donde fuese aquel librito negro con el solo objeto de hacer jurar sobre él a la gente en los casos de apuro, sería afirmar algo que nunca llegué a saber a ciencia cierta. Lo único que puedo decir es que nunca se lo vi usar de otra manera. El libro parecía haber sido robado a un tribunal de justicia, y quizá el conocimiento que tenía de sus antecedentes, combinado con su propia existencia en este sentido, hacían que confiase ciegamente en su poder como si de una especie de amuleto legal se tratase. Al verlo recordé el modo en que me había hecho jurar fidelidad en el cementerio, muchos años atrás, y de qué manera, la noche anterior, se había descrito como un hombre que, en su soledad, tomaba sus decisiones con juramentos solemnes.

Como llevaba un traje de marinero, que le daba un aire de vendedor de loros o de cigarros, empezamos a discutir qué ropas debería ponerse. Él tenía una fe extraordinaria en las virtudes del calzón corto como disfraz, y se proponía ponerse un traje que le habría dado un aspecto medio de deán, medio de dentista. A duras penas logré convencerlo de que adoptara un traje más propio de un granjero acomodado; y convinimos en que se cortaría el cabello y se lo empolvaría ligeramente. Por último, como la lavandera y su sobrina aún no lo habían visto, convendría que permaneciera fuera de su vista hasta que hubiese cambiado de traje.

Tomar estas precauciones parecía cosa sencilla, pero dado lo aturdido y hasta desesperado que yo estaba, requirió tanto tiempo que la discusión duró hasta las dos o tres de la tarde. Por fin acordamos que durante mi ausencia permanecería encerrado en su habitación y que no abriría la puerta por nada del mundo.

Como yo sabía que en la calle Essex había una casa de huéspedes de aspecto respetable, cuya parte posterior daba a Temple y era visible desde las ventanas de mi casa, me dirigí enseguida hacia ella y tuve la suerte de alquilar el segundo piso para mi tío, Mr. Provis. Luego recorrí algunas tiendas y compré lo necesario para modificar el aspecto de mi huésped. Una vez hecho eso, fui a Little Britain. Mr. Jaggers estaba sentado ante su mesa, pero al verme entrar se levantó y se quedó de pie junto al fuego.

—Ahora, Pip —dijo—, sea usted prudente.

—Lo seré, señor —contesté—, porque mientras venía hacia aquí he pensado mucho en lo que iba a decirle.

—No se comprometa usted ni comprometa a nadie. Ya me entiende... a nadie. No soy curioso.

Naturalmente, comprendí que sabía que aquel hombre había llegado.

—Solo deseo, Mr. Jaggers —dije—, cerciorarme de que es verdad lo que me aseguran. No tengo ninguna esperanza de que sea mentira, pero al menos puedo comprobarlo.

Mr. Jaggers asintió con la cabeza.

—¿Le han dicho o le han informado? —me preguntó mirando al suelo, pero aun así con aire de prestar atención—. «Dicho» significa una comunicación verbal. Y usted no puede tener comunicación verbal con un hombre que está en Nueva Gales del Sur.

—Diré, pues, que me han informado, Mr. Jaggers.

—Está bien.

—Pues he sido informado por un hombre llamado Abel Magwitch de que él es el bienhechor cuya identidad durante tiempo he ignorado.

—Esa es la persona... —dijo Mr. Jaggers—, y se encuentra en Nueva Gales del Sur.

—¿Y nadie más? —pregunté.

—Nadie más —contestó Mr. Jaggers.

—No soy tan poco razonable, señor —dije— como para hacerlo a usted responsable de todos mis errores, pero siempre creí que debía de ser miss Havisham.

—Como usted muy bien dice, Pip —prosiguió Mr. Jaggers volviendo su fría mirada hacia mí y mordiéndose el dedo índice—, yo no soy responsable de eso.

—Y, sin embargo, ¡parecía tan verosímil, señor! —exclamé, desalentado.

—No había la menor prueba, Pip —repuso Mr. Jaggers sacudiendo la cabeza y recogiendo los faldones de la levita—. Nunca juzgue usted por las apariencias, sino por las pruebas. No hay mejor sistema.

Guardé silencio por un instante, dejé escapar un suspiro y declaré:

—No tengo nada más que decir. He comprobado los informes recibidos y aquí termina todo.

—Puesto que Magwitch, de Nueva Gales del Sur, se ha dado a conocer —dijo Mr. Jaggers—, ya comprenderá usted, Pip, con cuánta exactitud me he atendido, en mis comunicaciones con usted, a los hechos estrictos. Nunca me he separado ni un ápice de la estricta línea de los hechos. ¿No está usted convencido de ello?

—Completamente convencido, señor.

—Ya advertí a Magwitch la primera vez que me escribió desde Nueva Gales del Sur que no tenía que temer que me desviase ni por un instante de la estricta línea de los hechos. También le indiqué otra cosa. En su carta parecía referirse, de un modo vago, a que se proponía venir a verle a usted. Le advertí que no quería oír ni una sola palabra más sobre el particular, que no había la menor probabilidad de obtener el perdón, que había sido desterrado por el término de su vida natural, y que al presentarse en este país cometería un delito que lo expondría a los máximos rigores de la ley. Di a Magwitch este aviso —agregó Mr. Jaggers mirándome fijamente—; así se lo informé por carta, que fue enviada a Nueva Gales del Sur. Sin duda se habrá atendido a lo que yo le indicaba.

—Seguramente —contesté.

—Wemmick me ha comunicado —prosiguió Mr. Jaggers— que recibió una carta fechada en Portsmouth, firmada por un colono llamado Purvis, o...

—Provis.

—O Provis... Gracias, Pip. Tal vez sea Provis. Quizá usted lo sepa mejor que yo.

—Sí —contesté.

—Usted sabe que es Provis. Una carta, fechada en Portsmouth, firmada por un colono llamado Provis, pidiendo su dirección, Pip, en nombre de Magwitch. Wemmick, si no me

equivoco, le envió los detalles necesarios, a vuelta de correo. Probablemente es por medio de ese Provis que usted ha recibido la explicación de Magwitch... de Nueva Gales del Sur.

—En efecto —contesté.

—Buenos días, Pip —dijo entonces Mr. Jaggers tendiéndome la mano—. Me alegro mucho de haberlo visto. Cuando escriba usted a Magwitch a Nueva Gales del Sur, o cuando se ponga en comunicación con él por medio de Provis, indíquele que los detalles y comprobantes de nuestra larga cuenta le serán enviados a usted juntamente con el saldo; porque todavía queda un saldo a su favor. Buenos días, Pip.

Nos estrechamos la mano y él siguió mirándome fijamente. Me dirigí hacia la puerta y él continuó con los ojos fijos en mí, y las dos horribles mascarillas parecían esforzarse en abrir los párpados y exclamar con sus hinchadas gargantas: «¡Oh, qué hombre!».

Wemmick no se encontraba en su despacho, pero aunque hubiese estado allí, nada podría haber hecho por mí. Volví directamente a Temple, donde encontré sin novedad al terrible Provis, que bebía agua con ron y fumaba su pipa.

Al día siguiente llegaron a casa las prendas que yo había encargado y él se las puso. Pero todas ellas (pensaba yo desanimado) le daban peor aspecto que la ropa que llevaba antes. Yo creo que había algo en él que hacía que resultara imposible disfrazarlo. Cuanto más y mejor vestía, más se parecía al fugitivo de los pantanos. Este efecto sobre mi angustiada fantasía se debía sin duda a que su rostro y sus modales se me hacían cada vez más familiares; pero me pareció también que arrastraba una pierna, como si aún arrastrase con ella un grillete, y que todos los detalles, en aquel hombre, desde los pies a la cabeza, descubrían las características del forzado.

Además, la influencia de su vida solitaria en la cabaña se le notaba todavía y le daba un aspecto salvaje que ningún traje, por caro y elegante que fuese, podía disimular; a esta influencia se unía la de su vida posterior en una sociedad que lo repudiaba; y como remate de todo, ahora debía ocultarse y huir del peligro. En todos sus movimientos y actitudes, lo mismo sentado que de pie, bebiendo o comiendo (o quedándose pensativo con los hombros encogidos, de una manera peculiar en él), tanto al sacar su cuchillo de mango de asta y limpiarlo en el pantalón antes de cortar las viandas que al llevarse a los labios los finos vasos y tazas como si fuesen groseros cazos, o al partir un trozo de pan y rebañar con él los últimos restos de la salsa para luego limpiarse con él las puntas de los dedos antes de tragárselo... en todos estos detalles, y otros mil, que ocurrían a cada minuto, se descubría en él, con toda claridad, al delincuente, al presidiario.

La idea de empolvarse el cabello había sido suya y yo me avine a ella, pero le hice desistir del calzón corto. El efecto que producían los polvos en su cabello solo puedo compararlo con el que produciría el colorete en un cadáver. Tuvimos que desistir de los polvos en cuanto se hizo la prueba, y decidimos, sencillamente, que llevase el poco cabello que le quedaba cortado a rape.

No hay palabras para expresar el sentimiento que me inspiraba el terrible misterio que, para mí, significaba aquel hombre. Cuando se quedaba dormido por la tarde, asiendo con sus nudosas manos los brazos del sillón, y con la cabeza calva y surcada de profundas arrugas caída sobre el pecho, me quedaba contemplándolo y me preguntaba qué crimen debía haber cometido, cargándole mentalmente todas las culpas imaginables, hasta que me

sentía irresistiblemente tentado de levantarme y huir de él. Con cada hora que transcurría aumentaba de tal modo mi horror, que varias veces estuve a punto de hacerlo, a pesar de lo mucho que me había beneficiado y del peligro en que se hallaba, y solo me contuvo saber que Herbert pronto regresaría. En una ocasión salté de la cama por la noche y hasta empecé a vestirme apresuradamente con mis peores prendas decidido a abandonarlo allí con todo lo que yo poseía y alistarme en el ejército de la India.

Dudo que un fantasma me hubiera inspirado tanto horror allí arriba, en aquellas solitarias habitaciones, durante las tardes y noches interminables, en medio del fragor del vendaval y el aguacero. Un fantasma no habría podido ser cogido y ahorcado por mi causa, y la consideración de que él podía serlo y el miedo de que lo fuese incrementaban mis temores. Cuando él no estaba dormido o entretenido en un complicado solitario con una raída baraja que tenía —juego que hasta entonces no había visto jugar, ni he visto posteriormente, y clavando su cuchillo en la mesa—, me rogaba que le leyese un poco.

—Algo en idioma extranjero, querido Pip —decía.

Y mientras yo complacía su deseo, él, aunque no entendía una sola palabra, permanecía sentado ante el fuego mirándome como si asistiese a una conferencia y quisiese llamar la atención de los muebles sobre lo instruido que yo era, todo lo cual observaba entre los dedos de la mano con que protegía el rostro de la luz. Aquel sabio de la leyenda que se vio perseguido por la deforme criatura que impíamente había creado no era más desgraciado que yo, perseguido por la criatura que me había creado y hacia la cual sentía mayor repugnancia a medida que ella más me admiraba y quería.

Me doy cuenta de que he escrito acerca de esto como si hubiese durado un año, cuando lo cierto es que no duró más de cinco días. Como esperaba de un momento a otro la llegada de Herbert, no me atrevía a salir, excepto una vez que anochece, cuando sacaba a Provis a que tomase un poco el aire. Por fin, una noche, después de haber cenado y cuando el cansancio me vencía (porque mis noches habían sido agitadas y mis sueños interrumpidos por terribles pesadillas), me despertaron los esperados pasos de mi amigo, en la escalera. Provis, que también se había dormido, se estremeció al oír el ruido que hice y en un momento vi brillar en su mano la hoja de su cuchillo.

—¡No se alarme! ¡Es Herbert! —exclamé en el instante en que mi amigo entraba en la habitación con la alegre excitación del que acaba de recorrer mil kilómetros por tierras francesas.

—Handel, querido, ¿cómo te encuentras? Parece que haya estado ausente un año. Tal vez ha sido así, porque te veo muy pálido y delgado. Handel, mi... Pero... perdón...

Interrumpió su charla y sus apretones de mano al advertir la presencia de Provis. Este lo miraba atentamente y guardaba lentamente su cuchillo mientras hurgaba en otro bolsillo en busca de Dios sabe qué.

—Herbert, querido amigo —dije cerrando las dobles puertas mientras mi compañero me miraba con expresión de extrañeza—. Este señor... ha venido a visitarme.

—¡Todo va bien, querido muchacho! —exclamó Provis adelantándose con su Biblia negra en la mano. Luego, dirigiéndose a Herbert, dijo—: Tome usted este libro con la mano derecha. ¡Que Dios provoque su muerte si habla usted con alguien de esto! ¡Bese el libro!

—Haz lo que te dice, Herbert —le aconsejé yo.

Mi amigo, mirándome con amistosa inquietud y sorpresa, hizo lo que Provis le pedía, y este estrechó su mano de inmediato diciendo:

—Ahora queda usted obligado por un juramento. Y nunca, amigo mío, crea nada de lo que yo le diga si Pip no hace de usted un caballero.

XLI

Sería inútil que intentase describir la estupefacción y la inquietud de Herbert cuando, sentados los tres ante el fuego, le referí la historia. Baste decir que vi mis propios sentimientos reflejados en el rostro de mi amigo, y entre ellos, especialmente, mi repugnancia hacia aquel hombre que tanto había hecho por mí.

Habría bastado para establecer una división entre él y nosotros (aunque no hubiese habido otras circunstancias que nos distanciasen), el orgullo con que me oyó contar mi historia. Exceptuando su pesarosa convicción de haber sido «vulgar» una vez desde su llegada (respecto a lo cual dirigió una alocución a Herbert, en cuanto hube terminado mi revelación), no tuvo la menor sospecha de que yo pudiese sentir escrúpulos sobre mi suerte. Su alarde de haberme convertido en un caballero y haber venido a ver cómo representaba yo ese papel con sus amplios recursos, parecía hecho en mi nombre tanto como en el suyo. Y estaba firmemente convencido de que tal alarde era sumamente agradable para ambos, y que los dos, por esta razón, teníamos que sentirnos orgullosos.

—Aunque fíjese, amigo de Pip —dijo a Herbert después de hablar durante largo rato—, sé muy bien que, desde mi llegada, he sido vulgar durante medio minuto. Ya le dije a Pip que comprendía que lo había sido. Pero no se preocupe usted por ello. No he hecho de Pip un caballero, como él hará un caballero de usted, para olvidar lo que a ustedes se les debe. Querido Pip y amigo de Pip, imagínense ustedes que en lo sucesivo llevaré puesta una mordaza para evitar mi vulgaridad. Amordazado estoy desde aquel momento en que, olvidándome de mí mismo, fui vulgar.

—Perfectamente —repuso Herbert. Pero no pareció que aquello le consolase, y quedó confuso y desalentado.

Ambos esperábamos con impaciencia la hora en que nuestro huésped se marchase a su morada y nos dejara en paz; pero él, seguramente, tenía celos de dejarnos solos y se quedó hasta muy tarde. Eran las doce de la noche cuando lo acompañé a la calle de Essex y lo dejé en el oscuro umbral de su habitación. Cuando se cerró la puerta, sentí el primer momento de alivio desde la noche de su llegada.

Continuamente atormentado por el temeroso recuerdo del hombre a quien sorprendí en la escalera, lanzaba miradas furtivas en torno a mí cada vez que, al anochecer, sacaba a mi huésped a tomar el aire. A pesar de lo difícil que es en una gran ciudad no tener miedo de que lo sigan a uno, cuando sabe que existe el peligro de que esto ocurra, no acababa de convencerme de que la gente que pasaba por mi lado no tenía el menor interés en mí ni en lo que yo hacía. Los pocos que pasaban iban cada uno por su camino y la calle estaba

desierta cuando regresé a Temple. Nadie había salido con nosotros por la puerta y nadie entró tampoco cuando yo lo hice. Al pasar junto a la fuente vi las ventanas de Provis iluminadas, y cuando me detuve unos momentos ante la puerta del edificio en que yo vivía, antes de subir por la escalera, Garden Court estaba tan apacible y solitario como la misma escalera al subir yo por ella.

Herbert me recibió con los brazos abiertos y nunca como entonces había sentido el enorme consuelo que significa tener un amigo. Después de que él mismo me hubo dirigido unas palabras de aliento, nos sentamos para discutir acerca del asunto. ¿Qué convenía hacer?

Como la silla que había ocupado Provis seguía en el mismo lugar donde la había dejado (porque tenía un modo especial, debido sin duda al tiempo que había habitado una cabaña, de andar inquieto alrededor del mismo sitio, realizando una serie de actos sucesivos con su pipa y su tabaco, su cuchillo y su baraja, como si lo tuviese indicado en una pizarra), Herbert la cogió sin pensar, pero al caer en la cuenta del asiento que elegía la apartó de sí y cogió otra. Después de eso no tuvo necesidad de decir que sentía aversión hacia mi protector, ni yo de confesar que me ocurría lo mismo. Nos hicimos esta mutua confianza sin cambiar una palabra.

—¿Qué crees tú —pregunté a Herbert después de que se hubo sentado— que puede hacerse?

—Mi pobre Handel —replicó al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza—, estoy demasiado aturdido para poder pensar.

—Lo mismo me ocurrió a mí, Herbert, con la impresión del primer momento. Pero, algo hay que hacer. Este hombre se obstina en gastar más dinero, pretende comprar caballos, coches, cosas superfluas... Hay que impedírselo de un modo u otro.

—¿Quieres decir con eso que no puedes aceptar...?

—¿Cómo podría? —lo interrumpí—. ¡Piensa en él! ¡Fíjate en él!

Ambos nos estremecemos sin poder evitarlo.

—Y, sin embargo, Herbert —proseguí—, siente afecto por mí, un profundo cariño. ¿Has visto alguna vez una suerte más triste?

—¡Pobre Handel! —exclamó mi amigo.

—Además —añadí—, aunque me niegue a recibir nada más de él, piensa en lo que yo le debo, y en las muchas deudas que tengo (tantas que ya no me queda esperanza alguna), y no estoy preparado para ninguna profesión ni sirvo para nada.

—Bueno, bueno —murmuró Herbert—. No digas que no sirves para nada.

—¿Para qué quieres que sirva? Solo hay una cosa para la que, tal vez, podría servir, y es alistarme en el ejército. Ya lo habría hecho, querido amigo, pero antes he querido oír tu consejo.

Inútil decir que al llegar a este punto de nuestro diálogo se me quebró la voz, pero Herbert, excepto un fuerte apretón de manos, no dio muestras de haber advertido mi emoción.

—Sea como fuere, mi querido Handel —dijo al cabo de un rato—, no te conviene ser soldado. Si decidieras renunciar a su protección y sus favores, supongo que lo harías con la débil esperanza de poder pagarle un día lo mucho que de él has recibido. Si te alistaras en

el ejército no creo que te quedasen muchas esperanzas. Además, es absurdo. Estarías mucho mejor en casa de Clarriker, por poco importante que sea. Ya sabes que confío en llegar a ser algún día socio de la misma.

¡Pobre muchacho! Poco sospechaba de dónde procedía el dinero gracias al cual iba a ver realizados sus anhelos.

—Pero hay otra cosa —continuó él—. Se trata de un hombre ignorante, pero con una idea fija que acaricia desde hace mucho tiempo. Tal vez me equivoque, pero creo que tiene un temperamento violento.

—Te aseguro que no te equivocas —contesté—. Deja que te cuente las pruebas que tengo de su carácter. —Y le expliqué lo que había omitido en mi narración; es decir, su encuentro con el otro presidiario.

—¡Fíjate pues! —observó Herbert—. Él viene aquí con peligro de su vida, para llevar a cabo una empresa que lo obsesiona. En el momento de verla realizada, después de sus trabajos y penalidades y de su larga espera, le hundes el suelo bajo sus pies, destruyes su idea y haces que toda su fortuna ya no tenga valor para él. ¿No comprendes lo que sería capaz de hacer si sufriese un desengaño?

—Lo he visto, Herbert, y he soñado en eso desde la noche fatal de su llegada. Estoy seguro de que haría cualquier cosa aunque eso supusiera que lo prendiesen.

—Considera —contestó Herbert— que en ese caso correrías un gran peligro. En ello reside el poder que ese hombre tendrá sobre ti mientras permanezca en Inglaterra, y si lo abandonases obraría con desesperación.

Me horrorizaba tanto aquella idea, cuya realización habría hecho que me considerase a mí mismo un asesino, que no pude permanecer tranquilo en mi silla, y levantándome, empecé a pasear por la estancia. Al cabo de un rato, dije a Herbert que si Provis era reconocido y encarcelado, y a consecuencia de ello condenado a la horca, yo, aunque inocente, no podría por menos que considerarme autor de su muerte. Y así era; aun cuando me consideraba desventurado teniéndolo en libertad y cerca de mí y habría preferido pasar toda mi vida trabajando en la fragua con Joe a haber llegado a esa situación.

Pero no había manera de desentenderse de la pregunta: ¿Qué debía hacerse?

—Lo primero y principal —dijo Herbert— es sacarlo de Inglaterra. Tú tendrás que ir con él; de ese modo no se resistirá.

—Pero lo lleve donde lo lleve, ¿podré impedir que regrese?

—Mi querido Handel, ¿no es evidente que con Newgate a la vuelta de la esquina es más peligroso aquí que en otra parte revelar tus intenciones y sumirlo en la desesperación. Tal vez ahora pudiera imaginarse, por medio del otro recluso o valiéndose de cualquier incidente de su vida, un pretexto para convencerlo de marcharse.

—¡Imposible! —exclamé deteniéndome delante de Herbert, al borde de la desesperación—: No conozco nada de su vida. He estado a punto de perder la razón, observándolo cada noche sentado ante mí, tan ligado a mi buena suerte como a mi infortunio, y aun así tan desconocido para mí como no fuera en su miserable condición de presidiario que durante días me aterrorizó siendo yo niño.

Herbert se levantó, pasó su brazo por el mío y los dos echamos a andar de un lado a otro de la estancia mirando los dibujos de la alfombra.

—Handel —dijo deteniéndose—, ¿estás convencido de que no puedes aceptar más beneficios de él?

—Por completo. En mi lugar, tú harías lo mismo.

—¿Y estás convencido de que necesitas librarte de él?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Por otra parte, por consideración al hecho de que ha arriesgado su vida para favorecerte, estás decidido a salvarlo, si es posible. Entonces tienes que alejarlo de Inglaterra antes de mover un solo dedo para librarte de él. Una vez conseguido eso, deshazte de él en nombre de Dios, que tú y yo ya nos arreglaremos.

Fue un consuelo para mí estrechar las manos de mi amigo cuando hubo pronunciado aquellas palabras, y enseguida reanudar nuestro paseo por la habitación.

—Ahora, Herbert —dije—, para enterarnos de su historia solo veo un medio. Se lo preguntaré directamente.

—Sí, puedes interrogarlo acerca de ella por la mañana, mientras desayunamos.

Provis había dicho, al despedirse de Herbert, que vendría a desayunar con nosotros.

Tras idear ese plan, nos acostamos. Esa noche tuve horribles pesadillas en las que lo veía aparecer de un modo u otro, y me levanté sin haber descansado; al despertar volví a sentir el mismo miedo que se había apoderado de mí al dormirme; miedo a que lo descubriesen y se averiguara que era un condenado a cadena perpetua que había regresado a Inglaterra. Bastaba que abriese los ojos por la mañana para que ese miedo ya no me abandonase.

Él llegó a la hora señalada, sacó el cuchillo de su funda y se sentó para comer. Tenía infinidad de proyectos «para que su caballero se mostrase como un gran señor», y me aconsejó que empezara a usar libremente el contenido de la cartera que había dejado en mi poder. Consideraba nuestras habitaciones y su propio alojamiento como una residencia temporal, y me recomendó que buscara cuanto antes una «jaula elegante» donde hubiese un «jergón» para él, cerca de Hyde Park. Cuando hubo terminado su desayuno, y mientras él limpiaba el cuchillo en la pierna, sin más preámbulo le dije:

—Anoche, después que usted se hubo marchado, relaté a mi amigo la lucha en que los soldados lo encontraron enzarzado, cuando llegamos a aquella zanja de los pantanos. ¿Se acuerda?

—¿Que si me acuerdo? —respondió—. ¡Ya lo creo!

—Desearíamos saber algo acerca de aquel hombre... y de usted mismo. Resulta extraño que yo no sepa más cosas de él, ni de usted, aparte de lo que refirió anoche. ¿No le parece esta una oportunidad tan buena como cualquier otra para contarnos algo?

—Bueno —dijo después de reflexionar—. ¿Recuerda usted su juramento, compañero de Pip?

—Claro que sí —contestó Herbert.

—Ese juramento se refiere a todo lo que yo diga, sin exceptuar absolutamente nada.

—Así lo entiendo.

—Y fíjense ustedes... Sea cual fuere la falta que yo haya cometido, ya la he expiado.

—Perfectamente.

Sacó su pipa e iba a llenarla cuando se quedó mirando el tabaco y pareció pensar que si fumaba tal vez perdiese el hilo de la narración. De modo que lo guardó otra vez, se colgó la pipa de un ojal de la chaqueta, puso una mano sobre cada rodilla y, después de mirar brevemente el fuego con expresión colérica, se volvió hacia nosotros y dijo lo siguiente:

XLII

—Queridos Pip y compañero de Pip: No voy a contarles mi vida a manera de canción o novela. Para comenzar, con cuatro palabras tendré bastante. En la cárcel y fuera de ella... sí, en la cárcel y fuera de ella. Eso es todo. Tal fue mi vida hasta que me embarcaron después de aquellos días en que Pip me socorrió.

»Lo he sufrido todo, excepto la horca. Me han tenido encerrado con tanto cuidado como una tetera de plata. He sido transportado de un lado a otro, me han echado de esta población, me han echado de aquella, me metieron en el cepo, me azotaron, torturaron y zarandearon. No tengo más idea que ustedes del lugar donde nací. Cuando empecé a darme cuenta de mi existencia, me hallaba en Essex, robando nabos para poder comer. Recuerdo que alguien me abandonó; era un hombre, un calderero, y se llevó el fuego consigo y me dejó tiritando.

»Sabía que me llamaba Magwitch y que mi nombre de pila era Abel. ¿Cómo lo sabía? Pues del mismo modo que sabía que los pájaros que veía en los setos se llamaban pinzón, tordo o gorrión. Podría haber creído que todo junto no era más que mentira, pero como resultó que los nombres de los pájaros eran verdaderos, supuse que el mío también lo era.

»Por lo que recuerdo, no había nadie que al ver al pequeño Abel Magwitch, tan mal vestido como mal alimentado, no se asustara y lo ahuyentase o hiciese prender... Y tantas veces me metieron en la cárcel, que casi puedo decir que me crié entre rejas.

»Y así, cuando aún no era más que una criatura harapienta, la más digna de lástima que yo haya visto (y no es que me hubiese mirado en el espejo, porque pocos interiores amueblados conocía), tenía ya fama de ser un delincuente empedernido. “Este es de los más empedernidos”, decían en la cárcel al presentarme a los visitantes. “Puede decirse que este chico ha pasado toda su vida en la prisión”. Entonces los visitantes me miraban, y yo los miraba a ellos. Algunos me medían la cabeza, aunque habrían hecho mejor midiéndome el estómago, y otros me daban folletos que yo no sabía leer, o me soltaban discursos que no entendía. Y siempre acababan por hablarme del diablo. Pero ¿qué diablos podía ser yo? Algo tenía que meter en mi estómago, ¿no es verdad? Pero me estoy poniendo vulgar y ya sé que no debo hacerlo. Queridos Pip y compañero de Pip, no teman que vuelva a caer en mis vulgaridades.

»Vagabundeando, mendigando, robando, trabajando a veces, cuando podía (que no era muy a menudo, pues ustedes mismos dirán si habrían estado dispuestos a darme trabajo), actuando un poco de cazador furtivo, un poco de labrador, un poco de carretero, un poco de segador, un poco de buhonero y un poco de muchas cosas de las que no dan beneficios y lo

meten a uno en dificultades, me convertí finalmente en hombre. Un soldado desertor que encontré en una estación, escondido bajo un montón de patatas, me enseñó a leer, y un gigante vagabundo que solo escribía su nombre, por un penique me enseñó a escribir. Ya no me encerraban tan a menudo como antes, pero de vez en cuando notaba el hierro en mis piernas.

»En las carreras de Epsom, haré cosa de veinte años, trabé amistad con un hombre cuyo cráneo, si lo tuviese aquí, sería capaz de romper con este atizador. Su verdadero nombre era Compeyson, y se trataba del hombre, querido Pip, con quien me viste pelear en la zanja, tal como dijiste anoche a tu amigo después de haberme yo marchado.

»Ese Compeyson había recibido una educación de caballero, había asistido a un buen colegio, era instruido. Tenía modales delicados y una manera de hablar suave. Además, era guapo. La víspera de la gran carrera lo encontré en el brezal, en un tenderete que yo conocía muy bien. Él y algunos más estaban sentados ante las mesas cuando entré, y el dueño (que me conocía y que era un jugador empedernido) lo llamó y le dijo: “Creo que este es el hombre que le conviene”, refiriéndose a mí.

»Compeyson me miró detenidamente y yo también lo miré. Llevaba reloj con cadena, anillo y alfiler de corbata, y un traje elegante.

»—A juzgar por las apariencias, no tiene usted muy buena suerte —me dijo Compeyson.

»—En efecto, amigo mío; nunca la he tenido. (Acababa de salir de la cárcel de Kingston, condenado por vagabundeo. No es que no hubiese podido ser por algo más, pero no lo fue).

»—La suerte cambia —dijo Compeyson—; tal vez la de usted esté a punto de cambiar.

»—¡Ojalá! —contesté—. Ya sería hora.

»—¿Qué sabe usted hacer? —preguntó Compeyson.

»—Comer y beber —respondí—. Si encuentra usted para qué puedo servir...

»Compeyson se echó a reír, volvió a mirarme con mucha atención, me dio cinco chelines y me citó para la noche siguiente en el mismo lugar.

»Al otro día, a la misma hora y en el mismo lugar, fui a entrevistarme con Compeyson, quien me propuso que fuese su agente y su socio. ¿Y cuáles eran los negocios de Compeyson en que íbamos a asociarnos? Pues la estafa, la falsificación de documentos y firmas, la circulación de billetes de banco robados y otros trucos parecidos. Los negocios de Compeyson eran los golpes que proyectaba pero no ejecutaba, aunque se reservaba los beneficios y dejaba a sus cómplices en la estacada. Tenía tanto corazón como una lima de acero, era tan frío como la misma muerte y su cabeza era la del diablo de que antes hemos hablado.

»Había otro individuo con Compeyson, un tal Arthur, que no era su nombre de pila sino su apodo. Estaba el pobre muy agotado y parecía una sombra. Unos años antes, él y Compeyson hicieron una mala jugada a una dama muy rica, gracias a la cual consiguieron una fortuna; pero Compeyson apostaba y jugaba, y habría sido capaz de derrochar todo lo que la nación paga al rey. Por ello, Arthur estaba al borde de la muerte, sin un penique y aterrorizado. La esposa de Compeyson, a quien este trataba a puntapiés, se compadecía de él cuando podía, pero Compeyson no sentía piedad por nada ni por nadie.

»El caso de Arthur podía haberme servido de ejemplo, pero no fue así. Y no voy a hacer creer que yo era hombre de muchos escrúpulos, pues ¿para qué servían, queridos Pip y

compañero de Pip? Empecé, pues, a trabajar con Compeyson y no fui más que un pobre instrumento en sus manos. Arthur vivía en una buhardilla de la casa de Compeyson (que estaba muy cerca de Brentford) y este llevaba una cuenta exacta de lo que le debía por alojamiento y comida, por si acaso algún día se reponía lo bastante para pagársela con su trabajo. El pobre Arthur saldó pronto esa cuenta. La segunda o tercera vez que lo vi bajó arrastrándose hasta el salón de Compeyson, a altas horas de la noche, sin más ropa que una bata de franela, con el cabello empapado en sudor y dijo a la mujer de Compeyson:

»—Sally, esta vez es verdad que está arriba conmigo y no puedo librarme de ella. Va toda vestida de blanco, con flores blancas en el cabello; está loca de remate, lleva un sudario colgado del brazo, y no para de repetir que me lo pondrá a las cinco de la madrugada.

»—Vamos, tonto —le dijo Compeyson—. ¿No sabes que aún vive? ¿Cómo podría estar en la casa sin haber entrado por la puerta o la ventana, y sin subir por la escalera?

»—Cómo se encuentra allí, no lo sé —respondió Arthur, temblando horriblemente—; pero lo cierto es que está en el rincón, al pie de la cama, espantosamente loca. ¿Y dónde está su corazón destrozado? ¡Tú se lo destrozaste! Hay gotas de sangre.

»Compeyson le hablaba ásperamente, pero a las claras se veía que era un cobarde.

»—Sube a este chiflado a su habitación —ordenó a su esposa—; Magwitch te ayudará.

»Entre la mujer y yo lo llevamos otra vez a la cama. Él deliraba de un modo espantoso.

»—¡Miradla! —gritaba—. ¿No veis cómo me amenaza con el sudario? ¿No la veis? ¡Mirad sus ojos! ¡Está loca! ¡Me lo pondrá! ¡Me lo pondrá y estaré perdido! ¡Quitádselo! ¡Arrancádselo de las manos!

»Y se agarraba a nosotros sin dejar de hablar con la sombra, o contestándole de tal manera, que hasta a mí me parecía verla.

»La mujer de Compeyson, que ya estaba habituada a aquellos ataques, le dio un poco de licor para quitarle el miedo, y consiguió que se calmara.

»—¡Oh, se ha ido! ¿Ha venido a llevársela un guardián? —preguntaba.

»—Sí, sí —respondía la esposa de Compeyson.

»—¿Le ha dicho usted que la encierre y que atranque la puerta?

»—Sí.

»—¿Y que le quite ese sudario tan horrible?

»—Sí, sí, todo eso he hecho.

»—Es usted una buena mujer. No me abandone, se lo suplico. Y muchas gracias.

»Descansó bastante tranquilo hasta pocos minutos antes de las cinco de la madrugada; en aquel momento se levantó dando un alarido y voceando nuevamente.

»—¡Ya está aquí! ¡Vuelve con el sudario! ¡Ya lo desdobra! ¡Ahora sale del rincón! ¡Viene hacia mí! ¡Sostenedme, uno por cada lado! ¡No dejéis que me toque con él! ¡Ah! Esta vez no me ha acertado. No le dejéis que me eche el sudario por encima de los hombros. Tened cuidado de que no me levante para envolverme con él. ¡Oh, ahora me levanta! ¡Sostenedme sobre la cama, por Dios! —Dicho esto, se irguió con un esfuerzo desesperado y cayó muerto.

»A Compeyson aquello no pareció preocuparle mucho, pues lo consideraba una buena solución para ambas partes. Él y yo comenzamos a trabajar muy temprano y lo primero que

hizo fue jurar (pues siempre ha sido falso) sobre mi libro, el mismo sobre el que juró tu amigo, querido muchacho.

»Para no andar con pequeños detalles sobre lo que Compeyson proyectaba, y yo ejecutaba, lo cual requeriría probablemente una semana, solo diré, queridos Pip y compañero de Pip, que aquel hombre me enredó de tal forma que acabé por convertirme en su esclavo. Yo siempre estaba en deuda con él, siempre debajo de su pie, continuamente trabajando y siempre corriendo peligro. Él era más joven que yo, pero era astuto, instruido, me dejaba en todo muy atrás y no me tenía ninguna clase de consideración. Mi mujer, mientras yo pasaba esta mala temporada con... Pero, ¡alto! Todavía no me he referido a ella...

Miró alrededor, algo turbado, como si hubiese perdido el punto en el libro de sus recuerdos; se volvió hacia el fuego, abrió la manos, que tenía apoyadas en las rodillas, las levantó y volvió a dejarlas donde las tenía.

—No hay necesidad de tratar de eso —prosiguió, mirando de nuevo alrededor—. La temporada que pasé con Compeyson fue casi tan mala como la peor de mi vida. Con esto queda dicho todo. ¿Les he contado ya que mientras estaba con él fui juzgado por un delito leve?

Contesté negativamente.

—Pues bien —continuó—, fui juzgado y condenado. Por lo que respecta a ser detenido por meras sospechas, eso me ocurrió dos o tres veces durante los cuatro o cinco años que duró la cosa; pero faltaron las pruebas. Por último, Compeyson y yo fuimos juzgados por estafa, acusados de haber hecho circular billetes de banco robados y otras fechorías. Compeyson me dijo: «Defensores distintos y nada de comunicación». Y eso fue todo. Yo era tan pobre que tuve que vender todas mis ropas, a excepción de las que llevaba puestas, antes de conseguir que Jagers me defendiese.

»Cuando nos sentamos en el banquillo, lo primero que advertí fue que Compeyson parecía un caballero, con su cabello rizado, su traje negro y su pañuelo blanco, mientras que yo tenía todo el aspecto de un vulgar maleante. Cuando empezó la vista y se presentaron las pruebas, vi que todas me incriminaban y apenas se referían a él. Cuando comparecieron los testigos, resultó que siempre era a mí a quien juraban conocer; que fue a mí a quien entregaron el dinero, y que siempre era yo quien lo había hecho todo y se había quedado con el botín. Pero cuando empezó a hablar la defensa, la cosa se presentó más clara, pues el abogado de Compeyson dijo: “Señor presidente, señores del jurado: ante ustedes tienen, sentados el uno junto al otro, dos hombres completamente distintos; uno de ellos, el más joven, bien educado y que como tal se comporta; el otro, el de más edad, grosero y sin instrucción, y también se comporta como tal. Al primero, pocas veces o ninguna se lo ha visto involucrado en esta clase de actos, y no hay contra él más que sospechas; en cambio, al otro, al de más edad, siempre se lo ha visto metido en asuntos turbios y siempre quedó demostrada su culpabilidad. ¿Pueden, pues, dudar acerca de quién es el culpable, si no hay más que uno, o de quién lo es más, si ambos lo son?”. Y así por el estilo. Y en cuanto a los antecedentes, ¿no era Compeyson quien había estado en un colegio? Y ¿no eran sus condiscípulos, fulano y mengano, que estaban en tal o cual posición? Y ¿no lo habían conocido algunos testigos en círculos y sociedades donde se tenía un muy

alto concepto de él? Por lo que a mí respecta, ¿no había sido condenado ya antes y no se me conocía en todas las cárceles y reformatorios? Y cuando nos llegó el turno de hablar, ¿no fue Compeyson quien lo supo hacer bajando de vez en cuando la cara, escondiéndola en su pañuelo y, ¡ah!, hasta recitando algunos versos? ¿Y no fui yo el que solo supo decir: “Señores, este hombre que tengo a mi lado es un truhán de tomo y lomo”. Y cuando se pronunció el veredicto, ¿no fue Compeyson para quien se pidió la clemencia del tribunal en atención a su buena conducta y a la influencia que en él tuvieron las malas compañías, y en premio de haber declarado todo lo que sabía de mí? ¿Y no fui yo a quien no se le dedicó otra palabra que la de “culpable”? Y cuando dije a Compeyson: “En cuanto salgamos de aquí te romperé la cara”, ¿no fue él quien pidió protección al juez y consiguió que se interpusieran dos carceleros entre nosotros? Y cuando nos sentenciaron, ¿no le impusieron a él siete años y a mí catorce, y no fue por él por quien el juez expresó su pesar, porque habría podido ser un hombre de provecho? Y ¿no fue a mí a quien miró como a un criminal empedernido, de pasiones violentas que forzosamente tenía que ir de mal en peor?

Poco a poco se había ido exaltando, pero se contuvo, respiró hondo dos o tres veces, tragó saliva otras tantas y, tendiéndome la mano, agregó con tono tranquilizador:

—No voy a ser vulgar, querido muchacho.

Se había acalorado tanto que tuvo que sacar el pañuelo y enjugarse el rostro, la cabeza, el cuello y las manos, antes de poder seguir explicándose.

—Había dicho a Compeyson que le rompería la cara, y juré (¡así Dios haga que me rompa la mía si miento!) que lo haría. Fuimos a parar al mismo pontón; pero por más que hice, pasé mucho tiempo sin poder acercarme a aquel bribón. Por fin conseguí ponerme detrás de él y le di un golpe en la mejilla para que volviese la cara y zurrarlo entonces en toda la regla, pero me vieron y me detuvieron. El calabozo de aquel barco no era muy seguro para un conocedor de mazmorras que supiese nadar y bucear. Me escapé, alcancé tierra firme y me oculté entre las tumbas cuando, por primera vez, vi a mi Pip.

Me miró de un modo tan afectuoso que, de nuevo, sentí aversión hacia él a pesar de la gran compasión que me había inspirado.

—Gracias a mi Pip me enteré de que Compeyson corría también por aquellos pantanos. Creo que huyó por el miedo que me tenía, sin saber que yo estaba ya en tierra. Lo perseguí, lo alcancé y le di una tremenda paliza. «Y ahora —le dije—, lo peor que puedo hacer, sin cuidarme de lo que me ocurra después, es devolverte al pontón». Y me habría echado al agua con él, tirando de sus cabellos, si hubiese sido necesario, y lo habría devuelto a bordo aun sin el auxilio de los soldados.

»Como es natural, él salió mejor librado, porque tenía mejores antecedentes que yo. Además, dijo que se había fugado porque mis intenciones sanguinarias para con él le habían hecho perder la cabeza, y por todo ello su castigo fue leve. En cuanto a mí, me cargaron de grilletes, fui juzgado nuevamente y me deportaron para toda la vida. Pero no fue así, querido muchacho, puesto que estoy aquí.

Volvió a enjugarse la cabeza con el pañuelo, luego sacó lentamente del bolsillo su puñado de tabaco, se quitó la pipa del ojal donde la había colgado, la llenó poco a poco y se puso a fumar.

—¿Ha muerto? —pregunté después de una pausa.

—¿Quién, querido Pip?

—Compeyson.

—Puedes estar seguro de que, si vive, debe de figurarse que quien ha muerto soy yo —respondió Provis con una mirada salvaje—. Pero no he vuelto a saber nada de él.

Herbert había estado escribiendo con su lápiz en la cubierta de un libro. Empujó lentamente el libro hacia mí y, mientras Provis seguía fumando con los ojos fijos en el fuego, leí en él: «El nombre del joven Havisham era Arthur. Compeyson es el hombre que fingió enamorarse de miss Havisham».

Cerré el libro y lo guardé, haciendo una ligera seña a Herbert; pero ninguno de los dos dijo una sola palabra, y ambos nos quedamos contemplando a Provis, que continuaba fumando junto al fuego, en silencio.

XLIII

¿Para qué detenerme a preguntar ahora hasta qué punto la aversión que me inspiraba Provis tal vez se debiese al pensamiento de Estella? ¿Para qué entretenerme en mi camino a fin de comparar el estado de mi espíritu cuando me esforzaba por librarme de la atmósfera carcelaria antes de ir al encuentro de Estella en la estación de diligencias, con el estado de espíritu con que en ese momento meditaba sobre el abismo existente entre ella, con su orgullo y su belleza, y el presidiario a quien albergaba en mi casa? No por hacerlo sería más llano el camino, ni mejor el final, ni mi protector ganaría nada, ni yo me sentiría aliviado.

Aquel relato hizo que yo sintiese un nuevo temor, o, mejor dicho, dio forma y objeto a uno ya existente. En el caso de que Compeyson viviera y descubriese que Provis había regresado, las consecuencias no podían ser dudosas. Que a Compeyson Provis lo aterrorizaba ninguno de los dos lo sabía mejor que yo, y era fácil comprender que un hombre como el que nos había sido descrito no titubearía ni un instante en librarse de su enemigo por el medio seguro de la delación.

Nunca había dicho una palabra a Provis acerca de Estella y nunca lo haría, al menos así lo había decidido. Pero dije a Herbert que antes de partir rumbo al extranjero tenía que ver a Estella y a miss Havisham. Esto fue cuando nos quedamos solos la noche en que Provis nos relató su historia. Resolví, pues, ir a Richmond al siguiente día, y así lo hice.

Al presentarme ante miss Brandley, esta hizo llamar a la doncella de Estella, quien me manifestó que la joven se había ido al campo. ¿Adónde? A Satis, como de costumbre. No como de costumbre, dije yo, pues hasta entonces nunca había ido sin mí. ¿Cuándo estaría de regreso? La contestación fue con un tono de reserva que aumentó mi asombro. La doncella suponía que había ido allí por poco tiempo. No pude sacar nada en claro de aquellas palabras, y regresé a casa completamente desconcertado.

Otra consulta nocturna con Herbert después de que Provis se hubiera marchado (yo siempre lo acompañaba a su casa sin dejar de vigilar atentamente alrededor), y quedamos de acuerdo en que no debía hablarse del proyectado viaje al extranjero hasta que yo regresara de visitar a miss Havisham. Mientras tanto, mi amigo y yo reflexionamos por separado acerca de qué sería mejor, si tomar como pretexto una supuesta sospecha de que alguien estaba vigilándolo, o decir que yo, que nunca había estado en el extranjero, deseaba hacer un viaje. Sabíamos que él aceptaría cualquier cosa que yo le propusiera y estábamos de acuerdo en que era imposible que Provis continuara muchos días expuesto al peligro de que alguien descubriese que estaba en Londres.

Al día siguiente cometí la ruindad de aparentar que tenía que ir a ver a Joe; pero es que amparándome en su nombre, yo era capaz de cometer cualquier ruindad. Durante mi ausencia, Provis debería andarse con el mayor cuidado y Herbert tendría que cuidar de él como lo hacía yo. Tenía intención de ausentarme por una sola noche, y a mi regreso debía empezar a satisfacer la pretensión de Provis de verme actuar como un gran señor. Entonces se me ocurrió, y según comprobé luego la misma idea tuvo Herbert, que esto último podía servirnos para convencerlo de trasladarse al extranjero, con la excusa de efectuar ciertas compras o algo por el estilo.

Tras preparar de ese modo mi visita a miss Havisham, salí en la primera diligencia del día siguiente, al amanecer, y me hallé en pleno campo al despuntar el día, que parecía cojear, gimiendo y tiritando envuelto en retazos de nubes y jirones de niebla, como un mendigo. Cuando llegamos a El Jabalí Azul, después de viajar bajo una persistente llovizna, cuál no fue mi estupefacción al ver salir a la puerta para contemplar la diligencia, con un mondadientes en la mano, a Bentley Drummle.

Como él aparentó que no me veía, yo fingí igualmente que no advertía su presencia, pero a ninguno de los dos se nos daba bien eso de disimular; con mayor motivo, cuando los dos entrábamos en la sala donde él acababa de almorzar, y donde yo encargué mi desayuno. Se me hacía odioso verlo allí, pues sabía que este hecho no era casual.

Fingiendo leer un periódico atrasado, apenas legible debido a las manchas de café, encurtidos, salsa de pescado, mantequilla y vino de que estaba cubierto, como si hubiese cogido un sarampión muy regular, me senté a mi mesa mientras él permanecía ante el fuego. Su presencia en ese lugar se me hacía cada vez más ofensiva. Me levanté decidido a obtener mi parte de calor de la chimenea. Tuve que pasar la mano por detrás de sus piernas para coger el atizador, pero aun así seguí fingiendo que no lo conocía.

—¿Es un desaire? —preguntó entonces Mr. Drummle.

—¡Ah, caramba! ¡Es usted! —exclamé con el atizador en la mano—. ¿Cómo se encuentra? Justamente estaba preguntándome quién sería el que tapaba el fuego.

Dicho esto revolví las brasas de mala manera y después me planté al lado de Mr. Drummle, con los hombros rígidos y de espaldas al fuego.

—¿Acaba usted de llegar? —preguntó él, empujándome suavemente con su hombro.

—Sí —le contesté, empujándolo a mi vez con el mío.

—Este es un lugar repugnante —dijo—. Usted ha nacido en esta región, ¿verdad?

—Sí —repuse—. Y he oído decir que se parece mucho al condado de Shrop.

—No se le parece en nada —replicó.

Aquí Mr. Drummle se miró las botas y yo me miré las mías; y luego él miró las mías y yo las suyas.

—¿Hace mucho que está usted aquí? —pregunté, decidido a no ceder un centímetro del calor del fuego.

—Lo suficiente para sentirme hastiado —contestó al tiempo que aparentaba bostezar, pero igualmente decidido a no ceder.

—¿Se quedará aún mucho tiempo?

—No puedo decirlo —respondió—. ¿Y usted?

—No puedo decirlo.

En ese instante sentí, como si fuese un estremecimiento, que si la espalda de Mr. Drummle hubiese reclamado un milímetro más de espacio, yo lo habría arrojado contra la ventana; y también comprendí que si mi hombro hubiese expresado la misma pretensión, Mr. Drummle me habría arrojado contra la mesa más cercana. Él se puso a silbar y yo hice lo mismo.

—Por aquí abundan los pantanos, según tengo entendido —observó.

—Sí. ¿Y qué? —repliqué.

Mr. Drummle miró mis botas y, entre risas, exclamó:

—¡Oh!

—¿Le divierte esto, Mr. Drummle?

—No —contestó—; no mucho. Voy a pasear a caballo. Pienso entretenerme explorando los alrededores. Me han dicho que en ellos hay villorrios perdidos y tabernas y herrerías muy curiosas. ¡Camarero!

—¿Señor?

—¿Está ensillado mi caballo?

—Lo tiene usted preparado a la puerta, señor.

—Muy bien. Ahora, fíjate. Hoy la señorita no saldrá a caballo porque hace mal tiempo.

—Muy bien, señor.

—Y yo no vendré a comer porque estoy invitado en casa de la señorita.

—Perfectamente, señor.

Drummle me miró con una expresión de triunfo tan retadora que, a pesar de que lo consideraba un necio, se me clavó en el corazón y me exasperó de tal modo que me vinieron ganas de cogerlo en mis brazos (del mismo modo que, según dicen, el bandido del cuento cogió a la anciana señora) y sentarlo sobre el fuego.

Una cosa resultaba evidente para ambos, y era que, a menos que viniese alguien en nuestra ayuda, ninguno de los dos podría abandonar aquel lugar junto al fuego. Allí estábamos, firmes, ante la chimenea, hombro contra hombro y pie contra pie, sin ceder. Podía verse el caballo a la puerta, bajo la llovizna; mi almuerzo estaba en la mesa; habían retirado el servicio de Drummle; el camarero me había invitado a sentarme, yo le había dirigido un gesto de asentimiento, pero los dos continuábamos inmóviles ante el fuego.

—¿Ha estado usted recientemente en la Alameda? —preguntó Drummle.

—No —contesté—. Quedé más que satisfecho de Pinzones la última vez que estuve allí.

—¿Fue cuando tuvimos aquella pequeña... diferencia?

—Sí —respondí ásperamente.

—¡Caramba! —exclamó con ironía—. Pues le salió muy barato. No tenía usted motivo para salirse de sus casillas.

—Mr. Drummle —repliqué—, no es usted quién para darme consejos sobre el particular. Cuando pierdo la paciencia (y con ello no quiero decir que la perdí en aquella ocasión), por lo menos no arrojo vasos a la cabeza de nadie.

—Pues yo sí —contestó.

Después de dirigirle un par de miradas cargadas de furia, dije:

—Mr. Drummle, yo no he buscado esta conversación, y no me parece que sea agradable.

—En efecto —repuso con arrogancia, mirándome por encima del hombro—. No le encuentro ninguna gracia.

—Por consiguiente —proseguí—, con su permiso, me permitiré proponer que en lo sucesivo dejemos de tener toda clase de relación.

—Soy de su parecer; pero no pierda usted la paciencia... ¿No la ha perdido ya bastante?

—¿Qué quiere usted decir, caballero?

—¡Camarero! —gritó Drummle por toda contestación.

El camarero se presentó de nuevo.

—Oye. ¿Supongo que has comprendido bien que la señorita no pasará hoy a caballo y que yo cenaré en su casa?

—Perfectamente, señor.

Después de que el camarero, tras poner la mano sobre la tetera y hallar que esta estaba fría, me miró con expresión suplicante y se hubo marchado, Drummle, cuidando mucho de no mover el hombro, que tocaba el mío, sacó un cigarro del bolsillo, mordió la punta y lo encendió, pero sin dar señal de tener intención de apartarse. Me sentía tan furioso, que comprendí que no podríamos decirnos ni una palabra más sin que saliese a relucir el nombre de Estella, lo cual me habría resultado insoportable, por lo que fijé los ojos en la pared de enfrente, como si no hubiese nadie en la sala, y me impuse silencio.

No es posible decir cuánto tiempo habríamos permanecido en tan ridícula situación de no ser por la irrupción de tres granjeros ricos, traídos expresamente, me figuro, por el camarero, que entraron en la sala desabrochándose los abrigos y frotándose las manos. Como vinieron directamente hacia el fuego, no tuvimos más remedio que retirarnos.

Por la ventana vi que Drummle asía las crines de su caballo, montaba en la forma inhábil y brutal típica de él, y retrocedía paso a paso. Me figuraba que se había marchado, pero volvió y pidió fuego para el cigarro que tenía en los labios. Salió a dárselo (no sé de dónde, si del patio, de la posada o de la calle) un hombre con un traje polvoriento. Y mientras Drummle se inclinaba desde la silla de su cabalgadura para encender el cigarro y reía moviendo la cabeza en dirección a la posada, los hombros inclinados y el cabello enmarañado de aquel hombre, que se hallaba de espaldas a mí, me recordaron a Orlick.

Estaba demasiado preocupado, tanto para cuidarme de descubrir si verdaderamente lo era como para probar el almuerzo. Me lavé, pues, la cara y las manos para quitarme las huellas del viaje y me dirigí hacia la antigua y memorable casa donde mejor habría sido que nunca hubiese puesto ni los pies ni la mirada.

XLIV

En la habitación donde estaba la mesa tocador y ardían las bujías, encontré a miss Havisham con Estella. La primera se hallaba sentada en un sofá junto al fuego, y la última a sus pies, sobre un almohadón. La joven hacía calceta y miss Havisham la contemplaba. Al entrar yo, las dos levantaron los ojos, y por las miradas que se cruzaron comprendí que me encontraban muy cambiado.

—¿Qué viento te ha arrastrado hasta aquí, Pip? —preguntó miss Havisham.

Aunque me miraba fijamente, observé que estaba algo turbada. Estella interrumpió su labor, me miró por un instante y luego continuó con ella. En el movimiento de sus dedos leí, como si hubiese sido en el lenguaje de los mudos, que adivinaba que yo había descubierto quién era mi bienhechor.

—Miss Havisham —dije—, ayer fui a Richmond con objeto de hablar con Estella y como me encontré con que el viento la había traído aquí, aquí he venido yo también.

Como miss Havisham me indicó por tercera o cuarta vez que me sentara, cogí la silla que había delante de la mesa tocador, la misma que ella había ocupado tantas veces. Con tanta ruina alrededor, y a mis pies, aquel recinto lánguido me pareció el más apropiado a mi persona.

—Lo que quería decir a Estella, miss Havisham, se lo diré ahora mismo y delante de usted... Sí, dentro de unos momentos. Y le aseguro que no le sorprenderá ni desagradará. Soy tan desdichado como pueda usted haber deseado que lo fuera.

Miss Havisham seguía mirándome fijamente. El movimiento de los dedos de Estella me dio ahora a entender que estaba atenta a lo que yo decía, pero no levantó la vista.

—He descubierto quién es mi bienhechor —proseguí—. No ha sido un descubrimiento afortunado ni servirá para mejorar mi reputación, mi situación social, mi fortuna, ni para nada ventajoso. Existen motivos que me impiden ser más explícito. Es este un secreto que no me pertenece.

Hice una pausa para reflexionar, mientras miraba a Estella, acerca de cómo continuar mis explicaciones, cuando miss Havisham murmuró:

—¿De manera que es un secreto que no le pertenece? Y bien, ¿qué?

—La primera vez que mandó usted a buscarme, miss Havisham, cuando yo vivía en la aldea cercana (que ojalá no hubiese abandonado nunca) quiero suponer que entré en su casa como habría podido entrar otro chico cualquiera, es decir, como una especie de criado, para satisfacer una necesidad o un capricho y ser retribuido con el salario correspondiente.

—En efecto, Pip —contestó miss Havisham con un gesto de asentimiento.

—Y que Mr. Jaggers...

—Mr. Jaggers —me interrumpió miss Havisham con tono categórico— no tenía nada que ver en todo esto ni sabía una palabra de ello. El que sea mi abogado y al mismo tiempo tu protector es una coincidencia que no tiene nada de particular, puesto que sostiene la misma clase de relaciones con gran número de personas, pero sea como fuere, ocurrió de esta manera sin que nadie encaminara los hechos hacia esta consecuencia.

Quienquiera que hubiese observado en aquel momento su rostro marchito, habría comprendido que no se excusaba ni mentía.

—Pero cuando caí en el error que he venido sufriendo durante tanto tiempo —dije—, usted dejó que siguiera con mi equivocación.

—Sí, es cierto.

—¿Y le parece que eso fue una acción bondadosa de su parte?

—¿Y por qué ha de ser bondadosa? —replicó miss Havisham golpeando el suelo con su bastón y enfureciéndose tan rápida e inesperadamente que incluso Estella la miró extrañada.

Mi queja era una debilidad en la que yo no había pensado caer; y así se lo dije cuando ella se quedó meditando en silencio después de su violenta protesta.

—Está bien —exclamó—. ¿Y qué más?

—Los servicios que presté aquí me fueron retribuidos espléndidamente con el dinero destinado a mi aprendizaje. He hecho estas preguntas únicamente para orientarme. Lo que voy a decir ahora tiene otro objeto, en mi opinión más desinteresado. Permitiendo que yo continuara en mi error, miss Havisham, usted castigó o puso a prueba (emplee usted los términos que mejor expresen su intención y que no puedan ofenderla) a sus egoístas parientes.

—Sí; ellos imaginan lo mismo que tú. ¿Cuál ha sido mi historia para que yo tuviese que molestarme en suplicaros, a ellos y a ti, que no pensarais tal cosa? Os engañasteis vosotros mismos. Yo no tuve nada que ver en todo eso.

Aguardé un instante para que se calmase, pues se la veía muy agitada, y proseguí:

—Fui a vivir con una familia emparentada con usted, miss Havisham, y desde que llegué a Londres he estado constantemente entre ellos. Sé perfectamente que fueron víctimas del mismo engaño que sufrí yo. Y sería una hipocresía y una ruindad de mi parte si no le dijese con toda sinceridad, tanto si lo cree como si no, que juzga usted mal a Mr. Matthew Pocket y a su hijo Herbert en el caso de que considere que no son generosos, leales, francos e incapaces de obrar con malas intenciones.

—Son amigos tuyos —repuso miss Havisham.

—Me brindaron su amistad —contesté— aun cuando creían que yo había perjudicado sus intereses, y precisamente cuando aún no había trabado amistad con Sarah Pocket, miss Georgiana y Mrs. Camilla.

Advertí con satisfacción que el contraste de los Pocket con sus demás parientes parecía impresionarla. Se quedó un momento contemplándome y preguntó:

—¿Qué es lo que deseas en su favor?

—Únicamente —contesté— que no los confunda con los demás. Es posible que tengan la misma sangre, pero, créame usted, no tienen el mismo carácter.

Miss Havisham siguió mirándome fijamente y repitió:

—¿Qué es lo que deseas en su favor?

—Como usted puede ver, no soy tan astuto como para disimular que deseo algo —dije, ruborizándome—. Sí, miss Havisham, quisiera que usted dispusiese del dinero necesario para hacer a mi amigo Herbert un favor para toda la vida. Sin embargo, dada la naturaleza del caso tendría que hacerse sin que él se enterara, y yo podría indicarle a usted la mejor manera de conseguirlo.

—¿Y por qué tiene que hacerse sin que se entere? —preguntó al tiempo que apoyaba las manos en el mango de su bastón y entornaba los ojos.

—Pues porque yo mismo comencé a hacerle este favor hace más de dos años sin que él lo supiera —expliqué—, y no quiero que lo descubra. Lamento no poder exponer la razón por la cual me resulta imposible terminar lo que comencé. Forma parte del secreto que no me pertenece.

Miss Havisham apartó de mí su mirada y la dirigió lentamente hacia el fuego. Después de contemplarlo por un rato que, en medio del silencio y a la luz de las bujías que se consumían lentamente pareció muy largo, se sobresaltó con el ruido de unos tizones ardientes al desplomarse y volvió a fijar su atención en mí con mayor intensidad que antes. Entretanto, Estella no había dejado de hacer calceta. Luego miss Havisham siguió hablándome como si nuestro diálogo no se hubiese interrumpido.

—¿Qué más? —inquirió.

—Estella —dije volviéndome hacia la joven y procurando dominar el temblor de mi voz—, ya sabe usted que la amo. No ignora que siempre la adoré con toda el alma.

Ella levantó los ojos hacia mí y continuó con la labor, pero esta vez más rápido. Su expresión seguía siendo inmutable. Observé que miss Havisham dirigía alternativamente la mirada hacia cada uno de nosotros.

—Se lo habría dicho antes —proseguí— de no haber sido por el error en que me hallaba. Este me hacía creer que miss Havisham nos tenía destinados el uno para el otro. Mientras pensé que usted no podía oponerse a su resolución, me abstuve de hablar acerca de ello, pero ya no puedo callar.

Con su mismo aire imperturbable y sin interrumpir la labor, Estella sacudió la cabeza.

—Ya sé —proseguí como respuesta a aquel gesto— que no me cabe la esperanza de considerarla mía, Estella. Ignoro qué va a ser de mí, la pobreza que me espera y el sitio adonde iré a parar. Pero, a pesar de todo, la amo. La amo desde la primera vez que la vi en esta casa.

»Habría sido una verdadera crueldad que miss Havisham hubiese estado jugando con los sentimientos de un pobre muchacho, torturándolo durante estos últimos años permitiendo que abrigase una esperanza y alentándolo a un cortejo inútil, todo ello adrede, naturalmente. Pero creo que no lo hizo con mala intención. Supongo que sus propios sufrimientos le hicieron olvidar los míos, Estella.

Advertí que miss Havisham se llevaba una mano al pecho.

—Parece —dijo Estella con mucha calma—, que hay sentimientos, ilusiones... no sé cómo llamarlos, que no acierto a comprender. Cuando usted afirma que me ama, sé lo que quiere decir por el sentido de las palabras, pero nada más. Su frase no penetra en mi

corazón. No me importa ni poco ni mucho lo que usted diga. Más de una vez se lo advertí, ¿no es eso?

—Sí —contesté tristemente.

—Sí; pero no hizo caso de mi advertencia, porque seguramente creyó que mis palabras no eran sinceras. ¿No es verdad?

—Yo creía y confiaba que no lo decía en serio. ¡Usted, tan joven, tan virginal y hermosa, Estella! Verdaderamente, esto está reñido con la naturaleza.

—Pues está en mi naturaleza, en mi temperamento —replicó. Y a continuación agregó significativamente—: Está en la naturaleza que han formado en mí. Y al confesárselo, lo hago a usted objeto de una atención que no tengo hacia otras personas.

—¿No es cierto —inquirí—, que Bentley Drummle está aquí en la ciudad y la corteja a usted?

—Es completamente cierto —respondió ella con tono de desdén.

—¿Es cierto que usted da alas a sus pretensiones amorosas, que va usted a pasear a caballo en su compañía y que cenarán juntos esta misma noche?

Pareció mostrarse algo extrañada de que yo estuviera enterado de todo aquello, pero se limitó a contestar:

—Sí, es cierto.

—¡Pero usted no puede amarlo, Estella!

Sus dedos se quedaron quietos por primera vez, y preguntó, indignada:

—¿Qué acabo de decirle? ¿Continúa usted empeñado, a pesar de todo, en que no le hablo con sinceridad?

—¿Llegaría a casarse con él, Estella?

Ella miró a miss Havisham, reflexionó por un instante, con la labor entre las manos, y luego repuso:

—¿Por qué no decirle la verdad? Sí, voy a casarme con él.

Hundí la cara entre las manos, pero conseguí dominarme mejor de lo que esperaba, dada la amargura que habían causado en mí aquellas palabras. Cuando levanté de nuevo la cabeza, la expresión que vi en el rostro de miss Havisham fue tan espantosa que me causó una profunda impresión, a pesar del indecible dolor que torturaba mi alma.

—¡Estella, querida Estella! —exclamé—. No permita usted que miss Havisham la obligue a dar este paso fatal. Recháceme para siempre si quiere (ya lo ha hecho, de sobras lo sé), pero cásese con un hombre más digno que Drummle. Miss Havisham la entrega a él como un acto de desprecio e injuria a los numerosos admiradores que usted tiene, mejores que Drummle, y a los pocos que verdaderamente la aman. Entre ellos quizá haya alguno que la adore tanto como yo, pero no habrá ninguno que la ame apasionadamente desde hace tanto tiempo. ¡Cásese usted, pues, con quien sea, que yo, por el amor que le profeso, lo soportaré, pero no contraiga matrimonio con Drummle!

Mi buena fe y mi súplica vehemente parecieron despertar en ella cierta compasión, como si por fin hubiese llegado a comprenderme.

—Voy a casarme con él —dijo, esta vez con tono menos áspero—. Ya se están llevando a cabo los preparativos para mi boda, que tendrá lugar en breve. ¿Por qué mezcla usted en todo eso el nombre de mi madre adoptiva? Este asunto solo me concierne a mí.

—¿Actúa usted por propia voluntad al entregarse a un salvaje, Estella?

—¿A quién quiere usted que me entregue? —replicó con una sonrisa—. ¿Debo acaso entregarme al hombre que sienta (si es que la gente siente esas cosas) que no le he reportado beneficio material alguno? ¡Bah! Tanto yo como mi marido viviremos bien. Y en lo tocante a que miss Havisham pueda haberme inducido a dar ese paso que usted califica de fatal, sepa que ella preferiría que esperase, que no me casara tan pronto, pero yo estoy cansada de la vida que he llevado hasta ahora; la encuentro muy poco atractiva, y por eso deseo cambiarla. No hablemos más, porque nunca conseguiremos entendernos.

—¡Un individuo tan estúpido, tan bestia! —exclamé, desesperado.

—No tema usted que yo resulte para él una bendición divina, una suerte —contestó Estella—. Nada de eso. Y ahora démonos la mano y despedámonos, muchacho (¿o tal vez hombre?) visionario.

—¡Oh, Estella! —exclamé mientras vertía lágrimas que no pude contener—, aunque me quedara en Inglaterra y pudiese levantar la cabeza como los demás, ¿cómo podría resignarme a verla a usted convertida en esposa de Drummle?

—¡Qué tonterías! —repuso ella—. Todo eso pasará en muy poco tiempo...

—¡Nunca, Estella!

—Dentro de una semana ya me habrá olvidado.

—¡Olvidarla! Usted forma parte de mi existencia, de mi propio ser. Ha figurado en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí por primera vez, cuando era un chico rudo y vulgar, cuyo pobre corazón ya laceró en aquel entonces. Usted siempre ha formado parte de todas las esperanzas que he tenido desde aquel día... en el río, en las velas de los barcos, en los pantanos, en las nubes, en la luz, en la oscuridad, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Ha sido usted la encarnación de toda la graciosa fantasía que mi espíritu llegó a forjar. Las piedras con que están contruidos los más sólidos edificios de Londres no son más reales, ni para usted más imposible de ser desplazadas con sus manos, de lo que han sido y serán siempre para mí, allí y en todas partes, su presencia e influencia. Hasta la última hora de mi vida, Estella, no podrá usted evitar que siga formando parte de mí mismo, parte del poco bien o del mal que exista en mí. Pero en esta separación que usted me anuncia, solo la asocio con el bien, y la recordaré fielmente confundida con él, porque a pesar del profundo dolor que ahora siento, usted debe de haberme hecho más bien que mal. ¡Oh, Estella, Dios la bendiga y la perdone!

Ignoro en qué grado de arrobamiento desventurado pronuncié aquellas palabras entrecortadas. Manaban de mí como la sangre de una herida interna. Acerqué su mano a mis labios y la retuve en ellos por un instante. Luego me alejé, pero siempre he recordado que así como Estella me contemplaba con extrañeza, miss Havisham lo hacía con expresión de compasión y remordimiento.

¡Todo había terminado! ¡Todo estaba perdido! Y tanto era lo que acababa de desaparecer para mí que, cuando salí de la casa, incluso la luz del día me pareció menos diáfana que al entrar. Durante un rato anduve perdido por callejuelas, y luego emprendí a pie el camino hacia Londres. Ya me había serenado lo bastante para comprender que no podía regresar a la posada, pues me habría encontrado con Drummle; que me resultaría

imposible viajar en diligencia pues no soportaría que me hablasen los pasajeros... Comprendí, en fin, que lo mejor sería caminar hasta quedar extenuado.

Era más de media noche cuando crucé el puente de Londres, y seguí por las calles angostas que en aquella época conducían al oeste de la ciudad, cerca de la ribera correspondiente a Middlesex, porque era el camino más directo hacia Temple, siguiendo la orilla del río a través de Whitefriars. No me esperaban hasta la mañana siguiente, pero yo tenía mis llaves, y aunque Herbert ya se hubiese acostado, podría entrar sin importunarlo.

Como muy pocas eran las veces que entraba por la puerta de Whitefriars cuando ya habían cerrado la de Temple, y, como, por otra parte, llegaba extenuado y cubierto de barro, no tomé a mal que el portero pidiera que me identificase mientras tenía la puerta abierta para que entrase. Para contribuir rápidamente a que me reconociera, pronuncié mi nombre.

—No estaba muy seguro, señor, pero me parecía que era usted. Aquí tiene una carta. El mensajero que la ha traído ha manifestado que quizá tendría usted la bondad de leerla a la luz de mi farol.

Como me extrañó mucho aquella indicación, cogí la misiva y vi que iba dirigida a Mr. Philip Pip, y en la parte superior del sobre aparecían escritas las palabras: «Tenga usted la amabilidad de leer esta carta aquí mismo».

La abrí mientras el vigilante sostenía el farol, y dentro del sobre encontré un papel con una sola línea de puño y letra de Wemmick, que rezaba: «No vaya usted a su casa».

XLV

Tras leer esta advertencia no vacilé en alejarme enseguida de la puerta de Temple para dirigirme hacia la calle Fleet, donde tomé un coche de alquiler en el que me hice conducir al hotel Hummuns, en Covent Garden. En aquellos tiempos siempre se podía encontrar allí una cama a cualquier hora de la noche. El vigilante me hizo entrar por una portezuela siempre abierta. Encendió la primera vela de una hilera que había en un estante y me acompañó al primero de los dormitorios que tenía anotados en una lista. Era una especie de bóveda en la parte posterior de la planta baja, con una cama que parecía un monstruo despótico, pues ocupaba casi toda la estancia, con una de sus arbitrarias patas en la chimenea y otra en el umbral, mientras en un rincón aplastaba contra la pared, como por una especie de derecho soberano, el mísero aguamanil.

Como había pedido luz para toda la noche, el vigilante, antes de dejarme solo, me trajo la buena, antigua y «constitucional» bujía de médula de junco que se usaba en aquella época virtuosa, un objeto parecido al fantasma de un bastón que al tocarlo se rompía instantáneamente (en cuyo caso ya no podía encenderse), y que se hallaba en un sitio muy solitario, en el fondo de una alta torre de hojalata, con unos agujeros redondos que proyectaban en la pared una curiosa silueta con ojos luminosos y vigilantes. Cuando me hube metido en la cama, con los pies doloridos, cansado y triste, vi que no podía cerrar los ojos ni hacerlos cerrar a aquel vigilante necio e importuno. Y así, en las tétricas tinieblas de la noche, seguimos mirándonos el uno al otro.

¡Qué velada melancólica aquella! ¡Noche angustiosa, lúgubre e interminable! Se respiraba en la habitación un tufo de hollín frío y polvo caliente, y contemplando los cuatro ángulos del baldaquín de mi cama pensé en las numerosas moscas de carnicería, en los ciempiés del mercado y las larvas del campo que debían de esconderse allí en espera del verano. Comencé entonces a temer que cayesen sobre mi rostro, y me pareció sentir otras proximidades más desagradables a lo largo de mi espalda.

Al cabo de un buen rato de estar despierto, empezaron a dejarse oír esas extrañas voces que parecen el eco del mismo silencio. Los crujidos del armario parecían gemidos, suspiraba la chimenea, temblaba el aguamanil, y una cuerda de guitarra sonaba de vez en cuando en el cajón de la cómoda. Al mismo tiempo, cambiaba la expresión de los referidos ojos luminosos de la pared, y en cada uno de aquellos círculos fantásticos que me miraban veía escrita la misteriosa frase: «No vaya a su casa».

A pesar de las distintas fantasías nocturnas que invadían mi mente y de los diversos ruidos que llegaban a mis oídos, nada podía apartar de mi pensamiento aquellas palabras,

que se entremezclaban con mis ideas confusas como habría podido ocurrirme con un dolor corporal. Recientemente había leído que un caballero desconocido alquiló una habitación en el hotel Hummums para pasar allí la noche y se había suicidado. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente, en medio de un charco de sangre. Imaginé que dicho suicida había ocupado, tal vez, la misma habitación donde yo me encontraba en ese momento, y me levanté para mirar por todas partes y asegurarme de que no había ninguna mancha roja. Luego abrí la puerta para contemplar el corredor y animarme viendo el tenue reflejo de una luz lejana, junto a la cual sabía que estaba dormitando el vigilante. Pero durante todo ese tiempo mi mente trataba de encontrar una explicación al motivo por el cual no podía yo ir a mi casa, al tiempo que me preguntaba qué habría ocurrido en ella, cuándo volvería yo por allí y si Provis estaría o no sano y salvo en su alojamiento... Incluso cuando pensaba en Estella y en el modo en que nos habíamos despedido para siempre, recordando sus miradas, el tono de sus palabras y el movimiento de sus dedos mientras trabajaba, me sentía atormentado por la advertencia: «No vaya usted a su casa». Cuando, por fin, extenuado de cuerpo y alma, quedé amodorrado, aquella frase se convirtió en un verbo confuso e interminable que tenía que conjugar. Imperativo: no vaya a su casa; no vayamos a casa; no vayáis a casa. Condicional: no podría ir a casa; no debería ir a casa... Hasta que, comprendiendo que corría el riesgo de volverme loco, me volví y me quedé mirando los círculos de luz de la pared.

Había dejado encargado que me llamasen a las siete, porque tenía forzosamente que ver a Wemmick antes que a nadie más, puesto que su opinión era la única que me interesaba acerca de lo que estaba ocurriendo. Y tanto fue el alivio que sentí al abandonar aquella habitación donde acababa de pasar tan horrible noche, que no hubo necesidad de que me llamaran dos veces para que saltara de la cama.

A las ocho de la mañana me encontraba ya ante las murallas del castillo. Como en aquel preciso momento entraba la criada con dos panecillos calientes, con ella franquéé la poterna y crucé el puente, y de esta manera me presenté sin ser anunciado ante Mr. Wemmick, que estaba preparando el té para él y para su padre. Por una puerta abierta se podía ver que el viejo aún estaba en la cama.

—¡Hola, Mr. Pip! —exclamó Wemmick—. ¿Ya ha regresado usted?

—Sí —contesté—, pero no fui a casa.

—Está bien —repuso él al tiempo que se frotaba las manos—. Deje, por previsión, una carta para usted en cada una de las puertas de Temple. ¿Por qué puerta entró?

Se lo indiqué, y él prosiguió:

—Durante el día voy a llegarme hasta las demás con objeto de romper las cartas. Siempre conviene no dejar pruebas escritas, pues nadie sabe dónde pueden ir a parar. Voy a tomarme una libertad con usted. ¿Tiene inconveniente en asar esta salchicha para mi padre?

Contesté que lo haría con mucho gusto.

—Pues entonces, Mary Anne, ya puedes ocuparte de lo que tengas que hacer —dijo Wemmick dirigiéndose a la criada—. De esta manera nos quedaremos a solas y nadie podrá oírnos, ¿no le parece, Mr. Pip? —agregó haciendo un guiño en cuanto se hubo retirado la sirvienta.

Le di las gracias por aquella prueba de amistad y previsión y continuamos hablando en voz baja, mientras yo asaba la salchicha y él untaba con mantequilla el pan para el anciano.

—Ahora, Mr. Pip —dijo Wemmick—, ya sabe que usted y yo nos entendemos perfectamente. Nos hallamos aquí con carácter personal particular, y ya otras veces nos ocupamos de asuntos confidenciales. Los sentimientos oficiales son una cosa muy distinta. Nuestro encuentro aquí puede considerarse extraoficial.

Asentí amigablemente. Estaba tan nervioso que dejé que la salchicha ardiese como una antorcha y tuve que soplar con fuerza para apagarla.

—Ayer, por la mañana —prosiguió Wemmick—, mientras me encontraba en cierto lugar al que lo conduje a usted una vez... Aunque esta conversación sea privada, conviene no mencionar, en lo posible, ningún nombre...

—Sí, comprendo que será mejor —convine.

—Pues, como iba diciendo, en cierto lugar oí por casualidad que una persona no del todo ajena a los negocios coloniales y no desprovista de propiedad transportable..., desconozco quién puede ser, y, además, no vamos a nombrarla...

—No hay necesidad —contesté.

—Pues bien; esta persona había causado bastante sensación en determinada parte del mundo adonde acude mucha gente, no siempre para satisfacer sus gustos y no sin causar gastos al gobierno...

Abstraído en la observación de su rostro convertí la salchicha en un castillo de fuegos artificiales, con lo cual se distrajo tanto mi atención como la de Mr. Wemmick, a quien tuve que pedirle mil perdones.

—... .. desapareciendo de aquel lugar —continuó él—, sin que se sepa adónde fue a parar, aunque sobre este particular se han hecho muchas conjeturas y se han expuesto diversos pareceres. También oí decir que usted, en sus habitaciones de Garden Court, Temple, había sido vigilado y podría serlo nuevamente.

—¿Por quién? —preguté.

—No voy a entretenerme con esos detalles —repuso Wemmick con tono evasivo—, pues estaría violando mis deberes oficiales. Lo oí como tantas otras cosas curiosas que he oído en el mismo lugar. No le comunico ningún informe recibido. Sencillamente lo oí, eso es todo.

Mientras hablaba cogió la salchicha con un tenedor y preparó con esmero el desayuno de su padre, que dispuso en una bandeja. Antes de servírselo, entró en el dormitorio con una servilleta limpia, la ató por debajo de la barba del anciano, lo ayudó a sentarse en la cama y le ladeó el gorro de dormir, lo cual dio al viejo un aspecto de hombre disoluto. Luego, con mucho cuidado, le presentó el desayuno y dijo:

—¿Está usted bien así, padre?

—¡Perfectamente, John, perfectamente! —repuso el anciano, alegre.

Como al parecer existía el acuerdo tácito de que el anciano no estaba presente, y por lo tanto debía considerárselo como invisible, aparenté que no me había fijado en nada.

—Esta persona a la que ha aludido —dije a Wemmick cuando volvió a mi lado— es la que vigila constantemente mi casa, ¿verdad? Lo digo porque ya una vez tuve motivos para sospechar que alguien lo hacía.

Wemmick se puso muy serio.

—Por lo que hasta la fecha he conseguido saber, no me es permitido asegurarlo. Es decir, no puedo afirmar que al principio lo fuese, pero lo es, lo será o hay gran probabilidad de que lo sea.

Como comprendí que por fidelidad a Little Britain se abstenía de decir lo que sabía, y como me di cuenta, con gratitud, de lo mucho que había llegado a desacostumbrarse de comunicar lo que había oído decir, no quise insistir. Pero tras reflexionar por unos minutos junto al fuego, le dije que me gustaría hacerle una pregunta que podría contestar o no según le pareciese mejor, en la seguridad de que yo respetaría su decisión. Interrumpió su desayuno, se cruzó de brazos, y, apretando los dedos sobre las mangas de su camisa (pues su idea de la comodidad doméstica era andar por casa sin chaqueta), asintió con la cabeza para indicar así que esperaba la pregunta.

—¿Oyó usted hablar de un sujeto de malos antecedentes cuyo verdadero apellido es Compeyson?

Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Vive? —añadí.

Me indicó nuevamente que sí.

—¿Se encuentra en Londres?

Asintió una vez más, apretó los labios y siguió almorzando.

—Ahora —dijo luego—, puesto que ha terminado el interrogatorio —y repitió estas palabras para que me sirvieran de advertencia—, veamos qué hice después de oír lo que oí. Fui en busca de usted a Garden Court y, como no lo encontré allí, me dirigí a casa de Clarriker, con objeto de ver a Mr. Herbert.

—¿Lo encontró usted? —inquirí con impaciencia.

—Sí, lo encontré, y sin citar nombres ni extenderme en detalles, le di a entender que si sabía que alguien, fuese fulano o mengano, se encontraba en las habitaciones de ustedes o cerca de ellas, lo mejor que podría hacer era alejarlo mientras usted siguiese ausente.

—Seguramente se vio en un aprieto al tener que decidir qué hacer.

—Sí, se vio en un aprieto, sobre todo cuando le expuse mi parecer acerca de que por el momento no convendría alejar demasiado a fulano o mengano. Mr. Pip, voy a decirle a usted algo. En las actuales circunstancias lo mejor es encontrarse en una gran ciudad. No se precipite usted. Quédese aquí tranquilo, esperando a que mejoren las cosas, antes de buscar el aire libre, aunque sea en un país extranjero.

Le di las gracias por sus apreciables consejos y le pregunté qué había hecho Herbert.

—Mr. Herbert —respondió—, después de estar media hora sumido, al parecer, en el más absoluto aturdimiento, ideó un plan. Me manifestó confidencialmente que está cortejando a una joven cuyo padre, como sabe usted, guarda cama. Este se dedicó, en sus buenos tiempos, al aprovisionamiento de buques, y tiene ahora su lecho instalado en una plataforma acristalada desde donde puede ver las embarcaciones que navegan por el río. Quizá conozca usted a la referida señorita.

—No la conozco personalmente —contesté.

La verdad era que ella siempre me había considerado una persona que no hacía ningún bien a Herbert, de manera que cuando este le habló de presentarme a ella, la joven acogió la

proposición con tan poco entusiasmo, que mi amigo se creyó en la obligación de confesarme cómo estaban las cosas, indicándome la conveniencia de dejar pasar cierto tiempo antes de insistir sobre el particular. Cuando gracias a mi secreta intervención la situación de Herbert comenzó a mejorar, pude soportarlo con alegre filosofía. Por su parte, como es natural, ni él ni su novia deseaban introducir una nueva persona en sus entrevistas, y por ello, a pesar de que se me dijo que Clara me tenía ahora mucho más afecto que antes, y aunque esta y yo hacía tiempo que evocábamos recuerdos y cambiábamos saludos con frecuencia por mediación de Herbert, yo seguía sin conocerla. Aun así no quise importunar a Wemmick con esos detalles.

—Como la casa —prosiguió él—, con su plataforma acristalada, se hallaba junto al río, entre Limehouse y Greenwich, y como, según parece, es propiedad de una viuda respetable que tiene el último piso amueblado para alquilar, Mr. Herbert me preguntó qué me parecía aquel lugar como alojamiento interino para fulano o mengano. Lo encontré muy aceptable por tres razones que voy a exponerle. En primer lugar porque está apartado de los lugares que usted suele frecuentar y lejos de calles grandes o pequeñas. En segundo lugar, porque sin necesidad de ir a enterarse personalmente, puede usted saber todo lo que hacen fulano o mengano por medio de Mr. Herbert, y, finalmente, porque cuando le parezca a usted conveniente, puede embarcar a fulano o mengano en algún buque extranjero, que en cualquier momento tendrá allí... a su disposición.

Tranquilizado por aquellas atinadas consideraciones, di las gracias a Wemmick y le supliqué que continuase explicándose.

—Pues bien —prosiguió—, Mr. Herbert puso manos a la obra resueltamente y a las nueve de la noche de ayer trasladó a fulano o mengano (sea cual fuere de los dos, pues ni usted ni yo deseamos saberlo), sin la menor dificultad. En su antiguo alojamiento dijeron que lo llamaban desde Dover, y, efectivamente, emprendieron el camino por la carretera de Dover, para dar luego media vuelta al llegar a la primera esquina. Esto tuvo también una gran ventaja, y es que se llevó a cabo sin su intervención, Mr. Pip, de manera que en el caso de que alguien le hubiera seguido los pasos podría decir usted que se hallaba a muchos kilómetros de distancia y ocupado en otros asunto. Esto desvanece toda sospecha, por lo cual le aconsejé que en caso de que regresase ayer por la noche, no fuese a su casa. La presente situación complica aún más las cosas, y a usted le conviene, precisamente, que haya complicaciones.

Wemmick, que había terminado de desayunar, consultó la hora en su reloj y, mientras se ponía la chaqueta, dijo:

—Y ahora, Mr. Pip, seguramente he hecho ya todo lo posible, pero si todavía puedo hacer algo más (desde el punto de vista de Walworth y de forma enteramente particular), lo haré encantado. Aquí están las señas. Si quiere, puede usted ir esta misma noche a comprobar si todo marcha bien por lo que respecta a fulano o mengano, antes de irse a su propia casa, lo cual es otra razón para que anoche no fuese a ella. Pero una vez que se halle en su domicilio, no vuelva usted por aquí. Celebro mucho haberlo visto, Mr. Pip —se había puesto la chaqueta y yo le estrechaba las manos, que ya habían salido de las mangas—, y, finalmente, permita que le diga una cosa muy importante. —Me puso las manos en los hombros y agregó con tono solemne—: Aproveche la oportunidad de apoderarse esta

misma noche de su propiedad transportable. Usted no sabe lo que puede ocurrirle a él, de modo que no deje que le ocurra nada a la referida propiedad.

Como no tenía la menor esperanza de hacer comprender a Wemmick mi opinión sobre el particular, ni siquiera me tomé la molestia de intentarlo.

—Ha llegado la hora de marcharme —dijo Wemmick—. Si no tiene usted nada más importante que hacer hasta el anochecer, le aconsejo que permanezca aquí hasta entonces. Parece usted muy preocupado y le conviene pasar un día de completa calma en compañía de mi anciano padre, que pronto se levantará. Si le apetece, pruebe usted un poco de..., ¿se acuerda usted del cerdo?

—Claro que me acuerdo —contesté.

—Pues podrá saborear un pedacito. La salchicha que asó era precisamente del cerdo que usted recuerda, y en todos los aspectos el animalito ha resultado excelente. Pruébelo, aunque no sea más que para celebrar la circunstancia de haberlo conocido. ¡Adiós, padre! —añadió, gritando alegremente.

—¡Muy bien, John, muy bien, hijo mío! —repuso el anciano desde su habitación.

Pronto me quedé dormido junto al fuego y el anciano y yo disfrutamos de nuestra mutua compañía, casi sin que se interrumpiera nuestro sueño, durante todo el día. Al anochecer dejé al anciano preparando el fuego para tostar el pan, y por el número de tazas, así como por las miradas que él dirigía a las dos puertecitas que había en una de las paredes de la estancia, comprendí que estaba esperando a miss Skiffins.

XLVI

Ya habían dado las ocho cuando me disponía a entrar en el amplio recinto de los constructores de barcas y los fabricantes de remos y adoquines de madera instalados en la orilla del río, cuya atmósfera estaba saturada de un olor, no del todo desagradable, de serrín y virutas. Aquella región fluvial del alto y bajo Pool era para mí completamente desconocida, y cuando llegué a la margen del río vi que el lugar que buscaba no estaba donde yo creía, ni era fácil de encontrar. Era conocido por el nombre de Mill Pond Bank, y no tenía otro guía para llegar a él que la cordelería Old Green Cooper.

No creo necesario detallar aquí las veces que me extravié entre embarcaciones que estaban siendo reparadas, cascos de buques a punto de ser desguazados, cúmulos de desperdicios de toda especie depositados en la marea, patios de astilleros, anclas enmohecidas olvidadas allí desde hacía años, montañas de barriles y tablones y, en fin, cordelerías que no era, precisamente, la Old Green Cooper. Después de detenerme varias veces antes de llegar al lugar al que me dirigía, doblé en la esquina de Mill Pond Bank. Se trataba de un lugar bien aireado donde la brisa procedente del río tenía espacio suficiente para solazarse a sus anchas; con dos o tres árboles, el esqueleto de un molino de viento y la cordelería Old Green Cooper, cuya larga y estrecha silueta podía distinguir a la luz de la luna, junto con una serie de armazones de madera que parecían rastrillos viejos que hubiesen perdido casi todos sus dientes.

Escogí entre las pocas y extrañas casas que había en Mill Pond Bank una que tenía la fachada de madera y tres pisos con ventanas salientes, es decir, a manera de balcón (no vaya a creerse que eran plataformas, pues estas son muy distintas), miré la placa de la puerta y en ella leí el nombre de Mr. Whimple. Como esta era la persona que andaba buscando, llamé y abrió una mujer de aspecto agradable y próspero. Pronto fue sustituida por Herbert, quien sin pronunciar palabra me condujo a la sala y cerró la puerta. Sentí una impresión singular al ver aquel rostro amigo y tan familiar, instalado como en su propia casa en un barrio y una vivienda enteramente extraños para mí. Y lo miré de la misma manera que observé también una vitrina que había en un rincón, llena de objetos de cristal y porcelana; los caracoles y las conchas de la chimenea; los grabados iluminados que pendían de las paredes, representando la muerte del capitán Cook, la botadura de un buque y Su Majestad, el rey Jorge III, en la terraza de Windsor, con una peluca de cochero de gala, calzones cortos de cuero y botas altas.

—Todo marcha bien, Handel —dijo Herbert—. Él está satisfecho, aunque arde en deseos de verte. Mi prometida se encuentra ahora con su padre, y si esperas a que baje, te la presentaré y luego iremos arriba... Ese es su padre.

Cuando dijo esto último yo acababa de oír unos gruñidos alarmantes que procedían del piso superior.

—Temo que ese hombre resultará ser un viejo truhán, pero nunca lo he visto. ¿No percibes olor de ron? Está bebiendo continuamente.

—¿Ron?

—Sí —repuso Herbert—, y ya puedes suponer lo que eso alivia a quienes sufren de gota. Se empeña en guardar en su habitación todas las provisiones y quiere distribuir las personalmente. Las tiene en unos estantes al lado de la cabecera de la cama. Su habitación debe de parecer una tienda de alimentos.

Mientras hablaba, el gruñido se convirtió en un rugido prolongado, que luego fue extinguiéndose poco a poco.

—¿Puede ser otra la consecuencia —dijo Herbert como explicación— si se obstina en cortar el queso? Un hombre con la mano derecha y casi todo el cuerpo doloridos por la gota no puede pretender partir un queso de Gloucester sin hacerse daño.

Seguramente el anciano acababa de lastimarse seriamente, porque soltó un nuevo alarido.

—Tener a Mr. Provis como inquilino del último piso —dijo Herbert— es para Mrs. Whimple una verdadera ganga, porque pocas personas soportarían este ruido. Es un lugar curioso, ¿verdad, Handel?

Efectivamente, lo era, y muy limpio y ordenado.

—Mrs. Whimple —contestó Herbert al aludir yo a este detalle— es una excelente ama de casa, y me pregunto qué haría Clara sin su ayuda maternal. Porque mi prometida no tiene madre, Handel, ni otro pariente en el mundo que el viejo gruñón.

—Debe de tener un nombre, imagino.

—Sí —contestó mi amigo—. Se apellida Barley. Es una bendición para el hijo de mis padres amar a una chica que no tiene parientes y que no ha de molestar ni molestarse a pariente alguno.

En otras ocasiones Herbert me había contado, y en ese momento me lo recordó, que había conocido a Clara cuando esta cursaba el último año en una escuela de Hammersmith, y que cuando se vio obligada a cuidar a su padre, los dos jóvenes confesaron el cariño que se profesaban a la maternal Mrs. Whimple, quien desde entonces los protegió y aconsejó con tanta bondad como discreción. Quedó convenido que no se comunicaría a Barley nada que tuviera carácter sentimental, pues en su estado no podía considerar nada que no fuese la gota, el ron o las provisiones que acostumbraba almacenar.

Mientras hablábamos en voz baja y el fuerte y continuo gruñido del viejo Barley hacía vibrar la viga que cruzaba el techo, se abrió la puerta de la estancia y apareció una hermosa jovencita de unos veinte años, de ojos negros y talle esbelto, que llevaba un cesto en la mano. Herbert, cariñosamente, la libró de la carga y me la presentó, no sin cierto rubor. Era Clara, una muchacha verdaderamente encantadora que parecía un hada al servicio de aquel ogro viejo de Barley.

—Fíjate —dijo mi amigo señalando el cesto con una sonrisa de compasión y ternura—. Aquí está la cena que cada noche la pobre Clara recibe de su padre. Su ración de pan, su pedacito de queso y su ron... que me bebo yo. Y esto es lo que Mr. Barley le ha entregado para que se lo preparen mañana: dos chuletas de carnero, tres patatas, un puñado de guisantes, un poco de harina, dos onzas de mantequilla, una pizca de sal, y toda esta pimienta. Se ha de guisar todo junto y servírselo caliente. Imagino que no debe de haber nada mejor para la gota.

Había algo tan particular y atractivo en la expresión de resignación y confianza con que ella miraba aquellas provisiones a medida que Herbert las enumeraba, algo tan amoroso e inocente en su modesta manera de abandonarse al brazo de mi amigo, algo tan benigno en toda su persona, sumamente necesitada de protección en Mill Pond Bank, con el viejo Barley, que yo no habría pretendido oponerme a sus relaciones con Herbert ni por todo el contenido de aquella cartera que nunca abrí.

Estaba contemplando a la joven con admiración y deleite cuando de pronto en el piso superior volvió a oírse un rugido y unos golpes tremendos, como si un gigante con una pierna de palo intentase traspasar el techo con la misma. Clara, al oírlo, dijo a Herbert:

—Papá me necesita, querido. —Y salió apresuradamente de la estancia.

—Es un viejo tiburón sin conciencia —dijo Herbert—. ¿Qué te figuras que quiere ahora, Handel?

—Lo ignoro —contesté—. Tal vez algo para beber.

—¡Has acertado! —exclamó mi amigo como si el haberlo adivinado hubiese tenido un mérito extraordinario—. Tiene su grog preparado encima de la mesa. ¿Oyes? —Y se percibió otro rugido que terminó con una vibración prolongada. Luego siguió una pausa. Herbert añadió—: Ahora está bebiendo. —Hizo una pausa—. Y ahora ha vuelto a acostarse.

Clara regresó poco después, y Herbert me condujo a la planta superior para ver a Provis. Al pasar por delante de la puerta de Mr. Barley lo oímos murmurar con un tono que aumentaba y disminuía como el viento, unas frases que repitió varias veces:

—¡Hola! ¡Benditos sean vuestros ojos! ¡Aquí está el viejo Bill Barley! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, tendido de espaldas, bendito sea Dios!

Herbert me explicó que con aquellas palabras, que canturreaba como una canción consoladora, el anciano se entretenía de día y hasta el anochecer, con un telescopio, adaptado a la cama, con el que veía una larga extensión del río.

Encontré a Provis cómodamente instalado en sus dos habitaciones del último piso, frescas y ventiladas, y desde las cuales no se oía tanto el barullo que armaba Barley. No parecía alarmado; antes bien, muy tranquilo, aunque ni entonces ni más tarde logré explicarme el motivo.

Las reflexiones que en aquel día de asueto tuve ocasión de hacer, me indujeron a no hablarle de Compeyson, pues lo que ya sabía me hacía temer que su aversión hacia aquel hombre lo impulsase a ir en su busca, con lo cual encontraría su propia perdición. Por eso, cuando los tres estuvimos sentados junto al fuego, le pregunté ante todo si tenía confianza en los consejos de Wemmick y en su fuente de información.

—¡Ya lo creo, muchacho! —respondió con un grave gesto de asentimiento—. Jagers lo sabe perfectamente.

—Pues he hablado con Wemmick —dije— y he venido para comunicarle a usted los informes y los consejos que me ha dado.

Lo hice con toda exactitud, aunque con la reserva que acabo de mencionar. Le manifesté que Wemmick había oído decir en la cárcel de Newgate (no sabía si a unos funcionarios o a unos presos) que existían sospechas contra él y que se vigilaba mi domicilio; que creía conveniente que siguiera escondido durante un tiempo y que yo me mantuviese alejado de él. Le expuse también lo que opinaba acerca de su partida hacia el extranjero. Agregué que cuando llegase el momento yo lo acompañaría o lo seguiría de cerca, según nos aconsejase Wemmick. No dije ni una palabra respecto a lo que tenía que suceder después, y, en realidad, yo mismo no lo veía muy claro ni estaba sobre este punto muy tranquilo ahora que observaba su docilidad y comprendía el peligro en que se hallaba por mi culpa. En lo que concierne a modificar mi modo de vida aumentando mis gastos, le hice comprender que, dadas las difíciles circunstancias, sería sencillamente ridículo, por no decir algo peor.

No pudo negarlo, y en realidad se mostró muy razonable. Reconoció que su regreso era un riesgo. Agregó que con nuestra ayuda no había nada que pudiera aumentar el peligro.

Herbert, que había estado meditando con la mirada fija en el suelo, dijo entonces algo que se le ocurrió al pensar en los consejos de Wemmick, y que tal vez valiese la pena llevar a cabo.

—Tú y yo somos buenos remeros, Handel, y podríamos llevarlo por el río cuando llegue el momento oportuno. De esta manera no sería necesario alquilar un bote ni contratar remeros, con lo cual evitaríamos posibles sospechas. Poco importa que la estación no sea favorable. ¿No te parece acertado tener ya desde ahora un bote preparado en el embarcadero de Temple y salir con frecuencia a remar por el río? Así la gente se acostumbraría a vernos y no llamaríamos la atención cuandouviésemos que hacerlo por necesidad. Podemos dar veinte o cincuenta paseos en barca, y nada tendrá entonces de particular que demos el vigésimo primero o el quincuagésimo primero en compañía de otra persona.

Encontré el plan muy acertado, y Provis se entusiasmó cuando se lo expusimos. Resolvimos ponerlo en práctica de inmediato, y quedamos de acuerdo en que Provis fingiría no conocernos al vernos pasar remando por Mill Pond Bank, pero que correría la cortina de la ventana que daba al este como señal de que no había novedad.

Tras ponernos los tres de acuerdo acerca de todo lo propuesto, me levanté para marcharme, pero antes indiqué a Herbert que, a mi entender, sería mejor que no regresáramos juntos a casa, y que valdría más que yo le precediese una media hora.

—No me gusta dejarlo aquí —le dije a Provis—, aunque no me cabe duda de que está más seguro en esta casa que cerca de la mía. ¡Adiós!

—Querido Pip —repuso Provis estrechándome las manos—, ignoro cuándo volveremos a vernos, y no me gusta decir «¡Adiós!»». Mejor será que digamos «¡Buenas noches!».

Nos pareció más prudente que se quedase en sus habitaciones y lo dejamos en el rellano de su piso, sosteniendo una luz mientras bajábamos por la escalera. Cuando me volví para mirarlo, recordé la noche de su regreso, en que nuestras posiciones estaban invertidas y yo no podía sospechar que llegaría un día en que me separaría de él con tanta ansiedad como en ese momento me embargaba.

Al pasar por delante de la puerta del viejo Barley, oímos que seguía gruñendo y blasfemando. Cuando estuvimos en la escalera, pregunté a Herbert si Provis se había presentado con su verdadero nombre. Respondió que no y añadió que actualmente su apellido era Campbell. Me explicó también que todo lo que se sabía en la casa acerca de él era que había sido recomendado a Herbert y que este tenía mucho interés en que fuese debidamente atendido y llevara una vida tranquila y retirada. Por eso al llegar a la sala donde Mrs. Whimple y Clara estaban sentadas ocupadas en su labor, procuré no demostrar el menor interés por Mr. Campbell.

Cuando me hube despedido de la simpática muchacha de los ojos negros y de la maternal señora que aún era capaz de sentir una honesta complacencia por un amor juvenil y sincero, me pareció que la cordelería Old Green Copper se había convertido en un lugar muy distinto del de antes. El anciano Barley podía ser tan viejo como las montañas y blasfemar como todo un escuadrón de caballería, pero aún había en aquel lugar suficiente juventud, amor y esperanza, para llenarlo de alegría. Luego pensé en Estella y en nuestra despedida y volví a casa muy triste.

En Temple todo continuaba en calma. Las ventanas de las habitaciones que había ocupado Provis se veían ahora oscuras y ningún sospechoso rondaba por Garden Coart. Pasé dos o tres veces por delante de la fuente, antes de bajar por los escalones que había en el camino que conducía a mis habitaciones, y comprobé que estaba solitario. Herbert, que entró a verme al llegar, cuando yo estaba ya acostado, pues me sentía muy fatigado, observó también aquella quietud. Abrió la ventana, miró hacia afuera y me dijo que la calle estaba tan desierta como la nave de cualquier catedral a aquellas horas.

Al día siguiente me ocupé de comprar el bote. Pronto fue llevado al embarcadero de Temple y amarrado en un sitio al que yo pudiese llegar en uno o dos minutos desde mi casa. Luego empecé a dar en él algunos paseos como quien desea practicar un poco de remo, a veces solo, a veces con Herbert. Salía a menudo, aun cuando hacía frío, llovía copiosamente o a veces caían copos de nieve, pero al parecer nadie se fijaba en mí. Al principio no pasaba del puente de Blackfriars, pero como las horas de la marea cambiaban, a veces me dirigía hacia el puente de Londres. En aquellos tiempos era el Puente Viejo, y en ciertos momentos la corriente era allí tan impetuosa y el desnivel tan pronunciado, que le daban muy mala reputación. Pero yo sabía perfectamente cómo vencer aquellas dificultades, porque lo había visto hacer a los demás, y me atreví a remar entre los buques anclados en el Pool y hasta en Brith. La primera vez que pasamos por delante de Mill Pond Bank, Herbert y yo íbamos remando, y tanto a la ida como a la vuelta vimos bajarse las cortinillas de las ventanas que daban al este. Herbert iba allí al menos tres veces por semana, y nunca me trajo ni una sola noticia alarmante. No obstante, yo sabía que había motivos de inquietud y estaba convencido de que nos vigilaban. Cuando uno siente por primera vez esta sensación, luego se convierte en una idea fija, y me sería difícil decir de cuántas personas inocentes llegué a sospechar que estaban espiándome.

En una palabra, vivía en continuo sobresalto por la persona temeraria que teníamos oculta. Herbert me había manifestado en ocasiones que le gustaba mucho estar asomado a una de nuestras ventanas al anochecer, cuando bajaba la marea, pensando que todo lo que la corriente arrastraba iba hacia donde estaba Clara. Pero yo pensaba con temor, que

también se deslizaba en dirección a donde vivía Magwitch, y que cualquier punto negro en su superficie podía ser la barca en que iban sus perseguidores, y que estos vendrían a prenderlo rápida y silenciosamente.

XLVII

Transcurrieron unas semanas sin que se produjera cambio alguno en nuestra angustiosa situación. Estábamos esperando a Wemmick, pero este no daba señales de vida. Si nunca lo hubiese visto fuera de Little Britain y no hubiera disfrutado del privilegio de ser recibido como un familiar en el castillo, habría dudado de él, pero conociéndolo como lo conocía, me merecía una confianza absoluta.

Mis asuntos particulares comenzaron a presentar mal cariz, y me vi asediado por más de un acreedor que vino a exigirme dinero. Supe entonces lo que era la falta de fondos (quiero decir de moneda disponible en el bolsillo), y por ello me vi obligado a vender algunas joyas de las que podía perfectamente prescindir. Resolví no aceptar más dinero de mi generoso protector, pues en el estado de incertidumbre en que me encontraba, tanto de ideas como de proyectos, seguir aceptando su ayuda económica me parecía un fraude verdaderamente despiadado. Por lo tanto, por mediación de Herbert le devolví la cartera que me había entregado y de la cual yo no había sacado ni un penique, y sentí una satisfacción (no sé si legítima o no) por el hecho de no haberme aprovechado de su generosidad desde el momento en que se dio a conocer.

A medida que transcurría el tiempo comencé a presentir que Estella ya debía de haber contraído matrimonio. Y temiendo ver confirmada esa sospecha, que casi se había convertido en una convicción, procuré abstenerme de leer los periódicos y supliqué a Herbert (a quien confié los detalles de nuestra última entrevista) que no volviera a hablarme de ella. No sé por qué me empeñé en guardar como un tesoro aquel lastimoso jirón de mis esperanzas destrozadas. Tú, lector, ¿no habrás caído en la misma contradicción, el año anterior, el mes último o la semana pasada?

Mi vida era triste y desgraciada. Tenía una preocupación que sobresalía de las demás, como la cima de la montaña más alta de una cordillera. Y, no obstante, no había nuevo motivo de temor. Yo podía despertar sobresaltado, creyendo que Provis había sido descubierto; podía sentarme en la cama a la espera de oír los pasos de Herbert que venía a darme malas noticias, pero todo eso y mucho más no podía impedir que las cosas siguieran su curso natural. Condenado a la inacción y a un estado permanente de inquietud, iba remando en mi bote, esperando, con la mayor tranquilidad posible.

A veces, después de haber ido por el río corriente abajo, la marea me impedía volver a pasar por debajo del Puente Viejo, y entonces dejaba el bote en un muelle cercano a la Aduana para que me lo llevaran al lugar donde acostumbraba dejarlo amarrado. No me sabía mal tomarme esa molestia, porque con ello conseguía que la gente que vivía o

trabajaba a orillas del río se habituara a verme con aquel bote. Debido a esta circunstancia tuve dos encuentros que voy a relatar.

Cierta tarde, a finales de febrero, desembarqué en el muelle. Aprovechando la marea baja llegué hasta Greenwich y regresé con la marea alta. Habíamos tenido un día espléndido, pero al ponerse el sol comenzó a extenderse la niebla y tuve que regresar casi a ciegas entre los barcos, con mucho cuidado. Tanto a la ida como a la vuelta vi en la ventana de Provis la señal que indicaba que no había novedad.

La tarde era apacible, pero yo tenía frío, y creí que para calentarme lo mejor sería ir a cenar cuanto antes, y como si luego decidía regresar enseguida a casa me esperaban unas horas de soledad y melancolía, resolví ir al teatro, precisamente al mismo en que Mr. Wopsle había obtenido su dudoso triunfo, y que actualmente ya no existe. Ya sabía que Mr. Wopsle no solo no había logrado ver realizado su ideal de resucitar el drama, sino que había contribuido a su decadencia. En los programas se lo había mencionado ominosamente como un negro fiel, en relación con una niña de noble cuna y un mono. Herbert lo había visto actuar en el papel de un tártaro feroz, con tendencia a lo cómico, con el rostro pintado de color ladrillo y un afrentoso gorro lleno de campanillas.

Fui a cenar en una taberna que Herbert y yo habíamos dado en llamar «bodegón geográfico», pues los manteles estaban cubiertos de un verdadero mapamundi de manchas, y cada cuchillo semejava una carta hidrográfica de grasa (hasta la fecha apenas hay un bodegón en los dominios del alcalde de la ciudad que no sea «geográfico»), y allí pasé el tiempo, adormecido sobre las migas de pan, contemplando las luces de gas y cociéndome en el vaho de las comidas. Al fin logré quitarme la modorra de encima y fui al referido coliseo.

Allí encontré a un virtuoso contraamaestre del servicio de Su Majestad (un buen hombre, aunque yo hubiera preferido que no llevase los pantalones tan ceñidos en algunas partes del cuerpo y tan holgados en otras), que iba dando manotazos a los sombreros de todos los hombrecillos, hundiéndoselos hasta los ojos, por puro capricho, a pesar de ser muy generoso y valiente y no querer oír hablar de pagar contribuciones a pesar de que se preciaba de buen patriota. Llevaba en el bolsillo una bolsa de dinero que parecía un *pudding* envuelto en su paño, y contando con esta fortuna contraía matrimonio, en medio del regocijo general, con una joven que iba vestida con una colcha. Todos los habitantes de Portsmouth (nueve en total, según el último censo), habían ido a la playa para frotarse las manos, estrechar las de los demás y cantar: «¡Llenad, llenad los vasos!».

Sin embargo, un rapaz marmitón morenucho que nunca estaba dispuesto a hacer nada de lo que le proponían y cuyo corazón, según decía el contraamaestre, tenía que ser tan negro como su casa, se confabuló con otros dos pillos de su edad para meter a todo el mundo en un lío, lo que consiguieron con tanto éxito (los marmitones gozaban de mucha influencia política), que fue necesaria la mitad de la representación para poner las cosas en claro, y aun esto se logró gracias a un honrado tendero que llevaba sombrero blanco y polainas negras y tenía la nariz colorada, quien, armado de unas parrillas, se metió en la caja de un reloj desde la cual podía oír todo lo que se decía, y salía de allí para asestar un parrillazo a todos aquellos a quienes no podía refutar. Aquello fue la causa de que Mr. Wopsle, de quien hasta entonces no se había oído hablar, viniese directamente del

Almirantazgo, ostentando la Orden de la Jarretera, como enviado plenipotenciario para anunciar que todos los marmitones serían encarcelados de inmediato y que traía para el contraмаestre los estandartes de la Gran Bretaña e Irlanda unidos como recompensa por sus servicios públicos. El contraмаestre se sintió amedrentado por primera vez en su vida, se enjugó los ojos con el estandarte y poco después, recobrando el ánimo y dando a Mr. Wopsle el tratamiento de «honorable señor», le pidió permiso para estrecharle la mano. Este se lo concedió, y empujado después hacia un polvoriento rincón por la concurrencia que comenzó a bailar una danza de marineros, contempló lo que ocurría, al parecer descontento, y en un momento dado reparó en mi presencia.

La segunda pieza que ponían en escena era la última pantomima cómica de Navidad, en cuya primera escena creí descubrir a Mr. Wopsle, que llevaba unas medias rojas de estambre. Tenía el rostro ancho y fosforescente y simulaba el cabello con un trozo de cortina roja. Representaba hallarse en una cueva fabricando rayos, y se mostró muy cobarde cuando su gigantesco amo llegó y pidió, con voz ronca, que le sirviera la cena. Pero no tardó en presentarse en un papel más elevado, porque el genio del Amor Juvenil, necesitado de auxilio ante la brutalidad de un granjero ignorante que para impedir que su hija se casara con el elegido de su corazón se dejó caer sobre este desde la ventana del primer piso metido en un saco de harina, llamó a un hechicero sentencioso, quien, procedente de los antípodas, llegó un poco mareado, después de un viaje en apariencia bastante accidentado. Resultó ser Mr. Wopsle, con un sombrero de copa y un libro de magia negra debajo del brazo. Y como que aquel hechicero no tenía en la tierra más ocupación que escuchar la charla y los cantos de los demás, verlos bailar, soportar los empujones y rodearse de llamas de distintos colores, le quedaba mucho tiempo libre. Y noté con extrañeza que lo dedicaba a mirarme fijamente, como si estuviese viendo algo que lo dejaba perplejo.

Aquella mirada de Mr. Wopsle parecía turbarlo hasta tal punto y a la vez resolver tantas cosas en su espíritu, que yo no acertaba a comprenderlo. Y seguía pensando en ello cuando, una hora más tarde, salí del teatro y lo encontré junto a la puerta, donde estaba esperándome.

—¿Cómo está usted? —le pregunté al tiempo que le estrechaba la mano y echábamos a andar—. Ya me di cuenta de que me había visto usted.

—¿Que yo le había visto, Mr. Pip? Es cierto, pero ¿quién era el que estaba con usted?

—¿A quién se refiere?

—Resulta muy extraño —dijo él con expresión de asombro—, y sin embargo juraría que era él.

Alarmado, le supliqué que se explicara.

—De no haber estado usted allí, no sé si lo habría visto enseguida —dijo con aire pensativo—. No obstante, aunque no puedo asegurarlo, me parece que sí.

Miré en torno, como solía hacer siempre que iba hacia mi casa, porque aquellas misteriosas palabras hicieron que sintiese un escalofrío.

—¡Oh! Ya no podrá verlo —exclamó Mr. Wopsle—, porque vi que se marchaba antes que yo.

Como yo tenía motivos de sobra para recelar, llegué incluso a sospechar de aquel pobre actor. Creí que pretendía hacerme confesar algo. Por eso lo contemplé sin pronunciar palabra mientras andaba a mi lado.

—Tuve la ridícula ocurrencia de que iban juntos, Mr. Pip —prosiguió—, hasta que caí en la cuenta de que usted ignoraba que estaba sentado detrás de su silla, como un espectro.

Sentí nuevamente un escalofrío, pero estaba decidido a guardar silencio, a pesar de que él parecía referirse a Provis. Yo, naturalmente, estaba seguro de que este no se había presentado por allí.

—Comprendo que le extrañe lo que digo, Mr. Pip, pero ¡es tan asombroso! Seguramente dudará usted de lo que voy a decirle ahora. Yo mismo lo habría puesto en duda si usted me lo hubiese dicho.

—¿De veras?

—Sí, de veras. ¿No recuerda Mr. Pip, que cierto día de Navidad, hace algunos años, yo había sido invitado a comer en casa de Gargery y llegaron unos soldados para que Joe les arreglara un par de manillas?

—Lo recuerdo perfectamente.

—¿Recuerda usted que luego hubo una batida en persecución de dos presidiarios y que nosotros fuimos con los soldados y Gargery lo llevó a usted sobre los hombros, y que yo me adelanté y ustedes apenas podían seguirme?

—Me acuerdo muy bien de todo eso.

En efecto, lo recordaba mejor de lo que él podía figurarse, excepto el último detalle.

—¿Y no se acuerda también de que llegamos a una zanja en la que estaban peleando furiosamente dos fugitivos, uno de los cuales resultó con la cara bastante maltrecha?

—Me parece estar viéndolo.

—Y ¿recuerda que los soldados, después de encender las antorchas que llevaban, pusieron a los dos presidiarios en el centro del pelotón y se los llevaron, y que nosotros los seguimos para ver cómo terminaba todo aquello? ¿Se acuerda de que fuimos tras ellos por los pantanos sombríos, con las antorchas que iluminaban el rostro de los presos (este detalle es muy importante) mientras alrededor de nosotros no había más que penumbra?

—Sí —respondí—, lo recuerdo.

—Pues bien, Mr. Pip; uno de aquellos dos sujetos estaba esta noche sentado detrás de usted. Lo vi por encima de su hombro.

«¡Tengamos serenidad!», pensé, y luego, en voz alta, dije:

—¿Cuál de los dos creyó usted que era?

—El que resultó herido en la riña —contestó sin vacilar—. Juraría que era él. Cuanto más pienso en ello, más seguro estoy de que no me equivoco.

—¡Es curioso! —exclamé aparentando que no daba ninguna importancia al hecho.

Inútil decir que aquella conversación vino a aumentar mi desasosiego, pues me aterrorizaba pensar que Compeyson había estado detrás de mí como un fantasma. Porque si en alguna ocasión lo había olvidado, desde que Provis estaba escondido era precisamente cuando más cerca lo tenía. ¡Y pensar que yo, después de tantas precauciones, me había hallado inconscientemente desprevenido! Era como si hubiese cerrado una larga hilera de puertas para impedirle la entrada y luego me lo hubiese encontrado a mi lado. Hice varias

preguntas a Mr. Wopsle, pero no pudo decirme cuándo había entrado aquel hombre en la sala. Solo después de haberlo observado durante largo rato consiguió identificarlo, pero ya desde un principio lo había relacionado vagamente con alguien de la época en que yo vivía en la aldea.

¿Cómo iba vestido? Creía recordar que iba negro, elegante, pero sin ostentación. ¿Tenía el rostro desfigurado? Le parecía que no, y lo mismo creía yo, porque, sumido en mis cavilaciones, no me había fijado mucho en quienes me rodeaban, y pensaba que una cara desfigurada no habría dejado de llamar la atención.

Cuando Mr. Wopsle me hubo explicado todo lo que sabía y recordaba y lo que yo pude hacerle decir, y después de haberlo obsequiado con un pequeño refresco para que se repusiera de las fatigas de la noche, nos separamos. Debía de ser entre las doce y la una de la madrugada cuando llegué a Temple, cuyas puertas estaban cerradas. No había nadie por allí cuando entré en mi casa. Herbert ya había llegado, y hablamos junto al fuego de aquel asunto tan serio. Pero todo lo que se podía hacer era comunicar a Wemmick lo que yo había descubierto por la noche e indicarle que esperábamos que nos dijera cuál era su parecer. Y como consideré que si iba muy a menudo al castillo podría comprometerlo, me pareció más conveniente explicárselo todo por carta. Le escribí, pues, antes de acostarme, y fui a tirar la carta al buzón. Tampoco vi a nadie cerca de mí. Herbert y yo estuvimos de acuerdo en que debíamos ser muy prudentes. Y lo fuimos más que nunca, si cabe, pues, por lo que respecta a mí, no fui más por Mill Pond Bank, exceptuando cuando pasaba por delante en mi bote, y entonces miraba hacia allí de la misma manera que fijaba mis ojos en otras partes.

XLVIII

El segundo de los encuentros a que me he referido en el capítulo anterior ocurrió una semana más tarde, aproximadamente.

Había dejado de nuevo mi bote amarrado en el muelle junto al puente de Londres. Era una hora más temprano que en la tarde a que he hecho referencia, y sin saber todavía adónde iría a cenar, me dirigí a pie hacia Cheapside. Mientras vagaba por allí sentí una manaza posarse sobre uno de mis hombros. Era la mano de Mr. Jaggers, quien luego la pasó por debajo de mi brazo.

—Como vamos en la misma dirección, Pip —dijo—, podemos ir juntos. ¿Adónde va usted?

—Me parece que voy hacia Temple.

—Pero ¿no sabe usted adónde va?

—En efecto, no lo sé —contesté satisfecho de poder, al menos por un vez, llevarle ventaja en su interrogatorio—, porque aún no lo he decidido.

—¿Va usted a cenar? Supongo que no tendrá reparo en decírmelo...

—No, ¿por qué voy a tener reparo?

—¿Está usted citado con alguien?

—Tampoco tengo inconveniente en manifestarle que no tengo ninguna cita.

—Entonces —dijo Mr. Jaggers—, venga usted a comer conmigo.

Me disponía a excusarme cuando agregó:

—Wemmick también vendrá.

Por lo tanto, en lugar de excusarme, decidí aceptar, pues las pocas palabras que había pronunciado lo mismo servían para una negativa que para un consentimiento.

Seguimos, pues, por Cheapside y giramos en dirección a Little Britain, mientras comenzaban a encenderse las luces en los escaparates de las tiendas y los faroleros de las calles, encontrando apenas sitio suficiente para colocar sus escaleras de mano en medio del tráfico del atardecer, subían y bajaban por ellas, abriendo en la niebla, cada vez más densa, más ojos rojizos que ojos blancos había abierto en la pared espectral del hotel Hummuns mi bujía de médula de junco.

En la oficina de Little Britain hallé la actividad habitual, consistente en escribir cartas, lavarse las manos, despabilar las velas y cerrar la caja de caudales, con todo lo cual terminaba la labor del día.

Mientras yo permanecía de pie junto a la chimenea de Mr. Jaggers, el tembloroso reflejo de las llamas dio a las dos mascarillas el aspecto de querer jugar conmigo un diabólico

juego de escondite, mientras las dos gruesas bujías de sebo que apenas bastaban para alumbrar a Mr. Jaggers, que estaba escribiendo en un rincón, al derretirse se iban adornando con lágrimas gruesas, sucias y retorcidas como triste recuerdo de multitud de clientes ahorcados.

Fuimos los tres juntos a la calle Gerrard en un coche de alquiler, y en cuanto llegamos, se nos sirvió la cena. Aunque aquel lugar no me parecía el adecuado para referirme a los sentimientos que Walworth había inspirado a Wemmick, no me habría parecido mal sorprender de vez en cuando en sus ojos una mirada de simpatía. Pero no pude, porque cuando él levantaba la vista de la mesa la dirigía enseguida hacia Mr. Jaggers, y se mostraba tan indiferente conmigo como si hubiese habido dos Wemmick gemelos y este no hubiese sido mi amigo, sino el otro.

—¿Envió usted la nota de miss Havisham a Mr. Pip, Wemmick? —preguntó Mr. Jaggers cuando comenzábamos a cenar.

—No, señor —contestó Wemmick—. Iba a echarla al correo cuando usted llegó con él. Aquí la tiene.

Y entregó la carta a su amo en vez de dármela a mí.

—No son más que dos líneas, Pip —dijo Mr. Jaggers, tendiéndomela—. Miss Havisham me la envió porque no estaba segura de que las señas que tenía de usted fuesen correctas. Dice que desea verlo para tratar de una cuestión sencilla de que usted le habló. ¿Irá usted?

—Sí —contesté al tiempo que leía la nota en que se me manifestaba exactamente lo que él acababa de decir.

—¿Cuándo piensa ir?

—Tengo un asunto pendiente —respondí mirando a Wemmick, que en aquel instante estaba echando pescado a su boca de buzón— que me impide fijar una fecha. Pero creo que no tardaré en visitarla.

—Si Mr. Pip piensa ir dentro de poco, no es necesario que conteste.

Como comprendí que aquello indicaba la conveniencia de no demorar mi visita, resolví ir a la mañana siguiente, y así lo manifesté. Wemmick se bebió un vaso de vino y miró satisfecho a Mr. Jaggers, pero no a mí.

—De manera, Pip, que nuestro amigo la Araña —dijo Mr. Jaggers—, ha jugado con sus triunfos y ha ganado.

Todo lo que pude hacer fue asentir con la cabeza.

—¡Ah! Es un chico que promete...; naturalmente, a su manera... Pero es posible que todo no le salga tan bien como él espera. Al final siempre resulta vencedor el más fuerte, pero ante todo, por supuesto, hay que saber quién es el más fuerte. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer...

—Seguramente —interrumpí con el rostro colorado y el corazón palpitándome con violencia— no cree usted con seriedad que llegue a ser tan indigno como para cometer semejante crueldad, Mr. Jaggers.

—No quiero decir eso, Pip. Solo es una mera suposición. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer, es posible que se convierta en el más fuerte, pero si se trata de inteligencia, no cabe duda que será vencido. Es muy difícil opinar sobre lo que hará un

individuo como ese en semejantes circunstancias, porque es un caso de cara o cruz entre dos resultados.

—¿Puedo preguntar cuáles?

—Un individuo como nuestro amigo el Araña —repuso Mr. Jagers—, ataca y vence o adula servilmente. Puede hacer esto último de buena o mala gana, pero lo cierto es que se impone o se somete. Pregunte a Wemmick cuál es su parecer.

—Se impone o se somete —corroboró Wemmick sin mirarme.

—Bebamos, pues, a la salud de Mrs. Bentley Drummle —dijo Mr. Jagers, y cogiendo una botella de vino de marca, llenó nuestros vasos y luego el suyo—, y hagamos votos para que el asunto se solucione a satisfacción de esta señora, porque nunca podrá ser a gusto de ella y de su marido a la vez. ¡Molly! ¡Molly! ¡Molly! ¡Qué despacio vas esta noche!

Cuando la regañó de esta manera, la criada estaba a su lado, poniendo unos platos sobre la mesa. Al oír sus reproches retiró las manos, retrocedió un par de pasos y murmuró una excusa. Me llamó la atención el modo en que movía los dedos mientras hablaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mr. Jagers.

—Nada —contesté—. Solo que el asunto de que tratábamos es algo doloroso para mí.

Molly movía los dedos como si estuviese haciendo calceta. Se quedó mirando a su amo, sin saber si podía retirarse o si este tenía algo más que decirle. Al observarla, advertí que yo había visto unos ojos como aquellos y unas manos idénticas en una ocasión memorable y muy reciente.

Mr. Jagers le dijo que se retirase y ella abandonó la estancia. Sin embargo, yo seguí viéndola como si todavía la tuviese ante mí. Miraba aquellas manos, contemplaba aquellos ojos, me fijaba en aquel cabello ondulado, y los comparaba con otras manos, otros ojos y otro cabello que yo conocía perfectamente y con lo que estos serían al cabo de veinte años de vida tormentosa con un marido brutal. Miré repetidamente el parecido y los ojos de la criada y recordé la extraña sensación que experimenté cierta vez (y no solo) en el abandonado jardín y en la fábrica de cerveza solitaria. Recordaba que había tenido la misma impresión al ver un rostro que me miraba y una mano que me saludaba desde la ventanilla de una diligencia; y cómo había vuelto yo a experimentarla, fugaz como un relámpago, al pasar en coche (y tampoco solo) bajo el repentino reflejo de una luz en una calle oscura. Pensaba en el modo en que un eslabón de la cadena de la amistad que une a las personas había favorecido aquella identificación en el teatro, y que ahora otro eslabón parecido, que antes faltaba, venía a cerrar la cadena para mí, cuando la casualidad había querido que relacionase el nombre de Estella con el movimiento de aquellos dedos y la mirada atenta de aquellos ojos. Y tuve la certeza absoluta de que aquella mujer era la madre de Estella.

Mr. Jagers me había visto con la joven y no era probable que le hubiesen pasado inadvertidos los sentimientos que yo no procuraba disimular. Asintió con la cabeza cuando le manifesté que el asunto era penoso para mí, me dio una ligera palmada en la espalda, sirvió vino otra vez y continuó comiendo.

La criada reapareció únicamente dos veces más, y por pocos minutos, y Mr. Jagers se mostró muy brusco con ella. Pero sus manos y sus ojos eran los de Estella, y aunque

hubiese reaparecido cien veces, no habría estado yo ni más ni menos seguro de que lo que creía era cierto.

La cena fue aburrida, porque Wemmick, cuando le llenaban el vaso, se bebía el vino maquinalmente, tal como si hubiera estado haciendo un trabajo en su oficina, y siempre parecía dispuesto a ser interrogado. En lo que concierne a la cantidad de vino que había trasegado, su boca de buzón parecía tan indiferente como podía serlo cualquier buzón de correos ante la cantidad de cartas que le echan dentro. Para mí fue todo el rato el otro gemelo; solo exteriormente se parecía al Wemmick de Walworth...

Nos despedimos temprano y salimos juntos. Cuando todavía estábamos buscando a tientas nuestros sombreros entre la colección de botas de Mr. Jaggers, presentí que mi Wemmick estaba a punto de llegar, y no habíamos recorrido media docena de metros por la calle de Gerrard, en dirección a Walworth, cuando me di cuenta de que paseaba cogido del brazo con el hermano gemelo amigo mío y que el otro se había evaporado.

—Bueno —dijo Wemmick—, ya hemos acabado de cenar. Es un hombre maravilloso que no tiene igual en el mundo, pero en su compañía me siento cohibido. Yo, para comer bien, tengo que estar a mis anchas.

Me pareció que tenía mucha razón y así se lo manifesté.

—Solo a usted le diría algo así —agregó—, porque sé que todo lo que hablamos queda siempre entre nosotros.

Le pregunté si había visto alguna vez a la hija adoptiva de miss Havisham, es decir, a miss Bentley Drummle. Contestó que no. Luego, para no parecer demasiado impertinente, me puse a hablar del anciano y de miss Skiffins. Al nombrar a esta puso cara de pícaro y se detuvo para sonarse, a manera de preludio no desprovisto de alarde latente.

—Wemmick —dije—, ¿recuerda usted que la primera vez que fui a casa de Mr. Jaggers me recomendó usted que me fijase en su sirvienta?

—¿De veras? —repuso él—. Quizá sí. No lo recuerdo. Pero ¡qué demonios! En efecto, se lo aconsejé. Veo que todavía me siento cohibido.

—La calificó usted de fiera domada.

—¿Y qué nombre le daría usted?

—El mismo. ¿Y cómo hizo Mr. Jaggers para domesticarla, Wemmick?

—Es un secreto. Hace ya muchos años que está con él.

—Me gustaría que me contase su historia. Ya sabe usted que lo que se habla entre nosotros, entre nosotros queda.

—Pero el caso —repuso Wemmick— es que no conozco su historia, o por lo menos, no estoy al corriente de toda ella. Voy a explicársela, pero, claro está, confidencialmente.

—Claro.

—Hará cosa de veinte años, esa mujer fue juzgada ante el tribunal de Old Bailey por asesinato, y fue absuelta. En aquel entonces era una joven muy hermosa y, al parecer, tenía sangre gitana. Sea como fuere, cuando se enfurecía era temible.

—Pero fue absuelta.

—Mr. Jaggers se encargó de su defensa —prosiguió Wemmick mirándome significativamente— y llevó el asunto de manera sorprendente y admirable. Se trataba de un caso desesperado, y él hacía poco tiempo que ejercía, por todo lo cual su actuación causó

verdadera sensación y le dio fama. Por un tiempo intervino en las oficinas de la policía, exponiéndose a ser procesado a su vez. La víctima había sido una mujer que tenía unos diez años más que la acusada, y era mucho más robusta que esta. Se trataba de un caso de celos. Ambas llevaban una vida errante, y la mujer que ahora habita en la calle Gerrard contrajo matrimonio, cuando era muy joven, «por detrás de la iglesia», como se acostumbra decir, con un vagabundo, y en lo que concierne a los celos, era una verdadera furia. La víctima fue encontrada muerta en un pajar cerca de Hounslow Heath. Hubo, al parecer, una riña con violento forcejeo. El cadáver presentaba señales de estrangulación, magulladuras y arañazos. No existían pruebas concluyentes para sospechar de nadie más que de esta mujer, y Mr. Jagers basó su defensa en la inverosimilitud de que fuese la acusada la que había cometido el crimen. No le quepa a usted duda que aunque ahora hable a veces de la fuerza de sus manos, entonces no se jactó de ella ni una vez.

Yo había explicado a Wemmick que el día que comí en casa de Mr. Jagers este nos indicó que nos fijásemos en las manazas de su sirvienta.

—Pues bien —prosiguió Wemmick—, ocurrió que a partir del momento en que fue encarcelada esta mujer se vestía de tal manera que aparentaba ser mucho más delgada de lo que en realidad era. Se recuerda sobre todo que sus mangas estaban confeccionadas con tal habilidad que daban a sus brazos una apariencia delicada. Tenía dos moratones en el cuerpo, nada de particular en una mujer vagabunda, pero presentaba rasguños el dorso de las manos y se trataba de comprobar si podían ser obra de las uñas de una persona. Mr. Jagers consiguió demostrar que aquella mujer había cruzado un terreno cubierto de zarzales no lo bastante altos para alcanzarle la cara, pero sí para arañarle las manos. Y, efectivamente, se encontraron clavadas en su piel algunas espinas de zarza que fueron presentadas como prueba, y examinando el zarzal se encontraron en él pequeños jirones de su ropa, y aquí y allí manchas de sangre. Pero el argumento más audaz de Mr. Jagers fue el de que se intentaba presentar como muestra del carácter celoso de la mujer el hecho de que era sospechosa de haber matado, en la época del asesinato, a su propia hija, de tres años de edad, para vengarse de su amante, que a la sazón era padre de esta. Mr. Jagers expuso los hechos de la forma siguiente: «Nosotros afirmamos que en estos rasguños no hay señal alguna de uñas de ninguna especie, sino que fueron producidos por unas zarzas. Ustedes, en cambio, aseguran que fueron producidos por unas uñas y, además, pretenden establecer la hipótesis de que esta mujer mató a su propia hija. Por lo tanto, tienen ustedes que asumir las consecuencias de semejante hipótesis. Supongamos que realmente hubiese asesinado a su hija y que esta, agarrándose desesperadamente a ella, le hubiese arañado las manos. Entonces ¿qué? No se la juzga aquí por el asesinato de su hija... ¿Y por qué no? En lo referente a este caso, si insisten ustedes en querer demostrar que se trata de arañazos, diremos que ya tienen explicación, suponiendo, en base al argumento, que no los hayan inventado». En fin, Mr. Pip —agregó Wemmick—, Mr. Jagers se mostró más fuerte que el jurado, y logró vencerlo.

—Así, pues, ¿ella pasó desde entonces a su servicio?

—Sí, pero eso no es todo —repuso Wemmick—. No solo entró a su servicio inmediatamente después de ser absuelta, sino que lo hizo completamente domesticada,

amansada como ahora la ve. Poco a poco fue aprendiendo sus deberes, pero desde el principio ya estaba convertida en una mujer dócil.

—Y la criatura, ¿era una niña?

—Creo que sí.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Nada. Recibí la carta de usted y la quemé.

Nos dimos cordialmente las buenas noches y me marché a casa con materia para nuevas preocupaciones, y sin alivio para las que ya hacía días que me atormentaban.

XLIX

Me metí en el bolsillo la nota de miss Havisham con objeto de que me sirviera de credencial por volver a visitarla tan pronto, en el caso de que su volubilidad le hiciese mostrarse sorprendida de verme en su casa. Tomé la diligencia al día siguiente, pero me apeé en una posada a medio camino. Almorcé allí y después continué mi viaje a pie, pues quería entrar en la ciudad sin llamar la atención de nadie, por caminos solitarios, y volver a marcharme de la misma manera.

Anohecía cuando atravesé los patios desiertos y silenciosos de la parte posterior de la calle principal. Los restos de las ruinas del edificio en el que en otro tiempo los monjes tuvieron sus refectorios y sus jardines, y cuyos sólidos muros servían ahora de establo y cobertizo, se hallaban en un silencio tan sepulcral como los restos mortales de los monjes en sus tumbas. Mientras aceleraba el paso para no ser visto, el tañido de las campanas de la catedral me parecía más triste y lejano que nunca; la música del viejo órgano resultaba fúnebre, y las cornejas que revoloteaban alrededor de la torre gris, o que se mecían en las ramas altas y desnudas de la arboleda del jardín del priorato, con sus chillidos parecían decirme que aquel lugar ya no era el mismo, y que Estella lo había abandonado para siempre.

Me abrió la puerta una mujer de edad, a quien yo conocía como una de las sirvientas que vivían en la casa que se alzaba al otro lado del patio posterior. En el corredor oscuro encontré, como siempre, una vela encendida, la cogí y subí con ella por la escalera. Miss Havisham no estaba en su habitación sino en una más espaciosa, enfrente de esta. Tras llamar a la puerta sin obtener respuesta, abrí y la vi sentada ante el hogar en una silla desvencijada, absorta en la contemplación del fuego que iba extinguiéndose.

Como ya había hecho otras veces, entré y me quedé de pie, junto a la antigua chimenea, para que me viese al levantar la mirada. Ofrecía un aspecto tal de soledad y desamparo que me dio lástima, a pesar del daño que voluntariamente me había causado. Mientras me compadecía de ella y pensaba en el modo en que yo también, con el tiempo, había llegado a formar parte de las tristes ruinas de aquella mansión, advirtió mi presencia. Abrió desmesuradamente los ojos y murmuró:

—¿Es realmente él?

—Soy Pip. Mr. Jaggers me entregó ayer la nota que usted había escrito para mí y he venido enseguida.

—Gracias, gracias.

Acerqué al fuego otra de aquellas sillas desvencijadas y tomé asiento. Vi en el rostro de miss Havisham una expresión que me resultaba desconocida: parecía atemorizada de mí.

—Deseo hablar de nuevo del asunto a que aludiste en tu última visita —dijo—, y demostrarte que mi corazón no es de piedra. Pero quizá ya no puedas creer que haya algún sentimiento humano en mí.

Después de que le hube dicho unas palabras tranquilizadoras, tendió su temblorosa mano derecha, como con intención de tocarme, pero la retiró antes de que yo comprendiese exactamente cuál era su intención o supiese cómo tenía que acogerla.

—Hablando en favor de tu amigo, me dijiste que podrías decirme la forma en que yo podría hacer por él algo útil y generoso, algo que te habría gustado hacer tú mismo..., ¿no es verdad?

—Sí, es cierto.

—¿De qué se trata?

Comencé a explicarle el modo en que Herbert había entrado en la firma Clarriker en calidad de socio, y no me había extendido aún mucho en mis explicaciones cuando me pareció, por su mirada, que estaba pensando más en mí que en lo que estaba diciéndole. Y seguramente no me equivocaba, pues cuando dejé de hablar pasó un buen rato antes de que se diera cuenta de mi silencio.

—¿Has interrumpido tu relato —me preguntó con el mismo tono de temor— porque quizá me odias tanto que te resulta insoportable dirigirme la palabra?

—No, no —repuse—. ¿Cómo puede usted suponer tal cosa, miss Havisham? He dejado de hablar porque me parecía que no prestaba usted atención a lo que decía.

—Tal vez tengas razón —contestó al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza—. Vuelve a empezar y deja que yo mire hacia otra parte. Habla.

Apoyó la mano en su bastón con la actitud decidida que era habitual en ella y se quedó contemplando el fuego con muestras de estar esforzándose por concentrar su atención. Proseguí, pues, mis explicaciones y le hice saber que había alimentado la esperanza de completar mi plan valiéndome de mis propios medios, pero que había fracasado. Esta parte del asunto, añadí, comprendía ciertos detalles que no podía revelarle porque eran un secreto que no me pertenecía.

—Está bien. —Asintió con la cabeza sin mirarme, y preguntó—: ¿y qué cantidad es necesaria para completar ese plan?

No me atrevía a contestar, porque me parecía una suma considerable, pero dije:

—Novecientas libras.

—Si te doy el dinero, ¿guardarás mi secreto como has guardado el tuyo?

—Con igual fidelidad.

—¿Y quedarás más tranquilo?

—Sí, mucho más.

—¿Eres muy desdichado ahora?

También esa pregunta la formuló sin mirarme, pero con un tono de simpatía que nunca había oído en ella. No pude responder de inmediato, porque me faltó la voz. Ella cruzó el brazo izquierdo sobre el puño del bastón y apoyó la cabeza sobre él.

—Estoy muy lejos de ser dichoso, miss Havisham, pues tengo otros motivos de inquietud además de los que usted conoce. Son los secretos a que acabo de referirme.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza y volvió la mirada hacia el fuego.

—Demuestras tener un carácter noble al decir eso. ¿Es cierto?

—Demasiado cierto.

—¿No puedo favorecerte de otra manera que favoreciendo a tu amigo, Pip?

—Nada. Le agradezco la pregunta, y mucho más todavía el tono amable de sus palabras. Pero no puede usted hacer nada por mí.

Un rato después se puso de pie y miró alrededor en busca de los medios para poder escribir. Como no los encontró, sacó de su bolsillo un bloc de notas con armazón de oro y escribió en una de ellas con un lapicero, también de oro, que colgaba de su cuello.

—¿Continúas siendo amigo de Mr. Jagers? —me preguntó.

—Sí, señora. Anoche cené con él.

—Entonces esto es una autorización para que te abone esta suma, de la que puedes disponer libremente para favorecer a tu amigo. Aquí no tengo dinero, pero si prefieres que Mr. Jagers no se entere de todo eso, te enviaré esta cantidad.

—Muchas gracias, miss Havisham; no tengo ningún inconveniente en que sea Mr. Jagers quien entregue el dinero.

Me leyó lo que acababa de escribir, lo cual desvanecía toda suposición de que yo pretendiera beneficiarme con aquella cantidad. Cogí el bloc de su mano temblorosa, que tembló aún más cuando se quitó la cadena que sujetaba el lapicero y me la puso en la mano. Hizo todo esto sin mirarme.

—En la primera hoja figura mi nombre. Si alguna vez puedes escribir debajo de él «la perdono», aunque sea mucho después de que mi corazón destrozado se haya convertido en polvo, ¡te suplico que lo hagas!

—¡Oh, miss Havisham! —exclamé—. Puedo hacerlo ahora mismo. Todos hemos sufrido lamentables equivocaciones. Durante mi vida he sido ciego y desagradecido, y no puedo mostrarme severo con usted, porque también yo necesito perdón y consejo.

Volvió por fin su mirada hacia mí y con gran sorpresa, o más bien con terror, vi que se arrodillaba a mis pies y levantaba las manos juntas, tal como cuando su pobre corazón joven, inocente y sano debió de hacerlo para rezar al lado de su madre.

Al verla en aquella actitud con su cabello blanco y sus facciones ajadas, me estremecí. Le supliqué que se levantara y rodeé su cintura con mis brazos para ayudarla, pero ella me cogió de una mano y apoyando en ella la cabeza comenzó a sollozar. Nunca hasta entonces la había visto verter una sola lágrima, y confiando en que llorar le sirviese de desahogo, me incliné sobre ella con gesto compasivo, sin pronunciar palabra. En ese momento ya no estaba arrodillada sino casi tendida en el suelo.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!

—Si se refiere usted, miss Havisham, a lo que puede usted haber hecho para perjudicarme, permítame que le diga que muy poco. Yo habría amado a Estella en cualquier circunstancia... ¿Se ha casado ya?

—Sí.

Era una pregunta innecesaria, porque la profunda desolación que la embargaba ya me lo había hecho comprender.

—¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! —repitió, tirando de su cabello.

Yo no sabía qué contestar ni cómo consolarla. Estaba claro que había hecho muy mal al adoptar a una muchacha impresionable con el fin de adaptar su carácter de forma que le permitiese utilizarla para vengarse de su amor burlado y de su orgullo herido; pero también era cierto que al excluir la luz del día había excluido muchas otras cosas; que al condenarse voluntariamente a su reclusión se había aislado de mil influencias naturales y saludables; que en sus meditaciones solitarias su razón se había perturbado como siempre ocurre a quienes pretenden invertir el orden de las cosas establecidas por el Creador. ¿Y cómo podía yo mirarla sin sentir piedad, al ver su castigo en la ruina en que se había convertido, en su profunda ineptitud para adaptarse al mundo, en la vanidad de su dolor, que se había convertido en una manía dominadora, así como la de la penitencia, el remordimiento, la indignidad y otras monstruosas vanidades que han sido verdaderas maldiciones en el mundo?

—Hasta que hablaste con ella el otro día y vi en ti un espejo que me mostraba lo que una vez yo misma sentí, no me di cuenta de lo que había hecho. ¡Qué he hecho! ¡Ay! ¡Qué he hecho! —Volvió a repetir veinte, cincuenta veces.

—Miss Havisham —le dije cuando cesó en sus lamentaciones—, puede usted borrarle de sus pensamientos y de su conciencia. Pero Estella es un caso distinto, y si un día se le presenta a usted la ocasión de remediar algo del daño que le causó al privarla de su verdadera naturaleza, será mucho mejor procurar conseguirlo que pasar cien años deplorando el pasado.

—Sí, sí, ya lo sé. ¡Pero, Pip... querido Pip! —Había una fervorosa compasión femenina en el nuevo cariño que me demostraba—. ¡Créelo, querido Pip! Cuando Estella llegó por primera vez a mi casa, mi intención inmediata fue evitar que sufriera mi misma suerte.

—Así lo creo —contesté.

—A medida que iba creciendo y prometía ser una belleza, yo, poco a poco, fui obrando peor, y con mis elogios, o mis enseñanzas y esta figura mía siempre ante ella, como un ejemplo de lo que yo pretendía demostrarle en mis lecciones, robé su corazón y puse en su lugar un pedazo de hielo.

—¡Mejor hubiera sido dejarle el corazón con que había nacido, aunque se lo hiriesen o destrozasen! —exclamé sin poder evitarlo.

Entonces miss Havisham me miró con expresión de azoramiento y volvió a repetir:

—¡Que he hecho! —Hizo una pausa y añadió—: Si supieras toda mi historia me compadecerías un poco y me comprenderías mejor.

—Miss Havisham —contesté tan delicadamente como pude—. Creo que estoy en condiciones de afirmar que conozco su historia desde que abandoné esta región por primera vez. Siempre me conmisere de usted y creo comprenderla, así como comprendo lo mucho que la ha afectado. Lo que ha ocurrido entre nosotros, ¿no me autoriza para hacerle una pregunta respecto a Estella? La misma no se refiere a cómo es ahora, sino a como era cuando llegó a esta casa.

Miss Havisham estaba sentada en el suelo, con los brazos apoyados en la silla y la cabeza descansando sobre ellos. Me miró fijamente y contestó:

—Continúa.

—¿De quién era hija Estella?

Sacudió la cabeza.

—¿Lo ignora usted?

Ella hizo un gesto negativo.

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿La trajo Mr. Jaggers o la hizo venir aquí?

—La trajo él mismo.

—¿Quiere usted explicarme cómo sucedió?

Con tono de cautela y en voz muy baja, contestó:

—Hacía ya mucho tiempo que yo vivía encerrada en estas habitaciones (ignoro cuánto; tú ya sabes la hora que marcan los relojes aquí), cuando le dije a Mr. Jaggers que necesitaba una niña para educarla, amarla y evitarle mi triste destino. Lo vi por primera vez cuando lo mandé llamar con objeto de liquidar mis negocios para que nada pudiera turbar mi aislamiento, pues había leído su nombre en los periódicos antes de que el mundo y yo nos separásemos. Me dijo que buscaría una niña huérfana, y una noche la trajo aquí; estaba dormida y decidí llamarla Estella.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Dos o tres años. Todo lo que ella sabe es que era huérfana y la adopté.

Tan convencido estaba yo de que la criada de Mr. Jaggers era la madre de Estella, que no necesitaba prueba alguna para rendirme a la evidencia. Y lo que acababa de oír establecía de modo claro y terminante la relación entre ambas. ¿Qué más podía yo esperar prolongando aquella entrevista? Había conseguido el dinero para seguir ayudando a Herbert; miss Havisham me había expuesto todo lo que sabía acerca de Estella, y yo había dicho y hecho todo lo posible por calmarla. Poco importa saber cuáles fueron las palabras con que nos despedimos, lo cierto es que lo hicimos.

Anochece cuando bajé por la escalera y salí al aire libre. Dije a grandes voces a la mujer que vino a abrir la puerta que no se molestara todavía, pues iba a dar una vuelta por el lugar antes de marcharme. Tenía el presentimiento de que nunca más regresaría allí y encontraba que la luz mortecina del crepúsculo era la más apropiada para contemplar por última vez aquel triste lugar.

Cruzando el mar de barriles sobre los cuales anduve tiempo atrás, medio podridos muchos de ellos debido a las lluvias que los habían calado durante todos esos años, me dirigí hacia el jardín abandonado. Caminé por los senderos que había recorrido en compañía de Estella y llegué al rincón donde me había peleado con Herbert. ¡Todo estaba tan frío, tan desierto, tan melancólico!

Me dirigí luego hacia donde estaba la fábrica de cerveza, levanté el picaporte enmohecido de una puerta pequeña del extremo del jardín, crucé el recinto, e iba a salir por la puerta opuesta, no tan fácil de abrir ahora dado que la madera se había hinchado a causa de la humedad y sus goznes estaban herrumbrosos, cuando volví la cabeza hacia atrás. Este mero gesto natural me hizo evocar un recuerdo de mi infancia, y me pareció volver a ver a

miss Havisham colgada de una viga. La impresión fue tan intensa que me puse a temblar, sin acertar a comprender que se trataba de un efecto de mi fantasía, y no duró más que un instante.

La tristeza de aquel lugar a aquella hora sombría, unida al terror que me produjo la alucinación que acababa de experimentar, fueron causa de que sintiera un pánico indescriptible al salir por la puerta abierta donde una vez me tiré del cabello desesperadamente después de que Estella hubiese herido mis sentimientos. Pasé por el patio delantero y me detuve, indeciso, sin saber si sería mejor llamar a la mujer para que abriera la verja o ir primero arriba con objeto de comprobar si miss Havisham se había tranquilizado. Resolví hacer esto último, y subí.

Miré dentro de la habitación donde la había dejado y la vi sentada en la misma silla descoyuntada, junto al fuego y dándome la espalda. Cuando me disponía a retirarme silenciosamente, vi de pronto que se levantaba una gran llamarada, y al instante miss Havisham echó a correr hacia mí, dando gritos desgarradores envuelta en llamas que se elevaban al menos hasta el doble de su altura.

Yo llevaba puesto un abrigo y, doblado en el brazo, un grueso capote. Me quité el abrigo y le arrojé este y el capote por encima. Con el mismo fin tiré del mantel de la mesa, arrastrando así el montón de podredumbre que había en el centro y las innumerables alimañas que en él se escondían. Me lancé sobre ella y rodamos por el suelo como encarnizados enemigos, y cuanto más apretaba mis abrigos y el mantel que envolvían su cuerpo, más fuertes eran sus gritos y mayor su esfuerzo por liberarse. Que sucedió todo eso lo supe por el resultado final, pero no por nada que en esos momentos sintiera, pensara o tuviese conciencia de estar haciendo. No me di cuenta de nada hasta que por fin vi que los dos estábamos tendidos en el suelo junto a la gran mesa y que en el aire, lleno de humo, flotaban unas pavesas, que un momento antes habían sido su marchito vestido de boda.

Miré alrededor y vi las arañas y las cucarachas que corrían en todas direcciones por el suelo, y las criadas que entraban corriendo en la estancia. Yo seguía sujetando a miss Havisham con todas mis fuerzas, como si ella fuese un prisionero que intentaba huir, y dudo que aun entonces me diese cuenta de quién tenía entre mis brazos, de por qué habíamos estado luchando y de que la llamas habían prendido en su ropa, hasta que me quedé contemplando los jirones de su traje, que ya no estaban encendidos y caían lentamente como una lluvia negra.

Miss Havisham permanecía inmóvil e insensible, y yo temía que la moviesen o tocasen. Fueron a pedir auxilio y mientras tanto la sostuve hasta que vinieron a socorrerla, como si locamente me figurase (y así creo que fue), que si la soltaba las llamas surgirían de nuevo y la consumirían por completo.

Cuando llegaron el médico y otras personas me levanté y vi que tenía quemaduras en las dos manos, lo cual me extrañó, pues hasta ese momento no había sentido dolor alguno. El médico examinó a miss Havisham y dijo que aun cuando sufría graves quemaduras el verdadero peligro no residía en estas sino en la conmoción nerviosa que la dominaba. De acuerdo con sus instrucciones, la víctima fue colocada encima de la mesa, y a continuación se procedió a curar sus heridas. Cuando una hora más tarde volví a verla, se hallaba tendida

en el mismo sitio al que en otra ocasión la había visto señalar con el bastón al tiempo que afirmaba que un día su cadáver descansaría allí.

Aunque su traje había sido consumido por las llamas, miss Havisham todavía conservaba algo de su antiguo aspecto de novia espectral, pues la habían envuelto hasta el cuello en algodón en rama y la habían cubierto con una sábana.

Por las criadas me enteré de que Estella se hallaba en París, y conseguí que el médico me prometiera que le escribiría de inmediato informándole del hecho. Yo me comprometí a comunicar la noticia del grave accidente a la familia de miss Havisham, pero mi intención era decírselo únicamente a Matthew Pocket para que él hiciera lo que mejor le pareciese con respecto a los demás. Al día siguiente, tan pronto como regresé a la ciudad, se lo hice saber por medio de Herbert.

Aquella noche hubo un momento en que miss Havisham habló de lo que había sucedido, pero lo hizo con una vehemencia terrible. Hacia medianoche comenzó de nuevo a delirar y acabó repitiendo en voz baja y solemne: «¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!». Luego añadió: «Mi propósito era evitarle una desgracia como la mía». Y después dijo: «Coge el lápiz y debajo de mi nombre escribe: “La perdono”».

Nunca cambió el orden de estas tres frases, y aunque a veces pasaba por alto alguna palabra, nunca la sustituía por otra.

Como yo ya no podía hacer nada de provecho allí y, en cambio, tenía cerca de mi casa más de un motivo de ansiedad y temor que ni los desvaríos de miss Havisham podían hacerme olvidar ni por un momento, resolví durante la noche regresar a casa en la primera diligencia de la mañana y recorrí a pie más de un kilómetro con el fin de pillarla fuera de la población. Por lo tanto, a eso de las seis de la mañana me incliné sobre la enferma y acerqué mis labios a los suyos en el preciso instante en que ella pronunciaba, sin interrumpir la frase al sentir el contacto:

—Coge el lápiz y escribe debajo de mi nombre: «La perdono».

L

Me habían curado las manos dos o tres veces por la noche y una por la mañana; había sufrido graves quemaduras en el codo izquierdo y otras más leves en el hombro; sentía un dolor intenso, pero las llamas solo habían alcanzado aquel lado y podía estar contento de que no hubiese sido peor. La mano derecha no estaba tan afectada como para que no pudiese mover los dedos. Por supuesto, la llevaba vendada, aunque de manera menos aparatosa y molesta que el brazo izquierdo, que debía llevar en cabestrillo. Tuve que ponerme la chaqueta sobre los hombros y abrochada al cuello. También el cabello se me había quemado, pero no así la cabeza ni la cara.

Tras ir a Hammersmith y ver a su padre, Herbert regresó a mi lado y dedicó todo el día a atenderme. Era el mejor de los enfermeros, y a las horas fijadas me quitaba los vendajes, los empapaba en un líquido refrescante y volvía a colocármelos con una paciencia y una ternura que yo le agradecía profundamente.

Al principio, mientras estaba quieto, echado en el sofá, encontré penosamente difícil, por no decir imposible, librarme del recuerdo de las llamas, pues aún me parecía estar viendo su resplandor, oyendo su zumbido y sintiendo un fuerte olor a quemado. Cuando me adormecía, despertaba al instante sobresaltado, pues me parecía oír los gritos de miss Havisham, y creía verla venir corriendo hacia mí, con una corona de fuego en la cabeza. Aquello era más difícil de soportar que el dolor físico. Herbert se dio cuenta de mi padecimiento moral y se esforzó en distraerme.

Ninguno de los dos hablaba del bote, pero este estaba presente en todo momento. Procurábamos evitar el tema y nos empeñábamos en suponer que en pocas horas, y no en semanas, podría volver a utilizar las manos.

Mi primera pregunta al ver a Herbert fue, naturalmente, si todo marchaba bien en la orilla del río. Él contestó con tono animado que todo estaba en orden, y no volvimos a hablar del asunto hasta el anochecer. Entonces, mientras me cambiaba los vendajes, más alumbrado por la luz del fuego que por la del exterior, aludió a la razón de nuestra preocupación.

—Anoche, Handel, pasé un par de horas en compañía de Provis.

—¿Dónde se encontraba Clara?

—¡Pobrecita! —exclamó mi amigo—. Estuvo toda la tarde ocupada con el viejo gruñón, subiendo y bajando continuamente. Así que la perdía de vista, el viejo se ponía a dar golpes en el suelo. No obstante, me parece que esto no puede durar mucho. Entre el ron y la pimienta y la pimienta y el ron, supongo que su pataleo pronto tocará a su fin.

—Y entonces te casarás, ¿verdad?

—¿De qué otro modo podría cuidar de la pobre criatura? Apoya el brazo en el respaldo del sofá, y yo me sentaré aquí y te quitaré el vendaje, con tanto cuidado que ni siquiera lo notarás. Te estaba hablando de Provis. ¿Sabes, Handel, que va mejorando mucho?

—Ya te dije que la última vez que lo vi me pareció más amansado.

—Eso dijiste, y es cierto. Ayer noche se mostró muy comunicativo y me contó algo más de su vida. Como debes de recordar, cuando empezaba a hablar de una mujer con quien había pasado muchos sinsabores, decidió no continuar con el tema. Perdona, ¿te he hecho daño?

Yo había soltado un gemido, pero no debido al contacto de sus dedos, sino por el efecto que me habían producido sus palabras.

—Lo había olvidado, Herbert, pero ahora que me lo dices lo recuerdo.

—Pues bien; me relató una parte de su vida, bastante sombría por cierto. ¿Quieres que te la cuente? Quizá te aburra...

—Al contrario. ¡Cuéntamelo todo!

Herbert se inclinó hacia mí para mirarme con atención, extrañado de que le hubiese contestado con mayor vehemencia de lo que habría podido esperar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó al tiempo que me tocaba la frente.

—Perfectamente —contesté—. Explícame qué te dijo Provis.

—Según parece... —comenzó Herbert—. Este vendaje se ha soltado como una seda; ahora te pondré uno nuevo. Te escuece un poco, pobre Handel, ¿verdad? Pero al cabo de un rato sentirás un gran alivio... Según parece —repitió— aquella mujer era muy joven, celosa y sumamente vengativa.

—¿Hasta qué punto vengativa?

—Hasta el extremo de llegar al asesinato. ¿Sientes la venda demasiado fría?

—No. Pero dime, ¿a quién asesinó?

—Lo que hizo tal vez no merece tan terrible calificativo —repuso Herbert—, pero aun así fue juzgada. La defendió Mr. Jagers, y la fama que alcanzó con esta defensa hizo que Provis conociese su nombre. La víctima fue otra mujer más robusta que ella, y al parecer, hubo una lucha en un pajar. Se ignora cuál de las dos la provocó y si alguna de ellas obró a traición. Lo que sí se sabe es cómo terminó, pues la víctima fue encontrada estrangulada.

—¿Fue condenada la mujer de Provis?

—No, fue absuelta. ¡Pobre Handel! Me parece que te he hecho daño.

—Es imposible hacerlo con más cuidado, Herbert. Continúa, por favor.

—Esta mujer y Provis —prosiguió Herbert— tenían un hijito; una niña a la que él adoraba con locura. Como iba diciendo, la tarde del mismo día en que fue estrangulada la mujer responsable de sus celos, la joven se presentó ante Provis y le juró que mataría a la niña (que ella tenía a su cuidado), y que él no volvería a verla nunca más. Luego desapareció... Ya tenemos nuevamente el brazo izquierdo, que es el más dañado, puesto en su cabestrillo y ahora solo nos queda la mano derecha, que no es tan difícil de curar. Lo hago mejor a luz del fuego, porque de ese modo veo con menos claridad las llagas y así no me tiembla el pulso. ¿No tendrás el pecho afectado, chico? Me parece que respiras aceleradamente.

—Es posible, Herbert. ¿Y cumplió su juramento aquella mujer?

—Eso es lo más triste en la vida de Provis. Sí, lo cumplió.

—Al menos, eso asegura.

—Naturalmente, querido Handel —repuso mi amigo con expresión de extrañeza e inclinándose de nuevo para mirarme atentamente—. Así lo explica él. No tengo otra fuente de información.

—Claro.

—Aunque Provis no dice si trató bien o mal a la madre de la criatura, lo cierto es que la mujer vivió con él durante cuatro o cinco años en la forma calamitosa que él nos relató junto a este mismo fuego, y Provis parece haberla compadecido y perdonado. Por eso, como temía que lo citasen para declarar respecto a la niña, se ocultó, a pesar de lo muy afligido que estaba por su hijita, y permaneció en la sombra, según dice, lejos de ella y apartado del proceso, y únicamente se aludió a él como cierto sujeto llamado Abel que había sido el motivo de los celos. Después de ser absuelta, desapareció, de modo que perdió a la hija y a la madre.

—Desearía saber...

—Un momento, mi querido Handel —dijo Herbert— y habré terminado. Aquel genio maligno, apellidado Compeyson, el ser más vil que pueda existir en el mundo, supo que Provis estaba oculto, y como estaba enterado de los motivos que lo obligaban a esconderse, se valió de ello para hacerle trabajar más y pagarle peor que nunca. Comprendo que esto fue lo que más excitó la animosidad de Provis, por lo que él me dijo ayer.

—Me interesa sobre todo saber si te indicó la fecha en que sucedió todo eso —insistí.

—Déjame ver si recuerdo sus palabras... ¡Ah, sí! Dijo: «Hará cosa de veinte años, poco tiempo después de haber empezado a trabajar con Compeyson...». ¿Qué edad debías de tener cuando lo conociste en el pequeño cementerio de tu pueblo?

—Creo que unos siete años.

—¡Ajá! Todo sucedió tres o cuatro años antes, y tú le recordaste a la niñita trágicamente perdida, y que habría sido de tu misma edad.

—Herbert —le dije después de una breve pausa—, ¿cómo me ves mejor, a la luz de la ventana o a la luz del fuego?

—A la del fuego —respondió, y se acercó de nuevo a mí.

—Mírame.

—Ya estoy mirándote, querido amigo.

—Tócame.

—Eso hago.

—¿Te parece que tengo fiebre, o tal vez esté trastornado por el accidente de anoche?

—No, querido Handel —repuso Herbert después de haberme examinado por un instante—. Te encuentro algo excitado, pero estás en perfecto uso de tu raciocinio.

—Lo sé —dije. Y seguidamente añadí—: El hombre a quien tenemos oculto junto al río es el padre de Estella.

LI

No podría decir cuáles eran mis intenciones al obstinarme en averiguar y comprobar quiénes eran los padres de Estella. Ahora veremos que la cuestión no se me presentó de manera distinta hasta que me la expuso una persona mucho más serena que yo.

Pero cuando sostuve con Herbert aquella conversación trascendental, me sentí dominado por la convicción febril de que no tenía más remedio que llegar hasta el fondo del asunto, y de inmediato fui a ver a Mr. Jagers para que me dijera la verdad. En realidad no sé si comprendía que tenía que hacerlo en atención a la mujer a quien amaba o para hacer brillar sobre el hombre que tanto me interesaba salvar algún reflejo de la aureola romántica que durante tantos años había rodeado a aquella. Quizá fuese esta última posibilidad la que más cerca estaba de la verdad.

Sea como fuere, no desistía de ir aquella misma noche a la calle Gerrard. Solo al decirme Herbert que si lo hacía me cansaría y agravaría mi estado inútilmente, y que la salvación del fugitivo dependía casi por entero de mí, consiguió contener mi impaciencia. Y con la condición de que sucediera lo que sucediese al día siguiente iría temprano a visitar a Mr. Jagers, acabé por tranquilizarme y me resigné a quedarme en casa para que mi amigo siguiera curándome las quemaduras. A la mañana siguiente salimos los dos y en la esquina de Giltspur, en el barrio de Smithfield, me separé de Herbert, que siguió camino hacia la City, para dirigirme hacia Little Britain.

Periódicamente Mr. Jagers y Mr. Wemmick pasaban cuentas, comprobaban los justificantes y lo ponían todo en orden. Wemmick llevaba sus libros y papeles al despacho de Mr. Jagers y uno de los empleados del piso superior iba a ocupar su puesto en la oficina. Al ver a este empleado en el lugar de Wemmick, me di cuenta de lo que ocurría, pero no lamenté encontrar juntos a Wemmick y a Mr. Jagers porque así aquel podría comprobar por sí mismo que yo no decía nada que pudiese comprometerlo.

El que fuese con el brazo vendado y la chaqueta echada sobre los hombros favoreció mi propósito. Aunque tan pronto como llegué a la capital había enviado a Mr. Jagers una lacónica explicación del accidente, ahora tenía que darle todos los detalles, y lo especial de la ocasión hizo que nuestra conversación fuese menos áspera y distante, y menos estrictamente regulada por las normas del interrogatorio que otras veces. Mientras yo relataba lo ocurrido, Mr. Jagers permanecía de pie junto al fuego, según su costumbre. Wemmick, apoyado en la silla, me contemplaba, con las manos en los bolsillos y la pluma puesta horizontalmente en su boca de buzón. Las dos brutales mascarillas, inseparables en

mi mente de los procedimientos judiciales, parecían preguntarse si en aquellos momentos estaba despidiendo olor a chamusquina.

Cuando hube terminado mi relato, y una vez agotado el período de preguntas, saqué la autorización de miss Havisham para que cobrase las novecientas libras esterlinas destinadas a Herbert. Los ojos de Mr. Jaggers parecieron hundirse un poco más en sus cuencas cuando se la entregué, pero enseguida se la dio a Wemmick y ordenó a este que preparase el cheque para la firma. Mientras esta orden se cumplía, yo observaba a Wemmick escribir y a Mr. Jaggers mirarme fijamente.

—Lamento mucho, Pip —dijo cuando, después de firmado el cheque me lo metí en el bolsillo—, que no podamos hacer nada por usted.

—Miss Havisham tuvo la amabilidad de preguntarme si podía hacer algo por mí, pero respondí que no —dije.

—Cada cual sabe lo que le conviene —repuso Mr. Jaggers, y advertí que los labios de Wemmick articulaban silenciosamente las palabras «propiedad transportable».

—Si yo hubiera estado en su lugar, no le habría dicho que no —agregó Mr. Jaggers— pero cada cual sabe lo que le conviene.

—Lo que le conviene a todo el mundo —intervino Wemmick, mirándome con cierto aire de reproche—, es propiedad transportable.

Como juzgué llegado el momento de hablar del asunto que tanto me interesaba, dije dirigiéndome a Mr. Jaggers:

—Sin embargo, una cosa le pedí a miss Havisham: que me hablase de su hija adoptiva, y me explicó todo lo que sabía.

—¿Se lo explicó todo? —preguntó Mr. Jaggers. Se inclinó para mirarse las botas y luego, irguiéndose, agregó—: Yo en su lugar no lo hubiera hecho. Pero ella debe de saber lo que le conviene.

—Sé más de la historia de la hija adoptiva de miss Havisham, que de la misma miss Havisham. Conozco a su madre.

Mr. Jaggers me dirigió una mirada interrogativa y de sorpresa y repitió:

—¿Su madre?

—La he visto durante estos últimos tres días.

—¿Sí? —repuso Mr. Jaggers.

—Y usted también, señor, y aun más recientemente.

—¿De veras?

—Probablemente sé más de la historia de Estella que usted mismo —dije—. Y también conozco a su padre.

Mr. Jaggers adoptó súbitamente una actitud expectante, pero poseía demasiado dominio de sí mismo como para dejar traslucir lo que sentía. Sin embargo, tuve la certeza de que ignoraba quién era el padre de la muchacha.

Ya lo sospechaba antes por lo que Provis había dicho a Herbert acerca de que había procurado permanecer en la sombra, lo cual relacioné con el detalle de que no fue cliente de Mr. Jaggers hasta cuatro años más tarde, e incluso en esa ocasión no hubo motivo alguno que lo obligara a revelar su identidad.

—¿De manera que usted conoce al padre de la joven dama, Pip? —preguntó Mr. Jaggers.

—Sí —contesté—. Se llama Provis... De Nueva Gales del Sur.

Mr. Jaggers experimentó un sobresalto al oír aquellas palabras. Fue el más leve que un hombre podía exteriorizar, el más cuidadosamente reprimido, y lo disimuló con su gesto habitual de sacar el pañuelo. Ignoro cómo recibió Wemmick aquella noticia, ya que en ese momento no me atrevía a mirarlo por temor a que Mr. Jaggers adivinase que entre los dos había habido confidencias que él desconocía.

—¿Y en qué se funda, Pip? —preguntó con frialdad Mr. Jaggers, deteniéndose en el gesto de llevarse el pañuelo a la nariz—. ¿En qué se funda ese Provis para reivindicar su paternidad?

—No es esa su intención —repliqué—, ni lo hizo nunca, porque siempre creyó que su hija había muerto.

Por una vez falló el poderoso pañuelo. Mi réplica fue tan inesperada que Mr. Jaggers volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo sin acabar su ademán habitual, se cruzó de brazos y me miró con severidad, pero sin inmutarse.

Entonces le expuse todo lo que sabía y cómo me había enterado, aunque le di a entender que fue miss Havisham y no Wemmick quien me había informado. Tuve especial cuidado en ello. Y no volví la mirada hacia Wemmick hasta que hube terminado mi narración y después de haber soportado en silencio que Mr. Jaggers mantuviera los ojos fijos en mí. Cuando por fin miré a Wemmick, vi que se había quitado la pluma de la boca y que parecía absorto en su trabajo.

—¡Ah! —exclamó finalmente Mr. Jaggers dirigiéndose hacia la mesa donde tenía sus papeles—. ¿De qué hablábamos, Wemmick, cuando ha entrado Mr. Pip?

Pero yo no podía resignarme a ser despedido de aquella manera, y le dirigí una súplica ferviente, casi indignada, para que me tratara de modo más franco y leal. Le recordé las falsas esperanzas en que yo había vivido, el tiempo que estas habían durado y el descubrimiento que acababa de hacer, y aludí también al peligro que me tenía preocupado. Le manifesté que en vista de lo que acababa de demostrarle, merecía más confianza por su parte. Añadí que no pretendía reprocharle nada ni me inspiraba ningún recelo ni sospecha, pero necesitaba que me confirmase lo que yo creía cierto. Y si me preguntaba por qué deseaba saberlo, le diría, por muy poco caso que hiciese de mis sentimientos, que yo había amado a Estella apasionadamente y durante largo tiempo, y que, a pesar de haberla perdido y de verme condenado a una vida solitaria, todo lo relativo a ella era para mí más próximo y más querido que cualquier otra cosa del mundo. Y como advertí que a pesar de mi súplica vehemente Mr. Jaggers continuaba silencioso y aparentemente tan terco como de costumbre, me volví hacia Wemmick y le dije:

—Sé que es usted hombre de buen corazón. Conozco su agradable hogar y a su anciano padre y he observado los inocentes y curiosos entretenimientos con que usted distrae sus fatigas del trabajo. Le suplico, pues, que diga usted una palabra a Mr. Jaggers en mi favor y le haga comprender que, en estas circunstancias, tendría que ser algo más sincero conmigo.

En mi vida vi a dos hombres que se miraran el uno al otro con mayor expresión de extrañeza como lo hicieron Mr. Jaggers y Wemmick después de oír mis últimas palabras de súplica, protesta y censura. Al principio temí que Wemmick fuese despedido en el acto;

pero me tranquilicé al observar que Jaggery parecía esbozar una sonrisa y que Wemmick se mostraba aún más atrevido.

—De modo que usted tiene un padre anciano y se permite inocentes y curiosos entretenimientos... —dijo Mr. Jaggery.

—¿Y qué? —replicó Wemmick—. ¿Qué tiene que ver eso con el trabajo de la oficina?

—Pip —dijo Mr. Jaggery poniéndome la mano encima del hombro y sonriendo francamente—, no cabe duda de que este hombre es el mayor impostor que hay en todo Londres.

—Pues no lo soy —replicó Wemmick envalentonándose—. Usted, en cambio, sí que lo es...

Y volvieron a dirigirse una mirada similar a la anterior, como si cada uno sospechase que el otro estaba engañándolo.

—¿Usted un hogar agradable? —preguntó Mr. Jaggery.

—Dado que eso no perjudica en absoluto la marcha de los negocios —repuso Wemmick—, no tiene de qué preocuparse. Además, no me extrañaría que ahora estuviese usted proyectando la manera de disfrutar también de un hogar agradable cuando esté cansado del trabajo.

Mr. Jaggery sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Pip —dijo—. No vamos a hablar de sus sentimientos. Usted sabe más que yo de esas cosas por tener una experiencia más reciente que la mía. Hagamos una suposición, pero entiéndase bien que solo es eso, una suposición, pues yo no afirmo nada. —Aguardó a que yo asintiera y luego agregó—: Ahora, Pip, imagínese que una mujer, en las circunstancias que acaba de mencionar tuviese una hija oculta y se viese obligada a revelar este detalle a su abogado, al recordarle este que necesita saber, para los fines de la defensa, la verdad de lo que hubiera sucedido con la niña.

»Suponga usted también que el abogado en cuestión tuviese el encargo de buscar una niña para una señora excéntrica y acaudalada que pretendía criarla y adoptarla.

—Lo escucho, señor.

—Figúrese usted que el letrado de que le hablo viviese en un ambiente de maldad y que en lo tocante a niños no supiera otra cosa más que estos eran engendrados en gran número y que estaban destinados a una perdición segura. Suponga usted que él fuese testigo de la frecuencia con que algunos de los referidos niños eran juzgados en la sala de lo criminal, donde era necesario levantarlos en brazos para que se los viese; figúrese que continuamente tuviese que enterarse de que habían sido encarcelados y azotados, y que luego se los abandonaba o echaba de todas partes por considerarlos carne de presidio y únicamente merecedores de ser ahorcados... Imagínese que tuviese motivos para considerar a casi todos los niños que tenía ocasión de ver dado su oficio como huevos de los cuales nacerían los peces que un día tendrían que caer en sus redes, y serían acusados, defendidos, condenados, dejados en la orfandad o corrompidos de un modo u otro...

—Prosiga.

—Suponga también, Pip, que en aquel montón hubiese una hermosa niña a la que era posible salvar, a la cual su padre creía muerta y acerca de cuya madre el abogado tuviera el siguiente poder: «Sé lo que hiciste y cómo lo hiciste; viniste aquí y fuiste allí en tal o cual

momento, llevaste a cabo tal y cual estratagema para despistar a la justicia. He seguido todos tus pasos y te lo digo para que lo sepas. Sepárate de la niña, a menos que haya necesidad absoluta de presentarla para demostrar tu inocencia, y en ese caso se la hará desaparecer. Entrégame la niña y yo haré todo lo posible para conseguir que te pongan en libertad. Si te salvas, también se salvará tu hija; si eres condenada, ella al menos se habrá salvado». Suponga usted que se hizo así y que la mujer fue absuelta.

—Lo comprendo perfectamente.

—Recuerde, yo no afirmo nada.

—Ya hemos quedado en que usted no afirma nada.

—No afirma nada —repitió Wemmick.

—Ahora ponga usted por caso, Pip, que su pasión y el horror a la muerte hubiesen perturbado un poco la razón de aquella mujer y que al verse en libertad tuviera miedo del mundo y fuese a ver a su abogado para pedirle protección. Ponga igualmente por caso que este la admitiese en su casa y que con objeto de aplacar aquel antiguo carácter violento e indómito, cada vez que este diese señales de reaparecer él le recordara al instante el poder que tenía sobre ella. ¿Comprende usted este caso imaginario?

—Lo comprendo.

—Ahora suponga usted que la niña fue creciendo y al convertirse en mujer contrajo matrimonio por dinero, que la madre y el padre todavía viven, separados por más o menos distancia, sin saberlo ni el uno ni el otro; que el secreto sigue siendo un secreto excepto para usted, que ha logrado descubrirlo. Medite acerca de ello con atención

—Ya lo hago.

—Y ruegue a Wemmick que también lo haga.

—Ya lo hago —repuso Wemmick.

—En atención a quién revelaría usted el secreto? —¿preguntó Mr. Jaggers—. ¿En atención al padre? No creo que saliese ganando nada al recobrar a la madre. ¿En favor de esta? Creo que si cometió el crimen, estaría más segura donde se halla ahora. ¿En beneficio de la hija? Temo que le haría muy poco favor a ojos de su marido el que se supiese quiénes eran sus padres, pues envolvería a la muchacha en la infamia que pudo ocultar durante veinte años y que pesaría sobre ella por el resto de su vida. Y ahora imaginemos que usted hubiese amado a esa joven, Pip, y que la hubiese hecho objeto de sus sentimientos. En ese caso, mejor sería que antes de revelar el secreto se cortase usted con la mano derecha esta mano izquierda que lleva vendada (y debería usted hacerlo si reflexionara un poco) y luego tendría que entregar el hacha a Wemmick para que le cortase también la derecha.

Miré a Wemmick y vi que este se llevaba el índice a los labios con expresión grave. Lo imité, y Mr. Jaggers hizo otro tanto.

—Ahora, Wemmick —dijo este último con su tono habitual—: ¿en qué partida estaba usted al consultar los libros de contabilidad cuando ha entrado Mr. Pip?

Permanecí allí un rato más y me di cuenta de que mientras reanudaban el trabajo se dirigían las mismas miradas de extrañeza que se habían dirigido antes, con la diferencia de que ahora cada uno de ellos parecía receloso, por no decir consciente, de haber dejado adivinar al otro un punto débil y poco profesional. Y supongo que por esa misma razón se mostraban mutuamente inflexibles. Mr. Jaggers trataba dictatorialmente a Wemmick y este

se justificaba con terquedad en cuanto se presentaba la menor duda sobre las anotaciones que estaban consultando. Nunca los había visto en tan malos términos, pues generalmente se entendían muy bien.

Por fortuna los libró de aquella violenta situación la entrada oportuna de Mike, el cliente del gorro de pieles que tenía la costumbre de frotarse la nariz con la manga y a quien conocí el primer día que me presenté en aquel lugar. Aquel sujeto, que parecía hallarse siempre en algún apuro, venía a anunciar que su hija había sido detenida por sospecharse que se dedicaba a robar por las tiendas. Y mientras relataba el hecho a Wemmick, incluso vertió unas lágrimas. Pero Mr. Jaggers permaneció con aire distante ante el fuego sin tomar parte en la conversación.

—¿Y qué viene usted a buscar aquí lloriqueando? —preguntó Wemmick.

—No lloriqueaba, Mr. Wemmick.

—¿Cómo que no lloriqueaba? No sabría usted venir aquí sin gotear como una pluma estropeada. ¿Qué pretende?

—Uno no puede siempre dominar sus sentimientos, Mr. Wemmick —contestó Mike con tono de humildad.

—¿Sus qué ha dicho usted? —preguntó Wemmick, en extremo enfurecido—. ¡Repítalo!

—Oiga usted, buen hombre —intervino Mr. Jaggers dando un paso y señalando la puerta—. ¡Salga usted inmediatamente de esta oficina! Aquí no estamos para sentimentalismos.

—Se lo merece —dijo Wemmick—. ¡Largo de ahí!

Y el desventurado Mike tuvo que marcharse dócilmente, después de lo cual Mr. Jaggers y Wemmick parecieron haber restablecido su buena relación y reanudaron su trabajo tan animados y satisfechos como si acabaran de almorzar.

LII

De Little Britain partí con el cheque en el bolsillo, rumbo a casa del hermano de Mrs. Skiffins, el contable, y este fue enseguida a buscar a Clarriker. Con gran satisfacción logré solventar el asunto que me había llevado allí. Era lo único bueno que había hecho desde el día en que supe que me aguardaba un porvenir espléndido.

Como Clarriker me indicó que los negocios de su casa iban viento en popa, y que, por lo tanto, ahora podría establecer una sucursal en Oriente, y que Herbert, en su nueva condición de socio, iría allí para encargarse de la misma, comprendí que su intención era separarme de mi amigo, aunque mis propios asuntos hubiesen presentado mejor aspecto. Y lo lamenté mucho, pues me di cuenta de que mi última ancla estaba a punto de soltarse y que pronto me vería navegando a la deriva, a merced del viento y de las olas.

Pero me sirvió de recompensa ver la alegría que manifestó Herbert aquella noche al llegar a casa y comunicarme los cambios que se habían producido sin sospechar ni por un instante que yo estaba tan enterado como él. Se veía ya llevando a Clara Barley al país de las Mil y una Noches, y se le antojaba que yo iba a reunirme con ellos (probablemente con una caravana de camellos) y todos juntos remontaríamos el curso del Nilo y contemplaríamos sus maravillas. Sin entusiasmarme demasiado en lo referente al papel que yo tenía que representar en aquellos fantásticos proyectos, comprendí que el camino que seguía Herbert era esta vez más expedito, y que únicamente faltaba que Bill Barley, aquel viejo gruñón, siguiera aficionado a su pimienta y a su ron para que su hija quedara pronto libre y bien establecida.

Estábamos ya a principios de marzo. Mi brazo izquierdo, a pesar de no presentar mal cariz, mejoraba tan lentamente que aún no me permitía ponerme la chaqueta. La mano derecha, aunque desfigurada, estaba ya bastante bien y podía servirme de ella.

El lunes por la mañana, mientras Herbert y yo estábamos desayunando, recibí por correo la siguiente carta de Wemmick:

Walworth.

Queme usted este papel tan pronto como lo haya leído. En los primeros días de esta semana, el miércoles a más tardar, puede usted llevar a cabo lo que sabe, si está dispuesto a intentarlo. Ahora, queme este papel.

Después de dárselo a mi amigo para que lo leyese y una vez que lo hubimos arrojado al fuego (no sin antes haber aprendido los dos su contenido de memoria), comenzamos a

reflexionar acerca de qué convenía hacer, pues ahora no podíamos, naturalmente, seguir olvidando que yo me hallaba imposibilitado.

—He pensado en ello muchas veces —dijo Herbert—, y me parece que conozco un medio mejor que alquilar un barquero del Támesis. Hablaremos con Startop. Es un buen hombre, experto remero, y nos aprecia.

Yo había pensado en él en más de una ocasión.

—Pero ¿qué vas a decirle, Herbert?

—Muy poca cosa. Procuraré que se figure que se trata de un simple capricho, aunque secreto, hasta que llegue el momento, y entonces le manifestaremos que hay una razón urgente para embarcar a Provis rumbo al extranjero. ¿Irás con él?

—Por supuesto.

—¿Adónde?

En las numerosas veces que había reflexionado con ansiedad sobre ese asunto, nunca me había preguntado cuál sería nuestro destino al embarcar, Hamburgo, Rotterdam o Amberes. El lugar poco importaba; la cuestión era alejar a Provis de Inglaterra. Cualquier buque extranjero que encontrásemos y nos admitiera a bordo nos serviría. Siempre tuve la intención de llevar a Provis en mi bote hasta más allá de Gravesend, que era el punto crítico donde probablemente se llevarían a cabo pesquisas en el caso de que se sospechase algo. Como los barcos extranjeros abandonaban Londres a la hora de la marea alta, bajaríamos por el río hasta encontrar marea baja y nos quedaríamos quietos en algún sitio tranquilo hasta que pudiésemos acercarnos a uno de ellos. La hora en que tal o cual buque tenía que pasar por allí, se dirigiera donde se dirigiese, no sería difícil de calcular después de tener los informes necesarios.

Herbert estuvo de acuerdo con todo eso, y después de desayunar fuimos sin pérdida de tiempo a enterarnos de aquello que nos convenía saber. Averiguamos que un barco que tenía que zarpar para Hamburgo era el más indicado para nuestros planes. Pero había otros buques extranjeros que tenían que hacerse a la mar con la misma marea y procuramos conocer exactamente todos los detalles relativos a su forma y color, a fin de no confundir el que nos interesaba de los demás. Después nos separamos, aunque solo por unas horas. Yo fui a buscar los pasaportes necesarios y Herbert a ver a Startop. Los dos conseguimos lo que nos proponíamos sin la menor dificultad, y cuando a la una volvimos a reunirnos comentamos el éxito de nuestras gestiones. Yo tenía ya los pasaportes y Herbert había obtenido de Startop la promesa de que nos acompañaría. Convinimos en que ellos dos remarían y yo me encargaría del timón. Nuestro pasajero permanecería sentado y quieto, ir deprisa no era nuestro objetivo, una marcha lenta sería suficiente. Decidimos, además, que Herbert no vendría a casa a cenar antes de ir a Mill Pond Bank aquella noche, que haría lo mismo al día siguiente y que avisaría a Provis para que el miércoles fuese al embarcadero que había cerca de donde vivía cuando viese que nos acercábamos, pero no antes, que todo debía quedar convenido con él en la noche de aquel mismo lunes y que no hablaría con nadie hasta que louviésemos a bordo. Cuando todo hubo quedado bien entendido entre nosotros, regresé a casa.

Al abrir la puerta de nuestro piso encontré en el buzón una carta dirigida a mí, muy sucia, aunque no mal escrita. Naturalmente, la habían traído durante mi ausencia, y decía lo siguiente:

Si no le da miedo venir esta noche o mañana a las nueve de la noche a los viejos pantanos y llegar hasta la casita de la acequia, junto al horno de cal, hará usted bien en presentarse. Si desea informes relativos a su tío Provis, mejor será que sin decir nada a nadie comparezca de inmediato. Pero tiene que ir solo, y traiga esta carta consigo.

No estaba yo bastante preocupado que solo me faltaba aquella carta misteriosa. No sabía qué hacer, y lo peor era que tenía que decidirme enseguida si no quería perder la diligencia de la tarde para llegar por la noche al lugar que se me indicaba. Era imposible dejarlo para la noche siguiente porque entonces el momento de nuestra partida ya estaría muy próximo. Además, los informes a que se hacía referencia en la extraña misiva podrían tener importante relación con nuestra huida.

Aunque hubiese tenido tiempo de sobra para reflexionar, me parece que hubiese ido de todos modos. Pero como ese no era el caso, pues el reloj indicaba que solo faltaba media hora para la salida de la diligencia, decidí ponerme en camino. Está claro que si en la carta no se hubiese aludido al tío Provis, no habría ido, sobre todo después de la nota que me había enviado Wemmick y de los preparativos de la mañana. Este detalle hizo inclinar la balanza. Es tan difícil interpretar exactamente el contenido de una carta que se ha leído con precipitación, que tuve que volver a leerla otro par de veces antes de darme cuenta de que en ella se me exigía el secreto. Cediendo de manera maquinal a esa exigencia, escribí unas líneas para comunicarle a Herbert que, como iba a ausentarme por tiempo indeterminado, había resuelto ir a enterarme del estado de miss Havisham. Me quedaba el tiempo justo para ponerme el abrigo, cerrar las puertas y dirigirme hacia la parada de las diligencias por el camino más recto. Si hubiese ido en coche de alquiler, cruzando las calles principales de la ciudad, habría llegado tarde, pero yendo por las callejuelas que acortaban el trayecto llegué en el preciso momento en que el carruaje emprendía la marcha y pude todavía saltar dentro. Yo era el único pasajero, y cuando hube ocupado mi lugar caí en la cuenta de que estaba dando tumbos hundido en la paja hasta las rodillas.

Porque, en realidad, desde que aquella carta obraba en mi poder, yo había perdido la noción de las cosas. La agitación y el aturullamiento de la mañana habían sido extraordinarios, porque aunque hacía tiempo que esperaba la indicación de Wemmick, cuando esta llegó al fin me cogió desprevenido. Ahora me sorprendía verme en la diligencia, y comenzaba a dudar de que hubiese motivo para hacer aquel viaje, y pensaba si no sería mejor bajar del coche y regresar a casa. Haber hecho caso de una misiva anónima me parecía una imprudencia. Pasé, en fin, por todas las fases de la contradicción y la vacilación en que se encuentran la mayoría de quienes obran con precipitación. Sin embargo, la referencia al nombre de Provis acabó por imponerse. Reflexioné, como ya lo había hecho sin saberlo (si aquello era reflexionar), que si le sucediera algún mal por no haber acudido yo a tan extraña cita, nunca me lo perdonaría.

Antes de que llegásemos a nuestro destino, ya era de noche. El viaje me pareció largo y triste, pues no podía ver nada desde el interior del coche y no era posible permanecer fuera debido al mal estado de mis brazos. Me abstuve de alojarme en El Jabalí Azul y fui a una posada de menor categoría, donde encargué la cena.

Mientras la preparaban me dirigí hacia la casa de Satis con objeto de preguntar por miss Havisham. Esta aún seguía muy enferma, pero iba mejorando.

La posada donde me detuve había formado parte, en otro tiempo, de una casa eclesiástica, y cené en una habitación pequeña y de forma octogonal parecida a una pila bautismal. Como no me era posible cortar la comida, el dueño, hombre de calva reluciente, lo hizo por mí. Esta circunstancia hizo que entablásemos conversación, y él tuvo la amabilidad de entretenerme contando mi propia historia, aunque, naturalmente, con el detalle ya popular de que Pumblechook fue mi primer bienhechor y el verdadero fundador de mi fortuna.

—¿Conoce usted a ese joven? —le pregunté.

—¿Que si lo conozco? ¡Claro que sí! ¡Desde que no era más alto que esta silla! —repuso el posadero.

—¿Regresó alguna vez al pueblo?

—Sí, en alguna ocasión ha visitado a sus amigos ricos —repuso mi interlocutor—, y vuelve la espalda al hombre a quien se lo debe todo.

—¿Quién es ese hombre?

—Mr. Pumblechook.

—¿Y no demuestra ingratitud con nadie más?

—Seguramente sería también desagradecido con muchos otros, pero no puede... —replicó el posadero—. ¿Y por qué? Pues porque Mr. Pumblechook fue quien lo hizo todo por él.

—¿Es Pumblechook quien afirma eso?

—¡Claro que lo afirma! —repuso el hostelero—. ¿Acaso no tiene sobrados motivos para proclamarlo?

—¿De veras?

—Le aseguro, caballero, que al oírlo hablar de esto uno siente que la sangre se le convierte en vinagre.

Yo pensé: «Y, sin embargo, tú, querido Joe, nunca dijiste nada, jamás te quejaste, paciente y bondadoso Joe. Ni tú tampoco, dulce y amorosa Biddy».

—El accidente le habrá quitado a usted el apetito —dijo el posadero mirando el brazo que yo llevaba vendado debajo de la chaqueta—. Pruebe este tierno bocado.

—No, gracias —contesté alejándome de la mesa para ir a meditar junto al fuego—. No deseo comer más. Ya puede usted retirarlo todo.

Nunca me había sentido tan culpable de mi ingratitud para con Joe como en aquellos momentos, gracias a la desvergonzada impostura de Pumblechook. Cuanto más falso era este, más sincero me parecía aquel, y cuanto más vil era el uno, más leal resultaba el otro.

Mi corazón se sintió profunda y merecidamente humillado mientras estuve reflexionando ante el fuego, durante una hora o más. Las campanadas del reloj me arrancaron de mis reflexiones, pero no consiguieron ahuyentar de mi alma el

remordimiento. Me levanté, me hice sujetar la chaqueta alrededor del cuello y me marché. Antes de salir había buscado en mis bolsillos la misteriosa carta para leerla nuevamente, y como no lograba encontrarla, comencé a temer que hubiese caído entre la paja del interior de la diligencia. Sin embargo, recordaba perfectamente que el lugar de la cita era la casita de la acequia, junto al horno de cal, en los pantanos, y que la hora fijada era las nueve de la noche. De modo, pues, que me dirigí hacia allí de inmediato, porque no había tiempo que perder.

LIII

La noche era muy oscura, pero comenzó a aparecer la luna llena cuando dejé atrás los terrenos cercados y llegué a los pantanos. Más allá de su negro confín se divisaba en el firmamento una franja clara pero no lo bastante ancha para contener el gran disco rojo. En pocos minutos este salió de aquel campo luminoso para ir a ocultarse entre verdaderas montañas de nubes.

El viento soplaba creando una atmósfera de melancolía y los pantanos tenían un aspecto lúgubre. Un forastero los habría encontrado insoportables, y en aquel momento incluso a mí me parecían tan deprimentes que me detuve, indeciso, con la tentación de retroceder. Pero los conocía perfectamente y podría haber encontrado el camino aunque la noche hubiese sido más tenebrosa. Además, ya estaba allí y no había motivo para marcharme. De manera que seguí avanzando.

La dirección que tomé no era la de mi antiguo hogar ni aquella en la cual perseguimos a los presidiarios. Avanzaba de espaldas a los distintos pontones, y si bien veía las antiguas luces en los bancos de arena, las divisaba por encima de mi hombro. Conocía el horno de cal tan bien como la vieja batería, pero ambos estaban separados por varios kilómetros de distancia. Si esa noche hubiese habido una luz encendida en cada uno de aquellos dos puntos, entre ellos se habría extendido una oscura franja de horizonte.

Al principio, a medida que iba avanzando, tuve que cerrar varios portillos tras de mí, y de vez en cuando me vi obligado a detenerme mientras el ganado que estaba echado en los senderos se levantaba y alejaba desorientado entre las hierbas y cañaverales, pero al cabo de un rato me pareció tener toda la llanura para mí solo.

Aún transcurrió media hora antes de que llegara al horno. La cal ardía lentamente despidiendo un olor asfixiante, pero los obreros se habían marchado después de avivar el fuego y no quedaba uno solo por allí. Muy cerca había una cantera que se interponía en mi camino. Observé que aquel día habían estado trabajando, pues había herramientas y carretillas diseminadas.

Salí de aquella hondonada y vi una luz en la vieja casita de la acequia. Aceleré el paso y llamé a la puerta con la mano. Mientras esperaba a que contestaran, miré alrededor y vi que la acequia estaba abandonada y que la casita, que era de madera con techo de tejas, pronto dejaría de ser un buen refugio contra el mal tiempo, si es que todavía lo era. Advertí que hasta el barro estaba cubierto por una capa de cal, y que el humo y el vaho del horno se arrastraban hacia mí. Como nadie contestó, volví a llamar, y como nuevamente no obtuve respuesta, procuré levantar la aldaba. La puerta cedió enseguida. Miré dentro; vi una vela

encendida encima de la mesa, un banco y un camastro con un jergón. Como observé que había una especie de buhardilla, pregunté en voz alta:

—¿Hay alguien?

Nadie respondió, y retrocedí hacia la puerta sin saber qué hacer.

Empezaba a llover torrencialmente. Al no ver otra cosa que lo que acababa de ver, me volví hacia la puerta y me quedé mirando hacia afuera. Mientras pensaba que alguien debía de haber estado allí unos momentos antes, puesto que había una vela encendida, y que lo más probable era que no tardase en regresar, se me ocurrió ir a ver si el pabito era muy largo. Me volví con esa intención, y ya había cogido la vela cuando esta se apagó a causa de un golpe violento y me di cuenta al instante de que me hallaba aprisionado por un fuerte nudo corredizo que me habían echado por detrás.

—¡Ya te he pescado! —exclamó una voz contenida, acompañando estas palabras de una blasfemia.

—¿Qué significa esto? —grité, mientras me debatía—. ¿Quién eres? ¡Auxilio! ¡Auxilio!

No solo mis brazos fueron oprimidos contra los costados de mi cuerpo, sino que la presión sobre el brazo izquierdo me causó un dolor intenso. A veces un brazo firme y otras un pecho robusto se arrimaban a mi boca para ahogar mis gritos, y sintiendo un cálido aliento sobre mi rostro, me esforcé en vano por desasirme en la penumbra, mientras me ataban fuertemente a la pared.

—Y ahora —dijo aquella misma voz después de lanzar otra blasfemia— atrévete a pedir socorro otra vez y verás lo que tardo en despacharte.

Débil y dolorido por el estado de mi brazo izquierdo, aturdido aún por la sorpresa, pero consciente de lo fácil que era llevar a cabo aquella amenaza, desistí de luchar y procuré aflojar la cuerda que me oprimía el brazo. Pero me hallaba fuertemente atado. Me parecía como si después de haberme quemado el brazo ahora estuviesen hirviéndolo.

La repentina desaparición del débil resplandor nocturno y la completa oscuridad que ahora reinaba en la estancia me hicieron comprender que aquel sujeto acababa de cerrar las ventanas. Oí el golpe del pedernal contra el eslabón y de pronto vi un destello de luz, pero al parecer la mecha estaba húmeda, lo que no era extraño en aquel lugar, y la llama no prendía en ella.

Mi agresor no parecía tener prisa y golpeaba repetidamente el pedernal. Al tenue reflejo de las chispas logré ver sus manos y parte de sus facciones, y advertí que estaba sentado e inclinado sobre la mesa. De pronto, al soplar de nuevo, surgió la llama y descubrí a Orlick.

No sé a quién habría esperado ver en aquel momento, pero a él seguro que no. Comprendí, pues, que me encontraba en peligro y no dejé de mirarlo fijamente.

Encendió la vela con una tranquilidad pasmosa. Luego arrojó la mecha al suelo y la pisó para apagarla. Puso la bujía sobre la mesa y la apartó un poco para poder verme mejor. Entonces se quedó contemplándome, con los brazos cruzados. Me di cuenta de que me hallaba atado a una escalera perpendicular, clavada a la pared, que servía para subir a la buhardilla.

—Ahora ya te tengo en mi poder —dijo al cabo de un momento.

—¡Desátame! ¡Suélteme! —exclamé.

—Sí, sí —replicó—, ya te soltaré, pero será para mandarte a la luna... a las estrellas... cuando crea que ha llegado el momento oportuno.

—¿Por qué me ha hecho venir aquí con engaños?

—¿No lo sabes? —preguntó, con una mirada siniestra.

—¿Por qué me ha atacado en la oscuridad?

—Porque quería hacerlo sin ayuda de nadie. Cuando se pretende guardar un secreto, vale más ser uno solo que dos. ¡Ah, eres mi enemigo! ¡Mi enemigo!

La satisfacción que denotaba su tono de voz, mientras permanecía sentado con los brazos cruzados y apoyados encima de la mesa, y hacía con la cabeza movimientos amenazadores, como abrazándose a sí mismo para felicitarse, era de una malignidad tal que me hizo temblar. Lo observé en silencio mientras él extendía el brazo hasta el rincón más próximo y cogía una escopeta.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó al tiempo que me apuntaba con el arma—. ¿No te acuerdas en qué lugar la viste en otra ocasión? ¡Habla!

—Sí —contesté.

—¡Tú tienes la culpa de que yo perdiera aquel empleo...! ¡Explícate!

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Eso hiciste, y ya es bastante. ¿Cómo te atreviste a interponerte entre mí y la joven a quien amaba?

—¿Cuándo hice cosa semejante?

—¿Que cuándo lo hiciste? ¿Acaso no fuiste tú quien siempre le hablaba mal del viejo Orlick? ¿No fuiste tú quien hizo que me despreciara?

—Usted mismo se desacreditó ante sus ojos. Yo no le habría hecho daño alguno si no se lo hubiese hecho usted mismo.

—¡Mientes! Estoy seguro de que habrías hecho todo lo posible y habrías gastado todo tu dinero para obligarme a abandonar el país, ¿no es cierto? —me espetó recordándome las palabras que yo dije a Biddy la última vez que nos vimos—. Y ahora voy a decirte una cosa: nunca te habría convenido tanto como esa noche obligarme a abandonar el país, ¡aunque para lograrlo hubieses tenido que gastar veinte veces todo el dinero de que no dispones, hasta el último penique!

Al ver de la manera que sacudía la cabeza y enseñaba los dientes como un tigre, comprendí que decía la verdad.

—¿Qué pretende hacer conmigo?

—¿Qué voy a hacer? —repitió dando un tremendo puñetazo sobre la mesa y levantándose al mismo tiempo como para dar mayor énfasis a sus palabras—. Voy a arrancarte la vida.

Se inclinó sin dejar de mirarme fijamente, abrió lentamente la mano, se la pasó por los labios, como si sus planes perversos le llenasen la boca de saliva, volvió a sentarse y prosiguió—: Ya desde que eras un niño te interponías en el camino del viejo Orlick, pero a partir de esta noche nunca más me estorbarás. Eres hombre muerto.

Comprendí que me hallaba al borde del sepulcro. Miré desesperadamente alrededor con la esperanza de hallar un medio de escapar, pero fue en vano.

—Es más —agregó, cruzando de nuevo los brazos sobre la mesa—. No quiero que quede de ti ni un solo hueso. Echaré tu cadáver al horno. Soy capaz de cargar con dos como tú, y que la gente suponga lo que quiera respecto a ti; nadie conseguirá jamás saber nada acerca de tu paradero.

Con inconcebible rapidez preví las consecuencias de la muerte que Orlick me anunciaba. El padre de Estella imaginaría que lo había abandonado, sería acusado y moriría acusándome; el propio Herbert dudaría de mí cuando supiese que, a pesar de mi carta, solo había estado un momento en casa de miss Havisham; Joe y Biddy nunca sabrían lo arrepentido que estaba del modo en que me había comportado con ellos; todo el mundo ignoraría lo que yo había sufrido, lo leal y agradecido que me había propuesto ser en lo sucesivo y la agonía que había pasado. La muerte que me aguardaba era terrible, pero mucho más horrenda que la misma muerte era el temor de dejar un mal recuerdo de mí. Y tan lejos fueron mis pensamientos, que me vi despreciado por generaciones futuras... por los hijos de Estella y por los hijos de sus hijos... mientras de los labios de aquel malvado seguían brotando palabras perversas.

—Ahora —dijo—, antes de matarte como a una bestia, que es lo que voy a hacer, y por eso te he atado en esta forma, quiero disfrutar contemplándote. ¡Ah, mi enemigo!

Sentí la tentación de volver a gritar pidiendo auxilio, pero sabía mejor que nadie lo solitarios que eran aquellos parajes y la poca probabilidad que tenía de que se presentara alguien para socorrerme. Pero mientras él seguía sentado disfrutando con mi padecimiento, sentí una aversión terrible hacia aquel miserable que me sellaba los labios. Decidí sobre todo no dirigirle la menor súplica y morir resistiéndome tanto como pudiese, y que seguramente no iba a ser mucho. A pesar de que pedía perdón a Dios y sufría al pensar que no me había despedido de nadie y que nunca podría hacerlo ni pedir a los que más quería que se compadecieran de mí por mis lamentables errores, si hubiese podido matar a aquel hombre, aunque fuese al morir, lo habría hecho.

Orlick había bebido y tenía los ojos enrojecidos. Llevaba una botella de hojalata colgada al cuello, como en otro tiempo le había visto llevar su comida y su bebida. Acercó la botella a sus labios y bebió furiosamente un buen trago de su contenido; percibí el olor del alcohol que veía llamear en su rostro.

—El viejo Orlick va a decirte ahora una cosa —susurró cruzando de nuevo los brazos—. Tú fuiste la causa de la muerte de aquella arpía de tu hermana.

Antes de que la lengua torpe y vacilante de Orlick hubiese acabado de pronunciar estas palabras, comprendí con la misma inconcebible rapidez que antes, quién había atacado a mi hermana y había provocado su enfermedad y su muerte.

—¡Tú fuiste el asesino, maldito! —exclamé.

—Te equivocas; fue culpa tuya. Tú fuiste la causa. —Cogió la escopeta y prosiguió—: Me acerqué a ella por detrás como he hecho esta noche contigo, y le di de firme. La dejé muerta, y si hubiese habido un horno de cal tan cerca de ella como ahora lo hay de ti, te aseguro que no habría recobrado el sentido. Pero el asesino no fue el viejo Orlick, sino tú. Tú eras el niño mimado y el viejo Orlick tenía que aguantar las reprimendas y los golpes. ¡El viejo Orlick insultado y vapuleado! Tú lo hiciste, y ahora me las pagarás todas juntas.

Volvió a beber y se enfureció todavía más. Por el ruido que producía el líquido de la botella, me di cuenta de que ya no quedaba mucho. Estaba claro que bebía para infundirse valor y acabar de una vez. Sabía que cada gota de licor representaba una gota de mi vida. Y sabía que cuando yo estuviese transformado en una parte del vapor que poco antes se había arrastrado hacia mí, como un espectro, él haría lo mismo que cuando agredió a mi hermana, es decir, ir de inmediato al poblado para que lo viesen por allí bebiendo en las tabernas. Mi pensamiento veloz lo siguió hasta allí, trazó un cuadro de la calle con él en medio y percibió el contraste entre sus luces y su vida con el pantano solitario y el blanco vapor que se arrastraba por él y en el cual me convertiría en breve.

No solo pude repasar mentalmente años de mi vida mientras él pronunciaba una docena de palabras, sino que lo que él decía me representaba como imágenes y no como simples sonidos. En mi excitación no podía pensar en un lugar o en una persona sin verlos. Me sería imposible exagerar lo vívidas que eran aquellas imágenes, y sin embargo estaba todo el rato tan alerta —¡quién no lo estaría si supiese que hay un tigre agazapado, a punto de saltar!— que percibía el menor movimiento de sus dedos.

Cuando hubo bebido esta segunda vez, se puso de pie y empujó la mesa a un lado. Luego cogió la vela, haciendo pantalla con una mano para que toda su luz me diera de lleno, se quedó contemplándome y disfrutando con el espectáculo.

—Voy a decirte algo más —susurró—. Fue Orlick el hombre con quien tropezaste una noche en la escalera.

Vi la escalera con las luces apagadas y las sombras que la barandilla proyectaba en las paredes al ser iluminada por el farol del vigilante; vi las habitaciones que ya nunca volvería a ver; aquí una puerta entreabierta, allí una puerta cerrada, todos los muebles y objetos diseminados...

—¿Y para qué te figuras que estaba allí el viejo Orlick? Pues te lo diré. Tú y ella casi conseguisteis echarme de este país, en lo que a ganarme la vida sin dificultades se refiere, y por eso tuve que buscar nuevos compañeros y nuevos amos. Uno de ellos me escribe las cartas que me conviene mandar. ¿Me entiendes? Las redacta de cincuenta maneras distintas, no como tú, traidor, que solo sabes escribirlas de una manera. Desde el día que asististe al entierro de tu hermana he tenido la intención de matarte, pero no sabía cómo hacerlo sin peligro, y he estado espiándote para cerciorarme de tus idas y venidas. Y me decía: «De un modo u otro tengo que pillarle...». Y fíjate bien, mientras estaba vigilando me encontré con tu tío Provis. ¿No te parece magnífico?

Mill Pond Bank y el paseo de la antigua cordelería ¡qué claro aparecía todo en mi cerebro! Provis en sus habitaciones y la señal que ya no servía para nada; la hermosa Clara, la bondadosa y maternal señora, el viejo Bill Barney tendido en su lecho... todos iban río abajo, como arrastrados por la corriente impetuosa de mi vida que se precipitaba hacia el mar.

—¡Tú con un tío! —prosiguió Orlick—. Cuando te conocí en casa de Gargery eras tan pequeño que habría podido estrangularte con dos dedos, como estuve tentado de hacer más de una vez al verte vagar entre los árboles algún domingo. Entonces no tenías ningún tío. Pero cuando el viejo Orlick se enteró de que tu pariente había llevado seguramente el grillete que encontró limado y partido por la mitad en estos pantanos, hace ya algunos

años, lo recogió y guardó a fin de utilizarlo un día para asestar un golpe a tu hermana y derribarla como si fuese un buey, que es precisamente lo que se dispone a hacer ahora contigo. ¡Ya lo ves!

Y mientras me soltaba sus salvajes improprios acercaba tanto la vela hacia mí que tuve que apartar la cara para evitar quemarme.

—¡Ah! —exclamó, y lanzó una carcajada—. ¡Un chiquillo escarmentado siempre huye del fuego! El viejo Orlick sabía que te habías quemado y que ibas a embarcar a tu tío secretamente; el viejo Orlick es más listo que tú y estaba seguro de que esta noche vendrías. Y aún tengo que decirte algo más, pero será lo último. Hay alguien que es tan enemigo de tu tío como yo lo soy de ti. Pronto le dirán que ha perdido a su sobrino, y se lo harán saber cuando ya no sea posible encontrar un solo hueso tuyo. ¡Que se guarde de él cuando haya perdido al sobrino! Hay quien no tolerará que Magwitch (¡sí, conozco su nombre!) viva en el mismo país que él; alguien que sabe demasiadas cosas de su vida en otras regiones como para dejar de denunciarlo y ponerlo en peligro. ¡Quizá se trate de la misma persona que sabe escribir de cincuenta maneras distintas! ¡Que tu tío Magwitch se guarde de Compeyson y de la horca!

Se expresaba en un inglés muy tosco y casi incomprensible, una jerga extremadamente grosera, de hombre inculto. Y volvió a acercarme la vela a la cara, chamuscándome la piel y el cabello y dejándome un momento deslumbrado; después se volvió para dejar la luz sobre la mesa. Yo acababa de rezar una plegaria y mentalmente me hallaba en compañía de Joe, Biddy y Herbert, antes de que se volviese otra vez hacia mí.

Había un espacio libre de poco más de un metro entre la mesa y la pared, en el cual el energúmeno se movía unas veces avanzando hacia mí y otras retrocediendo. Su fuerza hercúlea parecía haber aumentado al agitar los puños mientras me contemplaba rabioso y ceñudo. Yo no tenía la menor esperanza. A pesar de lo confuso que me sentía y de la potencia maravillosa de las imágenes que cruzaban aceleradamente por mi mente, comprendí que si aquel malvado no hubiese estado decidido a matarme y a hacerme desaparecer en pocos minutos, no me habría dicho lo que acababa de decir.

De pronto se detuvo, destapó la botella y tiró el tapón. A pesar de lo ligero que era el corcho, lo oí caer como si fuera de plomo. Volvió a beber poco a poco, levantando cada vez más la botella, y dejó de mirarme. Vertió las últimas gotas de licor en la palma de su mano y las lamió ávidamente. Luego, con violencia y blasfemando horriblemente, arrojó la botella, se agachó y vi en su mano un mazo de hierro de mango largo y pesado.

La resolución que había tomado no me abandonó, y sin pronunciar ni una palabra de súplica, grité con todas mis fuerzas pidiendo auxilio y luché denodadamente para romper las ligaduras que me aprisionaban. Solo podía mover la cabeza y las piernas, pero a pesar de ello me esforcé con una energía que hasta ese momento desconocía en mí. Al mismo tiempo oí voces que parecían responderme, y divisé unas siluetas y el resplandor de una luz en el vano de la puerta; llegaron a mis oídos distintas voces y vi a Orlick surgir de entre un grupo de hombres que peleaban y, saltando por encima de la mesa, desaparecer en la oscuridad de la noche.

Después de largo rato, en el que no me di cuenta de nada, me encontré desatado y tendido en el suelo y con la cabeza apoyada en la rodilla de alguien. Al recobrar el sentido

me fijé en la escalera que había junto a la pared y comprendí que me hallaba todavía en aquel lugar fatídico, pero enseguida se interpuso entre ella y yo una cara conocida, la del aprendiz de Trabb.

—Creo que ya se encuentra bien —dijo—, pero ¡qué pálido está!

Al ser pronunciadas aquellas palabras, el rostro de quien sostenía se inclinó sobre mí, y entonces vi que era... ¡Herbert! ¡Cielo santo!

—¡Herbert! —exclamé.

—¡Calma, querido Handel! —me aconsejó mi amigo—. ¡No te excites!

—¡Y también nuestro viejo compañero Startop —añadí cuando este se inclinó para mirarme.

—Recuerda el asunto que tenemos pendiente y tranquilízate —dijo Herbert.

Al oír esto me incorporé bruscamente, pero el intenso dolor que sentí en el brazo me obligó a echarme de nuevo.

—¿Todavía estamos a tiempo, Herbert? ¿Qué noche es la de hoy? ¿Cuánto llevo en este lugar? —pregunté, porque me parecía haber estado allí un día y una noche... dos días y dos noches... o quizá más.

—Sí, aún estamos a tiempo. Hoy es lunes.

—¡Demos gracias a Dios!

—Y tendrás todo el día de mañana para descansar. Pero veo que estás sufriendo, querido Handel. ¿Por qué te quejas? ¿Qué te duele? ¿Puedes sostenerte en pie?

—Sí, sí —contesté—, incluso me veo capaz de andar. Solo me duele mucho este brazo.

Hicieron todo lo posible para aliviarme. Lo tenía muy hinchado y el menor contacto me producía un dolor terrible. Rasgaron unos pañuelos para hacer vendas con ellos y me lo pusieron de nuevo en cabestrillo con mucho cuidado, para poder llegar hasta la ciudad y procurarnos allí alguna loción refrescante. Al cabo de un rato cerramos la puerta de la casita de la acequia y emprendimos el camino de regreso, cruzando la cantera. El chico de Trabb, que ya era un hombre, iba delante con una linterna, cuyo resplandor había visto en el vano de la puerta cuando todavía estaba atado. La luna estaba mucho más alta en el cielo que la última vez que la había visto, y aunque seguía lloviendo, ya no hacía tanto frío. El vapor blanco que despedía el horno de cal pasó rozándonos cuando estuvimos delante de él, y si antes recé mentalmente una plegaria al llegar allí, ahora di las gracias a Dios.

Como yo había suplicado a Herbert que me explicara cómo se había enterado de mi paradero y mi angustiosa situación, lo cual al principio se negó a contarme, insistiendo en que debía tranquilizarme, supe más tarde que en mi precipitación dejé caer la misteriosa carta abierta en nuestras habitaciones, donde él la encontró al llegar en compañía de Startop, poco después de que yo me hube marchado. Su contenido le alarmó, mucho más ante la inexplicable excusa que le di. Y como su inquietud, en lugar de disminuir, fue en aumento, al cabo de un cuarto de hora de reflexión se dirigió hacia la posada de la diligencia en compañía de Startop, que se ofreció a acompañarlo. Como les dijeron que el último coche ya había salido, y su ansiedad se convertía en desesperación por momentos, decidió seguirme en una silla de posta. En ella llegaron a El Jabalí Azul, donde confiaban encontrarme o enterarse de mi paradero, pero como no consiguieron ni lo uno ni lo otro, se dirigieron hacia la casa de miss Havisham. Allí se despistaron, de modo que regresaron a la

posada para tomar un refresco y buscar a alguien que pudiera guiarlos por los pantanos. Casualmente, entre los parroquianos se hallaba el aprendiz de Trabb, fiel a su antigua costumbre de estar siempre allí donde no tuviese nada que hacer, quien me había visto salir de la casa de miss Havisham y dirigirme hacia la posada donde cené. Por esta razón el aprendiz de Trapp se convirtió en su guía, y se encaminaron hacia la casita de la acequia. Herbert pensó que tal vez fuese cierto que me había llevado hasta allí algún asunto relacionado con la seguridad de Provis, y comprendiendo que en este caso cualquier demora podía echarlo todo a perder, dejó a su guía y a Startop en el borde de carretera y, acelerando el paso, se marchó solo. Al llegar a la casita dio dos o tres vueltas alrededor de ella, procurando observar si ocurría allí algo anormal. Al principio no oyó más que una voz ronca, pero cuando empezaba a dudar de que yo estuviese allí, percibió mis gritos pidiendo auxilio y, tras responder a ellos, entró seguido de cerca por los otros dos.

Cuando relaté a Herbert lo sucedido dentro de la casita de la acequia, opinó que lo que convenía hacer era ir de inmediato al poblado para presentar una denuncia, sin tener en cuenta lo avanzado de la hora, y lograr que prendiesen a Orlick. Pero en mi opinión aquello habría supuesto aplazar nuestra marcha, lo cual podría ser fatal para Provis. Como no había manera de resolver esta dificultad, nos vimos obligados a desistir, al menos por el momento, de denunciar a Orlick, y creímos que lo mejor sería explicar lo menos posible de lo ocurrido al aprendiz de Trapp, pues estoy convencido de que se habría llevado una decepción al enterarse de que había contribuido a que yo me salvara del horno de cal, y no precisamente porque fuese un chico de malos sentimientos, sino porque era excesivamente vivaracho, y la variedad y la sensación, a costa de quien fuese, siempre eran un gran aliciente para él. Al separarnos le di dos guineas (lo cual pareció alegrarle) y le dije que lamentaba mucho haberlo tenido alguna vez en mal concepto (lo cual no le causó la menor impresión).

Como ya se nos venía encima el miércoles, decidimos regresar a Londres aquella misma noche, los tres en la silla de posta, conscientes de que lo más prudente era alejarnos de aquellos parajes antes de que se empezara a hablar de nuestra aventura nocturna. Herbert adquirió una gran botella de medicamento para mi brazo, y gracias a que se pasó todo el viaje curándomelo el dolor se me hizo más soportable. Llegamos a Temple al amanecer; me metí de inmediato en la cama y estuve acostado todo el día.

La posibilidad de que mi salud empeorase y al día siguiente me viese imposibilitado de marchar llegó a atormentarme de tal modo que lo extraño fue que no me sintiese mal de veras. Y es casi seguro que me habría ocurrido así de no haber sido por la fuerza sobrenatural que me infundía la idea de aquel mañana tan angustiosamente esperado, tan cargado de consecuencias, y cuyo resultado, aunque inminente, ignoraba por completo.

Ninguna preocupación podía ser más acertada que la de abstenernos por aquel día de comunicarnos con Provis, lo cual no hizo sino aumentar mi inquietud. El simple rumor de unos pasos me sobresaltaba. Imaginaba que se trataba de alguien que venía a comunicarnos que Provis había sido descubierto y encarcelado. Me persuadía a mí mismo de que lo habían detenido. Y como el día transcurría sin que llegara ninguna mala noticia, al anochecer mi temor de verme postrado por la enfermedad antes de que amaneciera me dominó por completo. Sentía violentas palpitaciones en el brazo inflamado y fuertes latidos

en las sienes. Creí que empezaba a delirar. Estuve recitando pasajes en prosa y en verso que había aprendido de memoria, con objeto de comprobar si gozaba de pleno raciocinio. A veces me adormecía, vencido por el cansancio, y por unos instantes todas mis preocupaciones desaparecían; pero luego despertaba sobresaltado y me decía: «Ahora sí que va de veras, estás delirando».

Me obligaron a permanecer quieto durante todo el día; me curaron continuamente el brazo y me dieron bebidas refrescantes. Cada vez que me dormía, no tardaba en despertar, obsesionado con la idea, que ya me había asaltado en la casita de la acequia, de que había transcurrido mucho tiempo y habíamos perdido la ocasión de salvar a Provis. Aquella fue mi última preocupación agotadora, pues a partir de ese momento dormí profundamente.

El miércoles, al amanecer miré por la ventana. Las luces temblorosas de los puentes palidecían ya y el sol naciente esparcía en el horizonte un mar de fuego. El río aparecía aún oscuro y misterioso, cruzado por los puentes que adquirirían un color grisáceo, con, aquí y allá, algún reflejo rojizo del resplandor del firmamento. Mientras estaba contemplando los tejados apiñados, entre los que sobresalían las torres de las iglesias, el sol fue elevándose en la bóveda celeste y habríase dicho que alguien había retirado el velo que cubría el río, pues en sus aguas espumosas brillaron de inmediato millones de chispas. Creí que incluso a mí me habían quitado un velo, porque me sentí fuerte y sano.

Herbert dormía en su cama y nuestro antiguo compañero de estudios hacía lo mismo en el sofá. No podía vestirme sin que alguien me ayudara, pero reanimé el fuego que aún ardía y les preparé un poco de café. Se levantaron a la hora debida y se sentían bien y pletóricos de energía.

Abrimos las ventanas para que penetrara el aire fresco de la mañana, y contemplamos la marea que aún venía en dirección a nosotros.

—Cuando den las nueve —dijo Herbert, dirigiéndose a mí— procura estar preparado y espéranos en la orilla del río en Mill Pond Bank.

LIV

Era uno de esos días de marzo en que el sol es ardiente y, en cambio, sopla un viento helado, es decir, esa estación en que al sol es verano y, a la sombra, invierno. Nos pusimos el abrigo y yo cogí un maletín. De todas las cosas que poseo en este mundo no me llevé más que lo que consideré indispensable y que cupo en aquel cofre de cuero. Ignoraba adónde iría, qué iba a hacer y cuándo regresaría, pero nada de eso me preocupaba, pues mi único interés era salvar a Provis. Sin embargo, cuando me volví para mirar la puerta de mi casa, me pregunté en qué circunstancias entraría de nuevo en ella, suponiendo que un día lo hiciese.

Bajamos al desembarcadero de Temple y estuvimos vagando por aquel lugar como si aún no hubiésemos decidido si subir al bote o no. Yo, naturalmente, me había cuidado de que todo estuviese preparado. Después de fingir cierta indecisión, de la que solo fueron testigos dos o tres criaturas anfibias que solían rondar por aquel embarcadero, saltamos al bote y soltamos las amarras. Herbert se sentó en la proa y yo me hice cargo del timón. Eran las ocho y media, y la marea estaba alta.

Nuestro plan consistía en lo siguiente: como la marea comenzaba a bajar a las nueve y nos sería favorable hasta las tres, nuestra intención era seguirla e incluso navegar contra ella, hasta el anochecer. Entonces nos hallaríamos más abajo de Gravesend, entre Kent y Essex, donde el río es ancho y solitario, y en cuyas riberas, poco habitadas, encontraríamos algún bodegón para descansar. El vapor con rumbo a Hamburgo y el que tenía que zarpar para Rotterdam saldrían el jueves alrededor de las nueve de la mañana. Sabríamos en qué momento esperarlos, según el lugar donde nos hallásemos, y haríamos señas al primero que viéramos pasar; de modo que en el caso que no fuésemos admitidos a bordo, por cualquier razón, aún nos quedaría otra probabilidad. Conocíamos las características de cada uno de aquellos barcos.

El alivio que sentíamos al vernos por fin ocupados en la realización de nuestros planes era tal, que me parecía imposible que pocas horas antes me hubiese encontrado en tan mal estado. La brisa fresca, la esplendorosa luz del sol, el tráfico fluvial y el de la carretera, que parecía simpatizar con nosotros y alentarnos, me infundían nuevas esperanzas. Lamentaba no poder ser de más ayuda a bordo del bote, pero había pocos remeros mejores que mis dos amigos.

En aquella época el tráfico del Támesis era muy inferior al actual y los botes de cualquier clase eran mucho más numerosos. Quizá hubiese tantos veleros carboneros, gabarras y barcos de cabotaje como en la actualidad, pero los buques de pequeño o gran

tonelaje no llegaban a la décima o la vigésima parte de los que hay hoy en día. A pesar de que era muy temprano, abundaban aquella mañana los botes de espadilla, que iban de un lado a otro, y las gabarras, que bajaban con la marea. Navegar por el río en chalupa descubierta resultaba entonces mucho más fácil que en la actualidad. Avanzábamos, pues, rápidamente entre una infinidad de lanchas y botes de todos los tamaños.

Pronto dejamos atrás el puente de Londres y el antiguo mercado de Billingsgate, con sus barcas ostreras y sus holandeses, así como la White Tower y la Traitor's Gate, y no tardamos en encontrarnos entre hileras de grandes embarcaciones. Aquí y allá se veían los buques de Leith, Aberdeen y Glasgow, cargando y descargando mercancías; había también numerosos barcos carboneros, aguardando a que las grúas vaciasen sus bodegas. Vimos amarrado allí el buque que tenía que zarpar al día siguiente para Rotterdam, y nos fijamos muy bien en él. Más allá descubrimos al que tenía que hacerse a la mar con destino a Hamburgo, bajo cuyo bauprés pasamos con enorme cautela.

Pronto divisamos Mill Pond Bank y su embarcadero.

—¿Está allí? —preguntó Herbert.

—Todavía no.

—Bien. No tenía que bajar hasta que nos viese. ¿Puedes ver su señal?

—Desde aquí no muy bien, pero me parece que la veo. Ya. ¡Sí, ahí está él! Cuidado, Herbert, despacio. ¡Alto los remos!

Tocamos ligeramente el embarcadero, Provis saltó a bordo y seguimos viaje. Llevaba una capa de marinero y un saco de loneta negra; tenía todo el aspecto de un piloto del río.

—¡Querido Pip! —exclamó al tiempo que ponía una mano sobre mi hombro y tomaba asiento—. ¡Fiel y querido muchacho! ¡Bien hecho! ¡Gracias, gracias!

Avanzamos entre las hileras de barcos, evitando cadenas, cuerdas, cables, boyas y canastos rotos que flotaban en el agua. Pasamos por debajo del mascarón de proa del John de Sunderland, que parecía pronunciar un discurso a los cuatro vientos (como acostumbran hacer muchos John) y del Betsy de Yormouth, con su busto esbelto y sus ojos abultados. A nuestros oídos llegaba el fragor de los martillazos procedentes de los astilleros, el chirrido de las sierras que partían los tablones, el rumor de máquinas cuya función ignorábamos, y vimos barcos que se dirigían hacia el mar, y marineros que desde cubierta soltaban ininteligibles maldiciones a los tripulantes de las barcas, que contestaban en la misma forma y con idénticos gritos furiosos.

En el embarcadero donde recogimos a Provis y luego, mientras íbamos bogando, estuve mirando por todas partes, vigilando a fin de comprobar si habíamos despertado sospechas, pero no descubrí nada alarmante. Si me hubiese dado cuenta de que algún bote nos seguía, habría conducido el nuestro a la orilla, obligando de este modo a nuestro perseguidor a seguir adelante o revelar abiertamente sus intenciones.

Provis, como he dicho, iba envuelto en una capa y nada en su aspecto hacía que llamase la atención. Y lo más curioso era que de todos nosotros él parecía el menos intranquilo (quizá por estar acostumbrado a su vida de desdichas). Sin embargo, no se mostraba indiferente, pues me manifestó que esperaba vivir lo suficiente para poder verme convertido en uno de los principales personajes de algún país extranjero, y por lo que creí

entender, no estaba dispuesto a mostrarse pasivo o resignado; no quería pensar en el peligro antes de que este se presentara, y estaba preparado para afrontarlo con valentía.

—Si supieras, querido Pip —me dijo—, la satisfacción que experimento al estar sentado a tu lado, fumando mi pipa, después de haber pasado tantos días entre cuatro paredes, me envidiarías. Pero tú no sabes lo que es eso.

—Creo conocer las delicias de la libertad —contesté.

—¡Ah! —exclamó al tiempo que sacudía la cabeza con gesto grave—. Pero no las conoces tan bien como yo. Para eso tendrías que haber estado encerrado en una mazmorra... Pero no quiero ser vulgar.

Me parecía absurdo que, dominado por una idea fija, hubiese llegado a poner en peligro no solo su libertad sino incluso su vida. Pero imagino que tal vez la libertad sin el peligro fuese algo demasiado extraño a las costumbres de su existencia. Y no iba muy equivocado, pues, cuando hubo fumado un poco, me dijo:

—Cuando yo estaba allí abajo, al otro lado del mundo, ¿sabes, querido Pip?, siempre miraba hacia esta dirección, y, a pesar de que estaba enriqueciéndome, me aburría soberanamente. Todo el mundo conocía a Magwitch, y este podía ir y venir sin que nadie se preocupara por él. Aquí las cosas no marcharían tan bien, querido muchacho, al menos si supiesen dónde estoy.

—Si todo va como es de esperar —dije—, dentro de pocas horas estará usted a salvo y completamente libre.

Dejó escapar un profundo suspiro y repuso:

—Bien, así lo espero.

—¿Y lo cree usted?

Metió la mano en el agua, por encima de la borda de la barca, y contestó con esa sonrisa plácida que ya no me extrañaba:

—Naturalmente, querido muchacho. En realidad, nos sorprendería poder estar más tranquilos que ahora, pero hace un momento (tal vez haya sido el suave balanceo al deslizarnos por el agua lo que me indujo a pensarlo) fumando mi pipa, se me ocurrió que nos es permitido saber tan poca cosa de lo que nos espera al cabo de pocas horas, como de lo que se esconde en el fondo de este río. Y de la misma manera que nos es imposible contener el avance de las mareas, tampoco estamos en condiciones de que lo que tiene que ocurrir, ocurra. El agua ha pasado a través de mis dedos y se ha ido, ¿ves? —agregó levantando la mano y mostrándomela.

—Si no fuese por la expresión de su rostro, creería que se siente abatido —dije.

—Para nada, querido muchacho. Todo es debido a este dulce balanceo y a que el susurro del agua al chocar contra la proa del bote suena como una canción dominguera. Además, será también porque voy envejeciendo.

Se puso de nuevo la pipa entre los labios con una expresión imperturbable, y se quedó tan tranquilo y satisfecho como si ya nos hallásemos lejos de Inglaterra. Sin embargo, atendía sumisamente todo consejo o advertencia, y al verlo así se habría pensado que lo dominaba un terror constante, pues cuando nos acercamos a la orilla para comprar algunas botellas de cerveza y le dije que en mi opinión él estaría más seguro en el bote, contestó:

—¿Quieres decir, querido muchacho, que mejor será que me quede aquí? —Y volvió a sentarse dócilmente.

Sobre las aguas del río soplaba una brisa gélida, pero el día era espléndido y el sol muy vivificante. La marea bajaba impetuosamente, y yo procuraba aprovecharla lo mejor que podía, ayudado por el esfuerzo de los remeros, de modo que avanzábamos a buen ritmo. Aunque perdíamos de vista los bosques y las colinas mientras pasábamos entre bancos cenagosos, cuando llegamos frente a Gravesend la marea aún nos acompañaba. Como Provis iba envuelto en su capa, pasé adrede muy cerca de la aduana flotante, y luego seguimos de nuevo la corriente a lo largo de los barcos de emigrantes y pasamos por debajo de la proa de un gran transporte, en cuyo castillo había unos soldados que nos miraban. La corriente no tardó en disminuir, y los barcos anclados viraron hasta girar por completo, con intención de aprovechar la nueva marea. Empezaron a agruparse alrededor de nosotros, mientras nos desviábamos hacia la orilla, evitando así en lo posible el ímpetu de la corriente y procurando, además, salvar con mucho cuidado los bancos de lodo.

Como de vez en cuando dejábamos por un minuto o dos que el agua arrastrase la barca a fin de que los remeros descansaran, estos se sentían tan fuertes y animosos que un cuarto de hora de reposo fue suficiente.

Tomamos tierra entre unas rocas resbaladizas, y comenzamos a dar cuenta de nuestras provisiones mientras observábamos los alrededores. Aquellos parajes eran muy parecidos a los pantanos de mi región, llanos, monótonos y con un horizonte brumoso. Allí el río serpenteaba continuamente y las boyas que flotaban en sus aguas giraban sin cesar, mientras todo lo demás parecía atascado e inmóvil. Porque entonces el resto de la flota de barcos acababa de doblar la última lengua de tierra que habíamos pasado. La última barcaza verde, cargada de paja, con una vela de color pardo, los había seguido, y varios lanchones de deslastrar, cuya forma parecía una tosca imitación de un bote fabricado por un niño, estaban varados en el barro. Un faro que señalaba un bajío, colocado sobre pilares, parecía un lisiado que se sostuviera en el cieno sobre zancos y muletas; de aquella espesa capa de barro salían pilares y señales indicadoras de la marea, y un embarcadero y un viejo caserón sin techo, parecían resbalar en el lodo. En torno a nosotros no había más que cieno y humedad.

Volvimos a soltar amarras y avanzamos tanto como nos fue posible. Remar resultaba ahora más penoso, pero Herbert y Startop redoblaron sus esfuerzos y continuaron bogando hasta la puesta de sol. En aquellos momentos el río nos había levantado ya un poco y podíamos extender la mirada por encima de las orillas. Veíamos el sol rojizo del crepúsculo surgir de la ribera, el pantano solitario y, a lo lejos, algún terreno elevado separado de nosotros por un llano en el que no había más vida que la de alguna gaviota melancólica que volaba majestuosamente. Como anocheecía rápidamente y la luna, en cuarto menguante, aún tardaría en salir, celebramos un consejo, que fue muy breve dado que la única decisión que podíamos tomar era detenernos a descansar en el primer bodegón que encontrásemos. Herbert y Startop siguieron, pues, remando, y yo comencé a mirar por todas partes en busca de algo que tuviera el aspecto de una casa. Avanzamos de esta manera, casi sin hablar, algo más de cinco kilómetros. Hacía mucho frío, y un barco carbonero que vino hacia nosotros echando humo por la chimenea de su cocina, nos hizo echar en falta un

hogar confortable. Para entonces la noche era ya tan negra como lo sería hasta el amanecer, y la escasa luz que nos alumbraba parecía proceder del río más que del firmamento, porque cuando los remos se hundían en el agua parecían golpear las estrellas que en ella se reflejaban.

En aquellos instantes de lobreguez la idea de que estaban persiguiéndonos nos invadió a todos. La marea, al subir, azotaba violentamente la orilla a intervalos irregulares, y cada vez que llegaba hasta nuestros oídos el rumor de la rompiente alguno de nosotros se mostraba alarmado y miraba nerviosamente en aquella dirección. Aquí y allí la fuerza de la corriente había formado pequeñas ensenadas que nos causaban recelo. A veces nos preguntábamos: «¿Qué será lo que produce la espuma de aquella ola?» o bien «¿No veis un bote allí abajo?». Hablábamos en voz muy baja y luego guardábamos silencio, pensando con angustia en el ruido que hacían los remos en los escálamos.

Por fin divisamos una luz y un tejado, y poco después atracábamos junto a un pequeño muelle formado con pedruscos recogidos por los alrededores. Salté a tierra y comprobé que la luz procedía de una taberna. Era un lugar bastante sucio y probablemente frecuentado por contrabandistas, pero en la cocina ardía un buen fuego y había allí tocino, huevos y licores para comer y beber. También había un par de habitaciones con dos camas, «tal como estaban», según dijo el dueño. En la casa no había más que el posadero, su mujer y un sujeto con aspecto de mozo, que llevaba un traje pardo tan cubierto de lodo que semejaba una de aquellas estacas que servían de señal indicadora de la marea.

Regresé al bote y todos desembarcaron. Nos llevamos los remos, el timón, el botador y demás, y varamos la barca. Comimos muy bien junto al fuego de la cocina y luego nos retiramos a los dormitorios. Decidimos que Herbert y Startop dormirían en uno de ellos y Provis y yo en el otro. Notamos que el aire había sido excluido de aquellas habitaciones con tanto cuidado como si hubiese sido algo fatal para la vida, y vimos que había en ellas más ropa sucia y cajas de cartón debajo de las camas de lo que una familia normal podía poseer. Pero a pesar de ello nos consideramos muy afortunados, porque no habríamos podido encontrar un lugar más desierto que aquel.

Después de cenar y antes de acostarnos, mientras nos calentábamos junto al hogar, el mozo, que estaba sentado en un rincón y llevaba puestas un par de botas que parecían hinchadas y que mientras comíamos había estado exhibiendo como interesantes reliquias que hacía algunos días le había quitado al cadáver de un marinero ahogado que la corriente había dejado en la orilla, me preguntó si habíamos visto una lancha de cuatro remos que remontaba el río con la marea. Al responder nosotros que no, dijo que quizá hubiera vuelto por donde había venido, pero agregó que después de soltar amarras continuó río arriba.

—Habrán cambiado de dirección por algún motivo —añadió.

—¿Dice usted que era una lancha de cuatro remos? —pregunté.

—Sí. Y con dos pasajeros.

—¿Desembarcaron aquí?

—Vinieron a llenar de cerveza una jarra de dos galones, y si he de ser franco le diré que deseé envenenarlos echándoles alguna pócima en la cerveza o por lo menos administrarles un narcótico que los dejara amodorrados.

—¿Por qué?

—Yo ya sé por qué —repuso el mozo. Hablaba con una voz gangosa, como si tuviese la garganta llena de barro.

—Según dice —intervino el dueño—, le pareció que era un hombre enfermizo, taciturno y con ojos de mirada apagada, que parecía confiar ciegamente en el que le servía de guía... Imagina que eran lo que no eran.

—Yo ya sé lo que digo —afirmó el mozo.

—Creíste que eran aduaneros, ¿verdad? —preguntó el dueño.

—¡Sí! —contestó el mozo.

—Pues te equivocas.

—¿Que me equivoco?

Como si pretendiera demostrar el profundo significado de su respuesta y la confianza absoluta que tenía en su propia opinión, el mozo se quitó una de sus botas, miró dentro de ella, la sacudió sobre el suelo de la cocina e hizo caer una piedrecita de su interior. Luego volvió a ponérsela. Lo hizo todo con el aire de quien está tan convencido de que tiene razón que no puede hacer otra cosa.

—Entonces, ¿qué te figuras que han hecho con sus botones, Jack? —preguntó el dueño con tono vacilante.

—¿Que qué han hecho con sus botones? —repuso el mozo—. Pues arrojarlos por la borda, tragárselos o plantarlos para ver si se convierten en ensalada.

—No seas descarado, Jack —le dijo el dueño con tono de reproche.

—Un oficial de aduana sabe perfectamente qué tiene que hacer con sus botones cuando le estorban —dijo Jack con expresión desdeñosa—. Una lancha de cuatro remos con dos pasajeros no pasa el día yendo arriba y abajo por el río, subiendo y bajando a favor de la corriente y en contra de ella, si en todo eso no hay algún asunto aduanero.

Y dicho esto abandonó la estancia con aire despectivo. El dueño, como ya no había nadie en quien confiar, consideró que era en vano seguir tratando de aquella cuestión.

Aquel diálogo hizo que todos nos sintiésemos muy preocupados, sobre todo yo. El viento soplaba, lúgubre, en torno a la casa; la marea azotaba la orilla del río, y yo comenzaba a temer que hubiésemos caído en una trampa. Porque una lancha de cuatro remos subiendo y bajando por el río era algo muy sospechoso, y no podía apartarla de mis pensamientos. Cuando hube persuadido a Provis de que se fuera a la cama, salí con mis dos compañeros (Startop ya estaba enterado de todo) y celebramos otro consejo. Se trataba de decidir si nos quedaríamos en aquella posada hasta poco antes de que pasara el barco, lo cual ocurriría alrededor de la una de la tarde, o si sería mejor salir a primeras horas de la mañana. Llegamos a la conclusión de que lo más prudente sería quedarnos donde estábamos hasta una hora antes de que pasara el buque y luego tomar el camino que este había de seguir, dejándonos llevar por la corriente. Cuando lo hubimos decidido así, volvimos a la posada y nos acostamos.

Me tendí en la cama sin desnudarme por completo y logré dormir durante unas horas. Al despertar soplaba un fuerte viento y el letrero de la posada El Barco rechinaba produciendo un ruido que me sobresaltaba a cada momento. Me levanté sigilosamente, porque mi compañero dormía profundamente y fui a mirar por la ventana. Desde allí se dominaba el muelle donde habíamos varado nuestro bote, y cuando mis ojos se hubieron

acostumbrado a la tenue claridad de la luna velada por las nubes, divisé dos hombres que estaban examinando nuestra embarcación. Pasaron por debajo de la ventana, sin detenerse a observar nada más, pero no se dirigieron hacia el desembarcadero, que yo veía desierto, sino hacia el pantano.

Mi primera idea fue llamar a Herbert y mostrarle a los dos hombres que se alejaban, pero antes de llegar a su habitación, situada en la parte posterior de la casa, reflexioné por un instante y desistí de mi intención, porque comprendí que tanto él como Startop habían pasado un día de penoso esfuerzo y debían de estar muy cansados. Regresé, pues, a la ventana y vi todavía a aquellos dos hombres rondar por el pantano. Pero debido a la poca claridad que había, los perdí pronto de vista, y como tenía mucho frío, me tendí de nuevo en la cama y me quedé otra vez dormido.

Nos levantamos temprano, y mientras los cuatro salíamos a pasear en espera del desayuno, creí conveniente explicar lo que había presenciado. También entonces Provis se mostró como el menos preocupado del grupo. Aquellos hombres, dijo, debían ser funcionarios de la Aduana y lo más probable era que no sospechasen de nosotros. Procuré convencerme de que tenía razón. No obstante, propuse que él y yo nos encaminásemos hacia un punto que se divisaba en la lejanía y que el bote viniera a buscarnos allí, o lo más cerca posible, alrededor del mediodía. Como todos consideramos que aquello era una buena medida de precaución, poco después de desayunar salimos él y yo sin decir a los de la posada ni una palabra de nuestra marcha.

Mientras andábamos, mi compañero iba fumando su pipa y de vez en cuando se detenía para darme una palmadita en el hombro como si tratara de infundirme ánimo. Cualquiera hubiera dicho que solo yo me hallaba en peligro. Hablamos muy poco y cuando estuvimos cerca del lugar convenido, le dije que se escondiera en un sitio disimulado y le rogué que se quedara allí mientras yo me adelantaba para reconocer el terreno, pues aquella era la dirección que habían tomado los dos desconocidos la noche anterior. Él obedeció, y avancé solo. No se veía ningún bote en aquella parte del río, ni navegando ni varado por allí como tampoco señal alguna de que nadie se hubiese embarcado en aquella orilla.

Cuando él sacó la cabeza de su escondrijo y vio que yo le hacía señas con mi sombrero de que se acercara, se reunió conmigo de inmediato y allí estuvimos esperando, a veces tendidos en el suelo, envueltos en nuestras capas, y otras dando cortos paseos para reanimarnos, hasta que por fin vimos llegar nuestro bote. Embarcamos y tomamos la misma dirección que tenía que seguir el vapor. Solo faltaban diez minutos para la una y comenzamos a atisbar con el objeto de divisar el humo de su chimenea.

Era ya la una y media cuando vimos la columna de humo, y poco después descubrimos que otra la seguía. Como los dos barcos venían a toda marcha, preparé los dos maletines y me despedí de Herbert y de Startop. Nos estrechamos cordialmente la mano y ni los ojos de Herbert ni los míos estaban completamente secos cuando de pronto vi una lancha de cuatro remos que abandonaba la orilla del río, un poco más allá de donde habíamos estado antes nosotros, y avanzaba en nuestra misma dirección.

Hasta entonces, la distancia que nos separaba del buque, así como la bruma y el humo que el viento arrastraba hacia nosotros, nos habían impedido ver claramente el barco, debido sobre todo a una curva que el río trazaba en el punto donde nos encontrábamos,

pero ahora aquel era perfectamente visible y se acercaba veloz. Indiqué a Herbert y a Startop que se mantuvieran parados en la corriente, con objeto de que los del vapor se dieran cuenta de que estábamos esperándolos, y aconsejé a Provis que no se moviera ni se quitase la capa. Asintió con la cabeza y contestó muy animado:

—Confía en mí, querido muchacho. —Y se quedó inmóvil como una estatua.

Mientras tanto la lancha de cuatro remos, muy hábilmente gobernada, cruzó la corriente por delante de nosotros y se situó a nuestra altura, abandonándose a la corriente cuando nosotros hacíamos otro tanto o dando uno o dos golpes de remo cuando nosotros lo hacíamos. De los dos pasajeros, uno se ocupaba del timón y no cesaba de mirarnos fijamente, como los mismos remeros, y el otro iba tan envuelto en su capa como el mismo Provis y parecía pretender disimular, mientras daba algunas instrucciones al del timón y nos vigilaba. En ninguno de los dos botes se pronunció palabra.

Al cabo de unos minutos Startop consiguió ver cuál era el primer buque que se aproximaba, y me dijo en voz baja:

—Hamburgo.

El barco se acercaba rápidamente. Yo tenía la impresión de que su sombra estaba envolviéndonos, cuando los del otro bote nos llamaron. Pregunté qué querían, y el timonel contestó:

—Tienen ustedes ahí un deportado fugitivo. Es ese que va envuelto en la capa. Se llamaba Abel Magwitch, alias Provis. Está detenido en nombre de la ley, y ustedes me ayudarán a llevar a cabo su detención.

Al instante, y sin que, aparentemente, hubiese dado ninguna orden a la tripulación de su bote, este se nos echó encima dando un fuerte golpe de remos, y recogiendo estos de inmediato nos pillaron al través y se agarraron a la borda de nuestra barca antes de que nos diésemos cuenta de lo que hacían. Esta escena produjo una gran confusión a bordo del buque, y oí que nos decían algo a viva voz y a continuación la orden del capitán de parar las máquinas, que dejaron de funcionar al cabo de un par de minutos; pero observé que el barco se nos venía encima inevitablemente. En aquel instante advertí que el que se cuidaba del timón ponía la mano en el hombro de aquel a quien pretendía detener, y que los dos botes comenzaban a girar empujados por la corriente, mientras los marineros del buque corrían frenéticamente hacia la proa. El preso se levantó y, abalanzándose por encima del que acababa de prenderlo, arrebató la capa al pasajero que había permanecido sentado inmóvil. Al quedar el rostro de este descubierto, vi que se trataba del otro presidiario que había conocido cuando niño en los pantanos. Este retrocedió con una expresión de terror que nunca olvidaré. Oí un grito estentóreo a bordo del barco, un fuerte chapoteo, y noté que el bote se hundía bajo mis pies.

Por unos segundos creí estar luchando con un millar de presas de molino entre un sinfín de relámpagos; y pasado ese momento fui subido a bordo del bote. Herbert ya estaba allí, y Startop también, pero nuestra barca había desaparecido con los dos presidiarios.

En medio del enorme barullo que producían los gritos que se daban a bordo del buque, el furioso resoplido de su chimenea, y su movimiento y el nuestro, al principio no lograba distinguir el cielo del agua ni una orilla de la otra, pero los tripulantes de la lancha consiguieron enderezarla con unos vigorosos golpes de remo, y luego se detuvieron para

mirar ansiosamente y en silencio hacia la parte de popa. No tardamos en ver por aquel lado un bulto negro que, arrastrado por la corriente, venía hacia nosotros. Nadie dijo nada, pero el timonel levantó la mano y los remeros se pusieron a remar suavemente hacia atrás, colocando la lancha de forma que le cerrara el paso. Cuando el bulto estuvo cerca me di cuenta de que era Magwitch, que llegaba nadando, aunque con alguna dificultad. Fue subido a bordo y de inmediato le pusieron unas esposas en las manos y unos grilletes en los tobillos.

La lancha se quedó quieta y sus tripulantes continuaron observando atentamente el agua. Pero en aquel momento llegó el vapor de Rotterdam que, por lo visto, no se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir y avanzaba a toda marcha. Cuando conseguimos que oyera nuestra llamada y que se detuviera, la corriente del río ya había alejado a los dos buques y nosotros subíamos y bajábamos en el aguaje que habían dejado tras de sí. Continuó la espera hasta mucho después de que las aguas se hubieron calmado y los buques hubieron desaparecido. Pero todos comprendían ya que era en vano esperar.

Por fin se desistió de continuar allí y la lancha se dirigió hacia la orilla. Llegamos al bodegón que habíamos abandonado poco antes, donde nos recibieron muy sorprendidos. Allí conseguí procurar algunas comodidades a Magwitch (ya no sería más Provis), quien presentaba una grave herida en el pecho y un profundo corte en la cabeza.

Me dijo que creía que había ido a parar debajo de la quilla del buque y que al levantar la cabeza se había hecho daño. La lesión del pecho, muy dolorosa y que le dificultaba la respiración, suponía que se la había producido al dar contra el costado de la lancha. Agregó que no era su intención decir nada de lo que podía o no haber hecho a Compeyson, pero que en el momento en que le arrancó la capa para identificarlo, el miserable retrocedió tambaleándose de tal manera que ambos cayeron al agua y que su brusca salida (la de Magwitch) de nuestro bote, unida a los esfuerzos del que pretendía prenderle, fueron la causa de que nuestro bote se fuese a pique. Me explicó en voz baja que los dos se habían zambullido abrazados ferozmente el uno al otro, y que había habido una lucha terrible debajo del agua; que él había logrado desasirse y después de dar un fuerte golpe a su adversario, se había alejado, nadando.

Nunca he tenido motivo alguno para dudar de que fuera cierto lo que me contó. El oficial que guiaba la lancha dio los mismos detalles relativos a su caída al agua.

Cuando pedí permiso al oficial para cambiar la ropa mojada del preso por otra que compraría yo de la que pudiera hallar en la posada, me lo concedió sin objeción, pero me advirtió que él tendría que hacerse cargo de todo lo que el detenido llevaba consigo. Por lo tanto, la cartera que antes se hallaba en mi poder, pasó a manos del oficial. Además, me autorizó a acompañar al preso a Londres, pero no permitió que mis dos amigos vinieran con nosotros.

El mozo de la posada El Barco se enteró del lugar en que se había ahogado el presidiario y se encargó de buscar el cadáver por los parajes donde era más probable que las aguas lo arrojaran a la orilla. Me pareció que al enterarse de que el ahogado llevaba medias tuvo más interés en encontrarlo. Para poder vestirse por completo seguramente necesitaría una docena de cadáveres, y tal vez por esa razón las distintas prendas que vestía se encontraban en diversos grados de deterioro.

Permanecimos en la posada hasta que volvió la marea y entonces Magwitch fue conducido a la lancha. Herbert y Startop se trasladarían a Londres por tierra lo antes posible. Nuestra despedida fue muy triste, y al sentarme al lado de Magwitch comprendí que en lo sucesivo, y mientras él viviese, aquel sería mi lugar.

Yo ya no sentía hacia él la menor repugnancia, y en el hombre perseguido, herido y encadenado cuya mano tomaba entre las mías, solo veía a una persona que había querido ser mi bienhechor y me había demostrado un cariño, una gratitud y una generosidad ininterrumpidos durante muchos años; un hombre, en suma, mucho mejor de lo que yo había sido para con Joe.

A medida que avanzaba la noche su respiración se hacía más fatigosa, y a menudo el desdichado no podía contener un gemido.

Procuré que descansara apoyado sobre mi brazo sano, pero aunque era horrible pensarlo siquiera, estaba tan gravemente herido que lo mejor que podía ocurrirle era morir.

Yo tenía la certeza de que debía de haber muchas personas que podían y deseaban identificarlo. Me resultaba imposible confiar en que sería tratado con indulgencia, pues al juzgarlo se había dado de él una imagen terrible: había intentado huir y se le había vuelto a juzgar por ello, era un condenado a cadena perpetua fugitivo y acababa de ocasionar la muerte al causante de su detención.

Cuando volvíamos de cara al sol poniente que el día anterior habíamos dejado a nuestras espaldas y mientras la corriente de nuestras esperanzas parecía retroceder, le manifesté lo mucho que lamentaba el que hubiese regresado a Inglaterra solo para verme.

—Querido Pip —contestó—. Estoy resignado a mi suerte y muy contento por haber desafiado el peligro. He podido ver a mi muchacho, que pronto será todo un caballero sin necesitarme a mí para nada.

No. Yo había reflexionado acerca de ello mientras íbamos sentados uno al lado del otro. Dejando aparte mis tendencias y mis aspiraciones, ahora comprendía la insinuación de Wemmick. Preveía que una vez sentenciado, todos sus bienes serían confiscados.

—Mira, querido muchacho —prosiguió—. Como caballero te conviene que todo el mundo ignore que tienes algo que ver conmigo. Ven a verme sin que nadie lo sospeche, y siempre acompañado de Wemmick. Siéntate donde pueda verte cuando me hagan prestar juramento por última vez después de tantas como lo he hecho, y no pido más.

—Mientras no me obliguen a separarme de usted —dije—, no me moveré de su lado. ¡Dios quiera que yo sea tan fiel a usted como usted lo ha sido conmigo!

Noté que la mano con que estrechaba la mía temblaba, y cuando volvió la cara a un lado, oí otra vez aquel sonido peculiar de su garganta, suavizado ahora como todo él. Fue una suerte que pronunciara aquellas palabras, pues me hicieron recordar algo en lo que de lo contrario no habría pensado hasta que hubiera sido demasiado tarde: que él no debía saber jamás cómo y por qué sus esperanzas de enriquecerme se habían malogrado.

LV

Al día siguiente fue conducido al Tribunal de Policía, y habría sido procesado en el acto, si no hubiese sido porque hubo que esperar la llegada de un antiguo oficial del barco prisión, de donde una vez se había fugado, a fin de que lo identificase. Nadie dudaba de su identidad, pero Compeyson, que lo había denunciado, había muerto ahogado en el río, y en esa ocasión no había en Londres ningún oficial de prisiones que pudiera actuar de testigo. La noche siguiente de mi llegada visité a Mr. Jagers en su casa con el fin de rogarle que se encargara de la defensa del procesado, pero se negó a prestar sus servicios y no quiso saber nada del asunto. Era el único recurso, porque, según me dijo, en cuanto llegara el testigo el caso quedaría resuelto en cinco minutos y no había poder en el mundo capaz de evitar que el caso se fallara contra nosotros.

Indiqué a Mr. Jagers mi intención de ocultar a Magwitch el destino dado a su fortuna. Se puso furioso contra mí por haber dejado que se me escurriese de las manos el dinero de la cartera y dijo que haríamos algunas gestiones para ver si conseguíamos recuperar algo. Pero no me ocultó que, a pesar de que en ciertos casos podía evitarse la confiscación, en el que me interesaba a mí no existía circunstancia atenuante alguna que alegar. Comprendí que tenía razón. No me unían al reo lazos de familia ni de otra especie que yo pudiera acreditar, y él, por su parte, no había firmado, antes de su prisión, ningún documento testamentario a mi favor, y hacerlo ahora habría resultado inútil. Por lo tanto, yo no podía reclamar derecho alguno. Decidí, pues, no reclamar nada, ya que sería en vano.

Parecía haber más de una razón para suponer que el denunciante ahogado confiaba en obtener en recompensa una parte de los bienes confiscados y había conseguido enterarse de cómo marchaban los asuntos de Magwitch. Cuando se encontró su cadáver, a muchos kilómetros del lugar de su muerte, estaba tan horriblemente desfigurado que solo se logró reconocerlo por el contenido de sus bolsillos y algunos papeles legibles que había en su cartera. En uno de estos estaba anotado el nombre de un banco de Nueva Gales del Sur en el que había impuesto cierta cantidad y la escritura de unos terrenos de valor considerable. Estos dos datos figuraban también en una lista que Magwitch entregó a Mr. Jagers mientras se hallaba encarcelado y en la cual se mencionaban todos los bienes que, según él suponía, yo heredaría. Al generoso desdichado su ignorancia le sirvió de mucho, pues nunca dudó de que mi herencia estaría segura con la ayuda de Mr. Jagers.

Al cabo de tres días, durante los cuales las autoridades judiciales esperaron la llegada del testigo del barco prisión, se presentó el oficial de prisiones. El juicio quedó fijado para la siguiente sesión, que debía celebrarse al cabo de un mes.

Fue en aquella época sombría de mi vida cuando cierta noche llegó Herbert a casa, muy abatido, y me dijo:

—Mi querido Handel, temo que pronto tendré que abandonarte.

Como su socio ya me había preparado para esa eventualidad, quedé menos sorprendido de lo que él se figuraba.

—Perderemos una ocasión excelente si aplazo mi viaje a El Cairo, y temo que tendré que ir, precisamente ahora que es cuando más me necesitas, Handel.

—Siempre te necesitaré, Herbert, porque siempre te querré, pero ahora no tengo más necesidad de ti que la que tuve en otras ocasiones.

—¿Te quedarás tan solo!

—No tengo tiempo para pensar en eso —dije—. Ya sabes que siempre estoy con él si me lo permiten, y que si pudiera permanecería todo el día a su lado. Y cuando me separo de él, lo tengo continuamente en mi pensamiento.

La espantosa situación en que se hallaba era tan pavorosa para los dos, que no nos atrevíamos a hablar de ella abiertamente.

—Mi querido amigo —dijo Herbert—, permíteme que nuestra cercana separación me sirva para justificar el que te hable de ti. ¿Has pensado en tu porvenir?

—No, porque siempre me dio miedo pensar en el mañana.

—Pero no puedes olvidarte de tu futuro, querido Handel, y quisiera tener unas palabras amistosas contigo acerca de ello.

—Adelante —dije.

—En esta sucursal nuestra, Handel, necesitaremos un...

Advertí que por delicadeza quería evitar la palabra exacta, y por eso dije:

—Un empleado.

—Sí, un empleado. Y creo que no es del todo improbable que, como ha ocurrido con otro empleado a quien conoces, también ese pueda convertirse en socio. Por lo tanto, Handel... en una palabra, querido muchacho, ¿quieres venir conmigo?

Había algo deliciosamente cordial y tentador en el modo en que, después de decir aquello con tono extremadamente grave, me tendió su mano y, sin ocultar su alegría, añadió:

—Clara y yo hemos hablado mucho acerca de ello, y esta misma tarde la pobre me ha suplicado, con lágrimas en los ojos, que te diga que si cuando estemos allí quieres vivir con nosotros, hará todo lo posible para que seas dichoso y convencer al amigo de su marido de que también es amigo suyo. ¡Lo pasaríamos tan bien, Handel!

Se lo agradecí sinceramente pero le dije que aún no estaba seguro de poder aceptar su generosa oferta. En primer lugar, estaba demasiado preocupado para poder reflexionar claramente sobre aquel asunto. En segundo lugar... ¡Sí!, en segundo lugar me atormentaban ciertos vagos pensamientos a los que me referiré hacia el final de esta narración.

—Pero si tú crees, Herbert, que sin perjudicar tus negocios podrías dejar pendiente esa cuestión durante cierto tiempo...

—Puedo esperar el tiempo que sea —exclamó con firmeza—. ¡Seis meses, un año!

—No tanto —contesté—. Dos o tres meses todo lo más...

Herbert se mostró muy satisfecho cuando sellamos aquel acuerdo con un apretón de manos y dijo que ahora podía anunciarme que quizá tuviera que marcharse a fines de semana.

—¿Y Clara? —le pregunté.

—La pobrecilla —repuso Herbert— cumplirá fielmente sus deberes para con su padre y seguirá cumpliéndolos mientras este viva. Pero no creo que tenga para mucho tiempo. Mrs. Whimple me ha dicho confidencialmente que está en las últimas.

—No quisiera parecer inhumano, pero creo que más le valdría morir.

—Debo reconocer que así es —dijo mi amigo—. Y cuando ocurra volveré a buscar a Clara y nos dirigiremos tranquilamente a la iglesia más próxima. No olvides, querido Handel, que esta adorada criatura no desciende de una familia pudiente e ignora quiénes son sus antepasados, incluido su abuelo. ¡Qué felicidad para el hijo de mi madre!

El sábado de aquella misma semana me despedí de Herbert (que se disponía a partir, muy esperanzado, aunque triste por tener que abandonarme) mientras se acomodaba en la diligencia que tenía que trasladarlo al puerto. Entré en una taberna cercana para escribir cuatro líneas a Clara, informándole que Herbert acababa de marchar después de encargarme que le expresara repetidamente el profundo amor que sentía por ella y luego regresé a mi solitario hogar, que ya no era un hogar para mí, ni ese ni ningún otro.

En la escalera encontré a Wemmick, que bajaba después de haber estado llamando inútilmente a la puerta de mi casa. No lo veía desde el desastroso resultado de nuestro intento de fuga, y ahora había venido, con carácter privado y puramente personal, a explicarme algo relativo a aquel fracaso.

—El difunto Compeyson —dijo— se enteró poco a poco de la mitad de nuestros planes, y por las conversaciones de algunos amigos suyos que se encontraban en apuros (siempre hay alguno en esa situación) pude oír lo que oí. Atendí a lo que se decía, fingiendo estar distraído, y así me enteré de que se había ausentado, por lo que me pareció una gran oportunidad para llevar a cabo nuestros propósitos. Ahora me doy cuenta de que seguramente fue una estratagema suya, pues no cabe duda que era muy astuto. Supongo, Mr. Pip, que no va usted a reprochármelo. Tenga usted la seguridad de que lo hice con el sincero deseo de favorecerlo.

—Estoy tan seguro de ello, Wemmick, como pueda estarlo usted mismo, y le agradezco su interés y su amistad.

—Gracias, muchas gracias. Ha sido un mal asunto —repuso Wemmick rascándose la cabeza—, y le aseguro que hace mucho tiempo que no me llevaba un disgusto como este. Y lo que más lamento es el sacrificio inútil de tanto dinero. ¡Ay!

—Pues a mí lo que más me preocupa, Wemmick, es la pobre persona a quien pertenecía ese dinero.

—Naturalmente —contestó él—, y claro está que es lógico que se sienta contrariado. Yo, por mi parte, me gustaría de muy buena gana un billete de cinco libras para librarle de sus apuros. Pero lo que pienso es que desde que el hoy difunto Compeyson se enteró del regreso de Magwitch, no había salvación posible para este. En cambio, el dinero podía haberse salvado. Esta es la diferencia entre el dinero en cuestión y su propietario. ¿No le parece a usted así?

Invité a Wemmick a tomar un vaso de grog en mis habitaciones antes de que regresase a Walworth. Aceptó la invitación, y mientras estaba bebiendo su moderada porción, después de dar algunas señales de inquietud, acabó por decir sin rodeos:

—¿Qué le parecería a usted, Mr. Pip, si me permitiera tomarme un día de vacaciones; el lunes, por ejemplo?

—Imagino que durante los últimos doce meses no lo ha hecho usted ni una vez.

—Diga usted durante estos últimos doce años —repuso Wemmick—. Sí, voy a tomarme un día de asueto. Y más aún: voy a dar un gran paseo, y espero que no tenga usted inconveniente en acompañarme.

Me disponía a excusarme, porque temía resultar un triste compañero en aquellos momentos, cuando él se me anticipó, diciendo:

—Ya sé cuáles son sus compromisos y no ignoro que no está de buen humor, Mr. Pip. Pero si tuviera usted la bondad de hacerme este favor, le quedaría muy agradecido. No será un paseo muy largo y, además, lo daremos temprano. Supongamos que lo retengo (incluyendo el almuerzo) de las ocho de la mañana hasta el mediodía. ¿Podrá usted hacer los arreglos necesarios para complacerme?

Wemmick había hecho tanto por mí en distintas ocasiones, que lo que me pedía era verdaderamente lo menos que podía hacer por él. Le dije que me las arreglaría para acompañarlo, y se mostró tan contento que me sentí muy complacido. Atendiendo su ruego, prometí que a las ocho y media de la mañana del lunes estaría yo en el castillo, y, puestos ya de acuerdo, nos despedimos.

Puntual a la cita, llamé a la puerta del castillo el lunes por la mañana y fui recibido por el propio Wemmick. Me llamó la atención verlo con el traje más ceñido que de costumbre y con el sombrero más limpio que otras veces. Tenía preparados dos vasos de ron con leche y dos bizcochos. El anciano debía de haber abandonado el lecho al mismo tiempo que levantaba el vuelo la alondra, pues al dirigir la mirada hacia su dormitorio advertí que su cama estaba vacía.

Después de dar cuenta de la leche y los bizcochos, nos disponíamos a salir cuando vi, extrañado, que Wemmick cogía una caña de pescar y se la ponía al hombro.

—¡Supongo que no iremos a pescar! —dije.

—No —contestó—, pero me gusta pasear con una caña.

Me pareció un capricho muy raro, pero no dije nada sobre el particular y salimos en dirección a Camberwell Green. Cuando llegamos a sus inmediaciones, Wemmick exclamó de pronto:

—¡Caramba! ¡Aquí hay una iglesia!

En aquello no había nada sorprendente, pero sí me extrañó de nuevo oír que proponía como si se le hubiese ocurrido una idea luminosa:

—¡Entremos!

Y entramos, después de que Wemmick hubo dejado su caña de pescar en la puerta del templo y mirado alrededor. Luego buscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó un objeto envuelto en un papel.

—Aquí tengo un par de guantes; voy a ponérmelos.

Los guantes eran de cabritilla blanca, y como su boca de buzón se abrió por completo, empecé a sospechar, y mis sospechas se fueron acentuando hasta convertirse en certidumbre cuando vi entrar al anciano por una puerta lateral acompañando a una joven.

—¡Caramba! —exclamó Wemmick—. Ahí viene miss Skiffins. ¡Vamos a casarnos!

Aquella dama discreta iba vestida como de costumbre, solo que en esa ocasión había sustituido sus guantes verdes por otros blancos. El anciano estaba ocupado en preparar un sacrificio similar ante el altar de Himeneo; pero luchaba hasta tal punto con sus guantes, que Wemmick creyó necesario colocarlo delante de una columna, y luego, situándose detrás de la misma, tirar de los guantes mientras yo, por mi parte, sostenía al viejo caballero por la cintura, con objeto de que ofreciese una resistencia igual por todos los lados. Gracias a este sistema ingenioso, los guantes entraron perfectamente.

Se presentaron en aquel momento el sacerdote y su ayudante, y nos ubicamos ordenadamente ante la barandilla fatal. Antes de dar comienzo la ceremonia advertí que Wemmick sacaba algo del bolsillo y, como si verdaderamente estuviese sorprendido, exclamaba:

—¡Vaya, si aquí tengo una sortija!

Actué en calidad de testigo del novio, y un sacristán de aspecto enfermizo, bajito y cojo, con un gorro que le daba la apariencia de un bebé, fingía ser el amigo entrañable de miss Skiffins. La responsabilidad de entregar la dama correspondió al anciano, quien hizo, bien que involuntariamente, que el sacerdote se escandalizase. El hecho ocurrió de la siguiente manera: cuando el sacerdote preguntó: «¿Quién entrega a esta mujer para que contraiga matrimonio con este hombre?», el anciano que no tenía la menor noción del punto a que habíamos llegado en la ceremonia, se quedó contemplándolo beatíficamente sin abrir la boca. El sacerdote preguntó de nuevo: «¿Quién entrega a esta mujer para que contraiga matrimonio con este hombre?». Y como el venerable caballero se hallaba en un estado de marcada inconsciencia, el novio le gritó con su voz habitual:

—Ahora, padre, ya lo sabe. ¿Quién entrega a esta mujer?

Antes de responder que la entregaba él, el anciano se volvió hacia su hijo y dijo con vehemencia:

—Perfectamente, John, muy bien.

Al oír esto, el sacerdote hizo una pausa tan melancólica que por un instante llegué a temer que no acabarían de casarse aquel día.

Sin embargo, todo terminó felizmente, y al salir de la iglesia Wemmick destapó la pila bautismal, metió sus guantes blancos en ella y volvió a taparla. Mrs. Wemmick, más atenta al porvenir, se metió los guantes blancos en el bolsillo y volvió a ponerse los verdes.

—Ahora, Mr. Pip —dijo Wemmick con aire de triunfo y volviendo a ponerse al hombro la caña de pescar al llegar a la puerta—, permítame que le pregunte si alguien puede suponer que formamos un cortejo nupcial.

El almuerzo tendría lugar en una pequeña taberna de aspecto agradable, situada en un prado a poco más de un kilómetro de distancia. En el comedor había una mesa de juego, por si se daba el caso de que quisiéramos solazarnos un poco después de acontecimiento tan solemne. Era agradable observar que Mrs. Wemmick ya no soltaba el brazo de su esposo cuando este se adaptaba a su cintura, sino que se quedaba en un sillón de respaldo alto,

como un violonchelo en su estuche, y se dejaba abrazar como habría podido hacerlo el melodioso instrumento.

El almuerzo fue excelente, y cuando alguien se abstenía de aceptar algo de lo que había en la mesa, Wemmick decía:

—Es un almuerzo servido por contrato, ¿comprenden? No tengan ninguna clase de reparo.

Brindé por los recién casados, por el anciano y por el castillo, saludé a la novia al marcharme y procuré comportarme del modo más agradable posible.

Wemmick me acompañó hasta la puerta y volví a estrecharle la mano deseándole mucha felicidad.

—¡Gracias! —exclamó Wemmick, frotándose las manos con satisfacción—. No puede usted figurarse lo bien que sabe cuidar las gallinas. Le enviaré unos huevos y podrá juzgar por usted mismo. Y ahora, Mr. Pip —añadió en voz baja cuando ya me marchaba—, no olvide que todo esto es el resultado de un sentimiento que proviene de Walworth.

—Comprendo —contesté—. No hay que hacer ninguna referencia a ello en Little Britain.

Wemmick asintió con un movimiento de la cabeza.

—Después de lo que soltó usted el otro día en presencia de Mr. Jaggers, será mejor que él ignore todo esto, pues podría figurarse que se me ha ablandado el cerebro o algo por el estilo.

LVI

En la cárcel, Magwitch estuvo gravemente enfermo hasta el momento de la vista de la causa. Se había roto dos costillas que le dañaban un pulmón. Cada día estaba más dolorido y respiraba con mayor dificultad. A consecuencia de ello tenía que hablar en voz tan baja que apenas se le oía. Decía muy pocas palabras, pero siempre estaba dispuesto a escucharme, y por esta razón juzgué que mi primer deber en la vida era decirle y leerle todo aquello que podía interesarle.

En vista de la gravedad de su estado, al cabo de uno o dos días fue trasladado a la enfermería. Esta circunstancia me ofreció muchas más ocasiones de estar a su lado de las que hubiera tenido en otra situación. De no haber sido por su estado, le habrían puesto los grilletes, pues se lo consideraba sujeto peligroso, capaz de evadirse y de no sé cuántas cosas más.

Al principio, aunque lo veía todos los días solo era por breves momentos, pero ahora los ratos que pasábamos juntos eran lo bastante largos como para que yo pudiese observar cómo evolucionaba su salud. No recuerdo haber notado ninguna mejoría. Desde el día en que la puerta de su celda se cerró tras él, fue debilitándose y consumiéndose de pena.

La sumisión, o tal vez resignación, que demostraba era la propia de un hombre acabado. A veces, por sus maneras o por una o dos palabras que se le escapaban me daba la impresión de que estaba reflexionando sobre si en mejores circunstancias hubiera podido ser un hombre mejor. Pero nunca se justificó con la mínima alusión en este sentido o procuró ocultar su pasado.

En dos o tres ocasiones, y en mi presencia, algunas de las personas encargadas de vigilarlo se refirieron a su pésima reputación. Entonces él esbozaba una sonrisa y volvía hacia mí una mirada confiada, como si estuviese seguro de que yo había descubierto en él algún pequeño rasgo redentor, incluso en la época en que todavía era un niño. En todo lo demás se mostraba humilde y contrito, y nunca oí que se quejara.

Cuando llegó el período de sesiones, Mr. Jagers solicitó el aplazamiento del juicio hasta el período siguiente. Como la petición fue hecha en la seguridad de que el procesado no viviría tanto tiempo, fue denegada. Se celebró el juicio, y al presentarse ante el Tribunal, le permitieron sentarse en una silla. No se hizo objeción alguna a que yo tomara asiento a su lado, fuera del banco de los acusados pero lo bastante cerca para tenerle cogida la mano, que él me tendió cariñosamente.

El juicio fue breve y claro. Se dijo todo cuanto podía decirse a su favor: se alegó que había adquirido hábitos de trabajo y que consiguió prosperar por medios legales y hacerse

de una buena reputación. Pero era imposible negar que había regresado y que, a pesar de su condena, estaba allí ante el juez y los miembros del jurado. De modo pues que era imposible absolverlo.

En aquella época existía la costumbre (como me lo demostró la terrible experiencia de aquellas sesiones) de destinar el último día a la aprobación de las sentencias y a producir el efecto final con la condena a muerte. Si no fuese por el cuadro indeleble que el recuerdo pone ante mí, apenas podría creer, mientras escribo estas palabras, que vi treinta y dos hombres y mujeres reunidos ante el juez para oír aquel espantoso veredicto. Él estaba entre ellos, sentado, a fin de que respirase lo suficiente para conservar la vida.

Aún me parece estar contemplando la escena, y se me antoja incluso estar viendo las gotas de lluvia de abril, a la luz del sol, en las ventanas de la sala del tribunal. Los treinta y dos hombres y mujeres se hallaban en el espacio reservado a los acusados. Algunos tenían una expresión desafiante, otros estaban muertos de miedo, los había que lloraban y varios que se cubrían el rostro, avergonzados, o miraban alrededor con expresión sombría. Yo seguía al lado de Magwitch, sosteniéndole la mano. Se oyó algún alarido de las mujeres, pero luego reinó un silencio profundo. Poco después los alguaciles, con sus grandes collares y sus casacas cubiertas de galones, los ujieres y ordenanzas, así como una multitud heterogénea que llenaba la galería, como un vasto auditorio teatral, contemplaron cómo los treinta y dos sentenciados y el juez se confrontaban solemnemente. Entonces este último se dirigió, uno tras otro, a todos ellos. Había uno que había infringido las leyes prácticamente desde niño, y tras frecuentes encarcelamientos y castigos acabó por ser condenado a deportación por cierto número de años. Se había evadido, con violencia y osadía, y por ello había sido condenado a deportación perpetua. Por un tiempo aquel miserable pareció sinceramente arrepentido de sus errores y alejado del escenario de sus antiguos crímenes, llevar una vida apacible y honrada. Pero en un momento fatal, cediendo a aquellas tendencias y pasiones que durante tantos años lo habían convertido en un azote para la sociedad, había abandonado su lugar de retiro y de arrepentimiento para volver al país de donde había sido expulsado. En este consiguió burlar a las autoridades por largo tiempo, pero por fin fue detenido en el preciso instante en que se disponía a huir. Además, se había resistido, y se ignora si, cegado por sus instintos perversos, causó la muerte de quien lo había denunciado. Y como para los que se hallaban en su caso, la ley imponía la pena capital, y él, por su parte, había agravado su culpa, tenía que prepararse a morir.

El sol daba de lleno en los grandes ventanales de la sala del tribunal y hacía brillar las gotas de la lluvia que habían quedado en los cristales, formando una ancha franja de luz que iluminaba al juez y a los treinta y dos procesados, uniéndolos de ese modo y, quizá, recordando a alguno de los que se hallaban entre el público que tanto el magistrado como los acusados serían sometidos con absoluta equidad al gran juicio de Aquel que conoce todas las cosas y no puede equivocarse.

El preso se puso de pie por un momento y con el rostro iluminado por aquella franja de luz, declaró:

—Señor, ya he recibido mi sentencia de muerte por parte del Todopoderoso, pero me inclino ante la vuestra.

Una vez pronunciadas estas palabras, volvió a sentarse. Tras una pausa, el juez siguió con lo que tenía que decir a los demás. Todos fueron condenados formalmente y algunos tuvieron que ser sacados en brazos; otros salieron con su fingida expresión de desafío; unos pocos hicieron señas al público, y dos o tres se dieron la mano, mientras los demás salían masticando hierbajos que habían cogido del suelo. Magwitch fue el último en salir, porque tuvieron que ayudarlo a levantarse de la silla y se veía obligado a andar muy despacio. No soltó mi mano ni por un instante mientras se llevaban a los demás y el público se levantaba y se arreglaba la ropa (como si estuviera en la iglesia o en otro lugar donde concurre la gente). Había quien señalaba a uno y otro criminal y a veces también a Magwitch y a mí.

Yo deseaba, y suplicaba a Dios con todo fervor, que mi desventurado amigo muriese antes del día de la ejecución, pero temiendo que su vida se prolongase, aquella misma noche redacté una instancia de súplica al Ministerio de la Gobernación exponiendo cómo lo había conocido y explicando que había regresado solo para verme. Escribí tan ferviente y patéticamente como supe y pude, y cuando hube terminado y enviado aquella petición, redacté otra para todas aquellas personas con autoridad que creí más inclinadas a la misericordia, incluido el rey. Durante algunos días y noches después de su sentencia no descansé, exceptuando los momentos en que me quedaba dormido en mi silla, pues no cesaba de trabajar constantemente en la redacción y envío de estas peticiones. Preocupado por el resultado que pudieran dar mis súplicas a las personas de influencia, vagaba de noche por las calles donde se hallaban las oficinas y las casas en que había dejado las instancias. Aun ahora, en las noches frías de primavera, las calles del oeste de Londres, con sus mansiones de aspecto severo y sus largas hileras de farolas, me traen tristes recuerdos.

Las visitas diarias que podía hacer a Magwitch habían sido acortadas, y se lo vigilaba muy estrictamente. Al advertir o, mejor dicho, figurarme que sospechaban que yo podría llevarle algún veneno, pedí que me registrasen antes de sentarme al lado de su lecho, y dije al oficial que siempre se encontraba allí que yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrar mi buena fe y la rectitud de mis intenciones. Nadie nos trataba mal. Era necesario cumplir con el deber, y así lo hacían, pero sin dureza. El oficial me aseguraba que la salud de Magwitch empeoraba, y otros presos que lo cuidaban en calidad de enfermeros (malhechores todos, pero no incapaces, gracias a Dios, de mostrarse bondadosos) coincidían con él.

A medida que los días transcurrían, noté que Magwitch, cada vez con mayor frecuencia, permanecía tendido de espaldas contemplando el techo, mientras la luz iba desapareciendo de su rostro, hasta que una palabra mía volvía a iluminarlo por un instante, pero al siguiente volvía a ensombrecerse. Algunas veces casi perdía el uso de la palabra y me contestaba con suaves apretones de mano cuyo sentido yo conseguí comprender perfectamente.

Al cabo de diez días observé en él un cambio mayor que todos los que había notado hasta entonces. Al verme entrar se le iluminaron los ojos, y cuando me acerqué a su cama, dijo:

—Querido muchacho, creía que ibas a llegar con retraso.

—Es la hora exacta —contesté—; he estado esperando a que abriesen la puerta.

—Siempre esperas en el umbral, ¿verdad, querido Pip?

—Sí, para no perder ni un segundo del tiempo que nos conceden.

—Muchas gracias, querido muchacho, muchas gracias. Nunca me has abandonado; Dios te bendiga.

Le oprimí las manos sin pronunciar palabra, porque no podía olvidar que en cierta ocasión me había sentido tentado de abandonarlo.

—Y lo mejor de todo —agregó— es que has estado más a mi lado desde que el firmamento de mi vida comenzó a cubrirse de negros nubarrones que cuando lucía el sol. Esto es lo que tiene más mérito, Pip.

Estaba tendido de espaldas y respiraba con gran dificultad. A pesar de sus palabras y del cariño que me demostraba, su fisonomía era cada vez más sombría y un velo iba extendiéndose sobre la mirada serena que dirigía al techo.

—¿Sufre usted mucho hoy?

—No, no me quejo, querido muchacho.

—Usted nunca se queja.

Había pronunciado ya sus últimas palabras. Sonrió, y por la presión de su mano comprendí que deseaba levantar la mía y apoyarla en su pecho. Así lo hice. Sonrió nuevamente y puso sus dos manos sobre la mía.

Así pasamos el tiempo fijado para la visita, pero al volverme vi que a mi lado estaba el director de la cárcel, que dijo:

—No hay necesidad de que se marche usted todavía.

Le di las gracias y pregunté:

—¿Puedo hablarle, si es que me llega a oír?

El director de la cárcel se apartó un poco e hizo seña al oficial de prisiones de que lo imitara. El cambio, aunque llevado a cabo sin ruido, hizo desaparecer el velo que ocultaba la mirada serena del enfermo. Este fijó sus ojos en mí con expresión cariñosa.

—Querido Magwitch —susurré—. Es necesario que, por fin, le haga saber una cosa. ¿Comprende lo que estoy diciéndole?

Noté una ligera presión en las manos.

—En otro tiempo tuvo usted una hija a la que amaba apasionadamente y a quien perdió. Volvió a presionar mi mano, esta vez con mayor fuerza.

—Pues vivió y encontró poderosos amigos. Vive aún. Es una dama muy hermosa y yo la adoro.

Con un último y débil esfuerzo que habría sido ineficaz si yo no lo hubiese ayudado, acercó mi mano a sus labios. Luego, lentamente, la dejó caer sobre su pecho y la cubrió con sus manos. La mirada serena dirigida al techo volvió a brillar por un instante para apagarse de inmediato; el moribundo inclinó, muy despacio, la cabeza sobre el pecho.

Recordando entonces lo que habíamos leído juntos, pensé en los dos hombres que subieron al templo para rezar, y comprendí que junto al lecho mortuario no podía pronunciar mejores palabras que:

—¡Oh, Dios mío! ¡Tened misericordia de él, desdichado pecador!

LVII

Ahora que me hallaba completamente solo, avisé que tenía intención de abandonar las habitaciones que ocupaba en Temple tan pronto como pudiese ser rescindido el contrato de arriendo. Puse entonces el letrero de «se alquila», pues como tenía muchas deudas y disponía de muy poco dinero empecé a preocuparme muy seriamente de mis asuntos. Podría decir mejor que me alarmaba tener energía y capacidad de comprensión suficientes para darme cuenta de ciertas verdades, aparte del hecho que me sentía muy enfermo. La tensión de los últimos días había contenido la dolencia, pero sin vencerla. Luego advertí que iba apoderándose de mí, y no supe ni quise saber nada más acerca de mi estado.

Permanecí un par de días echado en el sofá, o en el suelo... en cualquier parte, según el sitio donde daba la casualidad que me desplomaba. Me dolía la cabeza y todo el cuerpo, y no tenía fuerza ni voluntad. Una noche, que me pareció interminable, la pasé sumido en la ansiedad y el horror, y cuando a la mañana siguiente intenté sentarme en la cama para reflexionar sobre mi situación, me di cuenta de que no podía incorporarme.

Ignoro si en realidad había estado en Garden Court, en plena noche, en busca del bote que imaginaba encontraría allí; o si dos o tres veces desperté aterrado en la escalera, sin saber cómo había salido de la cama; si me vi encendiendo la lámpara convencido de que él subía por la escalera, y de que todas las demás luces estaban apagadas; si me sentí extrañamente atormentado por una voces, unas carcajadas y unos gemidos de alguien, o había sido yo, como sospeché, quien los había proferido; si había habido un horno de hierro cerrado en un rincón oscuro de la estancia y una voz misteriosa había gritado repetidamente que miss Havisham estaba consumiéndose allí dentro. Aquella mañana, mientras yacía en mi lecho, pretendía aclarar todo eso meditando con calma. Pero entre mis ideas y yo se interponía el vapor de un horno de cal, desordenando aquellas por completo, y fue a través de aquel vaho, semejante a una nube, que descubrí a dos hombres que me miraban.

—¿Qué se les ofrece? —pregunté asustado—. No los conozco.

—Está bien, señor —repuso uno de ellos, inclinándose y tocándome el hombro—. Este es un asunto que podrá usted arreglar en breve; pero por el momento queda usted detenido.

—¿A cuánto asciende la deuda?

—A ciento veintitrés libras esterlinas, quince chelines y seis peniques. Creo que se trata de la cuenta del joyero.

—¿Y qué hay que hacer?

—Lo mejor será que venga usted a mi casa —propuso aquel individuo—. Tengo un aposento bastante confortable.

Hice inútiles esfuerzos por levantarme y vestirme. Cuando volví a fijarme en aquellos sujetos, observé que se habían apartado de la cama y estaban contemplándome. Yo continuaba echado.

—Ya pueden ustedes ver cómo me encuentro —dije—. Si pudiese los acompañaría, pero la verdad es que no puedo. Y si se me llevan con ustedes, creo que moriré por el camino.

Quizá contestaron o intentaron animarme a fin de hacerme creer que me encontraba mejor de lo que creía. Pero como ahora los recuerdo muy confusamente, ignoro qué hicieron, excepto que desistieron de su intento de que fuera con ellos.

Que tuve una fiebre muy alta y padecí mucho; que deliraba con frecuencia y el tiempo me parecía interminable, que confundía mi identidad con otras posibles; que era una especie de ladrillo en la pared de la casa y anhelaba salir del lugar en que me habían colocado los albañiles; que luego me convertí en una barra de acero de una máquina gigantesca que giraba al borde de un abismo, y que, sin embargo, imploraba a mi propia persona que se detuviese y se apartase de ella; que pasé por todas esas fases de la enfermedad, lo sé perfectamente por los recuerdos que conservo y, hasta cierto punto, lo sabía al experimentarlas. También sé que en ocasiones luchaba contra gente real en la creencia de que se trataba de asesinos, pero de inmediato comprendía que me querían bien y entonces me abandonaba, exhausto, en sus brazos y dejaba que me tendiesen en la cama. Comprendía todo eso, pero sobre todo (cuando estaba muy mal) veía que aquella gente sufría extraordinarias transformaciones, pues su rostro adquiría un tamaño enorme, y cosa rara, más tarde o más temprano todos se convertían en el rostro de Joe.

Pasada la crisis, comencé a darme cuenta de que si bien todos los demás detalles cambiaban, esta visión del simpático rostro de Joe no variaba. Fuere quien fuere el que se acercaba a mí, seguía pareciéndose a él. Yo abría los ojos por la noche y veía a Joe sentado al lado de mi cama. Los abría de día, y junto a la ventana abierta y con las cortinas corridas, estaba Joe fumando su pipa. Pedía yo una bebida refrescante y la mano que me la daba era la de Joe. Después de beber apoyaba la cabeza en la almohada y el rostro que contemplaba con infinita ternura y esperanza era siempre el de Joe.

—¿Eres realmente Joe? —me decidí a preguntar un día en que me sentía con valor suficiente.

—El mismo, querido Pip —contestó aquella voz de otros tiempos tan querida.

—¡Oh, Joe! Me desgarras el corazón. ¡Mírame, pégame! Repróchame mi ingratitud... ¡No seas tan bondadoso conmigo!

Pero Joe, feliz de ver que lo había reconocido, se inclinaba ahora sobre mí y me rodeaba el cuello con el brazo.

—Oye, querido Pip —dijo—. Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos, y cuando estés restablecido iremos a dar un paseo y verás cómo nos divertimos.

Dicho esto, Joe volvió junto a la ventana y, de espaldas a mí, se enjugó las lágrimas. Y como mi estado de extrema postración me impedía levantarme para ir a su lado, me quedé en la cama, murmurando con remordimiento:

—¡Dios bendiga a este hombre bondadoso y cristiano!

Los ojos de Joe estaban enrojecidos cuando lo vi de nuevo a mi lado, pero en aquel momento le tenía cogida la mano y los dos nos considerábamos muy dichosos.

—¿Cuánto tiempo hace, querido Joe?

—¿Te refieres a cuánto ha durado tu enfermedad?

—Sí.

—Hoy es el último día de mayo, Pip. Mañana es el primero de junio.

—¿Y has estado siempre aquí, querido Joe?

—Casi siempre, Pip. Porque tal como le dije a Biddy cuando recibimos la carta en que nos informaban de tu enfermedad, y que nos entregó el cartero, aquel buen hombre que ahora se ha casado tal como deseaba, a pesar de que no gana ni para los zapatos que gasta...

—¡Qué feliz me siento de poder oírte, Joe! Pero te he interrumpido cuando ibas a contarme lo que le dijiste a Biddy...

—Pues le dije que debías de estar entre gente extraña, y como tú y yo siempre fuimos buenos compañeros, supuse que no te molestaría que te visitásemos, y Biddy me dijo: «Vaya usted a su lado de inmediato; no pierda ni un minuto».

Pero Joe guardó silencio para hacerme saber que no me convenía hablar demasiado y que debía alimentarme, tuviese o no deseos de hacerlo, y que no me quedaba más remedio que obedecer sus órdenes. Le besé la mano y permanecí quieto, mientras él se disponía a escribir una carta a Biddy enviándole cariñosos recuerdos de mi parte.

Evidentemente, Biddy había enseñado a escribir a Joe. Mientras yo estaba en la cama contemplándolo, no pude evitar llorar de satisfacción al ver con qué justificado orgullo se disponía a escribir aquella misiva. Mi cama, a la que le habían quitado el baldaquín, fue trasladada, conmigo encima de ella, a la habitación que servía de sala, por ser la más amplia y mejor ventilada. Sacaron la alfombra y la estancia se conservaba fresca y ventilada de día y de noche. Joe se sentó ante mi escritorio, que estaba en un rincón, y emprendió su gran tarea. Eligió ante todo una pluma, como si la sacara de un cajón de herramientas, luego se arremangó como si fuera a empuñar un martillo para trabajar en el yunque. Tuvo que apoyar penosamente su codo izquierdo encima de la mesa y echar la pierna derecha hacia atrás antes de poder empezar, y cuando lo hizo, comenzó a escribir con una lentitud extraordinaria. Hacía rechinar la pluma. Se le había metido en la cabeza la manía de que el tintero estaba al otro lado de donde se hallaba en realidad y eran muchas las veces en que pretendía mojar la pluma en el aire, aunque aun así parecía muy satisfecho del resultado. De vez en cuando tropezaba con algún pedrusco ortográfico, pero en conjunto lo hacía bastante bien, y cuando hubo firmado, después de quitar un borrón, se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa, examinando lo que había conseguido hacer con gran esfuerzo, y dio muestras de estar muy satisfecho.

A fin de no importunar a Joe hablando demasiado, dejé para el día siguiente averiguar cómo seguía miss Havisham. Cuando le pregunté si esta se había restablecido, sacudió la cabeza con expresión de pesadumbre.

—¿Ha muerto, Joe?

—Oye, querido Pip —contestó con tono de reproche y procurando darme la noticia poco a poco—, no voy a afirmar tal cosa, porque hay mucho que decir, pero el caso es que no...

—¿Que no vive, Joe?

—Esto se acerca más a la realidad... —repuso—. No vive.

—¿Tardó mucho en fallecer?

—Una semana o así, desde que caíste enfermo —respondió.

—¿Te has enterado de quién va a heredar su fortuna?

—Te diré, Pip. Al parecer, la mayor parte es para miss Estella. Pero pocos días antes del accidente escribió una última voluntad en la que consta que deja cuatro mil libras a Mr. Matthew Pockett. ¿Por qué te figuras que le dejó esas cuatro mil libras? Pues por lo que tú le dijiste acerca de él. Según me ha dicho Biddy, esa última voluntad rezaba así: «Atendiendo a lo que Pip me ha manifestado acerca de Mr. Pockett...». ¡Cuatro mil libras, Pip!

Aquello me alegró mucho, pues era la única cosa buena que había yo hecho en mi vida. Pregunté entonces a Joe si sabía de la existencia de algún otro legado para los demás parientes.

—Miss Sarah —contestó—, recibirá veinticinco libras cada año para que se compre píldoras, pues según parece es muy biliosa. Miss Georgiana recibirá veinte libras y basta... ¿Cómo se llaman esos animales que poseen una giba enorme?

—¡Camellos! —contesté sin acertar a comprender por qué quería saberlo.

—Eso es, Mrs. Camello...

Comprendí entonces que se refería a Mrs. Camilla.

—Pues Mrs. Camello —prosiguió—, recibirá cinco libras para que se compre velas que puedan alegrarla cuando despierte por la noche.

La precisión de aquellos detalles me hizo comprender que Joe estaba bien enterado.

—Y ahora —agregó—, todavía no estás bastante fuerte para comunicarte otras noticias. Solo voy a darte una más... Orlick entró a robar en su casa.

—¿En casa de quién? —pregunté.

—No, espera... Creo que la casa de un inglés es un castillo, y los castillos solo deben asaltarse en tiempo de guerra. Además, fueran cuales fueren sus faltas, siempre fue un buen tratante de granos y semillas.

—Así, pues, ¿fue en casa de Mr. Pumblechook donde se cometió el robo?

—Eso es, Pip —repuso Joe—. Le quitaron la caja de caudales con el dinero, le bebieron el vino, se hartaron de lo que encontraron, y no satisfechos con todo eso, lo abofetearon, le tiraron de la nariz y lo ataron al pie de la cama. Además, para que no gritase le llenaron la boca con hojas de calendario. Pero Pumblechook reconoció a Orlick y este ahora está en la cárcel.

De aquella manera conseguimos, poco a poco, conversar sin reparo. Yo iba recobrando las fuerzas muy lentamente, pero hacía ininterrumpidos progresos y me parecía ser nuevamente el pequeño Pip.

Porque el cariño de Joe me era muy necesario ahora que ya no me consideraba más que un niño en sus manos. Se sentaba a mi lado y me hablaba con idéntica confianza, sencillez y

protección que en otros tiempos, hasta tal punto que llegué a figurarme que todo lo que me había ocurrido desde el día en que había abandonado la vieja cocina de la casa de Joe no había sido más que una de las numerosas pesadillas provocadas por la fiebre y que ya se había desvanecido por completo. Se ocupaba de todo lo de casa, a excepción de las faenas domésticas, para las cuales contrató a una mujer muy seria y aseada, después de que hubo despedido a la lavandera el mismo día de su llegada.

—Te aseguro, Pip —decía, como para explicar las libertades que se tomaba—, que la sorprendí agujereando un colchón, como si fuese un barril de cerveza, y llenando un cubo de plumas para ir a venderlas. No cabe duda de que después se habría llevado las de tu cama, aunque tú estuvieses tendido en ella, y ya se estaba llevando el carbón en la sopera y las copas de licor y los licores mismos ocultos en tus botas.

Estábamos esperando con impaciencia el día en que yo pudiese salir a dar un paseo, del mismo modo que antaño esperábamos con ansia que yo me convirtiese en su aprendiz. Y cuando llegado ese día entró un coche descubierto en la callejuela, Joe me abrigó cuidadosamente, me levantó en sus fuertes brazos y me bajó hasta el coche, en el cual me acomodé como si fuese una débil criaturita a la que dedicara toda su generosidad.

Se sentó a mi lado y nos dirigimos hacia el campo, donde las plantas perfumaban deliciosamente el aire. Era domingo, y al observar la encantadora belleza que me rodeaba y pensar en lo mucho que había crecido y cambiado todo y en cómo habían florecido los arbustos y se habían hecho más fuertes las voces de los pájaros, de día y de noche, sin cesar, bajo el sol y bajo las estrellas, mientras que yo, desdichado de mí, me encontraba tendido, ardiendo a veces de fiebre y retorciéndome en un lecho, solo el recuerdo de este parecía bastar para interrumpir mi paz. Pero cuando oí el tañido dominguero de las campanas y contemplé la hermosura de la Naturaleza, comprendí que en mi corazón no había aún bastante gratitud (porque todavía estaba demasiado débil incluso para este sentimiento) y me apoyé en el hombro de Joe, como en otros tiempos, cuando me llevaba en brazos a la feria o a otro lugar lejano, al que llegaba extenuado.

Al cabo de un rato me sentí más animado y comenzamos a hablar como solíamos hacerlo, sentados en la hierba. Joe seguía igual que siempre. Era exactamente el mismo: fiel, recto y sencillo.

Cuando estuvimos de regreso me levantó y me llevó en sus brazos con tanta facilidad a través del patio y por la escalera que vino a mi memoria aquella víspera de Navidad, tan llena de acontecimientos, en que me llevó a cuestras por los pantanos. Aún no habíamos aludido a mi cambio de fortuna, y yo ignoraba hasta dónde estaba enterado de la última parte de mi historia. Yo dudaba tanto de mí mismo y confiaba tanto en él que no sabía si tenía que referirme al tema sin que él lo hiciese.

—¿Habías oído hablar —le pregunté aquella misma noche, después de meditarlo bien y mientras él fumaba su pipa junto a la ventana—, de quién era mi protector?

—Oí decir que no era miss Havisham —repuso.

—¿Oíste decir quién era, Joe?

—Bueno, verás, me dijeron que era la persona que mandó a otra para que te entregara los dos billetes en Los Alegres Barqueros, Pip.

—Exacto.

—¡Es asombroso! —exclamó con la mayor placidez.

—¿Oíste decir que había muerto? —pregunté con creciente timidez.

—¿Quién? ¿El que envió los billetes?

—Sí.

—Creo haber oído algo en ese sentido —respondió mirando evasivamente hacia el alféizar de la ventana.

—¿Oíste decir algo relativo a las circunstancias en que se encontraba, Joe?

—Nada extraordinario ni exacto, Pip.

—Si deseas que te explique... —comencé, pero él se levantó y se acercó a mi sofá.

—Oye, querido Pip —dijo inclinándose sobre mí—, siempre hemos sido buenos amigos, ¿no es cierto?

Me daba vergüenza contestar.

—Pues bien —prosiguió como si yo hubiese respondido—, entonces estamos de acuerdo. ¿Para qué hablar de cosas completamente innecesarias, sobre todo cuando tenemos asuntos de importancia que tratar? ¡Dios mío! ¡Cuando pienso en tu pobre hermana y en los arranques de mal genio que tenía! ¿Te acuerdas del bastón con que solía zurrarte?

—Sí, Joe.

—Pues oye, querido Pip —continuó él—, hice todo lo que pude para que tú y aquel bastón de los azotes estuvierais lo más separados posible, pero aunque mi deseo era grande, mi poder no lo era tanto, porque si me hubiera interpuesto tu pobre hermana no solo me habría pegado sino que, además, la zurra que te hubiese dado habría sido mucho más contundente. Estoy seguro de eso. No era el temor de que me tiraran de los bigotes o me dieran un par de sacudidas violentas (que me habrían importado viniendo de tu hermana) lo que me habría impedido librar a una criatura del castigo. Pero cuando el tirón y las sacudidas solo pueden servir para que al pequeño le propinen mayor número de azotes, entonces hay hombres que, naturalmente, dicen para sus adentros: «¿Para qué sirve intervenir en estos casos? Veo lo que tiene de malo, pero no lo que tiene de bueno. Yo le invito, señor», dice este hombre, «a que me demuestre qué tiene de bueno».

—¿Eso dice el hombre? —pregunté al ver que Joe esperaba que hablase.

—Sí, Pip, y tiene razón.

—Querido Joe, el hombre siempre tiene razón.

—Pues bien, querido compañero —agregó él—, en ese caso has de atenerte a lo que dices. Si este hombre siempre tiene razón, también la tiene cuando declara: «Suponiendo que cuando niño te hubieras callado algún pequeño secreto, lo hiciste porque sabías que el poder de George Gargery para manteneros separados a ti y al bastón de los azotes no era tanto como tú hubieras deseado. Por lo tanto, no pienses en esta clase de cosas ni se te antoje hablar de ellas sin ton ni son». Antes de que yo viniera, Biddy se tomó muchas molestias (porque soy muy duro de mollera) para que viese la cosas bajo este aspecto y así te lo dijese. Y habiendo hecho lo uno y lo otro —agregó Joe muy satisfecho en su lógico razonamiento—, un amigo fiel te aconseja lo siguiente: «No pienses más en eso; lo que tienes que hacer es cenar, beber tu vino con agua y meterte en la cama».

La delicadeza con que Joe desvió el tema de nuestra conversación y el tacto y la bondad con que Biddy (quien con su instinto femenino me comprendió de inmediato) lo había preparado para eso, me impresionaron profundamente. Pero ignoraba todavía si Joe estaba enterado de lo pobre que era yo ahora y de cómo mis grandes esperanzas se habían desvanecido al igual que la niebla de los pantanos bajo los rayos del sol.

Otra cosa en Joe, que no logré comprender cuando comenzó a manifestarse pero que no tardé en explicarme, con tristeza, fue que a medida que me encontraba mejor y más fuerte, él parecía sentirse más cohibido conmigo. Durante los días de mi convalecencia, en que dependía por completo de él, mi querido amigo había vuelto a acostumbrarse a tratarme con el antiguo tono y se dirigía a mí llamándome «querido Pip» y «querido muchacho», palabras que sonaban ahora a mis oídos como una armonía deliciosa. Yo también, por mi parte, había vuelto al modo en que procedía siendo niño y le agradecía mucho que me permitiese hacerlo. Pero, imperceptiblemente, aunque yo procuraba conservar nuestro trato íntimo, Joe abandonó su expresión de confianza y aunque al principio me sorprendió pronto comprendí que yo era la causa de aquel cambio y que toda la culpa era mía.

¿Acaso no le había dado motivos para dudar de mi perseverancia y pensar que en mi situación de prosperidad me olvidaba de él? ¿No había dado motivos a su inocente corazón para comprender intuitivamente que a medida que fuese restableciéndome él perdería su influencia sobre mí y que lo mejor sería abandonar el trato de confianza antes de que yo cesara en nuestra familiaridad?

Fue la tercera o cuarta vez que salí a pasear por los jardines de Temple, apoyado en el brazo de Joe, cuando observé este cambio en él. Habíamos estado sentados tomando el sol, contemplando el río, y al levantarnos se me antojó decir:

—Fíjate, Joe, ya puedo andar sin apoyarme en nadie. Ahora verás cómo vuelvo a casa solo.

—No hagas demasiados esfuerzos, Pip —contestó—; pero me agradaría ver que eres capaz de hacerlo... señor.

Estas últimas palabras me molestaron mucho, pero ¿cómo podía reprochárselas? No pasé de la puerta del jardín y aparenté sentirme más débil de lo que realmente me encontraba, y supliqué a Joe que me permitiera apoyarme de nuevo en su brazo. Él consintió, pero permaneció pensativo.

Yo también lo estaba, porque me preocupaba encontrar el modo de evitar ese cambio cada vez más patente en el trato de Joe y me torturaba el remordimiento. Me daba vergüenza confesarle la realidad de mi situación, pero creo que ese sentimiento no era completamente indigno. Sabía que él pretendía ayudarme con sus pequeños ahorros y comprendía que mi deber era no permitirselo.

Fue aquella una velada taciturna para ambos, pero antes de acostarnos decidí dejar pasar el día siguiente, que era domingo, y con la nueva semana comenzar con mi nueva conducta. El lunes por la mañana le hablaría a Joe de ese cambio de trato, abandonaría por fin cualquier reserva y le expresaría todo lo que pensaba al respecto (aquel «en segundo lugar» al que no hemos llegado todavía) y por qué había resuelto no acompañar a Herbert; de esa manera estaba seguro de que lograría vencer para siempre aquel lamentable cambio

que yo advertía en mi entrañable amigo. A medida que me mostraba más franco, Joe hacía lo mismo, como si hubiese tomado idéntica decisión.

Pasamos apaciblemente el domingo y luego nos fuimos a pasear por el campo.

—No te puedes figurar cuánto me alegro de haber estado enfermo, Joe —le dije.

—Querido Pip, muchacho, ya está usted casi completamente restablecido, señor.

—Este tiempo que hemos pasado juntos lo recordaré toda la vida, Joe.

—Yo también, señor.

—Jamás podré olvidarlo. En otra época, pasamos un tiempo juntos, que llegué a olvidar, pero te aseguro que estos últimos días jamás los olvidaré.

—Pip —dijo Joe, al parecer algo turbado—. ¡Cómo nos hemos divertido! Y, querido señor, lo que haya ocurrido entre nosotros... ¡ya pasó!

Por la noche, cuando me hube acostado, Joe vino a mi cuarto, como había hecho durante toda mi convalecencia, y me preguntó si estaba seguro de que me encontraba bien como por la mañana.

—Sí, Joe, me encuentro perfectamente.

—¿Notas que cada día que pasa recobras más fuerzas, querido Pip?

—Sí, Joe, recupero la salud muy rápidamente.

Joe dio unas palmadas cariñosas sobre mi hombro y con voz que me pareció algo ronca dijo:

—Buenas noches.

Cuando me levanté por la mañana, descansado y animoso, estaba decidido a decírselo todo a Joe, sin más dilaciones. Me disponía a exponérselo antes de desayunar. Ante todo me vestiría e iría de inmediato a su habitación para darle una sorpresa, pues aquel era el primer día en que me levantaba temprano. Entré en su dormitorio, pero vi que no estaba allí, y no solo había desaparecido, sino también su baúl.

Corrí entonces hacia la mesa en que solíamos tomar el desayuno y en ella encontré un papel escrito, cuyo lacónico contenido rezaba así:

Como ahora ya estás completamente restablecido me e marchado porque no quiero molestar.

JOE.

P. S. Siempre los mejores amigos.

En esta carta iba incluido el recibo de pago de la deuda por la que yo había sido detenido. Hasta entonces yo había imaginado que mi acreedor había retirado o suspendido la demanda en espera de mi completo restablecimiento, pero nunca habría sospechado que Joe hubiese abonado el importe.

¿Qué otra cosa podía hacer que seguirlo a la vieja y querida fragua y allí hablarle con toda franqueza y manifestarle mi profundo arrepentimiento para luego aliviar mi corazón y mi alma de aquel «en segundo lugar» que comenzó siendo una idea vaga y acabó por convertirse en un propósito inquebrantable?

Este propósito era el de presentarme ante Biddy, manifestarle cuán arrepentido volvía a su lado y explicarle cómo había perdido mis grandes esperanzas, recordándole al mismo tiempo nuestras antiguas confidencias de la época más feliz de mi vida. Luego le diría: «Biddy, creo que llegaste a quererme, cuando mi corazón errante, a medida que iba

alejándose de ti, notaba que en tu compañía siempre se había sentido más sosegado y dichoso que desde mi ausencia. Si puedes volver a amarme, aunque no sea más que la mitad de lo que antes me amabas, si puedes aceptarme con todos mis defectos y decepciones, hazlo Bidy, como si yo fuese un niño a quien se perdona, pues en realidad estoy tan apenado y necesito de una voz cariñosa y una mano acariciadora, que me creo más digno de ti que en otros tiempos, no mucho quizá, pero sí bastante más que antes. Y, además, Bidy, tú decidirás si tengo que trabajar nuevamente en la fragua con Joe o si he de buscar otra ocupación aquí o si prefieres que vayamos a un país lejano donde me espera una oportunidad que no acepté cuando me la ofrecieron porque antes quería saber cuál sería tu respuesta. Ahora, querida Bidy, si me dices que podrás ir por el mundo de mi brazo, harás que ese mundo sea mejor para conmigo y yo mejor para con él, y lucharé esforzadamente para que sea como tú lo mereces».

Aquellas eran mis intenciones. Por lo tanto, dejé transcurrir dos o tres días para acabar de restablecerme y partí rumbo a mi pueblo con la intención de llevar a cabo mis propósitos, y lo que conseguí es lo que me queda por relatar.

LVIII

La noticia del fracaso de mi fabulosa fortuna había llegado a mi tierra natal antes de que yo pudiera darla personalmente. Vi que en El Jabalí Azul ya estaban enterados y advertí que allí me trataban con menos consideración y mayor frialdad al saber que no poseía ninguna clase de bienes.

Llegué por la tarde, muy cansado por el viaje que en otras ocasiones había realizado cómodamente. En la posada no pudieron cederme la habitación que solía ocupar porque estaba comprometida (quizá por otro que también tenía grandes esperanzas) y me ofrecieron un cuartucho entre las sillas de posta y el palomar que había en el patio. Pero dormí tan profundamente en aquella pocilga como en la mejor habitación que pudiese ofrecer El Jabalí Azul.

Por la mañana muy temprano, mientras preparaban el desayuno, me fui a dar una vuelta por la casa de miss Havisham. En la puerta había unos carteles y las ventanas estaban cubiertas con unos pedazos de alfombra. En los primeros se anunciaba que la semana siguiente iba a celebrarse una subasta de todo el mobiliario y otros efectos de la casa. Esta se ponía también a la venta para ser derribada y aprovechar el material de construcción. La fábrica de cerveza ostentaba, con letras blancas, la inscripción: «Lote núm. 1.» La parte principal del edificio, que había permanecido cerrada durante tanto tiempo, iba señalada con la indicación: «Lote núm. 2.» Había otros lotes en distintos lugares de la finca, y la hiedra había sido arrancada para dejar espacio destinado a las inscripciones.

Entré por la puerta abierta para estar allí solo un momento y miré alrededor con la timidez de un forastero que nada tenía que hacer por allí. Vi al pasante del subastador caminar por encima de los barriles y contarlos mientras el recopilador del catálogo tomaba nota, usando como mesa el antiguo sillón de ruedas que tantas veces había empujado yo mientras cantaba el San Clem.

Cuando volví a El Jabalí para tomar el desayuno, encontré allí a Mr. Pumblechook, que estaba hablando con el dueño. El primero (que aparentemente no había mejorado de su reciente aventura nocturna), me estaba esperando y me dijo:

—Lamento infinitamente verlo en tan mala situación, joven. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse?

Me tendió la mano con ademán de generosa indulgencia, y como yo, a consecuencia de mi enfermedad, no me sentía con ánimos para discutir, se la estreché.

—¡William! —exclamó Mr. Pumblechook llamando al camarero—. Pon un panecillo en la mesa. ¡Así ha acabado! ¡Así ha acabado!

Yo me senté de mala gana ante mi desayuno. Mr. Pumblechook tomó asiento a mi lado y me sirvió el té antes de que yo pudiese alcanzar la tetera, con el aire de un bienhechor decidido a ser fiel hasta el final.

—William —dijo Mr. Pumblechook con tono melancólico—. Trae la sal. En tiempos muy felices —añadió dirigiéndose a mí— creo que prefería usted el azúcar. ¿Le gustaba la leche? ¿Sí? Azúcar y leche. William, trae berros.

—No, muchas gracias, no como berros.

—¿No come berros? —preguntó Mr. Pumblechook, y dejó escapar un suspiro mientras sacudía la cabeza como si ya se lo hubiese figurado y como si el rechazar los berros fuese una consecuencia de mi ruina—. Es verdad, no traigas berros, trae los productos sencillos de la tierra.

Continué desayunando y él siguió a mi lado contemplándome con sus ojos de pescado, respirando ruidosamente.

—Apenas le queda la piel y los huesos —exclamó—. Sin embargo, cuando se marchó de aquí (me permitiré añadir que lo hizo con mi bendición) y le ofrecí mis modestas provisiones, estaba regordete y sonrosado como un melocotón.

Aquello me recordó sus atenciones serviles y la manera sumisa de tenderme la mano cuando mi situación era próspera, muy distintas de las de ahora. Entonces me preguntaba continuamente: «¿Me será permitido...?». En cambio ahora me había ofrecido, como saludo, sus cinco dedos rechonchos con ademán tan compasivo como arrogante.

—¡Ah! —prosiguió, entregándome el pan con mantequilla—. ¿Y vuelve usted al lado de Joseph?

—¡Por Dios! —exclamé indignado y sin poder contenerme—. ¿Qué le importa a usted adónde voy? Y deje la tetera de una vez.

Aquello era lo peor que yo podía haber hecho, pues di a Pumblechook la ocasión que estaba esperando.

—Sí, joven —replicó soltando el asa de la tetera, apartándose uno o dos pasos de la mesa y hablando de manera que lo oyesen el dueño y el camarero, que estaban en el umbral—. Voy a dejar la tetera, tiene usted razón, pues me olvidé de mí mismo al interesarme tanto por su desayuno y pretender que su cuerpo, agotado por la debilidad, se beneficiase del sano alimento de sus abuelos. Y sin embargo —agregó dirigiéndose al dueño y al camarero y señalándome con el brazo extendido—, este es el mismo a quien entretuve yo en sus días de infancia feliz. Y aunque me digan ustedes que no puede ser, les contestaré que, efectivamente, es él.

Los dos oyentes contestaron con un débil murmullo; el camarero parecía particularmente afectado.

—Es el mismo —prosiguió Pumblechook—, a quien muchas veces llevé en mi coche, el mismo a quien vi criar a fuerza de pescozones; el mismo cuya hermana era sobrina mía a consecuencia de su matrimonio, la que se llamaba Georgiana Maria en recuerdo de su propia madre. ¡A ver si es capaz de negarlo!

El camarero parecía convencido de que yo no podía negarlo, y eso daba al caso un aspecto muy turbio.

—Joven —añadió Pumblehook estirando el cuello hacia mí como solía hacer—. Ahora ya se ve al lado de Joseph, y ha dicho que a mí no me importaba saber adónde iba. Yo le digo, señor, que se va usted al lado de Joseph.

El camarero tosió, como invitándome modestamente a contradecirlo.

—Ahora —prosiguió Pumblehook con su aire exasperante de decir en favor de la virtud cosas convincentes e irrefutables—, voy a decirle lo que dirá usted a Joseph. Aquí está presente el dueño de El Jabalí, conocido y respetado por todos, y aquí está William, quien, si no me equivoco, se apellida Potkins.

—No se equivoca usted, señor —repuso William.

—Pues en su presencia, le diré a usted, joven, lo que va a decirle a Joseph: «Joe, hoy he visto a mi primer protector y al fundador de mi fortuna. No citaré nombres, pero así lo llaman en el pueblo».

—Juro que no veo aquí a mi protector —dije.

—Pues dígaselo así —replicó Pumblehook—, y el propio Joe se mostrará asombrado.

—En esto se equivoca por completo —contesté—, porque yo lo conozco mejor que usted.

—Le dirá, joven —continuó Pumblehook—: «Joe, he visto a ese hombre que no nos tiene rencor ni a ti ni a mí. Conoce tu carácter y sabe muy bien que eres ignorante y terco; también conoce mi temperamento, Joe, y no ignora que he sido ingrato. Sí, Joe», dirá usted —al llegar a este punto Pumblehook me amenazó con la cabeza y con la mano—, «conoce mi falta de gratitud. Lo sabe mejor que nadie, Joe. Tú lo ignoras porque no tuviste ocasión de enterarte, pero ese hombre sí lo sabe».

A pesar de lo necio que era, el descaro que demostró al hablarme en esos términos me dejó perplejo.

—Le dirá usted —prosiguió—: «Joe, me ha encargado que te manifieste que en mi ruina él ha visto el dedo de la Providencia. Conoce ese dedo cuando lo ve, y lo ha visto claramente cuando señalaba esta inscripción, Joe: “En testimonio de gratitud hacia su primer protector y fundador de su fortuna”. Pero este hombre ha declarado que no se arrepentía de lo hecho, pues lo consideraba justo y caritativo, y volvería a hacerlo».

—Es una verdadera lástima —contesté desdeñosamente mientras terminaba mi interrumpido desayuno—, que ese hombre no dijese lo que había hecho y lo que estaba dispuesto a volver a hacer.

—¡Óiganlo! —exclamó Pumblehook dirigiéndose al dueño de El Jabalí y a William—. No tengo inconveniente en que vayan ustedes, si tal es su deseo, diciendo por todas partes que lo hice porque era de justicia hacerlo, porque era una buena acción caritativa y que volvería a obrar de la misma manera.

Dicho esto, el impostor les estrechó enérgicamente la mano y se marchó, dejándome más asombrado que divertido con aquel indefinido «lo», con que pretendía expresar «lo» que hizo y «lo» que volvería a hacer. No tardé mucho en retirarme yo también, y al bajar por la calle principal lo vi en el umbral de su tienda, hablando (seguramente de lo mismo) ante un selecto grupo que me honró con miradas desfavorables mientras yo avanzaba por la acera opuesta. Pero aquello hacía aún más agradable ir a reunirme con Biddy y Joe, cuya gran indulgencia brillaba en aquellos momentos con mayor esplendor que nunca, en

contraste con aquel impostor cínico y descarado. Me dirigí hacia ellos lentamente, porque mis piernas estaban todavía flojas, pero con una sensación de gran alivio al dejar cada vez más atrás la arrogancia y la falsedad.

La temperatura del mes de junio era deliciosa. Bajo el firmamento azul las alondras volaban por encima del trigo dorado y el campo me parecía más hermoso y apacible que nunca. Mientras andaba disfruté pensando en la vida que llevaría allí y lo mucho que mejoraría mi carácter al tener a mi lado un guía cariñoso cuyo buen juicio y sencillez conocía yo desde hacía mucho tiempo. Me emocionaba tanto regresar al hogar, que me parecía como si volviese a mi casa descalzo, procedente de tierras muy lejanas después de una vida errante que había durado muchos años.

Nunca había visto la escuela de la cual Biddy era maestra, pero la calleja por donde pasé al entrar en el pueblo para no llamar la atención, me condujo al umbral de ella. Me llevé una decepción al ver que no era día de clase; no se veía ningún niño y la casa de Biddy estaba cerrada.

Deseaba verla ocupada en su tarea cotidiana, antes de que ella advirtiese mi presencia, y mi esperanza se desvanecía.

Pero la fragua no estaba lejos, y hacia allí me dirigí bajo las copas de los verdes tilos, esperando oír la armonía del martillo de Joe al golpear el hierro en el yunque. Mucho después de haberme figurado que lo oía, me di cuenta de que todo había sido pura ilusión, pues todo se hallaba sumido en el silencio. Allí estaban los tilos, los castaños y los zarzales, y sus hojas producían un murmullo melodioso que me detuve a escuchar, pero el aire estival no extendía el eco agradable de los martillazos de Joe.

Casi temiendo, sin saber por qué, el momento de llegar a la fragua, la divisé por fin y observé que estaba cerrada. No había en ella resplandor de llamas, ni chispas ni rugido de fuelles. Todo estaba sumido en la quietud más absoluta.

Sin embargo, la casa no estaba deshabitada, pues en la ventana se agitaban unas cortinas blancas. Estaba abierta y su alféizar cubierto de flores. De pronto Joe y Biddy se presentaron ante mí cogidos del brazo.

En el primer momento Biddy soltó un grito, como si yo fuese una aparición, pero al poco corrió a abrazarme. Lloré al verla y ella sollozó también; yo de alegría por su aspecto lozano y encantador, y ella de tristeza por lo pálido y demacrado que yo estaba.

—¡Qué hermosa estás, querida Biddy!

—Gracias, querido Pip.

—¡Y tú, querido Joe, qué saludable se te ve!

—Gracias, querido Pip.

Me quedé contemplándolos, primero a uno y después al otro, hasta que...

—Es el día de mi boda —exclamó Biddy con expresión de felicidad—. Acabo de casarme con Joe.

Me condujeron a la cocina, en cuya mesa apoyé el brazo y sobre este, la cabeza. Biddy acercó una de mis manos a sus labios y Joe me acarició amorosamente el hombro.

—Todavía no está lo bastante fuerte para resistir esta sorpresa, querida mía —dijo Joe.

—Debería haberlo tenido en cuenta, querido Joe —repuso Biddy—, pero ¡soy tan feliz!
¡Y se alegraban tanto de verme, se sentían tan orgullosos y conmovidos ante mi visita!
Su dicha era completa al verme llegar precisamente en el día de su boda.

Mi primer pensamiento fue de gratitud a Dios por no haberle hablado a Joe de aquella, mi última y desbaratada esperanza. ¡Cuántas veces mientras me atendía durante mi enfermedad estuve tentado de confesarle mis ilusiones! ¡Y cuán inevitable habría sido hablarle de mis sentimientos y propósitos si él hubiese permanecido conmigo solo una hora más!

—Querida Biddy —dije—, tienes el mejor marido del mundo. Y si lo hubieses visto a la cabecera de mi lecho de enfermo lo habrías..., pero, no; no es posible que lo ames más que ahora.

—¡No, no es posible! —exclamó Biddy.

—Y tú, querido Joe, tienes la mejor esposa del mundo, que te hará dichoso como mereces serlo; ¡mi querido, bondadoso y noble Joe!

Él me miró, con labios temblorosos, y se pasó el brazo por los ojos.

—Y ahora, Joe y Biddy, como hoy habéis estado en la iglesia y os halláis en paz con toda la humanidad, recibid mi humilde testimonio de gratitud por todo lo que hicisteis por mí, y que yo he pagado tan mal. Y al deciros que dentro de una hora partiré rumbo a un país extranjero, y que allí no descansaré hasta haber ganado el dinero con el cual me librateis de ser encarcelado y que os mandaré en cuanto me sea posible, no vayáis a creer que aunque os lo devolviera mil veces consideraré saldada la deuda que tengo con vosotros o que no quisiera hacerlo si pudiese.

Los dos se mostraron muy emocionados al oír aquellas palabras y me rogaron que no prosiguiera.

—Pero he de deciros otra cosa: querido Joe, espero que tengáis hijos en quienes poner vuestro cariño, y algún día, en las noches de invierno, uno de vuestros pequeños se siente junto a la chimenea y os recuerde a otro que se marchó para siempre. No le digas, Joe, que fui ingrato, ni tú, Biddy, que fui poco generoso e injusto; decidle únicamente que siempre os honré a los dos por lo bondadosos y fieles que fuisteis y que dije que siendo hijo vuestro lo natural era que al convertirse en hombre resultara mucho mejor que yo.

—No le diré nada de eso, Pip —repuso Joe, y se enjugó nuevamente las lágrimas—; y Biddy tampoco se lo dirá. Ninguno de los dos.

—Y ahora, aunque sé que en vuestros bondadosos corazones ya lo habéis hecho, os suplico que me digáis que me habéis perdonado. Permitidme que os oiga pronunciar esas palabras y que pueda llevarme conmigo el eco de la mismas; de esta manera creeré que confiáis en mí y que en el porvenir me tendréis en mejor concepto.

—¡Oh, querido Pip! —exclamó Joe—. ¡Dios sabe que te perdono, si es que tengo algo que perdonarte!

—¡Y Dios sabe que yo pienso lo mismo! —dijo Biddy.

—Ahora dejadme subir para contemplar por última vez mi antiguo dormitorio, donde deseo estar por unos minutos a solas. Luego, después de que haya comido y bebido con vosotros, confío en que me acompañéis hasta la entrada del pueblo, donde nos diremos adiós.

Vendí todo lo que tenía, ahorré tanto como pude para conseguir llegar a un acuerdo con mis acreedores, que me concedieron todo el plazo necesario para saldar la deuda, y luego me marché para reunirme con Herbert. Un mes más tarde había abandonado Inglaterra, y al cabo de dos meses era empleado de la firma Clarriker & Co. Transcurridos cuatro meses, asumí mi primera responsabilidad exclusiva, porque la viga del techo de la sala de la casa de Mill Pond Bank había dejado de temblar bajo los golpes y gruñidos de Bill Barley, y Herbert había regresado a Inglaterra para contraer matrimonio con Clara, dejándome hasta su regreso como director de la sucursal de Oriente de la referida compañía.

Transcurrieron algunos años antes de que yo pasara a ser socio de la casa, pero fui feliz en compañía de Herbert y de su esposa. Viví austeramente, pagué mis deudas, y sostuve una correspondencia continua con Biddy y Joe. No fue hasta que pasé a ser el tercer socio de la firma cuando Clarriker me traicionó en el modo en que Herbert había sido asociado a la empresa, pero declaró que hacía tanto tiempo que este secreto pesaba irresistiblemente en su conciencia, que no tuvo más remedio que divulgarlo. Y Herbert quedó tan emocionado como perplejo, pero la revelación no impidió que fuéramos tan buenos amigos como antes. No pretenderé hacer creer que nuestra casa comercial era una compañía importante o que nuestras ganancias alcanzaban sumas fabulosas. Los negocios resultaban bastante limitados, pero gozábamos de muy buena reputación y las ganancias obtenidas nos permitían vivir holgadamente. Era tanto lo que debíamos a la inteligente iniciativa de Herbert, que más de una vez me pregunté cómo había podido en ciertas ocasiones creer que era un hombre inepto, hasta que un día me iluminó la acertada reflexión de que quizá el inepto no había sido él sino yo.

LIX

Once años transcurrieron sin que viera a Joe ni a Biddy en persona, aunque a menudo se habían hallado presentes en mi imaginación mientras estuve en Oriente... cuando cierta noche de diciembre, una o dos horas después de oscurecer, apoyé suavemente la mano en el picaporte de la vieja puerta de la cocina. Lo hice tan ligeramente que no me oyeron, y pude mirar sin ser visto. Allí, fumando su pipa junto a la chimenea, como solía, tan robusto y fuerte como siempre, aunque con el cabello gris, estaba Joe; y protegido por la pierna de este, en un rincón, sentado en mi taburete, contemplando el fuego, estaba... ¡quizá nuevamente yo mismo!

—Se llama Pip en recuerdo a ti —dijo Joe, muy satisfecho al ver que yo me sentaba en otro taburete, al lado del niño—, y tal como esperábamos, se te parece.

Lo mismo pensé yo, y a la mañana siguiente me lo llevé a dar un paseo. Hablamos mucho y congeniamos al instante. Luego lo llevé al cementerio, lo hice sentar sobre cierta tumba y él me mostró desde aquel lugar la losa consagrada a la memoria de «Philip Pirrip, que fue vecino de esta parroquia, y de Georgiana, esposa del anteriormente mencionado».

—Biddy —dije al hablar con ella después de comer y mientras el niño dormía en su regazo—; uno de estos días tendrás que darme a tu Pip, o por lo menos prestármelo.

—No, no —repuso Biddy con dulzura—, has de casarte.

—Lo mismo me dicen Herbert y Clara, pero yo no soy de su parecer, Biddy. Me encuentro tan cómodo en su casa que no es probable que contraiga matrimonio. Ya me he acostumbrado a ser un viejo solterón.

Biddy miró a su hijito y acercó una de sus manitas a sus labios, y luego, con la misma mano bondadosa y maternal, acarició la mía. En aquel ademán y en la suave presión del anillo de boda de Biddy, había algo muy elocuente.

—Querido Pip —dijo Biddy—. ¿Estás seguro de que ya no suspiras por ella?

—Creo que no, Biddy.

—Dímelo con la confianza que se tiene a una antigua amiga. ¿La has olvidado ya?

—Querida Biddy, jamás he olvidado nada que tenga o haya tenido que ver con este lugar tan querido para mí. Pero aquel pobre sueño, aquella desventurada ilusión, como solía llamarla, ya se ha desvanecido.

Sin embargo, mientras pronunciaba aquellas palabras, sentía el secreto y ferviente deseo de volver a visitar, aquella misma noche, el lugar donde existió la antigua casa, solo para evocar el recuerdo de ella; sí, el recuerdo de Estella.

Yo estaba enterado de que era muy desdichada, y que se había separado de su esposo, porque este era terriblemente cruel con ella. Se había hecho tristemente famoso por su orgullo, su avaricia, su brutalidad y su bajeza. También me enteré de que había sido muerto por su caballo, al que sometía a continuos malos tratos. Esto había sucedido dos años antes, y yo ignoraba si después de verse al fin libre Estella había vuelto a casarse.

Como en casa de Joe se comía temprano, me sobraba tiempo, sin abreviar la conversación con Biddy, para ir al antiguo terreno, ahora solitario, antes del anochecer. Pero como me entretuve mucho por el camino contemplando las viejas cosas que me eran familiares y evocando el recuerdo de tiempos pasados, el día declinaba ya rápidamente cuando llegué a aquellos parajes. No existían ya ni la vieja casa ni la antigua fábrica de cerveza, solo la tapia que había rodeado el jardín. Este se hallaba protegido ahora por una valla y por encima de ella comprobé que parte de la antigua hiedra volvía a crecer verde y lozana sobre las ruinas. Había en la cerca una puerta entreabierta; la empujé y entré.

Una niebla fría y plateada se había levantado aquella tarde como con un velo y la luna no estaba aún lo bastante alta para disiparla. Pero las estrellas brillaban más allá de la bruma, la luna comenzaba a resplandecer con mayor diafanidad y era una noche clara. Logré distinguir exactamente dónde habían estado la antigua casa y la fábrica de cerveza, así como las puertas y los barriles alineados. Estaba contemplando el paseo del jardín desolado, cuando descubrí allí una figura solitaria. Al parecer esta también advirtió mi presencia. Comenzó a acercarse a mí, pero de pronto se detuvo. Me aproximé y observé que se trataba de una mujer. Al acercarme más a ella comprendí que se disponía a alejarse, pero apenas hubo dado unos pasos volvió a detenerse y dejó que yo llegara a su lado. Luego titubeó, quedó perpleja y balbució mi nombre.

—¡Estella! —exclamé entonces.

—Estoy muy cambiada. Me extraña que me haya reconocido.

Su hermoso rostro había perdido la frescura de antaño, pero su figura seguía siendo majestuosa y conservaba todo el encanto de su persona. Esos atractivos no eran cosa nueva para mí, pero lo que nunca había visto en ella era la luz tenue y melancólica de aquellos ojos en otros tiempos de mirada arrogante, y lo que jamás había sentido era el contacto amigable de aquella mano que años atrás se había mostrado tan insensible.

Nos sentamos en un banco que había cerca de nosotros, y dije:

—Después de tanto tiempo es extraño que nos encontremos de nuevo precisamente en el mismo lugar en que nos vimos por primera vez. ¿Viene usted por aquí con frecuencia?

—Desde aquella ocasión no había vuelto.

—Yo tampoco.

La luna empezó a elevarse y recordé aquella plácida mirada dirigida al techo blanco, que ya había desaparecido de esta vida. Recordé aquella suave presión en mi mano, después de que hube pronunciado las últimas palabras que él oyó en este mundo.

Estella fue la primera en romper el silencio.

—Muchas veces sentí el deseo y me propuse volver, pero diversas circunstancias desfavorables me lo impidieron. ¡Qué viejo y pobre es este lugar ahora!

Los primeros rayos de la luna iluminaron la niebla plateada e hicieron brillar las lágrimas que asomaban a los ojos de Estella. No pareció darse cuenta de que yo las veía, y volviéndose un poco de lado para ocultarlas, agregó:

—Mientras usted se paseaba por aquí, seguramente debía de preguntarse cómo pudo este lugar quedar reducido a tan triste condición...

—Así es, Estella.

—El terreno me pertenece. Es lo único que no he perdido. Poco a poco me han despojado de todo lo demás; solo pude conservar esto. Fue el objeto de la única resistencia tenaz que opuse durante esos últimos años de desventura.

—¿Van a construir algo aquí?

—Sí, y por eso he venido a despedirme de él antes de que sufra el próximo cambio. Y usted —añadió con un interés conmovedor par a un vagabundo como yo—, ¿vive todavía en el extranjero?

—Sí, todavía.

—¿Y le va todo bien por allí?

—Trabajo mucho, pero gano lo suficiente para una vida holgada; por lo tanto, todo me va bien...

—He pensado muchas veces en usted.

—¿De veras?

—Últimamente muy a menudo. Hubo un largo período de tiempo durante el cual traté de alejar de mí el recuerdo de lo que había despreciado cuando ignoraba su valor; pero desde el momento en que mi deber no fue incompatible con este grato recuerdo, le he reservado un lugar en mi corazón.

—Pues usted siempre ha ocupado un lugar en el mío —contesté.

Y guardamos nuevamente silencio hasta que ella dijo:

—Nunca hubiese supuesto que al despedirme de este lugar también podría despedirme de usted. Celebro infinitamente que sea así.

—¿Celebra usted que nos despidamos de nuevo, Estella? Para mí la separación fue muy dolorosa. El recuerdo de la última vez que nos despedimos siempre ha sido muy penoso para mí.

—Pero usted me dijo —repuso ella con gesto serio—: «¡Dios la bendiga y la perdone!». Y si entonces pudo usted decirme eso, seguramente no vacilará en repetirlo ahora... que el sufrimiento ha sido más fuerte que todas las demás enseñanzas y me ha hecho comprender los sentimientos que solía albergar su corazón. El dolor me ha quebrantado, pero... confío en que haya hecho de mí una persona mejor. Sea usted tan considerado y tan bondadoso conmigo como lo fue en otros tiempos, y dígame que somos amigos.

—Somos amigos —repetí yo, poniéndome de pie e inclinándome cuando ella abandonaba el banco.

—Y seguiremos siendo amigos, aunque vivamos distanciados —dijo Estella.

La cogí de la mano y salimos de aquel triste lugar. Y del mismo modo que en otro tiempo se levantó la niebla matinal, cuando abandoné la herrería, se elevaba ahora la bruma de la noche, y en la larguísima extensión de luz tranquila y velada ya no vi la menor sombra de separación que me hiciera temer que iba a perder de nuevo a Estella.



Charles Dickens (1812-1870) nació en Portsmouth, el primogénito varón de un funcionario de la Armada Real. A los doce años, el encarcelamiento de su padre por deudas lo obligó a ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó como ayudante en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario del *Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Escenas de la vida de Londres por «Boz»* (1836-1837), tuvieron gran éxito y, con la aparición en 1837 de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837-1839), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inició su época de madurez, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona y su favorita, en la que desarrolló algunos episodios autobiográficos; *La Casa lúgubre* (1852-1853); *La pequeña Dorrit* (1855-1857); *Historia de dos ciudades* (1859); *Grandes esperanzas* (1860-1861), y *Nuestro amigo común* (1864-1865). Murió en Gad's Hill, su casa de campo en Higham, en el condado de Kent.

David Trotter (1951) ocupa a título emérito la cátedra King Edward VII de literatura inglesa en la Universidad de Cambridge. Destacado estudioso de la literatura victoriana, es también miembro del Gonville and Caius College y de la Academia Británica.

Jonio González (1954) es escritor, poeta y traductor. Su obra lírica ha sido publicada en varios volúmenes antológicos, y entre los autores que ha vertido a nuestro idioma se encuentran Charles Dickens y Sylvia Plath.

Notas

^[1] Los comentarios de Shaw y Swinburne fueron reeditados en *Critical Essays on Great Expectations*, Michael Cotsell, ed., Boston, G. K. Hall, 1990, pp. 24, 34. [En adelante *Critical Essays*]. <<

^[2] «Great Expectations», en *Dickens and the Twentieth Century*, John Gross y Gabriel Pearson, eds., Londres, Routledge & Kegan Paul, 1962, pp. 199-211. <<

^[3] *Ibid.*, p. 209. <<

^[4] «The Hero's Guilt: the Case of *Great Expectations*», reeditado en *Critical Essays, op. cit.*, pp. 73-87. <<

[5] Elliot L. Gilbert, «“In Primal Sympathy”: *Great Expectations* and the Secret Life», en *Critical Essays*, *op. cit.*, pp. 146-67; William A. Cohen, «Manual Conduct in *Great Expectations*», *ELH*, n.º 60 (1993), pp. 217-259. <<

^[6] «Dickens and the Uncanny: Repression and Displacement in *Great Expectations*», *Dickens Studies Annual*, n.º 13 (1984), p. 119. <<

^[7] «Appreciations and Criticisms of the Works of Charles Dickens (1911)», en *Critical Essays*, *op. cit.*, p. 31. <<

^[8] *The Dickens World*, Londres, Oxford University Press, 1942, segunda edición, p. 135. <<

^[9] *Household Words*, 5 de julio de 1851. A partir de ahora, los artículos de *Household Words* se citarán solo por la fecha. <<

^[10] «Bodies of Capital: *Great Expectations* and the Climacteric Economy», *Victorian Studies*, n.º 37 (1993), pp. 73-98. <<